Miss Red

EL MERCADO DE NOVIAS

VOTOS DE SANGRE



esencia

Índice

Portada

Portadilla

Advertencia de contenido

Tropos

Cita

Prólogo

1. Destino en venta

2. La temporada ha comenzado

3. El escorpión y la rana

4. No tener filtros es peligroso

5. El carcelero fantasma

6. Di mi nombre

7. Alianzas de sangre

8. El precio de la verdad

9. Tres reglas sencillas

10. Cara a cara

11. Atado a ella

12. Moy Imperator

13. Como el veneno bajo la piel

14. El arte de poseer

15. Felicidades

16. Tan cerca y tan lejos

17. No te tocaré, no me tocarás

18. Incógnita

19. Para ti

20. Jamás te he odiado

21. Abismo

22. El anfitrión que ama a las mujeres

23. Ella es Anastasia Kovalenko

24. No prendas un fuego que no podrás controlar

25. De príncipes y villanos

26. Después de la tormenta

27. Detén la música

28. Bailando con el enemigo

29. El infierno contigo

30. Veinte segundos

31. Volveré por ti

Epílogo

Nota de la autora

Avance. El mercado de novias, 2. Votos de acero

Agradecimientos

Banda sonora

Notas

Créditos

El mercado de novias, 1. Votos de sangre

Miss Red

Esencia/Planeta

Advertencia de contenido

Esta obra contiene temas, escenas y dinámicas propias del romance oscuro y *mafia romance* que podrían resultar sensibles o perturbadores para algunos lectores. Todos los personajes, relaciones y situaciones son ficticios y no pretenden ser ejemplos que seguir, sino una exploración de la complejidad emocional y la moral dentro de la ficción. Se recomienda la lectura solo a público adulto.

En estas páginas encontrarás:

- Proximidad forzada.
- Relaciones de poder desiguales, con claros matices de toxicidad.
- Dinámicas de amor-odio y manipulación emocional.
- Violencia física y psicológica.
- Lenguaje y escenas explícitas cargadas de tensión emocional.
- Situaciones límite, con personajes emocionalmente rotos.
- Referencias a adicciones, armamento, crimen organizado y trata de personas.
- Referencias a autores, obras literarias y cantantes.
- Autolesión como expresión de culpa o castigo.
- Universo multicultural en el que se emplean términos, expresiones y códigos en varios idiomas para reflejar la riqueza de las distintas culturas representadas.

Si bien la trama se desarrolla en escenarios reconocibles, todos los hechos y personajes de esta novela son completamente ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas, o con organizaciones reales, es pura coincidencia y responde únicamente a las necesidades del universo literario.

El código de honor, las referencias culturales y las estructuras criminales que aparecen han sido documentadas y reinterpretadas con respeto, pero siempre desde la ficción, con el objetivo de construir una historia verosímil.

Tropos

- Protagonista femenina virgen.
- Protagonista masculino de moralidad gris.
- Matrimonio forzado.
- Celos y posesividad.
- Heroína indomable, que pasa de ser víctima a ser una mujer empoderada.
- Héroe roto que guarda secretos, no muy dispuesto a abrirse.
- Enemigos que se enamoran.
- Amor prohibido.
- Conflicto moral.
- Mentiras que destruyen.
- Secretos familiares, traición y venganza.

No me prometas un paraíso sin ti.
Dame el infierno a tu lado y lo llamaré... hogar.

Y si tú también quieres formar parte del infierno...
... escucha la banda sonora.
Las páginas de esta novela laten entre acordes
de pasión y venganza.
Escanea el código, ponte los auriculares y sumérgete
en las llamas de un amor prohibido.
Porque algunas historias no solo se leen.
Se escuchan y se sienten en el alma.





Mis reglas son sencillas:

No te tocaré. No me tocarás.

No te besaré. No me besarás.

No te amaré. No me amarás.

Bienvenida a mi mundo, malyshka.

M.

Prólogo
Máximo



El mercado de novias.

Un evento que representa una de las mayores farsas en la historia de nuestro siglo.

Un supuesto festival ancestral envuelto en costumbres y tradiciones gitanas celebrado a unos pocos kilómetros de una ciudad como Barcelona. En realidad, el mercado de novias no es más que una mancha oscura en las páginas de una lucha de décadas por los derechos de la mujer.

¿Acaso hemos retrocedido en el tiempo?

Estamos en pleno siglo XXI, en el corazón de España, no en un mercado de esclavas del Imperio otomano en el siglo XVIII. Y no, no me encuentro en una fiesta alegre, llena de jóvenes que visten ropa colorida y se prometen amor y felicidad. Aquí, las mujeres —gran parte menores de edad— son expuestas como mercancía, esperando ser vendidas al mejor postor. Aquí y ahora, ellas asumen que este es su destino. Cuanto mayor es la suma pagada, más honra para sus familias. Muchas de ellas se resignan y otras pocas intentan rebelarse. Sin embargo, todas acaban perteneciendo a alguien.

Desde detrás del cristal tintado de mi coche, observo el espectáculo con la paciencia de un águila sobre su presa. Nada en mí delata prisa, pero, al mismo tiempo, todo en mí sabe que es el momento del *jaque mate*. He esperado

demasiado para fallar ahora. No. Hoy estoy decidido a saltarme mis principios de hombre contemporáneo que vive en la libertad y la igualdad.

Y todo por ella: Anastasia Angelova.

Presto atención cuando la veo caminar entre la multitud. Es alta y esbelta. Su cabello, de un tono castaño cobrizo, cae en ondas sobre sus hombros, y es tan largo que le llega hasta más abajo de la cintura, algo típico en las mujeres calés. Sus ojos verdes combinan con su piel pálida, y eso, en cambio, no es algo tan común en la etnia gitana, pero sí el pase de oro para conseguir un buen partido. Una mujer gitana de ojos y piel claros es lo que todos desean. Pero Anastasia no pertenece a este lugar, aunque aún no lo sepa.

Pienso. Analizo. No necesito ver más. Ella no es como el resto, y lo sé por su postura erguida y ese aire desafiante. No baja la cabeza y no se oculta detrás de una sonrisa teatral y complaciente, como las otras futuras novias. Pese al motivo por el cual está aquí, su sonrisa se ve natural. Sin embargo, lo que más llama mi atención es su mirada. El brillo de sus ojos no conoce la docilidad. Y, aun así, está aquí, lista para ser vendida.

Pero ¿y si está fingiendo?

Tal vez esa chica actúe con la destreza de una actriz, dispuesta a seducir a su comprador para después engañarlo y conseguir la tan anhelada libertad. Y también puede que Anastasia no haya aprendido aún que la libertad es solo una mentira disfrazada de matrimonio.

—Romanov ya está siguiendo las pistas, señor. —La voz de Vladím rompe el silencio.

—No llegará a tiempo.

Inhalo el aire con calma, sin apartar la vista de la joven mujer. No soy el único que la quiere. Hace ocho años me arrebataron la vida, y ahora ha llegado mi turno. Porque, mientras todos buscan esposas sumisas o posibles inversiones en el mercado de novias que se celebra aquí hoy, yo busco justicia.

—Podríamos esperar —sugiere Vlad.

—No es necesario —respondo con firmeza—. Nos adelantaremos.

Vladím no me cuestiona. Sabe que jamás podría hacerlo, y mis actos están perfectamente justificados. En Barcelona, en Moscú o en París.

—Bien, entonces. Empecemos.

No le respondo. Mi mirada se aferra a ella mientras ríe y da una vuelta de la mano de otra joven que no parece tener más de quince años. Después, aplaude con una carcajada, ruborizándose cuando un gitano pasa por su lado y le toca la cintura. Su actitud denota seguridad en sí misma y en la decisión de hoy. En realidad, no tiene ni idea de que el juego ha comenzado y de que la vida que le espera no es la que ella ha estado soñando.

Qué irónico. Esa mujer sonriente todavía cree que puede controlar su destino. No sabe que me convertiré en esa mancha oscura en las páginas de su propio libro.

Todavía no sabe que cada respiración suya me pertenece.

1

Destino en venta
Anastasia



> El matrimonio es una cadena tan pesada que para llevarla hace falta ser dos y, a menudo, tres.
>
> ALEJANDRO DUMAS[1]

Si Alejandro Dumas se hubiese criado en Serra Rosa, seguramente habría pensado dos veces antes de escribir semejante frase. En este rincón perdido de Cataluña, donde las colinas se cubren de rosas silvestres y las calles de tierra parecen resistirse a cualquier rastro de modernidad, el matrimonio no es solo una cadena pesada. Aquí te colocan la cadena al cuello, te atan un par de piedras a los pies y te lanzan al fondo del mar. Y si no sabes nadar, mala suerte. De todos modos, tampoco importaría.

Llevo dos años esquivando la cadena del matrimonio. Dos años jugando a que todavía tengo tiempo, mintiéndome a mí misma cada vez que una prima o una tía me recuerda que los dieciocho ya me

han pasado de largo. Pero este año no hay escapatoria. Ya no. En Serra Rosa, llegar a los diecinueve sin haberte casado es peor que una maldición: es un escándalo que se susurra en cada esquina y se mastica en cada comida, entre los más de quince mil gitanos que constituyen la comunidad romaní Valkov a la cual pertenezco.

En Serra Rosa, las tradiciones pesan más que las leyes, y así ha sido desde hace generaciones. Y da igual que Barcelona esté a menos de cien kilómetros y que sea otro mundo. Aquí, las costumbres importan más que el sentido común o la ética. En Barcelona, por ejemplo, las mujeres caminan libremente por las calles bulliciosas llevando gafas de sol y vestidos elegantes. Además, no solo tienen trabajo, tienen su propio dinero, sus propias cuentas bancarias y toman sus propias decisiones. Aquí, en Serra Rosa, en cambio, otros toman decisiones por ti, incluso antes de que sepas atarte los cordones.

Acaricio el lomo de Raskol, que agita la cabeza como si intentara espantar a todas las moscas del mundo de un solo coletazo. Mi caballo y yo nos entendemos mejor de lo que pensaba cuando lo adopté siendo un potro. Es terco, sucio y un poco bruto, pero le tengo cariño. Lucha contra el agua como si le fuera la vida en ello y, honestamente, ya no sé si su pelaje es de color café o si el barro se ha quedado a vivir en él para siempre.

—*Tontu!*[2] —le suelto, riendo por no llorar—. No me mires así, Raskol. Sabes perfectamente que eres muy tonto. Y no me importa que lo seas, pero sí me importa que no quieras lavarte. Podrías ser un caballo tonto pero limpio.

Le doy una fuerte palmada en el lomo y, con la otra mano, me tapo la nariz. El olor es de esos que se te pegan a la garganta y no te abandonan en todo el día. Él levanta la cabeza y me mira con esa

calma suya, como si entendiera cada palabra que le digo. Y más le vale que me entienda.

—¿Es así como piensas despedirte? —le digo bajito, con la voz quebrada—. Sí, Raskol. Me voy a casar, aunque parezca un chiste.

Me quedo callada, tragando saliva. Aprieto el puño antes de darle otro manotazo, y me percato de que el pobre caballo, más guarro que un cerdo, no tiene la culpa de mi desgracia.

—Ya sé que me estoy poniendo dramática —murmuro haciendo pucheros—. Es lo que toca, bebé, y tú sabes que siempre me he querido largar de aquí, pero... no así.

El aire huele a tierra mojada y a hierba fresca, ese olor que siempre trae consigo la lluvia, cuando todo parece más limpio de lo que realmente está. Parpadeo con fuerza para contener las lágrimas, pero es inútil.

—Joder, Raskol. Te quiero, no lo olvides. Te quiero mucho.

Apoyo la frente en su crin, aunque huela peor que un establo sin ventilar, y cierro los ojos con un apretón. Solo con él y con Milena me permito ser así: blanda, llorona, sincera. Solo ellos me han visto sin la armadura que llevo puesta desde que supe lo que significa ser mujer aquí.

—El último arcoíris juntos... —susurro, como si pronunciando esas palabras pudiera atrapar el momento para siempre.

Pero los momentos felices nunca duran lo suficiente porque el sonido de mi teléfono nos interrumpe. Miro la pantalla, que no se enciende, y aprieto el botón con tanta fuerza que me da miedo de que acabe rompiéndolo del todo. Es uno de esos móviles que han pasado más tiempo roto que funcionando.

—¿Dónde estás? —La voz de Milena suena desde el otro lado.

—En la colina.

—Pues date prisa, tu padre ya está montando el escándalo del siglo.

—¿Y ahora qué he hecho?

—Está apenado por tu futuro marido —responde con sarcasmo—. Dice que el pobre desgraciado que se case contigo va a merecer un altar.

Me levanto de un brinco con los ojos bien abiertos.

—Pues que no se queje tanto, que va a cobrar por mí.

—También ha dicho que te desheredará.

—¿Desheredarme? ¿Qué herencia, Mile? —Me río, limpiándome las lágrimas con el dorso de la mano.

—Dice que te echará de aquí, como a los perros callejeros.

Intento responderle, pero antes de que pueda abrir la boca, el pitido en el auricular me avisa de que ya ha colgado.

Genial.

Monto a Raskol de un salto, ajusto las riendas tranquilamente y le doy un par de golpes de talón para que se ponga en marcha. Mientras avanzamos, no puedo evitar pensar en ese *pobre* marido que quizá conozca hoy en el mercado. ¿Será viejo? ¿Feo? ¿Un bruto? ¿Un borde? ¿Un borracho? ¿O tal vez alguien peor? Igualmente, no importa.

En el mercado de novias que se celebra todos los años a pocos kilómetros de Serra Rosa, la palabra *amor* es tabú. No se trata de amor. Nunca se ha tratado de amor. Aquí las mujeres nacen para casarse y traer hijos al mundo, y los hombres para mandar, y eso, digamos, no es precisamente la vida con la que sueño. No pienso aceptar ese destino sin más, pero tampoco puedo oponerme. Ya he visto demasiadas veces cómo termina esa historia. Lo vi con Elsa, la amiga de Milena. Se enamoró de un payo de Alicante y quiso escapar con él. Mal asunto. Sus padres se pusieron en contacto con

nuestro *baró*[3] y, en menos de un mes, Elsa estaba ya de vuelta en el pueblo. La casaron con un viejo paralítico que pagó una mísera dote por ella porque ya no era virgen. Aún no sabemos qué ocurrió con su novio, pero todos imaginamos cuál fue su final. En Serra Rosa, la sangre Valkov no se mezcla con la de un payo sin pagar el precio.

¿Huir? No. Yo no seré tan torpe. No soy como Elsa.

Los hombres creen que manejan el juego. Pobres. Nunca han visto cómo mueve las piezas una mujer con dos dedos de frente. Porque la carne puede ser débil, pero la mente es aún más frágil si sabes tocar las teclas adecuadas. Y yo lo sé. He aprendido a hacerlo.

A escondidas, claro.

Debajo de la cama, entre trastos viejos que colecciono y un calcetín lleno de monedas, las que le robo a mi padre cuando está durmiendo, poseo un verdadero tesoro: una colección de libros prohibidos que he conseguido gracias a Lucía, mi maestra. Libros de Cervantes, Shakespeare, Keats, Austen, Brontë, Dostoievski y Tolstói llenan el bajo de mi cama, pero el más importante de todos es *El arte de la seducción* de Robert Greene.

Lo he leído dos veces este mes. He subrayado y tomado notas como si se tratara de los deberes más importantes de mi vida. Porque lo son. He aprendido todo lo que tengo que saber sobre cómo despertar el interés de los demás a través del misterio y la manipulación emocional. Cómo usar la psicología del deseo en interés propio.

Así que, si me van a casar, seré yo quien dicte las reglas del juego.

No pienso acabar como mi madre, encorvada, con las manos llenas de grietas de tanto fregar. No pienso pasarme la vida cocinando y criando hijos mientras otro decide cuándo puedo respirar.

No.

Mi futuro esposo será rico. Poderoso. Espero que también manejable. Lo suficientemente débil para poder manipularlo y lo suficientemente imbécil para enamorarse de mí. Y cuando lo tenga bien enredado, usaré su dinero para marcharme de aquí y pagarme la universidad. Ese es mi verdadero plan, pero antes tengo que sobrevivir al *fiestón* que me espera esta noche.

Supongo que incluso Jane Austen o las hermanas Brontë tuvieron que lidiar con padres cabreados que no entendían por qué una mujer preferiría leer a estar casada. Y si ellas lo lograron, yo también lo haré. Ahora tan solo debo volver a casa y seguir con el espectáculo.

Respiro hondo mientras Raskol galopa, alargando un poco más este momento, este último sorbo de libertad antes de convertirme en una muñeca vestida y maquillada, lista para ser expuesta como un peluche en la feria del pueblo.

—¡Anastasia! ¡Por los Angelov, baja de ese caballo ahora mismo o te juro que te arrastro de la coleta!

Milena aparece de la nada, cruzándose en mi camino. Cuando mi prima grita mi nombre completo, sé que la cosa va en serio. Pero no me rindo tan fácilmente.

—No podrás hacerlo porque no me vas a alcanzar —le suelto con una carcajada apretando las piernas contra Raskol para que avance.

—¡Dios, dame paciencia! —resopla Milena mientras se recoge la falda con ambas manos y camina a trompicones por el barro, enfundada en las viejas katiuskas que heredó de nuestra bisabuela búlgara, aquella que parió diez hijos.

—Ahora voy, primero iré a cambiarme y después... —suplico fingiendo que no estoy viendo su ceño fruncido.

—Cinco minutos más y la abuela me hará dormir en el granero por encubrirte.

Ese sí que es un argumento de peso. Nadie quiere acabar en el granero, y no es por los ratones ni por las ratas, sino porque el abuelo duerme allí cuando llega más borracho que una cuba, que es casi todos los días. Su ronquido suena como un tractor oxidado a punto de morir.

Bajo del caballo con un suspiro dramático. Mi prima me toma del brazo y me arrastra hacia la casa mientras suelta maldiciones en caló. En realidad, nuestro idioma es un batiburrillo de caló, catalán, castellano y búlgaro. Una mezcla peculiar, fruto de nuestras raíces eslavas, pero suficiente para entendernos.

—No te hagas la mártir —masculla—. Todas pasamos por esto, y tú ya estás tardando. ¿Es que no te das cuenta de que tienes diecinueve años, niña?

—Casi. Pero ¿y qué? —Me encojo de hombros—. Leí en un libro que la mejor edad para casarse es entre los veintiocho y los treinta y dos.

—¡Los libros...! —exclama abriendo tanto los ojos que se le desfigura la cara—. Deja ya los jodidos libros.

—¿Y qué otra jodida cosa me queda? —escupo irritada porque casi me trago el barro de las orejas de Raskol—. Aquí no hay internet, solo una televisión de treinta y dos pulgadas que papá robó de algún sitio, y además...

—¡Ya basta, Ana! —me interrumpe—. Tu padre será gitano, pero es el más honrado del pueblo. Se gana la vida forjando calderas, ollas y cazos, como un Valkov de ley. Si fuera un ladrón, ahora mismo tendrías un BMW en la puerta. ¿Lo tienes?

—No. Pero lo tendré.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo piensas lograrlo?

—Seré una mujer importante —digo alzando la barbilla con arrogancia—. Iré a la universidad y...

—¡Oh, niña! —resopla con desdén—. A los diecinueve ya deberías estar llamando la atención de algún viejo rico o conformarte con el primero que pague tu dote.

—Eres una retrógrada, Milena. Y eso es una enfermedad, ¿lo sabías?

Se planta en seco, apoya las manos en las caderas y me lanza una mirada tensa, con la boca fruncida.

—¿Podrías hablar en mi idioma, solo por una vez?

—Estaba diciendo que vives en el pasado.

—Y tú en los cuentos, prima. —Señala con un gesto amplio el patio de nuestra casa—. Esto es tu vida, Ana. Esto es lo real y esos libros te han llenado la cabeza de pajaritos. Terminarás muy mal. ¡Tu maestra Lucía tiene la culpa!

—Ya veremos.

—¡Por Dios!

Sigue sermoneándome con esa superioridad que la caracteriza. Aunque apenas me lleva cuatro años y es viuda desde antes de los veintiuno, se cree con el derecho de marcarme el camino. Reconozco que a veces la odio, porque es peor que mi madre.

Mantengo la cabeza bien alta, pero no puedo evitar repasar todo lo que me rodea: la casita de ladrillo con la puerta metálica oxidada, los charcos en el patio, el viejo fogón de piedra aún humeante donde mamá seguramente ha dejado una olla al fuego, las cuerdas con ropa tendida meciéndose al ritmo del viento y Drago, nuestro perro, que está en los huesos, mordisqueando un trozo de pan cubierto de moho.

—¿Por qué no caminas? —vocifera empujándome—. Y más te vale que esta vez no intentes escapar. De lo contrario, olvídate de tener una prima que consienta tus caprichos.

—¡Eh, Mile! —Me libro de su agarre—. No iba a escapar, te lo prometo. Solo quería ver el arcoíris.

—Eres una tramposa, y lo sabes.

Me sostiene la mirada. Vale, quizá tenga razón. A los dieciséis fingí una lesión en el tobillo y anduve con muletas durante un mes, hasta que la pierna se me quedó dormida de tanto disimular. A los diecisiete me escondí, cuidando caballos, en el campamento de unos primos que trabajan en el circo. Y este año... Joder. Este año no tengo coartada.

—¡Entra ya, que no tengo todo el día! —me mete prisa, empujándome hacia dentro.

Nada más cruzar el umbral de la puerta, el bullicio nos recibe como cada año el día del mercado. Papá grita desde otra habitación buscando su corbata. Mamá le responde con otro grito mientras limpia los mocos de mi sobrino, el hijo de Lenca. Lidia y Nina, mis hermanas menores, me observan desde el sofá.

—Mira quién ha aparecido —dice Nina, girándose hacia Lidia con una sonrisa cínica—. Aunque deberíamos amarrarla a una silla.

—Ni amarrada —responde Lidia sin apartar la vista de sus uñas pintadas de azul eléctrico.

—¡Ya basta! —La voz de mi padre retumba como un trueno. El silencio se instala en la sala cuando aparece en el marco de la puerta y me señala con el dedo—. Ibas a escaparte otra vez, ¿verdad?

—Solo quería dar un paseo.

Me mira como si acabara de decir que los cerdos vuelan.

—¡Un paseo! —bufa—. Igual que el año pasado, que acabaste en un circo haciéndote pasar por domadora de caballos mientras tu madre lloraba creyendo que te habían secuestrado unos terroristas.

—No es el fin del mundo, la niña ya ha vuelto —interviene mamá, lanzándome una mirada que no necesita palabras.

—Ha vuelto porque alguien la ha avisado, seguro.

Sus ojos se clavan en Milena, que intenta poner cara de inocente.

—¿Quién? —balbucea ella—. Eh..., justo me acabo de acordar de que tengo un bizcocho en el horno.

¿Bizcocho? ¿Horno? Si a veces no tenemos ni gas.

Milena desaparece de la sala como si el diablo la persiguiera.

—Sí, corre —murmura papá—. A ver qué haces con tu vida, Milena. ¿Quién va a querer una viuda desagradecida como tú? Ningún Valkov se fijará en ti. Te tocará conformarte con algún calé de Badalona cuando te echen de Serra Rosa. Y vosotras —nos señala a mí y a mis hermanas—. Pagué más de diez mil levas[4] por vuestra madre, fui hasta Sofía para pagar su dote. Llevo años invirtiendo en vosotras, y más os vale ser dignas de los Angelov y encontrar marido. No puedo seguir alimentando tantas bocas.

—Ya basta, Aspar —insiste mamá—. Tu corbata está sobre la cama. Déjalas en paz, Ana solo ha salido a dar un paseo.

Él se marcha refunfuñando, primero su barriga y luego él, ya que mi padre roza la obesidad. Sinceramente, engorda con el aire, porque comida no hay en la nevera.

—Hija, no puedes huir toda la vida —dice mamá en voz baja.

La miro sin saber bien qué contestar. Claro que puedo. Ellos no entienden que no quiero esta vida. No entienden que, cada vez que cierro los ojos, me veo recorriendo los pasillos de una universidad, rodeada de libros que solo he visto en las películas. Me imagino debatiendo sobre amores imposibles, tragedias humanas y finales épicos. No quiero ser la esposa de un hombre que me compre. No quiero ser simplemente «la esposa de...».

—Eres bonita, Ana —susurra mamá, acariciándome los brazos—. Tu cabello es suave y tus ojos grandes y vivos. No tengas miedo, encontrarás un buen marido.

—Mamá... —respondo—. ¿De verdad crees que tengo miedo de no encontrar marido?

—Entonces, ¿de qué tienes miedo?

«De no cumplir mi sueño», pienso, pero no se lo digo.

Bajo la mirada y guardo silencio. Tal vez no me haya ido de aquí aún por miedo al clan, o tal vez al mundo, o tal vez... porque, a pesar de todo, esta sigue siendo mi familia y los quiero.

Las risas de mis hermanas pequeñas me sacan de mis pensamientos. La casa está hecha un desastre, como cada año en esta fecha. Lidia y Nina ya se han apropiado del único estuche de maquillaje y del espejo grande; mientras, mi sobrino corre por la habitación persiguiendo a Drago, que ladra como si también fuera a ser vendido.

—¡Alegra esa cara, criatura!

Se ríe, recogiendo los mechones que me caen sobre la frente y empieza a trenzarme el pelo.

—No, trenzas, no —me quejo—. Parezco una cabra.

—¡Una cabra bonita, hija!

Me aguanto mientras ella me tira de los cabellos con la misma delicadeza que un herrero golpea el hierro.

—Ni con trenzas pareces una Angelova —comenta Nina desde el sofá con una sonrisa afilada—. Tan blanca, tan...

—Tan guapa —añado con una sonrisa cínica, y le guiño un ojo—. No olvides esa parte, Nina.

Su cara se retuerce de envidia.

Odia que mi tez sea blanca y parezca de seda, pero no es culpa mía. Dios me hizo así. Labios carnosos, de un rojo pasión, piel clara

y ojos claros, rasgos muy valorados en nuestra comunidad. Me he visto en el espejo. Soy guapa y lo sé. Nina, al igual que yo, sabe que, en nuestro mundo, donde las mujeres no valen nada, la belleza es un arma.

—Mamá, ya, por favor, no me gustan las trenzas.

—No sé por qué eres tan caprichosa, Ana. —Nina sigue soltando palabras viperinas mientras pone los ojos en blanco—. Vas a terminar casada como todas.

En Serra Rosa, la palabra *vendida* no está permitida. *Casada* suena más entrañable, y es justo la que usamos.

—Sí —respondo con una sonrisa—. Pero yo no acabaré haciendo calderas y criando una decena de hijos.

Mis hermanas se miran entre sí confundidas. No entienden. Para ellas, casarse con un buen hombre y tener hijos es el final perfecto. El tan ansiado final feliz de las mujeres de nuestro clan. Para mí, es una condena.

—Baja la voz —sisea mi madre dándome un tirón en el pelo—. Tu padre te va a oír.

—Ya me ha oído.

La voz de mi padre retumba desde el otro lado de la casa. Me giro y lo encuentro de pie con los brazos cruzados, mirándome con ese gesto severo que no deja lugar para discusiones.

—Si tanto odias tu vida, deberías haber nacido hombre.

—O haber nacido en Barcelona —le respondo.

Sé que se está desahogando conmigo por su eterna frustración de haber tenido cuatro hijas y ni un solo hijo. Qué decir, una verdadera vergüenza para un hombre.

—No seas impertinente —dice aguzando su mirada—. Como hermana mayor, deberías dar ejemplo.

Después de que Lenca se casara, el peso de la responsabilidad de hermana mayor ha ido cayendo sobre mis hombros.

—No lo olvidéis: este es el camino de las mujeres aquí, en Serra Rosa.

Reprimo la tentación de mirar al techo. El camino, por supuesto. Casarse, parir, envejecer, morir. Un destino diseñado por los hombres Valkov para asegurarse de que nunca superemos nuestra condición.

—Lo importante es que consigáis un buen esposo —suelta mamá intentando suavizar la tensión, como siempre—. Uno que os trate bien, mis niñas, y que...

—Tenga dinero —añade papá.

—Vale, pero que también os ame.

—¿Comprándonos?

Me levanto antes de que pueda seguir con su discurso romántico y me acerco al espejo para observar el resultado final. Mi cabello cae en ondas gruesas, con un par de trenzas que no están nada mal. Miro de reojo el vestido de un verde profundo que he escogido para esta noche. Es mi único vestido nuevo y espero que me haga ver como un premio. En el fondo, una parte de mí se siente asqueada por todo esto, es como si me estuviera vendiendo a propósito. Pero otra parte sabe que es la única manera de salir de aquí.

Y cuando, una hora más tarde, mi padre anuncia que ha llegado el momento de irnos, respiro hondo y sonrío con confianza. Esta tarde, conseguiré exactamente lo que quiero.

Al menos, eso creo.

2

La temporada ha comenzado
Anastasia



> Tienes que vivir cada hora como si fuera la última, y cada día como si fueras inmortal.
>
> JULIA QUINN

—¿Tenéis claro dónde estáis? —pregunta mi padre.

No sé si se refiere al Peugeot en el que viajamos, que tiene más años que yo y que parece más una reliquia que un medio de transporte, o al lugar donde nos encontramos. Miro de reojo el cristal roto, cubierto con un trozo de plástico que papá improvisó hace unas semanas, cuando encontró a las pocas gallinas que aún nos quedan dormidas dentro.

—Os he preguntado algo —insiste.

Mis hermanas, Lidia y Nina, asienten con la cabeza. Yo no respondo. En su lugar, observo el paisaje parcialmente empañado por el cristal gastado de la ventanilla. Es extraño. Todo se ve

demasiado alegre para lo que esperaba. A lo lejos, una multitud de gitanos de todas partes de la Península, e incluso algunos del extranjero, se agrupan para sellar contratos matrimoniales que podrían cambiarles la vida. Yo solo espero que alguna de nosotras tenga suerte. Si no, papá morirá de un infarto, y otro año sin dinero será nuestro fin. Porque la pobreza existe. Existe de verdad.

—Santa Virgen —susurra mi madre sin dejar de mirar el plástico, cuya esquina ya empieza a despegarse—. Aspar, te dije que le pidieras el Mercedes a tu primo. Sabes que los Valkov ricos se fijarán en todo y, cuando vean este coche, ninguno se acercará.

—No exageres, mujer. Deben fijarse en nuestras hijas y no en este trasto. Por Lidia podemos pedir buen precio —murmura mi padre, evaluando a mi hermana con la misma expresión que cuando analizas un pollo en la carnicería—. Es muy joven.

—Pero... es su primer año, Aspar —intenta interceder mi madre en un susurro—. Quizá deberíamos esperar.

—No podemos, ni con ella ni con Nina. Y en cuanto a Anastasia... —cuchichea—, lo que ofrezcan bien está.

«Supongo que esto cuenta como el inicio de mi gran temporada», pienso con ironía, recordando la saga de *Los Bridgerton*.[1] Pero con la diferencia —nada sutil— de que, aquí, las debutantes salen al mercado con la etiqueta de precio colgando del cuello.

—¿Estás nerviosa?

Aliso mi falda con ambas manos y tomo aire cuando oigo la voz de Lidia. Me abanico con una mano. Estamos a principios de mayo y las temperaturas están subiendo dada la proximidad de la costa.

—¡Ana, respóndeme!

—No, no estoy nerviosa. ¿Por qué?

—Lidia, déjala. No reconocería ni en mil años que está igual de nerviosa que nosotras —interrumpe Nina desde el otro lado del

asiento trasero—. Yo también lo estaría, pensando que no encontraré marido.

—¿Hablas por ti? —Me inclino hacia delante—. No pagues conmigo que el año pasado nadie te quisiera, Nina.

—¡Hummm! —gruñe furiosa, como si quisiera tirarse a mi cuello—. ¡Juro que te voy a matar!

—¡Ya está bien!

Mi padre nos ordena que bajemos del coche tras fulminarnos con la mirada. Qué alivio. No soporto a Nina, y sé que, en este mismo instante, podría convertirme en la hermana mayor asesina, digna del titular de todas las noticias del mundo.

Respiro hondo, me arreglo el cabello una vez fuera del coche y doy la espalda a mi hermana, decidida a mantener la compostura y disfrutar de eso que representa el evento del año. Al fin y al cabo, el mercado es nuestra única distracción. No hay música, ni reuniones de amigos, ni internet en la casa de los Angelov. Este día es, de lejos, lo más cercano a la diversión.

Barro con la mirada el enorme recinto, buscando a mis amigas, que sé que estarán aquí. Pero no por ellas, porque todas ya están casadas, sino porque vienen a acompañar a sus hermanas pequeñas, primas o sobrinas. Porque cuando los gitanos Valkov llegan al mercado, lo hacen en familia. Es una especie de Nochevieja multifamiliar, donde el principal entretenimiento no son los fuegos artificiales, sino las chicas solteras. Alguien ajeno a nuestras tradiciones incluso podría pensar que ha tropezado con la boda más fabulosa del año.

—¡El mercado es supermegafantástico, Ana! —exclama Lidia con la boca abierta y los ojos brillando de emoción—. Ojalá este año ningún chico pague por mí.

—¿Por qué lo dices?

—Porque así podré volver el año que viene.

La miro con ternura. Hoy es su debut, al igual que el mío, así que debe de estar emocionada (más que yo). Pero no dejo de pensar en que Lidia es solo una niña. Apenas ha pasado un año desde que le bajó la menstruación, y ya se espera que sea mujer. Ellos solo ven su juventud y su virginidad, pero yo veo algo más. Veo a una pobre adolescente que ahora mismo debería estar estudiando y soñando sin preocupaciones.

—¿Quieres algodón de azúcar, peque?

—¡Sí! —Su felicidad es evidente—. Y después, ¿podemos comprar *vatrushka*?[2]

—Si me das un besito.

Sus labios tocan mi mejilla y, por un instante, mi alma se parte en dos, pensando que nuestras vidas podrían separarse aquí mismo.

—¡Te quiero mucho!

—Yo más. —Le beso la frente mientras Nina nos observa desde la distancia, rabiando de celos.

Intento pasar de ella y tomo la mano de Lidia. Nos perdemos entre la multitud, con la voz de mamá a lo lejos gritándonos que no nos alejemos demasiado.

Se oye la música estridente de acordeones, hombres y mujeres están bailando, y el olor a carne asada y a pasteles embriaga nuestros olfatos. Las niñas pequeñas se esconden entre las faldas de sus madres mientras algunas chicas esbeltas bailan con las manos en alto al ritmo de canciones de Camarón y melodías del Este. Los gitanos mayores negocian entre ellos, señal inequívoca de que las *transacciones* ya han comenzado. Los más jóvenes bromean, adornados con pesadas cadenas de oro, a cuál más vulgar que el anterior. Y observan a las mujeres, expuestas como joyas en un escaparate. Yo incluida.

—Ana, ¿puedo preguntarte algo?

—Dime.

—¿Tú no tienes miedo a... eso?

—¿Qué es *eso*? —Sonrío mientras mi mirada se fija en los dulces expuestos en una mesa cercana. Todo lo que lleve azúcar es mi perdición.

—Ya sabes. —Lidia mira hacia nuestros padres y se inclina para hablarme al oído—: *Eso* que pasa entre los casados, en la noche de bodas.

—Bueno... —Me encojo de hombros—. No creo que sea tan malo. Debe de ser algo bueno si después tienes bebés, pero *eso* no sirve solo para tener hijos.

—¿Qué?

—He leído que también sirve para... —susurro— disfrutar.

—¿Disfrutar? —Lidia arquea una ceja y no puedo evitar reírme.

—Sí, igual que cuando comes chocolate.

—Ah... —ronronea pensativa—. ¿Te cuento un secreto? Mamá a veces saca ruidos raros durante la siesta, como si fuese un gato. Y después sale de la habitación muy contenta.

—¡Lidia! —la regaño entre risas—. ¡¿No me digas que te quedas escuchando detrás de la puerta?!

—¡No!

Ahogo una carcajada cuando noto su cara de ofensa.

—Yo sí.

—¡Qué vergüenza! —Se sonroja—. Pero entonces eso quiere decir que mamá está disfrutando con papá de la siesta.

—Imagino. —Frunzo el entrecejo mientras me acerco más a ella—. He leído que, si ella hace mucho ruido, significa que él sabe...

—¿Qué? —Lidia abre unos ojos como platos mordisqueando sus labios.

—Pues...

Me detengo sin encontrar las palabras adecuadas. ¿Por qué le estoy contando esto a mi hermana pequeña?

—Eres preciosa... —dice un gitano con una sonrisa encantadora cuando pasa por mi lado.

Siento calor en las mejillas y observo embobada cómo el chico se aleja. Los hombres son un enigma, y ahora soy consciente de que, dentro de mi fabuloso plan de seducción, no he pensado en el «factor cama». ¿Cómo será dormir en la misma cama con alguien que ni siquiera conozco? O que tal vez no me guste, o que no soporte, o que...

Joder.

No puedo perder de vista mi objetivo. Como las monjas que se entregan a Dios, yo me entrego a la Universidad de Barcelona. Allí encontraré mi paz. Mi paraíso. Pero para llegar al paraíso, primero hay que sobrevivir al infierno. Y eso lo tengo muy claro.

—Eh, ¿qué te ha dicho ese chico? —pregunta Lidia, saltando a mi lado como si fuese una cabrita.

—Nada.

—No me sorprende que se fije en ti, hermana. Eres guapísima.

—Qué va, Lidi. Eres tú, que me miras con buenos ojos.

Sin darme cuenta de cuándo ni por qué, mi hermana hace que dé una vuelta sobre mí misma mientras devora el algodón de azúcar que le acabo de comprar con las monedas del calcetín. Las mismas que, según papá, me convierten en ladrona.

—Oh, Ana —continúa—, te deseo un buen marido y muchos hijos.

—Deséame salud. —Me río y le doy un pellizco en la mejilla.

Estoy a punto de decir algo más, pero la voz de mamá truena sobre la multitud.

—¡Niñas! —Mueve la mano con nerviosismo y, por alguna razón, su rostro se ve pálido.

Aceleramos el paso hacia el coche de mis padres, temiendo que haya sufrido un golpe de calor. A lo lejos veo a varias chicas de mi edad, maquilladas en exceso, vestidas con faldas brillantes y blusas ajustadas, riendo y coqueteando con posibles compradores. Sus familias deben de tener dinero, sin duda. Me paso las manos por el vestido verdoso, como si eso pudiera darme una dosis de confianza. Sé que, en el fondo, el que me quiera deberá hacerlo por lo que soy, no por mi ropa ni por lo que mi familia pueda ofrecer.

«No tengas miedo, Anastasia. Piensa en algo bonito. Algo que te haga feliz», me repito. Las mismas palabras que Milena me diría si estuviera aquí.

Intento calmarme y me imagino en una oficina, rodeada de mis novelas favoritas, y no con tres o cuatro hijos tirando de mi falda, esperando la hora de la comida. O peor todavía: acabar enamorada de un tipo que me quiera someter a sus deseos, como mamá. Me niego a enamorarme. El amor es un lujo peligroso cuando el mercado de novias exige astucia. Y para que no se me olvide, anotaré esto en la primera página de *El arte de la seducción*, para recordar siempre que amar es peligroso y no prioritario.

—¡Más rápido! —grita mi madre.

—¿Qué he dicho acerca de no ir tan lejos? —añade mi padre—. Disculpe, señor.

«¿Señor?».

Me detengo en seco y mi mirada se encuentra con el hombre que está de pie junto a mi padre. Es de estatura media, viste de negro y su boca queda oculta tras un poblado bigote. Sus manos están entrelazadas a su espalda y, aunque no pueda ver sus ojos por las gafas de sol oscuras, siento que me observa fijamente.

Intento mantener la calma mientras nos acercamos a ellos, pensando que tal vez sea un comerciante o un conocido de mi padre. Pero algo en su postura y en su actitud me intriga, y quedo más intrigada todavía cuando mis ojos se posan sobre un maletín que mi padre guarda con torpeza en el coche. Un maletín extraño.

—Hija... —dice finalmente escrutándome con la mirada—, ven aquí.

¿Me está hablando a mí? Giro la cabeza rápidamente y veo el rostro de mamá. Sus ojos están vacíos y sus rasgos endurecidos. Entonces lo comprendo. Ese hombre acaba de pagar por mí. Me ha comprado. Tiene toda la pinta de que así sea, y las palabras de papá me lo confirman.

—Mi hija preciosa —dice abriendo los brazos—, has sido bendecida. Serás una novia.

Me quedo muda.

—¡Oh, Anastasia! —exclama emocionado tomándome por los hombros—. Estoy tan tan orgulloso de ti.

—Papá...

—Debes irte con el señor. Ya está todo hecho, eres un honor para nuestra familia y para los Valkov, Ana. Siempre lo serás.

Cuando me besa la frente, siento un nudo en el estómago.

—¿Todo hecho? —susurro confundida—. ¿En cinco... minutos?

—No hay tiempo. El señor tiene prisa y quiere que te vayas con él.

Mi mirada se clava en el hombre inmutable que hay detrás de mi padre. Su expresión seria me hiela. ¿Es a él a quien mi padre ha elegido para mí? ¿Un viejo? Su barba canosa y el cabello grisáceo me indican que debe de rondar los cincuenta y tantos o sesenta.

—Mamá... —me quejo—. ¿Y nuestras costumbres? Él debería venir a nuestra casa, conocernos, festejar y hablar de la boda.

Mi madre solo niega con la cabeza, ocultando su rostro entre las manos. Al igual que yo, no puede hablar y está bloqueada. Todas nos quedamos calladas, y eso es porque sabíamos lo que sucedería hoy aquí, en el mercado, pero jamás imaginé que mi padre ni siquiera me daría la oportunidad de hablar con el hombre que quisiera pagar por mí.

Entonces, algo llama mi atención. Sigo con la vista a Jandro, nuestro patriarca, que está saliendo de un vehículo estacionado a unos pocos metros.

—¿Qué está pasando? —pregunto preocupada cuando Jandro me mira con indiferencia, hace un gesto y se aleja, sin decir una sola palabra.

—¡Escúchame! —dice mi padre tomándome del brazo—. Te montarás en ese coche ahora. Hay demasiado en juego, ya hablaremos.

—No puedo...

—Confía en mí.

—¡Ana! —Mi hermana aprieta mi brazo con fuerza, y yo me aferro a sus delgados hombros.

—Señorita Angelova, mi jefe la está esperando. —La voz grave del hombre nos interrumpe.

¿Su jefe? Definitivamente, yo no estaba preparada para esto. Entonces, siento cómo me sube la tensión al analizar el coche estacionado cerca. Un vehículo alargado y lujoso, de color negro, que lleva los cristales tintados; eso me impide ver el interior.

—Aspar, la niña tiene razón. No podemos... —Mi madre solloza, intenta detenerlo, pero él no la escucha. Se calla cuando mi padre le lanza una mirada fulminante.

El suelo se mueve bajo mis pies al notar las manos persuasivas de mi padre guiándome hacia el vehículo.

—¡Escúchame! —me habla al oído—. Ellos tienen mucho dinero, me han prometido que te tratarán bien y dentro de unos días te traerán de vuelta para organizar la boda.

—Mientes —le respondo con los labios apretados, intentando contener las lágrimas.

Mi padre arruga la nariz cuando miente, y justo lo está haciendo ahora.

—¡Niña necia! —gruñe en voz baja—. No nos deshonrarás, ¿me has oído? Te montarás en ese coche.

Me empuja hacia el vehículo sin dejarme tiempo para protestar. Alzo la vista y camino con la cabeza erguida. Es lo único que me queda. Sé que, si no fuera este hombre, sería otro. No me humillaré. No lucharé. No intentaré hacerles cambiar de opinión. Nada de eso los detendrá, y ya me han vendido. Seguramente, tanto él como Jandro ya han cobrado por mí.

—¡Ana! —El grito desesperado de Lidia me arranca el corazón—. ¡No te vayas, por favor!

Me giro rápidamente cuando mi hermana pequeña tira de mi vestido.

Cielo santo. La abrazo con todas las fuerzas que me quedan, como si fuera la última vez.

—Mi amor... —susurro con la voz rota, acariciando sus sonrojadas mejillas—, solo voy a dar un paseo, ¿vale?

Miro a Nina, que también se lanza a mi cuello, completamente muda. Respiro hondo, intentando mantener la calma, y sé que no puedo preocuparlas. Debo ser fuerte por mis hermanas y por mi madre, que me aprieta contra su pecho, llorando silenciosamente. Nunca la he visto tan nerviosa.

—No olvides quién eres, Anastasia —dice arreglándome el pelo con manos temblorosas.

—Mamá...

—Esto te protegerá, hija mía —me habla al oído y abre mi mano —. Pensaba dártelo el día de tu boda. Cuídalo, ¿vale?

—¿Qué es?

—Señora, debemos irnos. Lo siento.

Bajo la vista y veo un colgante plateado con un amuleto en forma de corazón. El colgante guarda una bonita piedra verde, parecida a una esmeralda. Aprieto el puño cuando siento las manos del hombre separándome de mamá.

—Te quiero —dice mi madre afligida.

—Estaré bien. —Sonrío—. Cuidaos mucho, ¡cuidad de Milena y de Lenca! ¡Del pequeño Karl también! —grito a un paso de montarme.

—¡Anaaaaaaaaaaaaaa! —ruge Lidia—. ¡Quiero irme contigo!

Maldita sea. El rugido de dolor de mi hermana pequeña me estremece.

—Os quiero.

Cuando el hombre de negro casi me empuja hacia el interior del coche, siento un escalofrío recorrerme la espalda. No es por el toque, sino por la total ausencia de emoción en él. Nada. Como si estuviera tratando con una muñeca, no con una persona.

Un suspiro escapa de mis labios antes de entrar, mis ojos aferrándose a mi familia.

Mi querida familia.

La puerta se cierra bruscamente y el coche arranca de inmediato, alejándonos sin que pueda despegar mi mirada ni mis manos del cristal. A lo lejos veo a Lidia corriendo tras el vehículo, con las lágrimas llegándole hasta la barbilla, y a mi madre siguiéndola unos pasos, hasta que le atrapa los brazos y llora junto a ella.

«Dios mío, ayúdame».

No, no podré soportarlo. Las lágrimas amenazan con caer, pero las contengo con todas mis fuerzas.

—Pequeña... —susurro con el alma rota, apretando los dedos contra el cristal reluciente. Tal vez lo haga con la esperanza de atravesarlo y regresar a ellos. Ojalá pudiera. Ojalá esto fuera solo una pesadilla, pero el sonido profundo de un carraspeo me avisa de que no lo es.

Reprimo el temblor mientras paso la mano por mi rostro, intentando recomponerme. Frente a mí hay un hombre sentado en un asiento ancho de color claro, digno del interior de una limusina. Se trata de alguien aparentemente joven. Su cabello es de un castaño muy oscuro y me recuerda al chocolate negro. Viste un traje del mismo color y oculta su rostro tras unas gafas de sol. Apenas alcanzo a ver unos labios gruesos y una mandíbula definida, pero lo que más me desconcierta son sus manos. Lleva unos guantes de cuero y en la derecha sostiene un bastón con la cabeza plateada en forma de ave; tal vez un halcón. Aunque no consiga ver sus ojos, algo en su postura me hace sentir como si estuviera planificando una invasión militar.

Lo miro fijamente esperando que diga algo, pero el silencio es denso.

Enseguida centro mi atención en el hombre mayor a su lado, busco algo en sus rostros que me dé una pista, pero las gafas oscuras que ambos llevan lo ocultan todo.

—*Ubedís', chto rabóta vypólnena. My uzhe yóyo imeyem*[3] —resuena una voz gruesa.

Es el más joven hablándole en ruso al oído al hombre mayor, ordenándole algo. Algunas palabras me son familiares, dadas las raíces eslavas de nuestro clan, y estoy casi segura de que acaba de decir que «debe terminar el trabajo».

¿Qué trabajo?

Ellos hablan tranquilos, pensando que no entiendo lo que dicen. Pero hay algo que no encaja: estos hombres no pertenecen a nuestro clan y, claramente, no son gitanos.

—Máximo Kovalenko —dice el joven finalmente, tendiéndome la mano—. Usted debe de ser Anastasia Angelova.

Miro su mano tendida. El hombre al menos parece educado, su español es perfecto, pero mi sensación de impotencia es aplastante. No puedo moverme.

Noto que me examina con atención durante unos segundos que se me hacen eternos. Las lágrimas me empañan la vista, así que aprieto el colgante en mi mano buscando algo de fuerza para responderle, pero ni medio sonido sale de mi boca. Él percibe mi rechazo y, con una sutileza casi irritante, retira su mano.

—Espero que se sienta cómoda —añade con la misma voz fría, y me señala al hombre mayor—. Su nombre es Vladím y está a nuestra disposición. Nos espera una hora y media de vuelo.

Apenas puedo procesar sus palabras.

—¿Vuelo?

—Viajaremos a Montecarlo.

—No me han informado de que viajaría a Mónaco.

Se queda en silencio, como si lo sorprendiera que alguien como yo supiera qué es Montecarlo. En realidad, me sé el mapamundi de memoria, pero eso, por supuesto, no es algo común en alguien que vive en un sitio como Serra Rosa.

—Señor, yo... —prosigo— no sabía que viajaría al extranjero.

—Es normal que no lo sepa —interrumpe con un tono casi despectivo—. Nadie en su familia ha preguntado.

Un golpe de vergüenza me atenaza. Vergüenza, no, siento algo peor: ojalá la tierra me tragase en este instante. Mi padre ni siquiera

ha preguntado adónde me llevan.

¿Qué clase de familia vende a su hija de esta manera?

Pero ¿y él? No parece que le falten mujeres. No es gordo ni mayor; sus facciones se ven varoniles, su pecho ancho y sus músculos, perfilados. Un pequeño hoyuelo toma forma en su barbilla cuando habla y eso, de algún modo, me resulta... ¿atractivo?

En resumen, el hombre trajeado sentado frente a mí ahora mismo no debería tener problemas para ligar. Entonces, ¿por qué viajaría a un mercado clandestino a pagar por una novia gitana?

—No estoy preparada para irme de España —murmuro insegura—. No llevo maletas y quiero regresar a mi casa para recoger mis cosas.

«Mis cosas» se reducen a cuatro prendas de ropa y mis treinta y tres libros.

—No le hace falta nada, señorita Angelova —responde sin inmutarse.

—En realidad... —me froto las manos, incapaz de disimular mi desesperación—, no tengo mi documentación, ni el pasaporte y...

—Descuide, ya está todo arreglado.

—¿Cómo puede estar todo arreglado? —pregunto aturdida.

Mi mente da vueltas, intentando comprender qué significa «todo arreglado». ¿Sabía que pagaría por mí antes de verme?

—Le aseguramos que no le hará falta nada —toma la palabra el hombre mayor—. Todo está previsto, solo le pedimos que se ponga cómoda.

Mi respiración se vuelve errática. Cómoda. ¿Cómo se supone que puedo ponerme cómoda?

—No quiero separarme de mi familia.

Un silencio se extiende en el coche, interrumpido solo por el ruido de las ruedas sobre el asfalto. Él vuelve a llamar mi atención. No parece tener más de treinta años, aunque por su habla y ese bastón,

yo le echaría más. Se recuesta en su asiento, y su postura distante me hace sentirme nerviosa y vulnerable. Después, se pasa la mano por el mentón rasurado al uno —lo sé por mi padre—, mostrando una sonrisa sutil. Un movimiento leve de labios que no sé cómo interpretar.

—Vlad, déjanos solos.

Mi pulso aumenta cuando el coche se detiene con un suave crujido, el hombre mayor abre la puerta del vehículo y se monta en el asiento delantero. Un panel opaco se despliega ante nosotros, separándonos por completo de los asientos delanteros. La puerta se cierra con un clic y nos quedamos solos.

—Anastasia... —dice, pronunciando mi nombre con calma mientras se quita las gafas de sol.

Trago en seco, ya que el aire me falta por un momento. Sus ojos, de un marrón oscuro casi quemado, me atraviesan con una frialdad que me congela la sangre. Y, por si su mirada no bastara, la cicatriz que le parte la ceja derecha añade aún más peligro a su figura.

—Tu familia ya no existe —remata—. Yo seré tu familia de ahora en adelante. Y tienes exactamente una hora y media, lo que dura el vuelo, para hacerte a la idea.

3

El escorpión y la rana

Máximo



> No hay barrera, cerradura ni cerrojo que puedas imponer a la libertad de mi mente.
>
> VIRGINIA WOOLF

—¿Le has entregado la ropa?

—Sí, señor —responde Vladím, revisando su iPad antes de levantar la vista hacia mí—. Todo lo que ha pedido ya lo tiene.

Permanezco sentado en el sillón, con el cuerpo tenso y miles de pensamientos en mente. Frente a mí, una copa a medio llenar sobre una mesita. Me gusta tomarme una copa de vino antes de la cena, es una costumbre que me relaja. La levanto, la hago girar despacio en la mano y doy un sorbo, sin apartar la vista de la pantalla del portátil de última generación. Los informes se acumulan y el tiempo avanza.

Fuera, ya empieza a caer la noche. Estamos en un apartado exclusivo del aeropuerto de El Prat y, en veinte minutos, el jet estará listo para despegar rumbo a Montecarlo. En estos momentos, Anastasia se está cambiando en uno de los baños habilitados para nosotros. Si hubiera tenido más tiempo, probablemente la habría llevado a un hotel, pero el plan no permite lujos ni desvíos.

—¿Qué piensa de la señorita Angelova? —pregunta Vladím.

Lo observo de reojo. Mis dedos no se detienen, tecleando con agilidad sobre el portátil mientras intento cerrar un último correo antes de cruzar la zona de seguridad del aeropuerto.

—Es demasiado pronto para formarme una opinión de esa chica —le respondo tomando otro sorbo—. Mientras no me estorbe, es suficiente.

—Supongo que habrá considerado qué explicación darle a la señora Katia cuando pregunte.

Me detengo un segundo y acaricio el borde de la copa con el pulgar.

—Dudo que pregunte. Katia tiene bastante con lo suyo —señalo—. Y si lo hiciera, perdería el tiempo.

—Su padre jamás estaría de acuerdo con la decisión que ha tomado.

Alzo la mirada clavando los ojos en Vladím. Tiene esa mala costumbre de recordarme a mi padre en los peores momentos y de enfrentarse a mí con buenas palabras desde la lealtad que me guarda. No se lo reprocho y se lo perdono porque es él. A estas alturas, pocos se atreven a decirme lo que piensan.

—Vlad... —Inhalo hondo—. Mi padre lleva años pudriéndose en una tumba. ¿De verdad crees que su alma tendría algo que decirme desde el infierno? —continúo jocoso—. Porque en el cielo, desde luego, no está.

—Ojalá, algún día, tenga la fuerza para visitar su tumba, señor.

Ignoro su comentario. No es el momento para reflexionar sobre si honro o no la memoria de Viktor Kovalenko. Ahora mismo, el único pensamiento que me ocupa es que, en menos de una semana, tengo que organizar una boda y reforzar la seguridad lo suficiente para no quedarme sin novia antes de llegar al altar.

—¿Qué opinas de Barone? —Llevo la conversación hacia un terreno más práctico.

—Siempre ha habido cierta rivalidad entre rusos e italianos. Y si me permite hablar con franqueza: los italianos no suelen jugar limpio. ¿Por qué iba a hacerlo el señor Barone?

Hago girar la copa abombada entre los dedos, observando cómo el vino tinto dibuja círculos en el cristal.

—¿Y quién lo hace, Vladím?

—Nadie.

—Exacto —murmuro reflexivo—. Necesitamos a Barone. No nos basta con tener el monopolio en Rusia y Europa. Estados Unidos es el verdadero objetivo, y él es la llave que nos permitirá abrir esa puerta, aunque sea el mayor hijo de puta de Occidente. Su influencia en el Bronx y en Latinoamérica es exactamente lo que necesitamos.

—Aun así, controlamos a políticos, magnates, mercenarios... —Duda un segundo—. Meter a alguien como él en nuestros planes podría desequilibrar la balanza.

—Quien no apuesta no gana. Y todavía hay algo que ni todo nuestro dinero puede comprar: acceso real al FBI y a la DEA. Barone no es solo un mafioso —le explico calmadamente—, es el puente hacia América. Nuestro pase de oro para entrar en la jaula de los lobos sin que estos nos devoren.

Vladím asiente, aunque no parezca del todo convencido. Y es normal que no lo esté, y eso es porque no sabe que mis intereses van un poco más allá de lo estrictamente profesional.

—¿Y Romanov? —pregunta.

Siento cómo mi mandíbula se tensa con solo oír su nombre.

—Romanov... —repito—. Su imperio se desmoronó hace años, sus hombres huyeron y sus aliados lo traicionaron. Pero el muy cabrón ha vuelto, y no solo ha vuelto, sino que está reorganizando a los que aún le son leales.

—No sé cómo logró sobrevivir.

—No tiene sentido hablar de eso —replico apoyándome en el respaldo—. Lo que importa es que está aquí y la quiere con él. Y sabes tan bien como yo lo que eso significa.

El silencio se instala de nuevo. Ambos sabemos que ese canalla hará todo lo que esté en su mano para llegar a ella. Y yo haré todo lo que esté en la mía para impedirlo, por supuesto.

—¿Qué hará con Romanov si el plan funciona?

La pregunta que esperaba.

—Le mostraré cómo destruyo eso que más quiere, y después... —aprieto los dedos en un puño— le arrancaré el corazón.

—La mejor de las venganzas, sin duda —Vladím sonríe.

—No es venganza —corrijo devolviéndole la sonrisa—. Es justicia. Y ahora llama a Barone y dile que acepto su propuesta.

Vladím se retira y saca su teléfono mientras yo apuro la copa y la dejo de nuevo sobre la mesa, girando mi muñeca para consultar el Rolex. La puntualidad es algo que respeto, y Anastasia ya debería estar lista.

—¡Vlad! —lo llamo sin apartar la vista del reloj—. Encuentra a esa chica. Ya ha tenido tiempo suficiente para cambiarse. Nos queda menos de media hora.

Él asiente y sale con paso firme. Me quedo observando el móvil cuando un mensaje aparece en la pantalla:

> Más te vale que regreses para la conmemoración. No pienso permitirte que otro año más te largues y lo olvides todo, como siempre haces.

Katia. Tan pesada como siempre.

Un sonido en la puerta me devuelve al presente, aunque mi mente parece un engranaje y mis manos se mueven sobre las teclas planeando los próximos movimientos. Vladím reaparece a mi lado casi al instante, con el ceño fruncido y esa expresión que me adelanta que algo anda mal.

—La señorita Angelova no está en el baño.

Lo miro fijamente.

—¿Qué?

—Ella simplemente... no está.

Siento cómo mi mandíbula se contrae. Anastasia no es el tipo de chica que se rinde, y mucho menos una que se queda quieta esperando órdenes. No debería sorprenderme que haya intentado escapar, aunque no pensaba que fuera tan imprudente. No con diez de mis hombres pisándole los talones.

A menos que alguien más esté detrás de esto.

La idea me pone en pie de golpe. Cojo el bastón con fuerza y camino hacia la salida.

—Búscala. No puede haber ido lejos.

Vladím desaparece de inmediato. Yo cruzo el vestíbulo, cojeando y con el instinto en alerta. Analizo cada rincón, cada sombra, cada figura que se asemeje a él.

El aeropuerto apesta a gente, a sudor y bullicio, y eso me pone nervioso. El ruido me pone nervioso. Voces fuertes, niños llorando,

maletas chocando, ruido proveniente de los altavoces. Sin embargo, intento tolerarlo y tan solo quedo expectante a cada movimiento. En el fondo, temo que otra de mis pesadillas se convierta en realidad: que él esté aquí, arrebatándomela.

¿Cuándo ha pasado? ¿Cómo? Ni idea. Tan solo tengo claro que el objetivo se ha esfumado, y eso supondrá el final de todo.

Pero, curiosamente, estoy equivocado.

Esa chica está a apenas diez metros, sentada en un taburete. Mueve las manos con naturalidad mientras charla con el tipo tras la barra de la cafetería. En su actitud no hay nada de quien intenta escapar: todo en ella destila calma y descaro. Incluso sonríe, como si estuviera seduciendo al camarero.

Lleva puesto el vestido de algodón oscuro y las botas marrones que Vladím le ha entregado hace un rato. Le sientan bien. Es delgada, pero sus curvas no pasan desapercibidas. Su melena cae en ondas por la espalda y ese aire indómito la hace aún más difícil de ignorar. Juega con la pajita en el vaso y ríe abiertamente, como si no tuviera prisa. Pero yo sí, tengo prisa.

Le hago una señal a Vlad para que la traiga a mí. Me esfuerzo en relajarme mientras la observo. Ella se despide del camarero con mucha cercanía, como si ese tipo fuese amigo suyo, y camina hacia mí, aún con esa sonrisa conmovedora en el rostro.

—Perdón —dice al llegar—. Tenía sed.

Mi mirada se desliza hasta el camarero, básicamente un crío con cara de haber caído rendido a sus pies en menos de diez minutos.

—¿Sed? —repito arqueando una ceja.

Ella asiente, señalando el vaso.

—El camarero me ha preparado una especie de cóctel —me aclara sin que yo le haya preguntado nada—. Y a ti te he traído otro.

Me tiende una bebida de color rosado, con esa misma sonrisa que no comprendo.

—Esto está buenísimo, no te arrepentirás. Y, tranquilo, no le he echado nada a la copa, si es lo que temes. —Se ríe—. Sería muy poco prudente, ¿verdad?

La observo dubitativo. Hay algo que no cuadra. Se muestra demasiado simpática, y eso no encaja con su carácter ni con la actitud que tenía hace media hora, en el coche. Y, efectivamente, lo compruebo cuando ese tipo nos mira fijamente y le susurra algo al oído a otro individuo, que parece el encargado. Además, la forma en que Anastasia parpadea y cómo evita mirarme la delatan. No hay duda, todo apunta a una única cosa: me está mintiendo.

—¿Y qué cóctel tan interesante te estaba recomendando? —le pregunto, siguiéndole el juego.

Le doy un sorbo a eso que me acaba de entregar.

—Uno con frutos rojos. Según Antonio, la acidez equilibra el dulzor y te deja un buen sabor de boca.

Sostengo su mirada.

—Interesante. ¿Y qué más te ha dicho *Antonio*?

No pestañea.

—Nada. —Suelta una risita—. Que los frutos rojos no son lo suyo, que prefiere el ron-cola.

Por un momento no puedo evitar admirarla. Esta chica no es solo lista, es jodidamente astuta. Ha dicho lo suficiente para no levantar sospechas, pero yo sé que algo está pasando. No necesito hablar; tan solo ejecuto una señal con la cabeza, avisando a Vlad de que debemos intervenir. Y Antonio, ese imbécil que ahora está sudando detrás de la barra, lo confirma.

—Así que... frutos rojos —apruebo.

Ella inclina la cabeza, observándome con ese brillo divertido en los ojos.

—Sí. Con el toque justo de acidez.

—Como la vida misma, ¿no crees? —pregunto, mientras con el rabillo del ojo sigo observando lo que ocurre detrás de esa maldita barra.

—Bueno, la vida es más bien amarga. Aunque yo prefiero pensar que incluso la fruta más amarga tiene cierto dulzor en su interior.

La forma en que habla y mueve los labios me crispa los nervios. Entonces, le entrego el cóctel a uno de mis guardaespaldas y me inclino un poco más hacia ella, lo justo para ver cómo se tensa.

—¿Sabes a qué me recuerda esto? —digo en voz baja, intentando controlar mi ira—. A la fábula del escorpión y la rana.

Ella ladea la cabeza, como si de repente sintiera mucho interés. Le hago una señal con la mano para que me acompañe fuera del aeropuerto y empezamos a caminar lentamente en dirección a un jet que nos espera en la pista de despegue privada.

—¿De qué trata?

—Un escorpión le pide a una rana venenosa que lo ayude a cruzar un río —le explico, yo cojeando y ella caminando lentamente al lado —. La rana se niega, porque podría picarle, pero el escorpión le promete que no lo hará. Después de todo, si le pica, ambos morirán.

—¿Y qué pasa?

—La rana accede y, cuando están en medio del río...

—¡No me digas! Le pica.

Me sigue la corriente, pero se vuelve con discreción y mira en dirección al interior del aeropuerto. Hago como que no me doy cuenta.

—Sí.

—¡Oh! —Se lleva una mano a la boca—. ¿Por qué? El escorpión había llegado a un acuerdo con la rana.

—Así es, pero no parece que le importara demasiado. Sin embargo, cuando le pica, le dice: «Lo siento, es mi naturaleza».

Ella suelta una risita, aunque intenta controlar el temblor en sus labios. Sus dedos se aferran con más fuerza al bolso que Vlad le ha comprado cuando le muestro la estrecha escalerilla del jet privado.

—En realidad, no me sorprende. La rana es demasiado ingenua —habla distraída mientras sube la escalinata.

Aprieto la mano en mi bastón sin que ella me vea, vigilando de reojo a mis hombres, que nos rodean con la misma tensión que yo siento. Una vez dentro, saludo con la cabeza al equipo de vuelo y le señalo el sitio al que debe dirigirse.

—Además —añade con voz temblorosa—, ¿quién confiaría en un escorpión?

Sigue lanzando miradas discretas fuera de la aeronave, como si esperara que alguien llegara a rescatarla. Pero está perdiendo el tiempo.

—De hecho, el escorpión está en su derecho de ser quien es, pero ha incumplido un compromiso, ¿no crees? —Me inclino sobre ella—. Al igual que tú.

—¿Cómo?

No le doy tiempo a añadir nada más. Cierro la puerta de la cabina velozmente y, tirando de su brazo, la empujo contra ella, obligándola a retroceder.

—¿Eres el escorpión, Anastasia? —le suelto furioso. Mi voz corta el aire, y no pienso tolerar que crea que podrá tomarme el pelo—. ¡¿Lo eres, maldita sea?!

Su mirada se transforma al darse cuenta de que acaba de ser pillada.

—No. No soy el maldito escorpión. —Frunce los labios y me reta con la mirada.

—¿No? —Ladeo la cabeza, intentando no dejarme intimidar por su rostro angelical—. Yo creo que sí. Por ejemplo, podríamos hablar de cómo has conseguido pedirle ayuda a ese puto camarero estando rodeada de mis guardaespaldas.

—Oh, ¿es eso? —Sus labios se arquean en una sonrisa amarga—. Ha sido muy fácil, en realidad.

—¿Qué les has dicho? —Aprieto la mano contra la puerta y la inmovilizo con mi cuerpo, no faltándome ganas de aplastarla.

—Na-nada —tartamudea—. Tan solo les he dicho que iría a la barra a pedir un refresco que mi prometido me ha pedido urgentemente.

—¿Qué?

—Porque eres mi prometido, ¿cierto?

La miro perplejo. ¿Cómo seré capaz de asimilar que su inteligencia me asusta? ¿Cómo podría yo mismo reconocer que no encuentro las palabras adecuadas para responderle?

—¿Sabes? —Alza el mentón y me empuja sutilmente con los codos —. Los guardaespaldas, en general, harían cualquier cosa con tal de ver a su jefe contento. Son grandes y fuertes, sí —sigue con un aire despreocupado—, pero a veces... idiotas.

¿Esto va en serio? ¿Acaba de insultar a mis hombres?

Contengo el impulso de cerrar las manos alrededor de su cuello.

—¿Sabes qué les pasó al escorpión y a la rana, Anastasia?

—Murieron... —susurra con ojos vidriosos—. ¿Y qué?

Joder.

Aprieto los dientes. Mis nervios están tan tensos que parecen una cuerda a punto de romperse.

—Jugaron con fuego y se quemaron.

Ella me sostiene la mirada, obligándose a sí misma a no estallar en llanto.

—Bueno... —musita—, el ser humano es capaz de todo cuando no tiene opciones. Aun cuando todo eso lo consuma. Como el fuego mismo, *señorKovalenko*.

Frunzo el ceño. Sus palabras me recuerdan a los libros de Dostoievski. Me sorprende que sus discursos sean tan jodidamente... desconcertantes. Suena como si esta chica tan joven hubiese leído libros suyos y eso es raro, teniendo en cuenta de dónde viene. Pero ahora no hay lugar para la distracción y su tono burlón, al pronunciar mi apellido, echa más leña al fuego.

—Escúchame bien... —mascullo—. No importa cuántos Antonios se crucen en tu camino ni cuántos planes creas que puedes hacer a mis espaldas. No hay salida, ¿entiendes? No para ti.

Finalmente, su escudo cae y noto el temblor en su barbilla. Percibo miedo en sus ojos.

—Dicen que, si Dios no existe, todo está permitido. Pero aquí, Anastasia... —explico pausadamente—, yo soy Dios. *Tu* Dios. ¿Y sabes por qué? Porque te acabo de comprar.

Mi voz inapelable la impulsa a responderme, pero no continúa, porque un fuerte golpe en la puerta nos interrumpe.

—¡Señor!

Me separo de ella como si fuese brasa ardiente.

—Siéntate —le ordeno con dureza, tomándola por el codo y obligándola a sentarse en uno de los sillones a mi derecha.

Abro la puerta y miro a mi hombre, que tiene la mirada fija en ella.

—Está todo controlado.

—Eso espero —replico aliviado.

Bajo la mirada intentando relajarme, sabiendo que solo estaré tranquilo en Mónaco: con ella en mi casa y encerrada hasta el fin de sus días. Con un poco de suerte, ese camarero no ha dado la alarma en el aeropuerto, y mejor para él. Así no acabará en el fondo del Mediterráneo.

—¿Desea algo más?

—Sí, Vlad —carraspeo—. Pide la cena, es tarde.

Mi hombre asiente y se dispone a dar media vuelta, pero lo freno antes de que lo haga.

—También diles a todos que, la próxima vez que se dejen engañar por ella, pagarán con sus vidas.

—Le aseguro que no volverá a pasar.

No le respondo, tan solo cierro de un portazo y respiro hondo, deseando que el vuelo no me parezca una eternidad. Estaría agradecido de hacer cualquier cosa ahora mismo, con tal de no estar respirando el mismo aire que ella.

Intento recomponerme y me siento en un sillón de cuero oscuro, justo en la otra punta, lo más lejos posible. Me apoyo en un codo, sin prestarle atención, y cojo mi teléfono móvil pensando en que todavía no he respondido unos correos importantes; además, debo preguntarle a Ecaterina si le han preparado ya la habitación. Llegaremos pasada la medianoche.

—¿Cuánto pagaste por mí? —Oigo su voz, clara y directa.

No le respondo. En lugar de eso, tecleo un mensaje en el iPhone. Necesito asegurarme de que todo esté listo para celebrar la boda.

—¡Genial! —balbucea—. Además de cojo, también sordo.

Mis dedos se detienen bruscamente. Alzo la mirada despacio, como si el tiempo se ralentizara.

«Cojo», pienso. Tiene razón. Lo soy.

Dejo el bastón a un lado y me acomodo en el asiento tratando de relajarme, aunque el orgullo me quema más que a un soldado herido en mitad de un campo de batalla.

—¿Te importa que tu futuro marido sea cojo?

—No, la verdad es que no. Pero sí me importaría que, además de cojo, fingiera estar sordo —responde con una mueca extraña—. No has respondido a mi pregunta.

Veo cómo mueve las rodillas, separando y uniendo los muslos en un ritmo nervioso, como si le costara controlar el temblor y la irritación. Tiembla más aún cuando el estruendo de las ruedas en movimiento rompe el silencio y el jet empieza a cobrar velocidad. Se retuerce en el asiento, atenta a cada sacudida, y supongo que será por miedo a volar.

—Abróchate el cinturón —le indico bajando la mirada a su talle.

Y ojalá no lo hubiese hecho.

Anastasia separa las piernas más de la cuenta al inclinarse hacia delante para buscar el cinturón y su ropa interior, de un color claro, queda expuesta. Aprieto la cabeza del bastón y aparto la mirada de inmediato. Sería mejor omitir el detalle de que sus piernas, apenas cubiertas por unas medias finas, me parecen demasiado atractivas, y aún más con el vestido subido sobre sus muslos.

Tenso la mandíbula cuando su imagen despierta mis instintos más primitivos. Y también maldigo a Vlad por haberle comprado ese vestido. Con unos vaqueros habría sido más que suficiente.

—¿Cuánto?

No voy a responderle. No está aquí para eso, y tendrá que acostumbrarse a mis silencios.

—¿No vas a contestar? —pregunta aferrándose al sillón con ambas manos. Respira con dificultad, visiblemente conmovida por el vértigo del despegue.

—¿Cambiaría algo?

—Cambiaría mucho. Al menos sabría cuál es mi precio.

—No te cosifiques. No tienes precio.

—Las mujeres como yo siempre lo tienen —susurra irritada—. Solo quiero saber cuánto has pagado por mí.

Cruzo una pierna sobre la otra, soltando un leve quejido que ahogo antes de que escape. La observo, aunque ella ni siquiera se molesta en devolverme la mirada; sigue con los ojos clavados en el techo.

—Mucho —respondo al fin.

—¿Más de lo que vale un coche?

—Mucho más.

—¿Más que este jet?

—No.

—¿Valgo menos que este avión?

—Siento decírtelo, pero sí. Mucho menos.

—¿A cambio de qué?

—Ser mi esposa —afirmo—. ¿No es obvio?

—Mi padre jamás me vendería a un payo.

—Lo siento —añado con toda la calma que puedo—, el dinero siempre está por encima de cualquier costumbre o ética, Anastasia. Pensaba que, a estas alturas, ya lo sabías. Tu padre no es la excepción, simplemente es un hombre razonable.

—¿Y tú?

Finalmente, me enfrenta con la mirada. Ella en su sillón, yo en el mío. Dos metros, quizá algo más, separándonos.

—¿Yo, qué?

—No pareces muy razonable pagando una fortuna por una novia gitana.

—¿Quién ha dicho que he pagado una fortuna?

Ella aprieta los labios, lista para lanzar la réplica que ya debe de tener bien armada.

—Lo has insinuado.

Su voz es tan afilada como la hoja de una catana. Suelta el reposabrazos y entrelaza los dedos sobre su regazo intentando aparentar calma, aunque su pecho sube y baja con demasiada rapidez para engañarme.

—Tienes razón —concedo sin apartarle la vista—. Lo he insinuado. Pero no es el caso, créeme.

Parpadea, como si tratara de descifrar mis palabras.

—¿Entonces?

—Solo soy un hombre que quiere formar una familia. Alguien que quiere casarse. ¿Es eso tan malo?

—Ojalá fueses solo eso... —dice en un tono cortante—, pero no lo eres.

—Entonces, ¿quién soy, según tú?

—Un chulo —sigue sin titubeos—. Sé que me llevarás a uno de esos sitios malfamados donde los hombres van a poner los cuernos.

Menuda manera extraña tiene esta mujer de expresarse. Alzo una ceja y la observo en silencio, aún sin terminar de creer que esté hablando en serio.

—¿De verdad crees que gastaría setecientos litros de combustible para volar hasta España por una prostituta? —pregunto seco—. Me costaría más el collar que el perro.

—Entonces... —tamborilea con los dedos—, eres alguien defectuoso, que nadie quiere, así que has decidido ir al mercado a comprarte una mujer, ¿verdad?

Está probando mi paciencia.

—¿Te parece que nadie me querría?

—Pues... —Sus labios tiemblan apenas, y me aparta la mirada una vez más. Vuelve a mover las rodillas, abriendo y cerrando los muslos en ese tic desconcertante.

—Si te sirve de respuesta, solo soy un hombre impaciente.

—¿Impaciente? —Detiene el movimiento y vuelve a clavarme esos ojos de un verde esmeralda, a juego con el amuleto que cuelga de su cuello.

Carraspeo nervioso. Ella no debe saber que la detesto con cada fibra de mi ser. No debe sospechar que, cada vez que me mira, los recuerdos vuelven a mí, como un bumerán de lo más retorcido.

—No tengo tiempo para conocer mujeres, así que voy directo al grano. Eso es todo —respondo.

—¡Oooh! —Se lleva las manos a la boca, como si acabara de hacer un descubrimiento—. ¿Eres gay?

Me río por dentro.

Pobre ilusa. Cree que puede provocarme con una frase barata. No tiene ni idea de lo que hace ni de lo que puedo hacerle si decido devolverle el favor.

4

No tener filtros es peligroso
Anastasia



> Mis grandes tormentos en esta vida han sido los tormentos de Heathcliff:[1] los he visto y sentido todos desde el principio.
>
> EMILY BRONTË

—¿Los gais te escandalizan, Anastasia? —Su voz es tan seria como su expresión.

Lo observo consternada y me pregunto qué resulta peor: casarme con un viejo paralítico como Elsa o con un hombre con el que jamás pondré en práctica lo que aprendí del libro de Robert Greene porque no le gustan las mujeres.

—No. —Niego con la cabeza, tragando saliva—. Es decir, en Serra Rosa todos se escandalizarían. Sería inadmisible porque nuestro clan tiene ideas muy claras sobre el matrimonio. Pero yo creo que cada

uno debería ser libre de ser quien quiera ser, siempre que no haga daño a nadie.

—Interesante.

—Si le hubieses dicho a mi padre que no te gustan las mujeres, ten por seguro que no me habría vendido. Ni por todo el dinero que cuestan dos de estos... aviones —añado mirando a mi alrededor, aún atrapada en la maraña de pensamientos sobre qué leches haré ahora.

—Me gustan las mujeres —me interrumpe sin alterar el tono.

Parpadeo deprisa y respiro aliviada, en cierto modo.

—Es bueno saberlo, por supuesto. Aunque lo que no entiendo es...

—No hay nada que entender, y esta *charlita* sin sentido me está cansando. Serás mi esposa, y aquí termina la conversación.

Así, sin más. Sin un atisbo de duda en su voz.

Yo, su esposa. Él, sin ser gitano y sin conocer nuestras costumbres, sin saber nada de mí y sin mostrar un mínimo gesto de afecto o molestarse en ofrecer una explicación.

¿De qué va este tío?

Desvío la mirada justo cuando la puerta se abre y dos mujeres entran con pasos silenciosos.

—Buenas noches, la cena está lista.

—Gracias —les responde.

Con un leve movimiento de cabeza, señala la mesa rectangular frente a mí. Una de las azafatas coloca una bandeja y levanta la campana de acero que cubre los platos. El aroma a carne en su punto exacto, junto al perfume de las guarniciones, invade mis sentidos. Mi estómago cruje. Jamás he olido, y mucho menos probado, algo tan exquisito.

La segunda mujer coloca dos copas y las llena con vino tinto. Todo es refinado, cuidado hasta el último detalle.

—¿Desea algo más, señor?

—Nada.

Cruzo los brazos y fijo la mirada en el plato, sin mover un solo músculo. Oigo los pasos de las mujeres alejándose y la puerta cerrándose.

—¿No vas a comer? —pregunta él tras unos minutos de silencio.

—No. No tengo hambre.

Me lamo los labios, tratando de disimular el rugido de mi estómago. Me mantengo firme, porque sé que no le gusta que me niegue. Puedo sentirlo en la punzada que oscurece sus ojos profundos y en la tensión de su mentón. Está muy enfadado, pero no me importa; yo también tengo motivos de sobra para estarlo.

—Esto no es un juego de resistencia —advierte con impaciencia—. Te pido que comas.

—Y yo he dicho que no tengo hambre.

Con el rabillo del ojo, lo veo levantarse con agilidad. No dice nada más. Un escalofrío me recorre la espalda al verlo cojear hacia la puerta, y me come la curiosidad: ¿qué clase de accidente lo dejó así? Tal vez un coche, porque dudo que fuera uno de avión. Las probabilidades de sobrevivir a una caída son mínimas, menos del cinco por ciento. Aprieto los dientes, totalmente aterrada, y murmuro unos cuantos avemarías, rogando pisar tierra firme cuanto antes. Mónaco o China. Me da igual.

—Lena... —llama a alguien desde la puerta—. Retira la cena, la señorita Angelova está indispuesta y no comerá.

Vaya. Esperaba que insistiera más. No sé, que elevara la voz, que me rogara, que me obligara a comer. O incluso que me amenazara. Pero no. Joder. Yo esperaba casarme con alguien a quien pudiera manipular.

Se me hace la boca agua cuando los platos desaparecen tan rápido que parece que nunca hayan estado ahí. El silencio se instala entre nosotros mientras las mujeres retiran la cena en menos de un minuto. Decido serle franca una vez que oigo el crujir de la puerta.

—No sé en qué medida te gustan las mujeres, pero yo claramente no te gusto.

—¿Por qué lo dices?

—Seré gitana, y puede que no haya pisado una escuela de élite como tú, pero no soy estúpida.

—No he ido a una escuela de élite —responde con un tono seco, pero sin rastro de molestia—. Quizá solo sea un hombre reservado.

—Entonces, ¿te gusto? —insisto, buscando entender por qué me ha comprado.

—Me eres indiferente.

Sus palabras me golpean en el pecho, tan frías y desconcertantes que me cuesta saber si me alivian o me hieren. Enlazo los dedos sobre el regazo, sabiendo que algo anda mal, pero ¿qué? Siempre me han dicho que soy guapa y que cualquier gitano querría tenerme, aunque tuviera más de dieciocho años. Y, sin embargo, aquí estoy, oyendo esto.

—Pues... —balbuceo— no será muy normal gastar setecientos litros de combustible para viajar a Barcelona a por una puta, pero parece que es del todo normal gastarlos en alguien que te es indiferente.

Una sonrisa sarcástica asoma en la comisura de sus labios mientras se rasca la barbilla, con ese guante de cuero que tanto llama mi atención. En realidad, no sé por qué narices lleva los guantes, por el frío seguro que no.

—¿Siempre eres tan directa, Anastasia?

—Siempre. ¿Algún problema?

—Muchos —responde tras una pausa—. A veces las cosas no se pueden decir tan... así.

—Cada uno elige cómo decirlas —le advierto—. No me gustan las mentiras. Y si vas a casarte conmigo, es mejor que lo sepas desde el principio.

—No tener filtro es peligroso.

—No pareces el tipo de hombre al que le asusta el peligro.

Se encoge de hombros, estudiando cada gesto mío con una mirada tan afilada que me pone más nerviosa todavía.

—¿Qué más debería saber de ti, aparte de que eres impredecible?

—Impredecible —repito burlona—. ¿Te molesta que lo sea?

—En absoluto —niega con una calma que hace que mis rodillas se tensen—. Solo me pregunto qué escondes tras tanta rebeldía.

Aprieto los dientes al percibir la ironía en sus palabras —no muy diferentes de las mías— y, a continuación, me fuerzo a ignorar el nudo que se ha instalado en mi estómago.

—No escondo nada. Tú, en cambio...

—Yo solo quiero tener un viaje tranquilo —me corta tajante—. ¿Podrías callarte, por favor?

Bajo la mirada, sintiendo las mejillas arder de vergüenza e impotencia. Me obligo a tragarme el orgullo antes de que su tono borde y sarcástico vuelva a herirme.

—Necesito ir al servicio. ¿Dónde está?

—Al fondo.

Alzo la barbilla y me incorporo desabrochando el cinturón con manos temblorosas. No le daré el gusto de verme derrotada y débil. Pero al dar unos cuantos pasos, el avión tiembla. Un golpe inesperado lo sacude todo a mi alrededor, de modo que me tambaleo, pierdo el equilibrio y finalmente... caigo. No al suelo. Sobre él.

Mierda.

Siento sus manos sujetándome con fuerza y sus dedos aferrándose a mi cintura. La tela de su camisa se arruga entre los míos cuando intento estabilizarme, y nuestras miradas se cruzan por un instante. Sus ojos son grandes, enmarcados por unas pestañas imposiblemente largas. Infinitas. Puedo sentir su respiración en mi barbilla y su pecho duro contra el mío. Y ojalá fuera solo eso. Es su olor, que me envuelve. Huele a caro y a... hombre. A un aroma que despierta mis sentidos.

—Perdón... —murmuro aturdida.

Aprieto más sus hombros, embriagada por el calor que emana de su torso y atrapada en esa especie de burbuja donde solo existimos él y yo. Hasta que lo noto: su tensión. Sus manos crispadas en mi cintura y el nerviosismo que no encaja con su carácter. Un pánico que no es propio de él, que parece que lo tiene todo controlado.

Y de pronto, me aparta sin decir nada. No lo hace con suavidad ni con cuidado. Me empuja fuera de su espacio como si mi sola cercanía fuera intolerable. Casi me caigo al suelo cuando se pone de pie con rapidez intentando ocultar sus emociones.

Pero no.

Lo noto en la forma en la que evita mirarme, en la manera en que se dirige hacia la salida, con pasos duros, cargados de furia. En cómo empuña su bastón con rudeza y tira de la puerta de la cabina con tanta fuerza que parece que quiera arrancarla. Como si yo fuera esa puerta y él estuviera deseando destrozarme.

Oh, Dios. Me llevo una mano a la boca, enmudecida por todo lo que acaba de pasar.

Me quedo sola, sin haber cruzado ni una jodida palabra con él. Las dudas me invaden despiadadamente, pero si hay algo que está claro es que a ese hombre ni le gusto ni soporta tenerme cerca.

Entonces..., ¿por qué demonios quiere casarse conmigo?



Una luz tenue se cuela por la puerta y me deslumbra, forzándome a entrecerrar los ojos. Al parpadear, mis pupilas enfocan a un hombre vestido de negro que se planta frente a mí, impasible. Es el hombre mayor. No sé en qué momento me he quedado dormida, pero al parecer hemos aterrizado.

—Hemos llegado, señorita Angelova. El coche la está esperando.

Su jefe no está a la vista, señal de que no ha vuelto a la cabina de pasajeros en toda la noche. Allá él.

No pregunto nada, ni siquiera lo intento. Me dejo guiar en silencio hacia el exterior mientras contemplo el paisaje: la ciudad se extiende como un espejismo de luces brillantes, y noto el aire fresco de Mónaco.

Al pisar tierra firme, miro atónita la escena frente a mí: un convoy de vehículos negros espera alineado sobre la pista, impecable y ordenado. El despliegue parece más propio de la escolta privada de la realeza o del presidente, y no de simples civiles.

—¿El coche? —murmuro todavía somnolienta, y jodidamente incrédula—. Esto es más que un coche.

—Suba, llegamos en veinte minutos.

—¿Qué hora es? —le pregunto buscando con la mirada algo o, más bien, a alguien.

—Casi medianoche.

Me acomodo en la parte trasera de uno de esos coches de lujo, no sin antes dedicar una última ojeada a los otros tres que completan el

cortejo. Curiosamente, nadie ocupa los asientos a mi lado, salvo el hombre de las canas.

—¿Y ese hombre, su jefe?

Mi respiración se espesa, y no es por miedo, sino por otra cosa. Es la asfixia y la certeza de que estoy atrapada, peor que un pájaro enjaulado, y de que estas personas me arrastran hacia un lugar del que tal vez nunca salga.

—El señor Kovalenko viaja en otro coche, señorita.

—Comprendo —susurro, aunque la verdad es que no comprendo nada.

Clavo las uñas en la tapicería cuando el vehículo arranca con brusquedad, y observo que todos están compartiendo la misma prisa por abandonar la pista de aterrizaje. Pero no es solo eso. Es la expresión tensa y vigilante del hombre mayor a mi lado, que no aparta la vista del exterior ni un solo segundo.

—Déjeme aconsejarle algo —habla, rompiendo el silencio—. No haga esto más difícil de lo que ya es. Le aseguro que al señor Kovalenko no le hará ninguna gracia tener que hospitalizarla por desnutrición.

—Si al señor le importara tanto, estaría aquí conmigo. ¿No cree?

El hombre me lanza una mirada breve.

—Tenía unos asuntos que atender.

Mentira.

Giro la cabeza y observo el coche que nos sigue de cerca. Puedo sentir su presencia allí, aunque esté a metros de distancia. Sé que es él. Sé que me está observando, aunque no pueda verlo.

Prefiero no pedir explicaciones que no me van a dar, así que me limito a mirar en silencio cómo las luces de la ciudad comienzan a rodearnos. La belleza y la opulencia de Montecarlo son abrumadoras; observo calles impecables a nuestro paso, edificios

que parecen esculpidos por artistas de categoría. Pero no todo es silencio, también hay bullicio de personas recorriendo algunas calles transitadas.

Tras unos pocos minutos, dejamos atrás la zona más concurrida y el coche empieza a ascender por una carretera apartada y serpenteante. En mi interior, algo me dice que nos estamos dirigiendo a algún sitio fuera de la ciudad. Y no me equivoco. Cuando, minutos más tarde, el coche cruza una imponente verja de hierro forjado, el aliento se me queda atrapado en la garganta. La realidad supera la ficción, y eso es porque ante mí no se alza una casa. No es una mansión. No es ni siquiera un chalet de lujo, como he podido imaginar en el viaje de hora y media. Es algo parecido a...

—¿Un castillo? —murmuro con la boca entreabierta.

—No precisamente. Es una mansión privada, diseñada al estilo medieval. Pero sí, podría llamarlo así.

Torres de piedra oscura se elevan contra el cielo estrellado, rodeadas de un muro imponente que separa este lugar del resto del mundo. No sabía que en Montecarlo podría haber castillos, aunque este tiene un tamaño menor que los que he visto en televisión.

Al llegar a las verjas, un blasón tallado en hierro preside la entrada: un águila en pleno vuelo sostiene una espada entre las garras. A su lado hay una imponente «I» rematada con una ancha corona de aspecto regio. Y qué más podría decir, la corona es digna de un rey, al igual que este sitio sumamente siniestro.

Me muevo inquieta tratando de ver mejor el escudo cuando el coche traspasa las grandes puertas y avanza por un camino adoquinado hasta detenerse frente a la entrada principal. Me quedo paralizada por un momento, observando la construcción. Es demasiado grande. Representa una mezcla extraña de un edificio *vintage* y, al mismo tiempo, uno moderno, ya que varias cámaras de

vigilancia se mueven a nuestro paso. De hecho, parece actual. Una gran fuente bombea agua justo delante de la doble puerta de roble y la explanada se ve muy iluminada.

—Hemos llegado —me avisan.

Esta vez tardo en reaccionar. No porque quiera llevarles la contraria, sino porque mis piernas parecen haberse convertido en cemento. ¿Aquí es donde voy a vivir? ¿Aquí es donde me encerrarán hasta que...?

Me niego a seguir pensando. Parece que el mismo destino se está burlando de mí.

—Señorita...

Respiro hondo y salgo del coche, sintiéndome pequeña ante la inmensidad de la estructura. Avanzo con pasos cautelosos, vigilando el vehículo que acaba de aparcar detrás del nuestro. Sé que él está ahí, mirándome a través del cristal opaco, analizándome con esos ojos oscuros. Observándome. Y quizá lleve tiempo haciéndolo y mi compra no haya sido al azar.

—La llevaré a su habitación.

Trago saliva y miro hacia atrás con la esperanza de que se digne dar la cara, pero eso no sucede.

Avanzo hacia el interior embobada. El sitio no es muy diferente de lo que imaginaba que podría ser un castillo (según los libros que he leído). La planta baja es grandiosa y está escrupulosamente limpia, con altos techos abovedados y una decoración poco cargada, más bien simple. Los pasillos están iluminados por lámparas de cristal que cuelgan del techo, y agradezco que no se trate de velas o candelabros, porque, si eso pasara, sería el colmo de los colmos. Me sentiría como una doncella del siglo XVIII atrapada con la Bestia.

La Bella y la Bestia. Ni más ni menos.

—Sígame.

La escalera está flanqueada por barandillas de mármol con detalles plateados, pero lo que realmente me eriza la piel son las paredes. A lo largo de los pasillos, perfectamente alineadas, cuelgan espadas. Espadas y dagas de todos los tamaños.

Por Dios. Hay decenas de ellas, con empuñaduras envueltas en seda, con hojas afiladas que brillan bajo las luces de las lámparas. No son decoraciones comunes. Son armas reales y, a decir verdad, demasiadas para representar una simple colección.

Algo no encaja. Me he dado cuenta de que el hombre que me acaba de comprar es rico, pero... ¿tan rico? ¿Y en qué demonios trabaja? Nada en él indica que pertenezca a la realeza o a la aristocracia y, sin embargo, aquí me encuentro, en lo que parece la guarida de un monarca o un magnate que decidió comprar un castillo en Mónaco.

—Señorita, camine, por favor. Ya es tarde.

Miro al hombre, esperando que al menos él diga algo para tranquilizarme.

Pero no lo hace.

Subimos la escalera, tan brillante que me da miedo pisarla porque pienso que resbalaré en algún momento. Noto que el viejo se limita a hacer un leve gesto con la cabeza y señalarme una puerta al final del pasillo de la izquierda. Nadie más aparece y, por más que mire detrás de mí esperando ver a su jefe, este no nos acompaña. Y eso lo hace todo aún más siniestro.

—Es aquí —me indica cuando llegamos a la primera planta y empuja una puerta.

La habitación es un derroche de lujo, más recargada que el vestíbulo y el salón principal. Una cama con dosel de terciopelo negro domina el centro del cuarto, rodeada de muebles antiguos de madera oscura, y una chimenea encendida. A un lado hay un

armario de aspecto peculiar, como si hubiera sido sacado de un museo barroco. Todo está reformado e impecable, pero los muebles tienen ese toque *vintage*.

—Dormirá aquí —me informa el señor mayor con la misma expresión inalterable—. ¿Le gustaría cenar algo?

—No, gracias.

—Que descanse, entonces.

No lo haré. Lo sé desde ahora. Ese nudo en el estómago me va a impedir comer, dormir o pensar con claridad.

Se da media vuelta con la misma serenidad gélida, parecida a la de su jefe, y cierra la puerta tras de sí. Luego, el sonido metálico del cerrojo deslizándose recalca lo que ya sé: por más grande y lujosa que sea esta habitación, sigue siendo una celda.

—Genial... —murmuro sin apartar la vista de la puerta de madera oscura.

Reprimo un escalofrío y me giro en busca de algo que me ayude a sobrellevar la noche. No llevo ni una jodida camiseta para dormir, así que, si no quiero pasar la noche en cueros, voy a necesitar ropa. Cruzo la habitación y abro con ansias el armario bohemio de tres puertas con la esperanza de encontrar algo, cualquier cosa. Está vacío. Solo una gruesa manta doblada en una de las repisas internas.

—Podrías haber pensado también en un pijama, señor Kovalenko —bufo con ironía, dándome cuenta de que estoy hablando sola.

Fantástico. No solo estoy encerrada aquí, sino que también estoy perdiendo la puta cabeza.

Cierro las puertas del armario con rabia y me dirijo hacia la ventana. La abro y el aire fresco y salado de la noche me envuelve. Desde aquí, creo ver el mar bastante cerca, el puerto iluminado con luces tenues. Inspiro hondo intentando calmarme, pero cuando miro

hacia abajo, la realidad me golpea de nuevo. Hay demasiada altura. No es una primera planta normal. El techo inclinado y las barras de hierro con puntas afiladas como si fuesen flechas apuntando al cielo me dejan claro que nadie en su sano juicio intentaría escapar por aquí.

Todo está premeditado. Todo está calculado.

¿Qué es este sitio?

Entonces, un golpe fuerte en el pasillo me asusta. Me aparto de la ventana de un salto y me quedo helada cuando un portazo resuena, esta vez más cerca, seguido de una voz grave en la habitación de al lado.

¿Podría ser él?

Mi respiración se acelera. Me acerco cautelosamente a la pared y pego el oído. Por un momento, pienso que será inútil y que los gruesos muros cubiertos por un tapiz granate adornado con flores blancas sofocarán cualquier sonido. Pero al instante oigo voces. Voces de mujer hablando en español.

—No me has respondido al mensaje.

—He tenido un día difícil —dice una voz gutural.

—Otra prisionera más, ¿eh?

El aliento se me corta. Me llevo una mano a la boca ahogando un sollozo.

«Otra prisionera», repito.

—Katia...

—¿Cuándo pensabas contármelo?

—Es tarde ya, mañana hablamos —le responde.

Reconozco ese timbre de voz que se me ha quedado grabado en el tímpano.

—No, Máximo. Hablaremos ahora —insiste ella—. ¿Cuándo pensabas contarme que te volverás a casar?

¿Volver a casarse?

Siento la cabeza a punto de estallar. ¿Ese hombre ya ha estado casado? ¿O acaso tiene varias esposas? Busco en mi mente referencias sobre la poligamia. Sé que es común en algunos países árabes, pero no aquí. No en Europa.

—¿Te estás tomando la medicación?

—¡¿La medicación?! —El rugido de la mujer me hace estremecer —. No es eso lo que necesito, ¡joder! No es lo que quiero. No son las malditas pastillas las que arreglarán esta mierda. Solo necesito recuperar mi vida. A ti...

—A mí me tienes.

—Solo un ciego no sería capaz de ver en lo que te has convertido.

Un silencio pesado atraviesa la pared. Y entonces, otra voz.

—¡Oh, Katia! ¿Qué haces aquí?

Otra mujer.

¿Cuántas son?

¿Cuántas malditas esposas tiene este hombre?

Parpadeo confundida y corro hacia la puerta, intentando oír la conversación con nitidez. No basta con que esté atrapada aquí, sino que además... ¿debo lidiar con un harén entero?

—Disculpa —susurra la recién llegada—. He oído voces y...

—Llévatela ya —ordena él.

—¡No necesito esas putas pastillas, Máximo! ¡Te necesito a ti! —continúa esa voz que me hace temblar.

—Katia, vamos, por favor... —ruega la segunda mujer.

—¡No me toques, joder!

Los gritos guturales resuenan en todo el pasillo y estoy segura de que, cualesquiera que sean los habitantes de este sitio, están todos despiertos.

De repente, un golpe como si se tratara de un puñetazo en la pared corta mi respiración. Y después, silencio. Me alejo de la puerta, con el corazón latiéndome deprisa. Pero, sin previo aviso, la habitación se llena de música y empieza a sonar una melodía sinfónica lenta y melancólica. Puede que se trate de Beethoven, Vivaldi o Mozart. Ni idea. Solo sé que la música se desliza por el aire, envolviéndolo todo con una tristeza casi tangible.

Cierro los ojos y toco el amuleto que cuelga en mi pecho mientras me siento en el borde de la cama. La melodía suave engatusa mis sentidos y un escalofrío me recorre la nuca. Todo lo ocurrido en las últimas horas hace que mi pecho se encoja. Me tumbo lentamente y me acurruco bajo el grueso edredón. Sin poder evitarlo, las lágrimas me invaden y lloro. Lloro amargamente. A estas alturas, no puedo seguir fingiendo que no duele. Duele demasiado.

Los recuerdos llegan a mí con esa lenta melodía de fondo y el chasquido de la leña en la chimenea. La mirada firme de mi padre al decirme que debía irme. Así, sin más. Mamá con los ojos llorosos. Lidia corriendo detrás del coche. Y ese hombre apartándome de él y del cual en este momento me separa tan solo un muro. Hoy sí, pero quizá mañana no.

«Yo soy Dios. *Tu* Dios. ¿Y sabes por qué? Porque te acabo de comprar».

5

El carcelero fantasma

Anastasia



> ¿Qué importa que tu jaula sea de oro macizo si no puedes salir de ella? Una jaula es una jaula, no importa lo dorada que sea.
>
> RAVEN KENNEDY

Los primeros rayos de sol se cuelan entre las cortinas, tiñendo el aire con una calidez engañosa. Hace frío y me duelen los músculos como si hubiera dormido sobre baldosas, pese a las sábanas impecables y el colchón mullido. Todo en este sitio parece diseñado para recordarme que no soy más que una invitada indeseada, atrapada en un cuento mal escrito.

Parpadeo un par de veces, ya que me lleva un momento ubicarme. El crepitar de la chimenea me confirma que alguien se ha asegurado de mantenerla encendida. Aunque estemos a principios

de mayo y el verano se intuya a la vuelta de la esquina, este lugar es helado en todos los sentidos.

Me froto los ojos y un leve chirrido me hace girar la cabeza. En una de las esquinas de la habitación, una mujer de semblante serio y cabello recogido dobla cuidadosamente una prenda antes de colocarla en el armario.

—Buenos días. Disculpe si la he despertado —dice sin levantar la vista de su tarea.

Me habla en un español claro, al igual que los demás. Su voz es neutra y su ropa me indica que forma parte del servicio.

—Buenos... días —la saludo con la voz rasposa por el sueño.

—Me llamo Cordelia y estoy a cargo de usted. Cualquier cosa que necesite, estaré encantada de ayudarla.

Asiento y mi atención se desvía hacia el armario abierto. Hago el inventario mentalmente: dos faldas, un jersey, dos blusas, tres vestidos y unos tres o cuatro camisones. Más de lo que he tenido nunca. La mujer sigue mi mirada y se adelanta a mi pregunta.

—Ya veo que está mirando la ropa. Es toda suya —me informa con una sonrisa reconfortante—. Sentimos que haya tenido que dormir vestida, no sabíamos que se mudaría tan pronto. Nos avisaron apenas anoche.

Frunzo el ceño.

—¿Anoche?

—Sí. —Se ríe suavemente—. Fue una locura organizarlo todo tan deprisa. El señor estaba de un humor terrible, quería que estuviese todo en su sitio. Por cierto, felicidades por la boda, debe de estar emocionada.

La palabra *boda* me pesa.

—Tengo una pregunta... —susurro mientras me bajo de la cama deprisa. Camino hacia la puerta entreabierta, vigilando de reojo al

«orangután» trajeado que está aguardando de espaldas como si temiera que pudiera escapar—. El señor no parece estar muy emocionado con la boda, ¿verdad?

La mujer sacude un abrigo que acaba de sacar de una bolsa de un color blanco mantequilla, adornada con letras elegantes.

—Si lo dice por su forma de ser, puede estar tranquila —me pone sobre aviso—. En los siete años que llevo trabajando aquí, no lo he visto emocionado ni una sola vez. O al menos no lo muestra. Pero bueno, usted lo conoce más que yo, ¿qué le voy a contar?

Ojalá lo conociera.

—¿Quién más vive aquí aparte de usted?

—¡Santa Virgen! —exclama esbozando una sonrisa—. Tutéeme, por favor, yo solo soy una empleada.

Cierro la puerta y bajo el tono de voz cuando noto que el individuo que hay en la puerta gira la cabeza sumamente interesado en nuestra conversación. Estoy buscando privacidad porque necesito saber más de este sitio, principalmente del dueño. Ni, aunque quisiera, podría olvidarme de esa superioridad que lleva tatuada en la cara. Es curioso, lo detesto, y aun así mi cerebro insiste en sacarlo a pasear cada dos por tres.

—Aquí no vive mucha gente —me explica—. Cuando ayer me enteré de que el señor se iba a casar, me alegré mucho. Ojalá le dé un aire fresco a este sitio, que parece un cementerio —señala con una mueca—. Entonces, ¿le gusta su ropa?

Le sonrío, muy contenta y aliviada de que la mujer se muestre tan amable conmigo. No he dormido en toda la noche a causa de la preocupación.

—Sí. ¿Me la compraste tú?

—¡Qué va! —exclama—. Se la compró la señora Katia.

Katia. Ese nombre otra vez. Ese nombre cuya dueña debe de ser la mujer de anoche, la que gritaba que lo necesitaba.

—¿Quién es ella?

—Pues...

Antes de que reciba una respuesta concluyente, la puerta se abre y una chica joven aparece en el umbral cargada con una bandeja.

—Déjanos solas, Cordelia —ordena sin mirarla.

—Disculpe.

Cordelia obedece de inmediato y sale deprisa.

La mujer que acaba de entrar deposita la bandeja en una mesa rectangular. Mi estómago cruje, llevándome a mirar los platos atentamente: café humeante, pan recién horneado, mantequilla y fruta troceada en un pequeño plato.

—Entonces, tú eres Anastasia —comenta la recién llegada, cruzándose de brazos.

La analizo. Es rubia, su cabello está recogido en una coleta gruesa y sus labios carmesíes contrastan con su piel clara y sus ojos color miel. Su ropa es formal y calza unos tacones altos, proporcionándole más altura, de modo que me mira desde arriba. Literal y metafóricamente hablando. Juraría que la chica no tiene más de treinta años, igual que mi carcelero fantasma.

—Katia, ¿cierto? —pregunto sin saber muy bien qué decir.

—Ecaterina —replica con las mismas facciones herméticas—. Soy la encargada de esta casa y la mano derecha de Máximo. Ahí tienes el desayuno.

«Máximo», repito mentalmente. La rubia lo llama por su nombre.

—No tengo hambre.

—No me sorprende... —susurra encogiéndose de hombros—. Yo tampoco tendría hambre si fuese tú. Máximo debe de estar furioso,

ayer intentaste escapar en el aeropuerto, y eso me indica que no quieres estar aquí. ¿Tengo razón?

—Yo... —Miro al suelo.

—Lo que suponía —se jacta—. Me resultaba bastante raro que quisiera casarse de la noche a la mañana. Y encima con una... gitana.

—¿Y cuál es el problema?

Alzo el mentón y afilo las garras. Si yo fuese ella no querría conocer la furia de una gitana.

—Ninguno, por supuesto. —Arruga el entrecejo, mostrándome la misma sonrisa cínica—. Solo que es mejor que te vayas acostumbrando a la idea de que vivirás en una casa civilizada, donde hay ciertas normas.

Intento calmar mis nervios, ya que sus palabras arrogantes tienen el mismo efecto que una jarra de agua fría sobre mis sentidos.

—¿Y cuáles son esas normas?

—Muchas, pero la primera y la más importante es obedecer al señor —responde deprisa—. Y si él ha ordenado que comas, comerás. No quiere casarse con una mujer que está en los huesos.

—Me gustaría que fuese él quien me dijera todo eso —replico—. ¿Dónde está?

—No está. Como ves, estás a mi cargo, así que espero que colabores.

—¿Podrías avisarlo de que quiero hablar con él? —pregunto, adoptando una posición firme.

La verdad es que no estoy dispuesta a oír gilipolleces esta mañana. Bastante tengo ya.

—No quiere verte, Anastasia... —me responde con un brillo de triunfo que no comprendo.

Es una mujer guapa, pero su expresión es arrogante. Está demasiado segura de sí misma y me da miedo que esa arrogancia surja justo del papel que pueda desempeñar en la vida de ese hombre.

—No quiere verme, pero espera que coma —subrayo.

—Así es.

—Dile que no se saldrá con la suya —replico con calma, cruzándome de brazos.

La chica se aparta de la puerta y camina con elegancia hasta la bandeja del desayuno. Coge una fresa entre los dedos y se la lleva a la boca lentamente.

—Máximo siempre se sale con la suya —dice lamiéndose el jugo de los labios—. Si fuera tú, comería algo.

—Pero...

Contengo el impulso de replicar. Además, hay algo en su mirada que me dice que no me conviene tenerla como enemiga.

—No insistas, cariño. Está muy enfadado y no vendrá a verte, está muy ocupado con sus negocios. —Se despide con una risita burlona —. ¡Que aproveche!

Aprieto los puños, aunque sé que no sirve de nada, porque esa chica ni siquiera se detiene a escucharme. Camina hacia la puerta, regalándome una última mirada por encima del hombro. Una de esas que dejan claro quién manda aquí. El cerrojo suena un segundo después y, con él, se esfuma cualquier intento de fingir que sigo siendo dueña de mi vida.

Perfecto. Otro día más encerrada aquí por un supuesto hombre de negocios del que no sé absolutamente nada. Solo sé que existe y que, por algún motivo retorcido, ahora soy de su propiedad. Y eso, sin duda, me pone contra las cuerdas.

Me llevo las manos a la cabeza, sin poder parar de dar vueltas por la habitación, con miles de preguntas sin respuesta: ¿a qué se dedica? ¿Fue papá capaz de venderme a un tipo sin escrúpulos? ¿Tan poco le importaba lo que fuera a pasarme?

—Papá... —murmuro con la mirada perdida en un punto en la pared que separa mi habitación de la que doy por hecho que es suya —. Que te den, Aspar Angelov. ¡Que te den, a ti y a ese maldito hombre!

Máximo



«Romanov sigue vivo».

Es el único pensamiento que da vueltas en mi cabeza una y otra vez.

Ese canalla ha reagrupado a su séquito y su popularidad ha traspasado fronteras. Es como si volviera más fuerte que nunca, pero no sabe que yo también. Me habría encantado ver su puta cara al darse cuenta de que le he ganado la partida esta vez. Sin duda, si yo hubiese estado ahí, no habría salido con vida.

Pero esperaré paciente.

—Responde a mi pregunta, tesoro... —hablo pausadamente fijando la mirada en la persona sentada frente a mí—. Ya sabes

cómo funciona esto.

La mujer solloza y analiza la pequeña daga que hago girar lentamente en la mano. Su rostro está bañado en lágrimas, el rímel corrido ensucia sus mejillas y sus manos temblorosas se aferran al borde del escritorio como si este fuera su única salvación.

—*S'il te plaît... Je t'ai déjà dit tout ce que je savais!*[1]

—¿Estás segura? —le pregunto en un francés impecable.

Dejo la daga en la mesa despacio, ante su atenta mirada. A primera vista, parece una oveja asustada, una viuda desamparada postulando para el trabajo de limpiadora. Y casi me convenció, una semana atrás, cuando pasó todas mis pruebas. Casi todas.

Sus ojos apenas tardan un segundo en cambiar. Pasan del pánico a la frialdad cuando cree que no estoy mirando. Un error fatal. Y entonces, se agacha, rápida y decidida. No necesita pensarlo, no titubea, y sabe exactamente lo que hace y a qué velocidad debe hacerlo. Pero yo también.

Mis dedos ya han tocado la empuñadura de la daga. La hoja silba al surcar el aire, destilando un sonido corto y limpio. No hay gritos, solo el golpe seco de la hoja atravesando su cráneo. El crujido de huesos rotos y sus labios y ojos marrones agrandados. Un río de sangre fluye de su frente y, después, el silencio.

Me reclino en la silla y observo su cuerpo inerte. Una espía de alta categoría. Menuda decepción y una auténtica pena haber desfigurado un rostro tan bonito. Pensó que podía engañarme con un par de lágrimas y una historia triste sobre la muerte de su hijo. No es la primera en intentarlo, y sé que no será la última.

—*Imperator*.[2]

La puerta se abre. En el umbral aparece Igor. Su abrigo oscuro se amolda a su espalda ancha y viste esos pantalones de cuero que siempre lleva. Su cabello pelirrojo está recogido en un moño

desorganizado y tiene más bien pinta de macarra adicto a los videojuegos y al reguetón que de experto en esgrima. Se muestra sorprendido pero no aterrado, incluso diría que sus ojos centellean con una satisfacción oscura al ver el cadáver.

—Pensaba que ibas a proponerle una cita —comenta mientras avanza hacia el escritorio.

Su risa ronca resuena por toda la sala, aunque sé que lo que más disfruta es contemplar el resultado.

—No, en serio —se corrige con una sonrisa ladeada—. Deberías haberle sacado más información.

—No estaba colaborando.

—¿Has conseguido lo que necesitabas?

—No todo —digo mientras enciendo un puro y me lo llevo a la boca—, pero lo suficiente.

Igor se acerca a la silla y retira el cuchillo de la cabeza de esa zorra. Luego coge una servilleta del escritorio y, sin prisa, limpia la hoja ensangrentada, dejando que la cabeza de la francesa se desplome inerte hacia un lado.

—Tengo curiosidad por saber dónde habrá conseguido el cuchillo —murmuro pensativo.

—En la cocina —dice depositando la daga limpia de vuelta en mi mesa.

—Se supone que estaba vigilada.

—Conoces el poder de manipulación de las espías. Seguramente se ha follado a algún guardia.

—¿Quieres decir que en mi casa habitan ese tipo de guardias? —Alzo las cejas y me ajusto el guante de cuero.

Estoy preocupado. Preocupado, no. Enfurecido.

—Habitan personas —responde mirándome fijamente—. Y, aunque tú no, los demás follamos, ¿sabes? Pero espero que tú también lo

hagas pronto, a no ser que se te haya olvidado cómo hacerlo.

—¿A qué viene eso ahora?

Me levanto deprisa, emitiendo un ruido sonoro al arrastrar la silla. Camino lentamente hacia la ventana apoyándome en el bastón. Las nubes se están oscureciendo, señal de que habrá tormenta. Odio la lluvia. Odio los truenos. Son como ese recordatorio de que, por más invencible que te creas, la naturaleza siempre será más fuerte que tú. Igual que la traición.

—¡Eh, tranquilo, tío! Solo es mi manera de decirte que me alegro por tu boda, solo que me cabrea no haberme enterado por ti. Como no sea que hayas ligado por redes sociales, no sé de dónde ha salido la prometida —continúa, más pesado que de costumbre—. Hace años que no pisas España.

—La he comprado.

—¿Qué? —exclama agrandando los ojos—. No me jodas. ¿Sabes a cuántas tías ponen cachondas ese bastón?

—Tengo asuntos que atender, Igor —lo informo dándole la espalda —. Me reuniré con Barone en breve, así que encárgate de ella.

Miro de reojo el cuerpo sin vida, ahora tan vacío como el alma que pretendía venderme.

—¿Qué hago con ella?

—Lo que quieras. Pero sí, necesito que él se entere. Hazle llegar una invitación a mi boda y... —hago una pausa breve antes de girarme— un mensaje.

—¿Cuál?

Un instante de silencio se apodera de mi despacho.

—La sangre se paga con sangre.

Las mismas palabras que él pronunció mientras prendía fuego a todo lo que me importaba. Siete años, once meses y doce días atrás.

Igor asiente sin necesidad de pronunciar una sola palabra. Nos entendemos con la mirada y, aunque sus atrevimientos a veces me cabreen, sigue a mi lado porque es el que me enseñó todo lo que sé.

Veo cómo se inclina y arrastra el cuerpo de la espía francesa sin ningún esfuerzo. Un reguero de sangre queda tras ella, pero no me impresiona. Todo lo contrario, me produce placer. Quizá suene malévolo o simplemente digno de un psiquiatra, pero tuve que convertir la sangre en mi aliada, de lo contrario, jamás me habría convertido en lo que soy.

Me apoyo en la ventana mientras miro el reloj de mi muñeca, esperando la hora exacta para la videollamada con Barone.

—Hola.

Me vuelvo tras oír la voz de Ecaterina y relajo las facciones al verla entrar.

—Lo sabía... —Asiente con una risita—. Ya te dije yo que esa limpiadora me daba mala espina.

—¿Cómo está ella? —pregunto sin apartar la vista del reloj. Faltan solo unos minutos para la llamada, y odio la impuntualidad.

—Ella... —Ecaterina se acerca un poco más— parece enfadada. Dudo que haya probado un solo bocado del desayuno. Su ropa ya está en el armario y...

—No te estaba preguntando por Anastasia, sino por Katia.

Tomo asiento de nuevo en el escritorio junto al ventanal y dejo mi bastón apoyado en el borde. Le indico que haga lo mismo.

—Está bien —me informa—. Esta mañana estaba más serena. Dice que no aprueba que te cases con alguien que ni siquiera conocemos. Siente que estás siendo injusto —añade.

—No la dejes sola.

—Sabes que he intentado estar a su lado, pero el trabajo de esta casa, la seguridad y todo lo demás me quitan tiempo. —Me mira cohibida, como si se sintiera culpable.

Ecaterina no debería sentirse así, no es su obligación cuidar de esta casa y hacernos compañía, sin embargo, siempre está encantada de ayudar.

—¿Necesitas que contrate a alguien? —le pregunto intentando mantener la calma—. Solo dímelo.

—Yo no necesito nada, pero ella sí. Katia está cada vez peor, y no sé si alguna vez te perdonará. No es fácil estar en su situación, y menos cuando... —Ecaterina baja la mirada— te enamoras.

Sus palabras resbalan sobre mí como las gotas de lluvia en el cristal. He aprendido a ser inmune a ese tipo de emociones, y Katia deberá hacer lo mismo.

—Ya se le pasará.

Cojo otro puro de la tabaquera y fijo con la vista la mancha de sangre que hay en la silla que está al lado de Ecaterina.

—Ella no lo comprenderá.

—No me importa. —Froto el puro entre los dedos—. Katia es demasiado inocente y representa mi punto débil. Es el objetivo perfecto para cualquiera y, sinceramente, no me fío de ella.

—Pero sí te fías de esa chica con la que te quieres casar —escupe Ecaterina con una mordacidad que me obliga a alzar la mirada.

Guardo silencio. Me juré a mí mismo discreción, y el único que conoce el motivo por el cual Anastasia está aquí es Vladím. No puedo arriesgarme a que algo salga mal. Al menos, no por ahora.

—No me fío ni de mi sombra, y lo sabes.

—Máximo, ¡esa chica no parece tener más de dieciséis años! —Su mirada me perfora—. ¿Dónde la conociste?

—Tiene casi diecinueve.

Ecaterina no deja de estudiarme. Nos criamos juntos, siempre ha estado a mi lado y últimamente se ha convertido en una pieza importante en esta casa. Le debo mucho, incluso diría que mi propia vida.

—¿Qué está pasando?

—Nada.

—¿Y por qué la tienes encerrada?

—Simplemente estamos pasando por un mal momento en nuestra relación, y lo que menos necesito ahora mismo es un interrogatorio, ¿comprendes?

—¿Y aun así os vais a casar?

—¡Demonios! —Aprieto los labios colérico y doy un puñetazo en la mesa—. No permitiré que nadie intervenga en mi decisión. Ni siquiera tú, Ecaterina. Tu misión es encargarte del banquete, tal y como te ordené. Y si piensas que eso te queda grande, le encargaré esa responsabilidad a otra persona. Pero no consentiré que cuestiones mis decisiones, ¿ha quedado claro?

Carraspea nerviosa, la noticia la ha cogido desprevenida, al igual que a todos.

—¡Vale, perdón!

La fulmino con la mirada, pero el sonido de la conexión entrante interrumpe la tensión. Giro la silla hacia la pantalla de mi ordenador. La imagen de Barone aparece al instante. Por último, enciendo el puro, ejecutando un movimiento con la cabeza para que Ecaterina libere mi espacio.

—Máximo... —dice antes de cruzar el umbral—. ¿De verdad estás preparado para rehacer tu vida?

—Déjame solo.

Le doy una calada al habano y pulso el botón verde para iniciar la videollamada. Mi mente, sin embargo, está lejos de la conversación

que voy a tener con el italiano. El *objetivo* de esta misión no debería distraerme, pero es imposible evitarlo. Cada vez que la tengo cerca, pierdo el control.

Anastasia.

En el fondo, lo que más me preocupa no es mi autocontrol. Son esos pensamientos oscuros que me avasallan, como, por ejemplo, atravesar su cabeza al igual que lo he hecho con la espía francesa. Acabar de una vez con todo. Y ojalá fuese solo eso, pero hay algo más allá. Algo más obsceno y perturbador.

6

Di mi nombre
Anastasia



No soy una damisela en apuros; soy un dragón con vestido.

TRACY WOLFF

Los días pasan lentamente. No hay cambios ni novedades, tan solo yo encerrada en esta habitación. La misma rutina y las mismas paredes que parecen derrumbarse cada vez más sobre mí. He intentado romper los grilletes de las ventanas con una silla, he fingido desmayarme en dos ocasiones e incluso he intentado flirtear con el «armario empotrado» que hay en mi puerta las veinticuatro horas, vigilándome. Pero todo termina igual: la mujer de la coleta irrumpe en mi habitación y me repite que estoy a su cargo y que más me vale que me comporte, porque está en juego su puesto de trabajo.

¿Y a qué persona en este jodido mundo no le impresionaría que alguien le dijera que va a quedarse sin trabajo por su culpa?

Maldita sea.

Cordelia es mi única compañía real. La única persona con la que puedo hablar durante unos efímeros minutos cada vez que me trae la comida, y eso equivale a tres veces al día. Sin embargo, nuestras conversaciones son superficiales. Intento sonsacarle información sobre el dueño, sobre la tal Katia, sobre este sitio tétrico, pero la mujer no dice nada interesante. Probablemente obedece a órdenes de él. Asimismo, he pedido ya verlo cientos de veces, pero siempre recibo la misma respuesta: «Máximo no quiere verte» (la rubia), «Señorita, se quedará ronca si sigue gritando» (el armario empotrado del pasillo), «Lo siento, el señor está ocupado» (Cordelia).

Ocupado.

Como la estúpida que soy, esperé que él viniera a verme a la habitación para obligarme a comer cuando el primer día me negué a tocar la comida. Pero no fue así, y esa mujer a la que parece que le han metido un palo por el culo tenía razón. Su jefe —y amante, quizá— está demostrando que le daría igual si me muriera de hambre, algo que, a decir verdad, no comprendo. Sé que ese hombre del bastón quiere seguir adelante con la boda porque Cordelia lo comentó hace dos días cuando me trajo el almuerzo.

—Pavo relleno, arroz con champiñones y una ensalada típica de Montecarlo —dijo—. Debe ganar algo de peso para la boda, la veo demasiado delgada.

—La boda —repetí—. ¿Y cuándo será?

Me sentí ridícula cuando la mujer no tuvo ninguna reacción, clara señal de que estaba informada de todo lo ocurrido.

—Pues... —se frotó las manos— dentro de unos días. La señorita Ecaterina está desquiciada con los preparativos y dice que espera que el señor no vuelva a casarse nunca más. Yo solo digo que por fin está trabajando de verdad. —Soltó una risita y me lanzó una mirada de complicidad.

—No te cae bien —constaté.

—Es una lameculos, y perdone que diga esto, pero creo que se está esforzando para impresionarlo.

—¿Ellos tienen algo?

—No creo, dudo que el señor se fijara en ella.

—¿Por qué? Esa chica es muy guapa —susurré, decidida a absorber toda la información como una esponja. En el fondo, me alegré de que la rubia fuese el tema de conversación favorito de Cordelia.

—¡Pero no tanto como usted! —exclamó—. Y no solo por fuera. Tiene una gran pureza, se la noto en la mirada.

No pude añadir nada más porque Cordelia salió corriendo de la habitación, y el cerrojo volvió a cerrarse.

«La boda».

Vuelvo a mi penosa realidad mientras me coloco un camisón de color negro que acabo de coger del armario. Muevo el cabello intentando secármelo después de salir de la ducha y me sigo preguntando dónde estarán los pijamas de toda la vida. Ese hombre ni siquiera quiere compartir el mismo coche conmigo, ¿qué más le da con qué jodida ropa duermo o si llevo ropa siquiera? Además, todavía no comprendo por qué quiere seguir adelante con la boda.

«Máximo Kovalenko».

Deslizo la mano por la pared que nos separa y me pregunto qué ocurre al otro lado. Cada día, cuando llega la noche, comienza la tortura: las sinfonías inundan la habitación donde él duerme. Notas

melancólicas, interminables, que se filtran por las paredes. No sé si mi futuro esposo es músico, ávido consumidor de música clásica, ¡o qué puñetas es! Al principio intenté ignorarlo, pero tras más de cinco noches sin apenas dormir, las ojeras me han convertido en un cadáver andante y la exasperación me corroe.

—¡Buenas noches!

Despego deprisa la mano de la pared cuando oigo la voz chillona de Cordelia. Pienso que esta noche será como todas las demás y que la mujer me trae la cena, pero estoy muy lejos de la realidad. Me quedo atónita cuando la veo entrar en mi habitación cargando una funda de color blanco que oculta un vestido colgado de una percha. Llega acompañada por otra chica más joven que saluda educadamente y me analiza con curiosidad.

—No se lo va a creer, pero aquí está su vestido de novia —vocea alegremente, haciéndole una señal a la chica con pecas para que la ayude.

—Mi vestido de... ¿novia?

Por un momento, hasta se me ha olvidado respirar. ¿De qué está hablando? Pensaba que él me dejaría elegir el vestido que llevaría en mi boda, ¡qué menos!

—Por cierto, ella es Cécile —me la presenta.

—*Bonsoir, madame.*[1]

—Habla y entiende el español perfectamente, no se preocupe. Ese es uno de los requisitos para vivir aquí —señala Cordelia cuando la chica me saluda en francés.

Me esfuerzo en sonreír, pero mis ojos no se despegan de lo que sujeta en sus manos.

—¡Oh, mire qué preciosidad! —exclama la mujer, mostrándome un vestido clásico de color blanco.

La prenda lleva unas lentejuelas en la parte de la cintura, es de cuello redondo y tiene media espalda descubierta. Nada extravagante, pero seguramente ostentoso.

Aprieto los labios inconscientemente, presa de la ira que me llena el pecho y me nubla la razón. No hace falta preguntar quién lo ha elegido, y tampoco pedir hablar con él. Sé que la respuesta será la misma de siempre. Sé que pasaré un día más encerrada aquí, sin ninguna explicación. Y, en el fondo, no podría culparlo. A los objetos no se les dan explicaciones.

—¿No le gusta? —prosigue—. Si no le gusta, le podemos decir a la señorita Ecaterina que mire otros modelos y...

—No te preocupes. Me gusta.

Enlazo los dedos y finjo estar complacida cuando Cordelia respira aliviada, tras colgar la percha del vestido en un gancho en la pared.

—Estará muy guapa, ya verá —asiente dándose la vuelta para marcharse—. Aunque debería engordar un poco, apenas está comiendo.

«Más bien debería suicidarme», pienso.

¿Qué me está pasando? Me estoy volviendo loca. Literalmente.

No, joder. Me niego a enloquecer en este sitio. Me niego a ser la damisela en apuros atrapada en la torre del castillo, esperando que el villano la visite o que el príncipe azul la salve. Y lo cierto es que no hay nadie más que pueda sacarme de esta situación, salvo yo misma.

—¡Espera! —la detengo temblando—. ¿Podrías hacerme un favor?

—Dígame.

—Tráeme una radio. Algo pequeño, lo que tengas.

—¿Una radio? —Hace una mueca—. ¿Sabe que eso quedó obsoleto hace tiempo? Ya nadie escucha la radio, mejor hable con el señor para que le instale una televisión.

Por supuesto. La radio se ha quedado obsoleta, pero comprar una mujer, no. Ridículos.

—Te lo pido por favor, necesito relajarme. —Junto las manos bajo mi barbilla.

—¿Está nerviosa por lo de mañana?

Asiento con la cabeza tímidamente, esperando dar suficiente pena como para que esa amable mujer confíe en mí.

—Veré lo que puedo hacer. —Duda por un instante, pero sé que me ayudará.

Y así es.

Media hora más tarde, cuando vuelve a recoger la bandeja vacía, me entrega un pequeño aparato. Me siento y espero después de que se despida y me guiñe un ojo. Una hora, o quizá dos, pero no importa. Espero a que el ruido me indique que él ya está aquí. La puerta cerrándose, cómo cruje el suelo bajo cada paso suyo, a tan solo unos metros de mí, y después las primeras notas musicales.

Mi momento ha llegado.

No pierdo más el tiempo y enciendo la radio. Le doy a una rueda, esperando que el trasto pille un canal de música. Suelto un bufido cuando se oye música en un idioma que desconozco. Por el acento, juraría que es francés. No, la canción es demasiado lenta. Paso a otro canal moviendo la rueda. Otra canción en un idioma extranjero, pero tampoco me convence. Finalmente, sonrío feliz cuando el canal emite una canción familiar, con ese toque flamenco con el cual me he criado. Una melodía que he bailado cientos de veces en las ferias de Serra Rosa: «Di mi nombre», de Rosalía.

—Excelente.

Aplaudo desquiciada, sintiéndome viva por primera vez en cinco días. Incluso cojo un atizador que hay al lado de la chimenea y

empiezo a moverlo al son de la melodía, como si fuese la directora de una orquesta sinfónica.

Subo el volumen, dejando que la música devore el silencio. Camino descalza hasta el muro que me separa de él y coloco la radio justo allí, pegada, como si pudiera atravesarlo con cada nota, obligándolo a escucharla y a recordarme.

Pero no me basta. Necesito más. Necesito joderlo.

Subo el volumen otra vez. Más alto. Y otra vez. Hasta que las paredes tiemblan bajo el peso de la melodía.

Me aparto unos pasos, enredando mis dedos en el cabello, y dejo que la música se apodere de mi cuerpo. Muevo las caderas y todo mi ser se estremece con cada golpe de guitarra. Giro, danzo, seduzco con cada movimiento, dejando que el camisón se deslice lentamente por uno de mis hombros, como si la tela supiera que esta noche no hay lugar para la decencia.

Se acabó.

Me dejo llevar, girando con el atizador en las manos. Cada paso es una provocación, y cada giro, un desafío. Susurro algunas letras, arrastrando cada sílaba con sensualidad: «Di mi nombre cuando no haya nadie cerca...».

Mi voz se funde con la melodía mientras dejo que mi cuerpo se mueva al compás de la música. Subo los brazos, arqueo la espalda y deslizo el camisón un poco más en mis hombros. Me acerco a la pared y acaricio la superficie fría del tapiz mientras me agacho sensualmente. Con cada movimiento imagino sus ojos en mí, incluso siento su furia crecer al otro lado.

—«Ay, yali, yali, yali, yali...» —murmuro, acompañando la melodía con unos golpes de palmas.

Me muerdo el labio y hago unas piruetas como una verdadera gitana, soltando el atizador sobre la cómoda donde está la radio. Me

convierto en esclava de esa música que tanto adoro. De la provocación y de la sensualidad.

Y justo cuando cierro los ojos, entregándome por completo al baile, un estruendo revienta mi momento. La puerta se abre de golpe y ahí está él. Ese hombre irrumpe en la habitación como un torbellino, con el aliento acelerado y ojos de acero. Veo de refilón que su mirada viaja de la puerta a la radio y después hasta mí.

—¿Se puede saber qué diablos estás haciendo?

Pero no le respondo y tampoco me detengo. Solamente lo miro y sigo con mi baile improvisado. Lo rodeo con pasos sinuosos y acaricio su brazo, meciendo mi cabello lascivamente. Tarareo la canción y vuelvo a batir palmas con energía.

—Tra-tra. —Doy unos saltitos a un lado y a otro—. «Ay, yali, yali...».

Él se queda embobado, mirándome bailar. Justo la reacción que quería conseguir.

—Baja la música.

—No. —Le sonrío descaradamente—. ¡Relájate, me lo estoy pasando bien!

—He dicho que... —frunce los labios— bajes la música.

Curiosamente, continúa inmóvil. O bien le ha dado un infarto, o se ha convertido en estatua. ¡Qué pena! Sería una gran pérdida que a mi futuro marido le diera un infarto, y no tanto por su físico, que debo reconocer que encandila, sino porque aún no estamos casados y no podría convertirme en viuda heredera.

No pierde más el tiempo. Me mira con ganas de matarme y camina deprisa hacia el aparato. Me pregunto cómo lo hace. Está cojo. Coge la radio y la estampa contra las baldosas, saliendo así mi plan a la perfección.

—¡Ya es suficiente! —Me señala con el dedo, dando un paso hacia atrás.

Me detengo y miro la radio desmembrada en el suelo.

—Con bajarle el volumen o apagarla habría sido suficiente, ¿sabes?

—¿Qué estás haciendo, Anastasia?

—Vaya, recuerdas mi nombre. —Coloco las manos en las caderas.

—No has respondido a mi pregunta.

—Si tú puedes poner música cada noche, yo también puedo.

Sus facciones cambian. Nos observamos en un duelo silencioso, donde cada uno espera que el otro ceda primero.

—No te atrevas a cuestionarme —advierte en voz baja.

—Entonces, ven más seguido a recordármelo.

—¿Más seguido? —Su tono destila peligro, pero no más que el mío —. ¿Estás segura de que es eso lo que quieres?

—Tal vez. —Trago saliva—. Tal vez sea eso lo que quiero.

Él agranda los ojos mientras avanza con pasos felinos en mi dirección. Virgen santa. Hay algo en su mirada, en su forma de acecharme como un depredador, que me eriza la piel.

Instantáneamente, quiero retroceder, pero mi pie choca contra la pared. Mi mirada resbala a su cuello y su torso sin querer. La camisa negra que lleva puesta tiene los dos primeros botones desabrochados, dejando entrever unos tatuajes que asoman en su clavícula. Su torso se tensa con cada respiración, y una barba incipiente acentúa la dureza de su mandíbula. Pero lo que más me desconcierta son sus manos: sigue usando los guantes de cuero. Negros. Ajustados. Dominantes.

—Sabes que, en vez de mejorar nuestra relación, la estás empeorando, ¿verdad? Y créeme, eso puede costarte muy caro.

Su voz es una amenaza, pero, en lugar de detenerme, deslizo un dedo por el filo de mi camisón.

—¿Qué harás al respecto?

Sus ojos tienen un brillo letal. Sé que retarlo con preguntas que no espera será la única forma de mantenerlo aquí. Y por Dios que está funcionando. Noto cómo su mandíbula se contrae y, sin previo aviso, me arrincona contra la pared, la misma que separa nuestras habitaciones.

—¿Te estás divirtiendo mucho, eh, *gitana*?

«Gitana».

Por un instante, contengo la respiración. El pulso me late en los labios.

—No creo que me divierta tanto como te diviertes tú ignorándome.

—No te equivoques, no te he ignorado. Simplemente no he tenido necesidad de verte —suelta—. Te he dado casa, comida y ropa. No necesitas más.

La dureza de su voz me irrita, aunque no sea solo eso. La rabia bulle en mí. Entonces, lo miro a los ojos, sin apartar la vista. Sin permitir que su indiferencia me haga daño.

—Ni tú ni nadie sabe qué es suficiente para mí. Y ser tu prisionera no lo es, créeme.

—Prisionera, no. Eres mi propiedad, y eso te lo dejé claro desde el principio.

—¿Y qué más da si me llamas propiedad o prisionera? Estoy encerrada en un puto castillo a cientos de kilómetros de mi casa —recrimino sarcástica, pero es la indignación la que me impulsa—. ¿Cuántos días más tenía que pasar en este... lugar, esperando verte para hablar? Seis días. Seis malditos días. Y ¿no crees que eso dice mucho de ti? ¿De lo que eres?

Aguanto las lágrimas y me concentro en retenerlo a mi lado. Debo impedir que se vaya de nuevo, dejándome con este peso que me aplasta.

—Si querías mi atención, deberías haberte comportado como alguien que la merece.

—Si te refieres al aeropuerto, te recuerdo que está en nuestra naturaleza querer escapar cuando nos sentimos amenazados. —Muevo la mano, sintiendo el alma en la garganta—. Y yo no te di permiso para arrastrarme a este sitio, ¿vale?

—No necesito permiso.

—Eres un borde, *señor Kovalenko*.

—No te burles más llamándome así o yo...

—¡¿Qué?! —le grito—. ¿Tú, qué?

Apenas parpadeo cuando acerca su rostro al mío, amenazándome con la mirada.

—Máximo —dice con los labios tensos—. Llámame Máximo.

—Bien, entonces, *Máximo* —subrayo su maldito nombre—, quiero que sepas que no soy alguien a quien puedas ignorar eternamente, ¿vale?

—No, claro que no —dice con un tono jocoso—. Pero sí eres alguien que intentará huir, y eso es lo peor que podría pasar, no lo dudes.

—Lo fui —rebato—. Hasta que lo acepté. He tenido tiempo para pensarlo, ¿no te parece? Y ten claro que, si no hui de ese jodido mercado sabiendo que me venderían como a una yegua, ¿por qué iba a hacerlo ahora?

—Por miedo.

—No te tengo miedo.

—Patético —balbucea y, sin más, me da la espalda.

—¡Espera! —Tiro de su codo—. No voy a huir, ¿vale? Quiero volver a España, pero con tu permiso. Podríamos... divorciarnos.

Agito las manos, tratando de controlar la situación. Procuro enfriar mi mente, pero su presencia, tan cerca de mí, hace que mi voz tiemble.

—¿Quieres divorciarte antes de casarte?

Lo miro. Tiene razón.

—Descansa —musita con el mismo tono de hielo—. Mañana será un día difícil.

Noto su intención de marcharse de mi lado y mi curiosidad por verlo se ha convertido en furia. Estoy furiosa de que no esté dispuesto a tener un diálogo y me analice con esos ojos gélidos y presuntuosos. Estoy furiosa de que no me escuche y piense que no tengo nada que decir al respecto.

Sin pensar demasiado —uno de mis defectos—, cojo el atizador que hay sobre la cómoda, dejándome guiar por la rabia del momento. Tan solo quiero librarme de él. Escapar de aquí y retomar mi vida. Sin embargo, antes de que el hierro le toque siquiera el hombro, se da la vuelta con la velocidad de un relámpago. Todo ocurre en un instante y el atizador acaba contra mi cuello.

—¡Joderrr! —rujo ahogada cuando la barra oprime mis cuerdas vocales—. Esto no tiene ningún sentido.

—Escúchame bien... —gruñe, presionándome contra la misma pared de antes—. Esto tiene el sentido que yo le quiera dar. Jamás te irás de mi lado y jamás volverás a España, Anastasia. Nunca, ¿me has oído? Ni siquiera en un maldito ataúd.

Mi aliento se acelera y siento un miedo que jamás he sentido mientras mis ojos se empañan con lágrimas. Tiene razón, le tengo miedo. A él, a mi futuro, a que siga encerrada en esta jodida prisión medieval. A no llegar nunca a estudiar en la universidad.

Tengo miedo de no ser libre.

—¿Qué quieres de mí? —hablo con un hilo de voz.

—Nada de lo que puedas darme —susurra aflojando su mano.

—¿Estás seguro?

No le doy tiempo a pensar, en cambio, le toco las mejillas, temblorosa pero decidida. El contacto es suficiente para desarmarlo, lo noto en cómo sus ojos se abren desconcertados y en cómo el oxígeno regresa a mis pulmones. Mis labios buscan los suyos con la misma urgencia con la que alguien lucha por sobrevivir. Lo beso con impulsividad, pero apenas toco sus labios. El contacto es mínimo y frío, ya que me rechaza con un empujón brutal que me estampa, de nuevo, contra la pared.

—No vuelvas a... hacerlo —espeta con una voz tan afilada como la mirada que me lanza—. ¡Joder! Estás muy equivocada si piensas que es *eso* lo que necesito de ti.

Me quedo inmóvil cuando tira la barra de hierro al suelo furioso y se da media vuelta. Luego se aleja dejándome muda.

Maldita sea. No puedo permitirlo.

—¡Quiero un trato! —grito detrás de él, movida por la desesperación.

Clavo la vista en su ancha espalda cuando se detiene en seco, a unos dos metros de la puerta. Aprieto los labios intentando olvidar que acabo de besarlo; la peor decisión de mi vida.

—¿Estás bromeando? —pregunta girándose lentamente.

—No. Quiero un acuerdo. Un acuerdo... justo —balbuceo cuando compruebo que alza el entrecejo, muy atento.

Se remanga la camisa en los antebrazos y unas gruesas venas asoman debajo. Mis palabras son una provocación directa, como una afirmación de que sé sobrevivir. He sobrevivido antes y lo haré de nuevo.

—No has entendido nada si piensas que llegaremos a un acuerdo.

—¿Y por qué no? —pregunto atropelladamente—. Sería un contrato beneficioso para ambos, y yo...

—No intentes engañarme. Piensas que no te conozco, pero ya me he dado cuenta de tus trampas.

Miro la radio hecha añicos en el suelo.

—Se trata de supervivencia —le respondo, pasándome un mechón detrás de la oreja con nerviosismo—. Solo quiero que tengas claro que no intentaré huir, si es lo que temes.

—¿Y qué te hace pensar que podrás huir aunque lo intentes?

Trago saliva, ignorando su pregunta y tratando de reorientar mis palabras hacia algo convincente.

—¿Tu familia sabe que me has comprado?

Por un instante, se queda en silencio, evaluando mi pregunta. No parece saber cómo reaccionar, y eso me da una leve sensación de triunfo, confirmando mis sospechas.

—Bien —prosigo—, entonces les gritaré a todos que me has comprado. Además, intentaré matarte todos y cada uno de los segundos que pase encerrada aquí. Sin embargo, si aceptas mis condiciones, te daré todo lo que quieras..., Máximo.

Su nombre arde en mi garganta, y aún no me creo que haya sido capaz de pronunciarlo.

—¿Todo? —dice escéptico—. Ilumíname. ¿Y qué quiero, según tú?

Me muerdo el labio, sopesando mis siguientes palabras con cuidado.

—Lealtad —afirmo—. Seré tu esposa delante de todo el mundo, pero con mis propios términos. No intentaré huir, no desafiaré tu autoridad frente a los demás. Jugaré a tu juego.

—¿A cambio de qué?

Sus pupilas se dilatan. Máximo Kovalenko no es un hombre que acepte condiciones. No es alguien que negocie, pese a que se dedique a eso. Pero puedo ver en su expresión que está intrigado.

—Mi libertad. —Alzo la barbilla decidida.

—Tu libertad no forma parte del trato que he cerrado con tu padre.

—No me malinterpretes, ¡quiero un plazo! —murmuro desesperada—. Está claro que no te importo, y tú sabrás el motivo por el cual estoy aquí. Y si a ti no te importa este matrimonio, a mí tampoco. Tómalo como... —soplo, apartándome un mechón del rostro— un negocio.

—¿Un negocio?

—Dudo que sea demasiado para ti. Te dedicas a los negocios, ¿o no? —lanzo una pregunta retórica al aire y no lo dejo responder—. Además, será un negocio con fecha de caducidad. Hasta Navidad —propongo—. Yo cumpliré mi parte, pero tú también la tuya.

—¿Y cuál es esa parte que cumplirás?

—Haré todo lo que quieras. Todo —subrayo—. Seré la esposa perfecta, mandarás sobre mí en todos los aspectos. No te cuestionaré y cumpliré todos tus deseos.

Se apoya en el bastón, reflexivo. Noto cómo sus labios se tuercen en una media sonrisa. Una sonrisa que... Joder. Se me antoja demasiado peligrosa y sexy, en igual medida.

—Ajam... —ronronea como si se estuviera burlando de mí—. ¿Puedes ir al grano ya?

Sus ojos se mueven a mis pechos por un instante. Me recorre de arriba abajo con esa mirada fría.

—Lo primero, quiero que, pasados esos meses, me des el divorcio —concluyo.

—¿Y me devolverás todo lo que he pagado por ti? —Sigue con esa sonrisa ladeada.

—No creo que sea necesario, tú mismo alardeaste de que pagaste unas cuantas monedas por mí, ninguna pérdida importante para tu gran fortuna —me mofo con una risita crispada—. Y no pareces avaricioso.

—Digamos que lo pensaré. ¿Qué es lo segundo?

Recupero la ilusión. Él me presta atención de verdad por primera vez. O finge hacerlo.

—Lo segundo... —Me lamo el labio superior—. Permitirme estudiar en la universidad para no aburrirme aquí. Imagino que, en una ciudad como Montecarlo, debe de haber una. Quiero estudiar Literatura y convertirme en investigadora.

—Vaya... —bufa llevándose una mano al mentón—, pensaba que me pedirías joyas, un coche, una mansión quizá.

—No necesito nada de eso —recalco con arrogancia, dando otros dos pasos hacia él—. Mi objetivo es estudiar. Después, el mundo será mío.

—¿Estudiando? —Alza una ceja—. Los estudios no te dan poder, Anastasia. El poder se toma, no se aprende en un aula.

—Eso es lo que tú crees.

—No lo creo, lo sé —afirma acortando la distancia entre nosotros —. El poder no se gana con títulos, se gana con sudor, con lucha, con... sangre.

Intento tranquilizar los latidos en mi pecho, ya que ahora mismo ese hombre se encuentra a menos de un metro de mí. Proceso sus palabras, con la misma sensación horrible que tengo desde que estoy aquí: que me encuentro atrapada en el tiempo, quizá en la época de los caballeros templarios o la Inquisición.

—¿Sangre? —bufo—. El conocimiento es un arma que destruye sin derramar ni una gota de sangre. Es lo único que te da poder de verdad. ¿Sabes por qué? Porque es una de las pocas cosas que no pueden ser compradas o vendidas. Y eso da miedo.

Le sonrío, sintiendo que, de momento, tengo el poder.

—El conocimiento es solo una ilusión —replica con dureza—. Al igual que la vida.

Sus labios se tensan y el silencio que sigue es sepulcral. Tan solo queda la tensión entre nosotros y la fragancia de un perfume demasiado incitante que emana de su cuello.

—¿Aceptas?

Me observa como si acabara de decir la mayor estupidez del mundo. Y tal vez lo haya hecho. De repente, su mano se mueve con rapidez y sus dedos rozan mi piel con una suavidad que me provoca una descarga eléctrica. Sube el tirante de mi camisón, que cuelga en mi hombro. Lo ajusta de vuelta con una expresión tensa, sus dedos acariciándome lentamente, mientras mira mis labios. Trago saliva al sentir un escalofrío recorrerme cuando el guante frío entra en contacto con mi piel.

—Buenas noches, *malyshka*.[2]

Sin decir más, da media vuelta y camina hacia la puerta, arrastrando sutilmente la pierna.

Cielo santo.

Respiro profundamente mientras mi mente busca el significado de esa palabra en ruso. Siento como si mi corazón estuviera a punto de estallar en mil pedazos, pero, aun así, sonrío. He dado el primer paso: he sido impredecible. Y entonces recuerdo una de las reglas de seducción de Robert Greene: «El misterio es el alma de la seducción y, para mantenerlo, debes sorprender constantemente a tus víctimas, agitar sus mundos, sacudirlos incluso».

Las víctimas nunca saben que lo son hasta que ya es demasiado tarde. Se debaten, luchan, se engañan a sí mismas, convencidas de que siguen teniendo el control. No se dan cuenta de que el verdadero cazador es aquel que parece más frágil e indefenso. Porque la verdadera seducción no se trata solo de atrapar, sino de hacer que la presa corra directamente hacia la trampa que ella misma ha elegido, sin saberlo.

Máximo



Cuando vuelvo a mi habitación, la imagen de esa chica se reproduce en mi cabeza como si se tratase de las diapositivas de una presentación barata. Pero no es solo ella. Es la rabia que explota en mi interior cada vez que la veo. Es la explosión de sentimientos que no soy capaz de controlar y que suena como el estruendo de esa puta radio rompiéndose al tocar el suelo.

Es por eso por lo que me he mantenido alejado estos días.

Me paso la lengua por los dientes, me restriego la boca con el guante y aprieto los puños, sintiendo la presión del cuero contra mi piel.

—Anastasia... —murmuro asfixiado.

Su nombre me arde en los labios. No debería haber entrado ni debo entrar en esa habitación. No debo mirarla ni debo imaginarme lo que habría sentido si hubiese correspondido a ese beso.

¿Y cómo diablos se le ha ocurrido besarme?

Me quito la camisa con movimientos torpes y la arrojo sobre una silla. El peso de mi decisión me oprime los pulmones, como si aún estuviera parado en ese maldito cementerio, observando cómo el ataúd descendía a la tierra. Allí perdí lo que quedaba de mí.

Pero esta noche he sentido algo que no debería sentir: deseo.

La imagen de Anastasia bailando esa canción sensual me golpea la cabeza como un martillazo. Una, otra y otra maldita vez. Sus palmas marcando el ritmo, su camisón deslizándose lentamente por su hombro, sus labios dibujando esa maldita sonrisa que parecía hecha para tentar al demonio. Mi demonio.

Inconscientemente, me deshago de los guantes con rapidez y me bajo la bragueta, anhelante de sentir mi propia piel. Toco con una mano el muro que separa mi habitación de la de ella y tomo mi erección, que palpita en mi bóxer, mientras recuerdo esa melodía sensual.

«Di mi nombre cuando no haya nadie cerca...».

No sé cómo ni por qué, pero me imagino empotrándola contra esa maldita pared al son de esa canción que sé que no olvidaré. Yo probando sus labios y su cuerpo, arrebatándole la virginidad. Porque es virgen. Su virginidad fue justo lo que ese gitano usó para vendérmela. También me la imagino a ella susurrando mi nombre en mi oído. Ella gimiendo de placer al sentirme dentro y pidiendo por más mientras me besa.

El ardor se hace insoportable y bajo la cabeza con el puño apretado.

¿Qué diablos estoy haciendo?

Retiro la mano como si mi propia carne me estuviera quemando cuando miro fijamente el cuadro imponente que cuelga en medio de la pared. Siento la vista nublada. No. Anastasia no tiene derecho a existir en mi cabeza. No tiene derecho a despertarme de este letargo en el que he vivido en los últimos años.

Me subo la bragueta mientras le doy al botón del tocadiscos que hay en la mesa. Cojo una fusta gastada que cuelga en una esquina de la repisa. Enrollo el extremo en mi mano y descargo el primer golpe en mi espalda desnuda. Respiro con dificultad, sintiendo que mi pecho se expande y se contrae como si hubiera corrido kilómetros.

Me proporciono el segundo golpe mientras me observo en un espejo alargado que se encuentra al lado. Mi torso brilla por el sudor, mis ojos están oscurecidos y mi rostro es el de un hombre desesperado.

Otro golpe seco rasga mi piel, pero no siento dolor, sino placer. Siento la purificación, como un cura que ha pecado y se está fustigando. Miro el retrato en la pared, con el pulso en aumento. Necesito los golpes para limpiar mi conciencia y para no olvidarme de ella. La mujer que estoy traicionando y que pagó la maldición de mi sangre.

«Ha llegado el día, mi amor», oigo su dulce voz en mi cabeza, atormentándome.

Mañana es el día del juicio final.

7

Alianzas de sangre
Anastasia



Le hablo a Dios, pero el cielo está vacío.

SYLVIA PLATH

Alguien toca en la puerta. No puedo creer que Cordelia haya vuelto, habiéndole dicho que deseaba estar sola. Tras protestar diciendo que era una tontería echarla del cuarto y que indiscutiblemente necesitaba su ayuda para vestirme y maquillarme, la mujer por fin ha entendido que soy autosuficiente. No la necesito para ponerme un vestido de novia, además de que no me maquillaré. Me niego a esforzarme por una boda que ni siquiera he preparado, y menos aún me esforzaría después del enfrentamiento que tuve anoche con ese ser tan poco flexible. El mismo que se convertirá en mi esposo hoy.

Recordarlo me enfurece y me avergüenza. Yo besándolo por impulso, y él...

Joder.

Él rechazándome, como si le diera asco.

«Soy idiota», hablo conmigo misma.

Máximo es un hombre siniestro. Muy siniestro. Su actitud me intriga y hace que tenga ganas de descifrarlo cada día que pasa. Quiero ponerlo al límite y averiguar hasta dónde está dispuesto a llegar. Deseo con todas mis fuerzas averiguar la grieta en su fachada, porque seguro que la tiene. Si sigue manteniendo la distancia entre nosotros, jamás podré volver a ver a mi familia, y la infame promesa que me hizo anoche de que jamás regresaré a España se cumplirá.

Lo tengo claro: debo atravesar ese escudo invisible que se coloca a menudo. Pero... ¿y si no lleva un escudo y él es así por naturaleza?

Acaricio el amuleto que cuelga en mi pecho y me obligo a no sentirme decepcionada. Nada de lo que está ocurriendo es como me lo había imaginado. Ni siquiera la boda es como me la había imaginado, y los recuerdos vuelven a mí como un velo pesado pero reconfortante al esbozar la imagen de las personas que quiero.

«—Ana, cuando te cases, seré tu dama de honor... —decía mi pequeña con los ojos llenos de ilusión, minutos antes de partir al mercado.

»—¿Y por qué crees que alguien va a fijarse en mí hoy, Lidi? —le respondí—. Recuerda que los hombres Valkov quieren a chicas como tú, así que yo seré tu dama de honor.

»—¡Oh! —Ella corrió a mis brazos antes de que papá nos gritara que el coche estaba ya listo—. Sea como sea, prométeme que siempre estaremos juntas, hermana.

»—Te lo prometo, mi amor... —le dije—. Siempre juntas».

Beso el collar y me miro al espejo fijamente, aún sin creer que estoy vestida de blanco y que un velo largo, adornado con pequeños cristales brillantes, cuelga en mi espalda hasta llegar al suelo. Las

ojeras son visibles y estoy más gorda. La comida que cocinan aquí es fabulosa y tengo muchas ganas de conocer a la persona responsable de que ya no parezca una adolescente esquelética. El vestido se ajusta a mi cuerpo como una segunda piel y no luzco nada mal. En realidad, aún no he visto ninguna mujer vestida de novia que se vea fea. Y ninguna que se vea tan triste como yo.

Los golpes en la puerta retumban esta vez con más fuerza, devolviéndome al presente.

Me pongo de pie con cuidado, intentando no pisar el vestido, cuya cola queda arrastrada en el suelo. Sigo molesta con que Cordelia no me haga caso y piense que puede estar asfixiándome con su amabilidad y convertirse en mi sombra.

—Cordelia, te he dicho que... —Me detengo con el pomo en la mano y la mirada fija en una chica que jamás he visto en el tiempo que llevo aquí.

Es alta y coqueta, al igual que Ecaterina. Sus ojos son azules, pero no tienen la viveza clara del celeste ni la pureza casi translúcida del azul hielo. Son más bien azul marino. Sus cabellos son de un color oscuro, combinando a la perfección con el vestido negro que lleva. De hecho, todo lo que viste la chica es de color negro: los botines elegantes, el bolso y una pamela que reina en medio de su cabeza, cubriéndole parcialmente los ojos. Incluso juraría que, en vez de a una boda, va a asistir a un funeral.

—¡Por fin! Pensé que me harías esperar toda la mañana aquí fuera —exclama con dramatismo, invadiendo mi habitación sin pedir permiso.

La mujer de negro se tambalea ligeramente al cruzar el umbral, y cuando roza mi hombro, obligándome a retroceder, tengo la sensación inmediata de que no es por los tacones. Sus movimientos

son casi exagerados, y lo noto al entregarme un ramo de rosas con tanta torpeza que casi se le cae.

—¿Quién eres?

Miro el pequeño ramo de novia con una ceja arqueada.

—Tu cuñada —me responde, inclinándose un poco hacia mí como si me estuviera revelando un secreto. Después, tira de la pamela torcida y me mira fijamente. Su aliento apestando a alcohol invade mis fosas nasales, lo que confirma mis sospechas: ha bebido.

—¿Máximo tiene hermanos?

—Una, en concreto: Katia Kovalenko.[1] O sea..., yo —añade con una sonrisa tensa, y no me da la mano siquiera—. Y tú... tú debes de ser la futura novia, o eso dicen. Aunque yo no estoy muy convencida.

—Créeme, yo tampoco lo estoy.

La chica suelta una carcajada y choca mi brazo en un gesto amistoso pero torpe. Luego me señala con el dedo lanzándome una mirada inquisitiva.

—No me fío de ti.

—Tranquila, es mutuo.

—Perfecto, entonces empezamos bien. —Me guiña un ojo, pero yo me sigo preguntando si reír o echarla de la habitación.

De pronto, la recién llegada se deja caer en una silla junto a la mesa y suspira con un gesto teatral, fruto del alcohol. Empieza a abanicarse con una mano, como si estuviera sumamente acalorada y nerviosa. Me cruzo de brazos, preguntándome qué narices está pasando en esta casa de dementes. ¿Y por qué todos hablan español si son rusos, joder?

—¿Sabes? No es nada personal. Es solo que no entiendo cómo alguien puede querer casarse con mi hermano. Máximo es... —hace un gesto, como si estuviera buscando la palabra exacta— un capullo.

Sonrío. Esta chica ya me cae bien.

—Sé que te ha tenido encerrada aquí toda la semana, pero no me sorprende. Cuando se le mete algo en la cabeza, es un puto dictador —prosigue—. Lo que sí me sorprende es que quiera casarse otra vez. O sea..., ¿hola?

—¿Otra vez? —pregunto con el estómago encogido.

La mujer, quizá de la misma edad que Ecaterina, parpadea como si acabara de decir algo que no debía. Algo en su voz me pone en alerta.

—Oh, ¿no lo sabías? —dice con una sonrisa forzada—. Mi hermano es viudo, al igual que yo. ¡Sí, somos dos hermanitos viudos! —Se ríe —. Y si te soy sincera, pensaba que jamás se volvería a casar, o incluso que se metería a cura, aunque, ya sabes, los asesinos no son bienvenidos en la Casa del Señor.

—¿Cómo?

Me llevo una mano a la frente, intentando mantenerme de pie. ¿Asesino? ¿Su hermano?

—¿Tampoco lo sabías? —pregunta ausente, pero al instante señala un elegante reloj anclado en su muñeca—. ¡Mierda, es tarde ya! Nos están esperando.

Se pone en pie de un salto palmeando sus manos.

—¡Espera! —Le atrapo el brazo, con el pulso en aumento—. ¿Qué quieres decir?

—Querida cuñada... —me empuja hacia la salida—, no es el momento. Te aconsejo que hables con él. Sé que es el Hitler de Mónaco, pero jamás pensé que omitiría detalles tan importantes. Y espero que aún sigas queriendo casarte con él después de esto, porque, de lo contrario, la pagará conmigo. No volveré a poner un pie fuera de mi habitación, ¡te lo aseguro!

—Pero...

—Todos te están esperando —avisa con una sonrisa fingida—. Y, ya sabes, los invitados no pueden empezar a beber sin la novia.

—¿Estás segura de eso? —le pregunto con el entrecejo fruncido, decidida a dejar el tema por ahora—. Parece que tú te has saltado esa parte.

—¡No me juzgues! —exclama con voz ebria—. Es la única forma de soportar a tu jodido prometido.

Muevo la cabeza asintiendo. Me ofrece su brazo y, tras dudar un instante, lo tomo. Espero hacer de esta chica una aliada y así no sentirme tan sola. Me cae mejor que la rubia y prefiero tener a alguien que pueda decirme la verdad cuando mi *jodido prometido* me evite y no quiera hablarme o verme.

—Venga, ¡noviecita! —Me hinca el codo en un costado—. Hoy es tu día. Por cierto, ¿cómo te llamabas?

—Anastasia.

Me relajo cuando Katia me da un leve apretón y sonríe.

—Bueno, Anastasia, solo espero que mi hermano no te amargue tanto como para beberte hasta el agua de los charcos como yo.

Ahogo una risita, pero no puedo dejar de mirarla. Parece la persona más infeliz que he conocido jamás y eso me estremece. Siento una gran pena, de repente, y la necesidad de saber más de su historia. Y, aunque parezca mentira, ella hace que me olvide de mis desgracias, al darme cuenta de que lo mío es poca cosa comparado con su gran tristeza. Katia acaba de confesarme que es viuda, y eso significa que perdió a la persona que amaba.

—No se te dan muy bien los tacones, ¿cierto? —me pregunta con una risita—. Tranquila, yo te sujeto, aunque... ¡Ups!

Por Dios.

Le agarro el brazo cuando está a punto de caerse. Sigo mirándola boquiabierta mientras me dejo guiar por su andar torpe hasta la

imponente escalera que recuerdo haber visto muchos días atrás. La chica balbucea algo, pero no entiendo nada, solamente me pregunto por qué el universo me odia tanto para que mi cuñada borracha me lleve al altar, cuando se supone que debería hacerlo mi padre.

No, a mi padre no lo quiero volver a ver; Aspar Angelov ha perdido una hija.

A medida que nos acercamos al salón, las voces se vuelven más fuertes, mezclándose con el murmullo de los invitados. Cuando empezamos a bajar la escalera, noto cómo las conversaciones se apagan levemente. Sin embargo, no hay música y tampoco esa felicidad típica en las bodas. Daría cualquier cosa por un poco de alegría, e incluso toleraría esa melodía sinfónica, pero nada que ver. Solamente veo rosas blancas adornando la baranda de la escalera, y unas pocas mesas con comida y bebida. Todo muy minimalista y nada extravagante, justo lo opuesto a una boda gitana.

Ubico a Máximo. Está al otro lado de la estancia, de espaldas, conversando con un hombre de cabello plateado que parece Vladím. Y también está Ecaterina, que está tocando su brazo en este momento, gesto que hace que una corriente me erice la piel. Me tenso y no sé por qué. ¿Puede que sea el instinto primitivo de una mujer que está a punto de casarse y solamente quiere proteger algo que siente que le pertenece?

Ni idea. Prefiero no seguir pensando en por qué la presencia de esa mujer me jode tanto. Sin embargo, me tranquilizo cuando veo que Ecaterina camina hacia un chico que parece camarero y le indica algo al oído. Es normal, es ella la que está detrás del banquete.

Mientras bajamos la escalera grácilmente, oigo el aplauso escandaloso de Katia, con lo cual todas las miradas se centran en nosotras. Agarro su brazo con más fuerza, sin dar crédito a que esto esté pasando verdaderamente: yo tirando de ella cuando está a

punto de romperse el cuello en un escalón y ella aplaudiendo enloquecida.

—¡Un gran aplauso por la novia, señoras y señores!

Me obligo a sonreír porque Katia me guiña un ojo, pero su rostro cambia drásticamente cuando Máximo se vuelve con brusquedad y le lanza una mirada asesina.

—¡Qué pena me das, querida cuñada! Tu marido está enfadado —me susurra al oído.

—No es mi marido.

—Todavía —murmura—. Pero ten cuidado. Si eres una espía, no dudará en quedarse viudo antes de la noche de bodas.

No me deja tiempo a preguntarle nada más. Katia se despega de mí y empieza a saludar con una mano, como si fuese ella la novia. Ecaterina habla por lo bajo sobre algo con Vladím. Máximo la observa con ojos afilados y con una paciencia tan forzada que parece que los botones del chaqué ajustado que lleva saltarán por el aire en cualquier momento. Y yo me mantengo en mi sitio, en medio de la sala. Incluso parece que me he contagiado del aliento alcoholizado de Katia, porque ya ni sé en qué maldito mundo vivo.

—Querido hermano... —empieza ella—, ¡te deseo toda la felicidad del mundo!

—Katia...

—¿Verdad que Anastasia está guapísima? ¡Oh, mírala! —continúa mientras él camina erguido, pese a que está arrastrando el pie izquierdo sutilmente—. Estaba comentándole a tu esposa lo feliz que estoy por ti y lo mucho que me alegro de que por fin quieras sentar cabeza.

El aire se espesa. Máximo tan solo la mira con las mismas facciones gélidas. Su presencia impone y saca al menos una cabeza a gran parte de los invitados. Mentiría si dijera que no estoy

observando su traje de novio: el chaqué negro, que marca sus anchos hombros, y su porte elegante me cortan el aliento. El chaleco gris perla y la corbata perfectamente anudada realzan su figura con una sobriedad exquisita, pero es su mirada intensa lo que más llama la atención. Su cabello está peinado hacia atrás; ha desaparecido el aire rebelde de su pelo.

También mentiría si dijera que no estoy impresionada. Me parece aún más atractivo de lo que me pareció hace una semana, y solo espero que sea por el chaqué y que mañana vuelva a la Tierra.

—¿Has bebido? —Coge a su hermana del brazo.

—Quería celebrar tu boda, hermanito, ¿qué hay de malo? —dice ella sacudiéndose disimuladamente.

—¡Maldita sea, Katia! Sabes que no puedes dejar la medicación —murmura mientras nuestras miradas se encuentran, por fin. Pero no se acerca a mí, tan solo sigue apretando el brazo de su hermana.

—Hoy no, Máximo —responde esta en un susurro que apenas oigo —. No en mi situación de mierda. No sé por qué te quejas, estoy intentando ser la anfitriona perfecta, ¿no era lo que querías? ¡Mírame!

Mis latidos se disparan cuando percibo sus mejillas sonrojadas y lágrimas en la comisura de sus ojos. La seda del vestido me pesa sobre los hombros como si fuera de plomo. Entiendo el significado de la vestimenta oscura que lleva Katia: está obligada a asistir a una boda, aun estando de luto. Eso me indica que el desafortunado evento ocurrió hace poco. Menudo marrón.

—No es el momento, así que vas a parar ya —amenaza su hermano.

—¿Y si no quiero?

Los dos se miran como si fuesen enemigos. No sé si es por el alcohol o porque simplemente disfruta de provocarlo, pero Katia se

ríe sarcástica cuando este le hace una señal al hombre mayor.

—Vlad, mi hermana está teniendo una bajada de tensión —indica serio—. Acompáñala a su habitación, necesita descansar.

Ella no se opone, tan solo lo mira crispada; es más, juraría que parece la lunática que odia a su hermano. Yo, en cambio, no me puedo mantener callada.

—¡No! —exclamo—. Eh... me encantaría que Katia nos acompañara en un día tan importante como este. Seguro que puede hacer un esfuerzo.

Me acerco a él deprisa y lo tomo por el codo. Le sonrío cuando me dirige una mirada endemoniada y mira mi mano en su brazo. Sé que mi toque lo está incomodando, pero no me importa.

—¡Cordelia! —Suspiro aliviada cuando veo a mi aliada pasando por al lado—. Trae un vaso de agua con azúcar, por favor. Eso estabilizará su tensión.

—¡Ahora mismo, señora!

Mis manos tiemblan cuando él se separa de mí discretamente, aunque su mirada resbala en mi cuerpo, con toda probabilidad examinando mi vestido de novia. Juraría que su cara es tan pálida como la mía tras oír ese «señora» de Cordelia que me tiene desubicada.

Máximo no protesta. Tan solo fija la mirada en una mesa adornada con flores que hay en un lado, en el hueco de la escalera.

—Empecemos.

Para mi sorpresa, me rodea la cintura y me empuja disimuladamente hacia la mesa, sin fingir la aversión que siente por mí. Y no solo eso: está más nervioso de lo habitual y mira continuamente la entrada, vigilando a los invitados. Parece más bien un guardia de seguridad en un concierto que un novio el mismo día de su boda.

Me pregunto cómo los invitados no se han dado cuenta de que no están en una boda normal y corriente donde los novios destilan amor y votos eternos.

—No sé por qué, pero pensaba que nos casaríamos por la Iglesia —musito cuando su hombro choca contra el mío y nos detenemos delante de una mesa rectangular donde hay dos personas preparando unas carpetas con documentos.

—No soy creyente —responde—. Además, no pensaba que quisieras casarte ante Dios con un hombre al que no amas.

Intento tragar el nudo que siento en la garganta. Tiene razón.

—No creo en el amor. Y desde hace una semana, tampoco en Dios, así que has acertado —digo manteniendo la respiración cuando siento el cuero frío de su guante en la piel sensible de mi espalda. Mi vello se eriza y me esfuerzo en mantenerme cuerda y atenta a lo que está ocurriendo delante de nosotros.

—Te daré un consejo antes de darme el «sí»: no juegues con mi paciencia, Anastasia —amenaza retirando su mano de mi espalda—. Y, por supuesto, te puedes olvidar del contrato nupcial que me pediste.

Entreabro los labios y giro la cabeza atónita. ¿Acaso está hablando en serio? ¿Acaso se ha planteado de verdad llegar a un acuerdo conmigo? Anoche no lo parecía.

—No me mires así, me estás demostrando que no te lo mereces.

—Eres tú el que está jugando conmigo —balbuceo y miro al frente de nuevo—. Jamás quisiste llegar a un acuerdo, así que no mientas, ¿vale?

—Me has quitado autoridad delante de todos, y te lo advierto: no volverás a hacerlo —me suelta—. Seré bueno y te daré otro consejo: solo compórtate como lo que eres.

«Una novia comprada», pienso.

—Yo también te aconsejo que vayas reforzando la plantilla de guardaespaldas idiotas que tienes —digo mordaz—. Pienso quedarme viuda muy pronto.

Sus ojos son un muro infranqueable. Oigo su gruñido seco y noto la presión de su gran brazo contra el mío, como si quisiera advertirme de que no voy por el buen camino. Pero me da igual, y confieso que en estos momentos me importa más Katia que él y sus amenazas.

Me distraigo al instante con un hombre mayor y calvo, que intuyo que será algún concejal o amigo suyo. Este empieza a hablar en voz alta, y eso hace que nuestra conversación se detenga. Pero esto no quedará así. Por los Angelov que tendré esta maldita charla con él y me explicará qué diablos quiere de mí.

—¿Empezamos?

—Sí, adelante —invita él con un grave carraspeo, y enlaza sus manos por delante, manteniéndose tranquilo.

Pero antes de que ese señor pueda continuar, el murmullo de los invitados se interrumpe de golpe.

Ocurre *algo*.

Un escalofrío me recorre la nuca cuando oigo el estruendo de la puerta principal abriéndose con violencia. Un golpe seco, brutal, como si la madera estuviera siendo arrancada de sus goznes.

Hombres de traje irrumpen en la sala.

¿Hombres? No.

Decenas de hombres trajeados.

Y solo me doy cuenta de que ese *algo* es malo cuando oigo el grito ahogado de una mujer y veo el rostro desencajado de él. Un instante después, el caos estalla en la planta baja del castillo. Los tacones de las invitadas resbalan en el suelo de mármol, las copas caen y el murmullo se convierte en gritos de pánico. Pero lo que

jamás habría imaginado es que los invitados de la boda no son simples testigos, sino... ¿guerreros?

JO-DER.

Los hombres y mujeres de la sala se dirigen a las paredes y descuelgan las espadas que decoran el lugar como si siempre hubieran estado ahí para este momento. La elegancia se desmorona en cuestión de segundos y da paso a una escena de película. Los invitados, esos mismos que sonreían y me aplaudían unos minutos atrás, ahora empuñan espadas con la destreza de asesinos entrenados. Sí, espadas. Unas jodidas espadas.

—¡Atrás! —grita Máximo, y me empuja violentamente, cubriéndome con su cuerpo.

No sé si respirar o hiperventilar. Abro los ojos asustada cuando veo que uno de esos hombres que acaban de invadir el salón saca una espada de no sé dónde y la lanza directamente hacia nosotros.

—¡Cuida... do! —logro susurrar mientras mis dedos quedan anclados en los brazos de Máximo.

Pero no hace falta. Él alza la mano con la calma de un demonio y la atrapa en el aire, antes de que la punta lo roce siquiera. Sus dedos se cierran con una precisión aterradora sobre la hoja, como si hubiera hecho esto miles de veces antes. En el mismo movimiento, la devuelve volando con una potencia letal.

El filo silba en el aire antes de clavarse en el pecho del atacante. La carne cede, la sangre brota y el hombre se tambalea. Sus labios se mueven en un intento de hablar, pero solo logra soltar un jadeo.

—*Sukin syn...*[2] —susurra antes de exhalar su último aliento.

Antes de que pueda siquiera procesar lo que acaba de pasar, una explosión sacude la entrada. El eco del estallido resuena en mi pecho, y el resplandor de las llamas se refleja en las paredes doradas del salón.

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaah! —chillo aterrada cuando la onda expansiva me empuja hacia atrás y caigo de culo sobre la mesa.

Y él sobre mí.

El humo se esparce con rapidez quemándome la garganta. Siento su duro cuerpo aplastándome, y nuestras bocas están tan cerca que casi podríamos rozarlas.

—¿Estás bien? —Me tira del brazo toscamente, ayudándome a ponerme de pie.

—¿Qué coño está pasando... aquí?

—Lo que tenía que pasar.

¿Qué? El aire se corta en mi garganta y tan solo veo personas corriendo, escondiéndose detrás de los muebles o luchando (la gran mayoría). Más hombres armados con espadas y cuchillos invaden el castillo, todos ellos moviéndose con una destreza abrumadora. Y Máximo no se queda atrás. Entreabro la boca cuando veo que, con un movimiento fluido, presiona un botón y un mecanismo se activa en el bastón que lleva. Una hoja afilada emerge del interior.

¿Cómo?

No respiro. No parpadeo. Todo sucede en segundos, pero se graba en mi mente a cámara lenta.

—Tú... —murmuro—. ¿Tú guardas ahí una... espada?

—Es una catana.

—Como si eso importara, ¡joder! —Me llevo las manos a la cabeza.

—No es lo mismo una espada que una catana. ¿No lo has leído en ningún libro? —me pregunta, hundiendo la catana en el abdomen del tipo que hay frente a nosotros.

Tiemblo.

El sonido húmedo del metal desgarrando carne se mezcla con la respiración cortada del hombre, que cae de rodillas antes de

desplomarse. Su sangre estalla como si fuese el agua de una fuente y mancha el suelo y mi vestido.

Por Dios.

¿Cómo puede moverse así un hombre cojo? Y ahora llega la gran pregunta: ¿Máximo está cojo de verdad? Porque si él está cojo, yo soy Madonna.

—¡Joder!

Sigo observando todo alrededor, con la vista nublada, sin poder creer que esto esté pasando de verdad. El vestido blanco. La sangre roja. Mi piel manchada de la sangre de otros, el mismo día de mi boda. Me quiero morir.

De repente, un silbido en el aire me alerta y me avisa de que otra espada viene volando. Máximo alza eso que pensaba que era un bastón inofensivo y la desvía con un golpe limpio. El metal choca contra el suelo con un estruendo que me sacude hasta los huesos.

¿Quiénes son estos hombres? ¿Por qué todos aquí parecen estar entrenados para una guerra?

¿Y dónde está la maldita policía?

Otro atacante se lanza hacia nosotros, pero él gira sobre sí mismo y esquiva un golpe descendente. Su espada dibuja un arco perfecto en el aire, haciendo que el cuerpo del agresor caiga con un sonido seco.

Dios santo. Virgen purísima. Jesús y todos los santos. No es solo que pelee bien. Es que pelea como un profesional y su pierna coja no es una desventaja, es un engaño. Su estilo de lucha es agresivo y despiadado y sus golpes son violentos.

—¡Katia! —ruge mirando a su hermana—. ¡Mierda! ¡No te muevas de aquí, te lo prohíbo! —me amenaza con un dedo.

—Yo no pensaba mov...

No termino la frase. Él desaparece de mi lado y camina unos dos metros hacia Katia, que acaba de tumbar a un tipo con una llave perfectamente ejecutada. Sin embargo, otro le acaba de provocar un corte en el brazo, pero ella no se detiene. Rompe el vestido largo, dejando ver una raja en su muslo, y se agacha. Saca de uno de sus botines una pequeña daga que clava con rapidez en el pecho de uno de los atacantes.

—¡Muérete, hijo de puta! —chilla desenfrenada.

¿Mi cuñada borracha acaba de apuñalar a alguien?

Se me encoge el pecho al verla atrapada en los brazos de un ruso de dos metros, pero no por mucho tiempo. Máximo le propina un duro golpe al tipo, liberándola. Después, coge su cabeza entre las manos y le rompe la nariz con un golpe de rodilla. Pero un corte inesperado en el muslo lo hace jadear y doblarse hacia delante.

No sé adónde mirar ya y, en un momento de descuido, siento una presión en el brazo. Un hombre me sujeta con fuerza y me arrastra a la salida.

—¡No me toques! —gruño revolviéndome violentamente.

Jamás he sentido tanto miedo, y tan solo puedo arañar sus manos. Pero no funciona. Maldita sea, no funciona porque estoy completamente embutida en un maldito vestido de novia, llevando unos tacones de infarto. Oigo el crujido de la tela de mi vestido cuando lo piso con el tacón, al sentir mi cintura asediada y su mano tirando de mi velo.

Afortunadamente, no consigue arrastrarme. Un rugido feroz sale de su boca. Su mirada inexpresiva se clava en la mía cuando una espada atraviesa su costado. Miro hacia atrás y veo a Máximo en posición de ataque, mirando a mi asaltante con rostro endemoniado.

Pero me quedo inmóvil cuando ese tipo habla.

—Anastasia...

Me pregunto cómo conoce mi nombre cuando tira de mis brazos, como si quisiera decirme algo importante.

—Angelo... —murmura suplicándome con la mirada.

Me suelto, presa del terror, mientras él cae de rodillas. Aun así, hay algo en ese hombre que hace que no pueda separarme del todo. Me inclino sobre él intentando descifrar sus palabras.

—Angelo... —repite con un último aliento—. Es el único en quien puedes confiar.

¿Angelo?

La curiosidad me gana, pero no tengo tiempo para procesar nada. A unos metros, el cordón de seguridad se mantiene firme, defendiendo con ferocidad mientras se enfrentan a los atacantes. Todos tienen algo en común: son rubios y parecen máquinas. Unas jodidas y auténticas máquinas de matar. Es como si nos enfrentáramos a un batallón de rusos, alemanes o algo similar, y Máximo está acorralado por tres atacantes.

Dios mío. ¿Qué hago?

Barro alrededor con la vista, pensando que este es mi momento. De hecho, el mejor para intentar escapar de este sitio. ¿Por qué no iba a intentarlo? Quizá pase desapercibida y consiga llegar a la salida. Dicho y hecho. Cojo una bandeja plateada que alcanzo a ver con el rabillo del ojo. Mejor ir armada, aunque mi arma sea de chiste, pero no se me ocurre otra cosa. Camino con pasos rápidos hacia el lateral del salón, ya que en el centro es donde se libra la batalla. Pero, de repente, choco contra uno de los guardaespaldas de dos metros que se han ido turnando en mi puerta todos estos días.

—¡Atrás, señora! —me grita serio—. ¡Ya!

—Yo... —balbuceo.

Y justo cuando me estoy preparando para darle una patada en la entrepierna —dicen que eso nunca falla—, una espada que llega desde no sé qué sitio atraviesa su cabeza. Suelto un grito seco cuando este pone los ojos en blanco y ríos de sangre fluyen por su rostro. Cae de rodillas delante de mí.

Retrocedo un paso, completamente bloqueada. Aprieto la bandeja en mis manos cuando veo a dos rubios trajeados, tan musculosos que parecen salidos de la lucha libre, corriendo hacia mí. Sujetan unas catanas, por supuesto; no van a ser rosas.

—¡Anastasia! —oigo el rugido de Máximo, a unos pocos metros.

Me doy la vuelta y lo veo darse de hostias salvajemente con un barbudo, que parece una jodida montaña. Otro ruso. ¿Por qué nadie de la seguridad va a ayudarlo? Todos parecen estar enfocados en mí, como si tuvieran órdenes estrictas de no apartarse, aunque eso significara dejar a los demás desprotegidos. Entonces, algo capta mi atención: él está bastante herido. Aunque se mueve rápido, la herida en su muslo sangra, ralentizando sus movimientos. Y antes de que pueda siquiera parpadear, veo a un hombre que coge un cuchillo y se le acerca con intención de apuñalarlo por la espalda.

—¡Mierda!

Dudo que llegue a poner un pie fuera de aquí, así que no me queda otra que intentar que a él no le pase nada. Porque a veces más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer. Entonces actúo. Doy unos pasos rápidos hacia ellos y le estampo la bandeja en la cabeza al tipo del cuchillo. El sonido del impacto es un satisfactorio *clonc*, y el hombre que hay detrás de él se tambalea antes de desplomarse.

Máximo me mira.

—¿Acabas de...? —pregunta con la mandíbula desencajada, como si intentara asimilar lo que acaba de ocurrir.

—Salvarte la vida.

—Con una bandeja.

—¿Y? —le suelto indignada—. La próxima vez me compraré una maldita pistola. Por lo visto, no sabéis que eso existe.

Se queda mirándome un segundo y luego esboza una sonrisa forzada mientras se muerde el labio inferior. Un mordisco demasiado atractivo que no debería desconcentrarme ahora mismo ni hacerme pensar que se ve terriblemente guapo. Trago en seco intentando desviar mi mirada de él y de los cortes de su chaqueta de traje, que muestran parte de sus fuertes músculos.

—Katia..., ¿estás bien? —digo con un hilo de voz mirando a la morena. Esta se ha quedado sin pamela, está despeinada y unas gotas carmesíes se deslizan en su brazo.

—No es nada, un rasguño.

—¿Un rasguño?

Me quedo más aturdida aún al ver a Ecaterina y al hombre mayor —que ya ni parece mayor— luchando espalda contra espalda, a tan solo unos metros. ¿También ellos?

—¡No está aquí! —vocea el hombre mientras parte el brazo de un enemigo de un solo movimiento.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy.

Máximo no le responde, tan solo afila su rostro, como si la noticia lo hubiese pillado desprevenido.

¿Qué leches está pasando? Todos parecen entender el mensaje transmitido. Todos, salvo la imbécil de turno: o sea, yo. Cuando le lanzo una mirada interrogativa, noto que él me ignora completamente y tan solo hace gestos indescifrables, como si estuviera dirigiendo a toda la patrulla de invitados-asesinos de mi boda.

Gran parte de los enemigos están en el suelo, pero, al parecer, algunos siguen camuflados entre la multitud. De pronto veo a otro de esos tipos trajeados lanzarse hacia nosotros con la espada en alto, pero no llega a rozarnos porque alguien lo apuñala desde atrás. Cuando ese nuevo atacante cae al suelo, identifico la figura de un hombre alto de melena larga y cobriza. Tiene una catana manchada de sangre en la mano y una sonrisa de satisfacción.

—No me digáis que me he perdido lo mejor.

Máximo lo mira, sin aliento.

—¡No sé dónde cojones estabas, Igor!

—En el... ¿baño? —le responde este con una sonrisa sarcástica—. Ya sé, muy mal momento para eso. Pero ya está todo controlado, Imperator.

¿Imperator?

—¿Y qué, no me vas a presentar?

Veo cómo Máximo pone los ojos en blanco y bufa. El pelirrojo me dedica una reverencia burlona.

—Todo un placer, *Imperatritsa*.[3] Felicidades por la boda. Por cierto, soy Igor, y no te preocupes, me he lavado las manos —finaliza con la misma sonrisa simpática.

Miro la mano tendida del chico alto, casi igual de alto que Máximo.

El silencio se impone de nuevo. Los atacantes que siguen con vida han sido reducidos. Algunos de los invitados tienen cortes en la ropa y en los brazos, pero concluyo que hemos ganado. Mis pies no se mueven y apenas puedo respirar mientras miro a mi alrededor. Santo cielo. Todo está devastado.

—Seguimos con la boda —avisa él como si nada hubiera pasado.

—¿Qué?

Alzo la mirada cuando se gira hacia mí. Observo su rostro salpicado de sangre ajena y esos ojos de hielo que me analizan con

más fuerza que antes. Es como si su ira se hubiese triplicado.

Siento el vello de punta. Por todo. Por la masacre que acaba de ocurrir el mismo día de mi boda, por preguntarme quién es realmente el hombre con el que me voy a casar, pero principalmente por esa mirada que, no sé por qué, me aterra.

—Nos casaremos. ¡Ahora!

Miro mi vestido, el rojo oscureciendo el blanco en un contraste macabro. Miro los cuerpos en el suelo, la sangre impregnando la alfombra. No puedo creer que esté hablando en serio.

—No puedes obligarme a... —intento decir, pero él avanza un paso. Solo uno, y es suficiente para hacerme tragar las palabras. Toma mi mano con ese gélido guante, ahora manchado, y me inmoviliza, cerca de la mesa. Veo una alianza plateada reluciente en su otra mano que ha sacado no sé de qué maldito sitio.

—Te tomo como esposa, Anastasia. Aquí, ahora y para siempre.

—¡Maldita sea! —Aprieto el puño, impidiendo que él deslice el anillo en mi dedo—. No me casaré contigo, ni ahora ni nunca. Solo necesito una maldita explicación, Máximo. ¿Qué diablos... acaba de pasar?

Miro a mi alrededor, pero hay demasiado murmullo en la sala y sé que nadie nos está prestando atención.

—Escúchame... —Inmoviliza mi cintura y me acerca a él deprisa, fingiendo un momento cariñoso, como si intentara tranquilizar a la novia—. Siento que no haya sido la boda que esperabas.

—¿Lo sientes?

Lo miro con odio.

—Anastasia... —habla con un hilo de voz, su aliento veloz golpeándome la frente—. Solo conmigo estarás a salvo, ¿vale?

—¿A salvo de quién?

—De todo aquel que quiera ponerte un dedo encima.

—¿Por qué iba a creerte?

—Porque te lo acabo de demostrar —remata histérico.

—Máximo...

Estoy sin palabras. Mi voz está rota y estoy a punto de vomitar. O llorar. O ambas.

—Solo un paso fuera de aquí, y acabarás muerta, ¿vale?

¿Muerta?

Ya estoy muerta, maldita sea.

—¡¿Por qué?! —susurro horrorizada.

—Porque ya eres mi esposa. —Su respiración es irregular, con las venas del cuello marcándose con cada inhalación.

Mis labios se entreabren, pero ninguna palabra más sale. Sé que tiene razón. Es un trato con el diablo, pero es el único trato que, según él, me deja viva. Además, se lo debo. Me ha comprado, así que no sé qué narices estoy haciendo, diciéndole que no me casaré con él. Si me sigo negando, jamás saldré de aquí. Aunque ya no sé qué es peor.

Cierro los ojos durante un instante y respiro hondo. Cuando los abro, Máximo ya está deslizando la alianza en mi dedo. Mi corazón da un vuelco cuando atrapa mi mano en la suya. Siento sus fríos labios en mi piel, besándome la mano en vez de la boca, al tiempo que mantenemos un contacto visual extraño.

—¿Dónde hay que firmar? —pregunta a un hombre calvo, cuyo rostro está sangrando.

Me suelto, ocultándome la nariz con el dorso de la mano. Reprimo las náuseas por el olor férreo de la sangre que nos cubre. No soy consciente de cuándo su fornida mano me empuja hacia delante, ni de cuándo estampo una firma desdibujada en un papel.

Solo sé que me acabo de convertir en la esposa de un monstruo.



8

El precio de la verdad

Máximo



> Omitir las verdades no es otra cosa que una variedad refinada de la mentira.
>
> ALMUDENA GRANDES

El denso humo de la explosión aún se aferra a mis pulmones. Siento los nervios a flor de piel y la adrenalina ruge en mis venas. Me enderezo tras firmar el documento matrimonial, sacudiéndome los escombros del chaqué destrozado. A unos pasos, Anastasia tiembla. Avanzo de forma casi automática hacia ella y la tomo suavemente del codo, pero su mirada me detiene en seco.

Aprieto los labios al darme cuenta de lo que estaba a punto de hacer: consolarla.

¿A ella? ¿Ahora?

Retiro la mano de inmediato y desvío la mirada, como si me hubiera quemado. Necesito pensar, actuar, seguir adelante. No hay espacio para el consuelo.

Reviso la sala con la mirada afilada de un cazador que ha perdido el rastro de su presa. Todo es caos, humo, sangre y escombros. Pero dentro de esta escena terriblemente tétrica, hay una sola verdad: Romanov no está aquí. Ese hijo de la grandísima puta no ha salido de la madriguera en la que se esconde. Y ya me han confirmado que ni siquiera ha pisado Montecarlo. No lo ha hecho ni siquiera teniéndola a ella, su maldito talón de Aquiles.

¿Por qué?

Lo tenía todo preparado: la trampa, las armas, la ejecución perfecta. Ella era el anzuelo y estaba todo listo, maldita sea. Lo estaba esperando. Entonces, ¿qué diablos ha fallado?

Mis hombres han reducido ya a la mayoría de los intrusos y la *fiesta* ha terminado. La sangre mancha el mármol y el suelo está sellado con muerte. Los invitados que todavía siguen en pie se ocupan de limpiar sus catanas antes de volver a colgarlas en la pared. Todos, miembros de mi ejército personal. La puerta de entrada ya no existe; en su lugar, un agujero inmenso muestra el desastre y unos muebles quedan enterrados bajo escombros y polvo. Exactamente igual que aquel día.

Quiero decir algo —cualquier cosa, aunque no haya mucho que decir—, pero entonces Anastasia se cubre la boca con una mano. La conmoción de la masacre la ha golpeado de lleno y puede que incluso me odie por ello.

—Anastasia...

—No me toques —susurra sin mirarme.

Vale, me odia.

Además, ¿qué esperaba después de esto? Cualquier mujer en su sano juicio me odiaría. Pero es mejor así, porque el odio lo simplificará todo y hará que no quiera comprenderme y estar cerca de mí. De todos modos, sería una pérdida de tiempo porque ni ella ni nadie podría comprenderme jamás.

Cuando quiero hablar, sale corriendo antes de que pueda atraparla, perdiéndose escaleras arriba. Es como si corriera deprisa a su habitación a vomitar. A continuación, ignoro las miradas de mis hombres y subo la escalera, tapando la herida que hay en mi muslo con una mano para evitar dejar rastro en cada escalón.

—¡Máximo! —Katia se cruza en mi camino antes de llegar a la planta de arriba. Su vestido de luto está desgarrado, su cabello revuelto y su mirada suspicaz—. ¿Qué has hecho?

—Debo ver a Anastasia. Ahora no puedo.

—¡No! —La voz de Katia me paraliza—. ¿Quién es ella, joder? ¡¿Quién?!

La obligo a caminar mientras todos desalojan la planta baja, no sin antes lanzarle una orden muda a Igor. Después le hago un gesto a Vladím para que me siga y detengo a Ecaterina con el brazo cuando veo que da un paso en dirección a mi hermana.

—No es necesario, estará bien —digo con voz tajante, y vuelvo a guiar a Katia hacia su habitación—. ¡Camina!

—Pero su brazo... —protesta Ecaterina.

—Encárgate de los heridos, ¿vale?

—Me estás haciendo daño —murmura mi hermana.

—Mandaré a un médico para que te mire eso, no te preocupes.

Le suelto el brazo una vez llegados a su habitación y quiero largarme de aquí, pero ella no lo permite.

—¡Máximo! —chilla, con el rostro totalmente desencajado—. Ni se te ocurra irte antes de responderme.

Su voz desesperada me taladra el tímpano y sé que esta noche enloquecerá como no me detenga. Sabía que era probable que Katia pidiese explicaciones, pero no es el mejor momento para eso.

—¡Me dirás ahora mismo quién es ella! —advierte, totalmente fuera de control.

—No sé de qué hablas. —Me giro, apresando el filo de la puerta con una mano cuando punzadas de dolor atraviesan mi muslo.

—Ese cabrón está detrás, ¿verdad? —exclama dando unos pasos gigantescos en mi dirección, con enormes manchas de rímel ensuciando su rostro—. ¿Por qué está atacando justo ahora, eh? ¿En tu propia boda? —Se lleva una mano a la boca para ahogar un sollozo, típico de sus dramas—. Acabamos de revivir esa maldita noche, ¿te das cuenta?

—Solo descansa.

—Ella es alguien importante —dice con los ojos como platos—. Es por eso por lo que la tienes encerrada aquí.

Sus palabras son cuchillos que intentan abrirme el pecho, pero no lo permito.

—Estás equivocada.

—¡No lo estoy!

—Lo estás, y mucho. —La miro con dureza—. Tengo más enemigos aparte de él, ¿vale? Mejor deja el alcohol, Katia. Te está atrofiando el cerebro.

—¿Anastasia sabe que la estás usando como cebo? —pregunta con la mirada de una psicópata. Porque lo es.

—¡Cállate! —mascullo apretando los dientes—. No tienes ni... ¡puta idea de lo que dices!

—Hablaré con ella. —Me mira decidida—. Le contaré la verdad, ¡lo haré!

Ese es el punto de inflexión. El control que estoy intentando mantener se resquebraja. Me acerco a ella velozmente, arrastrando el pie y sintiendo que la herida me quema.

—¡Ya basta! —Cojo su mentón con una mano y acerco su cara a la mía—. Tu maldita impulsividad te pasará factura, y créeme que no querrás saber lo que te voy a hac...

—¿Qué más podrías hacerme? —Dos lágrimas corren en su mejilla —. ¿Matarme?

Me quedo congelado. Sé que a ella le duele toda esta situación, pero no más que a mí. Porque algunos muestran su infierno y otros solo arden en él en silencio.

—No sabes lo que dices.

Me desprendo de ella con la rabia hirviéndome en la sangre. Maldito el momento en que Romanov decidió no presentarse en mi boda. Ahora mismo, todo habría acabado: con él bajo tierra o conmigo. Pero habría acabado.

—¡Oh, hermano! —Me toca el rostro—. ¿Qué está pasando?

—No se te ocurra moverte de aquí —gruño mientras giro hacia Vladím—. Ya he tenido suficiente por hoy.

—¡Máximo! —me llama cuando Vladím le frena el camino—. ¡No, por favor, vuelve aquí!

Tiro de la puerta, obligándome a salir al pasillo, aunque sus gritos me conmuevan el alma. Pero volver a ella y abrazarla sería mi sentencia. Porque eso significaría que le estaría dando la razón. Eso significaría que tendría que darle explicaciones sobre Anastasia, y sé que Katia jamás estaría de acuerdo. Jamás lo entendería, porque ni siquiera ella sabe toda la verdad.

No puedo mostrarme débil. No ahora.

Me detengo cuando estoy a un paso de la habitación de esa chica, entrando al ala oeste. Siento mis latidos galopantes aumentar

mientras me acerco lentamente al pomo. Incluso el tiempo parece estar en mi contra. Los truenos resuenan de fondo y ha empezado a llover. Maldita lluvia.

No espero más. Trato de girar el pomo, pero la puerta está cerrada. Empujo en un parpadeo y entro con la misma fiereza con la que derribaría a un enemigo. Pero no hay nadie dentro. Presto mayor atención. El agua de la ducha se oye desde la entrada y me relajo. Por un momento he pensado que había tratado de escapar de nuevo.

Ejecuto un paso decidido hacia atrás, sin embargo, me detengo en seco cuando me doy cuenta de que la puerta del baño está entreabierta. Vapor denso y caliente se escapa por la rendija, impregnando el aire con el aroma floral del jabón.

Me acerco a su vestido de novia manchado, que yace en medio del cuarto. Lo muevo con el bastón, sin dejar de pensar qué hacer: ¿entrar, aun sabiendo que está completamente desnuda, o largarme? Después de todo lo que ha pasado esta noche, lo último que quiero es compartir habitación con ella, aunque sea mi esposa a partir de hoy. Es más, ni siquiera debería estar aquí.

No, no debería.

Pero, en lugar de eso, doy un paso hacia la puerta del baño. Luego otro. Empujo sutilmente y apoyo la mano en el marco, buscándola con la mirada. A través del cristal empañado de la mampara, veo su silueta. Está de espaldas, con ese cabello largo que me fascina, pegado a la piel, y el agua recorriendo cada curva de su cuerpo. Puedo imaginar cómo las gotas resbalan por su espalda, descendiendo en caminos lentos hasta perderse entre sus muslos. Sus nalgas desnudas son perfectas. Su cuerpo en sí es inmensamente perfecto. Su cintura de avispa y sus pechos representarían el sueño de cualquier hombre. Es la mujer más

jodidamente perfecta que he conocido jamás y todo en ella te invita a pecar.

Mi mandíbula se tensa, al igual que otra parte de mi cuerpo.

Camino hacia la ducha cuando debería hacer lo contrario. Cierro los ojos un segundo, intentando apagar el fuego que me recorre desde los muslos hacia arriba, repitiéndome que esto no debería afectarme. *Ella* no debería afectarme. Pero lo hace.

¿Y qué es lo peor de todo? Que seguirá viviendo en mi casa.

De pronto, un recuerdo sumamente placentero se cuela en mi mente. Ocho años atrás. Otra ducha. Otro cuerpo desnudo bajo el agua: Beatrice. Recuerdo cómo se reía mientras yo la abrazaba bajo el agua caliente, con sus labios rozando los míos y su piel tan suave que me hacía olvidar el mundo entero. Recuerdo el olor a lavanda de su champú, cómo se acurrucaba contra mi pecho cuando tenía frío y la calidez de su risa cuando la llamaba Blancanieves. Adoraba ese apodo.

El pecho se me oprime cuando su rostro desaparece, sustituido por el de otra mujer. Frente a mí, Anastasia sigue bajo el agua, inconsciente de la batalla que estoy librando conmigo mismo. Pero la visión de su silueta ya no me provoca solo deseo, es algo más jodido, y es por eso por lo que me culpo. No puedo estar aquí, mirando sus tetas fijamente, como si llevara siglos sin ver unos bonitos pechos rosados y un culo tan perfecto. Bueno, no es *como si llevara*. *Llevo* ocho años sin sentir a una mujer de esa manera tan íntima.

Me giro bruscamente para largarme, pero en vez de eso, nuestras miradas se encuentran a través del cristal. Entonces, ella grita.

Mierda.

Me obligo a dar un paso atrás, pero un latigazo de presión me atraviesa el pecho. Es un dolor fuerte y ardiente que sube hasta mi

garganta y me deja sin aliento. No, ahora no. Instantáneamente trago saliva y parpadeo varias veces, intentando ignorar el malestar. Pero el suelo bajo mis pies parece tambalearse por un momento, un breve segundo en el que mi visión se oscurece en los bordes. El ruido de una silla al tropezar me devuelve a la realidad.

—¿Máximo?

Silencio, tan solo mi carraspeo grueso, y ella envolviéndose deprisa una toalla en su cuerpo.

—¿Estás espiándome?

Entreabro los labios, pero cualquier excusa que intento inventar se evapora. Elijo responderle con otra pregunta.

—¿Te parece que no tengo mejores cosas que hacer?

—Pues no lo parece —dice enfadada, apretando la tela en su pecho.

—Quería saber si estabas bien.

—Estoy viva, si eso es lo que entiendes por «bien».

Permanecemos en silencio.

—Me alegro de que lo estés y... —quiero hablar, pero mi voz sale más áspera, como si hubiera clavos en mi garganta.

Me siento imbécil. Intento mantenerme firme al ver que sus mejillas se tiñen y sé que no se trata solo del vapor. Es la vergüenza que siente por el hecho de que la haya visto desnuda.

—¿Qué querían esos hombres?

—Ahora no es el momento, y creo que es mejor que... —me mojo los labios— me vaya.

—Hazlo. —Se cruza de brazos—. Y no te vayas solo de mi maldita habitación, sino de mi vida.

Cuando camina enfadada, sus pies descalzos me llaman la atención. Tiene unas zapatillas a solo unos metros, pero ni siquiera las mira.

—¿Qué has dicho?

Siento un hilo de sangre deslizarse por mi muslo. El dolor es punzante, y ahogo un quejido mientras arrugo el ceño, al borde de la explosión. Mis dedos se cierran involuntariamente sobre el bastón, me siento decepcionado. He venido en son de paz y estoy siendo amable, en cambio ella...

Maldición.

Solo basta apretar un botón. Un simple gesto y podría matarla. Demonios si no tendría motivos suficientes. Y lo hago. El sonido de una hoja al desenvainarse corta el aire. Al segundo siguiente, la catana vuela desde mi mano y se clava con fuerza en el grueso marco de madera que separa el baño de su habitación, bloqueándole el paso.

—¡Oooh! —exclama deteniéndose en seco cuando su pecho tropieza con la hoja.

Camino hacia ella sin prisa.

—Dos centímetros más a la derecha... —señalo con la voz tensa, haciendo un esfuerzo brutal por controlar el pulso—, y te habría atravesado el cuello.

El malestar sigue dentro de mí, al límite, y parece incluso que soy un animal hambriento listo para saltar. Ella retrocede, con los ojos desorbitados.

—Dos malditos centímetros, Anastasia, y estarías muerta. —Empuño la catana y la arranco del marco, pero no la guardo. La llevo lentamente hacia su cuello, hasta que el filo apenas roza su piel—. Dos centímetros y tu nombre sería solo un recuerdo. Nadie sospecharía nada.

Mi voz se vuelve suave pero venenosa.

—Todos saben que nos acaban de atacar el día de nuestra boda, señora Kovalenko. No sería extraño que la novia acabara muerta.

Qué tragedia, ¿no? —finjo conmoción—. Procederíamos al entierro, uno digno de una emperatriz.

Hago una pausa y respiro hondo, preso de la tristeza y la rabia.

—Y no lo dudes... —añado con voz quebrada—, yo te lloraría. Te lloraría durante años y me pasaría las noches en vela, recordándote. Te vería en cada mujer que se atreviera a acercarse. Todos me consolarían con esa basura de que «el tiempo lo cura todo», «el dolor ya se irá»... Pero ¿sabes qué?

Siento una garra en la garganta, ahogándome.

—Máximo... —dice, su respiración tornándose agitada—. ¿Qué estás haciendo?

—¡El dolor no se va! —grito ignorándola—. Y no, el tiempo no cura una mierda. Solo deja que el veneno lo pudra todo dentro de ti. El odio se alimenta del dolor y crece cada día más. Hasta que forma parte de ti.

Me mira, con esos ojos temblorosos, pero sin apartar la vista. Como si aún tuviera derecho a desafiarme y no entendiera quién tiene el poder aquí. Inclino la cabeza, observándola como se observa a una criatura acorralada. Y sí, confieso: la quiero rota. La quiero suplicando.

—Dime, *malyshka*... —la reto—. ¿Tienes miedo?

Ella traga saliva. No responde, pero su respiración entrecortada lo hace por ella. Me acerco a su rostro. Aprieto la empuñadura de la catana, inclinándola apenas, lo suficiente para que sienta la presión en su cuello.

—Deberías tenerlo —le susurro al oído—. Porque ahora mismo tu vida está en mis manos.

Siento cómo su cuerpo se tensa y lucha por no demostrar debilidad. Pero la debilidad está en su piel erizada y en el temblor de

sus pestañas. Y entonces, con la maldita osadía que demuestra desde que la conozco, suelta la gran y jodida pregunta:

—¿Tú la... mataste?

El mundo se detiene. Mis dedos se cierran más sobre la empuñadura y el oxígeno se vuelve espeso en mis pulmones.

—Y si así fuese..., ¿qué?

—Me has dicho que solo a tu lado estaría a salvo. Hace unos minutos, ahí abajo. Y ahora..., ¿por qué?

No respondo. Solamente deslizo la punta de la catana hasta la curva de su clavícula y luego a su pecho, justo donde late su corazón.

—Porque la sangre se paga con sangre y el dolor se paga con dolor. ¿Y qué crees? Alguien debe pagar.

La miro fijamente.

—Yo no te debo nada, Máximo.

—Me debes mucho, cielo —corrijo—. Mucho. Me perteneces. Tu vida, tu cuerpo... —Acaricio su cuello con el dorso de mi mano, apartándole el cabello mojado, que se pega al valle de sus senos—. Todo está en mis manos. Por supuesto que te protegeré. Nadie podrá ponerte un dedo encima. ¿Y sabes por qué?

Una risita amarga y muda sale de mi boca al percibir el terror que quería ver reflejado desde el principio.

—Porque solo yo tengo derecho a herirte. Yo y nadie más que yo.

Sonrío cuando su aliento veloz acaricia mi mandíbula. La catana sigue rozando su cuello cuando ella respira hondo. No llora. Ni siquiera baja la mirada, en cambio, su mano se mueve con una lentitud peligrosa hacia la hoja.

—Te odio —dice cerrando sus dedos alrededor del filo. Percibo la ligera resistencia de su piel contra la hoja afilada y me recorre un escalofrío.

Retrocedo un paso y bajo el bastón antes de que se haga daño. Me giro sin decir nada y salgo del baño como un huracán, con lágrimas de dolor llenándome los ojos.

¿Por qué me está doliendo tanto esta situación? ¿Por qué es tan complicado enfrentarme a ella? ¿Y cómo cojones sabe de Beatrice?

Junto las fuerzas para no derrumbarme y aceptar que nada ha salido como esperaba. Nada.

Maldita sea.

9

Tres reglas sencillas
Anastasia



> No se puede encontrar a quien no quiere ser encontrado.
>
> ISABEL ALLENDE

—¡Arriba, señorita! —Una voz ruda me arranca del sueño—. Oh, disculpe, quería decir *señora*. Es la costumbre.

Entreabro los ojos con pesadez y veo una figura moviéndose con energía por la habitación. No puede ser otra que Cordelia.

—Ha dejado de llover esta mañana y hace un día perfecto para desayunar en el jardín.

¿Ha dicho «jardín»? Me incorporo lentamente mientras ella corre las cortinas de par en par con un dramatismo digno de una actriz. Me tapo el rostro cuando la luz me ciega. He dormido unas escasas cuatro horas y siento las pestañas pegadas.

—¡No tarde! —continúa jadeante—. El señor ha mandado venir a buscarla para desayunar.

Aparto la sábana con rapidez abriendo los ojos de par en par.

—¡¿En el jardín?!

No entiendo cómo Máximo ha amanecido tan tranquilo tras el infierno de anoche. Como si los cadáveres no hubieran cubierto el salón como alfombras, ni hubiera perdido a algunos de sus empleados, ni hubiera sido su propia boda. Pero no sé por qué me extraña. A ese tipo, que ya es mi marido, no le falta solo un tornillo, sino la caja entera.

—Cordelia, ¡¿has dicho desayunar en el jardín?!

—¡Sí! —asiente con entusiasmo—. No sé por qué le sorprende. Yo sabía que en algún momento el señor se ablandaría. Jamás ha tenido a alguien encerrado en un cuarto. Me refiero a alguien de fuera. Usted ha sido la primera.

—¿Debería sentirme halagada? —pregunto sarcástica mientras me pongo en pie de un salto.

Voy hasta el armario, pero es como si estuviera flotando. En realidad, no sé qué esperarme después de la actitud huraña que me mostró anoche. ¿Por qué ha ordenado que prepararan un desayuno en el jardín?

Me giro hacia Cordelia.

—¿Te cuento un secreto? —murmuro con ganas de estrujar el cuello a cierto moreno gruñón que finge estar cojo—. Odio a mi marido.

—¡Ay, señora! —Se ríe—. Yo no diría lo mismo. Vi cómo lo miraba ayer bajando la escalera, tenía ojitos solo para él.

—¡Por Dios! Si mis ojos fuesen esas espadas que hay en las paredes, ya estaría viuda.

Le doy un puñetazo a uno de los cojines que hay en mi cama, imaginándome que es su odioso rostro. Después, lanzo el cojín con toda la fuerza que una podría juntar después de no pegar ojo en toda la noche. Porque el terror no existe solo en las películas de Spielberg, sino también en la casa de los Kovalenko.

—¿Estaba de buen humor? —le pregunto, tirando del edredón al mismo tiempo que ella.

Cordelia frunce el ceño, como si le hubiera hecho una pregunta absurda. Ella también tira del edredón, luchando conmigo disimuladamente. Está insinuando que la deje hacer su trabajo.

—No sé a qué se refiere con «buen humor», pero le aseguro que está de mejor humor que usted.

—¡Excelente! —Aplaudo histérica—. Eso significa que hoy no volarán catanas por ahí.

—No creo... —refuta—. Además, el señor jamás está de mal humor, es su carácter.

—O sea, que vive enfadado con el mundo.

—Un poco —dice ella con un encogimiento de hombros—. Aun así, yo lo veo encantador: buen mozo, serio, fiel, entregado a su negocio y a su familia.

Habla encandilada, como si ella misma se derritiera por sus huesos. Joder, para no hacerlo. En el fondo, muy fondo, la comprendo. Máximo Kovalenko es la personificación de la virilidad. Un dios griego con una mala leche de cojones. Sí, está muy bueno, las cosas son como son, pero es jodidamente antipático, y me quedo corta.

Siento el estómago revuelto de repente.

—Cordelia —sentencio muy seria—, anoche murieron hombres aquí. ¿No es eso raro? Es como si nada hubiera pasado. Y no es solo eso —hablo deprisa—. ¿Es normal que todos los invitados a mi boda

supieran batallar como si fuesen soldados? Oh, no, no, no... —Doy vueltas por la habitación enloquecida—. No soldados de hoy en día, sino de hace cientos de años. Soldados con escudos, caballos, espadas y toda esa mierda, ya sabes.

—Señora...

—¡Cielos! —sigo hablando, con la mirada perdida en el horizonte —. Además, vivimos en un castillo, con esos muros que...

Me giro bruscamente y la miro con fijeza.

—¿Qué coño pasa aquí, Cordelia?

Ella se queda en silencio por un momento antes de responder con diplomacia.

—Es que el señor tiene debilidad por las espadas. A mí también me extrañó cuando empecé a trabajar para él, pero intento no... opinar. Es decir, no me puedo meter.

—¿Por qué?

—Firmé un papel de esos de mantener el secreto, señora.

—¿De confidencialidad?

—¡Eso! —exclama—. No puedo hablar de lo que ocurra aquí, de lo contrario...

—¡Él te amenazó! —Camino deprisa hacia ella, conmocionada—. ¡Lo sabía, también sois sus prisioneros!

—No, ¿cómo cree...? —Se ríe—. El señor es muy generoso. Pagó mucho dinero por mi silencio. Si no hubiera sido por él, mi hermana no seguiría viva. Con su ayuda, la ingresé en uno de los mejores hospitales de Mallorca. Uno privado y...

—¿Mallorca?

—Sí, incluso juraría que me contrató porque era su vecina. Su madre era de allí.

—¿Máximo es español? —pregunto en un suspiro—. Pensaba que era ruso, aunque no entendía por qué todos aquí hablaban español.

—Sí, su madre lo era. ¿No lo sabía? En realidad, vivieron más en Mallorca que aquí.

Me quedo muda.

¿Por qué siento que, cuando más lo estoy odiando, hay algo nuevo que descubro de él y eso hace que quiera descubrir más y más? Justo como la pescadilla que se muerde la cola.

—Vístase, por favor. La espero en el pasillo, ¿vale?

Cuando la mujer está a punto de salir del cuarto, me niego a darme por vencida.

—¡Cordelia! —voceo—. Necesito saber algo más. Yo... —Despego mis manos de sus brazos e intento formular la pregunta en mi mente—. Sé que Máximo es viudo y que su esposa falleció. No tuvimos mucho tiempo para conocernos, él me propuso matrimonio y yo acepté —miento—. Sé que no le gusta hablar de su pasado, pero... ¿me podrías hablar de su primera esposa? Aquí, entre nosotras, tengo mucha curiosidad.

Le sonrío y le guiño un ojo, rezando porque me revele más información y me saque de esta maldita niebla en la que estoy sumida.

—Ya me he dado cuenta de que lo suyo fue una relación exprés, como los coches de choque de la feria, mi señora.

—¡Con choques incluidos, yuju!

Ambas soltamos una carcajada.

—En realidad... —Cordelia se rasca la frente—, ella murió hace muchos años.

—¿La mató... él? —pregunto con un susurro.

—Claro que no... —Me mira sorprendida—. No sé por qué lo piensa. En realidad, yo no trabajaba aquí, pero Rosaline sí, y me contó que la amaba muchísimo.

Vale. La amaba. Me cuesta creer que ese ser rabioso pueda amar a alguien, pero bueno. Lo compro. Prosigamos.

—¿Quién es Rosaline?

—La cocinera.

—Es decir, la que está detrás de esos platos tan sabrosos que me he comido esta semana —comento audaz—. Tienes que presentármela.

—¡Dentro de un ratito! —habla con calidez—. Pues Rosaline lleva lamentándose toda la mañana en la cocina, diciendo que lo ocurrido anoche es demasiada coincidencia y que la desgracia nos persigue.

—¿Cómo?

—No para de decir que su boda fue como un *déjà vu*.

—¿Por qué? —Entreabro los labios y escucho con atención.

—Porque justo hace ocho años falleció la señora Beatrice, la primera esposa del señor. El mismo día de su boda. Qué horror... —se lamenta—. Y no solo ella, sino también su padre.

«Beatrice», repito mentalmente. Así que ese es su nombre.

Un escalofrío me recorre la columna, e intento volver al diálogo.

—¿El padre de quién?

—Su suegro. —Mira al techo con rostro serio—. El señor Viktor, que en paz descanse. Fue horrible, hubo decenas de fallecidos y Rosaline necesitó ir al psicólogo después de esa noche.

—Cordelia... —susurro aturdida—. ¿Es por eso por lo que Katia está tomando medicación? Máximo dijo algo de unas pastillas.

—Al menos ella se las toma de vez en cuando, pero él...

—¿Él qué?

—¡Por Dios, mire la hora que es! —suelta agitada—. El jefe ha dicho que la baje ya al jardín y ni siquiera está vestida, ¡dese prisa!

Me cruzo de brazos. Anoche estaba demasiado furiosa como para ser capaz de enfrentarme a él, pero presiento que hoy es mi día. Me

tendrá que dar explicaciones, de lo contrario, lo amargaré tanto que me mandará de vuelta a España por voluntad propia.

Sin perder el tiempo, abro el armario de par en par. Reviso la ropa con una mirada rápida, sin dejar de pensar en Beatrice, en Mallorca, en Rosaline y en si Máximo está enfermo.

—¿Cuál te gusta más?

—El blanco —afirma—. Contrasta muy bien con sus ojos.

Elijo un vestido ligero pero elegante. Si voy a desayunar en el jardín, al menos lo haré con estilo.

—¿Y qué ha dicho exactamente cuando ha ordenado que me prepararan el desayuno?

Ella se muerde el labio pensativa, como si intentara recordarlo.

—Algo como: «Preparad el desayuno en el jardín» —lo imita con voz ronca y finge estar coja, como si fuese Máximo el que estuviera hablando.

—¿Eso ha sido todo?

—Bueno, también ha mencionado que no quiere que se muera de hambre.

¿Morirme de hambre? Me amenazó con que me mataría. Morirme de hambre debería ser lo de menos.

Me calzo unas sandalias bajas, me arreglo el pelo y me coloco el vestido corto de lino blanco; por último, fijo el talismán verde en mi cuello.

—¿A que es precioso? Me lo regaló mi madre. —Le sonrío a Cordelia y salgo por la puerta, con la cabeza en alto. No sé por qué, pero al traspasar el umbral me emociono. Quizá porque sé que simboliza un primer pequeño logro y, probablemente, mi billete de vuelta a España.

Bajamos la escalera deprisa, pero casi tropezamos con un hombre mucho mayor que Vlad, que frunce sus cejas pobladas y canosas

cuando me ve.

—Buenos días.

—Mi señora, le presento a Ivanov, el mayordomo.

Intento saludar, pero Ivanov me dedica una inclinación de cabeza seca y sigue su camino.

—Ivanov parece un búho enfadado.

—No lo diga en voz alta —me avisa Cordelia—. Búho no sé, pero tiene oído de murciélago.

Ahogamos otra risita. Esta mujer me encanta, al igual que Katia.

La sigo, sin dejar de mirar la agitación de personas que hay en la sala baja procurando arreglar la puerta de la entrada. Dos mujeres están barriendo los escombros y otros dos o tres tipos fijan una puerta de madera y reconstruyen el muro. Cuando me señala una amplia terraza, sonrío llena de ilusión, pero todavía con un nudo en la garganta al rememorar la noche de los horrores. Ni siquiera las novelas que suelo leer se parecen a la boda sumamente grotesca que tuve y, de repente, recuerdo algo. Algo que...

—Cordelia... —Me detengo en seco—. ¿Vive alguien con el nombre de Angelo en esta casa?

—Hasta donde llego, no —responde—. ¿Cuál es su apellido?

—Pues... no lo recuerdo —busco en mi cabeza, pero no hay nada más.

«Angelo. Es el único en quien puedes confiar».

Me tapo los ojos con una mano cuando el sol me deslumbra, una vez fuera del majestuoso pero destrozado salón de la planta baja. Observo la mesa dispuesta en la terraza: una vajilla elegante, frutas frescas en una fuente de cristal y una bandeja de panecillos, aparte de cruasanes y embutidos. La comida y nadie más. Lo busco con la mirada.

—Pensaba que él desayunaría conmigo —constato perpleja.

—El señor lleva horas entrenando, así que lo dudo. No le gusta que lo interrumpan —explica—. Pero siéntese, seguro que está todo frío.

—¿Así que no le gusta que lo interrumpan? —inquiero, ignorando la mesa. Estoy centrada en eso que ronda en mi cabeza continuamente. Y también en un cuchillo que reposa junto a un pequeño plato de mantequilla. Lo cojo con disimulo, aunque no sé exactamente qué me empuja a hacerlo—. ¿Y dónde entrena?

La mujer duda un instante, pero ante mi mirada firme, termina por ceder.

—En el campo de entrenamiento, detrás del ala oeste.

No espero más. Me giro sobre mis talones y me encamino en dirección al oeste, ocultando el cuchillo en la mano.

—¡Pero su desayuno, señora Anastasia! —protesta.

—Gracias, ve a la cocina, ¡me las arreglaré sola!

Avanzo por un camino pavimentado de pequeñas piedras y giro en una esquina. Admiro unas puertas gruesas de madera que dan al exterior mientras me dirijo al sitio, con el alma en la garganta. No podría ser diferente, después de saber que este castillo representa más bien una fortaleza que un lugar para vivir.

El aire matutino está cargado del aroma a tierra húmeda. Miro el cielo en busca de algún arcoíris, pero no veo nada. Quedo distraída por un momento por los altos muros que flanquean el castillo y las múltiples cámaras de vigilancia, además de las decenas de hombres que rondan a mi alrededor. Me guío por el sonido de espadas chocando hasta que llego al campo de entrenamiento. Allí, en el centro del terreno húmedo por la lluvia, dos figuras se baten en un duelo feroz. Máximo viste una camisa blanca desabrochada y remangada, y lleva el cabello alborotado por el sudor. Agita una catana —no parece ser su habitual bastón— con movimientos

bruscos. Los guantes de cuero negro cubren sus manos, y ni siquiera soy capaz de ver si lleva la alianza en el dedo.

A pesar de su supuesta pierna coja, se mueve con una precisión escalofriante, como si la limitación física no existiera para él. Su elegancia avanzando y retrocediendo con pequeños saltos impone. No solo impone. Turba. Remueve. Te enloquece. Te excita.

¿Excita?

Hiperventilo y miro al suelo sintiendo los labios secos. Jamás en mi vida he visto un hombre tan sumamente atractivo moviéndose con tanta gracia y fuerza. Me mojo los labios y escondo el cuchillo a la espalda, a la vez que presto atención a su contrincante. El pelirrojo de sonrisa socarrona y melenas que conocí ayer trata de mantenerse firme, pero jadea, al borde de la derrota.

Máximo avanza con un tajo preciso y, en un abrir y cerrar de ojos, la hoja de su espada se posa sobre el cuello de su amigo. El hombre alza las manos en una rendición teatral.

—Vale, vale. Ya has dejado claro que sigues siendo el puto amo. ¿Podemos tomarnos un descanso ahora?

—¿Quieres descansar? —Máximo se mofa de su contrincante; nada nuevo—. Sigues siendo lento, Igor.

—Y tú sigues siendo insaciable —se queja el otro, frotándose el cuello.

Entonces notan mi presencia. Más bien ha sido el chico musculoso de las melenas. Sonríe al verme, hecho que llama la atención a Máximo, que mueve la cabeza en mi dirección, con la misma expresión ilegible.

—Buenos días, señora Kovalenko —saluda el pelirrojo con sorna—. Perdón por entretener a su marido, ya le he dicho que no debería estar aquí, sino con su mujer.

—Llámame Anastasia, por favor —le respondo amable, sin mirar a Máximo—. Los amigos de mi marido también son míos.

—Es bueno saberlo, Anastasia. —Me guiña un ojo—. ¡Por cierto, qué nombre más chulo! Elegante y sensual.

No termina la frase cuando la punta de la espada de Máximo le roza el cuello y le deja algo parecido a un arañazo. Igor se lleva una mano al rasguño y lo mira como si no entendiera nada.

—Me parece que te están esperando en enfermería, Igor. No tardes o, de lo contrario, te desangrarás.

¡Será cabrón!

Una risa escandalosa estalla de los labios del cachas cuando se limpia la sangre con dos dedos que chupa después.

—Menudo rasguño —constata—. Me debes la revancha, Imperator.

Alzo una ceja, aún sin poder creer lo que acaba de ocurrir, y avanzo hacia ellos con pasos lentos.

—Hasta luego, Anastasia —se despide con la misma amabilidad.

Me quedo en silencio a un metro de Máximo y observo sus movimientos. Noto cómo me da la espalda constantemente, cómo limpia el hilo de sangre en su pantalón blanco y guarda la espada en una tabla de madera que hay a unos pasos. Luego elige centrarse en unas herramientas que cuelgan de unos clavos antes que mirarme.

—No hace falta que sigas fingiendo que eres cojo —digo bajando la vista a su pie—. A estas alturas, sería una gilipollez.

—No estoy fingiendo —increpa, aún de espaldas.

Moja un paño en una lata de algo y después lo pasa por las hojas de cada una de las espadas que hay en la mesa.

—Pues yo habría jurado que... —miro el bastón apoyado en un lado— estabas fingiendo. Creo que una persona con ese tipo de discapacidad jamás podría moverse tan rápido. Y menos luchar.

—Práctica —dice seco.

No respondo, tan solo me encojo de hombros y miro más de cerca el sitio, dándome cuenta de que es ahí donde aprendió todo lo que sabe. Deslizo mis dedos por las hojas relucientes de al menos diez espadas colgadas en unos clavos, cada cual más nueva y bonita que la anterior.

—¿Por qué esto? —pregunto ausente—. Si te gusta la lucha, podrías haber elegido el boxeo, o quizá el kárate.

—Eso es como si le preguntaras a un carnicero por qué no es panadero —responde girándose con una mirada que me atraviesa como si fuera otro de sus *juguetes* afilados.

—Justo de eso quería hablarte —empiezo—. Tengo la sensación de que me encuentro en la casa de un carnicero.

—¿Por qué?

—Por esto... —Muevo las manos con los ojos clavados en su espalda y muslo, donde unas gotas de sangre manchan el pantalón blanco—. Por todas estas cosas que guardas, por las espadas, por... porque transformaras mi boda en una carnada.

—También fue mi boda, no solo tuya.

Quiero añadir algo más, pero él está totalmente ausente y me intenta evitar, como siempre.

—¿Tienes un minuto para hablar?

—No —dice tajante, concentrado en dar brillo a las hojas de acero —. Y deberías ir a desayunar, la mesa no estará puesta todo el día.

Respiro hondo. Trago grueso cuando noto sus brazos contraídos bajo la tela de la camisa. Su espalda perfilada me produce unas extrañas vibraciones en el vientre y me maldigo por tener sensaciones tan impropias en su presencia. Sin duda, él es como esa jodida fruta que te atrae y deseas comerte con todas tus fuerzas pero, cuando la abres, te das cuenta de que está podrida.

—No puedo desayunar —prosigo—. No puedo y me sorprende que tú sí. Alguien que ha presenciado una masacre en su propia casa no puede mantener así la calma y simplemente ordenar que le sirvan el desayuno en el jardín. No es normal.

—La normalidad es relativa —dice—. Para mí tampoco es normal que te hayan vendido como ganado, pero aquí estás.

Agrando los ojos, sin dar crédito a que esas palabras acaben de salir por su boca.

—No estaría aquí si tú no me hubieses comprado en el mercado.

—Estarías en la cama de otro —replica con pasividad—. Agradece que al menos no has probado la mía.

—¿Por qué me odias?

Sigue dándome la espalda, como si no existiera. Y no, no necesito que me lo diga con palabras para saber que me odia. Ahora solo me queda averiguar por qué.

—No te sientas tan importante —dice levantando una de las espadas; la analiza como si quisiera localizar alguna mota de óxido —. Odio a todo el mundo.

—No es una respuesta convincente. Además, me dijiste que debía pagar. —Camino lentamente hacia él—. ¿Pagar qué?

—Estoy ocupado.

Sin titubeos. Justo como un puñal al corazón.

Me obligo a respirar hondo. Esto no es solo furia, es estrategia. He aprendido que con él las palabras no bastan, y hay que obligarlo a mirarme a los ojos. Si para que me escuche tengo que seguir luchando, lo haré. Así de simple. Tan simple que, de un segundo a otro, me lanzo a él y presiono el cuchillo de desayuno contra su cuello, inmovilizándolo con un brazo desde atrás e intentando no sentirme tan poquita cosa comparada con su ancha espalda.

—Tú estás ocupado y yo no tocaré el desayuno ni hoy, ni mañana, ni nunca más —gruño cerca de su oído, decidida a hacerlo hablar.

Apenas termino la frase y me encuentro entre sus brazos. Su rapidez es abrumadora. Se gira con un movimiento demasiado letal y me da la vuelta, con lo que mi espalda acaba pegada a su torso y el cuchillo de desayuno contra mi cuello.

—Quedarás viudo por segunda vez, ¿no te das cuenta? —sigo, decidida a no callarme—. Me das pena, Máximo Kovalenko. A ella no la merecías, y a mí tampoco. No te mereces a ninguna mujer porque eres cruel, arrogante, ¡y un jodido egoísta! Justo como Heathcliff.

Suelto un sonido gutural, aún pensando por qué leches lo he comparado con el protagonista de *Cumbres borrascosas*.

—Tienes agallas, *gitana* —murmura con voz ronca en mi oído—. Pero no has elegido a la persona correcta.

—Solo quería que habláramos —respondo encolerizada—. Quería desayunar contigo.

—¿En serio? —Sus manos oprimen mis costillas—. ¿Quieres convencerme para desayunar contigo presentándote aquí con este cuchillo de juguete, Anastasia?

—Te sorprenderías de qué más soy capaz de hacer.

Casi me tuerzo el tobillo cuando él me aprieta más entre sus enormes brazos. Noto el calor que destila su pecho e incluso los latidos veloces de su corazón. Instantáneamente, desliza el pequeño cuchillo por encima de mi vestido hasta mi vientre. Contengo el aire cuando el filo desciende con un roce lento hacia mis muslos. Apenas un susurro de acero sobre mi piel, lo suficiente para erizarme la nuca y endurecerme los pezones contra la tela del vestido.

—Por cierto, ¿sabes lo que hago con los juguetes? —Sigue con la voz de un psicópata, acercando su boca cada vez más a mi oído—. Juego.

—Ajam —resoplo apartándome un mechón de los ojos—. También juegas con las personas.

—Mmmmm —ronronea—. No sabía que fueras tan contestona, cielo.

Baja más la mano y la hoja del cuchillo entra en contacto con mi piel. La frialdad del metal hace que me estremezca al sentir la presión calándome la parte interna de los muslos. Mi vello se eriza e, inconscientemente, me pregunto cómo sería sentir sus dedos en mi parte más íntima.

Por Dios. Y si él está loco, yo lo estoy más, avasallada por estos sucios pensamientos.

—Te estás divirtiendo mucho, ¿cierto?

—Creo que es al revés, fíjate —lo contradigo—. No soy yo quien está metiendo un cuchillo entre mis piernas. Y te aseguro que me divertiría más con él en tu cuello, pero...

Una risita oscura se le escapa de los labios mientras presiona la hoja con firmeza contra la tela de mi ropa interior, sin llegar a desgarrarla.

—¡Qué graciosa! —Se ríe—. Y ahora presta mucha atención, porque ya ha llegado el momento de hablar seriamente tú y yo. Tengo tres reglas sencillas, Anastasia. Uno: no te tocaré, no me tocarás. Dos: no te besaré, no me besarás —continúa con esa voz rota por el tabaco—. Y tres: no te amaré..., no me amarás.

Mi corazón da un vuelco al oír sus palabras. Su aliento profundo roza mi oído, pero su cuerpo delata otra cosa. Su pecho se alza y se hunde con una respiración densa, como si se estuviera conteniendo.

—Me parece que ya has incumplido la primera —me burlo.

No pienso rendirme, así que atrapo su mano, que apresa mis costillas al tenerme retenida contra su pecho.

—Si supieras lo cerca que estás de despertar algo que no podrás controlar.

—Tienes la mala costumbre de no ser claro, pero no te preocupes. Ya me estoy acostumbrando —lo desafío, sintiendo el calor de su cuerpo envolverme. Y no es solo el calor. Juraría que noto una dureza extraña contra la parte baja de mi espalda, como si él estuviera...

Joder.

Su mandíbula se tensa contra mi sien mientras desliza el cuchillo hacia mi muslo otra vez, con una delicadeza de la que no pensaba que sería capaz. Su agarre se endurece. Su pecho se expande contra mi espalda y su nariz roza mi mejilla mientras deja escapar un suspiro pesado.

—Ocho años, Anastasia —confiesa con la misma voz quebrada—. Ocho años sin tocar a una mujer.

Su confesión es un golpe brutal. El aire se me queda atrapado en la garganta cuando su respiración en mi oído invoca una humedad inexplicable entre mis piernas. Me tenso.

—No te creo.

Giro la cabeza intentando mirarlo a los ojos, pero es demasiado alto. Su mano sigue aferrada a mi cintura, por debajo de los pechos; sus dedos me resultan firmes y dolorosos. La tensión entre nosotros electriza hasta el aire.

—Ocho... —repite en un susurro—. Ocho malditos años, ¿y de verdad crees que lo lograrás? Nadie lo ha hecho jamás y tú menos. Tú serías la última mujer en el mundo que podría despertarla.

Tiemblo.

—Despertar... ¿qué?

Entonces se inclina; su boca apenas roza el borde de mi oreja.

—A la bestia que llevo dentro.

Trago saliva con dificultad. Esbozo una sonrisa maquiavélica, consciente de que he ubicado una grieta escondida en su fachada maravillosamente pulida: Máximo me desea. Y el deseo puede convertirse en un arma letal para conseguir eso que quiero.

—¿Y si consigo despertarla?

Me gira bruscamente, haciéndome chocar contra su pecho. Sus dedos se hunden en mi mandíbula, obligándome a alzar la vista hacia él. Su mirada me devora como un animal hambriento conteniéndose antes del primer bocado.

—Te arrepentirás.

El silencio entre ambos es insoportable. Nuestras respiraciones se sienten entrecortadas y nuestros cuerpos están demasiado juntos. Por un momento, creo que va a hacer algo más. Que va a dar rienda suelta a eso que leo en su mirada, y que me va a besar.

Pero no, me suelta de golpe.

Lo miro seria, impaciente por largarme de su lado, antes de estampar mi mano en su mejilla, que es la efímera atención que se merece de mi parte.

—Ya que la mañana va de reglas, yo también tengo una para ti. —Me acerco a sus labios a conciencia—. No volverás a tocarme sin mi permiso, ¿estamos? Porque te aseguro que el que se arrepentirá serás tú.

Quiero darme la vuelta e irme, pero él me atrapa la muñeca.

—De acuerdo, has ganado —concluye con un carraspeo profundo, depositando el cuchillo en mi mano—. Desayunaremos juntos y hablaremos.

—Demasiado tarde.

Retiro la mano, deseando con todas mis fuerzas que entienda que no estaré a su disposición cuando a él le dé la gana.

—Por favor.

Noto su rostro totalmente oscurecido y sus mejillas encendidas. Incluso se lleva la mano al mentón, sumamente nervioso; como si no supiera qué hacer o qué decir.

—Yo... —respira profundamente— responderé a todas tus preguntas, ¿de acuerdo?

—¿A todas?

—Todas. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—No quiero que la nombres —dice rotundo—. Ya veo que mis malditos empleados no son capaces de mantener la boca cerrada.

Se refiere a ella. Beatrice.

—No seas iluso. —Me encojo de hombros—. Tarde o temprano me habría enterado.

—Habría preferido más bien tarde —concluye—. Ahora desayunemos.

Me doy la vuelta deprisa, dándole tiempo para que sus ojos recorran mi espalda y así sienta mi determinación, incluso cuando me alejo. Y, justo antes de que avancemos dos pasos, me vuelvo ligeramente.

—Te recuerdo que me debes una, Máximo —lo aviso—. Te salvé la vida, y eso debería concederme ciertas ventajas, ¿no?

No espero su respuesta. No la necesito. Doy por hecho que se quedará ahí, con la mandíbula apretada, preguntándose si realmente es él quien ha tomado la decisión de sentarse a hablar o si yo lo he llevado exactamente donde quería.

Pero, una vez más, me equivoco.

—Siento avisarte de que esas ventajas dependerán de lo bien que se te dé explicarme qué cosas tenemos en común Heathcliff y yo —masculla—. Y si esperas que te dé las gracias por salvarme la vida, según tú, estás perdiendo el tiempo.

Recuerdo la bandeja con la que golpeé a ese hombre en la cabeza, vestida de novia. Pero soy yo la que se lleva un bandejazo en toda la cara cuando delante de mí veo la silueta de Katia. La semilla de la duda queda sembrada en mi cabeza: ¿Máximo me está haciendo caso porque quiere o porque su hermana nos está mirando?

Sea como sea, no pienso desaprovechar la oportunidad de avanzar con mi misión personal. Porque a veces hay que perder una batalla para ganar la guerra. Ya he identificado la pequeña grieta, y ahora tan solo debo transformarla en un agujero de escape. Uno que ningún preso en su sano juicio desaprovecharía para recuperar su libertad.

Y yo sacrificaré todo lo que haga falta para cumplir mi objetivo.

10

Cara a cara

Máximo



> Yo no deseo que las mujeres tengan poder sobre los hombres, sino sobre sí mismas.
>
> MARY WOLLSTONECRAFT

—¡Vaya, vaya! —exclama mi hermana acercándose—. ¿Cómo han amanecido los tortolitos?

—Buenos días —le responde Anastasia—. ¿Cómo está tu brazo?

Miro a una y luego a la otra, sin saber muy bien qué pensar. No quiero que entablen ningún tipo de relación, ni siquiera una mínima cordialidad. Conozco a Katia y sé lo rápido que se encariña con las personas, incluso con un mosquito que solamente quiere chuparle la sangre. Anastasia no será la excepción, y solo es cuestión de tiempo.

—Bien, no te preocupes —responde mi hermana, y la modulación de su voz me basta para saber que ha estado bebiendo.

Últimamente, el alcohol es su refugio en cualquier momento del día. Es una constante que me atormenta y hace que me pase noches enteras en vela pensando en psicólogos y clínicas de desintoxicación.

—¡Oye, Max! —exclama, dándome un golpe en la espalda—. Ya hace buen tiempo, ¿no crees que deberías enseñarle Montecarlo a tu mujer?

—No es... necesario —responde Anastasia lanzándome una mirada de reojo, visiblemente incómoda.

Pero Katia es una mosca cojonera en todos los sentidos.

—De paso la llevas de compras —añade con una falsa inocencia, claramente buscando provocarme y estudiar mi reacción.

Sé perfectamente que mi hermana pasó la noche rebuscando en mis cajones y en el ordenador. Otro de sus intentos torpes y desafortunados por descubrir lo que no debe. Ecaterina me lo ha contado todo, hasta el detalle de que también se bebió media botella de mi coñac. Menuda insensata.

—Katia —hablo tenso—, creo que deberías ser tú quien la acompañe. Te vendría bien salir y despejarte. Además, a las mujeres os encanta ir de compras. A mí no.

—¿Lo has oído? —dramatiza llevándose una mano al pecho—. Max se está ganando el divorcio a pulso. Una cosa es que vuestra boda terminara hecha trizas por... —el hipo la interrumpe— unos ti-pos que nos quieren ma-tar desde hace... ¿ocho a-ños?

—Katia...

Solo bajo los efectos del alcohol se atreve a enfrentarme. De otro modo, jamás tendría el valor.

—Y o-tra co-sa es... —de nuevo el hipo— no querer llevar a este bom-bón a conocer la ciudad. ¿Y tú? —pregunta golpeando a Anastasia en el hombro.

La aparto por impulso y le dedico a Katia una mirada que corta el aire.

—¿No tienes otra cosa que hacer?

—Mmm... —dice ignorándome—. No me digas que estás de acuerdo, cuñada. Oh, mierda... —Bufa y su aliento apesta a alcohol —. Eres su cómplice, ¿verdad? Vosotros dos... —Nos señala con un dedo tembloroso—. Me queréis volver loca. Vosotros...

Entonces algo en mí se quiebra.

—¡Ya es suficiente! —gruño apretando los dientes para no dejar que la rabia me consuma por completo. ¿Cuándo perdí a mi hermana? ¿Cuándo se me fue de las manos, joder?

Antes de que la frustración explote, Anastasia se adelanta y toma a Katia por los brazos.

—¡Tengo una idea! —exclama sonriente—. ¿Qué te parece si más tarde me enseñas la cocina? Llevo aquí mucho tiempo y aún no la he pisado. Me gustaría conocer a Rosaline y hacer una tarta de vainilla.

—¿Tarta?

Mi hermana arruga la frente, mirándola con esos ojos turbios tan familiares.

—Sí —responde Anastasia—. Pero primero necesitas descansar. No tengo mucha experiencia con el horno y necesitaré tu ayuda. A menos que queráis que vengan los bomberos cuando prenda fuego al castillo.

Su risa se quiebra al ver la seriedad con la que ambos la observamos. ¿De qué va? ¿Acaso cree que estamos para bromas?

—Bueno... —añade en voz baja—. En realidad, dudo que los bomberos vengan. Anoche no vino la policía, así que...

—¿La tarta podría llevar frambuesas? —pregunta Katia, casi en un susurro.

Yo pongo los ojos en blanco, cansado ya de la *charlita* de los cojones.

—¡Por supuesto! —responde Anastasia con entusiasmo, y sin previo aviso le da un abrazo.

Un maldito abrazo. Uno inesperado y gratuito.

El rostro de mi hermana queda congelado, incapaz de reaccionar. Se desprende de sus brazos y sale corriendo hacia el interior.

—¡Katia!

—Déjala —aviso señalándole la mesa del jardín, donde ya han repuesto la comida fría.

—¿Qué te pasa?

—No, ¿qué te pasa a ti? —pregunto tirando de una silla para que pueda sentarse—. ¿De verdad crees que un abrazo va a curar su adicción? ¿Que dejará de ser una borracha?

La palabra me quema la garganta. Coloco una servilleta de tela en su regazo, refunfuñando, harto de su compasión y su simpatía exagerada.

—Un abrazo, dado en el momento adecuado, puede cambiarte la vida, Máximo —dice mirándome como si creyera de verdad en esas palabras—. Un abrazo es... esperanza.

—¡Un abrazo te humilla! —Golpeo la mesa con la palma, conteniendo la frustración—. ¿Has visto su reacción? Un maldito abrazo solo le recuerda que da pena, Anastasia. ¿En qué clase de mundo has vivido tú?

—En Serra Rosa —dice orgullosa, cruzándose de brazos—. En una casa humilde, sin lujos, sin comida, sin coches caros. Pero con algo que tú no tienes y que probablemente jamás tendrás si sigues menospreciando algo tan importante como un abrazo.

—Ve al grano. —Muevo la pierna, con la ansiedad latiéndome en cada músculo—. Tengo una reunión en breve.

La tensión entre nosotros es más fuerte aún. Me llevo la taza a los labios, sin apartar la mirada de ella.

—Vale, tú tienes una reunión y yo he cambiado de opinión. No quiero desayunar —dice antipática.

Exhalo un bufido exasperado y, antes de que se levante, la atrapo del codo y la obligo a volver a su silla.

—¡Vale! —cedo alzando las manos—. Aplazaré la reunión. Solo te pido un momento de paz. Un puto momento tranquilo, ¿vale?

Por todos los demonios, esta mujer me consume la paciencia. Sin embargo, me tiene cada vez más enganchado a ella y no soy capaz de pensar con la cabeza. O, al menos, no con la de arriba.

—¿Qué tal el desayuno? —pregunto tras unos minutos, cuando la tensión parece haber bajado un poco.

Ella permanece callada y simplemente remueve su café con la cucharilla, demasiado nerviosa. El sonido es casi insoportable.

—¡Basta!

Se detiene, y su atención vuelve a centrarse en mí.

—Espero que no me haya quedado solo para que sigas con la misma actitud de mierda.

Levanto la mirada y apoyo un codo en la mesa. Me tomo mi tiempo antes de responder.

—Si quisiera eso, te aseguro que no estaría aquí.

—¿Entonces? —Alza una ceja inquisitiva.

Me permito una pausa más larga. Quiero que sienta que la estoy midiendo. Porque lo estoy.

—Digamos que quiero evaluar si puedes comportarte como la señora Kovalenko en esta casa.

—Oh, ¿te refieres a sentarme derecha y no tirarte el café a la cara?

La forma en que lo dice es mordaz pero con gracia. Tiene carácter. No solo eso, sabe usarlo muy bien para desquiciar a cualquiera.

—Por ejemplo —respondo sin perder la compostura.

—Bueno, eso dependerá de si me das motivos o no.

Me sale una sonrisa a medias, inesperada incluso para mí. Pero genuina. Hay algo en esta chica que rompe capas sin que me dé cuenta. Y, cuando nuestras miradas se encuentran, siento de nuevo esa tensión invisible pero jodidamente eléctrica que se instala entre nosotros.

Dejo la taza sobre la mesa sin apartar los ojos de ella.

—Ahora dime de qué quieres hablar.

—Del contrato que te propuse. —Entrelaza los dedos bajo la barbilla y adopta un tono profesional.

—Curioso —murmuro dando golpecitos a la taza—. Te vendieron, pero ahora quieres imponer tus normas.

—No es tan complicado. Solo quiero garantías.

—¿Garantías de qué? —Me inclino ligeramente—. ¿De que no te tocaré? Eso ya lo sabes.

Anastasia aprieta los labios. Está preparada para esa respuesta, pero aun así quiere más detalles.

—Quiero saber qué quieres decir con que... —baja la mirada a su plato, cohibida— no me tocarás.

—Significa que no dormiré contigo. Es más, tienes prohibido entrar a mi cuarto. No mantendré ningún tipo de relación sentimental o sexual contigo, Anastasia. Y, teniendo en cuenta que me odias, debería suponer un alivio.

Me lo dijo anoche. Me dijo que me odiaba y, en el fondo, no la puedo culpar.

—¡Un momento! —exclama sobresaltada, como si algo no encajara—. Vayamos por partes. Dices que no dormirás conmigo.

¿Qué pasará cuando todos se den cuenta de que no compartimos habitación? Es decir...

—No le debo explicaciones a nadie, y tú tampoco.

—Vale. —Se recuesta en la silla—. De todos modos, no te preocupes, yo tampoco pensaba dormir contigo.

—Bien. Si está todo claro, sigamos.

—Dices que no mantendremos relaciones sentimentales ni sexuales, pero... me deseas.

—¿Qué? —Frunzo el ceño y casi me atraganto con el café que acabo de llevarme a la boca.

Me limpio con una servilleta rápidamente, sin apartarle la mirada.

—Hace unos minutos, ahí fuera, cuando me has tenido abrazada por la espalda, he notado tu... —baja la mirada tímidamente hacia mi bragueta— *rifle*.

—¿Rifle? —pregunto nervioso—. Sabes que no uso armas de fuego.

Una pésima elección para decir que ha notado mi maldita polla más dura que una piedra en su espalda. Me llevo una mano a la frente, frotándome las sienes con fuerza, sin saber muy bien qué responder.

—En realidad, me alegro de que no hayas dicho *pistola*. La idea del *rifle* me gusta. —Sonrío pensativo, deslumbrado por su franqueza —. Me imagino que eso es un punto a mi favor.

—Me refiero a que se te notaba incómodo.

Percibo el nerviosismo elevado a cien en su tono de voz y cómo sus mejillas se tiñen de un rojo intenso.

—¿Incómodo?

—Sí —continúa—. Según los libros que he leído, cuando un hombre se excita significa que desea a una mujer. Mi prima Milena

dice lo mismo y, sinceramente, me fío más de ella que de ti. Tiene experiencia: estuvo casada casi cinco años, pero su marido murió.

Vaya, esto se pone interesante. Enlazo las manos sobre la mesa y la examino muy intrigado.

—Los libros dicen muchas cosas, pero la realidad es otra.

—¿Sí? —pregunta impaciente—. Explícame la realidad, entonces.

—Es simple —continúo—. La excitación no siempre equivale a deseo. A veces es solo una respuesta física sin importancia.

Ella me mira como si acabara de decir la estupidez más grande del mundo.

—¿Así que ha sido algo insignificante?

—Digamos que sí. —Pienso en qué inventar—. Como un estornudo.

Se queda en silencio un segundo mientras le da otro sorbo al café.

—¿Estás comparando tus ganas de echarme un polvo con un estornudo, Máximo?

—Estoy diciendo que no deberías sacar conclusiones precipitadas —respondo casi atragantándome por segunda vez, y aparto la taza —. Que me excitara no significa nada.

Anastasia me observa, probablemente considerando dejar el tema. Yo también lo prefiero, a decir verdad. Estoy hiperventilando. Esta maldita situación solo consigue que sude a mares y me pregunte qué demonios voy a hacer con el jodido *rifle*, que empieza a asomar por la bragueta solo con mirar el movimiento de sus labios. Y si ahora estoy así, no quiero imaginar qué pasaría si la tuviera delante de mí, abierta de piernas. Aunque, en realidad, ya me lo he imaginado. En todas las posturas posibles. Las que me sé y las que no salen ni siquiera en el *Kamasutra*. La maldita imaginación me está envenenando y, para colmo, ahora mismo sonrío como si nada mientras por dentro soy un puto incendio con patas.

—Hablando de cosas importantes —cambia de tema—, quiero que mi hermana menor venga a vivir con nosotros a Mónaco. Quiero que sea una de las cláusulas del contrato.

Respiro aliviado, intentando despejarme y procesar su petición. Abro la boca para responder, pero entonces me sirve más café. Es un gesto automático y, curiosamente, natural.

—Gracias, pero yo no te he pedido que...

—¿Servirte café? —Sonríe, como si recordara algo—. Lo hago con mis hermanas. A Lidia le encanta el café, pero mamá no la deja tomar más de uno, en el fin de semana. No sabes cuántas veces he hecho trampa llenándole la taza cuando mamá se daba la vuelta.

No pienso demasiado, solamente miro el brillo que adquieren sus ojos cuando está relajada y sonriente.

—Hecho. Tu hermana podrá vivir aquí.

—¿Así de fácil? —pregunta sorprendida.

—Sí. Pero no abuses de mi generosidad.

—No sabía que tuvieras de eso.

Suspiro y cruzo los brazos, reclinándome en la silla. No puedo dejar de mirarla. Anastasia es como un imán que me mantiene clavado en el asiento. Un lazo invisible me ata a ella, queriendo saber más.

—Continúa —digo con interés—. ¿Qué más quieres?

—¿Quiénes son los hombres que nos atacaron ayer?

—Enemigos —contesto—. Mafiosos que preferirían verme muerto. A mí y a mi familia.

—¿Es una coincidencia que también quisieran eso en tu primera boda?

Le aparto la vista, preso de esa asfixiante sensación de que no respeta mis límites. Es tan astuta que, en vez de preguntarme por Beatrice, me pregunta por su muerte.

—No creo en las coincidencias.

—Imagino lo difícil que fue para ti y lo mucho que... sufriste —dice con una pena tangible en su voz—. No solo perdiste a tu esposa, sino también a tu padre.

El calor de la ira me hace querer levantarme de la silla. Maldigo a los chismosos de mis empleados por haberle contado eso. A ellos, a Katia, a Cordelia, a Ecaterina... o a quien haya sido.

—Tengo asuntos urgentes que atender.

—¡Máximo! —exclama aferrando sus finos dedos a mi antebrazo—. Perdón. No te vayas, por favor. No volveré a mencionarla. Solo quiero saber a qué me enfrento.

Me quedo en silencio unos segundos, abrumado por la desesperación en su voz.

—No eres un hombre común y corriente —prosigue—. ¿A qué te dedicas realmente? ¿Y por qué Igor te llama Imperator?

Podría mentirle, pero no lo hago.

—Manejo identidades —digo con calma mientras me vuelvo a sentar—. Entre otras cosas.

Prefiero decirle lo que quiera saber ahora mismo y no volver a hablar del maldito tema nunca más.

—¿Identidades?

—Pasaportes y todo tipo de documentos. Son la moneda de cambio en el mundo al que pertenezco. No hay criminal que pueda moverse sin nosotros.

—¿A qué te refieres?

—Si un asesino quiere desaparecer, le damos un nuevo rostro —explico sabiendo que necesito tenerla completamente convencida para que deje de hacer preguntas sobre mí y, eventualmente, descubrir la verdad que le oculto—. Si un traficante necesita huir, le

fabricamos otra vida. En definitiva, tenemos en nuestras manos los destinos de hombres que se creen intocables.

Veo cómo asimila la información.

—Y apuesto a que es algo... ilegal.

—Prefiero la palabra *secreto*.

—Y también apuesto a que tu apodo es Imperator.

—Así es... —admito—. Es el nombre de mi empresa, y así me conocen mis contactos.

—Entonces comprendo que eres una especie de traficante de identidades.

—*Creador* —aclaro—. Creo y vendo datos y huellas dactilares, como puedes ver.

—Interesante. —Frunce los labios—. ¿Imperator también vende droga o... armamento?

Su tono es neutro, pero sus ojos se deslizan hacia las catanas colgadas en las paredes como si fueran piezas de museo, y que se ven desde aquí. Se está creando una versión de los hechos, y no puedo culparla por ello.

La observo fijamente.

—No. La droga vuelve débiles a los hombres. Les da la ilusión de poder, pero los vuelve dependientes. Es basura disfrazada de lujo, y yo no vendo basura.

—¿Y vender una nueva identidad no es lo mismo? —pregunta confundida—. ¿No estás alimentando otra clase de ilusión?

—No. Yo no vendo sueños —matizo mirándome las manos enguantadas—. Vendo realidad y utilidad. Una nueva identidad te da poder o te lo quita. Te saca de la sombra o te hunde, si no sabes cómo moverte.

—¿A qué te refieres?

—Yo les doy las llaves del laberinto. Lo que hagan dentro no es mi problema.

Me observa en silencio, analizándome. No sé qué espera oír, pero sé que no tiene intención de detenerse aquí.

—Entonces, si yo quisiera desaparecer, ¿podrías hacerlo?

Mis ojos se entrecierran.

—¿Y por qué querrías eso?

Ella titubea. Baja la mirada a su taza de café, como si ahí pudiera encontrar la respuesta. Luego sacude la cabeza con una sonrisa que no llega a sus ojos.

—Solo quería saber si serías capaz.

Mi mandíbula se tensa.

—Podría hacerlo —admito con voz grave—. Pero no lo haré. No podría echar a perder un viaje al extranjero.

Me separo un poco más, apoyando un codo en la mesa. Huyo involuntariamente de sus labios, que hoy, no sé por qué, se me antojan demasiado sensuales. Su respiración se acelera, aunque intente ocultarlo. Se muerde el labio, como si midiera mis palabras, en busca de trampas.

—Sigo preguntándome por qué tuviste que viajar a España con lo fácil que habría sido encontrar a una esposa aquí —cuestiona sin apartarme la mirada.

—Porque no confío en nadie de mi entorno. No te voy a mentir, detecté varias espías y necesitaba a alguien que no tuviera ataduras —aclaro—. Alguien de fuera.

Coge su taza y la gira lentamente entre los dedos.

—Así que me compraste porque era la opción más segura —asume—. Pero ¿por qué yo?

Se recuesta en su silla, estudiándome como si intentara descubrir cuánto de todo esto es juego y cuánto es verdad. Quizá esta sea la

parte que más enganchada la tiene.

—Quería elegir con mis propios ojos —respondo—. Quería ver cómo esa chica se movía, cómo hablaba, cómo miraba a los demás sin saber que la observaban.

Sus pestañas tiemblan un segundo. Cojo un cuchillo que hay en la mesa y empiezo a darle vueltas. Por Dios si no desearía con todas mis fuerzas estar en su cabeza para asegurarme de que no está sospechando nada.

—¿Y qué viste?

—A una mujer guapa, alegre y también... indomable —murmuro —. Y eso me gustó. Por eso te elegí, Anastasia.

Sus rasgos se afilan y me mira, pero es como si su mirada me traspasara. Sabe que estamos bailando al borde de algo que ninguno de los dos está dispuesto a asumir.

—Entonces sabes que no aceptaré esta vida —susurra echándole un vistazo rápido a la fachada del castillo que se alza detrás.

—Ya veo que insistes en añadir más cláusulas.

—Sabes cuál es la más importante, Máximo. Te la dije hace dos días.

—Recuérdamelo.

Se acerca más a mí y me da la impresión de que el movimiento es calculado. Su mano roza apenas mi guante, al igual que su rodilla la mía, y luego se aparta, como si no hubiera pasado. Pero lo ha hecho, y ambos lo sabemos.

—El divorcio.

La palabra queda suspendida entre nosotros, y todo me parece un *déjà vu* barato. Me tenso en la silla. No porque me moleste lo que dice, sino porque me obliga a mirarme en el espejo que me da. Qué irónico. Me está pidiendo eso, con Romanov acechando a cada esquina de esta ciudad.

—No sé por qué esto me resulta tan tan familiar —sigo—. Es la segunda vez que me lo pides, y te diré por segunda vez lo mismo: no.

Aguzo la mirada y aprieto el cuchillo en mi mano.

—En realidad, no me dijiste que no.

—Pero tampoco te dije que sí —refuto—. Puedes pedirme cualquier otra cosa. Lo que desees. Salvo eso.

—¿No te das cuenta? —Se endereza—. No quiero nada. No quiero tu protección, no quiero tu dinero, tan solo quiero ser libre. ¿Es tan difícil dejar ir a alguien a quien no necesitas en absoluto?

Entonces inhalo aire lentamente.

—Estás tan... tan equivocada —confieso—. Te necesito más de lo que imaginas, Anastasia. Y seguiré necesitándote hasta mi último aliento.

11

Atado a ella
Anastasia



> Las heridas como la mía no sanan, solo he aprendido a controlar el sangrado.
>
> J. T. GEISSINGER

«Te necesito más de lo que imaginas, Anastasia. Y seguiré necesitándote hasta mi último aliento».

Máximo no bromea. Lo he visto en sus ojos, en la forma en que lo dice, en sus gestos. Su presencia me pone nerviosa: esa ceja que arquea, sus palabras nada educadas, incluso la manera en que aprieta y estira los dedos cuando se detiene a pensar.

«Ocho años sin tocar a una mujer», recuerdo.

Minutos antes, he elegido levantarme de la silla con dignidad, después de dejarme claro que jamás me dará el divorcio. Le he dado una respuesta simple y educada: «Vale. Entonces ya no hay nada de que hablar y el desayuno ha terminado».

¿Qué sentido tenía permanecer sentada a la misma mesa que él, si con una sola frase lo ha echado todo a perder? ¿Cómo podía seguir ahí, escuchando sus réplicas tan poco coherentes?

¿Por qué demonios iba a necesitarme él a mí?

No ha intentado detenerme, y ahora no sé qué hacer con esto que me aplasta el pecho y me ahoga cada vez que su cuerpo entra en contacto con el mío. Pensé que sería fácil seducirlo y meterme en su mente, pero a veces me aterra la idea de que sea justo al revés: es él quien se está adueñando de mí en todos los sentidos.

Dios, dame fuerzas.

Camino por los pasillos del castillo descalza, con las sandalias en una mano. Me siento bien haciéndolo, porque me recuerda quién soy. Caminar descalza me recuerda a la arena y al cemento bajo mis pies, cuando corría por las calles de Serra Rosa jugando con mis hermanas. Al olor a pollo asado que embriagaba nuestro olfato de vez en cuando. Aquel olor no provenía de nuestras casas, sino de los vecinos. Pero nos daba igual. Nos alimentábamos solo con el olor y éramos felices. No como ahora.

Miro las paredes cubiertas de cuadros familiares y armaduras que parecen vigilarme desde las sombras mientras subo la escalera. A continuación, me detengo frente a una de las habitaciones más apartadas, la que doy por hecho que es de Katia. La he visto entrar aquí fugazmente antes de bajar al desayuno. Dudo un segundo antes de llamar, pero la preocupación que siento por esa chica me empuja a hacerlo.

—¿Katia?

—Está abierto —responde, arrastrando las palabras.

—¿Puedo pasar?

—Ya has pasado.

La habitación huele a alcohol. El interior está sumido en una penumbra azulada, señal de que el tiempo se ha detenido aquí dentro. Observo las cortinas pesadas, una lámpara de cristal apagada, un tocador con frascos de colonia esparcidos sin orden y unos tres estuches de maquillaje.

—¿Qué haces aquí?

—Estoy preocupada —respondo acercándome a su cama.

Ella intenta incorporarse, pero se le cae el edredón y un cojín. Bajo la tela, su piel está más pálida de lo normal. Muestra ojeras pronunciadas, labios secos y una belleza deslumbrante, parcialmente marchitada. Sus ojos, aunque sean azules, son idénticos a los de Máximo. Veo cómo sus dedos tiemblan cuando estira la mano hacia una mesilla en la que asoma una botella medio vacía.

Me adelanto y se la quito.

—¡Oh, Katia! —Suspiro—. Ya has bebido suficiente.

—¡Devuélvemela, joder!

—No lo haré.

El corazón se me acelera, harta ya del carácter de hierro de los hermanos Kovalenko.

—No se lo digas a mi hermano. Se enfadará mucho y mandará a alguien a registrar mi cuarto. Después traerá a un psicólogo que cuesta una pasta para soltarme esas chorradas de que el ser humano ha nacido fuerte y capaz de superarlo todo.

Nos miramos en silencio. Se le empañan los ojos y se deja caer otra vez sobre la almohada.

—Pues quizá yo no sea un jodido ser humano, ¿no crees? —musita perezosa—. Puede que sea una ardilla, una vaca o... una hormiga. Yo qué sé.

Sonrío llevándome una mano a la boca. No digo nada, solo escucho. Quizá eso sea justo lo que ella más necesita en estos

momentos.

—Mi mayor error fue enamorarme, ¿sabes?

—Enamorarse no es un error.

Me siento en la esquina de la cama y espero. Afortunadamente, parece que se ha olvidado de la botella, así que la escondo a mi espalda. Ella sigue hablando, como si las palabras se le escaparan sin control.

—Lo es cuando no lo haces de la persona correcta —suelta con voz entrecortada—. Hace poco más de un año. Un tipo italiano. Divertido, culto, de esos que te miran como si fueras una maldita obra de arte.

—Dicen que los italianos son embaucadores.

—Fíjate si lo fue, que me casé con él —dice con una risita amarga —. A los pocos meses. ¡Locura total! Pero fue amor. Amor del de verdad.

—¿Qué pasó?

—Máximo lo mató.

Se me encoge el alma. Una cosa es pensar que tu esposo es un hombre de negocios turbios con una gran predilección por las espadas, y otra muy distinta es enterarte de que asesinó a su propio cuñado.

—Dijo que era un espía —susurra reprimiendo las lágrimas—. Nunca supe si era verdad. Ni quiero saberlo. Solo... lo odié. Odio a mi hermano un poco todos los días. Y a veces lo quiero, porque me salvó de cosas peores, Anastasia —confiesa—. El drama Kovalenko, nada nuevo.

—¿Te salvó? —pregunto—. ¿De qué?

Ella se incorpora y se apoya en un codo, torpemente. Su mirada se pierde en un punto en la pared.

—Más bien de quién —dice, perdida en los recuerdos—. Romanov. Mikhail Romanov.

Me quedo callada, abrumada por el odio que destilan sus ojos al pronunciar ese nombre. Nombre que, en realidad, me deja indiferente y que no he oído antes. Solo deduzco que es ruso.

—Máximo lo odia tanto... —sigue hablando, limpiándose una lágrima con torpeza—. Lo odiamos. A ambos nos arrebató algo tan tan preciado, Anastasia.

—¿Por qué lo hizo? —le pregunto, intentando unir los hilos en mi mente.

—Jamás supe por qué. —Se encoge de hombros—. Ajuste de cuentas, supongo. Algo del pasado.

—¿Seguro que ella no tuvo nada que ver?

—¿Quién? —Katia me mira fijamente por primera vez.

—Beatrice.

—En absoluto. —Sonríe, como si el simple recuerdo de la esposa de Máximo le devolviera la sonrisa—. Bea era un ángel... como tú.

Me detengo, completamente aturdida y dolida. No sé por qué. Pienso en la primera mujer de Máximo y en lo mucho que él pudo sufrir y sigue sufriendo. ¿Acaso estoy buscando excusas continuamente para perdonar su actitud conmigo y empatizar con su situación?

—Me gustaría ver una foto suya —digo un tanto emocionada.

—Mi hermano mandó quitar todas sus fotos del castillo. Tan solo quedó un cuadro de ella e imagino que las fotos de su móvil.

—¿Dónde guarda ese cuadro?

—En su habitación.

Miro mis manos mientras las froto en mi regazo. Es como si sintiera mucha curiosidad de repente. ¿Cómo será ella? ¿Por qué él eligió casarse tan joven? Y no son solo las preguntas. En cierto

modo, es la ansiedad que siento al saber que ella lo acompaña por las noches, y ni siquiera existe. Yo existo y, sin embargo, él...

—Mañana es la conmemoración de papá y de Beatrice —dice de pronto—. Cada año, Ecaterina se vuelve loca cocinando y organizando. No sé ni cómo le queda tiempo para seguir colgada de las pelotas de tu marido.

Me río disimuladamente, recordando a la rubia que anda detrás de Máximo todo el rato. Incluso hoy, en el desayuno, la he visto asomada a uno de los ventanales del castillo, parcialmente oculta tras una cortina. Seguramente estaba espiando.

—¿Mañana? —le pregunto intrigada—. ¿Qué día es mañana?

—14 de mayo. ¿Por?

Y entonces lo recuerdo. 14 de mayo. Mi cumpleaños.

Ni me acordaba ni me importa. Pero la ironía me arranca una risa amarga, con lo cual Katia me mira extrañada.

—Mañana es mi cumpleaños.

—¿De verdad? —Ella agranda los ojos—. ¿Cuánt...?

—Diecinueve.

—Felicidades —dice emocionada—. Por tu cumple y por sobrevivir al primer día de casados.

Me ruborizo y río junto a ella, feliz de que estemos encontrando algo de dulzor en toda la amargura que nos rodea.

—Como ves, te necesito para la tarta, Katia. Créeme, es mejor que el vodka. —Le guiño un ojo.

—Bueno..., ¡venga! —exclama animada—. Vainilla y frambuesa, ¡menudo aburrimiento!

—Y la próxima vez, chocolate —agrego—. Es mi favorito.

—Pero hoy no —resopla—. Hoy no tengo fuerza ni para pelar una patata. Pero si te aburres, puedes ir con Ecaterina a la cocina. Le encanta que le den órdenes.

—Apuesto a que es justo lo contrario.

Me levanto de la cama y suelto una carcajada cuando Katia me guiña un ojo. Me quiero dar la vuelta para salir, pero oigo su voz detrás.

—¡Anastasia! —Me giro temerosa, ocultando la botella—. Gracias.

Asiento y salgo de su cuarto a toda prisa, aliviada de que no me la haya pedido de vuelta. Después, me apoyo contra la puerta e, instintivamente, me la llevo a la boca.

—Beatrice... —susurro dando un trago—. La que acompaña a mi marido todas las noches.

Genial.

Vuelvo a darle otro trago al vodka, el ardor erizándome la piel y haciendo que tiemble poderosamente. Miro la etiqueta. Quizá no sería mala idea llevarme esta botella al cuarto. ¿Qué más da? Al menos tendré compañía, ya que él está tan decidido a no compartir habitación conmigo. Pero tampoco lo necesito, ¡qué narices!

Vuelvo a beber mientras bajo a la cocina, perdida en la charla que Máximo y yo acabamos de tener en la terraza.

—¡Buenos días! —digo cuando me topo con una mujer morena que lleva un delantal blanco y una cesta de mimbre.

—Buenos días, señora.

—Rosaline, ¿verdad? —le sonrío, colocando la botella de vodka en la encimera.

La morena no me responde y sale corriendo de la cocina. Veo que hay cuatro personas más dentro.

—Vaya, otra borracha, Cécile. Se multiplican como las ratas.

Localizo a Ecaterina a unos metros, hablándole en voz baja a la joven de pecas que conocí ayer mientras amasan algo. En lugar de responder a su comentario viperino, me centro en que lleva un delantal muy *fashion* y los mismos tacones altos de siempre. ¿A

quién se le ocurre cocinar vestida así? A no ser que solo finja estar haciéndolo.

¿Y a quién no le entrarían ganas de cocinar en una cocina como esta?

—¡Halaaa! —exclamo mientras observo la cocina, completamente embobada.

La cocina del castillo es de ensueño: amplia, con techos altos y vigas de madera, iluminada por varias lámparas colgantes. Los electrodomésticos son plateados, e imagino que de la mayor calidad. Las encimeras de mármol están cubiertas de ollas humeantes, tarros abiertos, hierbas frescas y limones cortados. Muy diferente de nuestra cocina. Solamente el aroma a laurel y ajo, que flota en el aire, me recuerda a Serra Rosa.

—Señora, yo soy Rosaline. ¿Tiene hambre?

La cocinera principal, una mujer gruesa y de voz dulce, se gira desde el hornillo, donde está a cargo de varias ollas.

—No, quería ver si podía ayudar en algo.

Antes de que pueda responder, Ecaterina se da la vuelta desde una isla central. Empieza a picar algo con una velocidad casi violenta.

—¿Tú? —dice sin mirarme del todo—. ¿Ayudar?

—Sé cocinar, y Katia me ha sugerido venir aquí para ayudar. Entiendo que hoy es...

—Aquí cocino yo, bonita —interrumpe, clavando sus ojos en mí—. Cada año. No necesitamos ayuda, así que no finjas interés.

Rosaline abre la boca como para decir algo, pero se detiene.

—Solo quería echar una mano.

—Si necesitas entretenerte, hay una biblioteca vieja en el ala este. Lleva años abandonada. Podrías ordenar los libros, si es que sabes leer, claro.

Trago saliva atónita, dándome cuenta de que las personas que hay dentro no hablan y se comportan como si estuvieran en una base militar.

—Y no rompas nada —añade volviendo a lo suyo.

Salgo de la cocina ridiculizada, con los dientes apretados y llena de rabia y confusión. No entiendo por qué me trata así. Se nota a leguas que Ecaterina está celosa, y es como si mi presencia en esta casa la incordiara. Como si cada palabra mía fuera un clavo en su zapato de diseñadora. Y sí, he fingido sonreírle, pero por dentro solo quería estrellarle una cazuela en la cabeza.

¿Por qué no he montado un escándalo? Porque debo primero ganarme la confianza de los empleados; es a ella a quien le hacen caso. Pero sé que encontraré la manera de hacerla tragarse todas sus jodidas palabras.

Camino hacia el ala este del castillo con la botella de vodka que le he robado a Katia metida bajo el brazo cual botín de guerra. No es que planee emborracharme, pero un sorbito no le hace daño a nadie. Y si tengo que enfrentarme a zorras arrogantes como la rubia, o a polvo, arañas y quién sabe qué más en la biblioteca, mejor estar preparada.

A medida que avanzo, los corredores se vuelven más oscuros y menos transitados. Empujo una puerta doble que cruje, como si llevara cientos de años sin abrirse.

La biblioteca.

Una cúpula de cristal deja pasar la luz gris del exterior. Dentro, las estanterías suben hasta el techo, repletas de volúmenes antiguos de lomo dorado. Algunos están caídos, otros apilados en montones que desafían las leyes de la gravedad. Hay sillas deshilachadas, una chimenea apagada, cortinas pesadas cubriendo las ventanas

laterales. El aire huele a papel antiguo, madera y polvo. Mucho polvo.

Pero es maravilloso.

Perfecto.

De hecho, justo lo que necesitaba para salir de la rutina de esposas compradas, cuñadas alcohólicas y empleadas pasivo-agresivas.

Me acerco a una de las estanterías y deslizo los dedos por los lomos. *Hamlet*, *Crimen y castigo*, *La Regenta*. También hay títulos en ruso, francés, italiano; todos con anotaciones a mano. Abro uno al azar y leo una frase en voz alta:

—«Amar o haber amado: basta. No pidas más» —cito las palabras textuales—. Victor Hugo, *Los miserables*.

Me río por lo bajo.

—Claro. Hugo, tú no conoces a Máximo. Seguro que con él habrías escrito *Los incomprendidos*.

Suelto una carcajada, lanzo las sandalias a un lado y vuelvo a darle un trago al vodka como si fuera una erudita borracha en plena feria literaria. Honestamente, no podría estar en mejor sitio que este, así que me lanzo a la misión: hoy toca limpieza.

«Quizá no me desagrade tanto Montecarlo», pienso.

Empiezo a mover sillas, sacudo cortinas que sueltan una nube de polvo, arrastro un taburete, subo, limpio la parte alta de una estantería y grito cuando casi me caigo.

—¡Estoy bien! —le digo a nadie.

Encuentro un cuaderno de tapas azules sobre una mesa cubierta de polvo. Me sigo preguntando por qué el castillo en sí parece tan limpio, pero este sitio, en cambio, está hecho un desastre. Dentro del cuaderno que sujeto en las manos, observo partituras escritas a mano con una caligrafía cuidada. En la esquina de la sala, un piano

cubierto por una sábana y un violín apoyado sobre un sillón me hacen ojitos. Ahora entiendo el porqué de la música sinfónica.

Quito la tela con una reverencia, como quien descubre una reliquia o está frente a un monarca.

—Hola, belleza. Tú debes de ser de Máximo... —digo pensativa.

Mi marido es músico, además de traficante y asesino. Genial.

—Aunque si toca el piano igual que habla —continúo en voz alta —, seguro que rompe las cuerdas. Me pregunto si al menos sabe usar ese *rifle*, porque hablar no se le da muy bien.

Me siento en el banquito y acaricio las teclas, preguntándome por qué sigo dándole vueltas a eso que me apuntaba las nalgas esta mañana. Hago sonar un acorde y me río sin saber por qué. Luego otro. Recuerdo una melodía de mi infancia, una canción que mamá solía tararear mientras planchaba.

Empiezo pulsando las teclas, una a una, pero de repente la puerta se abre.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Esa voz.

Me doy la vuelta alarmada. Máximo está en el umbral, con el rostro endemoniado. Sus ojos pasan de mí al piano, del piano a la botella de vodka, del vodka a mí otra vez.

—Yo... —balbuceo— estoy limpiando. Y cultivándome, por supuesto —añado alzando la barbilla.

—¿Tomando... alcohol?

Da un portazo y se acerca con los ojos agrandados.

—Sí, ¿y?

No me da tiempo a decir más, porque en dos zancadas ya está frente a mí.

—¿Y quién te ha dado permiso para entrar?

—Tranquilo, solo estaba limpiando el polvo y he pensado en... —Sonrío.

—Tocar el piano —interrumpe serio, como si estuviera, incluso, más enfadado que en el campo de entrenamiento.

No entiendo. Solamente estoy limpiando la biblioteca y tocando el piano, no debería haber nada de especial en ello. Pero antes de que pueda reaccionar, me toma del brazo y me levanta de la silla con tal brutalidad que me arranca un jadeo. La silla cae hacia atrás con un golpe seco.

—¡¿Qué diablos haces aquí?! —grita con rabia—. Este lugar no se toca, Anastasia, y mucho menos ese piano, ¡maldita sea!

Su tacto me quema. Me suelta con un empujón que me hace tropezar y chocar contra la mesa de partituras.

—¡Solo estaba limpiando! Ha sido Ecaterina quien me ha dicho que podía limpiar este sitio —bramo enfurecida, y me toco la muñeca al sentir un leve dolor tras apoyarme para frenar la caída.

—¡Este sitio es sagrado! —me grita, más furioso que nunca—. Y Ecaterina jamás haría algo así, no mientas.

—No te estoy mintiendo.

Silencio. Un silencio tan denso que me duele. Me siento nublada por el alcohol, pero también por mi puta realidad. En esta casa todos tienen más credibilidad que yo. Y lo peor es que ya sé por qué él actúa así. Lo veo en sus ojos. En cómo aprieta los dientes. En cómo la luz tenue marca la cicatriz de su ceja. Está tan cerca que podría tocarla.

—Este sitio... era de ella —susurro.

No necesito decir su nombre. Beatrice. Otra vez. El piano. El violín. Las partituras. Los libros. Las paredes llenas de polvo. Todo suyo, y él quería mantener este sitio intacto tras su muerte.

—No lo sabía, ¿vale?

—Pues ahora lo sabes —dice borde—. Sal de aquí antes de que pierda la puta cabeza.

Se da la vuelta y se aleja de mí, dándome espacio. Camino hacia la puerta con las rodillas temblándome, pero cuando mi mano roza el pomo, me detengo. Algo me retiene. Tal vez sea el alcohol, o no sé. Solo sé que me doy la vuelta y lo miro. Él sigue de pie, con los puños apretados y los ojos encendidos como brasas. Una criatura tan hermosa pero tan rota a la vez.

—¿Sabes qué? —Mi voz tiembla, pero no es de miedo. Es rabia y pena—. Antes querías saber por qué te he comparado con Heathcliff.

—Solo sal de aquí. No me importa, ni sé quién es.

—¿Siempre haces esto? ¿Huyes de todo aquel que te enfrenta?

Pienso en Katia, en cómo él se deshace de ella cada vez que lo desafía.

—No sabes lo que dices —gruñe.

No me mira, solamente respira con fuerza. Se pasa una mano por el cabello desesperado. Luego apoya los brazos sobre el piano y baja la cabeza. No dice nada, ni me grita, ni se mueve. Tan solo se rompe en silencio.

—¿Ah, no? —Le planto cara—. Sé perfectamente lo que digo. Estás atado a un fantasma, justo como Heathcliff. Te estás pudriendo en este puto castillo, condenando a todos los que te rodean a hacer lo mismo.

Ya está. Ya lo he dicho. Ahora solo espero salir con vida de este sitio al que jamás debería haber entrado.

—¡Cállate! —chilla desquiciado—. No me compares con los personajes de tus libros de mierda.

—Te crees tan jodidamente especial, tan torturado, ¿verdad? Pero te digo algo: el mundo no gira en torno a ti, Máximo Kovalenko.

—¡He dicho que te calles!

—No puedes callarme. Me compraste, sí. —Alzo la cabeza e intento que mi voz no tiemble—. Pero no puedes comprar mi voz ni mi alma. ¿Sabes qué decía Catherine? «Yo soy Heathcliff». Pero yo no soy tú, Máximo. —Le golpeo el pecho con un dedo—. Ni tu sombra. No quiero vivir en tu maldito mundo lleno de odio y sangre.

Me sobresalto, pero no retrocedo. Él tiembla de furia o de dolor. No lo sé. Tiene las manos cerradas en puños bajo esos guantes oscuros que lleva siempre, como si se tratase de escudos.

—Pues mi vida es así y tendrás que acostumbrarte.

—Te equivocas —replico—. No tengo por qué acostumbrarme. Ni yo, ni tu hermana, ¡ni nadie, joder! ¿Cómo pretendes matar al hombre al que amaba y que no te odie?

—¡Ese hijo de puta la engañó! —vocea desatado—. Se coló en mi casa, se ganó mi confianza, ¿y sabes qué hizo? ¡Era un maldito espía que intentó envenenarnos! —remata, lleno de ira.

—¿Y se lo has contado? —lo cuestiono—. ¿Has pedido su opinión? ¿Le has pedido perdón, a pesar de todo?

—No acostumbro a pedir perdón por proteger aquello que quiero.

Sus ojos oscuros se clavan en los míos al inclinarse sobre mí.

—Pues deberías —murmuro—. Y más cuando tu forma de proteger es enfermiza. Y mucho más cuando ella es la única persona que te queda en el mundo..., aparte de mí.

Abre la boca consternado. Sé que mis palabras lo calan hondo, al igual que a mí, pero ya están dichas y no me arrepiento.

—Si tan solo pudieras olvidar por un segundo y... —sollozo— desahogarte. Te escucharía. Juntos intentaríamos solucionarlo, Máximo. —Lo miro determinada a no callar—. Mi vida no ha sido fácil, y lo sabes. Por decisión tuya, he acabado aquí, a tu lado. Y no creas que te lo estoy perdonando, ¡pero estoy harta de esto! Estoy

harta de tu maldito carácter. Katia te necesita, todos aquí te necesitan. Yo... —le toco el brazo— te necesito.

—No me necesites. No soy el jodido héroe de tus libros, Anastasia —gruñe—. Soy el villano que te compró.

Ilusa de mí. Pensaba que su corazón de piedra se ablandaría, pero estaba muy lejos de la realidad. Él me aparta de golpe y se aleja, como si mis manos quemaran. Y eso me duele.

—Cierto... —musito—. Lo eres. Eso no se me olvida, ni cuando intento dormir, ni cuando me miras como si fueras a besarme o... a estrangularme. —Suelto una risita amarga—. Dependiendo del día.

—¿Has terminado ya? Solo quiero que me dejes en paz.

Su pecho sube y baja con fuerza. Le tiembla la mano cuando aparta unos mechones de su frente.

—Mírate. Estoy segura de que Beatrice no querría esto para ti —digo sin fuerzas—. Y, ahora sí, he terminado.

Quiero largarme de aquí, convencida de que todo le da igual. Pero a mí no, y ojalá no sintiera rabia y dolor. Ojalá no me sintiera más perdida que nunca, preguntándome por qué la idea de alejarme de él e irme de aquí ha dejado de ser un objetivo y se ha convertido en una opción.

Me mira por un segundo, seguramente furioso por haberla nombrado otra vez, teniéndolo prohibido. Un único segundo. Luego, sin previo aviso, alza la botella del piano y la lanza contra la estantería.

—¡Maldita sea!

El estallido es brutal. Los cristales vuelan, y el olor del alcohol llena el aire y salpica los libros, el suelo y su ropa. Un corte le atraviesa la mano, pese al guante. Entonces lo veo tambalearse. Se lleva la mano al pecho mientras contrae su rostro, palideciendo de golpe.

Pero ya es tarde.

Máximo cae de rodillas. Luego se desploma de lado, con la respiración entrecortada, como si algo dentro de él se hubiese apagado.

¿Qué? Mi aliento se detiene, y solo me queda gritar con todas mis fuerzas.

—¡Ayuda!

12

Moy Imperator
Anastasia



> Tocó mi alma mucho antes de que supiera cómo se sentían sus manos.
>
> NIKKI ROWE

—¿Qué está pasando?

Me giro sobresaltada tras oír la voz de Vladím, el hombre mayor que apenas he visto en el castillo, salvo en la boda. Entra en la biblioteca casi sin aliento y sus ojos se agrandan al localizar a Máximo desplomado en el suelo. Luego me lanza una mirada dura, cargada de sospecha, como si yo fuera la culpable.

Sin mediar palabra, me aparta de un empujón seco, aunque no llega a hacerme daño.

—¡¿Qué le ha hecho?!

—No ha sido culpa mía —susurro temblando.

Mi mirada vuelve a Máximo. Su pecho sube y baja con dificultad. Su mano está sutilmente manchada de sangre, cortada por los cristales de la botella. Vladím no pierde el tiempo en escucharme. Se agacha, le toma el pulso en el cuello, gruñe algo que no llego a entender y lanza una orden a los dos hombres que lo acompañan, petrificados en el umbral.

—¡Llevadlo a su habitación! ¡Ahora!

Los tres lo levantan con esfuerzo, sujetándolo por los brazos, y lo transportan hacia la escalera.

—¡Sergei! —brama Vladím al llegar al vestíbulo principal—. ¡Dile a mi hija que traiga el botiquín y llama a un médico! ¡Ya!

El hombre alto y calvo, Sergei, sale corriendo hacia la cocina, ya marcando un número en su móvil. Subo la escalera tras ellos con el corazón encogido.

¿Qué demonios le ha pasado? El corte no se ve profundo, y es imposible que eso lo haya dejado inconsciente. No encaja. En nuestra boda lo vi enfrentarse a hombres armados, y nada de esto ocurrió.

Los hombres abren la habitación contigua a la mía y lo depositan en la cama. Todo permanece en penumbra y no alcanzo a distinguir detalles, porque mis ojos solo lo buscan a él. Rezo en silencio, suplicando que abra los ojos. Empiezo a quitarle las botas mientras Vladím acomoda un cojín bajo su cabeza.

Al tirar de la segunda bota, unas manos me apartan bruscamente. Me giro y veo a Ecaterina, pálida, con los ojos desorbitados.

—¡No lo toques! —espeta empujándome hacia la puerta—. ¡¿Qué le has hecho?!

—¿Yo?

No entiendo por qué todos asumen que le haría daño. Odio la situación a la que me ha arrastrado, sí. Pero eso no significa que

quiera verlo muerto.

Vladím interviene mientras su jodida hija me arrastra fuera de la habitación.

—Será mejor que no esté aquí cuando despierte, señora —avisa con la mandíbula apretada.

—¿Por qué?

No obtengo respuesta. La puerta se cierra de golpe, dejándome sola en el pasillo. Me quedo plantada ahí, aturdida, sin comprender nada. ¿Qué le está pasando? ¿Y si...? Contengo un sollozo. ¿Y si ha sido un infarto? Al fin y al cabo, lo he visto con mis propios ojos llevándose una mano al pecho antes de caer. Aunque sea joven y fuerte, nadie es invencible.

Jesús. ¿Y si se muere?

«No. No quiero que se muera», pienso.

Un ruido de pasos me sobresalta.

—¿Qué ha pasado? —La voz de Katia me hace girar.

—Él... —balbuceo, tragando saliva—. Se ha desmayado. Estábamos discutiendo y...

Su expresión cambia de inmediato. Viste unos vaqueros desgastados y una camiseta sencilla. Parece una adolescente, no la mujer de veintisiete años que indica el carnet de identidad que he visto tirado sobre el tocador de su cuarto hace un rato.

—¡Abrid la jodida puerta! —grita al comprobar que está cerrada.

Vladím abre sin vacilar. Katia huele a alcohol, pero se mueve con determinación empujando al viejo para entrar. La sigo temblorosa y observo que han corrido las cortinas y hay luz natural en el cuarto.

En su dormitorio, todo es tan imponente como esperaba: paredes revestidas de un papel pintado grisáceo, cortinas de terciopelo de color negro, una chimenea elegante, un escritorio abarrotado de papeles, mapas antiguos y una funda de arma. En una esquina, una

silla de cuero gastada. Y al fondo, la cama. Sobre ella, él, sin camisa y con la piel encendida.

—¿Está bien? —pregunta Katia angustiada.

—Tiene fiebre, señora. Su camisa estaba empapada —informa Vladím.

Me acerco despacio mientras Ecaterina me observa con esa mirada antipática. Sé que me odia y que esta situación la satisface de algún modo retorcido. Sé, también, que me ha tendido una trampa. Ella sabía que la biblioteca era un lugar prohibido, y aun así me ha enviado a limpiar allí.

Katia se sienta en el borde de la cama, acariciando el rostro perlado de Máximo.

—¿Qué le ha pasado?

—¡Pregúntale a esa mujer! —escupe Ecaterina.

Todos me miran, esperando una explicación que yo no tengo.

—¿Habéis llamado a un médico? —pregunta Katia.

—Está de camino, señora —responde Vladím.

—Avisa de que se dé prisa.

Vladím asiente y sale disparado de la habitación. Katia, nerviosa, abre el botiquín que alguien ha dejado sobre la mesilla de noche. Sus dedos tiemblan mientras empapa un paño en desinfectante.

—¡Mierda, está ardiendo! —Se agita nerviosa—. Anastasia, ayúdame.

—Yo no me fiaría de ella —dice Ecaterina sin dejar de observarnos.

—Déjanos solas, ¿vale?

—¡Está herido, necesita cuidados! —protesta la rubia como si realmente le preocupara.

—¡Y tú necesitas dejar de estar detrás de él como si fueses una perra en celo! —le chilla Katia—. ¡Fuera he dicho!

Pero Ecaterina no se mueve. Esa obstinación hace que la sangre me hierva en las venas, así que estallo. Me acerco a ella, la tomo del brazo y la arrastro hacia la puerta.

—¿Estás sorda o qué? —le suelto enfadada—. Sal de aquí.

—¿Y quién me va a echar? ¿Tú? —me desafía con una sonrisa burlona.

—Sí, yo —afirmo categórica—. Su esposa.

Junto todas mis fuerzas y la empujo hacia el pasillo. Estoy hasta las mismísimas narices de ella.

—Y no me he olvidado de que me has mandado a la biblioteca a propósito —le recuerdo sonriendo con amargura—. Te advertí que no te metieras con una gitana, Ecaterina.

Cierro de un portazo.

—¡Maldita zorra! —grita desde el pasillo, golpeando la puerta con furia—. Él jamás debería haberte traído aquí. ¡Jamás!

Me quedo inmóvil, sintiendo un escalofrío recorrerme la espalda.

—No le hagas caso, está loca —dice Katia, centrada en su hermano—. Cree que tiene derecho porque este imbécil no volvió a fijarse en ninguna otra mujer. Ella pensaba que podría meterse en su cama algún día y tú le arruinaste el plan.

Su sinceridad me desconcierta y me reconforta a la vez.

—¡Debemos limpiarle la herida! —exclamo al ver pequeñas gotas de sangre manchando las sábanas—. Aunque no parece que sea profunda... No entiendo entonces por qué se ha desmayado.

Katia asiente, examina su mano y baja la voz.

—Tranquila. No le digas que te lo he contado —advierte—. Mi hermano tiene un problema en el corazón desde hace años. Y el idiota se niega a tomar la medicación. Es terco como él solo.

Me acerco sin poder apartar los ojos de él. A pesar de lo duro y lo invencible que parece, en estos momentos, Máximo Kovalenko yace

en una cama, vulnerable.

—Ya me parecía imposible que un simple corte lo dejara inconsciente.

—Me he asustado al ver la herida, pero no es la primera vez que se desmaya. —Hace una pausa—. Tiene miocardiopatía postraumática. Se manifiesta con síncopes y fatiga, pero ya se despertará. El médico no podrá hacer mucho.

Se ve preocupada, con un miedo real de que a él verdaderamente le pueda suceder algo malo.

—Me habría encantado estudiar Medicina —añade de pronto, como si necesitara desviar sus pensamientos.

La miro sorprendida.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque justo me quedé huérfana de padre, sin cuñada y con un hermano psicópata que me obligaba a ir acompañada al menos de diez guardaespaldas —explica Katia con un encogimiento de hombros—. De todos modos, no habría tenido tiempo. Transformó esto en un gimnasio medieval y me obligó a aprender a luchar con la espada.

—Ya lo vi —asiento, recordando la imagen nítida de la boda, cuando todos, incluida ella, manejaban uno de esos sables con soltura.

—Anda, ayúdame con los guantes.

Desvío la vista hacia Máximo, con el pecho apretado, aún digiriendo las palabras de Katia. Al levantar ligeramente la sábana que cubre su cuerpo, me quedo inmóvil.

—¡Por Dios!

Su torso parece esculpido en piedra: duro, firme, con cada músculo perfectamente definido. Sus pectorales están marcados y sus brazos son fuertes y desarrollados. No debería sorprenderme, no

con un campo de entrenamiento en su jardín y una colección interminable de catanas adornando cada rincón. Pero lo que de verdad logra impactarme es el tatuaje que cubre su pecho y parte del abdomen. Se trata de un águila coronada que sujeta una espada entre las garras. Es el mismo escudo que adorna la entrada del castillo, y jamás imaginé que también llevaría ese símbolo grabado en la piel.

«"I" de Imperator», susurro mentalmente.

—Ya sé que impone —dice Katia, y no se refiere al tatuaje, sino a todo lo que la tinta esconde.

Bajo el dibujo, su piel revela cicatrices antiguas y otras más recientes cruzando su torso, como un mapa de supervivencia. Marcas irregulares y una herida profunda, mal cerrada, que atraviesa su costado izquierdo.

Joder.

Me llevo las manos a la boca, verdaderamente impresionada.

—¿Qué le pasó?

—Lo atravesaron como si fuese una diana. Pero en vez de flechas..., ya sabes.

Sin pensar, dejo que mis dedos acaricien su piel, siguiendo cada línea. Podría contar al menos seis, tal vez siete cicatrices, todas imborrables.

—La noche del ataque, ¿verdad?

—¡Mierda! —bufa—. Esto no se ve nada bien.

Entonces noto la herida en su palma derecha. La sangre carmesí cubre el corte y, al limpiar con un paño, descubro algo peor: su piel está deformada, como si hubiese sufrido quemaduras severas. Entonces, retiro el guante de la otra mano, rápidamente. El resultado es el mismo. Las cicatrices de unas quemaduras le dejaron un rastro grotesco.

—Katia... —Levanto la vista hacia ella, sintiendo mis cuerdas vocales oprimidas.

Mis ojos se llenan de lágrimas.

—Ya lo sé. Le dije que era una estupidez ocultarlas. No es ninguna vergüenza, todo lo contrario —añade con voz rota—. Estas manos me protegieron cuando quedé atrapada bajo un mueble en llamas.

El dolor me golpea tan fuerte que solo logro darle la espalda y llevarme una mano al pecho. Jadeo emocionada. Siento la vista nublada y un nudo de saliva me ahoga.

Dios mío. ¿Por qué me duele tanto? ¿Por qué este dolor se siente como si fuera mío? Él no se lo merece, no después de cómo me ha tratado. No merece mi compasión, aun así...

—Es horrible... —susurro, sin reunir la fuerza suficiente para girarme hacia la cama—. Maldita sea. Es... horrible.

Una cosa es conocer la historia. Otra, muy distinta, es tener delante la prueba irrefutable de que todo eso sucedió. Verlo con tus propios ojos, incluso sentirlo en la piel, como si esas cicatrices te pertenecieran.

—Anastasia... —Katia me tira del vestido, obligándome a enfrentar la realidad que ha estallado de golpe—. Mi hermano te necesita. Por favor, ayúdalo. Yo no puedo, ni siquiera puedo ayudarme a mí misma.

—¡Oh! —Las lágrimas brotan en mis mejillas mientras me aferro a su cuello y ella al mío. Nos fundimos en un abrazo sincero, compartiendo el mismo dolor—. Lo siento tanto. Siento que hayáis tenido que pasar por algo tan cruel, Katia.

Sus manos se anclan a mi espalda, como si fuesen parte de mí. En tan poco tiempo, quiero a esta chica tanto como si fuese de mi familia. Me recuerda a mis hermanas. Llena ese vacío que han dejado al haberme ido tan lejos de España. Pienso en ellas, sobre

todo en Milena y Lidia, y ruego con todas mis fuerzas que Máximo cumpla su promesa y traiga a Lidia con nosotros antes de que sea demasiado tarde. Mi pequeña merece una vida distinta.

—Prométeme que cuidarás de Máximo.

Nos separamos y nos secamos las mejillas con torpeza.

—Te lo prometo. Pero tú también tienes que prometerme algo. —Le tiendo una venda de la mesilla cuando me la pide con la mirada —. No volverás a beber, Katia. No solo por ti. También por él. Y por mí. No quiero enfrentarme sola a esa bruja rubia.

Una risita escapa de sus labios.

—Podrás con ella. —Me guiña un ojo—. Pero deberías empezar marcando territorio ya, y no sería mala idea que durmieras aquí, donde está tu sitio.

—Tú sabes que...

—Todos lo saben —me interrumpe mientras recoge el botiquín—. Los empleados conocen cada cotilleo, pero fue Igor quien me lo contó. Ya sabes, ese salvaje con melenas que no para de hacerme sudar.

—¿Sudar?

Pongo una mueca.

—¡No de esa forma! Ojalá. Aunque prefiero a los morenos. Me refería al *kenjutsu*. Igor es nuestro *sensei*.

—¿Qué?

—Experto en catanas, cuchillos, combate cuerpo a cuerpo, tortura, disciplina militar extrema... —enumera—. Nos enseñó todo lo que sabemos, y Máximo es el único que ha logrado vencerlo. Y vaya si se le da bien.

Estoy a punto de abrir la boca, la curiosidad me corroe, pero Katia ya ha cruzado la puerta.

—Voy a ver si han llamado al médico.

Me quedo aquí, sola.

Sensei. Kenjutsu. Menudo rollo.

Despido a Katia hasta la puerta, pero cuando me giro sobre mis talones, tropiezo con un cuadro. Justo en la pared que hay enfrente de su cama, y la que separa su habitación de la mía.

La pintura representa a una mujer joven, sentada junto a una ventana que parece abrirse a algún jardín. Podría ser la ventana de esta habitación. Su sonrisa es dulce, tiene el cabello moreno recogido en una coleta baja, como si se lo hubiera arreglado con prisas. Sostiene un pequeño violín en sus manos, probablemente el mismo cubierto de polvo que he visto en la biblioteca.

Beatrice.

Noto una presión en el estómago sin saber por qué. Me arde la piel y me escuece la garganta. No puedo evitarlo, pero juraría que me molesta mucho. Demasiado. Incluso diría que siento celos.

¿Celos?

Celos de un maldito fantasma. Celos de su lugar en la memoria de Máximo, de la música que dejó impregnada en las paredes, del eco de su nombre. De que él se aferre más a ese recuerdo que a cualquier persona viva. Y lo peor de todo es que no puedo competir con ella. ¿Cómo se compite con alguien que ya no está? ¿Cómo se gana el corazón de un hombre que se encierra en sí mismo?

«¿Qué narices te pasa, Anastasia?», me regaño enfurecida conmigo misma, sabiendo que ese no era el jodido plan. No puedo estar pensando ahora en esta estupidez.

Miro hacia la cama, donde Máximo duerme inconsciente. Mido su temperatura mientras me siento en el filo, observando su respiración agitada. Los párpados le tiemblan, como si incluso dormido combatiera algo en su interior. Pese a que esté pálido, se ve tan guapo que duele. Tan imponente incluso ahora, con el pecho apenas

cubierto y los músculos marcados por las cicatrices. Pero también se ve indefenso y frágil.

Lo contemplo en silencio, totalmente embriagada por su imagen. Sus párpados cerrados. Su nariz respingona. Su mentón varonil, donde una barba incipiente asoma. Ese hoyuelo en su barbilla que se ve adorable. Deslizo el dedo en su barbilla despacio, agachándome más y mirando fijamente sus gruesos labios. El perfilado de su boca es precioso y, en cierto modo, excitante. Mucho. Me seduce y me atrae cual miel a las abejas.

Entonces me inclino más hacia delante mientras cierro los ojos, devorada por un deseo insano de sentir sus labios. Pero a tan solo milímetros de rozar su boca, su mano se cierra en torno a mi cuello, violentamente.

—Más te vale que te quites esa idea de la cabeza.

Abro los ojos sobresaltada, aún con los labios fruncidos. Qué vergüenza.

Máximo se incorpora de golpe y en cuestión de segundos me arrastra bajo él, inmovilizándome con la facilidad de un depredador.

Suelto un grito ahogado, conteniendo la respiración.

Todo sucede tan deprisa que mi cerebro apenas puede asimilarlo. Mi cuerpo solo siente. Siente su calor, su piel contra la mía y el crujir de la tela de mi vestido cuando intento zafarme y pataleo como un animal atrapado. Pero no tarda en dominarme. Sus caderas se abren paso entre mis piernas, sujetándome con esa facilidad que me desconcierta y me excita a partes iguales.

—Jamás he conocido a una mujer tan decidida a besarme —su voz es grave—. ¿No te cansas de buscarme? ¿No te cansas de provocarme?

—Yo no... —Trato de defenderme, pero la presión en mi pecho me asfixia—. No te estoy provocando.

—Entonces, ¿qué haces en mi puta cama?

—Te hemos vendado la mano. Katia me...

—No veo a ninguna Katia por aquí.

Noto una fuerte tensión en su mandíbula.

—Se ha ido —susurro con la voz hecha un nudo.

—No te lo crees ni tú —murmura mientras sus ojos descienden lentamente por mi cuello, devorándome con una mirada de lujuria—. Pero creo que ya lo entiendo todo.

—Máximo...

—Ya sé, cielo —continúa con una ira que no entiendo—. Quieres probar mi *rifle*, ¿verdad? Ajá, pequeña curiosa, te has quedado con las ganas de verlo, lo sé. Y ahora dime, Anastasia...

Sus labios se curvan en una sonrisa cruel y vuelve a mirarme a los ojos. Siento que cada centímetro de mi piel se estremece al contacto de sus dedos, que, sin prisa, alcanzan mi cadera. Apenas roza la fina tira de mis bragas, y ya me tiene temblando.

—Te gustaría que te las quitara, ¿eh? —murmura ronco, con esa voz que me eriza hasta el alma—. ¿Te gustaría sentir mis dedos deslizándose dentro de ti?

Su pregunta me corta la respiración.

Lo miro paralizada, con su jodido aroma envolviéndome hasta las neuronas. Sus labios se mueven tentadores, y cada palabra que pronuncia desata un terremoto en mi interior.

—Te tocas pensando en mí, ¿eh? —susurra burlón—. ¿Imaginas mis dedos acariciándote mientras te beso? ¿Sueñas conmigo, Anastasia? ¿Conmigo dentro de ti, aquí, en la cama..., o tal vez dándote duro sobre esa alfombra?

Dirijo mi mirada lentamente hacia la alfombra que hay en medio del cuarto.

Un estremecimiento involuntario me atraviesa cuando siento el calor húmedo subiendo entre mis piernas. Mis músculos se tensan, mi vientre vibra y la realidad se distorsiona y me abruma por completo.

Maldita sea. ¿Cómo es posible que lo desee con todas mis fuerzas?

Pero entonces, su sonrisa se desvanece.

—Sigue soñando, *malyshka* —dice con frialdad—. Porque eso jamás pasará.

La vergüenza arde en mis mejillas y solo puedo apretar los puños, intentando no dejarme consumir por la humillación.

—¡Sinvergüenza! —le suelto, alzando la cabeza a duras penas.

—¡Mentirosa!

—¡Idiota!

—¡Desobediente!

Lo enfrento furiosa.

—¡Asesi-nooo!

Él se ríe. Esa risa breve que me revuelve por dentro.

—Eso no es un insulto para mí, *gitana*. Sigue intentándolo.

Le sonrío, no dispuesta a dejarlo ganar.

—Tampoco lo es para mí —susurro ahogada al oír la palabra que me acaba de dirigir.

Aprovecho un instante de descuido y le clavo el codo en el estómago. Su mano cede y recupero el aire con una bocanada ansiosa. No pienso parar ahí. Le hundo la rodilla en el muslo, justo en la herida que aún no ha cicatrizado desde nuestra boda. El gemido que suelta me confirma que no me he equivocado de punto débil.

—No me subestimes —le advierto—. Eres tú el que se toca pensando en mí, Máximo. Y ¿sabes que eso tiene un nombre?

Me mira con unos ojos como platos, apoyado en una rodilla y al acecho, como si fuese un animal.

—Co-bar-de —finalizo con desprecio.

Su respiración se convierte en un vendaval entre sus dientes apretados.

—¡Fuera! —ruge.

Se aparta de mí de un salto, ocultando su abdomen con una mano. Camina a zancadas y me señala la puerta sin atreverse a mirarme. Me sacudo la ropa con dignidad y me largo de su cuarto, con el cuerpo temblando pero la cabeza bien alta. Al pasar junto a él, rozo su hombro con el mío. Me detengo.

—Por cierto... —Me giro.

—¡¿Qué?!

Le estampo la mano en la mejilla con toda la fuerza que soy capaz de juntar después de tenerlo entre mis piernas.

—Por si acaso, aunque se te ve muy despierto —remato sonriendo con desdén y haciendo una reverencia burlona—. Buenas noches, *moy Imperator*.[1]

Me marcho deprisa y cierro tras de mí la puerta de mi habitación con un portazo, justo antes de oír el suyo. Me miro la mano, la siento arder por el golpe que le acabo de dar. No me arrepiento, y ojalá le haya dolido tanto como a mí sus palabras.

Joder.

Intento regular mi respiración. Inspiro. Espiro.

Cierro los ojos. Me dejo caer sobre la cama exhausta, sintiendo las piernas tan frágiles como si fueran de cristal. Muy bien, ¿y ahora qué?

Quizá necesite una ducha de agua fría. Fría no. Congelada.

Quizá y solo quizá metiéndome en una nevera deje de pensar en ese energúmeno más duro que una roca y en su jodido... *rifle*.

Máximo



Cierro de un portazo, pero el ruido no logra acallar lo que retumba en mi cabeza: su voz. Esas malditas palabras en ruso, clavándose en mi pecho.

«Moy Imperator».

Ella habla ruso y no sé por qué me sorprende. Tengo conocimiento de que los gitanos Valkov tienen ascendencia eslava, pero también es verdad que a lo largo de los años se han ido mezclando con los calés de Cataluña, de modo que las nuevas generaciones ni hablan ruso ni lo entienden. Creo que al menos debería ser así mientras camino hacia las ventanas. Con un manotazo, corro las cortinas. Necesito oscuridad y silencio. Algo que apague este incendio que me está devorando por dentro. Pero el aire aquí dentro se siente denso porque huele a ella. A su perfume, a su piel, al sudor invisible que hemos compartido sin tocarnos del todo.

¿Qué demonios acaba de pasar?

Me llevo una mano a la mejilla, aún mareado por el desmayo. Tengo el torso desnudo y mis guantes están tirados en la cama.

Mierda.

¿Cómo hago para olvidarme? ¿Cómo hago para evitar sentir esta dolorosa erección?

¿Cómo hago para lidiar con el deseo oscuro de hacerle pagar por convertirme en un puto animal? Por hacerme sentir tan débil.

Me miro boquiabierto, preguntándome cuándo he permitido que el enemigo manchara la biblioteca, este cuarto, mi cama. Nuestra cama.

Clavo los ojos en el suelo sin poder alzar la vista al cuadro de Beatrice. Me siento avergonzado por mi debilidad, y una parte de mí quiere arrancarme la piel a tiras por lo que acabo de hacer. Por lo que he dejado que pasara. Por lo que soy. Porque otra mujer haya visto mis cicatrices y haya estado en esa maldita cama. Por haber estado a nada de besarla y devorarla como una fiera, dando rienda suelta a eso que llevo reprimiendo desde que la vi bailar esa canción en la maldita habitación de al lado. Es más, no sé cómo se me ocurrió la brillante idea de dejarla dormir ahí.

Camino descalzo por el cuarto hasta el cuadro de mi preciosa mujer. De mi francesa con manos mágicas y alma pura. Sé que sus ojos me siguen, incluso me observan como si supiera lo que estoy a punto de hacer.

—Lo siento —susurro con la voz desgarrada por la rabia. También por la necesidad. Porque deseo tanto a Anastasia que me tiembla el cuerpo.

Me paso una mano por la nuca, sudado y desbordado. Me apoyo contra el marco del cuadro y golpeo suavemente mi frente contra la pintura, como si mereciera un castigo.

—Lo siento, mi amor... —repito cerrando los ojos.

Pero entonces, como una maldición, esa voz especial regresa a mi mente:

«Estás atado a un fantasma, justo como Heathcliff. Te estás pudriendo en este puto castillo, condenando a todos los que te rodean a hacer lo mismo».

Recuerdo su cuerpo moviéndose bajo el mío. Su vestido subido hasta la cintura y su voz rota cuando le acariciaba la cadera. Me la imagino, joder. Ella arqueada bajo mi cuerpo. Sus piernas abiertas. Su coño mojado y tembloroso suplicando por mis dedos, por mi lengua, por todo lo que no puedo dejar de imaginar desde que nuestros ojos se encontraron por primera vez y me quemaron más que el corte que me acabo de hacer en la mano. En realidad, la deseo desde antes del baile, y eso me demuestra que sigo siendo un iluso.

«Eres tú el que se toca pensando en mí».

Suspiro desesperado, recordando sus palabras. Tiene razón. El dolor en mi mano aún punza, pero no me detiene. Me desabrocho el pantalón con prisas, deseando sentir mi propia piel.

—Anastasia... —gruño entre dientes, tocando con una mano la pared que me separa de su cuarto.

La imagino jadeando, gritando mi nombre entre gemidos. La veo empapada, sus muslos temblando mientras la embisto. Una vez. Otra. ¡Y otra maldita vez! Me empapo de su calor y la beso en mi mente con tantas ansias como si fuera mi última oportunidad de respirar.

Me masturbo como un maldito desesperado. No me reconozco, y llevo tiempo sin reconocerme. Lo único que sé es que estoy furioso. Humillado. Ardiendo. Y que apenas tardo en correrme. Me doblo sobre mí mismo, con los ojos entrecerrados, y suelto un gemido contenido que me sabe a pecado y a traición.

Entonces, la culpa me invade como una ola de lodo y tan solo me queda reprimir las lágrimas y pulsar el botón del tocadiscos. La música inunda la habitación con las notas de Beatrice enseguida. Esa misma melodía que ella tocaba para mí, aunque ahora siento que no funciona, por más que lo intente. Los latidos de mi corazón

golpean con fuerza mi pecho y ni siquiera su música me trae la paz que necesito.

Cojo la fusta que cuelga de un clavo, justo al lado del tocadiscos, como un robot. Después, me arrodillo frente al cuadro, con la frente contra el suelo.

—Perdóname —susurro contra el mármol frío—. Perdóname por querer tocar otra piel. Por desear una risa que no es la tuya. Por necesitar una boca que no es tuya.

Araño el suelo. Mis músculos tiemblan y aprieto la mandíbula, sintiendo la mano aún empapada de mi propio semen. Y, sin embargo, incluso así, con la vergüenza pegada a la piel como una segunda capa, la quiero para mí. A ella. A la gitana. Al ojito derecho del demonio que ando buscando desde hace ocho años y al cual sé que encontraré tarde o temprano.

Anastasia me ha llamado «su emperador», sin embargo, soy su esclavo.

Maldita sea.

Mi vista se nubla, de repente, y el suelo desaparece bajo mis pies. Solo queda la oscuridad.

13

Como el veneno bajo la piel

Máximo



> El odio es más tóxico que cualquier sustancia química. Envenena de dentro hacia fuera.
>
> MARTHA WILLIAMSON

—Esos perros no quieren hablar —avisa Sergei.

Las sombras me guían por el pasillo subterráneo y la humedad flota en el aire. El goteo que hay en el sótano no me gusta, pero es un castillo antiguo, aunque lo reformara hace siete años. Sergei y Klaus me siguen de cerca y uno de ellos aparta una rata de una patada cuando casi la piso. Miro hacia abajo, comprobando que los zapatos siguen relucientes y que el traje que visto hoy no tenga ni una mota extraña. Aunque no sea justo la vestimenta correcta para este tipo de sitios, es lo que hay. Dentro de unos dos minutos tengo una comida familiar.

Sergei aparta una verja de hierro parecida a una celda y me detengo mientras aprieto la cabeza del águila en mi bastón, preparado para activar el mecanismo.

—Imperator... —La voz profunda de Igor me detiene en seco al final del pasillo.

Me giro con los ojos entornados.

«Moy Imperator». Esas palabras me trastornan desde que Anastasia las pronunció ayer, antes de abofetearme.

Igor está de pie junto a la pesada puerta del calabozo, cruzado de brazos. Su ceño fruncido me recuerda a un padre regañando a su hijo.

—Tío, ayer te desmayaste, joder —enfatiza—. Estás muy pálido, tienes que descansar.

—No necesito dormir, Igor. Necesito respuestas lo antes posible. ¿Hay novedades?

Miro a mis hombres. Saben que estoy al límite, pero me conocen lo suficiente como para saber que sus vidas están en peligro como no tengan noticias.

—Hay rumores de que Romanov está en Niza, pero... —comenta Sergei.

—Pero ¿qué? —pregunto impaciente.

—Uno de sus fieles no abandonó la ciudad. Se oculta —me indica él—, y sospechamos de una nueva alianza.

—¿Nombre?

—Aún no. Pero alguien lo está protegiendo.

La mandíbula me duele cuando aprieto los dientes.

—Entonces tal vez nuestros invitados quieran hablar hoy —comento con la mirada fija en la puerta metálica.

—Llevan mucho tiempo sin agua ni comida —informa Igor—. Ya deberían haber cantado.

—Quizá les falta motivación.

Abro la puerta con un empujón seco. El hedor me golpea de inmediato: sudor, miedo, heces y orina. Sangre seca. Las ratas corretean por las esquinas y los barrotes de las celdas están manchados con óxido. Dos hombres están encadenados en el centro de la sala. Uno de ellos, un tipo robusto, apenas puede alzar la cabeza. El otro, más joven, me observa con los ojos dilatados por el miedo y la respiración entrecortada.

Camino hasta la mesa de metal oxidado, donde hay unas herramientas dispuestas como si fueran cubiertos en una cena: tenazas, bisturí, una anticuada garra para arrancar uñas, y mi favorita: el taladro manual.

—La chaqueta —ordeno abriendo los brazos.

Sergei me la quita, para no mancharla, y me empiezo a arremangar la camisa, de un blanco impoluto.

—Solo necesito a uno de vosotros con vida —digo en voz baja—. Uno.

El joven empieza a llorar en silencio.

—Y si me mancho la camisa, no quedará ninguno, ¿entendido? —agrego mientras me acerco al más fuerte.

De pronto, le levanto la cabeza por el pelo. Tiene la nariz rota y el labio reventado. Escupe sangre y me sonríe con los dientes manchados.

—No hablaré —se adelanta—. Romanov os enterrará a todos.

—Eso, si puede. Pero tú estás ya enterrado —le respondo con frialdad.

Acto seguido, le clavo la punta del taladro muy sutilmente en la parte blanda entre la clavícula y el cuello. Su grito reverbera en las paredes como un cántico de dolor. La sangre brota, caliente, y mancha mi mano.

—¡Aaaaaah! —se queja—. Hijo de la gran puta.

Lloriquea como una nenaza, pero sigue sin hablar. Lo miro desde arriba.

—¿Estás listo para entregar tu vida por un cabrón como Romanov?

Noto cómo suelta un escupitajo, que justamente acaba en mi zapato.

—Mal. —Sacudo la cabeza—. Muy mala decisión.

Me apoyo en el bastón, levanto el pie y le llevo el zapato a la boca mientras Klaus lo empuja hacia delante, obligándolo a caer de rodillas.

—Lámelo —le ordeno secamente.

El húngaro se mantiene firme como si la cosa no fuera con él, pero Klaus lo obliga a abrir la boca y, finalmente, lame mi zapato.

—¡Vete a la mierda!

—Y tú al infierno —digo jocosamente.

Acto seguido, aprieto el botón del águila, que está justo en el pico, y la hoja inhumanamente afilada y reluciente se despliega. Tenso mis músculos y, de un movimiento rápido, golpeo su yugular y le corto el cuello. Retrocedo un paso para que la sangre no me salpique los zapatos y miro impasible cómo el cuerpo de ese perro cae al suelo.

—Bien... —Me miro la camisa y los zapatos, comprobando que está todo en orden.

El otro se mea encima.

—¡Hablaré! —chilla como un cerdo—. ¡Hablaré, por favor!

Me acerco lentamente, limpiando la sangre de mi joya con una toalla blanca que Sergei me acaba de entregar. Me gusta el contraste del rojo sobre el blanco, y probablemente haya desarrollado cierta obsesión desde la noche en que tres espadas atravesaron a Beatrice y su vestido de novia se tintó de sangre.

Probablemente lo haya convertido en un mecanismo de defensa y haya hecho de esa sensación mi aliada.

Pero no hoy. No en mi camisa blanca recién planchada.

—Tú decides si te vas de aquí con los dientes puestos —suelto—. O directamente si te vas de aquí.

Vuelvo a guardar la hoja en el bastón, sumamente concentrado en el rehén atrapado en la boda. Fiel súbdito de ese cabrón.

—¿Dónde está el hombre de Romanov? —le grita Sergei.

Yo solo escucho.

—El hombre de Romanov... —confiesa— aún está en Mónaco. Lo llaman Zorro y...

—¡Habla! —Este lo sacude por la nuca.

—Solo sé que se mueve bajo otra identidad, y lo han visto en la zona vieja de Montecarlo.

—¿Dirección?

—No lo sé.

Lo miro escéptico. Puedo ver la muerte reflejada en sus ojos, esperando.

—Si no nos da una puta dirección, mátalo —le murmuro al oído a Igor.

—¿Y si nos la da?

—Mátalo igual.

—Máximo... —dice con una sombra de miedo y preocupación—. ¿Por qué crees que Romanov no ha vuelto a atacar?

Desde que le conté ayer quién es verdaderamente Anastasia, Igor se ha vuelto loco. Ha estado toda la noche organizando y reforzando la plantilla. Está en guardia, y es justo lo que espero de él.

—¿No es obvio? —Sonrío—. Se ha dado cuenta de que ya no soy el mismo. No hay brecha por la cual pueda invadir mi territorio y ella

representa su punto débil. Está claro que no quiere ponerla en peligro. No está dispuesto a perderla, Igor.

—¿Y tú?

No respondo, en cambio, desvío mi atención hacia el cadáver desparramado a mis pies.

¿Yo? No sé lo que yo quiero, pero claramente deseo ver más cabezas caer.

El sótano huele a sangre y a guerra. Una guerra inminente.



Media hora más tarde, me encuentro en el salón principal, echándole un vistazo a la reforma de la entrada, que va sobre ruedas. Las temperaturas están aumentando y estamos casi en verano, es por esa razón que la chimenea no está encendida. Mi mirada se mueve de la puerta de la entrada hacia el hombre del retrato: mi padre. Hoy se cumplen ocho años desde su funeral. A decir verdad, la comida aún no ha comenzado y ya estoy deseando que acabe.

Viktor Kovalenko me observa desde el gran retrato colgado sobre la chimenea. Él, con ese maldito porte de rey inmortal, y mi madre, a su lado, tan serena y ajena a todo. Una imagen construida para la devoción. O para el engaño. No aparto la vista de ese cuadro, que sigo manteniendo en mi casa solo por ella. Solamente porque es uno de los pocos recuerdos que conservo de mamá; de lo contrario, estoy seguro de que ya lo habría quemado.

—Esa maldita expresión de honestidad... —murmuro sin querer.

Hay algo en esa sonrisa que me carcome el estómago. Hoy. Hace años, todo era diferente. Tenía a Viktor Kovalenko en un altar y mi

inocente yo adolescente lo veneraba por todo lo que era. Por el buen marido y padre que fue. Por su gentileza, su valentía y esa calidez cuando me hablaba.

Hasta que supe la verdad.

Ahí el castillo de naipes se desmoronó y mi mundo colapsó. Ahí fue cuando me convertí en todo lo que él había empezado a odiar. Pero no me arrepiento.

—Me alegro de que estés aquí. —La voz de Ecaterina irrumpe en el salón y se une a mí; ambos permanecemos con la mirada perdida.

—Como todos los años. Aunque no por él. —Le doy otro sorbo al vaso de vino—. Estoy aquí por Beatrice, también la estamos conmemorando, ¿recuerdas?

—Lo sé.

Giro la cabeza y la miro. Lleva un vestido oscuro muy ajustado y su cabello rubio está arreglado en una coleta, como siempre.

—Por cierto, mi padre acaba de salir hacia el barrio viejo.

—Le he dicho a Vlad que podía hacerlo después de la comida.

—No ha podido esperar y prefiere arreglar el asunto cuanto antes —me contesta—. Él, más que nadie, desea ver a ese canalla enterrado y honrar la memoria de tu padre, al que tanto aprecio le tenía. ¿Por qué crees que Romanov nos atacó después de tantos años? ¿No es raro?

—No lo es. Lo conoces, quiere acabar con lo que no pudo.

—¿Piensas que volverá a intentarlo?

—Lo dudo. Al menos, no a la fuerza —digo ausente—. Eliminamos a casi todos sus hombres en el banquete, así que recurrirá a otro tipo de artimaña.

«Buscará la manera de ponerse en contacto con ella», pienso.

Ecaterina no sabe el motivo real detrás del ataque del ruso.

—Presiento que ese tipo apodado Zorro nos llevará a él.

—Eso si lo atrapamos. —Vuelvo a darle otro sorbo al vaso—. La desvinculación del clan Romanov del sistema informático hace que no pueda localizarlo fácilmente. Esos cabrones siguen actuando *a la vieja usanza*.

—Confía en mi padre. —Toca mi hombro en señal de ánimo—. Por cierto, ven y dime si te parece bien la disposición de los platos, Máximo —añade girando sobre sus tacones—. Nuestro escudo va en el centro. A la derecha, las flores. A la izquierda, las copas. Los servilleteros, de plata y acero. Nada de oro, es vulgar.

—¿Mandaste a alguien a llamar a mi esposa?

—Sí, por supuesto.

Me acerco a ella, rodeando la mesa, aún con la duda comiéndome por dentro.

—Ecaterina... —La miro mientras deposito la copa de vino en la mesa—. ¿Fuiste tú quien mandó a Anastasia a la biblioteca?

—¿A la biblioteca? —pregunta sorprendida—. Claro que no. Yo tan solo le hablé del sitio, igual que le dije que había doce dormitorios en el castillo, cada uno con su baño, un salón de verano que daba a una preciosa veranda, una bodega, un...

—De acuerdo, pero ¿no le dijiste que limpiara allí?

—¿Limpiar? —Se lleva una mano al pecho y me mira con sinceridad—. ¿Cómo podría enviar a la señora de esta casa a limpiar? Y menos a ese sitio. Máximo, me siento ofendida. Me conoces, eso sería incomodarla, y yo...

—Tienes razón —la corto con un carraspeo, deseando cambiar de tema.

Conozco a Ecaterina, siempre ha demostrado ser muy profesional. No tengo duda de que, al decirle a mi esposa que se trataba de una biblioteca, sumado a su gran predilección por la lectura, hizo que fuera allí.

—Tu mujer es un poco impulsiva, ¿no crees? —añade—. Un tanto... invasiva.

Levanto una ceja, aunque sé que tiene razón. El recuerdo de Anastasia en mi dormitorio, sabiendo que no podía estar ahí, ronda mi mente. Antes de que pueda contestarle, llega Igor. Viste muy formal, y eso no encaja con él, pese a que me lleve cuatro años.

—Ya veo que está todo listo. No podría ser diferente con Ina al mando.

Al instante, desvía la vista hacia Ecaterina, que ahora está contando los cubiertos. Noto con el rabillo del ojo que la mira como si fuera una estatua sagrada. Se nota a leguas que le gusta. Me inclino hacia él, dispuesto a pincharlo un poco. Me encanta solo porque después me reta a un duelo que casi siempre gano.

—No eres muy sutil, Sensei.

—He conocido muchas mujeres, pero esa rubia tiene el aura de un templo, tío. Y yo, ya sabes, siempre he sido un guerrero torpe para los rezos.

Ahogo una risa y le doy una palmada seca en el hombro.

—¡Hola, hola! ¿Habéis empezado la *fiesta* sin mí? —La voz de Katia resuena en la entrada.

Mi hermana irrumpe en el salón arrastrando un abrigo de color negro, con una sonrisa que le llega hasta el borde de unas gafas de sol oscuras. Probablemente quiera esconder sus ojos turbios, y así evitar que la riña por haber bebido.

—Oh, ¿puedo entrar o estás planeando otra de las vuestras? —pregunta sirviéndose agua de una jarra de cristal que hay en la mesa.

—¿Eso es... agua? —Frunzo el ceño.

—Sí, estoy en proceso de transformación espiritual. Nivel uno: sobrevivir sin vodka hasta la cena.

—¿Y nivel dos?

—Trabajar en la empresa familiar, por supuesto —dice dándole un sorbo al vaso—. ¿Por?

Todos nos quedamos en silencio, mirándola como si no la reconociéramos.

¿Qué han hecho con mi hermana?

—¿Y de qué trabajarías... exactamente?

—Salvar vidas. —Hace una mueca reflexiva, cruzándose de brazos —. Hermano, un médico no nos vendría nada mal. No prometo poder salvarlos a todos, pero al menos intentaré hacer que los heridos se sientan especiales antes de dar su último aliento.

—Katia, no necesito que se sientan especiales, todo lo contrario.

—Bueno, bueno... —farfulla moviendo los hombros—, lo tenía que intentar. ¿Y qué?, ¿se come en esta casa? Tengo un hambre que me muero.

Veo que se adelanta y se acomoda en su sitio en la mesa, a mi lado. Hago un gesto con la cabeza, indicándoles a todos que pueden tomar asiento mientras miro el Rolex anclado en la muñeca. ¿Por qué Anastasia está tardando tanto? De hecho, estoy a punto de levantarme para ir a buscarla cuando oigo un taconeo, señal de que está bajando la escalera. Alzo la mirada y, cuando la veo, me quedo boquiabierto.

Lleva un vestido rojo chillón de tela suave que cae como agua sobre su cuerpo. No es escotado, pero en la parte de abajo le falta al menos un palmo, dejando sus largas piernas a la vista de un modo... insultantemente atractivo. Me muevo en la silla procurando no mostrarle el enfado que siento por una falta de respeto tan grande. Estamos de luto, conmemorando a dos personas fallecidas, una de ellas mi esposa. El cabello suelto y ese gesto ingenuo que

hace de morderse el labio inferior me nublan la vista. Además, lleva carmín. Rojo chillón.

¿Desde cuándo se pinta los labios? Jamás la he visto pintada, ni siquiera en nuestra boda.

La gitana no solamente es guapa. Es jodidamente guapa. Incluso más que Beatrice, y eso de por sí es difícil.

—Hola —saluda tímidamente.

Cierro los dedos en el borde de la mesa e intento calmarme. Pero la imagen de ella entrando en mi habitación sin permiso, ese sitio sagrado que ni los míos pisan, me irrita.

—¡Señora! —comenta Ecaterina, levantándose de golpe—. Creo recordar que he dejado claro que vistiera algo de color negro, pensaba que Cécile se lo había dicho.

—¿Negro? —Su voz suena como cuchillo cubierto en terciopelo—. ¡Oh, perdón!

Anastasia se lleva una mano a la boca conmocionada. Mira su ropa instantáneamente, alisándose la falda. Analiza nuestros rostros, uno por uno y, no sé por qué, pero Katia está ahogando una carcajada. Algo me huele mal, y esta complicidad entre ellas me jode.

—Máximo, discúlpame. Yo pensaba que... —dice Ecaterina alarmada.

—Siéntate. —La cojo por la muñeca devolviéndola a su asiento, a mi derecha—. La próxima vez, ten más cuidado.

—Puedo subir a cambiarme, no quiero ensuciar la memoria de los difuntos, solo que... —Anastasia habla serena mientras posa su mirada en mi mano, rozando la muñeca de Ecaterina.

—No te preocupes, siéntate —señalo la silla que hay al lado de Katia.

—No, corazón, ¡ahí no! —dice la pesada de mi hermana, levantándose rápidamente de su asiento—. Siéntate al lado de tu esposo, donde está tu sitio. Porque parece que *algunas* no saben dónde está el suyo.

Excelente. Katia está mirando en dirección a Ecaterina. Me parece pésima la poca consideración que tiene hacia esa chica que le salvó el culo de una sanguijuela que juró amarla pero que se dedicaba a cavar nuestras tumbas por detrás.

—Katia —carraspeo y junto las manos bajo mi barbilla—, también parece que *algunas* no saben que es de mala educación llevar gafas de sol en una comida familiar.

Katia balbucea algo y se quita las gafas con desdén. Anastasia se sienta a mi izquierda. Por un momento, nuestras miradas se cruzan y estoy deseando que la comida termine aun cuando ni siquiera ha empezado. Y entonces un aroma me embriaga. Un perfume que huele a vainilla. ¿De dónde lo habrá sacado?

Las mujeres del servicio doblan la esquina cargadas con platos. Nos sirven en silencio e Igor es el primero en hablar.

—¿Y qué tal todo? —Mira a Ecaterina con esa sonrisa de idiota enamorado—. ¿Cómo van los preparativos para la fiesta de Barone?

—¿Fiesta? —pregunta Katia con la boca llena, agitando el tenedor en el aire.

—Van bien —informa Ecaterina—. Todo en marcha para que nuestro socio se lleve una excelente impresión de nosotros.

—¿Y cuándo pensabas contármelo, hermano?

—Te lo estoy contando ahora —digo lanzándome al salero para sazonar el solomillo con verduras.

Sin embargo, en el mismo instante, mis dedos acaban justo sobre los de Anastasia, que también se apresura a cogerlo. Retiro la mano como quemado y, aunque no sienta su piel directamente por el

guante que llevo, el contacto me electriza. Ella se ruboriza y sazona deprisa su plato, pero después lo sacude dos o tres veces sobre el mío.

La miro embobado. Primero el café y ahora la sal. ¿De qué va con estos jodidos cuidados innecesarios?

—¿Pimienta también? —Me sonríe, pero sé que está fingiendo.

Está enfadada: seguro. Quiere sacarme de mis casillas: por supuesto.

—No, gracias.

Pincho un trozo, intentando volver a la conversación.

—Barone es un filántropo excéntrico al que acabo de incluir en mis negocios.

—¿Filántropo? ¿Desde cuándo haces negocios con filántropos? —bufa Katia, clavando el cuchillo con fuerza en la carne—. ¿También da abrazos gratis a los huérfanos?

—No exactamente —contesto, tragando despacio. Me inclino hacia el plato y me obligo a no estremecerme cuando mi rodilla choca con la de Anastasia.

¡Diablos!

No la quiero sentada junto a mí. No tan cerca. No cuando me cuesta tanto respirar con ella a mi lado.

—Dicen que tiene una isla —añade Igor acomodándose en la silla como si estuviera narrando un cuento—. Una isla secreta, solo para él. Con criados que visten de blanco y ese rollo presuntuoso.

—Tú no podrías vivir ahí ni media hora —le lanza Katia con sorna.

Igor ríe.

—No viviría..., reinaría. —Se acomoda aún más, guiñándole un ojo a Ecaterina—. Pero no me interesan las islas, sino las rubias.

—¡Por Dios! —suelta Katia, fingiendo arcadas.

—Barone es un hombre distinguido —interviene Ecaterina haciendo caso omiso del pelirrojo—. Uno de los más poderosos de la costa siciliana. Lo llaman el Barón no por nobleza heredada, sino por el respeto que impone.

—Como mi hermano —se mofa Katia agitando las manos—: el Emperador.

Miro a Anastasia. Come disfrutando de cada bocado sin intervenir en la conversación. De vez en cuando mueve las rodillas, siéndole fiel a ese tic nervioso que tiene de abrir y cerrar los muslos.

—No estoy de humor, Katia —aviso, apoyando los codos sobre la mesa mientras observo cómo mi esposa se lleva el trozo de carne a los labios—. Barone tiene algo que necesitamos: las llaves del mercado americano.

Cordelia retira uno de los platos vacíos. Cécile coloca los platos de postre en la mesa: magdalenas de distintos sabores.

—¡No me digas! —suelta mi hermana con una risa, pero su mirada está anclada a la mía.

—Tiene los accesos diplomáticos y la cobertura legal que necesito —continúo.

—Su grupo controla una cadena de fundaciones y ONG que operan como tapadera para tráfico de información en ambos lados del Atlántico —añade Ecaterina.

—Exacto —asiento—. Estamos listos para abrir sucursales en Nueva York y Miami.

—¿Y por qué aceptaría ayudarte? —pregunta Katia suspicaz.

—Él, por nuestra tecnología y yo, por sus contactos. Las puertas no se abren con contraseñas, sino con apellidos.

—Y con camas, según dicen —suelta Igor—. Oí que estuvo liado con la mujer de un capo importante de Nápoles. Dicen que por eso

lo llaman *il Barone*, por cómo se adueña de los territorios y de las esposas.

—Encantador —masculla Katia, mareando un tomate cherry en su plato—. ¿Y vas a meter a ese donjuán en casa?

—Ya está dentro.

—Espero que tengas cerraduras nuevas en tu habitación, Anastasia —dice Katia de forma inocente, sin siquiera mirarla.

Ella alza la vista un segundo.

—No te preocupes, Katia. Sé muy bien cómo cerrar una puerta. —Sus ojos se encuentran con los míos—. Y a quién permitir que la cruce.

Vaya con la señora.

La mejilla aún me escuece. Todo lleva una doble intención, y sospecho que está muy enfadada después de que la echase de mi cuarto.

—De todos modos —continúa, clavando el cuchillo en el filete, seguramente pensando en mí—, Barone parece un hombre interesante.

Casi se me va el vino por el otro lado cuando le doy un sorbo.

Un silencio tenso se apodera de la mesa. Nadie se ríe y todos la miran. Ella, en cambio, vuelve a centrarse en su plato como si no hubiera dicho nada. Pero su afirmación me quema las neuronas y su perfume de vainilla me arde en la nariz.

—¡Pam! ¡Eso ha sido una estocada de samurái! —ruge Igor desde el otro lado de la mesa—. ¡Y sin mover la ceja! ¿Dónde has aprendido eso, Anastasia-san?

Ella sonríe ladeando la cabeza.

—En ningún sitio.

Menudo espectáculo.

—No tendrás que preocuparte por las cerraduras, cariño. —Dejo el vaso de vino a un lado—. Ninguna puerta de esta casa se abre para otro que no sea yo. Y quien osara intentar abrirla siquiera perdería la cabeza.

Acaricio el borde de la copa con el pulgar sin dejar de mirarla.

Solo cuando el silencio reina de nuevo en la mesa me doy cuenta de lo que acabo de decir.

No hay duda de que mi jodido comentario me ha dejado en un mal lugar. Justo como si fuese un hombre celoso, aunque, en cierto modo, eso me beneficia. Katia dejará de fastidiar y se creerá mi matrimonio. Pero, por si eso fuese poco, mi adorada hermana lanza la bomba.

—Oye, dejémonos de cerraduras y de italianos, ¿vas a acompañarnos al cementerio esta tarde?

—No —respondo con los labios tensos, como un niño enfadado.

Los cubiertos cesan y el aire se espesa. Noto cómo sus ojos adquieren un tono vidrioso.

—¿Hasta cuándo?

—Katia...

—Eres igual que él —espeta nerviosa—. Encerrado en tus guerras internas de mierda.

Me cago en Dios.

Me controlo para no soltar un bufido cuando ella se levanta y sale del comedor. Acto seguido, freno a Anastasia, que tiene la intención de correr detrás.

—No lo hagas... —la amenazo.

—Pero...

—Disculpadme.

Tiro la servilleta en la mesa y camino a zancadas detrás de mi hermana, malhumorado y totalmente jodido. Pensaba que se

ahorraría el drama, pero todos los años es lo mismo.

—Katia...

Por suerte, la alcanzo. Le atrapo el brazo y le doy la vuelta bruscamente, llegados a mitad del pasillo que da a la cocina y donde también se encuentra mi despacho.

—¿Qué quieres?

—No quiero que sufras por mí. —Me paso la mano por el pelo, sintiéndome sin recursos.

¿Qué diablos podría decirle? ¿Que no pienso poner un pie en el cementerio porque odio a mi padre tanto como a ese hijo de puta de Romanov? No hay ningún motivo para ir, y Beatrice ni siquiera está enterrada ahí.

—No sufriría si dejaras de lado el odio —murmura—. Es su tumba, pero también la de mamá, así que... ¡no me jodas!

—No insistas.

—Es una lástima que puedas construir imperios, pero no seas capaz de volver a un jodido cementerio.

La palabra queda suspendida en el aire. Se arrepiente en cuanto la dice, pero no se retracta.

—Genial... —Junta los labios con desdén y quiere irse de mi lado, pero vuelvo a frenarla.

—¡Es superior a mí! —exclamo nervioso—. No puedo, y tendrás que aceptarlo. En cuanto a Anastasia, te advierto que no le hables de papá, ni de... Beatrice. Quiero empezar una nueva vida —miento —, y ella hará preguntas que no sabré responder.

Aprieto su codo, no dispuesto a ceder.

—No me toques. —Mira mi mano poniéndose a la defensiva, como siempre—. ¿Sabes por qué no estoy bebiendo? Por ella. No soy nadie en su vida, sin embargo, me escuchó. No me juzgó. Y deberías

tener en un pedestal a esa chica, Máximo. Se traga tus humillaciones y tu desconfianza día sí, día también. Las tuyas y las de Ecaterina.

—¿De qué hablas?

—La cocinera me ha dicho esta mañana que fue Ecaterina quien le dijo a tu esposa que limpiara la biblioteca, ¿sabes?

—Y si así fue, ¿por qué Rosaline no se lo impidió? —pregunto escéptico.

—Les prohibiste a todos que hablaran con ella sobre tu pasado. Rosaline no se atrevió a detenerla por miedo. A ti y a tu jodida amiga, que está babeando por ti. Y no la culpo, es esa tipa la que está al mando de esta casa.

—Sabes que jamás puedo contar contigo, así que no sé de qué me hablas.

—¡Jamás me lo has pedido!

—¡Diablos! —digo en voz baja, y miro hacia atrás; no quiero montar otro escándalo—. Llevas años ausente, enterrada en nubes de alcohol.

—Y tú atado a Beatrice, ¡pero ya basta! —continúa, dejándome mudo—. Estás casado, Máximo. Casado con una buena mujer. Yo vi con mis propios ojos cómo te cuidaba y lloraba por ti ayer cuando te desmayaste.

—¿Estuviste ahí?

Miro al suelo porque recuerdo la metedura de pata monumental de ayer.

—Se le rompió el alma al ver tus cicatrices... —sigue, muy a mi pesar—. ¡Lo vi, joder!

—¿Por qué la dejaste entrar en mi habitación?

—¿Es lo único que te importa? —sisea con los ojos salidos de las órbitas—. A mí no me puedes engañar. Me da igual por qué

demonios os casasteis, pero Anastasia no se merece esto —habla mordaz—. No dejaré que le hagas daño, ¿me has oído?

Abro la boca para decirle algo, pero su furia me detiene. No digo nada. No puedo. Katia ya se ha ido, caminando a zancadas hacia la cocina. Y yo me quedo ahí, sintiéndome horrible, con la imagen de esa chica recibiendo mis acusaciones. Corrijo: mis falsas acusaciones.

Joder.

14

El arte de poseer
Máximo



El hecho de mirar algo supuestamente prohibido, morboso o excelente nos encanta, nos estimula y nos hace querer más.

MEGAN MAXWELL

Veinte minutos más tarde, sigo preguntándome qué diablos he hecho. Me sirvo una copa de coñac y me siento a mi escritorio, mirando el tablero de ajedrez fijamente. Calculo los movimientos que podría hacer, pese a que no tenga un contrincante. Pero no me importa, no es la primera vez que juego conmigo mismo, desafiándome, ganándome y venciéndome una y otra vez. Justo como en este instante.

Las palabras de mi hermana siguen taladrándome los sesos como un clavo ardiente.

Cojo un pósit de color blanco, movido por el arrebato. Escribo con letra precisa, aunque mis pensamientos están lejos de serlo. Sí, es mejor así. Mi ego no soportará un rechazo directo ni que ella me cierre la puerta en la cara. Calculo que ya debe de estar de vuelta en su habitación.

Respiro hondo, reflexionando sobre cada palabra, y me dispongo a escribir:

> Anastasia:
> Te espero en mi despacho. Hay negocios pendientes que debemos tratar y me gustaría saber si estás de acuerdo con los términos.
>
> M.

Ni una palabra más ni una palabra menos. Es lista, entenderá que hago referencia al acuerdo nupcial que ella misma me pidió. Doblo el papel, salgo al pasillo y camino unos pasos hacia el salón principal, pero no hay nadie. Solo me encuentro a Cordelia, que transporta unos platos vacíos y restos de la mesa en una bandeja.

—¡Espera! —La mujer se da la vuelta tras oír mi voz—. Llévale esto a la señora. Dile que es urgente.

Dejo el papel en una esquina de la bandeja y vuelvo al despacho deprisa. Me aflojo el nudo de la corbata, planeando comprarle a Anastasia un móvil para ahorrarme este tipo de situaciones ridículas. Tener que escribir una nota en pleno siglo XXI es de todo menos gracioso.

Le doy otro sorbo contundente al coñac y espero. Cinco. Diez. Quince minutos. Vuelvo a mirar el reloj y me aflojo un poco más el nudo de la corbata. Cuando oigo la puerta, miro atentamente, como si mi pecho fuera a estallar en cualquier momento. No sé por qué estoy tan nervioso hoy.

—¿Dónde está? —pregunto mirando detrás de Cordelia.

—La señora está arriba. No ha querido bajar, pero le manda esto. —Sonríe y me tiende un trozo de papel doblado.

—¿Una nota?

Genial.

Máximo:

Te agradezco la cortesía escrita después de la cortesía verbal de ayer, cuando me llamaste mentirosa y provocadora. Lo de negocios pendientes suena a que se hará lo que yo diga, pero, tranquilo, no me ofendo. Estoy aprendiendo a hablar tu dialecto de testosterona mal distribuida. No me fío de ti. Buenas noches.

A.

Cierro los ojos al terminar de leer. Por supuesto que no se fía. ¿Cómo podría fiarse después de cómo la traté? Dejo el papel sobre el escritorio y río secamente, deslumbrado por su sarcasmo y su orgullo feroz.

—Esta chica... —balbuceo.

—¿Ha dicho algo, señor?

Niego con la cabeza mientras releo. Reflexiono. Quizá me haya excedido, pero me da igual, ya que ahora mismo tan solo quiero que baje. No le daré el divorcio, pero eso no significa que no podamos llegar a un compromiso, al menos hasta que mi hermana se calme y yo sea capaz de localizar a Romanov.

A continuación, escojo el mismo bloc de notas. La misma tinta. Pero mi pulso tiembla un poco, aunque no dejaré que ella lo sepa jamás.

Tienes cinco minutos.

Después de eso, subiré yo. Y te juro que no llamaré a la puerta.

M.

Doblo el papel y se lo entrego a Cordelia, mordiéndome los labios. No hace falta hablar, ella ya sabe lo que tiene que hacer.

—Muy bien —murmuro escéptico—. Seguimos con el jueguecito de los cojones.

Bebo lo que queda en la copa y miro por la ventana cuando la mujer ha salido ya. Está anocheciendo y parece que todo está en calma, pero yo no. Me siento como una bolsa de palomitas de maíz en un microondas, a punto de estallar.

Pienso en ella. Juraría que Anastasia Angelova —ya Kovalenko— podría enamorar a cualquier hombre de este jodido planeta. Es más, estoy convencido de que cualquiera mataría por una mirada o un beso suyo. Cualquiera se derretiría por sus huesos y sería capaz de pagar el precio que fuese por su amor. Yo mismo podría ser uno de esos hombres, si ella no fuese quien es. Pero lo es.

Golpeo el cristal con los dedos, sucesivamente, perdiendo la paciencia. Cinco minutos. Eso me prometo a mí mismo. Solo cinco. Pero cuando el reloj marca el cuarto minuto, ya estoy ajustando el nudo de mi corbata con una impaciencia que me quema por dentro. No soporto la incertidumbre. Nunca la he soportado y, con ella, todo está empeorando.

Subo la escalera. Camino hasta su puerta y me detengo un segundo. Respiro hondo. No llamo, simplemente entro. Y ahí está ella, sentada tranquilamente junto a una mesa que adorna el centro de la habitación, como si supiera que iba a subir a buscarla. Y sobre la mesa, un folio doblado.

—Te esperaba —dice con calma.

Tiene las piernas cruzadas, largas, perfectas, y sigue vestida con ese maldito vestido rojo que es un insulto directo a mi autocontrol. Su postura es elegante y decidida. Mi respiración se atasca cuando mis ojos se deslizan por sus muslos, y me obligo a apartar la mirada.

—Suelo cerrar los tratos en el despacho, pero haré una excepción.

—Siéntate.

Arqueo una ceja mientras dejo el bastón y tomo asiento en una silla que hay justo en el lado opuesto de la mesa rectangular. Decido tomar el control de la conversación, eso me da seguridad.

—¿Cómo estás?

—Bien —me contesta serena, entrelazando los dedos en su regazo —. ¿Y tu mano?

—Bien. —Levanto la mano derecha levemente—. Solo que tendré que estar unos días sin empuñar una espada.

—Quizá te vengan bien unas vacaciones.

—No acostumbro a descansar, y además...

—¿Por qué estás aquí? —me interrumpe, cambiando de pierna.

No me freno, aunque sé que debería. Debería centrarme en nuestra conversación y no en sus piernas cruzadas.

—Porque yo también estoy cansado de discutir. Sinceramente, no me cuesta nada concederte aquello que necesites.

No soy capaz de decirle que le agradezco el cuidado que tuvo conmigo ayer, cuando la eché de mi cuarto, pensando que solo quería seducirme.

—Vale. Entonces, aquí están mis condiciones —señala empujando el folio en mi dirección—. Te doy permiso para redactarlas y te pido que tengas el contrato listo cuanto antes para firmarlo.

Tomo el papel y lo despliego. Mis ojos bajan con rapidez por cada línea escrita con su pulso elegante, no muy propio de una gitana que ha vivido toda su vida en una aldea pobre, casi olvidada del mundo.

—Léelo en voz alta, por favor. Tú ya le añadirás el título y lo pasarás a ordenador, ahora nos centraremos solo en las cláusulas.

Asiento en silencio e intento relajarme.

—«Uno —leo—: Los esposos deberán demostrarse respeto y consideración en todos los aspectos, tanto en el ámbito privado como en el público».

—Fácil, ¿cierto? —pregunta examinando mi rostro.

—Parece fácil, solo espero que no olvides que esto te incluye también a ti. —Alzo la vista hacia ella, consciente de que debo mostrar cooperación si quiero que me perdone y que esta guerra finalice ya. Ahora mismo no me puedo permitir tener un frente más abierto; debo revertir la situación y tenerla de mi lado.

—Estoy dispuesta a respetar todo lo que pone ahí, no te preocupes, siempre y cuando ese respeto se exprese sin lanzar objetos por la casa.

—Estaba enfadado.

Pienso en la botella que estampé contra el mueble, en la biblioteca, y en la radio que destrocé en esta misma habitación.

—Eso no es una excusa. —Sonríe crispada.

—Te doy la razón, Anastasia —concuerdo—. Y, si te soy sincero, me sorprende bastante tu autocontrol y tu... educación. Teniendo en cuenta el sitio donde te criaste.

—¿Te doy miedo? —pregunta.

Temo la dirección que están tomando sus palabras.

—¿Por qué ibas a darme miedo?

—Porque una mujer comprada sigue siendo una prisionera, pero una mujer educada se convierte en una amenaza. Es eso, ¿verdad?

—No te tengo miedo.

«Me tengo miedo a mí mismo», pienso, retándola con la mirada.

Un silencio extraño se instala entre nosotros.

—¿Pasamos al siguiente punto mejor?

—Adelante —dice ella mordaz.

—Muy bien —digo yo calmado, y sigo leyendo—: «Dos: Se despedirá a Ecaterina (?) y saldrá de esta casa lo antes posible».

—No sabía su apellido —aclara.

—¿Qué es esto? —La miro asombrado.

—No quiero que esa mujer siga viviendo aquí, Máximo. No confío en ella.

—No puedo despedirla.

—¿Por qué no? —inquiere con un carraspeo, arrugando el entrecejo—. Es una empleada.

—Ella... —Me detengo—. No es solo una empleada. Es también mi amiga y la hija de Vladím. Nos criamos juntos, siempre ha estado a mi lado, ha cuidado de Katia y...

—Ya veo lo bien que ha cuidado de tu hermana.

—No la despediré —clamo—. Puedo despedir a cualquiera de aquí, pero a ella no.

—Entonces nada de esto tiene sentido —dice con una mueca, tensando los labios—. Sal de mi habitación.

Me quedo de piedra. ¿Cómo es posible que esa chica dulce y agradable parezca de repente un bloque de hielo?

—Lo has hecho para joderla, ¿verdad? —Tamborileo los dedos en la mesa, procurando mantener la calma—. Te has puesto ese vestido rojo a propósito. Sabías que debías guardar el luto en el almuerzo y ella te lo ha avisado, pero has provocado que Ecaterina quedara mal delante de todos.

—Así es. —Sonríe y se cruza de brazos—. Si ella puede mandarme a la biblioteca a limpiar a propósito, solo para desatar tu ira, yo también puedo dejarla mal delante de todos, ¿no es lo justo?

—No lo es, y más cuando pensaba que eres una mujer honesta.

—Lo era. —Traga en seco, como si mis palabras le dolieran—. Y ser honesto no significa dejar que te pisoteen.

—Sé que mintió.

—¡Ah, genial, lo sabes! —Da una palmada sobre sus muslos.

—Rosaline se lo contó a Katia.

—¿Te das cuenta? —Sus labios se arquean con sarcasmo—. Ni tu propia cocinera se atreve a hablar contigo.

Miro el suelo por un instante.

—Ve al grano, Anastasia. Ecaterina se arrepentirá, no lo dudes.

—¿Cómo piensas hacer que se arrepienta?

—Hablaré con ella.

—No es suficiente —dice tajante—. No me siento cómoda viviendo bajo el mismo techo que una empleada que me falta al respeto. Me has convertido en tu esposa, Máximo, y tendrás que acatar las consecuencias.

—Le dejaré claro quién eres. —Titubeo por un instante, buscando una solución—. Y es mi última palabra.

—Ecaterina no volverá a sentarse a la mesa mientras yo esté presente.

—Ella siempre ha comido con nosotros, al igual que Igor y Vladím. —Aprieto el puño—. Son mi familia.

—Yo soy tu familia, ¿recuerdas? —sigue—. Son tus propias palabras.

En el viaje hacia Mónaco le dejé claro que su familia de Serra Rosa ya no existía y que yo iba a ser su familia a partir de ese momento.

—¿Y bien? —presiona.

Respiro hondo, mirándola fijamente. ¡Qué demonios! Está claro que no dará su brazo a torcer, y no puedo permitir que se sienta humillada en su propia casa.

—Acepto —le respondo—. Ecaterina actuó mal y tendrá que pagar por ello.

—Eso también implica que me dejarás total libertad para encargarme de esta casa.

Suelto una leve risa.

—¿Quieres también las contraseñas de mis cuentas bancarias?

—No. Solo quiero libertad para moverme, ordenar, cocinar... —dice calmadamente—, hacer de este sitio un hogar.

La sinceridad en sus palabras me coge desprevenido. Me la quedo mirando en silencio unos segundos. Una parte de mí se resiste a darle control, pero la otra quiere verla tomar ese rol.

—Ese punto lo tienes.

—Siguiente —murmura ella, viendo cómo mis ojos bajan a la lista.

—«Tres —leo—: El esposo permitirá a la esposa que sus familiares la visiten e incluso pasen temporadas viviendo con ellos».

Respiro aliviado. Eso no me supone ningún esfuerzo.

—Creo que ya te dije que tu hermana podía vivir aquí —le recuerdo.

Una sonrisa fugaz atraviesa su rostro y sus ojos se iluminan.

—Máximo... —Se moja los labios—. Me gustaría incluir a alguien más, si lo ves bien.

Me muevo inquieto en la silla por no saber con qué me saldrá esta vez.

—¿A quién?

—Raskol.

—¿Tu hermano? —le pregunto aturdido, recordando que su padre tenía otro nombre.

—Mi caballo.

Agrando los ojos sin saber qué debería hacer: si reír o pensar que esta chica está pirada de la cabeza.

—Es como si fuese mi amigo —habla con alegría, y su escudo de mujer firme se le está cayendo—. Quizá Raskol se ponga celoso de

ti, pero sé que me echa mucho de menos y que le encantará este sitio. ¿De verdad no lo ves? Las vistas, el aire, las flores. Cada mañana lo primero que hago al despertar es mirar el bosque que bordea el castillo, imaginándome cabalgando a Raskol, paseando por la playa y...

«Yo también te imagino cabalgando, Anastasia —pienso—. Pero a mí».

Carraspeo nervioso.

—Pero debes saber que Raskol es un tanto salvaje. Odia lavarse, y eso de que el mar esté tan cerca me gusta. Podría convencerlo para darse un baño y...

—Anastasia... —la interrumpo, aún con una ceja alzada—. ¿Me estás diciendo que quieres que suba un jodido caballo a un jodido avión para traerlo a Mónaco?

Se detiene en seco y parpadea varias veces, mirándome con una sombra de incertidumbre.

—Sí —afirma con ese rostro inocente que me está derritiendo lentamente—. ¿Por qué?

—¡Porque es una locura!

Se ríe.

—¿Eso es una locura, pero no es una locura convertir tu boda en una lucha con espadas? *Catanas*, perdón. —Alza un dedo, corrigiéndose a sí misma.

—Te puedo comprar un caballo.

—No quiero que me compres uno —recalca con los labios fruncidos—. Quiero a mi caballo.

¿Qué pretende? ¿Doblegarme y cumplir sus putos caprichos?

—Sin Raskol y Lidia aquí, no hay acuerdo —sigue decidida—. Y sabes lo que eso significa.

Arrugo el entrecejo, intentando digerir aún que le acabo de proponer comprarle un caballo.

—A ver, señora... —decido seguirle el juego—. ¿Qué significa?

—Que desearás no haberte casado conmigo. Simple.

Demonios. ¿Por qué tengo la jodida impresión de que está hablando en serio? ¿Por qué su voz y el brillo que hay en sus ojos me indican que cumplirá su promesa? ¿Y por qué tengo la maldita sensación de que, en el fondo, quiero reparar una pequeña parte del daño que le he hecho?

—Bien —respondo, sintiendo unas gotas de sudor en la frente—. Traeré a Raskol.

—¡Oh, excelente! —Aplaude con una risita y se tensa en la silla, su rostro iluminándose de felicidad—. ¿Puedo darte un abrazo?

—Eh... —balbuceo—. No.

—Tranquilo, estaba bromeando. Solo que tuerces la nariz cuando te pones nervioso, y eso sube mi autoestima —sigue con esa voz melódica, pero a la vez sarcástica.

—No me gustan tus bromas.

—A mí tampoco tus reglas, pero no me quejo, ¿cierto? —replica con astucia—. ¿Continuamos?

Me guiña un ojo y eso me estremece, pero también hace que me sienta gilipollas. Bajo la mirada deprisa. ¿De verdad tuerzo la nariz cuando me pongo nervioso?

Estiro los dedos y los aprieto sucesivamente mientras me vuelvo a centrar en la hoja. Punzadas de calor atraviesan mi rostro. El rubor no es algo que me caracterice, es la ira que estoy conteniendo. Debe de ser eso.

—«Cuatro —enuncio—: Los esposos no compartirán el dormitorio matrimonial y no mantendrán ningún tipo de relación física o afectiva, con el acuerdo de ambos». Perfecto —finalizo.

—Es lo que me pediste ayer en el desayuno.

—Ya veo que nos estamos entendiendo —murmuro complacido, sin desviar la vista del papel—. «Cinco: Teniendo en cuenta la cláusula anterior, el esposo le permitirá a la esposa tener todos los amantes que esta desee, siempre y cuando se actúe con discreción. Y viceversa».

Releo la frase sin dar crédito. Levanto la vista despacio y la observo. Ella se recuesta en el asiento tan tranquila, como si me hubiera pedido que le pasase la sal.

—¿Amantes? —pregunto con el ceño fruncido—. ¿A qué te refieres?

—Pues... —mira al suelo buscando las palabras exactas— a que, si algún hombre me llamara la atención, quiero tener tu permiso para conocerlo y eventualmente... —carraspea seria— dormir con él.

Siento cómo mis extremidades se vuelven rígidas, como si tuviese ganas de retorcerle el cuello a alguien de repente. Sí, es eso. Tengo ganas de matar a alguien.

—¿Por qué crees que te daría permiso para *dormir* con otro hombre?

La palabra parece una espada en mi propia boca.

—Máximo... —responde seria—, dijiste que no compartirías la cama conmigo. Ni me besarías. Ni me tocarías. Además, no quieres darme el divorcio.

Mis dientes rechinan al oírla.

—Por supuesto que no te daré el divorcio.

Me taladra con esa mirada que no sé cómo interpretar, y menos sus palabras.

—Además, eres virgen —le recuerdo en voz baja, con los dedos apretando el papel hasta arrugarlo—. Pensaba que querías esperar.

Ella ladea la cabeza y sus labios rojos se curvan en una sonrisa letal para mis sentidos.

—¿Esperar para qué?

—Para entregarte a... —le respondo, con el pulso en aumento— alguien a quien ames.

—¿A quien ame? El amor no es más que una invención del hombre para adornar la dependencia —recita como si hubiese memorizado una puta frase de algún libro, justo para soltármela a la cara—. No siempre se necesita amor, y solo espero que no pensaras que quisiera mantenerme virgen de por vida. Si hubiese querido meterme a monja, ten claro que no estaría aquí ahora mismo, sino en un monasterio.

—¡Seguirías estando en este sitio! —Alzo la voz, sin poder controlarme—. Seguirías estando a mi lado, como si tuviera que quemar ese maldito monasterio, ¿comprendes?

—Pues estarías profanando la casa del Señor. —Frunce los labios, fingiendo inocencia—. Katia tiene razón, no te pega ser cura ni con pegamento. Salvo por el celibato, por supuesto.

«Karma. Dios. Alá. Rey de Mónaco. Quien sea. Dadme paciencia».

Me inclino bruscamente hacia ella, apoyando los antebrazos en mis muslos.

—Mientras vivas bajo este techo, no vas a perder la virginidad con nadie. Ni vas a llenar tu cama con extraños, Anastasia.

Me detengo dejando que cada palabra pese. Me siento aturdido y no sé cómo reaccionar.

—¡Oh, un momento! —Se ríe, sus mejillas encendiéndose vertiginosamente—. Tampoco se trata de llenar la cama, estás siendo muy optimista, no creo que tenga tanto éxito con los hombres. Y te explico por qué... —empieza.

Enlazo las manos en mi regazo y me callo. La charla se está poniendo muy interesante. Lo más interesante de todo es que no sé si lo hace a propósito para darme una lección y salirse con la suya o porque verdaderamente esta chica es muy sincera. Pero lo averiguaré.

—A ver... —habla con golpes sucesivos de rodillas, haciendo honor al tic que sé que tiene—, siempre me han dicho que soy guapa y los gitanos de Serra Rosa giran la cabeza cada vez que pasan por al lado.

—¿Solo los gitanos?

Enarco una ceja. Me estoy dando cuenta de que me está gustando esta mierda de tirarle de la lengua para meterme en esa cabecita lo más parecida a una caja de sorpresas.

—Creo que no, porque... —se lleva un dedo a la boca, como si estuviera reflexionando— Antonio, ya sabes, el camarero del aeropuerto, fue muy simpático y me llamó *princesa*.

—¿Pero?

Sonrío inconscientemente.

—Pero —suelta una risita simpática— la verdad es que también soy cabezota, arrogante en ocasiones, vengativa, torpe, inexperta, demasiado delgada —enumera con los dedos—, no sé flirtear y, si te digo la verdad, me he dado cuenta de que ni un solo libro vale para aprender a seducir a un hombre. Además...

—Eres perfecta.

—¿Qué?

Cuando algo la sorprende parpadea varias veces, con la misma rapidez con la que se golpea los muslos. Eso hace que sus ojos se agranden y llamen la atención. Diría que son maravillosamente perfectos, al igual que sus labios gruesos y esa nariz pequeña que alza cuando me lleva la contraria. Y eso es a menudo.

—Nada. Solo decía que no creo que tuvieras problemas en ligar.

—Ajam... —sonríe y respira aliviada—, es bueno saberlo.

—Pero sí tienes un problema gordo. —Apoyo un codo en la mesa serio, como si estuviera hablando de un informe o de un nuevo cliente—. No estás soltera, Anastasia.

Señalo su alianza con un movimiento de cabeza.

—¡Ah, eso lo sé yo! —exclama encogiéndose de hombros—. Pero los acuerdos son para eso. Además, lo dices como si verdaderamente te importara. Entiendo que este matrimonio es ficticio, ni yo quiero nada contigo ni tú conmigo.

Mierda. Está hablando en serio.

—A ver... —Me arremango la camisa nervioso—. ¿Por qué quieres perder la virginidad?

Me muerdo los labios varias veces y empiezo a mover el pie bajo la mesa. No, no puede engañarme. Lo hace para retarme, para ver hasta dónde puedo llegar.

—Por curiosidad.

Menuda respuesta. Jamás me he imaginado que podría verme atrapado en este tipo de situación, que ni sé cómo etiquetar. ¿Una broma pesada?

—Tengo diecinueve años, Máximo —prosigue, muy entregada a la causa—. Y en mi comunidad, una gitana debe llegar virgen al matrimonio, pero en ningún sitio pone que debe llegar virgen a la vejez. ¿Es eso lo que pretendes?

—En realidad... —Me detengo, llevándome un puño al mentón.

¿Qué pretendo? Pensé que el día de nuestra boda iba a terminar todo, y no que me vería conviviendo con ella como marido y mujer.

—Hay muchas formas de sentir placer —replico—. Y no necesitas a nadie para eso. Podrías darte placer tú sola, por ejemplo.

Se sonroja poderosamente.

—No sé cómo hacerlo —admite en un susurro apenas audible, retorciendo sus dedos en el regazo—. Es decir, lo he intentado. Me sé la teoría, pero no noto nada.

Aguanto la risa y me reclino en la silla, disfrutando de cada segundo de su confesión. Jamás pensé que podría estar disfrutando de una charla con aquella que representa todo lo que odio.

—Quizá deberías insistir.

—¿Tú lo haces?

Carraspeo, temiendo que hable más de lo que debo y le grite que anoche me masturbé pensando en ella.

—¡Oh, perdón! —dice atropelladamente—. Por supuesto que lo haces, no podrías estar sin...

Se detiene de repente y mira al suelo, como si barajara la posibilidad de tirar la toalla. Pero yo, sin embargo, no quiero parar. Le daré una lección. Si lo que pretende es hacerme incumplir las normas que le he impuesto, le saldrá el tiro por la culata, porque no pienso caer.

—Creo que... —digo indeciso— podría ayudarte.

—¿Cómo?

Mis ojos se deslizan de nuevo por sus labios, por la curva de su cuello, por ese vestido rojo que representa un golpe bajo a mis sentidos. Sé que estoy coqueteando con el diablo, pero algo en mí me retiene pegado a esta jodida silla, dispuesto a seguir y averiguar qué pretende. Porque aún no me creo de verdad que me haya propuesto permitirle tener amantes, y juraría que es un acto de rebeldía.

—Olvídalo, ¿vale? —añade tras notar mi silencio.

Reflexiono mientras la observo detenidamente. La boca entreabierta. Las manos aún apretadas sobre su regazo. Cada

músculo de su cuerpo tenso. Sus pupilas, dilatadas. La respiración, inestable.

Perfecto.

—Quítate las bragas.

Ella se queda inmóvil unos segundos. Sus pestañas tiemblan y su mirada busca la mía, como si esperara que me retractara, que lo dijera en broma. No lo hago.

—¡¿Qué?!

—Solo hazlo —le indico—. Estarás más cómoda, la ropa interior te quita libertad de movimiento.

—¿Quieres que me masturbe aquí, contigo delante?

—Vaya... —murmuro—. Quieres amantes, pero no quieres que te dé consejos.

—No es eso.

—Tranquila, no te tocaré.

—¿Ah, no? —Me mira con fijeza mientras su expresión cambia. Su rostro pasa de ser inocente para tornarse serio y sus ojos desafiantes.

—Por supuesto que no —digo convencido—. Tengo mucho autocontrol. Además, no te preocupes, el vestido te tapará y mantendrás intacta tu... intimidad.

Respiro acelerado, pero me obligo a relajarme, absorto por nuestro juego retorcido de *a ver quién puede más*.

—Muy bien entonces —dice con una sonrisa decidida mientras se pone de pie.

Despacio, muy despacio, sus manos se deslizan bajo la falda del vestido. Tiembla suavemente, pero obedece. El roce de la tela al deslizarse por sus muslos es casi más obsceno que verla desnuda. Cuando por fin las retira, las aprieta en una mano, expectante.

—¿Qué se supone que...?

—Déjalas sobre la mesa.

Deposita unas bragas negras en la mesa y el olor femenino embriaga mi nariz. Soy como un animal y me maldigo por ello. No, un animal no. Una jodida bestia que está ante el gran reto de contenerse. He podido hacerlo durante ocho años, también podré hoy.

—Siéntate.

Se sienta.

—Ajam, ¿y ahora? —Se relame los labios lentamente, a la vez que acaricia su rodilla con un dedo.

Menuda mujer. Lo hace para seducirme y piensa que caeré en su trampa. Pero se llevará una decepción.

—Abre las piernas —hablo con firmeza.

Me pongo cómodo en la silla cuando ella sigue mis instrucciones y separa los muslos despacio. Puedo ver cómo traga saliva y se sonroja más aún, aunque intenta mantenerse fuerte. En el fondo, debo reconocer que es valiente y no se deja intimidar.

—Ahora... —continúo, intentando ponerme en la piel de una mujer — llévate la mano a los muslos.

Obedece.

—Acarícíate y ...

—¿Y?

Se acaricia los muslos, torpe, tratando de ocultar el nerviosismo.

—Más despacio.

—¿Así? —Me mira, con las mejillas encendidas.

—Así —afirmo—. No con prisa, no como si estuvieras cortando una cebolla, ya llegará esa parte. Hazlo como si fueras a explorar algo frágil y desconocido. Porque lo es.

Ella frena sus movimientos y su muñeca tiembla al rozar la piel.

—¿Sientes algo? —pregunto sin apartar la vista de su rostro, aunque su mano bajo la falda me revela su piel rosada.

—No lo sé —susurra.

—No lo pienses —ordeno con la voz entrecortada—. Hazlo lentamente. No busques placer, solo siente.

Ella cierra los ojos un segundo y, al abrirlos, sus pupilas brillan. El rubor es más marcado, y su pecho sube y baja con cada respiración.

—Despacio, sin presionar aún.

Su mano se mueve, insegura pero obediente, creando ondas suaves en su vestido. Mis ojos no se apartan de ella, quiero ver su reacción. Observo cómo parpadea y lucha contra la necesidad de cerrar los ojos. Abre y cierra, sucesivamente.

Me lamo los labios pensando en cómo diablos haré para frenar el calor que se ha instalado en mí. Pero sabía que esto ocurriría cuando he aceptado su reto silencioso, así que no sé de qué demonios me quejo.

—Ahora presiona.

—¿Mucho?

—Sí... —susurro tragando en seco—. Consiéntete y aumenta el ritmo, *gitana*.

Sé que ese apodo la hará sonreír. Y así es.

—¿Pasamos a cortar cebollas, *Heathcliff*?

—Más o menos —suelto una risita, sorprendiéndome a mí mismo —. Cierra los ojos ahora.

Ella los cierra, un poco más relajada.

—¿Y ahora qué? —pregunta abriendo uno solo. Me mira fijamente.

—No puedes hacer eso.

—¿El qué?

Santo cielo. Me pongo de pie, deshaciendo lentamente el nudo de mi corbata. La silla cruje y eso hace que me observe inquieta,

intentando entender qué pretendo. Aprieto la corbata en una mano y me dirijo a ella.

—No dejas de abrir los ojos y así no podrás sentirlo. No, si sigues controlando cada movimiento, Anastasia.

—¿Me vas a atar?

—¿Por qué todas las mujeres piensan eso cuando ven una corbata? Solo te voy a vendar los ojos —le explico mientras me coloco detrás de ella.

Deslizo la corbata por sus mejillas y rodeo su cabeza, cubriéndole los ojos completamente. Mis dedos anudan despacio, apretando lo justo.

—Así está mejor. No puedes vigilarme ni vigilarte a ti.

Ella respira más fuerte. Puedo ver cómo sus dedos se tensan sobre sus muslos.

—Ahora... tócate —susurro junto a su oído, inclinándome sugerente—. Usa las yemas. Despacio. Nada brusco, ¿vale? Solo círculos suaves.

Ella obedece. Noto el temblor que sacude sus hombros al sentir mi aliento y cómo se arquea sutilmente en la silla. Su respiración se vuelve irregular mientras yo permanezco de pie, detrás de ella, observando cada pequeño movimiento. Entreabre la boca y se detiene cuando la vergüenza la invade, pero luego retoma el ritmo. Y juro por Dios que ya no sé si sigue jugando o siente algo de verdad.

—Eso es... —digo con una sonrisa lasciva que no puedo evitar—. Sigue. No te detengas hasta que te tiemblen las piernas.

Ella deja escapar un gemido ahogado, y ese sonido se queda grabado en mi memoria, como una melodía dulce. Su respiración es un jadeo entrecortado. Cada vez más errático, cada vez más desbocado. El cuerpo entero le tiembla y empuja sus piernas contra

la silla como si el suelo pudiera desaparecer de repente. Su mano ya se mueve casi sola, aunque todavía es torpe; aún lucha contra esa barrera entre la inocencia y el placer.

—Yo... —susurra—. No creo que funcione.

Contengo la respiración. No sé ella, pero yo me estoy poniendo duro de verdad. Siento el bulto que está tomando forma en mi pantalón, y entonces aprieto mis manos en el respaldo de la silla. La miro. La corbata le cubre los ojos, haciéndola aún más indefensa y provocativa. Su boca representa la manzana prohibida del jardín del Edén y sus mejillas están encendidas.

Está preciosa. Jodidamente preciosa.

—Tranquila —mascullo acariciándole el hombro.

Hipnóticamente, me inclino hacia delante y deslizo mi mano hasta su muñeca. Pero ella me frena.

—Quiero sentir tu piel. Por favor.

Una corriente me recorre, pero no le niego el deseo. No sé por qué lo hago, solo sé que parezco estar bajo el efecto de una droga. Genuinamente, yo también necesito sentir su piel. Enseguida, me deshago de los guantes, uno a uno, tirándolos en la mesa, sin apartar la mirada de su boca. Mis nudillos crujen. El autocontrol se evapora lentamente en mis venas.

—¿Preparada?

Me inclino más, flanqueándola desde atrás. Le cojo la mano, guiándola y mostrándole el movimiento exacto. Lento. Circular. Preciso. Me muerdo el labio embriagado cuando ella suelta un gemido contenido que nace de un placer que no entiende del todo y que no controla. Un placer que no es suyo, sino mío. Jodidamente mío.

—Más lento —la freno—. No se trata de llegar ya. Se trata de que no quieras que termine.

Mis labios rozan su cabello y respiro ese perfume a vainilla que se mezcla con su piel. Mi otra mano asciende, bordeando la curva de su cintura, subiendo por la delicadeza de sus costillas hasta su pecho. Rodeo su seno con la palma, lo acaricio con una presión medida, el pulgar atrapando su pezón, que se agranda bajo la tela del vestido. Lo ejercito hasta endurecerlo mientras guío su muñeca bajo su vestido.

Ella se estremece, al igual que yo.

Diablos. Mi erección es incontrolable y su olor me embriaga hasta el punto de no querer despegar mi mandíbula de su sien.

—Eso es, señora. Siente el movimiento. Piensa en algo que te excite. —Le beso lentamente el cuello, con la precisión de un animal domado pero hambriento.

—¿Puedo pensar en alguien?

—Sí —afirmo ahogado, cerrando los ojos—. Piensa en alguien que te haga arder, Anastasia, pero no te detengas.

—¿Puedo pensar en... ti?

Su pregunta es fuego en mi oído.

—Te doy permiso —susurro en su oído—. Piensa en mí.

Todo ha quebrado. Siento gotas de sudor en mi cuello y los músculos tensos. Porque su cuerpo busca más, suplica más. Sus dedos ya no obedecen sus órdenes, solo siguen el ritmo que le marco, hasta que sus caderas se levantan, guiadas por el instinto y la necesidad.

—Tú también puedes pensar en mí... —musita presa de la lujuria.

Inhalo el aire, con los ojos cerrados, torturado por sus propias palabras. Por su aroma. Por su cuerpo. Por esto que siento. Y sé que no se lo puedo negar. No puedo y no quiero. Ella ha ganado. Entonces, mi boca baja por su cuello y besa cada milímetro de su piel, obligándola a ladear la cabeza.

—Yo ya pienso en ti, *malyshka* —le digo con la voz quebrada—. A cada instante.

Anastasia gime, soltando un sonido crudo y desgarrado. Como si mis palabras actuasen como un botón de encendido. Se estremece violentamente cuando deslizo mis dedos más abajo, tocando su piel sensible y empapándome de su deliciosa humedad. Gime poderosamente mientras aparta la mano como si cada músculo, cada fibra, cada célula gritara al mismo tiempo que tengo permiso para poseerla.

—Lo notas, ¿verdad? Siéntelo. Déjate arrastrar. Disfruta...

Diablos.

Estoy perdiendo la puta cabeza. Beso su cuello, su mejilla y su oreja sensualmente al tiempo que masajeo sus pliegues mojados, alternando las caricias con duros golpes contra su centro. Toco mi erección por encima del pantalón, pero sé que no necesitaré más para estallar.

Entonces, gime descontrolada, con mi corbata tapándole los ojos.

La abrazo con fuerza mientras ella inclina la cabeza hacia atrás. La apoya en mi hombro y aprieta los muslos, atrapando mi mano entre sus piernas. Está muy mojada, y eso es suficiente para sentir la explosión desgarradora en mi bóxer. Acompaño su gemido profundo con un gruñido reprimido. Mis rodillas tiemblan, al igual que sus muslos y sus caderas, y su pecho se agita en un clímax tan brutal que parece arrancarle hasta el alma.

La siento quebrarse entre mis brazos mientras mis propios sentidos pelean por no rendirse con ella. Mis labios se deslizan hasta los suyos, a un milímetro, respirando el mismo aire, compartiendo el mismo temblor y la misma locura. Nuestras bocas se buscan por instinto, y podría besarla.

¡Dios, quiero hacerlo! Me muero por hacerlo.

Pero no lo hago.

Maldita sea.

Me detengo justo ahí, al borde, mientras su cuerpo aún vibra contra el mío. Ella tiembla, deshecha y aturdida, igual que yo. No dice nada. No puede. Yo tampoco puedo, simplemente me obligo a separarme antes de perder la cabeza.

Porque lo haría. Con ella. Por ella.

Y eso... no representa una cláusula negociable en nuestro acuerdo matrimonial.

15

Felicidades
Anastasia



> Sin esperanza, no hay nada que perder. Con ella, no somos más que fichas de dominó esperando caer.
>
> DANIELLE LORI

La puerta se cierra de golpe. Ese estruendo es lo último que oigo antes del silencio. Ni una palabra ni una última mirada. Solo sus pasos rápidos y el golpe seco de la madera, un gesto con el que probablemente quiera expulsar de la habitación —y de sí mismo— todo lo que acaba de pasar.

Máximo se ha ido.

Yo, en cambio, sigo aquí, con su corbata aún cubriéndome los ojos. Mi pecho sube y baja, buscando aire, siendo presa de un placer extraño que me ha dejado hueca por dentro. Sé que el temblor que me recorre no es solo físico. Es algo profundo y visceral, algo que

me indica que acabo de ser arrancada, rota y recompuesta en una versión que no reconozco.

Sigo notando sus dedos, sus caricias y su aliento acelerado. El eco de su voz susurrándome al oído y el calor de su cuerpo pegado al mío. El orgasmo me ha desbordado como una ola indómita, una que no avisa antes de romperlo todo. Todo en mí ha estallado en mil fragmentos antes de volver a encajar. Nunca había sentido algo así. Nunca.

Santo Dios. ¿Qué ha sido eso? ¿Así se siente?

Mis piernas siguen temblando y la humedad que me empapa es un recordatorio cruel de que acaba de hacerme suya sin llegar a poseerme del todo. Y lo he permitido. Lo he buscado y lo he deseado. Lo he retado y he salido quemada.

Joder.

Tiemblo cuando desato la corbata, recuperando la vista. La deslizo lentamente por mi piel, acariciando cada centímetro como si pudiera retener en ella el calor de sus manos. La aprieto contra mi nariz, aspirando su perfume: un perfume masculino embriagador que tampoco sabría explicar.

Máximo me desea. Lo he visto en sus ojos, lo he sentido en la tensión brutal con la que controlaba sus impulsos. Me he salido con la mía, él ha faltado a una de esas estúpidas normas. Pero ¿por qué me siento así?

—Me desea tanto como yo a él... —hablo en voz alta, ilusionada, pero al mismo tiempo devastada.

Me obligo a ponerme en pie, despacio, como si mis piernas aún no quisieran sostenerme. Cada paso hacia la puerta es una tortura dulce, porque cada músculo me recuerda la sensación del clímax.

Agito la corbata en una mano y salgo al pasillo. Toco en su puerta. Espero, oliéndola para recuperar las fuerzas que necesito para

mantener con él una conversación seria. La necesito.

—Máximo... —digo con el aire atascado en mi garganta cuando golpeo su puerta de nuevo, reuniendo más fuerza que antes.

Pero no se oye nada.

—¿Qué estoy haciendo, joder? —me recrimino y me giro, volviendo a mi habitación en un suspiro.

Soy gilipollas.

Corro deprisa hacia la pared que nos separa y apoyo la frente. Coloco la palma sobre ella, luego la otra y cierro los ojos. Acerco el oído. Busco algo, no sé, cualquier cosa. Quizá su respiración o sus pasos. Y entonces oigo la música. La maldita melodía.

Violines que emiten notas suaves, todas componiendo esa pieza. La misma maldita pieza que lleva atormentándome semanas, cada noche. Una de esas piezas que Beatrice seguramente solía tocar. El hecho de que él se haya refugiado en su habitación para escuchar su música hace que sienta algo amargo que se abre paso por mi garganta y estalla en mi pecho. ¿Después de todo? Después de llevarme al borde de mí misma, de romper cada defensa, de hacerme tocar el cielo con la mano, ¿es en ella en quien piensa?

Imposible.

«Yo ya pienso en ti, *malyshka* —me acaba de confesar—. A cada instante».

Aprieto los dientes, tragándome las lágrimas que están a punto de salir, pero me recuerdo que ya basta. No voy a llorar porque ni él ni nadie se merece mis lágrimas. Me dejo resbalar lentamente por la pared hasta quedar sentada en el suelo, con la música de fondo y su corbata en la mano. La madera fría me recibe, contrastando con el calor que aún arde en mi piel.

Y de repente, lo recuerdo: hoy es mi cumpleaños.

Me quedo quieta mientras cierro los ojos, la memoria jugándome una mala pasada y recordándome aquello en lo que no quería pensar: Serra Rosa.

«—No soples tan fuerte, que se apaga la vela —decía Mile, siempre mandona.

»—Si no soplo fuerte, no se encienden los deseos —le respondía yo, sacando pecho.

»—Tú pide el deseo, Ana. Yo pienso en el mío —intervenía Lidia, sentada sobre una manta vieja, con los dedos sujetando el pan dulce que compartíamos, como si fuese un tesoro».

Ese era nuestro pastel: una magdalena o un trozo de pan con azúcar, que mi madre conseguía traer de la tienda cuando ahorraba dinero. Pero no importaba. Porque, aunque no hubiera tartas ni regalos, había risas. Había amor. La pobreza no dolía tanto, no como este silencio cargado de música y de vacío.

Me abrazo las rodillas recordando el deseo de Lidia: una muñeca bebé con su carrito y su biberón. Siempre quiso esa muñeca, desde que tenía seis años, y a menudo jugaba a ejercer de mamá.

Me dejo hundir en el maldito suelo. No sé cuánto tiempo pasa hasta que me retiro a la cama con pasos perezosos y unos cuantos bostezos. Doy vueltas hasta que el cansancio acaba venciéndome. Antes de que el sueño me domine por completo, deslizo mis dedos hacia esa zona que aún late. Sensible y húmeda. El recuerdo de sus caricias sigue ahí. El tacto de sus manos queda grabado a fuego en mi piel. Y, aunque cierre los ojos y el sueño me arrastre, jamás podré olvidar esta noche.

Porque él me ha marcado. Y, aunque lo niegue, sé que yo también lo he marcado a él.

—Máximo...

Finalmente, me quedo dormida, pero no antes de tocar la almohada vacía.



Un golpe suave y unos pasos me despiertan. Los rayos de sol me ciegan cuando la cortina se desliza de golpe. Me revuelvo enterrando la cara en la almohada. No, hoy no. Ahora no. Solo quiero esconderme de la realidad, pero la voz de Cécile, dulce y juvenil, rompe cualquier intento de volver al sueño.

—¡Buenos días, señora Anastasia! —exclama—. Disculpe, pero el señor ha mandado despertarla. Es casi mediodía.

Me desperezo deprisa con el cabello enmarañado y los labios resecos. Apenas logro enfocarla cuando, involuntariamente, dirijo la mirada hacia la mesa y las sillas donde él y yo estuvimos sentados anoche. Y, de repente, mis ojos se topan con algo extraño, algo que no estaba ayer en la habitación: una especie de pastel o tarta de chocolate, decorada con cantidades industriales de nata, y un ramo de rosas blancas yacen en la mesa.

Salto de la cama anonadada.

—¿Y esto? —pregunto mientras me enfundo un albornoz a la velocidad de un cohete.

—No lo sé, estaba aquí cuando he llegado.

—No me digas que se han equivocado de habitación.

Escaneo la tarta como si fuese un objeto no identificado llegado de otro planeta. Al lado hay una pequeña tarjeta adornada con letras elegantes que simplemente dice: «Felicidades». No está escrita a mano, de lo contrario sospecharía que él...

Imposible.

Me doy unos cuantos puñetazos mentales pensando en por qué está siempre en mi cabeza. Además, no cumple con el perfil de esposo amoroso que regala tartas y rosas.

—¿Estás segura de que no has sido tú? —le pregunto a la vez que me inclino para oler las rosas. Hay al menos diez, atentamente colocadas en un bonito jarrón.

Ella reprime una risa encogiéndose de hombros.

—Yo no he sido, lo juro.

—¿Cordelia? —pregunto suspicaz.

Acerco el dedo al glaseado de chocolate y lo pruebo. Dios. Casi lloro de lo bueno que está.

—Cordelia está en la cama, señora. Tiene fiebre, y parece gripe.

—Qué pena. Espero que mejore.

—Sí, esperemos que mañana esté mejor. —Cécile baja la voz, como si estuviéramos conspirando—: ¿Le cuento una cosa?

—¡Cuenta, cuenta! —Acerco el oído a la chica, que debe de tener más o menos mi edad.

—La *bruja* ha bajado esta mañana al despacho del señor. Ha salido de ahí que parecía una tetera silbando.

Ambas estallamos en carcajadas.

—¿En serio? —pregunto atragantándome de la risa—. Dime que por lo menos ha roto algo en la cocina porque, si no, la escena pierde puntos, Cécile.

Me dejo caer en la silla junto a la mesa y empiezo a devorar un trozo de tarta directamente de la bandeja. La boca se me llena de chocolate y gloria. Entre mordisco y mordisco, la escena de ayer se reproduce en mi mente como una película.

—¿Te acuerdas de su cara cuando bajé con el vestido rojo? —pongo voz chillona, imitándola—: «Creo recordar que he dejado

claro que vistiera algo de color negro, pensaba que Cécile se lo había dicho».

Ella no aguanta y rompe otra vez en carcajadas, limpiándose una lágrima con el delantal.

—Y usted desfilando por el comedor como si estuviera en la alfombra roja. Me tuve que morder la lengua para no reírme delante de todos.

—Admitámoslo —digo con entusiasmo—. Fue buenísimo.

—¡Por Dios, señora! La señorita Ecaterina parecía a punto de explotar, como si llevara una bomba de relojería en el sujetador.

—¿Por qué la llamas así? —quiero saber.

—Ella nos obliga. Dice que es la que lleva esta casa y que le debemos respeto.

—Era. —Me chupo los dedos, pensando con pereza en la rubia—. ¿Quieres probarla? ¡Siéntate!

Le paso un trozo de tarta a la cómplice de mis pequeñas revueltas domésticas y, mientras comemos juntas, me acuerdo de Katia.

—¿Sabes? Seguro que esto es cosa de mi cuñada —murmuro, señalando la tarta con la cabeza—. Ayer me regaló una colonia de vainilla, y podría jurar que ha sido ella. Es la única que sabía de mi cumpleaños.

—Puede ser —dice con la boca llena—. Por cierto, ¿se acuerda de que me dijo que buscara en su habitación y contara las botellas de vodka que tiene?

—Sí.

—Encontré dos, pero sin empezar.

—Déjaselas ahí —le indico pensativa—. Esas botellas le dan seguridad, Cécile. Leí que, cuando una persona siente que no tiene nada más a que aferrarse, se agarra a lo primero que encuentra.

A mí me pasó con la lectura. Mis libros son lo más preciado que tengo, aparte de mi familia, aunque...

Pienso en él. Pienso en que Máximo se está convirtiendo en alguien importante para mí, en alguien de mi familia.

—Y en cuanto a lo otro, está todo controlado. Fingí que me dolía la garganta, que no podía caminar por un esguince y que tenía diarrea, tal y como me dijo que hiciera —enumera, sacándome de mis pensamientos.

—Perfecto.

—La señora Katia está feliz de atenderme siempre —dice rápido—. Y anoche bajó a controlar la fiebre de la pobre Corde.

—Hay que mantenerla entretenida y que se sienta útil. Así se olvidará del vodka y se sentirá valorada, ¿comprendes? —añado, agarrándome yo misma a la idea de que a mi cuñada le habría gustado estudiar Medicina.

—No se preocupe, le dije a Rosaline que hiciese lo mismo.

—Perfecto. Katia debe ponerse bien cueste lo que cueste. Pero primero debo darle las gracias, Cécile. ¡Espera aquí! —le grito y, con la boca aún manchada, tomo la bandeja con la tarta, o al menos lo que queda de ella, y salgo al pasillo devorando otro trozo que cojo con una mano.

—¡Haré la cama mientras! —la oigo chillar detrás.

Giro la esquina, dispuesta a hacerle una visita primero a Katia y luego a Cordelia, pero, como en las peores películas de terror, me choco de frente contra un muro de... músculos.

Máximo.

—¡Oooh! —chillo, y casi se me cae la tarta cuando siento mi cabeza estrellada contra sus pectorales fornidos. Fornidos, por decir algo, porque la palabra se me queda corta.

Se planta ahí, con su eterna cara de estreñido y los ojos escaneándome como si ya tuviera escrito en su cabeza notas tramposas con todos mis defectos. No solo sus caricias, sino hasta las jodidas notas me persiguen desde ayer.

—Buenos días.

—Buenos... días —digo con la tarta atascada en la garganta.

Mira mis manos sucias y carraspea, apoyándose en su bastón de mentira.

—¿Estás bien?

—Eh, sí... —Intento tragar el trozo, que se me está haciendo bola —. Solo que tu hermana ha dejado una tarta en mi habitación y pensaba ir a darle las gracias antes de que me la coma entera. ¿Quieres un pedazo?

Él ni se inmuta. Se limita a cruzar los brazos, mirándome como si la paciencia le estuviera colgando de un hilo.

—No me gusta el chocolate.

—Bueno, tú te lo pierdes. —Sonrío.

—Prepárate. Dentro de media hora salimos. Necesitas ropa para la fiesta.

—¿Qué fiesta?

—La fiesta que celebraremos en honor a mi socio, ¿recuerdas?

—¡Por supuesto! —exclamo con un tono teatral, recordando la conversación de ayer—. La que darás en honor al italiano *robaesposas*. Solo que... —cojo un trozo y me lo meto en la boca— tengo otros planes.

—¿Como por ejemplo? —Arruga el entrecejo.

—Preparar una sopa para Cordelia, está en cama, pobrecita —hablo pensativa—. Parece que se ha resfriado.

Sus labios se tuercen apenas, como si la palabra *empatía* fuera un vocablo exótico. Me mira de la misma manera que yo miraba la tarta

hace un rato.

—Cordelia es una empleada, no un proyecto de caridad. —Se arregla los guantes, apartándome la vista—. Tú eres la señora de la casa, Anastasia, no su enfermera. Esa es una de tus cláusulas, ¿te acuerdas? Y espero que estés a la altura de tus propias palabras.

—Lo recuerdo perfectamente, pero también ponía que se me permitiría cocinar, ya que no tengo nada más que hacer. Y justo de esto quería hablar contigo. Me preguntaba si... —me acerco a él con pasos lentos y mirada melosa— podría leer alguno de los libros que hay en la biblioteca. Siempre he soñado con tener una biblioteca así, aunque esté llena de polvo.

—Creo que ya te dejé claro que...

—¡Tranquilo! —exclamo, dejándole ver que comprendo sus miedos —. No profanaré ese sitio, que es de... ella.

Intento tragar la saliva que se me acumula en la garganta.

—Solo me preguntaba si me podrías traer algunos libros a mi habitación y...

—Tienes algo aquí. —Me examina, completamente distraído.

—¿Dó...?

Antes de que pueda contestarle, levanta la mano enguantada y, con el pulgar, limpia despacio el rastro de chocolate que hay en la comisura de mi boca. Me estremezco al sentir su tacto suave.

—¿Cenaste anoche, señora? —Su voz es baja y firme—. Parece que llevas un mes sin comer.

Lo miro, sonriendo alegre, y con un dedo recojo un poco de nata que adorna lo que queda de la tarta. Sin pestañear, le planto la nata justo en la punta de la nariz.

—No, no cené. —Me alejo por el pasillo ante su mirada embobada —. Dudo que hubiese podido cenar después de...

Me encojo de hombros, deseando salir de su campo de visión lo antes posible.

—Tú ya sabes.

—Anastasia..., te dije que no me gustan tus bromas —bufa llevándose las manos a las caderas después de limpiarse la nariz.

—Por cierto, la nata pega con tu tono de piel.

Una mentira más grande que una catedral, pero no sé qué decir. Lo único que se me ocurre es huir, así que, sin darle tiempo a replicar, desaparezco por el pasillo y oigo cómo su respiración se espesa tras de mí, igual que anoche, cuando me desató más de una furia, aunque de un tipo muy distinto.

Respiro hondo e intensifico los pasos hacia el dormitorio de su hermana, tirando del albornoz que me cubre parcialmente. ¿Quién en su sano juicio quedaría inmune a un semental con los bíceps tan hinchados como dos pelotas de béisbol y esos antebrazos cuyas venas parecen los afluentes del Duero?

«Mente fría, Anastasia», me ordeno.

Doy un brinco cuando tropiezo con Katia saliendo por la puerta.

—¡Katia! —exclamo feliz—. Muchas gracias.

Le sonrío, agradeciendo mentalmente que ella exista. También agradezco que, por primera vez, su aliento apenas huele a alcohol y sus ojos no se ven tan turbios.

—¿De qué hablas, chiquilla?

Frunce las cejas, mirándome como si le hubiese hablado en chino.

—De esto —le explico, mostrándole la bandeja—. No imaginé que usarías mi confesión de que me gustaba el chocolate en mi contra. Y las rosas son...

Se ríe.

—Yo no he sido. —Su tono es tan llano que la sonrisa se me congela en la cara—. No acostumbro a regalar cosas tan cursis, en

todo caso te compraría ropa o maquillaje. Pero rosas y chocolate, definitivamente... no.

Me enderezo bajando la bandeja a cámara lenta, como si de pronto el sabor se volviera rancio en mi boca.

—¿Entonces?

—Discúlpame, debo irme —dice agitando un casco de samurái y una catana fina en la mano—. Sensei me espera, aunque no sabe que le patearé el culo con esta preciosidad. Pero como lo haga esperar mucho, no quedará nada de Katia Kovalenko.

—¿Tú no has sido?

Cuando niega con la cabeza, siento que el estómago se me encoge.

—Vaya. Supongo que... tendré que descubrir quién se cuela en mi habitación.

—No hay nada que descubrir, corazón —suelta alejándose—. Es obra de mi hermano, esta mañana lo he visto por la ventana. Estaba en el jardín trasero.

—¿Tenéis rosas aquí?

—Sí, pero él nunca les ha hecho caso, hasta hoy —aclara—. ¿Por qué será?

—¡Katia! —Corro detrás de ella—. ¿Le dijiste que ayer fue mi cumpleaños?

No me responde, solamente me señala con el filo de su espada, frenándome en seco.

—¡Atrás, Anastasia-san! —chilla imitando a Igor.

Me lamo los labios cuando suelta una carcajada al ver mi rostro desencajado. Después se pierde hacia la escalera, dejándome en medio del pasillo.

Pero ¿qué leches está pasando aquí?

No me lo puedo creer. Definitivamente, queda descartado que él haya sido capaz de regalarme esto.

¿Cómo es posible que hasta hace dos días Máximo no quisiera ni verme y ahora me esté regalando rosas y tarta?

Corro deprisa hacia mi habitación, echando un vistazo a su puerta cuando paso por al lado. Es como si me sintiera tan feliz que mi pecho fuera a explotar en cualquier momento. Suelto la bandeja con los restos de tarta en la mesa. Abro el armario como una adolescente ilusionada con un compañero de clase. Quiero verme bien. Elegante. Guapa. Irresistible. Que él lo note.

Busco algo que me favorezca y, entonces, un plan toma forma en mi mente recordando el día de ayer. Observo un conjunto de color negro, nada extravagante. La falda no es tan corta como el vestido rojo, es más bien larga. Lleva unos botones dorados desde la cintura hacia abajo y llega cerca de las rodillas. La blusa no es escotada y es sumamente sencilla. Acomodo mi escote y cojo un chal de un color verdoso que combina a la perfección con el amuleto de mi madre.

Vestirme pensando en él es como planear un ataque silencioso. Vaya, todo en esta casa es una guerra, incluso el modo en que me abrocho los botones. Dejo uno suelto, mostrando sutilmente mis rodillas.

Menudo plan.

Cuando voy a echarme perfume, mis dedos tropiezan con el frasco de vainilla. Sonrío antes de aplicarme unas gotas en el cuello y me paseo por la habitación. Me miro en el espejo al menos dos veces, vuelvo a echarme colonia y me siento en el filo de la cama, esperando.

Lo estoy poniendo a prueba.

No pasa mucho tiempo antes de oír unos pasos. El golpe seco de unos nudillos contra la puerta hace que me ponga en pie deprisa.

Abro y examino al tipo alto que hay al otro lado.

—Señora... —dice—. El señor la espera abajo. El coche está listo.

Bajo la escalera con el hombre detrás y me dirijo a la salida principal, echándole un ojo a la puerta de la entrada. Parece que la obra de estos días está tomando forma y la entrada ha quedado casi idéntica a como la recordaba.

El guardaespaldas me señala la puerta abierta del coche oscuro, que identifico al instante, aunque todos son iguales. Dentro está él, sentado en medio de un asiento de cuero de color crema, con la mirada fija en un iPad y el bastón apoyado a un lado. Lleva un abrigo largo y oscuro que se ajusta perfectamente a su figura, y la camisa blanca de debajo hace que su complexión atlética se vea aún más marcada. La corbata está ligeramente aflojada, como si hubiera tenido una mañana larga, y eso solo lo hace más atractivo.

Noto unas gafas de sol oscuras colgando en uno de los bolsillos de su camisa y mi mirada se mueve a su cuello, donde visualizo una minúscula parte del tatuaje del águila, que oculta la camisa. Entonces miro sus manos, y no puedo dejar de pensar en las cicatrices que hay bajo esos guantes. Qué decir. Un verdadero reflejo de un hombre herido física y mentalmente que quiere aparentar otra cosa.

—No tomes por costumbre hacerme esperar —dice con esa voz grave—. Incluiré una cláusula para ello en el contrato.

Me muerdo el labio para contener la sonrisa.

—Hablando de costumbres... —Acomodo la falda y me cruzo de piernas—. Tú tampoco tomes por costumbre decidir sin consultarme. Y probablemente esta vez sea la última que lo consienta.

—No sé de qué hablas.

—No me has preguntado si quería ir de compras, solo lo has decidido y punto.

—Pensaba que te gustaría salir de aquí. También he reservado mesa en un restaurante —añade como si me hiciera un favor.

—¿Me quieres mostrar la ciudad? —pregunto suavizando la voz.

—No exactamente.

—¡Qué pena! —le contesto con la mirada perdida en el exterior—. Me muero por ver la playa.

—Será en otro momento.

—O no.

No responde, tan solo se coloca las gafas de sol, como si fuesen la herramienta perfecta para evitarme.

El trayecto transcurre en un silencio denso, solo interrumpido por el sonido del motor y el leve zumbido del tráfico. A través de la ventanilla, Montecarlo me da la sensación de orden y calidad. Las calles están limpias y las fachadas de piedra clara y los balcones repletos de flores están perfectamente cuidados. Los coches que nos escoltan mantienen la formación, dos delante y dos detrás, todos negros, todos con los cristales tintados. Sus ocupantes no se ven, pero sé que están atentos a cada movimiento. La ciudad sigue su ritmo habitual, ajena a la caravana que corta las calles.

Me muevo en el asiento y mi mirada se pierde sobre la línea de su mandíbula. En la manera en que observa su tableta y aprieta los labios de vez en cuando. En cómo apoya los antebrazos en sus rodillas cuando se inclina hacia delante.

No tolero el silencio, así que respiro hondo y lanzo la pregunta:

—¿Quién es Mikhail Romanov?

16

Tan cerca y tan lejos
Anastasia



> Hay un océano de silencio entre nosotros... y me estoy ahogando en él.
>
> RANATA SUZUKI

—¿Quién es Mikhail Romanov?

Máximo carraspea y endereza la espalda, visiblemente alterado. Lo miro atentamente, intentando identificar una grieta en su autocontrol. Algo que me indique qué está pasando y a quién nos estamos enfrentando. El nudo varonil de su cuello se mueve bruscamente, como si tragara en seco. Coloca una pierna encima de su rodilla con serenidad.

—¿Cómo conoces ese nombre?

—Katia lo mencionó —lo informo—. ¿Quién es?

—Nadie de quien valga la pena hablar.

—¿Ni aun cuando estamos viajando en un coche blindado, rodeados de más seguridad que el mismo presidente? —suelto con voz seria.

—Es por precaución.

—¿Ni aun cuando te has pasado media vida obligando hasta a los criados a empuñar una espada?

—No está mal saber defenderse —dice con una sonrisa sarcástica, como si fuese algo completamente normal.

—Máximo... —murmuro, suplicando más información—. ¿Ni cuando has obligado a tu hermana a quedarse encerrada contigo en ese sitio que, más que un hogar, es una fortaleza?

—Mi hermana es una inconsciente y no tiene nada que ver con Romanov —gruñe, rascándose la frente.

—Y tú un cobarde.

Me atrapa el brazo y me acerca a él, nuestras rodillas chocando violentamente. Le tiemblan sutilmente las manos, y eso es señal de debilidad. Pero también es sinónimo de que ese hombre debe de ser alguien importante, a juzgar por la irritación que muestra de repente.

—Retira lo que acabas de decir, o te juro que volvemos a casa ahora mismo.

—Si crees que compensarás el daño que me estás haciendo llevándome a comprar e invitándome a comer en un restaurante, estás muy equivocado.

Aprovecho el brinco del coche cuando las ruedas frenan para liberarme de su agarre.

—Hemos llegado.

—Muy bien. —Respiro profundamente, mirando cómo sale del coche con la misma actitud gruñona.

Excelente.

Me bajo del vehículo y miro alrededor como si fuese un pájaro enjaulado disfrutando de unos efímeros momentos de libertad.

—Espero que la tienda sea de tu agrado y, si no te gusta, podemos ir a otra.

La tienda. Como si eso fuese lo que más me importara ahora mismo.

No le respondo. Me adelanto a la entrada tras echarle un vistazo al escaparate impecable. La tienda huele a perfumes exclusivos y las luces, cálidas y estratégicamente colocadas, aventajan las texturas de cada prenda.

Él camina detrás de mí, a paso lento, con una mano en el bolsillo y la otra en el bastón, observando cada uno de mis movimientos. Sé que preferiría estar en cualquier otro sitio antes que aquí, sin embargo, ha decidido acompañarme a comprar ropa. ¿Debería tomarme esto como un primer paso hacia la libertad o un gesto que Máximo está haciendo para ganarme terreno y mostrarme una vez más quién manda?

Un hombre se acerca enseguida. Es alto y tiene un aire sofisticado que lo delata incluso antes de abrir la boca.

—Señor, señora, bienvenidísimos. Soy Louis, y mi misión es que hoy brille como una estrella —declara en un español afrancesado, tomando mi mano con mucha cercanía.

Máximo no responde, solo saca el móvil, aunque sé que no lee nada. Solo finge.

—*Mon Dieu!*[1] —exclama el hombre, mirando al techo, cuando el sonido de un teléfono fijo nos interrumpe—. Disculpen, los probadores están aquí. Deseo que se sientan como en casa, no tardaré.

Es en ese momento cuando él me presta atención. A mí y a los vestidos elegantes pero de tonos sobrios que cuelgan en las

perchas.

—Pruébate ese. —Su voz rompe el silencio entre nosotros.

Cojo el vestido que me indica. Negro, ajustado, una raja en una pierna, de escote pronunciado y espalda medio descubierta. Camino hacia el probador, pero antes de cerrar la cortina, lo miro por encima del hombro. Tiro de la cortina, aún furiosa porque no sea capaz de contarme nada. No puedo olvidarme de que siento que estoy en peligro a cada paso que doy, y esto es gracias a él. En Serra Rosa, lo máximo que podía pasarme era que un perro callejero me mordiera, y aquí me persigue un batallón de hombres armados hasta los dientes.

Genial. Ahora encima tendré que comprar la jodida ropa que él me diga.

Me empiezo a desabrochar los botones de la blusa, escaneando el vestido mientras mis facciones se relajan gradualmente. A decir verdad, no me desagrada, y la tela es suave. De hecho, es el vestido más bonito que he visto y he tenido jamás. Me aparto el sujetador, mirando la cortina con el rabillo del ojo, y deslizo la tela en mi cuerpo rápidamente. Sé que debería estar tranquila, anoche Máximo demostró que no iría más allá y que está muy dispuesto a mantenerse fiel a sus cláusulas.

Allá él. Me importa un cuerno.

Inhalo hondo, me aparto el cabello del rostro e intento centrarme en lo que veo delante de mí. Acomodo el vestido en mi cintura y mi trasero mientras me miro al espejo, pero mis dedos llegan torpemente a la parte de la espalda. Hay una cremallera que no soy capaz de subir y resbala entre mis dedos. Me armo de valor y aparto la cortina. Lo encuentro de espaldas, mirando por la ventana, como si estuviera vigilando algo.

—Necesito tu ayuda. La cremallera se me resiste.

Sus labios se curvan apenas.

—Dudo que haya algo en el mundo que se te resista a ti.

¿Qué es eso que acaba de decir?

Se acerca lentamente, arrastrando el dichoso bastón con él, e invade el probador. Luego cierra la cortina tras de sí.

—¿Es eso un defecto o una virtud? —pregunto insegura.

—Un hecho.

—Si no te conociera, diría que estás flirteando conmigo —añado.

—Y yo, que me estás intentando seducir —dice con el mismo tono neutro.

—Tranquilo, no perdería mi tiempo en eso —concluyo antipática, y me doy la vuelta.

No quiero oír su respuesta siquiera. No me interesa.

Cuando le ofrezco la espalda y me aparto el pelo, siento su aliento acariciando la base de mi cuello y sus dedos rozan la tela, deteniéndose justo antes de tocarme. Permanezco en silencio, deseando que mi cuerpo no me traicione, pero creo que es demasiado tarde. Tengo más que comprobado que esto me ocurre solo con él. Y últimamente siempre.

—Sé que estás enfadada conmigo porque anoche no te abrí la puerta.

Pienso en mi respuesta, a la vez que mi respiración se agita, aunque lucho por mantener la compostura. Él no se apresura, solo observa, como si pudiera desvestirme con la vista. Cuando me miro al espejo, nuestras miradas se encuentran.

Cielos.

Permanezco en silencio, con los labios temblándome y el corazón en un puño. ¿Cómo puede un hombre con ojos de acero quemarme con cada mirada?

—¿Enfadada contigo? —Me obligo a sonreír—. Es conmigo misma, Máximo. Definitivamente, fue un error llamar a una puerta que no está abierta para mí.

Sus manos ascienden, subiendo la cremallera con precisión, pero sus dedos no se apartan de inmediato. Se quedan, rozando la línea de mi columna, bajando lentamente hasta la cintura, apretando justo lo suficiente para hacerme sentir que sigo siendo suya.

—Ni para ti ni para nadie —contesta—. Y no es tu error. El error es mío por no mantenerme lo bastante apartado de ti.

«Estúpida —resuena la voz molesta de mi conciencia—. ¿Pensabas que te diría eso que quieres oír?».

Miro al suelo; solo quiero salir de este maldito probador que echa humo antes de hacer más el ridículo, pero sus manos parecen de hierro. Me aprieta la cintura.

—¡Escúchame! —exclama, obligándome a mirarlo de nuevo en el espejo—. No quiero que te hagas ilusiones conmigo. Y, principalmente, no quiero que cargues con esto que arrastro.

La confesión flota entre los dos, como si no hubiera espacio suficiente en ese probador para otra cosa que no fuese la verdad.

—No necesito que me lo aclares. —Mi voz suena firme, pero los ojos me arden. No pienso parpadear, no pienso darle ese gusto—. No te pedí nada, solo que fueses honesto.

Él inclina apenas la cabeza, como si esas palabras le calaran más de lo que querría admitir. No perdemos el contacto visual en ningún momento y no se aparta. Se limita a observarme.

—Si fuese honesto, te arrancaría este vestido aquí y ahora mismo, Anastasia —añade apretando sus dedos en mi cintura, con pasión.

Lo miro atónita. ¿Por qué siento como si hubiera una granada en él que está a punto de explotar?

—¿Pero?

Sé que hay un *pero*. Siempre lo hay.

—Pero uno no siempre puede ser honesto y hacer lo que... le apetece. —Suspira mientras la máscara se le resquebraja. Es apenas un segundo, pero suficiente—. No quiero que seas otra pieza rota en esta historia. Suena jodidamente raro, lo sé, pero lo mejor que puedo darte ahora mismo es... distancia.

Alzo la vista y sostengo su mirada, sin rencor, solamente víctima de un agotamiento extraño. Estoy agotada de esta maldita historia que me tiene inmersa en la incertidumbre. Cansada de creer que estoy empezando a conocerlo. Cansada de hacerme ilusiones y quedar rota por sus palabras e incoherencias, una vez más.

«Distancia», repite mi cordura.

—Entonces dámela. Hagamos esto más sencillo. —Nuestras miradas se siguen abrazando a través del espejo—. Sé que no vas a desaparecer de mi vida, así que mejor dejemos las heridas en paz. No esposos, no enemigos. Solo dos personas atrapadas en el mismo maldito infierno, ¿te parece?

Él tarda en responder. Sus dedos se deslizan en mis caderas, abandonando mi cintura lentamente, como si soltarme fuera la última decisión que quisiera tomar. Pese a que me haya pedido distancia.

—Supongo que eso es un lugar seguro para ambos.

«Un lugar seguro».

Me doy la vuelta deprisa. Cuando quedamos cara a cara, retrocedo un paso. Me aliso la falda del vestido con ambas manos, aún conmocionada por su propuesta. Su confesión es baja y cargada de una tensión que recorre mis piernas como una descarga eléctrica. Estoy aturdida y, durante un instante, el mundo fuera del probador desaparece. Todo se desvanece, excepto la necesidad que se enreda

entre nosotros. Y justo esa necesidad es la gran incógnita de toda esta farsa llamada *matrimonio*.

—Vale. Mantengamos las distancias, entonces —susurro—. Y nada de juegos.

Él asiente despacio mientras sus ojos recorren mi rostro, deteniéndose apenas en mis labios. Pero entonces, se aleja más, como si nada hubiera pasado. Como si no fuese él el que me hubiera dicho minutos atrás que me arrancaría el vestido. Tira de la cortina con suavidad y se apoya en el marco, observándome.

—Quizá deberíamos empezar de cero.

Alzo la mirada, sorprendida por sus palabras. En realidad, ¿qué otra cosa podría hacer? ¿Qué podría hacer estando con un hombre al que no comprendo en absoluto?

—De acuerdo —inhalo el aire con fuerza—, pero con una condición.

—No sé por qué, pero ya odio esa palabra, Anastasia —comenta con un gesto más relajado—. Temo que esta vez, en lugar de amantes o tu caballo Raskol, me pidas adoptar un tigre o un oso panda.

Esbozo media sonrisa, pues verdaderamente me ha hecho gracia su réplica, pero dudo que a él le haga tanta gracia la mía.

—No se trata de mí esta vez —digo despacio—. Se trata de ti.

—Estoy temblando —se burla con una chispa de humor que no sabía que tenía.

—¿Temblar? —Arqueo el entrecejo, retocando los últimos detalles del vestido en el espejo—. Eso no entra en tu vocabulario, Máximo Kovalenko.

—Tienes razón. —Caminamos los dos fuera del probador. Yo con el vestido puesto y él, cojeando sutilmente.

—En realidad, solo quiero que te tomes la medicación.

—No es necesario.

—¡Lo es! —Alzo la voz—. Tengo derecho a imponerte cosas cuando estás poniendo en peligro tu vida. Como, eh..., esposa ficticia.

—¿No crees que sería lo mejor que te podría pasar? —replica, pero no es una pregunta normal y corriente; su mirada profunda me eriza el vello—. Si me ocurriera algo, conseguirías ser libre.

—Pero no así. No deseando la muerte de los demás.

«No deseando la tuya», susurra mi corazón esta vez.

—Entonces eso significa que no me odias tanto como pensaba.

—No te hagas ilusiones, te sigo odiando, aunque... de manera más cariñosa —suelto con total sinceridad.

Sus facciones cambian, pero no me pregunta nada. En vez de una sonrisa, noto esa sombra de ira cernida en su rostro. Una sombra que me indica que mi respuesta no es la más acertada, aunque sea honesta. Sin embargo, funciona.

—Acepto tomar la medicación.

—¡Oh! —exclamo sorprendida—. Últimamente te estás ablandando, *Imperator*.

—Es solo tu imaginación, *gitana* —dice con el mismo humor extraño—. Solo lo hago para no oírte, bastante tengo con Katia.

Sonrío feliz porque por fin lo veo como lo que es: un ser humano. Alguien de carne y hueso que está dispuesto a mantener un diálogo. Incluso la palabra *gitana* suena diferente y, por primera vez desde que llevo a su lado, siento que algo dentro de mí también se libera. Extiendo la mano hacia él, con una media sonrisa que no llega a suavizar eso que aún me arde en el pecho, pero al menos lo disimula.

—Anastasia Angelova —hablo con calma—. Encantada de conocerte.

Él alza las cejas sorprendido por el gesto, pero acepta el apretón de manos. Siento el guante frío, aunque no me importa. Es un comienzo extraño, pero, al fin y al cabo, un comienzo.

—Máximo Kovalenko —responde, dejando escapar una exhalación profunda—. Y créeme, el placer es mío.

Nuestras manos quedan enlazadas, como si no quisieran soltarse nunca jamás.

17

No te tocaré, no me tocarás

Máximo



> Cuando el huracán lo golpee de improviso, entenderá por qué las tormentas llevan nombre de mujer.
>
> RINA KENT

Por más que intente desviar mis pensamientos, siempre termino aquí. En este maldito punto muerto. Con su perfume anclado en mis pulmones, con su voz rebotando en bucle dentro de mi cabeza, con esa palabra absurda que he pronunciado minutos atrás y que no puede encajar con lo que realmente pienso cuando la miro.

«Distancia».

Desde anoche siento cómo el suelo desaparece bajo mis pies. Y desde hace noches, las imágenes de Beatrice se desvanecen. Ya no la recuerdo con nitidez y su rostro es un borrón en mi memoria. Sus

gestos, su sonrisa, su voz. Todos van perdiendo definición, como si alguien los estuviera borrando, dejando espacio solo para una mujer. Para Anastasia.

Y eso me perturba. Me exaspera esta puta debilidad que no logro arrancarme de encima. Porque aquí estoy, sentado frente a ella, observando cómo juega con el tenedor, rozando el borde del plato. Ajena —o fingiendo estarlo— a las dudas que me están consumiendo.

Su voz me devuelve al presente.

—¿Por qué no quieres visitar la tumba de tu padre?

Tenso las manos bajo la mesa. Los nudillos se marcan mientras lucho contra el impulso de desaparecer de aquí. Ella sigue moviendo el tenedor entre los dedos, esperando mi respuesta. Pero no le respondo. Me limito a distraerme con el entorno, buscando anclarme a algo que no sea ella.

El restaurante es pequeño y discreto. Uno de mis favoritos. Además, está cerca de la *boutique*, alejado del bullicio que tanto detesto. He elegido la mesa más apartada, como siempre. Tres de mis hombres vigilan a unos metros, atentos a todo lo que se mueve. Frente a mí, su plato apenas ha sido tocado: un *risotto* sin pretensiones, elegido, probablemente, más por compromiso que por apetito. Y una Coca-Cola. Sencillo. Como ella.

—Es raro que no quieras probar ni las ostras ni el champán —murmuro estudiándola.

Entrelaza las manos sobre la mesa con un gesto nervioso.

—A veces las cosas más simples son las que menos decepcionan —responde, encogiéndose ligeramente de hombros.

—Ya veo que eres una persona sencilla.

—¿Qué esperabas?

—No lo sé. Quizá me gustaría que te dieras permiso para disfrutar más. Puedes tener lo que quieras, Anastasia. Vestidos, coches, lo que se te antoje. De hecho, ya he pensado en comprarte un móvil y... —dejo la frase suspendida, fingiendo que no me cuesta mantener esa charla anodina. Finjo que no me está destrozando cada maldito segundo que paso cerca de ella.

—La felicidad no se compra, ¿sabes? Los coches y el champán no solucionan nada. Los sueños y la confianza, sí. Eso es lo que importa. —Hace una pausa, lo suficientemente larga como para que entienda que no ha terminado—. Y también responder a preguntas, por ejemplo.

La flecha da en el blanco. Sabía que quería una respuesta, y se la merece, aunque no sepa que la verdad podría derribarla.

—Hay muertos que es mejor dejar enterrados.

Me sostiene la mirada. No hay reproche en sus ojos, solo comprensión. En lugar de juzgarme, está compartiendo mi luto.

—Quizá no sea el lugar lo que importa, sino el recuerdo —susurra pensativa—. Y me da que pensar que estás intentando borrar a tu padre de todos tus recuerdos.

—Los recuerdos son peores que una tumba.

—Y, aun así, los recuerdos son lo único que nos queda de quienes hemos perdido, ¿cierto?

—Para mí no. No, si se trata de él.

Su siguiente pregunta llega como un golpe bajo, directo y certero:

—¿Cuánto daño podría hacer un padre a un hijo para comportarte así, Máximo?

Durante unos segundos me quedo en blanco, incapaz de decir una palabra. Entonces, me recuesto en la silla, deslizando la mano al interior de la chaqueta hasta que mis dedos encuentran una pequeña caja. La coloco sobre la mesa y se la acerco despacio.

—¿Qué es? —pregunta con los labios entreabiertos.

La abre con cuidado y sus dedos tiemblan apenas al descubrir los pendientes de esmeralda que le encargué a Vladím. Observo cómo sus pupilas se dilatan y, por un instante, sus ojos brillan igual que las piedras verdes.

—Vaya, esto es muy raro —bromea, soltando una risa suave—. Primero la tarta, las rosas, y ahora... esto.

Se ha dado cuenta de que he sido yo. A decir verdad, no podía no tener un detalle con ella después de anoche. No después de que tomara la decisión de tener a mi víctima feliz. Nadie merece pasar sus últimos momentos de vida sumergido en la miseria y la pena, y menos cuando se trata de un daño colateral. Porque, en el fondo, no fue ella quien mató a Beatrice ni destrozó mi vida, pero sí, es una de las personas que pagarán por ello.

—No sé si creer que lo haces porque te sobra el dinero o porque te estás enamorando de mí.

Un escalofrío me recorre la columna vertebral, pero me controlo.

—No te vengas arriba —agrego ausente—. Quiero que mi socio se lleve una buena impresión de mi esposa en la fiesta. Vi tu colgante y pensé que combinarían. Punto.

—Es de mi madre. —Acaricia el amuleto con ternura—. Me lo entregó antes de irme, como regalo de bodas. Por cierto, ¿cómo supiste que era mi cumpleaños?

—Es mi trabajo saber cosas.

—También sabías que, si me regalabas rosas, no me sentiría tan sola porque me recordarían a Serra Rosa, ¿cierto?

—Cierto —afirmo, sabiendo que me ha pillado.

—Pero ¿por qué blancas?

—No sé, quizá porque... —dudo— el blanco te pega.

No me atrevo a decirle que es por su pureza. Porque solo las rosas blancas podrían definirla en su totalidad: inocente y dulce, pero con espinas cuando decide sacar ese carácter suyo que estoy empezando a conocer.

Ella asiente, dejando que sus dedos recorran la superficie de la cajita antes de cerrarla.

—Gracias —murmura—. Y lo siento por ayer. Por llevar ese vestido rojo en el almuerzo. Sé que fue una falta de respeto, pero no pude evitar vengarme de Ecaterina.

La sinceridad en sus palabras me desarma. Hoy viste de negro, y no es casualidad, lo sé. Es su forma silenciosa de enmendar el error y de guardar luto. Y es por eso por lo que la respeto y la admiro. Sonrío con suavidad, mientras en mi mente resuena la conversación que he tenido esta mañana con Ecaterina. Espero que le haya quedado claro que estoy muy enfadado.

—¿También es tu trabajo saber que me gusta el chocolate?

Hace un guiño a la tarta que le compré.

—Quizá porque ayer te comiste todas las magdalenas de chocolate —replico con indiferencia.

Abre los ojos sorprendida.

—¡Eso no es justo! No me miraste ni una sola vez en todo el almuerzo, ¿cómo es posible que supieras eso?

—No hizo falta mirarte. Cualquier ciego se habría dado cuenta de que ignoraste las de nata, vainilla y miel.

Ella suelta una risa. Esa risita tan suya, tan auténtica, que consigue que me relaje.

—¿Te cuento un secreto? —Se inclina levemente, moviendo un dedo en señal de confidencia—. También me habría comido las de vainilla, pero me di cuenta de que eran tus favoritas, así que te las dejé.

Parpadeo sucesivamente. El golpe es limpio y directo, dejándome sin palabras. Tanta generosidad inesperada me descoloca, así que decido desviar la conversación antes de que pueda desarmarme por completo. No estoy preparado para asumir que ella sea tan generosa, honesta y buena persona. No puedo reconocer que estoy empezando a disfrutar de su compañía.

No puedo y no debo.

Saco otra caja, más grande, y se la acerco. La observo mientras la abre impaciente, intentando mantener la compostura.

—¿Y esto?

—Un regalo extra.

Sus mejillas se tiñen de rojo en cuanto descubre lo que contiene. Pensaba ayudarla a seguir explorando y le he comprado un pequeño succionador femenino. Es la primera vez que veo uno, de modo que yo lo analizo igual de intrigado que ella.

Apenas sus dedos lo rozan y ya se está llevando la mano a la boca. Sus mejillas encendidas le dan un aire tan genuino que parece irreal. Disfruto cada gesto suyo y me esfuerzo en mantenerme serio.

—¿Es esta tu manera de convencerme de no tener amantes? —pregunta; su sonrisa va desapareciendo de su rostro lentamente.

—No —carraspeo—. Es mi manera de asegurarme de que estoy satisfaciendo tus necesidades.

—Eres un sinvergüenza.

Alzo una ceja, porque no sé si bromea o si lo dice en serio.

—Lo sé, me lo dicen a menudo —suelto, y me inclino hacia ella, hablándole al oído—. Es muy fácil de usar, aunque seguro que en la caja vienen las instrucciones.

El ambiente cambia de pronto, pero lo prefiero así. Prefiero estar relajados y bromeando, porque eso desintoxica un poco más mi alma. Sus rodillas rozan las mías bajo la mesa, y en cuanto mi vista

baja a su escote, sé que no estoy exagerando si digo que llevo más de la mitad de los días irremediablemente... tenso. Duro. Jodidamente duro.

—¿De verdad crees que usaré esto?

Su tono de voz me echa para atrás. Enseguida me doy cuenta de que no ha sido un regalo acertado cuando su entrecejo queda fruncido y suelta la caja, deprisa. Apoyo los codos en la mesa y le sostengo la mirada.

—Creo... —digo reflexivo— que es una herramienta. Puedes usarla o no, pero ahí la tienes.

Ella suelta una carcajada seca, de esas que dicen más que cualquier protesta.

—Claro. Porque cuando una mujer recibe un regalo así, automáticamente siente que el hombre que se lo da es considerado, ¿verdad? —Inclina la cabeza con esa falsa dulzura—. Qué atento de tu parte, Máximo. ¿Debería darte las gracias?

La comisura de mis labios se curva apenas cuando me doy cuenta de que le ha sentado mal.

—Todavía no, Anastasia —le respondo, decidido a hacer que se relaje—. No me des las gracias antes de que lo uses. Por cierto, creo que se enciende por aquí... —le indico inclinándome sobre ella, tan cerca que nuestras cabezas chocan.

—No lo usaré. —Pone los ojos en blanco—. No me interesan... estos temas.

Ahogo una risa.

—Ayer no lo parecía —le recuerdo.

—Ayer estaba enfadada y necesitaba hacerte comprender que nuestra situación no podrá seguir así para siempre.

—Lo sé.

—Y ese trasto no... —Se detiene en seco, confusa.

—Pues a las mujeres les gusta mucho, y creo que sé por qué. Tiene muchas velocidades.

Muevo el artefacto en la mano, examinándolo atentamente. Solo quiero evitar que ella piense demasiado y se relaje. No me gustaría que nuestro almuerzo se estropeara por mi imprudencia.

—¿Velocidades? No me digas que esto es peor que estar en un coche de Fórmula 1. —Sonríe un poco menos tensa, y lo agradezco.

—Peor no. Mejor, seguro —le aclaro, quitándole el plástico—. Incluso podríamos probarlo.

—¡¿Qué?! —Levanta la vista con horror.

—Me refiero a... —balbuceo sudoroso, odiando de repente todos los botones de todas las malditas camisas del mundo— probar si funciona. Quizá no tenga batería.

Su rostro parece fuego. Y no es solo su cara la que delata esa agitación. La mía también arde, así que me desabrocho un botón, con un gesto tenso.

Acaricio los botones del dispositivo con la misma suavidad con la que recorrería cada centímetro de su piel. Y, como siempre, mi lado idiota, ese que piensa más con lo de abajo que con lo de arriba, toma el control de la situación. Porque, en lugar de retirarme, como debería, aprieto el vibrador en la palma y me inclino hacia su cuello, como si fuese un maldito imán y yo no tuviera voluntad propia.

—¿De verdad no te gustaría probarlo?

—No lo tengo previsto, y sería mejor que se lo regalases a Katia o a... Ecaterina. Quizá a ellas les hiciera más ilusión.

—En realidad... —aprieto la boca, sin tirar la toalla—, tú te lo pierdes. Pero claro que sería una locura probarlo aquí. Solo era una broma.

Su mirada se intensifica y su aliento se torna veloz. Es solo un momento de debilidad, pero lo suficiente para ponerme un alto.

—¿Querías probarlo aquí?

—Bueno..., quizá.

Me relamo los labios, sin saber yo mismo qué cojones acabo de decir. No digo nada más que gilipolleces.

—No me gusta esto, Máximo —balbucea—. Hemos dicho que íbamos a guardar distancia.

—De hecho, no pensaba tocarte, solo jugar un poco.

¿Y por qué diablos sigo?

—¿Jugar? —Me mira fijamente, enlazando sus manos en la mesa, como si estuviéramos en una reunión de negocios. Noto cómo se cruza de piernas lascivamente, y eso me enloquece—. ¿Y cómo jugaríamos?

—No sé... —digo meneando la cabeza—. Quizá encendería este *trasto* para después...

Permanece quieta, tan quieta que puedo ver con claridad cómo sus pupilas se dilatan, cómo su garganta se contrae tragando saliva y cómo su respiración se acelera en cuestión de segundos.

—¿Después qué?

Noto el pantalón abultado y me siento idiota por alimentar esto que ninguno de los dos necesitamos ahora mismo.

—Lo acercaría a ti y... probaríamos las velocidades.

—Ajam. ¿Y por qué ibas a hacerlo si tú no tendrías... recompensa? —pregunta mordaz.

—Para que me digas si debo devolverlo o si ha valido la pena comprarlo —respondo apretando los labios—. Sería una simple petición de un comprador que quiere probar la mercancía.

—No sé si te refieres a mí o a...

—Hace tiempo que dejé de ser tu comprador —aseguro mientras me acomodo la bragueta con una mano.

—¿Y ahora qué eres?

Una sonrisa ladeada y descarada se dibuja en sus labios, tan peligrosa y tentadora que podría jurar que me está conduciendo directo al purgatorio. Sus dedos, con una lentitud aún más obscena, acarician el succionador que hay en mi mano, sin apartarme la vista.

—Alguien que quiere complacerte. Alguien que intenta limpiar su conciencia. No es tan difícil entenderlo.

El aire entre nosotros se ha vuelto tan denso que podría cortarse con una catana. Las paredes del restaurante, las mesas lejanas ocupadas por desconocidos..., todo sigue ahí. Todo, menos mi mente, que ya no pertenece a este lugar.

—Estás loco —dice, inmersa en la misma aura de excitación que yo.

Me inclino más, acercando mis labios a la curva de su oreja y disfrutando del estremecimiento que recorre su piel al sentir mi aliento.

—Lo asumo. —Aprieto su rodilla con una mano—. Y ya es tuyo, ¿vale? No pienso devolverlo.

—Vale, lo acepto, pero solo pillará polvo. No pienso retractarme, al igual que tampoco pienso perdonarte por la manera en la que me hablaste en tu dormitorio.

—No volverá a pasar —le aseguro, con la voz impaciente.

—¿Por qué iba a confiar en ti?

—Porque empezar de cero implica eso, ¿no? —le contesto disfrutando de la chispa de ilusión que veo en sus ojos.

—No sé por qué, pero tengo la sensación de que este regalo es más para ti que para mí.

—Te equivocas —le respondo intentando mantener los dedos quietos, pero cuelo uno por la raja de su falda.

Me mira fijamente, muy incrédula, y se muerde el labio inferior con esa sonrisa traviesa que revela un sutil hoyuelo en su mejilla

derecha; de hecho, no lo había notado antes.

—Tengo una curiosidad: si yo quisiera tocarte a ti, ¿me dejarías? Sería lo justo.

—¿Por qué querrías tocarme?

—Por... —dice alejando mi mano de su rodilla disimuladamente— curiosidad.

Ella está jugando también, por más que me haya dicho que no le gustan los juegos. Por más que minutos atrás nos hayamos prometido no sobrepasar los límites.

—¿Curiosidad acerca de...?

—La anatomía humana.

—¿Conmigo como conejillo de Indias?

—Quizá —me paga con la misma moneda—. Primero me lo enseñarías y después... tomaría apuntes —remata con una seriedad tan fingida que casi me hace sonreír.

Ya tengo claro que lo hace para joderme. Para castigarme por atreverme a comprarle un vibrador, con tal de que no tenga amantes. Aunque mis intenciones hayan sido de lo más honestas.

—¿Apuntes? —respondo en un hilo de voz grave.

Ella asiente despacio, con esa maldita manía suya de mirarme con inocencia.

—Claro. Nunca está de más ampliar el currículum.

Suelto un bufido irónico, sin dejar de mover el pie bajo la mesa.

—Si es por ampliar tu formación, puedo prepararte un máster. Intensivo.

Sus cejas se arquean y se lleva un dedo a la barbilla.

—Sugerente —comenta, muy interesada—. Has recordado que quiero apuntarme a la universidad. ¿También incluye diploma?

—Incluye todo lo que me pidas, *malyshka* —susurro, más hinchado que una pelota de fútbol—. Excepto piedad.

Ella sonríe incrédula, pero esa sonrisa no quita el calor que sigue acumulándose en mis pantalones a un ritmo alarmante. La muy descarada apoya el codo en la mesa y se inclina hacia mí con un aire burlón.

—Dime una cosa, Máximo... —añade en un tono serio—. ¿Siempre haces regalos tan... educativos?

—No siempre. Solo a quien requiere de mi ayuda. —Mi mirada baja deliberadamente a su escote, pero vuelvo a mirarla cuando se muerde el labio inferior de un modo delicioso.

Entonces carraspea, como si quisiera tomar el control otra vez, y coge el vaso de Coca-Cola para darse unos segundos.

—Debo advertirte —dice al fin, girando el vaso entre los dedos—: soy exigente y tendrás que esforzarte para mantener mi interés..., profesor.

Trago en seco.

—¿Cómo de exigente?

De repente, su rostro serio cambia y me muestra una sonrisa de oreja a oreja.

—Te lo has creído. —Se ríe y bebe de su vaso—. Solo estaba bromeando, cariño. Recuerda tu cláusula: «No te tocaré, no me tocarás».

Me guiña un ojo, muy simpática.

¿Cariño?

Y ahí ya no puedo más. El pantalón me aprieta como mil demonios y la paciencia se me quiebra por completo.

—Discúlpame, tengo que ir al servicio.

Asiente serena mientras guarda el dispositivo en su bolso. Yo, en cambio, estoy sin aliento, con la mente hecha trizas y el pecho oprimiéndome. Siento esa asfixia traicionera que no sé si nace de mi

enfermedad o de esta pasión maldita que ya no soy capaz de controlar.

—Señor, señora... —la voz del camarero rompe el hechizo—, ¿les gustaría pedir postre?

—Sí —respondo tenso—. ¿Tienen alguno que lleve vainilla?

—Sí, tarta de vainilla y crema de hojaldre.

—La queremos.

—¿Algo más?

La miro, pero ella se queda callada. El camarero asiente y se retira.

—¿Por qué de vainilla? —me pregunta, arreglándose un mechón que le cuelga en el rostro.

—No quiero que te quedes con las ganas por mi culpa.

Sin decir nada más, me levanto deprisa, huyendo. Me dirijo al baño con pasos huracanados y cierro la puerta con fuerza detrás de mí, como si faltara poco para romperla.

Demonios. Necesito lavarme la cara. Necesito recomponerme. Todo se está torciendo, y por primera vez desde hace años siento que todo se me está yendo de las manos, porque jamás en mi vida he estado tan confundido.

Qué maldita ironía. Pensaba usarla, pero ahora me está usando ella a mí, y lo peor es que no me importa. Porque he cruzado la línea, y por más que me mienta, ya no la quiero lejos. Y tampoco cerca. Solo sé que la quiero. Punto.

Me apoyo con ambas manos en el lavabo. Sigo inmerso en ese maldito infierno que me quema las entrañas, sin ser lo suficientemente valiente para mirarme en el espejo. Pero, de repente, oigo gritos. Ruido. Mucho ruido. Y disparos.

¿Disparos?

—Anastasia... —Levanto la cabeza con el pulso desbocado.

Fijo la mirada en la puerta del servicio.

18

Incógnita
Máximo



Mis secretos son tuyos. Y te daré los cadáveres de los hombres que te lastimaron.

PEPPER WINTERS

Salgo del servicio y no tardo ni tres segundos en saber que algo está mal.

Encuentro a Anastasia de pie junto a la silla, con ambas manos ocultando su boca. Identifico un gran agujero en la ventana del restaurante y, en el suelo, a solo unos pasos, yace el cuerpo sin vida de un camarero. Unas manchas de sangre resaltan en su pecho, es una herida limpia y precisa.

—Anastasia... —digo con el aliento cortado—. Detrás de mí. Ahora.

No me discute, pero tampoco me obedece del todo. La arrastro bruscamente, cubriéndola con mi cuerpo. No pienso en los seis o siete pares de ojos que nos están mirando en estos momentos. No pienso en nada más, tan solo en ese agujero de bala en el cristal, exactamente donde habría estado su cabeza si no se hubiese movido.

Maldita sea.

Me giro de nuevo hacia ella y respiro aliviado cuando veo que está bien. Entera. Sin un solo arañazo. Aun así, nada en este momento podría calmarme, todo lo contrario, me pone mucho peor.

—¿Estás bien?

—Lo estoy, tranquilo —dice, blanca como una hoja de papel—. No me ha tocado, ha sido solo una bala.

—Podría haberte matado...

Vuelvo a examinar el agujero y después la miro a los ojos. Intento mantener el control, pero por dentro me quiebro. Porque no se trata de un maldito aviso. No, joder. Esa bala era real, y era para ella.

—Diablos. Esto no tiene sentido.

Miro al suelo sin entender nada. No quiero asustarla, en cambio, busco a Sergei con la mirada. Está de pie junto al cadáver, sujetando una Glock 19 en la mano y con los ojos muy abiertos, como si no acabara de creerse lo que ha ocurrido. Al igual que yo.

—Espera aquí.

Camino con pasos agigantados, procurando calmarme. Imposible.

—¿Dónde coño estabas? —Lo agarro del cuello de la chaqueta y gruño en su cara—. ¡¿Cómo demonios has dejado que ese hijo de puta apuntara a mi esposa?!

—¡No me he dado cuenta, señor! —responde nervioso—. Parecía un camarero más, no sabíamos que...

—Pues empieza a rezar para averiguar quién demonios es —espeto con los dientes apretados.

Suelto a Sergei con una sacudida y me arreglo el abrigo con un movimiento rudo, pensando en qué diablos hacer.

—¡Máximo!

Noto la mano de Anastasia en mi codo, preocupada, incluso se me ocurre que se ha colado en mis pensamientos, dándose cuenta de que algo anda mal. Mal, no. Peor de lo que nadie podría imaginar.

—Nos vamos. Ahora —le ordeno.

—Ha sido ese hombre, Romanov, ¿verdad?

No le respondo, solamente le cojo la mano, tensando los hombros y analizando todo a nuestro alrededor, hasta el más mínimo detalle. No suelta mi mano, todo lo contrario, la aprieta más, como si el hecho de que la tocara la conmoviera, al igual que a mí. Mira a todos los lados, en alerta, con esos ojos que agranda en exceso cuando se pone nerviosa. Y no es para menos. Yo mismo siento el pulso en aumento, provocándome esa sensación conocida de mareo, que sé que podría provocarme un desmayo. No sería la primera vez, pero ahora no es el momento, de modo que respiro hondo para calmarme.

Y no es solo eso. Su mano apretándome me transmite cierta tranquilidad y hace que me olvide por un instante de lo incómodo que me siento cuando estoy rodeado de personas. Sé que soy un puto antisocial. Una situación normal, como por ejemplo que todos los clientes del restaurante nos miren, tiene el jodido poder de intimidarme. Más que ese tipo camuflado de camarero y más que esa bala.

Caminamos en dirección a la salida, con los gritos del gerente detrás.

—Máximo, *per favore!*[1] —dice Pietro, cuando estamos a un paso de la puerta—. Lo siento. Sabes que te tengo un gran aprecio, jamás pondría tu vida en peligro.

Me vuelvo y clavo la mirada en el hombre mayor con una calma que he aprendido a aparentar en todo este tiempo, pero mi mano me traiciona. Aprieto el bastón, preparado para rajarle el cuello si fuese necesario. Confieso que, si este hombre no fuese el dueño de uno de los pocos restaurantes de confianza que frecuento, no me temblaría la mano. Si no lo conociera desde hace más de diez años, ahora mismo estaría muerto.

—Te juro por mi familia que no sabía nada de ese chico. —Se detiene, llevándose las manos a la cabeza—. En realidad, lo contraté hace unos días. De verdad, lo siento.

—No es suficiente —respondo seco—. La próxima vez elige mejor a tus empleados.

Sergei suelta un disparo al aire que deja sin aliento a todos los clientes que hay dentro del restaurante. Siento el temblor de Anastasia junto a mí y la obligo a avanzar.

—¡Todo el mundo fuera! —grita Sergei, y los clientes empiezan a salir por patas del sitio, empujándose los unos a los otros en la salida.

La aparto para que puedan desalojar. Aprovechamos el atasco y la confusión que hay para abandonar el local, después de lanzarle una mirada de advertencia a mi hombre. Él sabe qué tiene que hacer y le prohíbo irse del restaurante antes de recibir las respuestas que necesitamos.

—El coche está listo —indica Klaus mientras nos cubre con su cuerpo hasta la puerta de nuestro vehículo. Otros seis hombres nos rodean deprisa, y sería casi imposible que alguien nos atacara, salvo alguien del interior, por supuesto. Eso es justo lo que ha pasado.

Empujo a Anastasia dentro del vehículo, aún en alerta.

—¡Arranca! —le grito al chófer.

—¡Máximo! —dice ella, pero no me giro. Estoy concentrado en analizar a todas las personas que hay en la calle, que, por suerte, no es una calle demasiado transitada. Examino personas y coches extraños. Todo lo que se mueve.

—Ponlos a todos sobre aviso —informo a Klaus, que está sentado en el asiento del pasajero.

—Máximo... —insiste ella, girándose y mirando el restaurante que dejamos atrás cuando las ruedas del coche derrapan sobre el asfalto —. ¿Por qué Sergei se ha quedado dentro?

—Para asegurarnos de que sabremos quién es ese hijo de puta.

—¡Mírame cuando te hablo!

Klaus gira la cabeza con unos ojos como platos, mirando hacia atrás. Entonces, pulso el botón oculto debajo del asiento delantero, sacudido por la furia. Despliego el panel de separación; necesito intimidad y no deseo que los demás se enteren de nuestras malditas discusiones.

—No me vuelvas a gritar delante de mis hombres, Anastasia, ¡maldita sea!

Le atrapo los hombros furioso. Me analiza atónita, totalmente acorralada por mí y por todo lo ocurrido, principalmente por la incertidumbre. Intento calmarme cuando percibo un leve temblor en su barbilla.

—¿Lo matará? —pregunta con un hilo de voz—. ¿Sergei matará al dueño?

—No es asunto tuyo.

Se separa de mí con un gesto nervioso, como si mis palabras le hicieran daño. Sí, estoy siendo cruel, pero su terquedad y su afán de intervenir en todas mis decisiones hacen que pierda los estribos.

—Eres un monstruo.

¿Qué?

La miro sin entender nada. Ella no tiene ni puta idea de todo lo que está en juego ni de lo mucho que me costaría perderla. No sabe en absoluto a qué tipo de demonios nos estamos enfrentando y, aun así, ¿tiene los santos cojones de enfadarse conmigo por querer protegerla?

—Repite lo que acabas de decir —le exijo con la voz rasgada por la puta rabia que siento.

Ella me mira de frente. Sin pestañear. Me desafía con los ojos llorosos, pero no por miedo, sino por decepción. Y eso, sin duda, es peor.

—Todo el mundo puede cometer un error, y ese hombre parecía sincero, ¿vale? —repite—. Quizá deberías haberlo escuchado.

—¿Estás defendiendo a alguien que ha permitido que le cuelen un camarero armado? —espeto enfurecido—. ¿Al tipo que ha servido tu muerte en una bandeja?

—¡Quizá ni lo sabía! ¡Quizá alguien lo obligó o no tenía elección! Podrías haberlo hecho de otra manera.

—Lo hago a mi manera.

—Tu manera —refunfuña—. Estoy harta de tu modo de imponer respeto a base de sangre.

Suelto una risa seca. Vacía. Jodidamente tensa.

—¿Sangre? —respiro ahogado—. En el momento en que alguien se equivoca, otro muere. Esto funciona así, ¡joder!

—¿Cómo funciona? —dice resentida—. Explícale a esta gilipollas que tienes delante que está bien ir matando a personas por ahí, sin escucharlas. Sin darles una oportunidad.

—¡Jesús! ¿De verdad no entiendes que, si yo muestro debilidad hoy —le explico, sintiendo la garganta seca—, mañana te volverán a

apuntar en la jodida cabeza? Y créeme, no fallarán.

—No puedes saber qué ocurrirá mañana y, sinceramente, no entiendo qué coño estás haciendo.

—Protegerte —hablo entre dientes, como si necesitara recordármelo a mí mismo—. ¡Estoy intentando que vivas!

—Pues no quiero vivir así, cargando mi conciencia con la vida de los demás.

Y entonces lo hace. Me mira con un dolor tan puro, tan cruel, que siento que algo dentro de mí se parte.

—Quiero bajar del coche.

—¿Qué?

—Quiero bajar. Ahora, Máximo.

—Ni lo sueñes —le advierto.

Pero ella ya está inclinándose hacia la puerta, pulsando el seguro y tirando de la manilla, aunque estemos en movimiento. Tengo que sujetarla de la muñeca.

—¡Detén el coche! —le grito al chófer mientras bajo el panel de separación.

El vehículo frena en seco y, cuando el chirrido de los neumáticos contra el asfalto corta el aire, ella me lanza una última mirada antes de abrir la puerta. Sale decidida como si de verdad fuera capaz de marcharse.

—No me sigas, ¿vale? —dice—. Necesito estar sola, aunque sea unos malditos cinco minutos.

—Anastasia... —Me llevo el puño al mentón—. Joder.

Pero ya está bajando, cerrando la puerta con un golpe seco. Me quedo ahí, respirando hondo, con las manos temblorosas sobre mis rodillas. Golpeo el reposacabezas del asiento delantero furioso y quiero gritar. Pero no hago nada más, solamente la vigilo. Está

parada mirando a su alrededor, como si intentara respirar aire fresco y despejarse.

Sé lo que está pensando, seguramente piense lo mismo que yo. El mayor peligro que corre no es el mundo exterior, soy yo. Ella está en peligro por haberse casado conmigo, pero su realidad es más que distorsionada. No sabe que es algo mutuo, y que la verdad es que yo y toda mi familia estamos en peligro justo por haberme casado con ella.

¿Cómo no voy a estar furioso? Pensaba que todo sería más fácil. Pensaba deshacerme de ella, pero ahora lo único que me importa es mantenerla a salvo. ¿Será posible?

—Klaus, acompáñala y paga todo lo que quiera comprar —indico cuando veo que empieza a caminar por la acera, dirigiéndose a una tienda que hay a unos pasos.

Ya está anocheciendo.

Salgo del coche mirando atentamente cómo Klaus y tres guardaespaldas siguen sus pasos. Él y uno de mis agentes se pierden en la tienda, acompañándola, mientras los otros dos se quedan aguardando en la entrada. Analizo el escaparate de la misma: muñecas, trenes, puzles, legos, libros, libretas, muñecos de trapo. Es como un decorado navideño.

¿Qué cojones hace en una juguetería?

Mientras ella se mueve entre las estanterías, saco mi móvil y efectúo una llamada.

—Sí.

Respiro hondo, llevándome una mano a la frente mientras hablo, con los ojos clavados en el atardecer que percibo al horizonte. Estamos en una calle transitada esta vez, así que intento no distraerme mucho con los colores anaranjados del cielo. Mis ojos

vuelven a la tienda deprisa y vigilo la entrada con ojos de águila, temiendo que haya más hombres armados siguiéndonos.

—Vlad —hablo atropelladamente, apretando el móvil contra el oído—, han intentado disparar a Anastasia en el restaurante de Pietro.

—¿Qué? ¿Ella está bien?

—Sí —afirmo apoyándome contra el capó—. Un puto camarero infiltrado.

—¿Solo uno?

—No sé. —Me mojo los labios pensativo—. Activa el protocolo de emergencia, estamos en la avenida. Revisa todas las cámaras de seguridad externas y también las del interior del restaurante.

—¿Salgo hacia allí?

—No, he dejado a Sergei dentro —aviso—. Quiero que entres en la base de datos ya.

—Vale, un momento.

Oigo su voz alterada y cómo teclea, señal de que está en la central.

—Date prisa. Necesito saber quién coño es ese hijo de puta. Nombre, país, religión, hasta si tiene perro. Me da igual —añado.

—Ya estoy recibiendo la información.

—Bien.

—El reconocimiento facial no ha dado resultados todavía. Pero no se preocupe, señor. Debe de estar en nuestros archivos o en los de la Interpol —informa—. ¿Llevaba tatuajes?

—Ninguno visible —le respondo, intentando recordar los detalles.

Empiezo a dar vueltas por la acera y mi mirada se vuelve a desviar hacia el escaparate. Observo que Anastasia está hablando con el dependiente: un tipo alto y, en cierto modo, atractivo. Cuando ella le sonríe, él le entrega un paquete pequeño y le devuelve la sonrisa.

Probablemente sea algo para comer, o bien un dulce o caramelos. Sé que es una gilipollez, pero ese hecho hace que dé dos pasos más hacia la ventana.

«Menudo idiota», pienso.

—Señor —oigo el ruido de las teclas y el tono escéptico que mi hombre usa cuando algo no lo convence—, ¿seguro que él no ha enviado a ese chico?

—No, Romanov no ha sido —continúo seguro—. El camarero no tenía la marca del dragón. Y sabes que jamás atentaría contra ella. La quiere viva.

Vuelvo a pensar en ese tipo. No tenía pinta de ser ruso y, verdaderamente, no hay nada que me lleve a sospechar que fuese alguien mandado por Mikhail Romanov.

—Además, el ataque ha sido torpe y ruidoso. No había estrategia. Esa escoria jamás deja cabos sueltos y no dispara en restaurantes a plena luz —prosigo con la respiración entrecortada—. Él simplemente no dispara, punto.

—Así es, mata con acero —añade Vladím.

Aprieto el puño. El recuerdo del corte limpio en el cuello de Beatrice, aquella fatídica noche, me atraviesa desde los pies a la cabeza.

—Por un momento, he pensado en Zorro.

—Yo no.

—Por cierto, me lo han confirmado ya —me informa—. Ese tipo se reunió con cuatro hombres ayer, y uno llevaba la cicatriz vertical del penal de Rostov. Ya sabe qué significa.

—Exbratva —dictamino.

—Y no cualquier bratva. Penal duro. Leales solo al oro o a la venganza —completa Vladím; ambos sabemos de lo que estamos hablando.

—Esos perros están planeando algo gordo, Vlad. —Aprieto los dedos, ya que no siento mis extremidades.

—¿Cuál es la orden?

Inhalo el aire profundamente mientras observo que Anastasia acaba de salir de la tienda con unas bolsas de cartón. Niega con la cabeza cuando Klaus quiere ayudarla y quitárselas de las manos. Probablemente le esté diciendo que no necesita a nadie para cargar las bolsas de la compra. Terca como ella sola.

—Dime quién es el maldito camarero y localiza a Zorro —le indico a Vladím finalmente—. Si se mueve, quiero saber adónde. Si parpadea, también.

—¿Está ordenando una emboscada?

—Justo te estoy diciendo eso.

—Muy bien, señor. Lo mantendré informado.

Cuelgo e intento recomponerme. Me vuelvo hacia ella, procurando deshacerme de la presión en el pecho.

—La Navidad está lejos para comprar juguetes ahora —comento mientras guardo el iPhone en el bolsillo.

—Tranquilo, no pensaba comprar para Navidad —dice—. No miro al futuro tan a largo plazo. Por ahora, con sobrevivir me basta.

Enlazo las manos por delante, sujetando el bastón con fuerza. No sé qué hacer con el carácter de mil demonios que tiene esta mujer, y eso me pone nervioso. Aún no he conocido a alguien que tenga un arsenal tan completo de réplicas punzantes como ella; ni siquiera mi hermana lo hace, y eso que no se calla ni debajo del agua.

—Entonces, no hay regalo para mí... —suelto elevando una ceja.

Ella me mira perpleja, procurando entender si es una broma.

—No, no lo hay —responde ajustando una de las asas que se clava en su muñeca—. No necesitas regalos, a juzgar por tu

soberbia. A ti ya te tienen envuelto desde que naciste, Máximo. Con lazo rojo y todo.

¿Me está comparando con un regalo de Navidad?

—Pues supongo que no soy tan malo si no me devolvieron.

Ella ladea la boca, esbozando una sonrisa irónica.

—Y yo supongo que la política de devoluciones no cubría criminales.

Me rasco la frente, claramente conmovido por su réplica, pero, a estas alturas, nada debería sorprenderme ya.

—Supones bien. Yo solo espero que tampoco cubra a esposas que coquetean con dependientes.

Otra sonrisa. Pero esta vez menos mordaz y más cálida.

Se acerca a mí con pasos lentos, manteniendo ese contacto visual tan único en ella. Siento como si su mirada me atravesara el cráneo y se instalara en mi cerebro para siempre. Juro que tiene ese efecto en mí.

—¿Dependientes? —Arruga la frente—. Ahora no me vengas con que estás celoso.

La miro con el mismo sarcasmo que ella muestra, en cierto modo reprimiendo la risa. Celoso. O sea, yo... celoso. Vale, lo que ella diga.

—¿Tengo motivos para estarlo?

Se encoge de hombros.

—Tú sabrás. —Persigo su lengua relamiéndose el labio superior—. El chico solo me ha ofrecido una galleta y me ha guiñado un ojo. Aunque creo que lo ha hecho más de una vez.

Entonces sí que reprimo la risa.

Qué narices, esta mujer es espectacular, ¿de verdad piensa que me puede engañar? Es mentira que el dependiente le haya guiñado un ojo repetidas veces. Incluso juraría que no se lo ha guiñado ni una sola. Se ha limitado a regalarle una galleta, como a cualquier

clienta, pero es ella la que está tirando de los hilos para ponerme a prueba, como siempre hace.

—¿Una galleta? —Frunzo los labios con interés, decidido a seguirle el juego y así librarme de sus preguntas sobre Romanov—. ¿De qué sabor era? Quiero saber por qué clase de idiota voy a desenfundar mi *joya* esta noche.

—Chocolate.

—Perfecto —digo con una sonrisa falsa—. Está muerto.

—¡Oh, señor Kovalenko! —dice ella, fingiendo escandalizarse—. ¿Todo eso por una mísera galleta?

—No. Todo eso porque nadie le guiña un ojo a mi esposa sin perder un órgano.

Ella suelta una risa, pero sigue siendo la misma risa sarcástica, como si me odiara.

—Eso es muy específico. ¿Lo quieres en el contrato?

—Por supuesto —suelto con un atisbo de rencor—. Ya me informaste sobre tus cláusulas, pero tú no has escuchado las mías.

—Créeme, las escuché, ya que no paras de repetirlas —dice con un dedo en alza, acercándose más.

—Pero no todas —interrumpo.

—Ajam.

—Una de ellas es, sin duda, no flirtear con otros hombres.

—Menudo contrato nupcial —murmura, dándose la vuelta con una sacudida de cadera que sabe perfectamente que no estoy ignorando —. Yo creo que también voy a necesitar una cláusula nueva.

—¿Una más? —le pregunto dando un paso hacia delante—. A ver, explícame...

Inspiro. Espiro. Su olor me envuelve una vez más, como a un vampiro hambriento de sangre fresca.

—Sí, una que estipule que, cada vez que te pongas celoso sin motivo ... —recalca, con el mismo dedo en alza—, me debes un masaje.

—¿Un masaje?

—Así es. Y no me pondré exigente, me conformo con uno. Aunque diría que me debes más de uno.

Alza la barbilla con esa arrogancia tan sofisticada que emana de toda ella cuando quiere dejarme claro que está enfadada conmigo.

—Es mejor que esa cláusula la dejemos fuera.

—¿Y por qué? ¿No te gustan los masajes?

Me quedo mudo, fiel prisionero de su sonrisa. Esta vez, una sincera, y no sé cómo, pero consigue sacarme una sonrisa también a mí. Es algo espontáneo y natural, y eso me jode más aún. Ese poder que tiene de hacerme sonreír, cuando ni yo mismo soy consciente de ello.

Me acerco a su oído como si la rabia y el deseo me arrasaran por dentro. Como si por fin me permitiera hablarle sin filtros ni estrategias.

—No es que no me gusten.

—¿Entonces?

—Anastasia... —digo maliciosamente—, no sería un simple... masaje. No sería algo suave. Ni lento. Ni reconfortante. Sería yo con las manos en tu cuello mientras gimieras mi nombre contra la almohada. Yo reclamándote tan fuerte que me suplicaras que terminase. Y no lo haré.

Aprieto mi mano en su cintura, y eso hace que se toque el cabello nerviosa. Siempre lo hace cuando se siente vulnerable. Enrosca en el índice un mechón mientras tensa los labios. Un gesto mínimo, pero lleno de significado.

—Máximo...

—No me hables de masajes, ¿entendido? —le digo al oído—. Porque si algún día te tengo desnuda en mi cama, no voy a conformarme con tocarte. Voy a besar cada rincón de ti. Voy a follarte tantas veces que te olvidarás de quién eras antes de mí. Y entonces, *malyshka*..., vas a necesitar mucho más que un masaje para volver a caminar, créeme.

19

Para ti
Máximo



Porque las almas fracturadas son como imanes.
Atraídas a colisionar en una dicha imposible.

TILLIE COLE

La voz de Klaus se oye de pronto, y eso hace que Anastasia no me responda.

—Señor...

—Sí —carraspeo, retirándome de ella.

—Pietro decía la verdad. Su teléfono, sus cuentas y sus cámaras han sido intervenidas. Nada lo relaciona con el atacante —informa—. El dueño pensaba que era un camarero que pasó una entrevista hace unos días.

—¿Se lo ha identificado?

Miro de reojo a Anastasia, que en este instante se rasca la frente con un gesto nervioso.

—Aún no, pero encontraremos algo —responde convencido.

—Dile a Pietro que correré con los gastos de la reparación, pero también dile que ha perdido un cliente. Jamás volveré a pisar su restaurante, ni yo ni mi esposa.

—Entendido.

Entonces noto el cambio en ella. Sus hombros bajan levemente y esa furia que hace un segundo le encendía los ojos parece menguar ahora, aunque no desaparece.

—Nos vamos —digo, respirando aliviado porque el italiano no me haya traicionado.

Cuando Anastasia se adelanta y quiere montarse en la furgoneta, con un solo movimiento, la detengo agarrando su muñeca.

—Aquí no.

Ella frunce el ceño, pero no se resiste, tan solo me mira confusa, esperando una respuesta.

—Nos vamos en el todoterreno. Que Klaus y los demás cojan la furgoneta.

—¿Por qué?

No le respondo. No podría confesarle que el motivo que hay detrás es que no quiero quedarme a solas con ella en los asientos traseros de la Mercedes. No después de lo que pasó anoche en su habitación o después de lo que acaba de pasar hoy. Hay demasiadas pruebas que me indican que, cuando se trata de ella, no soy tan inmune como creía.

—¡Klaus, las llaves! —grito, dejando atrás el vehículo de varias plazas en el que hemos viajado.

Le abro la puerta del todoterreno y arranco. Ella se abrocha el cinturón del asiento del pasajero y se queda mirando la carretera en

silencio durante varios segundos. Mientras nos alejamos por la avenida, Klaus y los otros tres vehículos nos siguen de cerca.

—No lo has matado.

No es una pregunta, sino una constatación.

—¿A qué te refieres?

—El dueño del restaurante.

—Ha tenido suerte —respondo girando el volante en un semáforo en una de las avenidas más concurridas de Montecarlo—. Pero si Pietro llegara a estar implicado, no habría dudado. No contigo en juego.

Ella asiente apenas con un movimiento. No lo aprueba, pero lo entiende. Quizá por primera vez comprende el lugar desde donde actúo. Mis hombres siguen nuestro rastro a pocos metros, atentos a cualquier señal. Su presencia es lo único que aún me recuerda que esto es una guerra, aunque por momentos se me olvide.

—Quizá si me contaras por qué te busca ese hombre, podría entender mejor por qué han intentado agujerearme la cabeza hace un rato.

—Te equivocas, es todo lo contrario —suelto con un apretón de labios—. Soy yo quien lo está buscando.

—¿Porque asesinó a Beatrice?

No la miro, tan solo enrosco más mis dedos en el volante y me tenso en el asiento del conductor.

¿Cómo se atreve a nombrarla otra vez? ¿Cómo demonios se atreve?

—Lo estoy buscando porque es un hijo de puta y se merece morir.

—¿Y la policía no pinta nada en todo esto? —pregunta nerviosa—. Es decir..., ¿por qué ese hombre no está entre rejas después de lo que hizo?

—Porque no hay gobierno o sistema que pueda con él —afirmo, aunque me duele reconocer la realidad delante de ella.

«Ni siquiera yo, con toda la maldita tecnología que manejo», pienso.

Noto su mirada inquisitiva sobre mí y cómo mide con cuidado cada palabra que sé que me soltará en los próximos cinco minutos.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Depende.

Su tono es tranquilo. Quizá incluso demasiado tranquilo, como si a mi lado se sintiera... ¿a salvo? Sí, a salvo conmigo. Irónico.

—Máximo... —Duda un segundo—. ¿No te has planteado que podrías volver a enamorarte?

Mis dedos vuelven a cerrarse con fuerza en torno al volante. El cuero cede ligeramente bajo la presión, pero no aflojo. Me quedo quieto, anclado al asiento, sintiendo cómo la pregunta resuena en mi cabeza más fuerte que cualquier disparo. Una parte de mí quiere fingir que no la he oído.

—Ya en serio... —continúa—, sé que debe de ser difícil amar a alguien y perderlo, pero eres demasiado joven para pensar que no podrías rehacer tu vida.

Levanto la mirada. No hacia ella. Hacia la oscuridad.

—¿Y tú? —le devuelvo la pregunta, buscando invertir el peso de la conversación—. Dijiste que no crees en el amor.

—¡Lo dije, por supuesto! —asiente con una chispa de burla—. ¿Quién no lo diría después de que la encerraran en una habitación durante días y se enterara de que su futuro esposo es...?

Hace una pausa. Sé cómo termina la frase, pero quiero oírla decirlo.

—Un asesino.

—Lo soy —afirmo—. Y me alegro de que te hayas dado cuenta de lo peligroso que puedo llegar a ser.

—Bueno, creo que con el tiempo he descubierto que no eres tan peligroso.

Giro la cabeza bruscamente, clavando los ojos en los suyos. Eso sí que no me lo esperaba. No después de todo lo que ha presenciado.

—Hablas como si fueses alguien que me conoce, Anastasia —murmuro con la mirada perdida—. Y no me conoces en absoluto.

Ella me observa, sin pestañear. No parece importarle cuántas veces le advierta que no sabe con quién está hablando.

—Tienes razón —dice—. Pero me gustaría conocerte, y creo que... vamos por el buen camino.

El motor se apaga y el silencio se adueña del ambiente, roto solo por el chasquido metálico del freno y el sonido de sus dedos jugando con el cierre del cinturón. Le he pedido a Klaus que me dejara el Land Rover no por capricho. Necesitaba el control de algo, aunque solo fuera el volante. En realidad, hacía tiempo que no tocaba un volante, pero hoy, en el viaje de regreso, he sentido la necesidad de conducir. No es casualidad, y pocas cosas en mi vida lo son. Me conozco lo suficiente como para saber que todo responde a un motivo: necesitaba estar distraído. Mantener las manos ocupadas, los ojos fijos en la carretera, el cuerpo tenso. Todo, menos dejarme arrastrar por el veneno que empieza a filtrarse en mis pensamientos cada vez que la tengo cerca.

Cuando apago las luces, ella se gira ligeramente, buscando algo en el asiento trasero, y recoge con cuidado un par de bolsas de cartón, la compra que ha hecho en la tienda. Sus movimientos son lentos, como si pesaran más las palabras que está a punto de soltar que las compras que sostiene.

—¿No piensas que ya no somos los mismos que hace semanas?

No le respondo. No porque no quisiera, sino porque no puedo. Entonces me obligo a salir del coche, evitando así sentir eso que me aplasta. Ella también se baja, antes de que me dé tiempo a abrirle la puerta. Me apoyo en el bastón, acomodando el peso, y caminamos en silencio hacia la entrada del castillo, uno al lado del otro, con la misma sensación de que una unión desconocida se está instaurando entre nosotros.

—Te ayudo. —Extiendo la mano para ofrecerle mi ayuda con las bolsas.

—No es necesario, puedo.

—No lo dudo, viniendo de ti —señalo—. Me quedó claro cuando casi me degollaste hace unos días, ahí fuera.

Le señalo el campo de entrenamiento con un movimiento de la cabeza. Ella me mira con esa sonrisa simpática que se está convirtiendo en un soplo de aire fresco.

—¿Degollar? No parecía que pensaras eso. —Agita la mano—. ¿Te recuerdo que usaste la palabra *juguete* para referirte a mi cuchillo?

—No hace falta recordarlo, y tampoco ser tan terca.

—No es eso... —niega—. Es el hecho de que me trates como si fuese una muñeca de porcelana que está a punto de romperse, y no es así, ¿vale? Quiero demostrarte que puedo con todo.

—Estoy seguro de que puedes con todo.

Al entrar en la casa, me inclino ligeramente sobre las bolsas, curioso. El cartón cede con facilidad, y no tarda en asomar una caja de un carrito de juguete. Rosa, con detalles de encaje. Y dentro, un bebé de plástico, con cara de circunstancias.

Palidezco.

¿Un jodido bebé?

—Tú... ¿te has comprado un bebé de juguete? —Arqueo una ceja.

Estalla en carcajadas, rompiendo el silencio del vestíbulo. Yo disfruto de su risa, alegrándome de que, pese a todo, la noche no terminará mal, con ella cerrándome la puerta en la nariz y yo galopando por mi habitación como un caballo de rodeo.

—No es para mí, genio —responde lanzándome una mirada arrogante.

—¿Genio?

Asiente con una risa ligera, orgullosa de sus compras.

—Es para Lidia, mi hermana —aclara—. Le encantan las muñecas y siempre ha querido un cochecito, aunque tenga casi dieciséis años.

—Quieres mucho a tu hermana.

—¿Quererla? —Sus ojos se agrandan mientras acaricia el paquete de plástico del bebé de juguete—. No solo la quiero, es mi vida. Amo a Lidia más que a mi vida. Es una niña muy lista y ojalá la viera pronto. ¿Sabes cuándo vendrá?

—Mandé a... alguien a recogerla.

—Bueno, pues ya tengo su regalo. —Sonríe feliz—. Oh, Máximo, cuando vea el cochecito se va a poner la mar de contenta.

—Echas mucho de menos España, ¿verdad?

—Muchísimo. —Camina con la mirada baja—. Ojalá pudiera volver pronto y, en realidad, me gustaría que fuéramos los dos.

—¿Los dos?

Entonces, coge mi mano en la suya con calma, erizándome el vello de todo el cuerpo. Lo ha hecho porque ha querido, y eso me mueve por dentro.

—Me ha gustado cuando me has cogido de la mano en el restaurante —señala alegre—, aun cuando somos pésimos para respetar las normas.

—Yo... —Miro su mano anclada a la mía, pero soy incapaz de retirarla. Hay algo en sus ojos que me bloquea y hace que no pueda

moverme—. En realidad, no estoy acostumbrado al contacto físico. Llevo tanto tiempo sin tenerlo con alguien que a veces siento que no sé cómo hacerlo.

—Podrías empezar quitándote estos guantes.

Tiemblo, y mis miedos e inseguridades vuelven a florecer.

—¿Por qué?

—Porque seguro que te estás asando de calor.

Increíble. Ella quiere que me deshaga de los guantes porque piensa en mi temperatura corporal.

—Quizá... —musito—. Quizá algún día, pero te aseguro que ver mis manos no será agradable.

—Ya las vi. Y no salí corriendo, así que no hay nada que temer.

Está loca. Su locura y su espontaneidad me atrapan cada vez más.

—En realidad, tampoco podías hacerlo, ¿lo olvidas?

—Si te soy sincera, sigo confundiendo este sitio con una cárcel medieval.

—Bueno, no se está tan mal aquí, ¿no?

—Más o menos —replica—. Solo se salva porque la comida está muy buena, de lo contrario...

—¿Y por mí no? —Me llevo su mano a la boca sin perder el contacto visual.

No sé qué demonios estoy haciendo, pero no hay duda de que parezco un jodido baboso intentando seducir a una mujer.

—Bueno, te respondería, pero antes me has dicho que una de las cláusulas es que no puedo flirtear con hombres —retira su mano con el mismo disimulo que ha retirado la pierna en el restaurante.

—Con *otros* hombres.

—Ah, vale, perdón.

Me obligo a morderme la lengua y no hablar más de la cuenta, pero eso no quita que me quede completamente bloqueado,

mirándola. Ella parece que ni se percata, y saca de la bolsa otra caja, cuadrada y plastificada, adornada con dibujos de fonendoscopios y jeringuillas de colores.

—Y esto es para Katia.

Me cruzo de brazos.

—¿Un juego de médico para una mujer de veintisiete años? —pregunto ladeando la cabeza.

—Ajá. Creo que, si juega lo suficiente, acabará matriculándose en la universidad. Un empujón de motivación nunca viene mal, ¿no crees?

—¿Universidad?

No me lo esperaba. Ni esa respuesta ni el tono que usa. Por un segundo, en sus palabras no hay nada de ironía, solo algo limpio y honesto. Como su alma pura.

—Sí —asiente convencida—. Deberíamos ayudar a Katia a apuntarse a la Facultad de Medicina. Máximo... —Aprieta mi antebrazo y sus ojos brillan como luciérnagas en la penumbra del salón—. Quizá tu hermana solo necesite que le digas que puede lograrlo. Que aún puede cumplir sus sueños.

Sus consejos me dejan un sabor extraño en la boca, algo parecido a la esperanza.

—Sus sueños... —murmuro girando el rostro hacia los ventanales oscuros del *hall*—. Los sueños a veces son como los castillos: los levantas piedra a piedra, pensando que algún día vivirás dentro. Pero luego vienen los incendios, Anastasia. Y lo que queda no se parece en nada a lo que habías planeado.

Ella no responde al principio. Pero lo noto. Esa forma suya de callar no es indiferencia, sino respeto.

—¿Y tú? —susurra.

—¿Yo qué?

—¿Qué soñabas tú antes de que todo ardiera?

Respiro hondo, recordando al *yo* de hace casi una década. El *yo inocente* que soñaba con viajar, tener al menos cuatro hijos, comprarse una pequeña casa en Mallorca y vivir feliz con Beatrice a mi lado.

—Leer. Viajar quizá. —Me encojo de hombros como si no importara—. Pero uno no siempre escoge el infierno en el que cae.

—¿Y si no todo estuviera perdido?

—¿Y si lo estuviera? —la corto con dureza, pero no con rabia—. Hay lugares a los que no se puede volver, ¿vale? Solo puedes mirar desde lejos.

Aprieto mi mano en el bastón. Ella frunce el ceño, confundida por esas palabras que me salen como torrentes, pero lo ha entendido. Es lista. Es tan jodidamente lista como para darse cuenta de que mis ojos están clavados, inconscientemente, en el pasillo del ala derecha. El único pasillo de toda la casa que hace que tiemble, pero a la vez me llene de placer. El que me lleva a la biblioteca.

—¿Nunca vas ahí? —pregunta.

—Intento no hacerlo.

—Comprendo —dice en un susurro—. Comprendo que visitar un sitio que era suyo no es pasar un buen trago.

—Nuestro —confieso en un arrebato, pero no me arrepiento—. Era nuestro. Me encantaba leer mientras Beatrice tocaba el piano.

Me doy la vuelta y toco la barandilla esta vez, como si no decirlo de frente lo hiciera menos real. Pero ella camina detrás de mí, dispuesta a escucharme.

—¡No me digas que esos libros son tuyos! —exclama asombrada.

Me vuelvo hacia ella. Hoy estoy exhausto y mi enfermedad hace que me sienta más débil aún.

—Curiosamente, sí. —Sonrío en paz—. Mandé construir esa biblioteca cuando todavía creía que podía permitirme el lujo de tener un futuro.

Se queda en silencio y frunce los labios de ese modo tan adorable que me vuelve loco.

—Jamás habría pensado que te gusta leer, aunque... —sigue conmocionada— debería haberme dado cuenta.

—Ya no me gusta.

Miento. O al menos intento convencerme de ello.

—Máximo —dice apretándome la mano—. No puedes simplemente renunciar a... todo.

—No estoy renunciando, pero no estoy preparado para volver a abrir esa puerta.

No protesta, solo recoge las bolsas y se aleja lentamente. Pero antes de subir, se detiene en el primer escalón y me mira.

—A veces, abrir una puerta no significa volver atrás. Puede ser solo otra forma de seguir adelante.

Habla con esa voz tranquila, suave, sin adornos, que dice más verdades que todos los libros que me he leído de esa biblioteca. No hay compasión barata en sus palabras, solo esa testaruda fe que ella pone en todos menos en sí misma.

No le respondo al instante. Y no porque no quisiera, sino porque una parte de mí —la parte más asustada— sabe que, si ella me sigue hablando así, me va a obligar a vivir de nuevo. Y no estoy preparado, joder. Y menos con ella.

—¿Piensas arreglarnos a todos o qué? —respondo al fin, apoyado en la baranda de la escalera—. Katia, Lidia, yo. Deberías cobrar por horas.

Intento olvidarme del peso que siento aplastándome el tórax y la sigo, subiendo los escalones lentamente. Ella sin parar de hablar y

yo, mirando la manera en que la tela oscura de su falda evidencia sus duras nalgas. Diablos. Me encanta su culo.

—¿Sabes? Contra todo pronóstico, tienes sentido del humor, Máximo Kovalenko —suelta amable—. Ya en serio, alguien tiene que pensar en el futuro, porque vosotros solo sabéis vivir del pasado. Sois unos aburridos.

Irónico pero cierto.

Me río. Estoy aquí, a unos metros de la puerta de su habitación, babeando por ella y por su compañía. ¿Quién lo iba a decir? Pero también me río porque sé que, como la señora Kovalenko no vaya pronto a dormir, tendremos un grave problema.

—Hemos llegado —dice.

—Sí. —Miro su puerta, y respiro hondo—. Descansa, mañana...

—Esto es para ti —añade de repente, dejándome con la palabra en la boca.

Observo que se agacha y saca una pequeña caja de la bolsa de cartón. Me mira con las mejillas teñidas, como cuando estás haciendo algo que te hace temblar las piernas y te avergüenza.

—¿Para mí?

20

Jamás te he odiado

Máximo



> A veces siento que por dentro soy una inundación furiosa de emociones cuando te miro, pero no me importa ahogarme.
>
> CORA REILLY

Me paso una mano por la frente nervioso. ¿Nervioso? No. Atacado. Jodidamente atacado de los nervios. Pensaba que no me había comprado nada. Que alguien piense en mí de esa forma, sin esperar nada a cambio, es muy raro.

—¿Adivinas qué es? —me pregunta impaciente.

Su mirada se mueve de la caja alargada a mí y así sucesivamente.

—No es mi cumpleaños.

—No hace falta que lo sea —matiza—. Los gestos no necesitan excusas.

La caja es de un rojo discreto y de una tela barata. La abro despacio y, dentro, hay un bolígrafo bastante sencillo. Pero en el lateral hay grabada una frase que, por mucho que me esfuerce, no soy capaz de leer en voz alta. Sostengo el bolígrafo entre los dedos, girándolo despacio mientras la frase parece grabarse a fuego en mis retinas.

—«A veces el destino se escribe con tinta invisible» —leo en voz baja, casi como si no fuese capaz de creer esto que está ocurriendo.

La miro atónito.

—Simplemente me pareció que encajaba contigo —susurra nerviosa.

—¿Y qué te hace pensar que yo creo en el destino?

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. Al verlo, he pensado que a veces hacemos visible aquello que existe solo en nuestra cabeza, y lo que existe de verdad queda en un segundo plano.

Su sinceridad me golpea más fuerte que cualquier bala. Suelto una risa seca.

—Pues, si el destino existe, entonces me debe una lista muy larga de cadáveres.

Ella no se asusta, al contrario, sus labios se curvan en una sonrisa preciosa.

—Quizá el destino ya te ha enviado algo, pero estás demasiado ciego para verlo, Máximo.

—¿Tú? —pregunto—. ¿Eso crees, que el destino te ha traído a mí como si fueras la solución a toda esta... mierda que me ahoga? —digo con los labios apretados.

—No hablaba de mí.

Su sonrisa desaparece, dándose cuenta del tono punzante de mis palabras. Palabras que, seguramente, la puedan herir, pero cuando me doy cuenta, ya es demasiado tarde.

—Tienes suficientes motivos para pensar que la vida te está dando señales. Tu hermana, por ejemplo. Katia es la prueba clara de que no debes centrarte siempre en lo que ves. Hay cosas más importantes más allá. —Su tono es firme, pero me provoca ternura. Y, sí, es algo que hasta hace poco era incapaz de sentir.

Me quedo en silencio. Mis dedos cierran el bolígrafo con fuerza antes de guardarlo en el bolsillo de mi pantalón. Y no me lo quedo porque me guste ni porque crea en el destino. Lo guardo porque ella me lo ha dado, y eso, maldita sea, representa un grave problema.

—Bueno... —balbuceo nervioso, decidido a terminar la conversación—, gracias. Aunque digas que es por la frase, sé que en realidad me lo has regalado para que te escriba más notas. No lo niegues, te gustó la experiencia.

—Bueno, eso es algo que nunca sabrás —murmura con ese tono juguetón que hace que se me encoja el estómago—. Por cierto, tengo tu corbata.

—Te la puedes quedar.

—¿Seguro? —Frunce los labios.

Mmm. No sabe el daño visual que me provoca cuando frunce la boca de esa manera.

—Podría servirte —digo mientras apoyo una mano en la pared y me inclino sobre ella—. Recuerda que debes mantener los ojos cerrados, mover el dedo en círculos y... —me relamo los labios— no dejar de insistir.

Mi boca se seca rememorando lo lejos que estoy llegando con ella y lo débil que me siento. Pero el momento se rompe cuando oímos pasos en la primera planta. Cuando me giro deprisa, me parece ver una silueta deslizándose hacia uno de los pasillos, en la penumbra, y una melena rubia.

—¿Ecaterina?

Anastasia y yo miramos hacia el final del pasillo, pero, aunque me haya parecido verla, nadie responde.

—Quizá le guste escuchar conversaciones ajenas —suelta burlona —. No me fío de esa chica, Máximo. Y mucho menos de cómo te mira.

—¿Celosa? —la provoco, acercándome lo suficiente para sentir las caricias de su aliento en el mentón.

—¿Yo, celosa? —Eleva la barbilla—. Tú y yo no somos nada, cielo.

—Entonces no tiene sentido que te diga que Ecaterina no me interesa.

El leve temblor en sus brazos me obliga a detenerme.

—Espera.

Me desabrocho el abrigo sin pensarlo y se lo coloco sobre los hombros con un gesto rápido. No me da tiempo a mirarla, pero la siento. Se queda quieta un segundo, como si no supiera qué decir. Luego lo aprieta contra su cuerpo.

—No contaba con que tuvieras un lado caballeroso.

—No lo digas tan alto. Tengo una reputación que mantener.

Ella suelta una risita corta y, por Dios, me jode admitirlo, pero la adoro. Y me jode aún más saber que en el fondo no quiero que se vaya a su habitación. No todavía.

—Tranquilo, tu reputación de hombre de acero sigue intacta. Todos en esta casa saben que no dormimos juntos.

Entonces, me acerco otro centímetro. Siento el pulso en aumento, pero no por el recuerdo de lo que pasó anoche en esa misma habitación, sino por lo que podría pasar ahora.

—En realidad, lo que no saben es que te estoy haciendo un favor.

—¿Un favor? —Se ríe—. Jamás mendigaré la atención de un hombre.

Ella se inclina ligeramente hacia mí, como si no fuera consciente del peligro que corre. Yo también me inclino. Solo un poco, nuestros alientos apenas rozándose. Mis dedos se tensan contra la pared, al notar esa puta sensación de que nuestros labios se buscan obsesivamente.

—En realidad, no deberías mirarme así —confieso.

—¿Cómo te miro?

—Como si ya no me odiaras.

Ella no contesta.

Y entonces lo hago.

Me inclino más. No hacia su boca. No aún. Bajo por la línea de su mandíbula y dejo un beso lento, apenas un roce, en su mejilla. Después avanzo hacia el hueco donde el cuello se curva hacia su clavícula. La oigo tragar saliva y siento cómo su pecho se eleva violentamente, atrapando el aire.

—Dime que me odias.

Mis labios se deslizan hacia su oreja. Respiro contra su piel mientras sus latidos reverberan en mi pecho. Poso mi mano en su cintura, con cuidado al principio, hasta que mis dedos se aferran como si pudieran impedirle marcharse.

—Dímelo, Anastasia. Dime que no me deseas tanto como yo te deseo a ti —susurro.

Ella cierra los ojos, pero no se aparta. Aprieta el abrigo que le he dado. Se aferra a él como si quisiera agarrarse a otra cosa. A mí, quizá.

—¿Por qué quieres que te odie?

Mis labios bajan otro centímetro y se detienen. A un suspiro de besarla de verdad. A un latido de destruirlo todo.

—Porque así... —trago en seco— todo resultaría menos jodidamente doloroso.

Y entonces, ella me arranca el alma. A pedazos y de la manera más cruel posible, aunque lo suelte en el tono más dulce con el que me haya podido hablar alguna vez.

—Jamás te he odiado —dice con esa sinceridad que me rompe—. Quizá te aborrezco por momentos, pero me he dado cuenta de que el odio no se parece en nada a lo que siento por ti.

¿«Lo que... *siento* por ti»?

Entonces, apoyo mi frente contra la suya, apenas unos segundos. Pero son suficientes para recordarme por qué estoy tan jodido. Y lo jodido que estaré si me atrevo a besarla.

—Tú... —digo con los dientes apretados y el alma en un puño— no puedes no odiarme. No es justo.

Abro los ojos lentamente. Tengo ganas de llorar. Muchas ganas.

—¿Y qué es justo? —pregunta con la misma emoción que yo siento, y esta vez son sus ojos los que miran mis labios.

Maldita sea. Mis manos arden por volver a tocarla, pero, en cambio, doy un paso atrás. Me separo deprisa mientras meto una mano en el bolsillo para que no note que estoy apretando tanto el puño que provocaré una herida en mi palma.

—Ahora solo... descansa.

—Lo intentaré —susurra, pero no se mueve. Me mira con la espalda pegada a la puerta, inmóvil.

—No vas a poder dormir, ¿verdad?

Ella niega, con una sonrisa agridulce.

—¿Tú sí?

Mis labios tiemblan. Mis ojos se deslizan hacia su boca y me obligo a levantar la mirada.

—Yo tampoco.

—Bueno, siempre puedes escuchar... su música.

—No creo que...

—Buenas noches, Máximo.

Su voz es amarga, y levanto una mano queriendo responderle mientras se da la vuelta. Tenso la mandíbula y siento el alma a punto de colapsar cuando desaparece en su habitación sin mirarme. Solo cierra la puerta rápido. Podría apostar que ha preferido irse para que no me dé cuenta de su sufrimiento. Porque con eso me ha dejado claro que se siente molesta. No sé si es molestia u orgullo, pero claramente no le gusta que escuche las melodías de Beatrice.

¿Y si Anastasia está sintiendo algo *real* por mí? ¿Algo más allá del deseo y la atracción física?

Me quedo en el pasillo atrapado en un mar de dudas. Estoy apoyado en la pared, con el cuerpo endurecido de rabia y deseo. Porque una parte de mí quiere correr tras ella, pero otra quiere encerrarse con mil cerrojos.

«Jamás te he odiado». Palabras suyas. Textuales.

¿Por qué no me odiaría? ¿Por qué no la odiaría yo a ella?

El sentimiento es mutuo, aunque reconocerlo en voz alta me sepa a traición.

Me paso la mano por el rostro y quiero perderme dentro de mi habitación, pero mis pies, traidores, me llevan hacia otro lado. Es como si no quisiera hacerle daño reproduciendo la música de Beatrice en el tocadiscos y, a la vez, como si quisiera alejarme de la puerta de su dormitorio antes de cometer un error.

Bajo la escalera y quiero cruzar el vestíbulo, pero ahí, en el salón, está Igor, sentado en un sillón enfrente de la chimenea y del retrato de mis padres. Su cabello se ve un tanto alborotado, sujeta una botella de whisky en la mano y tiene esa expresión de gamberro que nunca se le borra. Me mira sin decir nada. Bebe, con un trago profundo.

—¿Desde cuándo bebes solo? —le pregunto cruzando los brazos.

—No necesito a nadie para beber —gruñe alzando la botella hacia mí a modo de brindis.

—¿Y Katia?

—¿Katia? —pregunta con los ojos entornados—. Curiosamente... bien. Algo insolente, como siempre, pero más lúcida y dedicada a ayudar a la plebe del castillo encantado.

Me apoyo en el bastón y me relajo oyendo su típica réplica llena de humor.

—¿Ayudar?

—Sí, amigo —dice con un apretón de labios a la vez que se pone de pie—. Parece ser que hay una epidemia de gastroenteritis entre estos muros.

Me froto las manos, rasgando sutilmente el cuero de los guantes.

—¿Me estás diciendo que todos están enfermos?

—Eso parece. —Alza los hombros dándole otro sorbo prolongado a la botella—. Pero la morena les está recetando medicinas, así que...

—¿Katia los está atendiendo? —Frunzo el entrecejo.

—Sí. Y encantada de hacerlo.

—Al menos no está bebiendo.

—No —dice pensativo—. Hace un mes nos costaba creer que eso pudiera pasar.

Tiene razón, hace un mes nada era igual. Demasiadas coincidencias. Demasiado obvio después de la conversación que acabo de tener con Anastasia.

Me llevo ambas manos a la cara y suspiro profundamente, dándome cuenta de que no sé cuándo, ni cómo ni por qué, pero mi esposa los tiene a todos comiendo de la palma de su mano en esta casa, a mi hermana incluida.

—Vete a dormir.

—No puedo dormir —digo—. Desde que llegamos de ese maldito restaurante, no paro de pensar.

—Ya he hablado con Vladím —asiente él, pasándose la mano por la barba—. Algo se nos está escapando, pero tranquilo. No descansaré hasta averiguarlo, porque esto ya me está poniendo de los nervios, tío.

—Gracias —le digo seco, y quiero darme la vuelta.

Quizá nunca le he dado las gracias a Igor por todo lo que ha hecho por mí desde que está viviendo en mi casa.

—¿Vas a tu habitación? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—No. No puedo dormir ahí esta noche.

—¿Biblioteca?

Asiento sin girarme.

—Máximo... —me detiene con la voz más baja—. Lo encontraremos.

—¿Acaso lo dudabas?

La sangre vuelve a hervir en todo mi cuerpo, pensando por un efímero instante en la posibilidad de que esa jodida serpiente vuelva a escurrirse de mi vista y que todo haya sido en vano.

—Yo... —me dice con un susurro—, en realidad no es eso lo que más temo.

Me vuelvo hacia él de nuevo, mirándolo fijamente.

—¿Y qué es lo que temes, Sensei?

—Que no seas capaz de hacerlo, tío. Que ella haga que cambies de opinión.

¿De verdad está dudando de mí? ¿De mi imperio? ¿De todo lo que he construido? ¿De mi juramento?

—Si piensas que le perdonaré la vida por una mujer, te equivocas —digo punzante—. Derramaré toda la sangre que haga falta hasta

ver la suya fuera de su repugnante cuerpo —finalizo—. ¡Toda la maldita sangre!

Demonios. Intento controlar mi respiración porque sus dudas me ofenden.

—¿Aun cuando la perdieras para siempre?

Parpadeo. Ella no es una mujer cualquiera, e Igor me conoce. Sabe que Anastasia se está convirtiendo en pura dinamita detonada en una iglesia. Sabe que esa chica de labios cereza y ojos esmeralda podría hacerme cuestionar mis decisiones y, en cierto modo, retroceder.

—No sigas diciendo gilipolleces y mejor vete al cuarto. Estás borracho.

Le doy la espalda y camino hacia el ala este guiado por la gravedad de lo inevitable. Giro a la izquierda, cruzo el corredor de piedra y abro la puerta que nunca debería volver a abrir: la biblioteca. Aprieto la mano en el pomo y me detengo. Aquí dentro, el aire tiene un olor inconfundible. Huele a recuerdos que no he terminado de enterrar.

Camino entre las estanterías, pasando los dedos por los lomos de los libros, y solamente intento desconectar un instante y relajarme. Algunos de estos libros los compré en ferias de segunda mano y otros son primeras ediciones.

Me detengo frente al piano de Beatrice. Cierro los ojos y hasta parece que la oigo tocar con esa paciencia que solo ella tenía. Pero esa música ya no está, y ahora hay otra melodía en mi cabeza. Otra voz. Una que habla de cochecitos de bebé, fonendoscopios de juguete y sueños por cumplir. Una que, aunque me grite, no me juzga. Una que cree que todavía puedo volver a amar y ser feliz.

Me dejo caer en el sillón de cuero frente a la ventana y me toco el pantalón inconscientemente. El bolígrafo que acaba de regalarme

está en mi bolsillo. Lo saco y lo observo durante un minuto eterno, con esa frase desconcertante incrustada ahí. Dejo la caja sobre la mesa. Me inclino hacia delante con los codos apoyados en las rodillas.

«A veces el destino se escribe con tinta invisible».

Imposible. El destino no puede existir, porque si el destino la puso en mis manos, entonces es un cabrón retorcido. Porque estas manos fueron creadas para destruirla, no para abrazarla. Para aplastarla, no para acariciarla. Para aniquilarla, no para ponerla a salvo.

Pero aquí estoy, con el alma en un puño pensando en que esa bala podría haberla matado.

21

Abismo
Anastasia



> Cuando no te queda nada dentro más que oscuridad, se vuelve más fácil apagar la luz de alguien más.
>
> J. M. DARHOWER

Estoy en Serra Rosa. Sabría reconocer las colinas incluso a ciegas, tan solo por el olor de las rosas que impregna nuestra aldea. El campo se extiende a lo lejos y el cielo dibuja un arcoíris precioso. Pero hay algo más. Oigo risas familiares y mi nombre pronunciado por la voz chillona e infantil de Lidia. La voz de mi madre regañando a mi padre por el poco dinero que ha conseguido hoy en el mercado de calderas. Y a Milena que me llama para la comida.

Todo está ahí, en su sitio. Todos, salvo yo.

Y entonces oigo su timbre de voz rasposo, lo que hace que abra los ojos. Vislumbro un pozo justo a un paso y siento mis talones en

el borde. Me asusto cuando la arena bajo mis pies descalzos se escurre hacia abajo y mis talones quedan en el aire, al tambalearme con fuerza. Intento mantener el equilibrio, con un nudo en la garganta, porque sé que un único movimiento y acabaré en el fondo.

—¡Máximo! —grito su nombre por puro impulso y quiero alejarme del pozo. Intento avanzar, cegada por una niebla espesa, pero mis pies pesan, y la densa capa me empuja hacia atrás.

—Estoy aquí —responde su eco, pero suena lejano—. No tengas miedo.

Su voz se pierde en el ambiente cuando algo emerge entre nosotros. Una figura femenina. Es la mujer del cuadro que Máximo guarda en su habitación: Beatrice. Está de espaldas al principio y su cabello oscuro cae como una cascada sobre sus hombros.

—Él jamás debería haberte traído aquí —dice volviéndose, sin mover los labios.

Las mismas palabras que Ecaterina pronunció, al echarme de la habitación, el fatídico día que Máximo se desmayó. Joder. Todo es demasiado confuso para ser real.

—Me ama —respondo.

—¿Eso crees? —Sus labios dibujan una sonrisa maligna—. Él no te ama. Te mira a ti, pero aún me ve a mí.

Beatrice se acerca, inmersa en la niebla. Lleva un vestido blanco sucio, manchado de sangre y barro, cuya cola arrastra por la tierra. Lo sé porque la cola de su vestido llama mi atención por lo larga que es. Cada paso suyo apaga la luz a mi alrededor, hasta que todo se vuelve gris y pesado.

—No eres más que una sustituta. Una distracción. —Su voz se multiplica y se filtra entre mis pensamientos—. Puedes quedarte con su cuerpo, pero su alma me pertenece.

Intento responder, pero la niebla se disipa brevemente y aparecen imágenes. No, son más bien recuerdos. No míos, son de Máximo: él acariciando la espalda desnuda de alguien, diciéndole «Te amo» con una sonrisa en los labios. Él riendo arrodillado, besando el vientre abultado de una mujer que oculta su rostro. Luego, cuerpos en el suelo y olor a muerte. Un piano sonando en una habitación vacía. Máximo, borracho, con los nudillos rotos golpeando la pared.

—No podrás salvarlo. —Beatrice gira el rostro hacia mí—. Lo amarás hasta que te destruya. Y, aun así, seguirás amándolo, pero ¿sabes qué? La maldición de su sangre te perseguirá para siempre.

Vuelvo a girar la cabeza y a mirar el agujero negro que hay justo detrás de mí.

—Anastasia...

Y ahora Máximo suena tan cerca que siento que, si alzo la cabeza, lo veré de pie a mi lado, con la camisa desabotonada y sujetando el bastón. Efectivamente, cuando levanto la cabeza deprisa, él está ahí. Noto cómo mueve sus ojos de mí al gran agujero que me acecha.

—Ven —dice sonriente mientras me tiende la mano.

La cojo. Mi confianza es tan ciega que no temo dejar mi vida en sus manos. Solo que, aunque me sonría, su rostro me muestra unos rasgos desfigurados. Y, cuando está a centímetros de tomarme la mano, noto algo frío en el pecho. Bajo la mirada lentamente y veo el cañón de una pistola. Sujeta un arma en su mano enguantada.

Alzo la mirada lentamente, con la boca abierta.

Es solo un segundo, pero el segundo más aterrador que he vivido jamás.

—Tú... —murmuro sin voz.

—La sangre se paga con sangre y el dolor se paga con dolor. Nunca lo olvides.

Es lo último que oigo antes del disparo. La bala me atraviesa como una ola de fuego y caigo al vacío.

—No...

Dios santo.

Muevo las manos y los pies enloquecida, con su voz cruel de fondo. Un grito se forma en mi garganta y...

—¡Anastasia!

Abro los ojos de golpe cuando oigo un portazo que vibra con fuerza. De repente, una luz intensa me ciega y mis párpados tiemblan. El sudor me corre por las sienes y mis piernas están enredadas entre las sábanas. Mi pulso aumenta cuando la voz de Katia me atraviesa.

—¡Joder, estás pálida como un muerto!

Respiro aliviada al darme cuenta de que es de día y todo ha sido una pesadilla.

—¿Soñabas con tu adorado marido? —Se ríe y me mira atentamente.

—No..., yo...

—¿Tenías un orgasmo o un exorcismo? —me pregunta con una mueca de diversión, y se cruza de brazos—. Prefiero pensar que un orgasmo.

—¡Katia!

Siento la boca tan seca como la suela de un zapato mientras me froto los ojos, intentando volver al planeta Tierra.

—Lo siento, lo siento. Pero te movías como si el mismo demonio te estuviera poseyendo, aunque..., sabiendo cómo es mi hermano, no voy desencaminada, ¿verdad? —sigue bromeando y confieso que lo que menos me apetece ahora es eso.

Me oculto la cara con las manos, roja como una bengala. Ojalá fuese así y hubiese soñado con él en mi cama, y no que me

estuviera disparando y yo cayendo en un pozo sin fondo. Pero no se lo puedo decir.

—¿Ha sido una pesadilla?

La miro fijamente, todavía con el aliento entrecortado.

—¿Beatrice estaba embarazada cuando murió?

Ella se da la vuelta y su sonrisa desaparece. Probablemente esté barajando hasta dónde me puede contar, pero sé que mi cuñada es la persona más sincera de esta casa y que jamás me mentiría.

—No te lo puedo confirmar. —Se rasca la cabeza—. Solo sé que a todos nos pareció muy raro que quisieran casarse tan jóvenes.

—Entiendo.

—Con esa edad piensas más bien en fiestas y viajes, y no en casarte, pero bueno... —me explica—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por... —balbuceo— nada. Lo he soñado. He tenido un sueño con... Beatrice.

—¡¿Has soñado con ella?!

Coloca sus manos en las caderas y suelta una risa escandalosa.

—¿No puedes soñar con un viaje a Nueva York o con un tío buenorro, joder?

—No me gusta Nueva York.

Yo también me río y no añado que, en cambio, sí suelo soñar todas las noches con un *tío buenorro*, aunque este sea el antipático de su hermano. El mismo que me ha comprado para tenerme de adorno en su escalofriante y lujoso castillo.

—Vístete, ¡anda! —dice Katia, mirando cautelosamente la puerta, como si fuésemos adolescentes compartiendo secretos—. Igor nos llevará a Montecarlo, ¡te tengo una sorpresa!

Su gritito de ilusión hace que me sobresalte y aparte las sábanas poniéndome de pie como un resorte.

—¿Una sorpresa? No sé si quiero más sorpresas.

—Sí, chiquilla —dice vigilante, y su manera de llamarme me saca una sonrisa.

—Qué raro —señalo—. Esa palabra se usa en Andalucía, y Cordelia me dijo que nacisteis en Palma de Mallorca.

—Así es, pero fuimos de viaje a Sevilla una vez y me enamoré de un chico —explica—. Fue un flechazo, me conquistó con un: «Menudas tetas, chiquilla».

Nos reímos.

—Apuesto que te lo dijo con acento italiano.

Baja la vista con una mueca sabiendo que la he pillado. Cuando se quita un sombrero de color dorado y se abanica con la mano, me doy cuenta de que Katia no viste de negro. Hoy lleva un vestido corto amarillo chillón y sus labios están pintados de un rojo coral.

—Es curioso —afirma—. Es como si estuvieras en mi cabeza.

—No me cambies de tema, *chiquilla* —suelto con una risita, sumamente satisfecha con mis logros. Y el hecho de que Katia no huela hoy a alcohol es, sin duda, un gran logro.

—¡Vale, has ganado! —resopla vencida—. Ese chico era un italiano cañón que hacía surf en la playa.

—Sevilla no tiene playa —añado con una ceja alzada—. Además, apuesto a que ese italiano cañón también te pidió matrimonio...

—Joder, así es. Me das miedo ya, ¿eh?

—¡Lo sabía! —exclamo contenta—. Pero cuéntame más, ¿cómo se llamaba?

—Enzo —dice esquivando mi mirada—. Enzo d'Angelo. Pero doy por hecho que no era su nombre real.

—¿D'Angelo? —pregunto con un hilo de voz.

«Angelo. Es el único en quien puedes confiar».

Recuerdo las palabras de ese hombre que murió en mi boda susurrando el mismo nombre. Intento mantenerme en pie cuando

un escalofrío sacude mi espina dorsal. ¿Qué está pasando? ¿Cómo es posible que ese hombre que intentó secuestrarme me pidiera que confiara en un muerto?

—Katia... —susurro petrificada—. ¿Estás segura de que Enzo murió?

Me analiza en silencio, con el entrecejo fruncido. Sus ojos se tornan brillosos y su sonrisa se borra de pronto.

—Estuve en su entierro. ¿A qué viene eso?

—A nada. Perdón —respondo nerviosa, preguntándome si podría confiar en ella para contárselo, pero decido no hacerlo. Es mejor tener un as bajo la manga, por si acaso.

Además, si ese hombre, D'Angelo, está muerto, no me servirá de mucho. Puede que el atacante se equivocara o estuviera desactualizado. Probablemente ignorara el sutil detalle de que Máximo asesinó a Enzo d'Angelo por espiar y que este ya no vive en esta casa.

La confusión me mata, y sigo dándole vueltas cuando Katia me mete prisa.

—¿Nos vamos ya o qué?

—Una cosa más... —La tomo del brazo—. Dices que no era su nombre real, ¿y cuál era su nombre entonces?

—No lo sé.

Su mirada se dirige a las ventanas y se pierde en el horizonte.

—¿Eso significa que Máximo no te lo dijo?

—Jamás me contó nada —me informa—. Pero tranquila, estoy bien. Tan bien que he pensado en aprovecharnos de que tu querido esposo está fuera y salir a tomarnos unas copas. —Vuelve el tono animado, señal de que no quiere seguir hablando del tema—. Aún te debo tu regalo.

—Ya me regalaste una colonia —le recuerdo—. Y eso de las copas, no sé si...

Me detengo. ¿Cómo le digo que me da miedo que vuelva a caer en la tentación después de haber movilizado a todos los empleados del castillo para que finjan estar enfermos?

—¿Confías en mí?

Asiento con un movimiento de la cabeza, sin saber muy bien si creerla, pero supongo que debo confiar en que tomar vodka todos los días ha quedado en el olvido.

—Y ahora cuéntame la verdad, diablilla. ¿Estabas soñando con Máximo en versión *Cincuenta sombras*? —Mi cuñada abre la puerta con un aire dramático.

—¡Katia!

—¿Qué? Estás sudando como si hubieras corrido un maratón. Aunque... —dice mirando a su alrededor— ya veo que él sigue durmiendo en otro cuarto.

—Por cierto, ¿dónde está?

Me gustaría que Máximo estuviera aquí y que hubiera sido él quien me hubiese despertado para decirme que pasaríamos el día juntos, como ayer.

—Está trabajando —dice desganada—. Se ha montado un buen lío. Parece que ha habido una brecha y están usando datos falsificados de un cliente importante. Ha dicho que volvería por la noche... o cuando deje de querer matar a medio Mónaco.

—¿Estás segura de que deberíamos salir?

—¿Tú crees que Igor, con esa cara de ninja playboy, se molestaría en ayudarnos si hubiera peligro?

Trago saliva. Un día sin Máximo. Curiosamente, me siento vacía pero a la vez libre. Ambas cosas.

—¿Adónde vamos?

—Primero, a almorzar, y luego a un club privado. Igor lo ha reservado todo. No preguntes cómo. —Sonríe con un aire travieso.

—¿Y después?

—Después... lo que el universo quiera. Con suerte, un poco de música y quizá un hombre que te tire los trastos. Así, el capullo de mi hermano se dará cuenta de que no puede dejarte sola por las noches. ¡Menudo subnormal! —balbucea, mirando su puerta fijamente.

Desaparece al final del pasillo, taconeando como si estuviera en la pasarela, pero justo antes, gira el rostro y me lanza un beso.

—Ponte guapa, anda. Hoy salimos de la cárcel por unas horas.

Cierro la puerta, deseando que tenga razón. Me acerco a la mesa intencionadamente para comprobar si las rosas que él me regaló tienen suficiente agua. Las acaricio y me inclino a olerlas, pero de repente, veo algo. Una caja rectangular con el dibujo de un teléfono móvil. El móvil es plateado y parece de buena calidad, probablemente sea un iPhone, pero eso me da igual. Lo importante es que tengo un móvil con el que podré ponerme en contacto con mi familia, y uno mejor que el de Serra Rosa.

Bien.

Me quedo atónita cuando, al lado, identifico una nota garabateada con una caligrafía perfecta que reconozco al instante:

Buenos días. Tienes mi número grabado, llámame si me necesitas.

M.

Me quedo quieta, pero siento mis manos temblar. ¿Es normal que la nota de mierda que me acaba de dejar me haga sonreír? Y lo peor de todo: ¿es normal sentir cosquillas como una adolescente idiota que acaba de recibir un mensaje romántico del chico que le gusta?

Si fuera romántico, al menos...

Sé que no debería emocionarme y menos debería sentir esas horribles mariposas de las que todos los libros hablan cuando se trata de amor, pero lo hago. Porque soy imbécil, claro.

Noto que el móvil está encendido y aplaudo mentalmente cuando compruebo que tiene señal y batería. Después, analizo deprisa la agenda y veo el único nombre grabado en mi nuevo móvil: Máximo. A secas. Qué sorpresa. Ni siquiera un *emoji* de calavera o de sangre.

Frunzo los labios, mientras me crecen dos cuernos imaginarios en la cabeza, y pulso «Editar». Cambio su nombre por el de «Heathcliff», además de añadir el emoticono de una calavera y una espada al lado.

Bien.

Tecleo algo rápido, sin quitar la vista a la nota escrita de su puño y letra:

Buenos días. Gracias por...

No. Borro deprisa y le dejo un frío y escueto:

Buenos días. ¿Más regalos?

Quizá he sido un poco fría, pero da igual. Y antes de que me dé tiempo a arrepentirme por lo que le acabo de escribir o por lo que no tengo valor de escribirle, la pantalla se enciende:

No es un regalo, es una necesidad.
No podemos seguir enviándonos notas.

Levanto una ceja, alegrándome de que estuviera pendiente de su móvil, aunque no debería hacerme ilusiones. Un hombre que maneja negocios *secretos* debe vivir pegado al teléfono las veinticuatro horas. Escribo deprisa:

¿Por qué? Las notas me gustan.
Le dan un toque siniestro
a nuestro matrimonio de mentira.

La respuesta tarda un poco, así que muevo el pie nerviosa. Tiro el móvil en la cama y hasta me da tiempo a colocarme un vestido de color verde de tirantes, pensando en el calor que hace fuera. También quedo entretenida con los tres pares de zapatos de tacón que hay en el armario mientras lucho con la cremallera e intento decidir cuál de ellos debería calzar para encajar con la elegancia de Katia.

Me detengo y giro la cabeza en dirección a la cama cuando oigo un zumbido, señal de que tengo un mensaje entrante. Corro con las sandalias en una mano y me tiro boca abajo sobre el móvil como si fuese una leona.

Pero a mí no me gustan. No cuando no me respondes, y menos cuando debo ir a tu habitación para buscarte.

Vale. Parece que hoy el señor Kovalenko va con todas. Escribo impaciente:

Si no quiero responderte, no lo haré, Máximo,
y me dará igual si se trata de notas o mensajes.

¿Es normal estar mordiéndome los labios?

Lo harás.

Abro unos ojos como platos. ¿Sigue dándome órdenes como si fuese una más de su plantilla de guardaespaldas medievales? Lo reto, afilando más esos cuernos imaginarios en lo alto de mi cabeza:

¿Y si uso el móvil para llamar
a la policía, por ejemplo?

No te hagas ilusiones, tu teléfono
está pinchado.

Mierda.

Decido no responderle, tan solo me quedo con el móvil en la mano, completamente congelada. ¿Qué pensaba? ¿Que él confiaría en mí? ¿Que con los días bajaría la guardia y me consideraría alguien de su familia?

«Bobadas, Anastasia», susurra mi conciencia.

Estoy convencida de que no me contestará, pero, para mi sorpresa, oigo el pitido casi inaudible del móvil. Leo deprisa.

En realidad, es el protocolo. Confío
en ti, excepto cuando mandas a mis empleados
fingir que están enfermos para entretener a
Katia.

Ahogo una carcajada y todo el enfado que he sentido hace un segundo se ha esfumado. Máximo ya sabe que he orquestado un plan enrevesado para convencer a su hermana de que debe volver a la universidad. Y también parece que está molesto. Vamos por el buen camino, así que decido seguir torturándolo un poco más.

Pues yo no confío en ti, Heathcliff.

Saco la lengua a la pantalla con un gesto infantil. Pero ¿y qué? Tenía muchas ganas de hacerlo. Veo que escribe algo, luego se detiene, como si estuviera borrando. Luego vuelve a escribir y, después, la pantalla se ilumina de nuevo:

¿Ni siquiera si te dijera que no veo
el momento de terminar de trabajar

solo para verte?

Dios santo y todos los dioses del mundo.

Veo estrellas en la pantalla, ¿o quizá corazones? No sé qué narices estoy viendo, lo único que sé es que leo su pregunta dos veces más mientras siento dinamita por dentro y no soy capaz de borrar la sonrisa. ¿Qué leches le pasa? ¿El trabajo le está afectando las neuronas o es su modo de decir «Te echo de menos»?

Tecleo mientras me subo la cremallera del vestido, revolviéndome en la cama con torpeza.

No es por nada, pero eso
suena a que volverás pronto.

Mensaje entrante.

No te metas en líos, gitana. Y no vuelvas a
llamarme Heathcliff. Es en serio.

Gitana. Ahogo un grito de emoción tras leer esa palabra que me está gustando cada vez más (aunque a él no tanto su apodo). Entonces muevo el móvil en la mano nerviosa, justo como si lo tirara a una lavadora y lo centrifugara.

—Vale, eso ha sido tierno y... —hablo en voz alta como una chiflada— amenazante.

Le respondo sin pensar demasiado.

Lo intentaré. Yo también
te echo de menos. Es en serio.

Está hecho. Respiro como si estuviera haciendo *footing* a más de treinta grados metida en un saco de plástico. Vigilo el chat y, por un instante, parece que está escribiendo algo, sin embargo, no me llega nada y me deja en visto. No contesta a mi mensaje, pero no estoy

decepcionada, sabía que no lo haría. He convivido con él el tiempo suficiente para ser consciente de que este hombre tiene más autocontrol que cualquier persona que he conocido jamás. Y es por eso por lo que lo admiro.

Cada vez que parece que va a perder los estribos y está a punto de permitirse hacer lo que verdaderamente le apetece, se detiene. Lo hizo en el campo de entrenamiento del castillo, en su habitación, cuando me atrapó bajo él en su cama, y lo hizo el día que se largó de este mismo cuarto tras vendarme los ojos con la corbata. Ah, anoche también se largó, cuando estuvo a punto de besarme. Y, aun así, no somos nada.

Vaya, ni él se lo cree.

Intento distraerme y marco deprisa el número de teléfono de Milena, número que me sé de memoria. Espero. Una, dos..., cinco señales. Nada. Doy vueltas por la habitación y finalmente cuelgo. Lo intento de nuevo, pero no hay respuesta.

Maldita sea.

Planeo llamar más tarde, y sé que estaré perdida como mi prima no dé señales. No tengo el número de nadie más de mi familia, y el día del mercado no llevaba el móvil encima, ya que papá me lo había confiscado por intentar escaparme con Raskol, según él. Pero Máximo quizá sí lo tenga y, mientras me arreglo el pelo en el espejo y me coloco unas sandalias doradas, intento buscar una solución. Necesito saber de ellos urgentemente.

Bajo la escalera con un bufido al recordar que he olvidado entregarle a Katia el regalo que le compré ayer. Pero justo cuando piso el último peldaño, una figura se cruza en mi camino.

Ecaterina.

La chica de la coleta y los ojos que nunca parpadean está inmóvil en el vestíbulo.

—Señora... —dice en voz baja.

¿Señora?

Sus ojos recorren mi vestido y algo en su expresión me revuelve el estómago. Y no, no son los celos, sino la falsedad que sé que destila por todos sus poros. No me cabe duda de que prefiere estar bien conmigo después de que Máximo le pusiera los puntos sobre las íes.

Ecaterina entrelaza las manos frente al cuerpo y baja la cabeza con una postura más sumisa aún.

—Siento lo de la biblioteca. Fui irrespetuosa y tal vez injusta.

La miro sorprendida. ¿Ella pidiendo disculpas?

—*Tal vez* no, Ecaterina —contesto acercándome más—. Fuiste muy injusta. No me conoces.

—Tras saber que intentó escapar en el aeropuerto, llegué a pensar que no amaba a... Máximo.

—¿A mi marido? —pregunto estrechando la mirada cuando pronuncia su nombre con tanta cercanía—. Con la edad que tienes, deberías saber que todas las parejas tienen altibajos, y conoces muy bien su carácter y su pasado.

Ella no responde, tan solo me mira igual de inmóvil que antes, pero esta vez alzando la cabeza. No es difícil darme cuenta de que se siente humillada, pero no quiero dar pie a seguir la charla, además, un pitido se oye desde fuera. Es un coche.

—Discúlpame.

—¿Va a salir? —pregunta de manera atropellada, desviando la vista hacia la puerta—. No puede, y si Máximo se entera...

—No pasará nada.

Alzo la barbilla y le doy la espalda deprisa. Camino alegre hacia el vehículo aparcado en la entrada dejándola con la palabra en la boca.

Bien.

Encuentro a Katia hablando con Igor. Se ve más arreglado de lo normal: lleva una camisa negra, gafas de sol, la melena revuelta y cara de «hoy seré el guardaespaldas de dos chifladas».

—¡Pero mírala! —exclama mi cuñada, bajándose las enormes gafas de sol de Versace hasta la punta de la nariz—. Pensaba que iba a aparecer en pijama y resulta que tengo que pedirle una foto. Vas a hacer que muchas cabezas se vuelvan hoy.

Igor silba bajito y me observa atentamente.

—Pero muchas. Aun así, dile a tu marido que no ha sido idea mía, ¿vale? —masculla fascinado mientras me abre la puerta de un Bentley.

—Igualmente, si tuviera que matar a alguien, sería a su hermana —me río—. Tampoco ha sido idea mía.

—Eso, si pudiera.

Katia se encoge de hombros con una risita simpática.

—¿Y tú, Igor? —le pregunto una vez que este se adueña del volante—. ¿No deberías estar tratando de impedirnos salir de la cárcel? ¿Por qué lo haces?

—Precisamente porque las cárceles no me gustan. —Arranca el coche y les hace una señal a otros guardaespaldas—. Y hablo por experiencia.

Veo que un coche de seguridad nos sigue de cerca.

—¿Preparadas?

—¿Preparadas para qué? —pregunto curiosa.

Igor sonríe apenas y, en cambio, se quita las gafas de sol y nos guiña un ojo con una mueca de malote.

—Para fingir que hoy no somos quienes somos, señoras.

Los tres estallamos en carcajadas.

22

El anfitrión que ama a las mujeres
Anastasia



> La confianza es más rara que el amor. Es poner tu destino, tu felicidad, tu vida en manos de alguien. Esperando que la mantengan a salvo.
>
> SOPHIE LARK

«Eclipse Club».

Leo el letrero de neón mientras me acomodo el vestido y maldigo las sandalias, que, aunque no sean muy altas, me aprietan. En Serra Rosa todo era más fácil, y no niego que estoy a punto de quitármelas, pese a que llevemos fuera del castillo poco menos de tres horas. El almuerzo ha sido espectacular y el restaurante colgado sobre los acantilados del puerto de Fontvieille, una auténtica pasada. Pescado fresco y postres típicos de Mónaco. Exquisitos, sin duda.

—Después del club, te prometo que nos bañaremos en la playa. Lo juro por Chanel —decía Katia hace un rato mientras levantaba su

refresco.

—¿Quién es Chanel?

—Coco Chanel, la diseñadora.

Igor y yo tan solo intercambiamos miradas de preocupación, pero mi cuñada es lo más parecido a un huracán que nos arrastra detrás. Y ahora, una hora y media más tarde, estamos aquí, en el corazón de Montecarlo. Se trata de uno de esos clubes selectos donde el aire huele a champán *premium* y todos van elegantes. Las paredes son de mármol negro, el suelo reluciente y los camareros demasiado estirados. De hecho, me recuerdan al Titanic. También hay unos espejos ahumados, lo que hace que el sitio se vea un tanto siniestro.

Dentro, el bullicio de gente nos absorbe y oculta parcialmente la música: *deep house* mezclado con pop. Todo destila lujo, pero, a juzgar por el porte de algunos de los clientes, diría que también delincuencia. Acabo de ver a unos tipos altos que llevan unos sombreros, a cuál más hortera, dientes de oro, y juraría que uno de ellos tiene un arma escondida en la chaqueta. No es la idea que tenía de Montecarlo; no solo de esta ciudad, sino en general, de un país europeo lleno de turismo, como es Mónaco.

—Jesús, llevo siglos sin subir una foto y creo que hoy es el momento —dice Katia alegre—. ¡Sonríe!

Finjo una sonrisa cuando ella alza su móvil y adopta una pose de modelo. Sigo inmersa en un estado de nerviosismo extraño, como si sintiera que en cualquier momento alguien pudiera acercarse para agujerearnos la cabeza o atravesarnos con una espada. No sé quién en su sano juicio saldría de la casa el día después de estar a punto de morir. Nadie salvo yo y, en realidad, creo que ella no lo sabe, de lo contrario, no habría propuesto este plan.

—Tranquila —dice la morena al ver mi cara desencajada—. Es un sitio seguro, Sensei no dejaría que algo malo nos pasara.

—Estoy tranquila —contesto—. Llevo un mes sin cortarme las uñas, así que estoy preparada.

Suelta una carcajada fijándose en mis manos.

—Yo también, no necesitamos a ningún hombre para defendernos, ¿verdad? —Me guiña un ojo y me lanza una mirada cómplice.

Quedo absorta por sus facciones. Es muy guapa, y de eso no cabe duda. Y no es solamente el físico, su belleza es arrolladora, al igual que su carácter. No sé si realmente pienso esto de ella o lo pienso porque ella y su hermano son como dos gotas de agua, siendo el color de sus ojos la única diferencia entre ellos.

Mientras Katia sigue sacándose selfis, desvío la vista hacia la entrada del club, que está plagada de agentes vestidos con trajes oscuros, todos tatuados y con un auricular en el oído. Son lo más parecido a los típicos porteros de discoteca, pero con un aire más sofisticado. Además, los guardaespaldas que Igor ha traído nos esperan fuera, vigilando el sitio.

Me entra la risa cuando recuerdo cómo, minutos atrás, Katia les ha prohibido que nos acompañaran al interior, con el pretexto de que necesitamos privacidad. En realidad, sé que guarda una daga en uno de los botines oscuros que calza hoy, y que hacen juego con la sombra de sus ojos. Reconozco que mi cuñada se ha maquillado en exceso y, por un momento, sospecho que mi cumpleaños representa un pretexto para retar a su hermano.

—¿Te gusta el sitio? —me pregunta, hincándome el codo en la costilla.

Asiento con una risita y sigo mirando a mi alrededor. El techo está cubierto de lámparas colgantes y, en la pista, casi todos bailan. Katia también sacude los hombros en un movimiento seductor, y el brillo de sus ojos me indica que está disfrutando.

—Solía venir aquí con mis amigas hace años, pero ahora está todo reformado —prosigue—. En vez de un club elegante, lleno de guiris y música rock y retro, esto se ha convertido en uno de etiqueta.

Jamás he estado en un sitio como este, que destile tanto glamur.

—Ya lo veo, no sé si encajamos aquí, parecen todos muy pijos —le susurro al oído, sin quitar la vista de las chicas despampanantes y ridículamente delgadas que nos rodean. No lo entiendo, con lo buena que está la comida. De hecho, estoy segura de que he cogido al menos cinco kilos, pero no renunciaré a los postres de Rosaline, eso lo tengo más claro que el agua.

—¿Encajar? —inquiere ella escandalizada—. Este vestido me costó una pasta. Un Dior *haute couture* valorado en más de veinte mil euros.

Su acento francés me saca una sonrisa y analizo detenidamente el vestido corto, amarillo, que se amolda a su figura armoniosamente.

—El tuyo no vale menos, y el más barato de tu armario es un Valentino de ocho mil.

—¿Qué?

—Lo que has oído —dice dándole un sorbo a la pajita de un cóctel extravagante. Menos mal que no lleva alcohol, estoy muy orgullosa de ella.

—Katia... —murmuro examinando la ropa que llevo—, ¿sabes que con ocho mil euros los Angelov tendrían comida para un año entero?

—¿Los Angelov?

—Mi familia. —Le sonrío—. En Serra Rosa, nadie se gasta ocho mil euros en un vestido, bueno, quizá Jandro, que sé que está metido en trapicheos.

—¿Los echas mucho de menos?

—Muchísimo —respondo mientras toco inconscientemente el colgante anclado en mi cuello—. No sabes las ganas que tengo de

verlos.

«A todos menos a papá», pienso. No después de haberme vendido al primer postor.

—¿Sabes? Me gustaría visitarlos el próximo mes, es el cumpleaños de mi madre —le digo nerviosa; mi corazón se llena de felicidad con solo pensarlo.

—¡Genial! Te ayudaré con el viaje, pero tengo una condición —exclama.

—¿Cuál?

—Que me permitas acompañarte.

—¡Hecho!

Me río y aplaudo feliz cuando ella levanta su copa y me invita a brindar.

Nuestra mesa está en una esquina, desde donde podemos verlo todo. Igor ha conseguido el lugar perfecto, con una vista privilegiada al centro de la pista. El camarero, un chico alto, de pelo castaño y muy atractivo, no deja de mirarnos, pero yo apenas registro su existencia. No creo que haya algún hombre en este mundo que me provoque algo. Al menos, no eso que me provoca Máximo.

—Oye —digo cuando Katia se termina la copa de un trago—, ¿puedo preguntarte algo?

—Si es sobre si Igor lleva calzoncillos, no quiero saberlo.

—No. —Ahogo una risita—. Sobre Beatrice.

Estamos de pie, Katia y yo, cerca de la barra. Igor ha desaparecido por unos minutos, seguramente al servicio o para hablar con alguno de sus contactos.

—Me preguntaba si tú viste cómo murió.

—No —me responde con una mueca—. Cuando llegué a la habitación, Beatrice estaba en el suelo, en un charco de sangre. Y mi hermano a su lado, de rodillas.

—¿Herido? —Un escalofrío me recorre cuando intento esbozar en mi mente la tenebrosa escena.

—No, no lo parecía.

—Pero él... —susurro recordando sus cicatrices.

—Eso vino después. Uno de esos hijos de puta le rompió la pierna de una patada. Fue... —su sonrisa desaparece— horrible.

—¿Y después?

—No lo sé —niega con la cabeza—. Intenté correr hacia él para ayudarlo, pero alguien me dejó inconsciente en el suelo. Recuerdo que cuando desperté solamente vi el rostro de Máximo sobre mí. Todo estaba en llamas.

—¿Hubo un incendio?

—Sí —dice apenada—. En la primera planta. Su cara estaba tan desfigurada por los golpes que apenas lo reconocí, Anastasia. Él... —susurra mientras me aparta la mirada— me protegió con su cuerpo.

Incendio. Ahora entiendo por qué mi habitación se ve completamente nueva y reformada. Trago en seco e intento mantenerme fuerte. Sé que la gran brecha que hay entre ellos es difícil de cubrir, y más cuando dos mundos se separan tan abruptamente. Encima deben seguir conviviendo en la misma casa.

—¿Por qué él está tan enfadado con vuestro padre? —La miro fijamente, con el alma en un puño.

Su rostro cambia y da un paso hacia atrás. No quiere responder. No quiere recordarlo. Y yo soy una jodida idiota por no parar de hacerle preguntas, cuando el objetivo de esta escapada es otro. Es olvidar, disfrutar y pasarlo bien.

Pero, por Dios, ¿qué podría hacer? Me estoy apagando por dentro con cada día que paso encerrada en ese castillo, sin entender nada. Sin comprender por qué ayer intentaron matarme. Y sabiendo que toda esta situación hace que él esté aún más decidido a ponerme

límites con tal de protegerme. Me estoy convirtiendo en una mera marioneta en las manos de alguien como Máximo Kovalenko. El hombre que me confunde continuamente. Y, por más que me pese y no quiera estropear la sorpresa de Katia, me prometí a mí misma que no sería simplemente la «esposa de alguien».

—Katia, yo...

—Discúlpame, voy al servicio.

Joder. Pensaba que, dado el tiempo que llevo en Mónaco, ella tendría la suficiente confianza para contarme la verdad, pero me equivocaba. Entonces, guardo silencio e intento distraerme con el vaso que tengo delante, pero de repente pasa algo: cuando Katia se gira, un tipo alto con barriga prominente y pinta de matón se cruza por delante y su copa cae al suelo.

—Mira por donde pisas, morena.

—¿Yo? —Katia se ríe con un aire burlón—. Mejor mira tú con quién chocas.

—¿Qué coño te pasa? —espeta el tipo.

Ella se gira como una pantera cuando él se dirige a ella con ese gesto sobrado.

—No. ¿Qué coño te pasa a ti? —le grita enfurecida—. Ni siquiera te he tocado.

Sus palabras son mordaces, y justo lo suficiente para que el hombre reaccione.

—¿De dónde ha salido esta diva de prostíbulo? —murmura con un acento diferente, uno que parece italiano.

Me pongo en pie como un cohete cuando Katia lo mira con el rostro desfigurado. Coge su copa de la mesita y...

—Ups —dice con una risita humillante a la vez que se la vierte encima—. Lo siento. En el prostíbulo de donde vengo, no nos han enseñado modales.

Agrando los ojos sin poder creérmelo. Sabía que mi cuñada estaba como una cabra, pero no sabía que sería capaz de enfrentarse a un tipo de más de dos metros con ese aire de matón. Casi me da un vuelco el corazón cuando el hombre estampa la mano en su rostro.

—¡Cierra la boca, zorra!

Katia se toca la mejilla con mirada asesina y, cuando se agacha y gira sobre sí misma, sé lo que vendrá a continuación. Le propina una patada lateral perfecta y rápida, directa a la rodilla. El tipo cae hacia un lado, muy cerca de mí, mientras suelta una maldición. Una furia avasalladora me sacude. Doy un brinco cuando él deja escapar un grito gutural, como un perro rabioso, intentando ponerse de pie. No pienso, solo reacciono. Agarro una botella de agua de la mesita, y un solo golpe en la cabeza del imbécil es suficiente para aniquilarlo.

—¡¿A quién llamas zorra, eh?! —le grito yo esta vez.

Respiro con dificultad al notar la cara de rabia del cabrón, que parece una montaña invencible, y los hilos de sangre que estallan de su sien.

—¿Y tú quién eres? —El aire se corta cuando siento que alguien me agarra por los hombros.

Katia se lanza en dirección al hombre ensangrentado, pero no le da tiempo a nada, porque este se pone de pie en un segundo y le coloca una pistola en la cabeza.

—¡Oh, no, no, no, no! —murmuro conmocionada.

Me revuelvo entre los brazos de otro hombre salido de la nada, seguramente colega del gordo que está sujetando a Katia. Pero entonces un disparo corta el aire y la música se detiene. Una sola bala al techo, y no es la bala de la pistola con la que están amenazando a mi cuñada. Proviene de otro sitio, de una primera planta que hay en el club.

Alzo la mirada deprisa, y entonces veo a un hombre en la escalera curva que domina la pista, con una pistola en su mano derecha y rostro serio. Empieza a bajar la escalera lentamente, con la mirada fija en nosotras. Tendrá más de treinta años, mayor que Máximo seguramente. Es alto, fornido y elegante. Impecable, diría. El traje negro se amolda a su cuerpo en una armonía perfecta y observo que lleva una camisa azul marino. Los puños de su chaqueta están doblados, revelando unas muñecas fuertes y tatuadas.

En ambas manos lleva el dibujo nítido de un cuervo en vuelo, con las alas extendidas, pero lo que realmente me inquieta son sus nudillos. En los dedos de sus manos aparecen unas letras que no consigo leer, tatuadas con una caligrafía antigua, aparte de unos dos o tres anillos de oro.

Su mandíbula es firme, cincelada, con una ligera sombra de barba. Su cabello oscuro y húmedo cae hacia atrás, como si estuviera recién salido de la ducha. Sus ojos son completamente negros, como la noche.

—Españolas —constata mientras coge el arma con la que están amenazando a Katia.

Le quita la pistola al gordo como si le estuviera quitando una pelusa de la solapa y después la coloca en una bandeja plateada que uno de sus hombres sujeta, justo a su derecha.

Soy incapaz de respirar, al igual que los demás, mientras él le da un sorbo a una copa de champán tranquilamente. Estamos sin música, y todos inmóviles, con el corazón golpeando con fuerza y nuestras miradas fijas en él. Casi ni pestañeamos cuando vuelve a colocar la copa en la bandeja y se centra en Katia.

—Veamos...

Saca un pañuelo de color azul marino del bolsillo de su chaqueta y limpia el hilo de sangre que le cae de la comisura de los labios con

un gesto lento. Lento pero muy muy tenso. Íntimo, incluso diría que... obsceno.

—*Sei bellissima anche quando sanguini*[1] —susurra.

Ella lo mira atónita y yo aún intento descifrar qué es lo que le acaba de decir.

—Y tú muy patético, aun cuando intentas parecer un caballero —le responde.

Claramente, Katia ha entendido sus palabras.

—¿Caballero? —Sus labios se arquean en una sonrisa ácida—. Los caballeros están sobrevalorados. Aun así, *grazie* por el cumplido y...

Sus palabras se pierden en el aire cuando, de repente, mi cuñada lo apresa del cuello con dos dedos.

¿Está loca? El rostro del hombre se enciende, como si el aire le quedara atrapado en los pulmones. Sin embargo, no protesta, e incluso eleva una mano cuando uno de esos horribles tipos que lo acompañan quiere impedir que ella lo estrangule. No cabe duda de que son meros empleados y él es el que manda.

—¡Katia! —exclamo tirando del brazo de mi cuñada—. Joder, lo matarás.

Respiro aliviada cuando ella lo suelta y se vuelve hacia mí.

—¡Larguémonos de este puto sitio! —avisa, haciéndome un gesto.

Pero, antes de que pueda girarse, el hombre la detiene. Le atrapa la muñeca con firmeza.

—Vaya —dice con una sonrisa obscena—. Bella pero muy poco agradecida.

No sé por qué, pero tengo la sensación de que deberíamos salir por patas de aquí. Y ya. Más que nada, porque no tiene pinta de que Katia vaya a entrar en razón. Ella se suelta de una sacudida violenta y se le encara una vez más.

—Vaya —le responde—. Guapo pero muy entrometido.

—¿Por qué lo dices?

—Nadie te ha dado permiso para ayudarme, ¿vale?

—No necesito permiso, *bella*. Además, no sé por qué, pero... —la señala— ¿nos conocemos?

Los miro atónita, sin entender nada.

—Lo dudo —responde ella con una sonrisa venenosa—. Me acordaría de un traje tan mal abrochado. Y nos vamos ya, Anastasia.

El hombre se ríe descaradamente. Mira alrededor y luego de nuevo a nosotras. Sus facciones son tan atractivas que parece un maldito monumento pagano. Un adonis de la masculinidad. Un modelo salido de un catálogo de moda, con ese tipo de carisma que es inconfundible. Parece justo la clase de hombre que entra en tu vida para volarla en pedazos: tranquilo y con una copa de champán en la mano.

—¡Bienvenidas a mi humilde hogar, *signorine*![2] —exclama con una sonrisa extraña.

Lo miramos sorprendidas, entendiendo que tenemos ante nosotras al dueño del Eclipse Club.

—¡Oh, encantador! —Katia le sigue la corriente, con una mueca desdeñosa.

—¿Encantador, yo? No. —Se inclina hacia mí apartándole la mirada —. Pero soy un excelente anfitrión y lo demostraré. Anastasia, ¿verdad?

No sé por qué, pero me da la impresión de que está evitando a Katia a propósito.

—Las invito a una copa, mis damas.

—Gracias, pero seguiremos con la fiesta en otro lado —replico en un tono seco.

—Definitivamente, no —refuta—. No me gustaría que la fiesta terminara mal por culpa de un idiota que no sabe tratar a una mujer

y que... —continúa, lanzándole una dura mirada al matón que sangra como un cerdo— acaba de ser despedido.

Katia lo mira furiosa, pero no se mueve.

—Me gustaría enmendar el error de mi hombre. —Vuelve a centrarse en ella, como si supiera que es la que manda de las dos—. Una copa. Solo eso.

Chasquea los dedos y, en segundos, tres copas llenas de un líquido ámbar llegan a la mesa.

—Whisky japonés. Edición limitada, como ustedes.

Sus ojos oscuros se clavan en los míos, y un calor extraño me recorre la espalda. Y es entonces cuando noto algo que me revuelve el estómago. Varios hombres de trajes oscuros, postura firme y tatuajes están distribuidos por la planta baja. No están aquí para bailar, claramente, sino para vigilar. Y también disparar, supongo.

Pero en ese momento aparece Igor con la mandíbula a punto de desencajarse.

—¡Joder! —exclama, y se coloca delante de mí, mirando a todos los sitios—. ¿Estáis bien?

—Todo bien, Sensei —dice Katia con ironía pero con mucha seriedad—. Anastasia y yo estábamos practicando defensa personal con unos italianos, a cuál más insolente.

—Necesito unos aperitivos aquí para mis bellas invitadas —ordena el hombre mirando a una camarera que hay detrás de la barra, ignorando los comentarios de Katia.

—Máximo me acaba de llamar y... —La conversación se pierde en el ambiente cuando Igor nos mira tenso y luego le susurra algo al oído a Katia.

Es justo el momento en que el dueño del club aprovecha y se gira hacia mí.

—Señorita, lo siento mucho, de verdad.

—*Señora* —le respondo agria—. La próxima vez elija mejor a sus empleados.

Miro en dirección al tipo al que le he roto la cabeza. Ahora mismo se está presionando un paño contra la frente, limpiándose la sangre.

—Lo tendré en cuenta, pero, por favor, acéptela —dice y, por un segundo, sus ojos se clavan en los míos con una expresión extraña.

—¿Es siempre así de encantador con las mujeres que visitan su club?

Miro la copa que me acaba de tender, sin dejar de vigilar al par de dos que me han metido en esto. Katia e Igor están hablando en voz baja unos metros más allá, y antes me ha parecido oír el nombre de Máximo.

—Mi madre decía que las mujeres son lo más valioso de este mundo, y por aquel entonces yo no la entendía muy bien. Para mí, lo más valioso eran mis pinceles y mis cuadros, pero con los años me di cuenta de que tenía razón. —Oigo su voz enronquecida—. Un lienzo sin el cuerpo de una mujer no tiene nada de valor. Una mujer siempre representará el punto débil de un hombre, pero no al revés. —El dueño del Eclipse alza un dedo, que acaba en mi hombro—. Ustedes, las mujeres, son mucho más independientes y fuertes que nosotros, *signora*.

Desliza su dedo por mi piel, dejando un rastro de fuego que me estremece.

—Si pretende que crea que un hombre como usted se doblega fácilmente ante una mujer, creo que no está delante de la persona correcta.

—Admiro enormemente a las mujeres. Las amo. Sin embargo, es cierto que no suelo doblegarme ante todas. Digamos que soy... — coloca una mano en mi cintura— muy selectivo.

Su palma es cálida y su cercanía embriaga.

—¿Brindamos?

—Dudo que haya un motivo para brindar. No lo conozco.

—Claro que lo hay. —Sonríe de un modo que me resulta perturbador—. Brindemos por las mujeres guapas y fuertes, especialmente por usted.

—¿Por qué?

—Porque... —hace una pausa, mirándome encandilado— es un placer conocerla, por supuesto. ¡Salud!

Entreabro los labios, tratando de procesar que el tipo que tengo delante esté intentando seducirme después de haberle dicho que estoy casada, de haberle roto la cabeza a uno de sus empleados y de que Katia haya intentado estrangularlo.

No tengo reacción alguna y el cristal de nuestras copas está a punto de chocar, pero...

—¿Y si quitas la mano de mi esposa?

Una voz masculina resuena de fondo. Giro la cabeza deprisa a mi izquierda tras oír ese timbre ronco tan conocido. El suyo.

—Máximo...

—Amigo... —dice el italiano, como si lo conociera.

Pero es como si mi mente ya estuviera volando y no pudiera centrarme. Me preparo para el desastre que él desatará justo en 3..., 2..., 1...

—La mano... YA —ordena mirando al italiano con ese tono firme que me resulta tan familiar en él. Un tono que, sin duda, anuncia tormenta.

23

Ella es Anastasia Kovalenko

Máximo



Puede que no tenga ningún derecho a tu amor, y tal vez lo haya robado, pero es mío, es valioso, y no pienso devolvértelo.

MEGHAN MARCH

El Eclipse Club es el tipo de sitio que no suelo frecuentar porque sé que la vanidad es la dueña y los negocios se cierran con palabras de falsedad y amenazas. La muerte está disfrazada de lujo en un sitio como este, y lo más curioso es que todos lo saben. Todos, incluido Igor. Él sabe que este club pertenece a uno de los cabrones más temidos de Europa y, sin embargo, se ha atrevido a traer aquí a mi mujer y a mi hermana.

Miro fijamente a las dos personas que hay delante de mí, con Vladím a mi lado. Camino con cuidado, procurando no pisar cristales

cuando avanzo en dirección a ellos. Y no, no pienso calmarme.

—¡Qué sorpresa! —exclama el italiano—. Sin duda, el mundo es un pañuelo. ¿Es así como lo decís en español? —pregunta con un acento pronunciado, sonriendo como un perfecto hijo de puta con clase.

—Ya veo que tu español está mejorando, Barone.

Anastasia está de pie junto a una mesa. Su peinado está medio deshecho, sus labios entreabiertos, y lleva un vestido de color verde ajustado. Demasiado sexy y demasiado escotado. Pensar que Barone le ha mirado las tetas ya hace que me estalle la cabeza.

—¿Una copa, Kovalenko?

Mis labios se arquean con desdén.

—No, gracias.

—Pues qué pena, mis bebidas son exquisitas.

—No lo dudo. —Doy un paso lento, mirando a Anastasia de reojo —. Sé que tienes buen gusto en cuestión de bebidas.

Me interpongo entre ellos dos, dando a entender que no se pase de la raya conmigo.

—Y tú en cuestión de mujeres —contesta acercándose a mi oído —. Pero, aquí entre nosotros, tu mujer no parece alguien a quien puedas controlar.

—¿Controlar? —Coloco una mano en la cintura de Anastasia, marcando territorio—. Créeme, no necesita que nadie la controle.

—Máximo... —dice ella—. ¿Qué haces aquí?

—Hola, cariño —mascullo con voz firme, y mi boca aterriza en su mejilla con demasiada posesividad. Mis sentidos están a mil, y el aroma dulce que emana de su cuello intensifica mi olfato y agranda el remolino de nervios que siento.

—Pensaba que tu visita sería más violenta —continúa él cambiando su mirada a mi mano—. Se rumorean muchas cosas

sobre lo que guardas en ese bastón.

—Rumores. —Sonrío—. No soy un bárbaro, aunque no controlo bien mis impulsos cuando tocan algo mío.

Aprieto el mango de mi juguete afilado. Qué cojones. Espero que le quede claro que ella está prohibida para él, pero parece que Barone mantiene el mismo porte arrogante e invencible. Conozco a mi socio y sé que, a estas alturas, hay muy pocas cosas que puedan asustarlo. Ha dejado muchos cadáveres en el camino y mi presencia no lo asusta. Grave error.

—No te esperaba por aquí —dice con un gesto teatral—. Pero, ya que estás, por favor, siéntete cómodo. Y, por cierto, encantado, señora Kovalenko.

Noto un brillo lascivo en sus pupilas, y eso hace que la tensión incremente.

—Yo no tanto, aunque haya oído hablar de usted —responde ella antipática—. Me habría gustado conocerlo de otro modo, señor Barone, y no de esta manera tan...

—Violenta —agrega él—. Lo sé, y es por eso por lo que me gustaría compensarlas, a usted y entiendo que a...

—Katia Kovalenko —dice mi hermana, uniéndose a la conversación.

—... su cuñada —remata Barone—. Por supuesto, tendría que haberlo imaginado.

Su mirada va de Katia a mí, pero sus ojos se centran más en Anastasia que en cualquiera de nosotros, y eso me quema la sangre.

—Nos vamos —ordeno, presionándole la cadera.

Al mismo tiempo que digo eso, fulmino con la mirada a Igor y a mi hermana, centrándome en la herida rosada que ella muestra en la comisura de los labios. Ambos me miran como si supieran de

antemano el enorme acto de imprudencia que han cometido y la cantidad de mierda que les caerá encima.

—Sí, es mejor que salgamos ya de este sitio —agrega Katia con una mueca de enfado—. No me inspira confianza, y su dueño, menos.

—¿Por qué, *signorina*? —pregunta Barone, lanzándole una mirada jocosa, pero a mí no me engaña. Es un volcán en erupción—. Le aseguro que no hay nada de que preocuparse, y mi hombre pagará muy caro. Además, nadie ha salido herido de gravedad.

—Todavía.

Le lanzo una mirada diabólica al tipo que tiene una herida abierta en la frente.

—Pensaba que nuestra alianza había comenzado con buen pie.

—Yo también lo pensaba.

Los ojos del italiano chispean, pero no responde, solo sonríe. Esa sonrisa que me da ganas de arrancarle cada diente, pero no lo haré. No hoy. No aquí, aunque no me fíe ni un pelo de él o de este sitio. Pero ya no me fío ni de mi propio amigo ni de mi hermana. ¿Cómo diablos han sido capaces de traer a Anastasia aquí?

—¿Podemos hablar un momento?

—Hoy no. Tengo prisa.

—Bien, como quieras.

Me tiende la mano para despedirse, pero no se la estrecho.

—Espera mi llamada —le suelto.

Mi socio retira la mano con la misma frialdad que yo le demuestro.

—¡Sabes que podéis volver cuando queráis! —nos grita detrás.

No le respondo, tan solo atraigo a Anastasia más hacia mí y nos giramos, dirigiéndonos a la salida del club mientras todos se apartan a nuestro paso.

—Tío... —me dice Igor al oído, pero no lo dejo que siga.

—No tienes excusa, así que mejor cállate.

—Lo siento, ¿vale? —Noto sus rasgos tensos, intentando llamar mi atención—. Barone es tu socio. Sé que tiene este sitio más vigilado que un palacio real. El restaurante donde hemos comido también es suyo. Pensé que sería seguro, y...

—¡Pues pensaste mal!

Él asiente, sintiéndose culpable. Porque lo es. Muy culpable.

—No volveré a cagarla —dice sin levantar la vista.

—Más te vale. Porque si algo le llega a pasar... —Aprieto el puño con rabia—. ¡Demonios!

—¿Puedes mirarme a los jodidos ojos? —Oigo el susurro de Anastasia, y sus dedos me aprietan el antebrazo—. Se te olvida que estoy presente y que tengo dos puñeteras manos para defenderme sola. Y, si lo dudas, pregúntale a ese tipo al que acabo de romperle la cabeza, ¿te parece?

Genial. Le doy la espalda a Igor y me centro en ella.

—Solo camina —ordeno, guiándola hacia la salida—. Tenemos muchas cosas de las que hablar.

Me mira con los ojos entrecerrados y los labios apretados.

—Voy al baño.

—Te acompaño.

Ella no dice nada, pero pone los ojos en blanco cuando le señalo el pasillo lateral que conduce al área de los aseos. Apenas se cierra la puerta del pasillo detrás de nosotros cuando ella entra como un cohete en el baño de mujeres.

—No eches el cerrojo —aviso escaneando el sitio.

—Por Dios —resopla—. ¿Ahora también me vas a vigilar mientras meo? ¿Acaso te excita controlar hasta eso?

—Quizá sería buena idea —dejo caer—. Así te daría vergüenza y no se te ocurriría volver a cometer otra estupidez.

Mis ojos la recorren de arriba abajo cuando se apoya en el filo de la puerta con una postura demasiado sensual para mis sentidos.

—¿De qué hablas? —Se encoge de hombros—. Máximo..., ¿qué coño haces aquí?

Trago saliva contrayendo la mandíbula.

—¿Quieres saberlo? —La miro atónito—. Ayer intentaron matarte, y ahora te encuentro divirtiéndote en el maldito club de un mafioso y...

—¿Un mafioso? —dice indignada, alzando la barbilla—. No me hagas reír. Me acabo de enterar de que ese hombre es tu socio, así que explícame, ¿cuál es la diferencia entre tú y él?

—No lo conoces.

—¿Y a ti sí? —me reta—. Pues fíjate, tengo mis dudas. Además, yo no he dicho que quiera irme.

Maldición. Doy un paso violento hacia ella, y no puedo evitar señalarla con un dedo. Su actitud me parece el colmo de los colmos. Qué cojones. El récord Guinness de los colmos.

—No pienso dejarte aquí sola con ese bastardo babeando por ti como si fueses un puto pastel.

—Estás exagerando.

—¡Te estaba tocando!

—¿Y?

La observo. Sus mejillas son fuego. Su dura mirada me intimida, y sé que no estoy actuando correctamente, pero no soy capaz de controlarme.

—No me ha gustado ver a ese hombre cerca de ti, punto.

—Pero ¿y si a mí me ha gustado? —espeta con rabia—. ¿Y si lo estaba disfrutando?

Permanezco callado. Y no, no es ese silencio vacío, todo lo contrario. Es un silencio cargado de interrogantes, como si acabara

de ser golpeado por balas, destrozándome las últimas gotas de control. Entonces atrapo su cintura con firmeza y la empujo hacia dentro. Mi mano en su cadera actúa con una brusquedad que no puedo controlar, y estoy tan cegado que lo único en lo que pienso es en dejarle las cosas claras. Cierro la puerta con dureza y la inmovilizo contra la pared.

—¿Te ha gustado? —le pregunto cabreado, apretando una mano en su cuello cuando su espalda choca contra la pared—. ¿Te ha gustado que otro te tocara?

—Y si así fuese..., ¡¿qué?!

—Eres mi esposa.

La miro aturdido y siento que me tiembla la voz.

¿Por qué demonios me está afectando tanto todo esto? ¿Por qué sus palabras me duelen tanto y me estoy volviendo loco con el mero pensamiento de que ella pudiera disfrutar de la presencia de otro hombre que no fuese yo?

—Máximo... —susurra mientras sus ojos adquieren un brillo intenso—. ¿Quieres que te recuerde que estoy casada con un hombre que no duerme conmigo? ¿Un hombre que lo primero que ve cuando se despierta es el retrato de otra mujer y no mi rostro?

—Por favor... —Suspiro dolido retirando la mano lentamente—. No sigas.

—¿Quieres que te recuerde que sigo igual de virgen que el día que me compraste, joder?

Todo se detiene a mi alrededor. Sus palabras me avasallan, dejándome completamente mudo. La miro, inmóvil y con miles de pensamientos en mente. Quiero gritarle que no lo entiende. Que me duele cada vez que se acerca a mí y que es mi alma la que se astilla.

No, ella no puede jugar con mi cordura de esta manera, y menos humillarme diciéndome que está deseando las caricias de un maldito

extraño. Vale, aunque no la haya hecho mía, siendo eso lo que más deseo en este mundo. Aunque sueñe todas las noches con besarla. Aunque me esté abrasando por dentro y me falte poco para perder la cabeza.

—Cielo... —sonrío, reprimiendo el llanto—. En mi cama o no, eres mi esposa y siempre lo serás, ¿comprendes?

Ella me mira como si acabara de escupirle encima.

—No soy tu esposa y nunca lo seré.

Cuando sus palabras desafiantes sacuden mi pecho, la ira me abandona, dejándome dominar por otro sentimiento más poderoso aún: el deseo. Deseo a Anastasia como un maldito loco. La deseo como si quisiera borrar eso que acaba de decir de la manera que sea. Como si necesitara recordarle con el cuerpo lo que las palabras ya no consiguen expresar.

—¿Quieres que te demuestre lo equivocada que estás?

—Solo quiero irme.

—Chisss...

Deslizo el pulgar por la línea de su mentón, recorriendo cada centímetro de su piel. Le rozo el cuello con una suavidad que jamás pensé que podría mostrarle después de su insensatez. Finalmente me detengo en su pecho, donde percibo los latidos veloces.

—Dices que te ha gustado que otro te tocara —murmuro extasiado por la cercanía de sus labios—, pero tu corazón te contradice.

—¿Crees que mi corazón late por ti?

—No lo creo. —Dibujo círculos en su pecho, disfrutando cuando su piel se eriza poderosamente—. Lo sé.

Mis manos parecen tener vida propia, ya que mis dedos se deslizan por su cadera.

—Oh, Máximo. —Suspira—. Ya es tarde, Katia e Igor nos están esperando fuera.

—Que esperen. —Deslizo mis dedos lentamente por su espalda—. Solo necesito que me digas la verdad, Anastasia. Que, en el fondo, no te ha gustado. Y que me estás mintiendo porque es la única manera de que tú misma te lo creas.

—Dios santo... —dice con voz ahogada y, cuando su respiración acaricia mi cuello, mis ganas de poseerla aumentan más aún—. No te lo permitiré. No permitiré que sigas volviéndome loca, ¿entiendes? Ya basta con los celos, joder. ¡Ya basta!

Respiro hondo intentando calmarme.

—Tienes razón —carraspeo—. Estoy celoso.

—¿Lo estás?

—Mucho. Tanto que si algún otro hombre volviera a tocarte... —aprieto su trasero con fuerza—, perdería la cabeza.

—Eres un cabrón posesivo, Máximo.

La miro como un depredador que está a punto de tirarse al cuello de su presa.

—Y tú mía, ¿entiendes? MÍA —gruño, con los dientes tan apretados que me duelen—. Tú y medio mundo, Anastasia. Ya veo que aún no has comprendido nada.

Se mueve, pero no pienso soltarla. No. Debe comprender que no puede jugar conmigo de esta manera. Primero esas estúpidas cláusulas exigiendo tener amantes, ¡y ahora esto!

—Gracias por recordarme que soy tu prisionera. Una pobre gitana que compraste en el mercado... —añade con un desprecio insoportable en su mirada.

—No te equivoques. No eres mi prisionera, eres mi... cárcel —susurro sin voz.

Estoy así porque duele. Todo duele demasiado y no puedo más.

—No. Solo soy una estúpida que pensaba que las cosas habían cambiado entre nosotros —responde igual de dolida que yo.

Está sufriendo. Pero yo también.

—¡Y han cambiado!

—No lo parece. Estás muy equivocado si crees que puedes controlarme —dice hincándome el dedo índice en el torso y hablándome con voz rota—. Puedes gobernar medio mundo, pero a mí no, Máximo Kovalenko. Yo... —sigue con una mirada firme— soy ingobernable. Y cuanto antes lo asimiles, mejor para ti.

Me empuja con el brazo, intentando ocultar sus ojos tristes, y sé que está a punto de llorar. Es por eso por lo que se gira y camina en dirección a la puerta con pasos veloces, dejándome en el servicio con la cabeza destrozada.

¿Qué es lo que acaba de decir?

Me maldigo a mí y la maldigo a ella, porque eso hace que mis intentos de recuperar el control fallen. Sin embargo, ¿qué esperaba? Le acabo de decir que es mía y eso no está bien. No puedo actuar movido por un estallido de testosterona y... celos. ¿Celos?

Maldita sea. Jamás se me ocurriría ver a una mujer como una propiedad. Si tan solo supiera por qué le digo todo eso y por qué yo...

—¡Espera! —grito detrás de ella con voz apagada, aunque sé que no me hará ni puto caso.

Pero me lo merezco, joder. Me merezco su desprecio.

Una vez fuera del club, identifico la furgoneta aparcada más allá y vigilo el sitio instintivamente. También percibo la charla de Igor y Katia a unos metros, hablando en voz baja, como si estuvieran discutiendo. Me da igual de lo que hablen, pero más les vale que se pongan de acuerdo y tener una muy buena explicación. De Katia me lo esperaría, pero de Igor jamás.

Meto ambas manos en los bolsillos y sigo a Anastasia en silencio hacia el vehículo. Pero, de repente, algo extraño ocurre.

—¡Que nadie suba a ese coche! —Barone aparece a mi izquierda con el rostro desfigurado. Acaba de salir del club con tres de sus hombres, todos armados.

—¿Qué? —Lo miro sin entender nada.

—Hay una bomba, Kovalenko.

¿Una... bomba?

Mi aliento se detiene, y tan solo consigo girar la cabeza y fijar con la vista cómo Anastasia camina enfadada en dirección a la furgoneta. Ella, *mi esposa* —diga ella lo que diga—, está a un solo paso de la jodida bomba. Y cuando uno de mis hombres está a punto de abrirle la puerta, el estómago me da un vuelco y mi pulso se dispara. Agilizo el paso intentando frenarla con un grito desgarrador.

—¡Anastasiaaaaaaaaaaa!

—¿Qué...? —Ella enarca las cejas sin comprender.

—¡Atrás!

La abrazo con una urgencia casi animal, tirando de ella hacia mí.

—Klaus, revisa el bajo del vehículo, ¡ya! —Ejecuto una señal con la cabeza, apartándonos del sitio.

Klaus y Santiago, un joven que acaba de incorporarse a nuestra plantilla, corren deprisa hacia la furgoneta y se ponen de rodillas para detectar el dispositivo.

Entonces, atrapo su rostro entre mis manos y la miro fijamente, asegurándome de que está bien. Dios. Estoy harto de esta mierda. Un segundo más y todo habría estallado.

—¿Qué está pasando? —dice aturdida mirando detrás de mí, en dirección al vehículo.

—Joder, he pensado que...

La estrecho contra mí con tanta fuerza que siento que la aplastaré.

—Estoy bien. —Sus brazos me rodean con la misma necesidad de fundirse con mi cuerpo.

—Alejémonos.

La guío hacia el sitio donde nos está esperando Barone. Katia e Igor están en guardia, igual de conmocionados que nosotros. Mi socio hace una señal con la mano a su gente, que se despliega sin preguntar, cubriendo la zona con la eficacia de quienes dominan la mafia siciliana y poseen conocimientos de estrategia.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunto tremendamente irritado.

Me paso una mano por el cabello.

—Tenemos cámaras en todo el perímetro —explica el italiano, revisando su móvil—. Y ya los tengo. Son cuatro sujetos.

—¡Diablos!

Hago contacto visual con Vladím, comunicándonos con la mirada.

—Mis *ragazzi*[1] ya están revisando las cámaras, no pueden haber ido muy lejos.

—Gracias —digo a regañadientes.

—De nada. Quiero saber quién intenta convertir mi club en un maldito campo de batalla. Además —sonríe mientras se lleva el móvil al oído—, ¿desde cuándo no nos cubrimos las espaldas, Kovalenko? Por algo somos socios, ¿no?

—Máximo... —Katia se acerca, con la mirada fija en mí—. Ha sido Romanov, ¿verdad? Joder... —continúa desquiciada—. Ese hombre no parará hasta vernos bajo tierra, como a papá y Beatrice.

—Cállate —le digo al oído, atrapándole el codo sutilmente—. No vuelvas a...

Pero no termino la frase. Veo a un tipo a unos metros sujetando una pistola, apuntándonos.

Mierda.

—¡Al suelooo! —grito, empujando a Anastasia contra un coche aparcado. Con la otra mano tiro del brazo de Katia, obligándola a cubrirse tras la rueda trasera.

Una quemazón insoportablemente dolorosa me atraviesa el brazo como una lengua de fuego. La sangre caliente me empapa la camisa cerca del hombro y, un segundo después, el eco de los disparos sacude la calle. Sé que vienen hacia nosotros. Sé que esto es una emboscada.

—¡Joder! Lo que nos faltaba —escupe Katia entre dientes.

Me giro a tiempo de ver a Santiago caer. Klaus y Sergei se colocan en posición de ataque, disparando sin dudar contra un vehículo negro al fondo de la calle. El coche da un bandazo brutal cuando Sergei revienta dos llantas y, casi al instante, cuatro hombres enmascarados saltan del interior. Uno lleva un maldito rifle y otro cae de inmediato tras un disparo certero en el pecho. Los otros tres se dispersan como sombras.

—¡Mierda! —gruño, pulsando el botón. Mi catana reluce al salir de su funda, y juro por Dios que hoy acabará esta pesadilla.

—Máximo... —Anastasia tira de mi muñeca con ambas manos, obligándome a quedarme agachado junto a ella, protegidos momentáneamente por un Volvo.

—No te preocupes, no tienen adónde ir —le susurro tratando de sonar seguro, aunque por dentro solo siento locura. No, locura, no. *Caos* es la palabra.

—¿Quiénes son?

—Eso es lo que me gustaría saber a mí.

—Quiero ir contigo.

—No, te quedarás aquí.

—No te vayas...

La miro. Y sé que no la miro como lo hago normalmente. La miro como si disfrutara perdiéndome en sus ojos. Como si fuese lo único que tiene sentido en medio del caos. Como si tuviera claro que mi corazón se detendría si se atrevieran a tocarle un solo pelo.

—Tranquila, te protegeré. —Le acaricio la mejilla con el guante manchado de mi propia sangre. Daría lo que fuese por sentir su piel ahora mismo.

Pero entonces me habla otra vez, con un hilo de voz.

—¿No lo entiendes? —Me agarra los hombros con fuerza—. No es por mí, es por ti. No quiero que te pase nada malo. Yo... no lo soportaría.

Sus ojos brillan mientras atrapa mi rostro con sus manos como si tratara de retenerme a su lado.

—Maldita sea —susurro ahogado en mí mismo—. No me hagas esto.

—¿Hacerte qué?

—Mirarme así...

—¿Así, cómo?

—Como si vieras el paraíso en mí, Anastasia. Cuando lo único que te estoy ofreciendo es... el infierno.

Respiramos al unísono. Suspiro profundamente, sabiendo que he llegado al límite. Porque cuando ella me miraba con odio y rencor, todo era más fácil y las palabras salían sin pensar. No como ahora, que mis propias palabras mueren en mi boca. No como ahora, que siento mi alma retorcerse en mi pecho con la mera idea de que esa bala podría haberla atravesado. Ayer, hoy o mañana.

—Máximo...

—No sigas. Te lo prohíbo.

Y entonces me separo bruscamente; quiero ponerme de pie. No lo consigo. Ella se aferra a mí y me lleva de vuelta a su lado.

—A pesar de todo, confío en ti, ¿vale?

—No lo hagas —digo abrumado—. No lo hagas, ¿entendido? Esto está pasando por mi culpa. Estás en peligro por mi maldita culpa, ¿entiendes? Estás metida en este puto infierno por mi culpa.

—Vale, ni tú ni yo queríamos esto, pero si he de arder en este puto infierno... —dice bajito—, prefiero hacerlo sintiendo tus labios.

¿Qué?

Todo ocurre en medio segundo, y ni soy consciente de cuándo sus labios se pegan a los míos con pasión. Simplemente... me besa.

Oh, cielos.

Me besa.

Me besa con urgencia, con miedo y con rabia. Sus labios se estampan contra los míos y no hay nada dulce en ello, nada suave. Es un beso que me grita que no me vaya. Y, en ese instante, todo deja de sonar. El tiroteo, los gritos y el maldito caos. Solo siento su boca, sus dedos enterrados en mi nuca y esa maldita punzada en el pecho que me recuerda que ya no sé quién soy si no es por ella.

Cierro los ojos, quemándome lentamente y queriendo más. Deseando más. Necesitando más.

Pero, por supuesto, el maldito mundo no se detiene.

Un disparo impacta contra el cristal del coche, haciéndolo estallar en mil fragmentos a escasos centímetros de nuestras cabezas. Y eso vuelve a separarnos y a romper nuestro momento. Cuando oigo su grito, la cubro con mi cuerpo, aplastándola debajo.

—¡Están huyendo! —grita Klaus desde lejos.

—¡No pueden escapar, joder!

Ella me mira desde el suelo.

—Estoy hablando en serio. Te lo prohíbo. No te irás... —suplica, terriblemente asustada.

—No temas por mí —susurro—. Teme por lo que voy a hacer para volver contigo, ¿vale? Te prometo que voy a salir ahí y voy a cazar a cada uno de esos hijos de puta. Tendré sus cabezas y esto habrá acabado. Nadie podrá separarme de ti. Nadie, ¿comprendes?

Le beso la frente preso de la impaciencia, y sé que, si le besara la boca, la devoraría aquí mismo, en el suelo, cubiertos de cristales, con unos cabrones pisándonos los talones y con mi familia en peligro. Finalmente, hago el horroroso esfuerzo de alejarme, aunque me duela, pero necesito acabar con esto ya.

Muevo la cabeza cuando Vlad e Igor nos cubren por la parte trasera mientras los agentes van por delante. La sangre se me hiela cuando veo que Katia se acerca a Barone y le quita la pistola de la mano.

—*Grazie, bello...*[2] —dice guiñándole un ojo.

Deja al italiano atrás con cara de gilipollas. Solo a mi hermana se le ocurriría hacerle eso al capo más peligroso de la mafia italiana. Da unos pasos hacia delante y no duda. Apunta sin parpadear y dispara. No sé cómo, pero le da a uno de ellos, que enseguida se retuerce en el suelo con una bala alojada en la pierna. Bien. Se mantendrá consciente para un largo interrogatorio. Pero, aun así, eso no quita que Katia me escuchará. Por mi padre que me escuchará. Pero no ahora, que no tengo tiempo para reñirla como si fuese una niña pequeña.

—Trae a mi hermana aquí, Igor. ¿Ahora cree que estamos en una jodida película de Al Pacino o qué? Y no te despegues de ellas —le ordeno.

Agilizo el paso, con la catana en una mano y Vladím a mi lado, dejando a Anastasia atrás con Igor y Katia. Nos deslizamos por el callejón deprisa, con tres de nuestros hombres delante. La calle contigua al Eclipse Club está mal iluminada, pero consigo identificar

a los tres asaltantes. Visten de negro, cubiertos con pasamontañas. Uno va más rezagado, cargando un rifle. El otro, más joven, corre como si su vida dependiera de ello. El tercero, el que parece el líder, se gira con un gesto decidido y lanza una granada de humo que estalla a pocos metros intentando ganar tiempo.

—Vlad, flanco izquierdo. Yo, el centro —indico sin necesidad de levantar la voz.

Él asiente, sin perder velocidad.

Mi primer golpe impacta en el muslo del que lleva el rifle, antes de que pueda apuntarme siquiera con él. Mientras tanto, los demás se encargan de los dos restantes. El bastón se hunde con precisión, haciendo que suelte el arma con un chillido. Lo pateo en la mandíbula con una media vuelta hasta que cae, inmóvil.

—¡Muévete y te reviento la cabeza!

Vlad arremete contra el segundo y lo derriba como si fuera una marioneta. El tercero, el cabecilla, ya intenta escalar un seto hacia el callejón trasero, pero Sergei cae sobre él como un cazador. Le planto la bota en la nuca, aplastándolo contra el asfalto.

—¡Kovalenko! —La voz de Barone corta el aire.

Aparece en una esquina y nos mira preocupado.

—¡No dejéis que nadie se acerque a los coches! —grita—. Hay más bombas. Acabo de ver el mismo patrón de cableado. Estos cabrones usaron cinta térmica. Es un montaje militar.

Me giro hacia él, aún sujetando al tipo contra el suelo.

—Desarmadlos. Los quiero vivos —ordeno a dos de mis hombres.

Klaus le quita el pasamontañas del rostro al individuo que tiene inmovilizado por la espalda y lo empuja hacia delante, pero de repente, algo extraño sucede.

—Luca... —murmura Anastasia, señalándolo.

Ni siquiera me he dado cuenta de cuándo ella y mi hermana nos han alcanzado, pero la cuestión es que se encuentran aquí.

—¡Lo conozco! Es Luca, el hermano de Elsa. —Se adelanta un paso, con la mirada clavada en el tipo de piel oscura—. Por Dios, Luca, ¿qué haces aquí?

¿Luca? ¿Elsa? ¿De qué demonios está hablando?

El hombre escupe sangre al suelo y la mira. Su sonrisa malvada contrasta con el corte en una de sus cejas.

—¡Maldita seas, gitana! —vocea, señalándola con un dedo—. Serra Rosa está sangrando por tu culpa.

Todos se giran hacia ella. Anastasia tiembla, pero no retrocede. Se planta delante de él, con los ojos igual de abiertos que los míos.

—¿Qué has dicho?

—¿Quién te envía? —demando acercándome a ese tipo, que tiene toda la pinta de ser gitano—. ¿Quién?

—¡No te hagas el inocente, mentiroso de mierda! —grita él.

Klaus estampa el puño en su cara. ¿Cómo se atreve a hablarme de esa manera? Juro que lo mataría si no tuviera un enorme interés en saber por qué él y su pandilla están aquí.

—¡Llevaoslo! —espeto ahogado—. Encerradlos a todos. Esta noche no acaba hasta que sepamos quién hay detrás de esto.

—¡No! —grita ella corriendo hacia él, pero anclo mi brazo en su cintura en el último momento y la alejo de ese hombre.

—¿Qué estás haciendo? —hablo en su oído, intentando calmarla.

—¿Qué pasa en Serra Rosa? —insiste, ignorando mi pregunta—. Luca, soy amiga de tu hermana Elsa. Soy prima de Milena. ¿Están todos bien?

—¡Que os den!

—Llevaoslos ya, he dicho.

El gitano solamente nos lanza una mirada endemoniada, al igual que los otros tres, y avanzan hacia la parte trasera del club a trompicones.

—¡Máximo! —Se aferra a mis brazos—. Necesito hablar con Luca, ¡por favor!

—No podemos fiarnos.

—Algo malo está pasando, y él ha dicho que es mi culpa —continúa hablando, golpeándose el pecho totalmente ausente—. ¡Mi culpa!

—No hagas caso, quieren desviar nuestra atención. Averiguaremos por qué están aquí, tranquila.

—Necesito un número de teléfono —habla atropelladamente—. Intenté llamar a mi prima, pero no responde. ¿Tú tienes el número de papá? Aspar. Aspar Angelov.

—Hablaremos más tarde de eso. Te marcharás con Katia e Igor ahora —le advierto—. Yo os seguiré de cerca.

Se separa de mí vencida, pero sé que la semilla de la duda está sembrada.

—¡Barone! —llamo a mi socio, que está a un lado, tecleando algo en su teléfono móvil mientras sus guardaespaldas intentan poner orden alrededor.

—Tengo contactos en el aeropuerto y en el puerto principal —me informa—. Pero ¿qué te voy a contar a ti? Seguramente los has identificado ya.

—Poco me falta. Necesito que uno de tus coches nos escolte. Aunque llame a más refuerzos, sé que tardarán al menos un cuarto de hora, y no hay tiempo que perder.

—Ahora mismo.

—Gracias. —Le tiendo la mano, despidiéndome.

—No hay de qué —dice rascándose la cabeza—. Ahora, nada es gratis. Espero que me recompenses con una buena fiesta este fin de semana.

—No lo dudes.

Antes de darme la vuelta y caminar hacia el sitio que Barone nos indica, vigilo a Anastasia de cerca. Veo que ella está hablando con Katia y aprovecho para acercarme a Igor.

—Cuando lleguemos, enciérrala —demando—. Que no salga de su habitación. No sé quiénes son esos tipos y no quiero que ande suelta por la casa.

—Entendido.

—Ve con ellas, Sensei. —Le lanzo una mirada diabólica—. Y no se te ocurra volver a fallarme.

—Jamás te fallaré.

Le doy un golpe seco en la espalda y camino hacia otro vehículo. Le hago una señal a Vladím para que me acompañe, a la vez que vigilo los dos todoterrenos que Barone ha mandado para trasladarnos.

—¿Qué me traes?

Me acomodo en el asiento trasero del coche con los nervios tensos. Necesito dilucidar esta jodida mierda ya. Miro el iPad atentamente mientras el vehículo derrapa y sigue de cerca los vehículos donde viajan los demás.

—¿Has informado al jefe de la policía?

—Sí, señor —responde Vlad con la misma voz de preocupación.

Las cámaras muestran las imágenes en bucle: los movimientos de los atacantes, desde el momento en que han colocado las bombas, el caos que ha estallado y sus rostros cubiertos.

—Ahí están sus fichas —informa—. Nos lo han confirmado, los sujetos pertenecen al clan gitano Valkov.

—Me lo he imaginado.

—Le recuerdo que tienen ramificaciones por toda Europa y su base está en una aldea del sur de Bulgaria. Pero dos de los que atrapamos viven en Serra Rosa.

Siento como si una pared de hormigón se me viniera encima.

—¿Y qué demonios hacen aquí?

—Reclaman venganza.

—¿Venganza? —Mi garganta se seca.

—Serra Rosa fue atacada hace una semana. Incendiaron parte del asentamiento gitano. Las víctimas... —hace una pausa— son muchas. Casi todos los líderes, muertos. Niños también. Mujeres. No quedó gran cosa en pie.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Inspiro. Espiro. Sé lo que eso significa y sé lo que supondrá para ella.

—¿Y su... familia? —Me mojo los labios, sintiendo un miedo real por primera vez. Miedo a recibir una respuesta que sé que la devastará.

—Muerta.

Aprieto la mano en el bastón y cierro los ojos, con el alma en un puño.

—¿Todos?

—Todos.

Desvío la mirada hacia el cristal del coche, recordando su voz llena de ilusión mientras me hablaba de su hermana pequeña: «No solo la quiero, es mi vida. Amo a Lidia más que a mi vida».

Dios.

Suelto un quejido de dolor mientras aprieto la tableta. Mi vista se nubla al pensar en su familia y en esa gran ilusión que Anastasia

tiene de volver a Serra Rosa. En Lidia.

—¿Alguna prueba de que él está detrás?

—Uno de los testigos recogió fragmentos de explosivos con serie rusa. De alta gama, y que solo Romanov maneja.

La sangre me hierve e intento evitar la mirada gélida de Vlad. Ya he tomado una decisión y no hay marcha atrás.

—Que nadie entre ni salga de Montecarlo. Emite un comunicado e informa al alcalde ahora mismo —proclamo en voz baja.

—¿Cómo?

—Lo que has oído. Quiero todos los accesos cerrados. Frontera, puerto, aeropuerto, incluso los jodidos túneles subterráneos.

—¿Nadie entra, nadie sale? —repite—. ¿Ni siquiera Romanov?

Su mirada es escéptica y no le faltan razones.

—Nadie, Vlad. No quiero que él pise Mónaco.

—Señor... —habla firme—, el plan era atraerlo aquí usándola a ella. Y está funcionando, Romanov ya se está moviendo y hay filtraciones de que está de camino. ¡No podemos abortar ahora! ¡No después del gran esfuerzo que hemos hecho!

—Acabamos de abortarlo —dictamino—. Romanov no pisará esta ciudad, Vlad. No me la arrebatará. Y escúchame bien, si algo malo le ocurre, rodarán cabezas. La tuya, la primera.

—Pero...

—No he pedido tu opinión.

Su voz aguda suena al compás del chirrido de las ruedas cuando el coche frena delante de la entrada principal del castillo. Me bajo sin esperar que Vlad añada nada más y destroce mis nervios por completo. Puede hacerlo, porque su voz y su verdad representan mi conciencia. Es aquello que no puedo aceptar, pero también aquello de lo que no puedo huir.

—Es mi deber avisarlo. —Me sigue de cerca cuando irrumpo por la puerta principal, pero sigo dándole la espalda—. ¡Por su padre! Por la memoria de Viktor Kovalenko —dice enfadado—. ¡Por la señora Beatrice!

—¡Beatrice está muerta! —rujo como una fiera desatada, deteniéndome en seco.

Demonios.

—Señor, ¡ella no es nadie para abortar la misión! No es más que...

Me giro de golpe para enfrentarlo. Clavo una mano en su cuello y empotro su cabeza contra la pared con una fuerza sobrehumana.

—¡Ella es Anastasia Kovalenko! —le grito—. *Moya Imperatritsa.*[3]

Silencio.

Vlad baja sus ojos surcados por arrugas. Solamente lo suelto cuando noto su rostro enrojecido. No protesta, y sé que daría su vida por mí y por Katia. Pero no es eso lo que necesito, es otra vida la que quiero ver aplastada bajo mi zapato.

Me doy media vuelta y camino con pasos huracanados hacia mi despacho. Cierro la puerta, y en cuanto me quedo solo, lo hago. Estallo.

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah!

Lanzo el bastón contra la estantería. Las botellas tiemblan. El bastón cae al suelo con un ruido sordo.

Y vuelvo a gritar. De rabia. De dolor. De miedo. De... incertidumbre.

¿Por qué estoy dudando tanto? ¿Por qué no puedo simplemente seguir hacia delante?

Mis dedos buscan el cuello de la botella de coñac y ni siquiera me molesto en servirme un trago. Bebo a morro, con la cabeza echada hacia atrás. El líquido arde, como eso que quema cada célula de mí desde que la compré en el mercado. Desde que mis dedos la

poseyeron y desde que sus labios han tocado los míos hace unos minutos, en el maldito suelo, cubiertos de cristales.

Me apoyo contra el escritorio sintiéndome derrotado. Estoy sucumbiendo al deseo de tenerla, y sé que ya no hay vuelta atrás. Anastasia es mi esposa y permanecerá a mi lado porque la ley me otorga ese derecho y porque simplemente no puedo soltarla. No después de conocerla. No después de colarse en mi sangre e instalarse en mi ser.

No le quitaré la vida. A él, sí. Pero lejos de aquí.

Y Anastasia no lo sabrá jamás.

24

No prendas un fuego que no podrás controlar
Anastasia



> Apenas puedo creer que ella sea mía. Que me hizo suyo como si hubiese tatuado su nombre en mi alma.
>
> KATEE ROBERT

Me acabo de despedir de Katia e Igor me ha acompañado hasta mi habitación. Me ha pedido disculpas, diciéndome que no ha pensado en las consecuencias. Se le veía muy arrepentido y preocupado porque Máximo estuviera enfadado, y se nota que es una buena persona y un gran amigo. Pero cuando oigo el cerrojo, me quedo bloqueada frente a la puerta.

—¡Igor! ¿Qué haces? —Golpeo la madera con la palma abierta, pero solamente oigo un «Lo siento», seguido de sus pasos alejándose.

Sacudo el pomo varias veces, sin creer que esto esté pasando de verdad ahora mismo. Que Igor haya sido capaz de traerme a mi cuarto solo para asegurarse de que no me moveré de aquí. No me lo puedo creer. Estoy encerrada. Otra vez. De verdad, no comprendo qué les pasa a todos. ¿Qué maldita broma es esta?

—¿Hay alguien ahí? —grito.

Vuelvo a golpear la madera, con el estómago revuelto, como si lo hubiesen metido en una centrifugadora. Esto no es justo. No he hecho nada malo y no me merezco esto. Máximo no solo me ha dejado sola aquí, ni siquiera ha tenido la decencia de acompañarme de vuelta al castillo.

¿Por qué se comporta así? ¿Qué teme, joder? ¿Qué esconde?

Doy un paso atrás y respiro hondo, intentando contener la ira que me atraviesa como un virus que se adueña de mi cuerpo. No entiendo nada. ¿Por qué? ¿Por qué ahora? ¿Por qué me encierra cuando lo único que quiero es saber de mi gente? ¿Por qué lo hace? Me he preocupado por él. Lo he besado, sí, pero él me ha correspondido, diga lo que diga y piense lo que piense.

Aprieto mi amuleto en una mano recordando las palabras de Luca. Cierro los ojos desplomándome en la cama, aún viendo su mirada llena de odio diciendo que Serra Rosa está sangrando por mi culpa. Y a Máximo lo ha llamado mentiroso.

¿Por qué?

Cada vez que pienso en eso que acaba de pasar, siento mi mandíbula tensa y un nudo en el pecho, como si me entrara ansiedad. Y cuando por fin oigo unos pasos en el pasillo, corro hacia la puerta.

—¿Quién anda ahí?

—Señora...

—¡Cécile! ¡Ábreme, por favor!

—Oh, señora... —dice ella bajito—. No puedo. El señor Vladím nos ha prohibido a todos dejarla salir.

—¿Vladím? —balbuceo—. ¿Por qué?

—No lo sé.

—Llama a Máximo. —Empujo la puerta enfadada.

¿Cómo se atreve ese hombre a tomar decisiones sobre mí? ¿Cómo? A no ser que Máximo se lo haya pedido... Ha sido Máximo quien se lo ha ordenado, no me cabe duda.

Intento buscar una solución rápida. Jamás he tenido tan claro como ahora que no me quedaré aquí esperando que él se digne hablar conmigo. Ya no. No estoy dispuesta a seguir jugando en su terreno, a obedecerlo y a conformarme con lo que él me ofrece. Todo lo contrario. Arrasaré con todo a mi paso, como un río desbocado, aunque eso signifique que yo misma quede arrastrada por el camino.

Me apoyo en el tocador y me miro fijamente en el espejo. Veo una versión de mí que me devuelve la mirada sin miedo. Una versión de mí que está furiosa. Atrapada. Hundida. Pero también fuerte. Extremadamente fuerte.

—Deberías temerme, Imperator... —susurro con lágrimas en los ojos—. ¡Joderrrrrr!

Y con una furia desmesurada, estrello el espejo ovalado contra la pared, con un grito de frustración y rabia. El golpe resuena como un disparo. Entonces, el marco se parte y el cristal estalla. El papel pintado de la pared ha quedado rasgado, y no es eso, sino que debajo hay algo parecido a la madera. Madera vieja.

—Una puerta oculta —digo en voz alta, corriendo deprisa hacia mi nuevo descubrimiento.

Arranco el papel con manos temblorosas hasta dejar al descubierto lo que hay debajo y veo que, efectivamente, se trata de

una puerta que separa mi habitación de la suya. La música del tocadiscos se oía por esta razón. No hay muro, solamente esta puerta camuflada que permite que el sonido fluya con más facilidad entre ambos cuartos.

Cojo una horquilla del cabello, decidida a usar su dormitorio como el sitio que me permitirá salir de aquí. Solo espero que su puerta esté abierta, porque, de lo contrario, me moriré de la rabia aquí sola, encerrada entre cuatro paredes. Y esta puerta tiene pinta de ser fácil de abrir, no como la mía, que tiene al menos dos cerrojos. Acto seguido, deslizo la horquilla con movimientos toscos en la cerradura hasta que oigo el clic. Cuando tiro con fuerza, las bisagras ceden.

Entro en su habitación por segunda vez en el tiempo que llevo aquí. El papel pintado de su pared también está rasgado, las cortinas de terciopelo oscuro están corridas y la cama hecha. El aire huele a limpio, muy diferente de su conciencia. Me quedo unos segundos parada, tratando de calmar el temblor que siento en las manos. Luego camino despacio, y esta vez no me limito a mirar: observo con atención, como si me estuviera preparando para un examen.

La habitación es amplia, de techos altos y con una alfombra persa en medio que amortigua el sonido de mis pasos. A la derecha, una chimenea de piedra, ahora apagada. Al lado de la chimenea, colgando de un clavo, hay algo que me sobresalta: una especie de látigo de cuero. Una fusta, más bien. Es una fusta real, e incluso diría que parece usada. Después, mi mirada cambia a una mesa redonda que hay muy cerca. En la mesa hay una caja de madera, junto a una pistola descargada, una copa con restos de vino tinto, un mechero y un cenicero con un puro intacto, como si lo dejara ahí preparado para fumárselo.

Al fondo, un tocadiscos reluciente y, junto al aparato, una pequeña colección de discos, todos en fundas de cuero oscuro. Clásicos, la

mayoría, pero no me sorprende. Es probable que Beatrice hubiese pertenecido a alguna orquesta o fuesen suyos propios. No tengo ni la menor idea, y no hay nombres a la vista.

Pero antes de dar un paso a un lado, deseando irme, mis ojos vuelven a esa caja. Quizá haya algo que me sirva para averiguar qué me está ocultando. Dicho y hecho. Miro la puerta fugazmente y me acerco con curiosidad. Cuando la abro, veo documentos, algunos de ellos arrugados, y justo debajo, un cuaderno oscuro de piel, bastante desgastado. Quiero saber si él ha hecho anotaciones importantes o si es una simple agenda.

Y también debo darme prisa.

Reconozco su letra al instante. Algunas son citas que me resultan conocidas y probablemente pertenezcan a sus novelas favoritas, y otras parecen ser fragmentos y reflexiones escritas por él mismo, como si se tratase de un diario. Algunas páginas están arrancadas, pero hay una en concreto que me llama la atención.

> 11 de mayo
> Hoy ha pasado algo. Algo extraño. Esa chica con la que me casaré me ha atraído hasta su trampa, al igual que atraes a un ratón con un trozo de queso. Sus artimañas me joden, y lo peor de todo es que me ha besado. ¿Cómo se atreve a tentarme?
> Diablos. Se arrepentirá. Juro que se arrepentirá.

Habla del beso que le di la noche antes de nuestra boda. Él vio ese gesto como un acto de atrevimiento por mi parte, pero esto no es nada nuevo. Necesito saber más. A continuación, hojeo el cuaderno, con el vello erizado, mientras miro la puerta de reojo. Sigo leyendo, y aunque el miedo de lo que pueda encontrarme me roza a ratos, sé que nada podrá detenerme. Necesito un poco de luz en la oscuridad en la que vivo desde que pisé este sitio.

> 12 de mayo

Maldita sea. Ya es mi esposa. Lo es, tal y como lo tenía previsto, y hoy... hoy nada ha salido bien. Pero esto solo hace que mi odio hacia ella crezca. La odio con todas mis fuerzas.

Trago en seco, aún con la mirada fija en la hoja. Me odia, y siempre lo sospeché, aunque después intentara animarme diciéndome a mí misma que me lo parecía, dado su carácter. Pero lo ha afirmado en un papel y debe de ser cierto. Intento reprimir las lágrimas y paso las páginas rápidamente. Leo, con toda la saliva acumulada en la garganta.

13 de mayo
La odio, pero no puedo parar de pensar en ella. Parezco idiota.
No la conozco. No me conoce. Aun así, ¿por qué llevo todas las malditas noches entrando en su cuarto solo para verla dormir? No sé por qué me lo pregunto si sé la respuesta. Necesito autoconvencerme de que tengo la situación bajo control. Y sé que ella es la clave.

¿Máximo pasa las noches espiándome? Pues menuda pérdida de tiempo, joder.

Paso las hojas, con el corazón galopándome en el pecho, preguntándome por qué represento la *clave* para él. También intento darme cuenta de cuándo dejó de odiarme, porque sus palabras no concuerdan con su actitud. Hoy no parecía que me odiara. Ni ayer.

Sé que debo tranquilizarme y seguir.

Leo: «14 de mayo». Esto lo escribió hace unos días, cuando vino a mi habitación. El mismo día de mi cumpleaños.

No puedo tocar a otra mujer, pero lo he hecho. Soy una mierda de persona y ella no se lo merece. Se lo prometí. Se lo juré mientras echaba tierra sobre su ataúd. Maldita sea. Debo mantenerme alejado de Anastasia. No puedo echarlo todo a perder. No puedo desviarme del plan.

¿El plan? ¿Qué plan?

Entonces, un ruido seco fuera, en el pasillo, me hace reaccionar. Cierro el cuaderno y lo guardo de vuelta en la caja con manos temblorosas. Después de asegurarme de que no me toparé con nadie, bajo la escalera maldiciendo en voz baja. Salto encima de los escalones con prisas y me detengo con el alma en la garganta cuando veo a Cordelia.

—Señora... —dice petrificada.

—¿Dónde está mi marido?

—En su despacho.

—Gracias.

—¿Está bien?

—No —le respondo con voz rasposa, alejándome en dirección al despacho—. Pero lo estaré en los próximos minutos.

Parece como si el suelo se moviera a mi paso, y probablemente esté experimentando una subida de tensión, porque siento punzadas en la nuca. No puedo dejar de pensar en ese cuaderno. En que él ha estado entrando en mi habitación todas las noches mientras dormía. ¿Lo ha hecho desde el principio? ¿Máximo ha sido capaz de colarse en mi cuarto como un psicópata y después hacerme creer que no quería verme siquiera?

Jesús.

Agilizo el paso deseando llegar frente a él. Deseando recibir respuestas y con un único objetivo en mente: la verdad. Y sé que no me iré de ahí sin la verdad. Y tampoco tocaré en su puerta. Mis modales se han esfumado por arte de magia y de él dependerá que ocurra lo mismo con la furia que siento.

Sonrío con el corazón destrozado, pero me armo de valor y abro. Me quedo de pie en el umbral, con el mentón alzado, como si me colocara un escudo imaginario, preparada para la guerra. Pero, de repente, veo algo que no esperaba: todo está destrozado. Botellas

rotas, el cristal de una vitrina yace en el suelo y las dos sillas que hay delante del escritorio están volcadas. Y, en medio de ese caos, está él, sentado en esa silla señorial, con una botella de alcohol delante y manchas rojas en el brazo; justo en el sitio donde la bala lo ha rozado.

—Máximo... —digo estupefacta.

Él alza la mirada hacia mí, sorprendido.

—¿No deberías estar en tu habitación?

Entro despacio y cierro la puerta. Después, mi mirada baja a la botella casi vacía que acaba de soltar y que rueda sobre la mesa.

—Quizá podrías invitarme a una copa en vez de preguntar eso.

—Imagino que ya has bebido bastante en el Eclipse.

Su voz llena de reproche me desestabiliza, pero sé que debo mantenerme serena y ser más lista que él. Cruzo las manos por delante y hablo seria.

—Has mandado encerrarme a Igor.

—Sí —dice con voz glacial.

Pero a mí no puede engañarme. Su voz representa un fuerte contraste con sus ojos enrojecidos y las ojeras que rodean sus orbes.

—¿Por qué lo has hecho?

—Es obvio. —Le da un sorbo al escaso alcohol que queda en la botella y coge un puro del cenicero dándole una profunda calada—. Solo en esa habitación podré mantenerte a salvo y asegurarme de que no vuelvas a apuntarte a planes de mierda con mis empleados.

Avanzo dos pasos más en dirección al escritorio, el humo invadiéndome la nariz irremediablemente.

—Katia no es tu empleada, y pensaba que Igor era tu amigo.

—Y es justo eso lo que más me cabrea, ¿sabes? —Arruga el entrecejo—. Tener la sensación de que no puedo confiar en nadie en

mi propia casa.

Su desconfianza me decepciona. Aunque, más que desconfianza, es ese muro infranqueable que alza a menudo cuando se ve vulnerable. Porque él es así, acero en estado puro. Pero incluso el acero se funde cuando el fuego lo alcanza. Y más le vale que esté preparado, porque mi fuego lo alcanzará esta misma noche.

—¿Dónde está Luca? —pregunto con voz firme.

—Encerrado.

—Entonces imagino que sabrás por qué nos han atacado.

Él levanta la vista.

—Ni idea —miente—. Aunque estamos poniendo todo nuestro empeño. Contamos con una multitud de opciones para torturar, cariño.

Ese «cariño» no suena bien en su boca. Nada bien.

—¿Estás seguro? —Avanzo un paso más.

No responde y me muestra la misma actitud desafiante de siempre. Porque si hay una cosa que he aprendido es que Máximo Kovalenko camina al ritmo que él mismo se impone. Tiene su propio compás, y sé que no cederá. Salvo que lo lleve al límite.

Entonces, le señalo el brazo. Veo cómo oculta el dolor, pero la sangre le gotea por la manga, y eso no es algo que pueda ocultar. Mi vista se mueve a sus manos y noto que, al menos, no lleva los guantes. Pese a las cicatrices, no se ven mal. Sus manos son grandes y varoniles.

—Tu herida... —murmuro preocupada.

—Esto no es ninguna herida.

—Pero estás sangrando.

Me inclino sobre su brazo, pero su rechazo me toma por sorpresa.

—No me toques..., por favor —gruñe.

Intento mantener la calma sin apartarle la mirada. Él, en cambio, no me mira. Tan solo piensa, con la cabeza agachada y los codos en la mesa.

—¿Tanto te duele que alguien se preocupe por ti? —susurro enderezándome.

—No necesito que nadie se preocupe por mí. Mucho menos tú —declara con voz ronca, como si cada palabra le quemara la garganta.

Le da otra calada al puro.

—¿Y entonces por qué llevas semanas observándome mientras duermo?

Sus ojos se clavan en los míos, pero no dice nada. El silencio vuelve a instalarse y apenas respiramos.

—¿Creías que no lo sabría? Acabo de leer tu cuaderno —digo sin poder reprimirme más—. Cada página. Tus malditas noches entrando en mi cuarto, tu juramento a Beatrice..., todo.

Sus pómulos se afilan y su mandíbula se tensa.

—Sal de aquí.

Unas gotas de sudor surgen en su frente y la botella de cristal cruje entre sus dedos.

—No. No hasta que me digas qué significa todo esto. Hablaste de ella, de mí, de un plan. ¿De qué se trata?

Apoyo una mano en el escritorio y me inclino otra vez, clavándolo con una mirada desafiante.

—Has buscado entre mis cosas. —Me mira furioso—. Te has tomado la libertad de meter tus narices en algo privado. ¿Por qué lo has hecho?

—¡Porque estoy harta! —Alzo la voz, tan cerca de él que podría sentir el latido en su cuello—. Harta de que todos decidan sobre mi vida, empezando por mi maldito padre y terminando contigo. Cansada de hacerme sentir como si fuese una maldición, cuando

fuiste tú quien decidió comprarme. ¡Y ojalá no lo hubieses hecho, joder! ¡¿Por qué lo hiciste, eh?!

—No sigas.

—¿Por qué, Máximo? —ruego—. ¿Por qué Luca ha dicho que eres un mentiroso? ¿Por qué...?

—Ya basta.

—¿Quién soy? Dime quién soy para ti. —Sigo con la furia asfixiándome la garganta, pero no pienso detenerme—. ¿Una pieza en tu jodido mundo de delincuencia? ¿Una moneda de cambio? ¿Una puta obsesión?

—¡He dicho que basta!

—¿Tienes miedo de que puedas olvidarla, es eso?

Sus ojos brillan. Están enrojecidos y turbios. Inmensos. Diabólicos.

—No te atrevas a...

—¿Atreverme a qué? ¿A decir que Beatrice está muerta y que tú no sabes qué hacer con eso que sientes por mí?

—¡Cállate, maldita sea!

—No pienso callarme —susurro con miles de emociones a flor de piel—. Nunca más.

¡BUUUMMM!

La botella vuela por los aires, se estrella contra la pared y se desintegra en mil pedazos.

El corazón se me detiene y doy un brinco brusco hacia atrás. Entonces, él se levanta de su silla, con los hombros tensos y el rostro desencajado.

—¿Quieres saberlo? —suelta temblando.

Me atrapa los brazos con brutalidad y me pega a su cuerpo. Mis pechos chocan contra su torso y mi frente queda a un suspiro de su mandíbula.

—¿De verdad quieres saber quién eres, Anastasia?

Me mira como si estuviera viendo un recuerdo y, por primera vez desde que lo conozco, le tiembla la mandíbula.

—Dímelo... —suplico—. Ahora.

—No sabes lo que estás pidiendo —murmura entre dientes, como si hablara consigo mismo—. No sabes lo que va a pasar si cruzamos esa maldita línea.

—Ya la cruzamos —respondo—. ¿De verdad no lo ves?

Un músculo en su cuello se contrae. Su respiración se agita, pero no me suelta. Me sostiene como si necesitara mi cuerpo para mantenerse él mismo en pie.

—Yo ya no puedo fingir más —dice en un tono apenas audible—. No puedo.

Cierra los ojos. Un segundo. Dos. Cuando los abre, ya no es el mismo. El hombre que me miraba con rabia ahora me mira con pena. Y eso, sin duda, es peor.

—No te guardo rencor, ¿vale? —Siento el calor de las lágrimas que me invaden—. Comprendo que amabas a una mujer y has tenido que casarte con otra. Comprendo que le juraras lealtad. Pero también confío en que serás lo suficientemente valiente para acabar con esto de una vez por todas. Para ser honesto conmigo... —me tiembla la voz— y contigo mismo.

—¿Sabes qué es lo que peor llevo de todo? —Respira con fuerza —. Tu maldita fe en mí.

Habla con un deje de locura, pero a la vez con resignación. Sin embargo, no es capaz de sostenerme la mirada, y eso me encoge el alma.

—Mírame —le exijo, completamente rota—. Solo quiero que me mires a los ojos y me digas la verdad.

—La verdad no existe... —niega dando un paso atrás, como si le hubieran clavado algo en el pecho—. ¡Y jamás debería haber dejado

que esto pasara! Diablos... —Se lleva un puño a la boca, mordiéndose los nudillos—. No prendas un fuego que no podrás controlar. No lo hagas.

—¿Y si quiero prenderlo? ¿Y si quiero hacerlo para poder comprender?

Agranda los ojos, como si no pudiera creerse mis palabras.

—¿Comprenderme a mí?

—No —murmuro dolida—. A mí.

Me mira como si acabara de firmar mi sentencia. Entonces, de un manotazo, barre todos los objetos que cubren su escritorio: hojas, carpetas, bolígrafos, ceniceros, su propio teléfono. El estruendo de las cosas cayendo al suelo me eriza el vello de todo el cuerpo. Y antes de que pueda respirar, me alza en brazos. Me sujeta con esa brutalidad que no duele, porque es tierna al mismo tiempo. Porque es suya.

—No tienes ni idea —masculla.

Me sienta sobre la madera en una fracción de segundo, con las piernas colgando, y me sujeta las muñecas a la espalda como si temiera que pudiera escapar.

—No sabes lo que me haces —sigue—. Cada maldito segundo que paso a tu lado es una tortura.

Entreabro los labios, pero no consigo pronunciar nada. Él apoya su frente contra la mía y, por un instante, solo somos eso: dos personas respirando demasiado cerca, atrapadas en una vorágine de sensaciones que no podemos controlar.

—Te has convertido en mi jodida obsesión, Anastasia.

—Y tú en la mía —murmuro abrasada por tantas emociones.

—Lo que quieras lo tendrás. Te lo daré todo. Todo menos una cosa.

Mi alma se encoge.

—¿Qué?

Se aparta solo un poco, lo justo para que vea el cambio en su expresión. Esa oscuridad que se cuela por cada poro de su piel.

—Mi corazón. Porque mi corazón ya no existe. Lo enterré con otra mujer.

El mundo se detiene y una sierra invisible me atraviesa el pecho. Me cuesta respirar. Mi estómago vibra por los nervios que siento y mi garganta se cierra. No sé qué es peor: el dolor que provocan sus palabras o darme cuenta de que él me importa más de lo que pensaba.

Pero no me da tiempo a reaccionar. Sus dedos se clavan en mis muslos como garras, arrancándome un suspiro ahogado.

—Te dije que no despertaras a la bestia —gruñe—. Ahora no me pidas que sea suave.

Su susurro me provoca un cosquilleo. Sus labios se deslizan por mi clavícula y su lengua caliente deja un surco húmedo hasta la base de mi cuello, haciendo que cada célula de mi cuerpo se contraiga. No sé si es miedo, excitación o ambas cosas, joder. No sé si quiero huir o quedarme.

—¿Qué... haces?

—Exactamente lo que soñaste —responde—. Me querías así, ¿no? Como un maldito animal.

Antes de que pueda responderle, su boca me devora el cuello, y siento cómo uno de los gruesos tirantes de mi vestido cede. La brusquedad con la que me los baja sobre los hombros me hace gemir con fuerza.

—Esto —susurro entre dientes, intentando escapar— no está bien.

—¿Bien? —Su voz es venenosa—. Nada está bien, no solo esto. Nada.

Mi vello se eriza intensamente cuando sus labios suben hasta mi mentón, como si mi subconsciente imaginara cómo sería un beso suyo en la boca. Me aferro a sus hombros mientras él sigue besándome cada milímetro del cuello, pero no es un beso dulce, es un beso violento. Es hambre y deseo. Es castigo. La misma sensación que tuve cuando estampó la puerta de la cabina en el jet, semanas atrás. Como si quisiera romperme en dos y reducirme a polvo.

Y yo, maldita sea, lo dejo. Incluso le desabrocho los botones de la camisa uno por uno. Dejo que su boca y su lengua me aniquilen, porque sé que una parte de mí lo desea con todas mis fuerzas. Dios mío, no solo ahora. Lo he deseado todo este tiempo. Es esa parte enferma, rota y herida que lo deja. Esa parte que te grita que algo no está bien, pero justo eso que no está bien es lo que te tiene atrapada.

—Oh, Máximo... —susurro poseída por las ganas de sentirlo.

Cuando voy por el tercer botón y sus tatuajes asoman bajo la tela, me presiona el hombro y ni siquiera soy consciente de cuándo el escritorio me golpea la espalda. Solo sé que él está encima de mí. Que me levanta el vestido velozmente y desliza sus dedos hacia mis caderas como una serpiente escurridiza. Y que me duele el cuerpo de tanto quererlo y de tanto odiarlo. Pero ya no hay marcha atrás y no quiero que la haya.

—Querías saber quién eres, Anastasia —dice a centímetros de mis labios—. Eres mi tentación. Mi maldición. Mi puta condena. Y yo, ¿quieres que te diga quién soy yo para ti?

Lo miro atónita, incapaz de procesar sus palabras. Solo sé que, a pesar de todo eso, no se ha ido. Sigue aquí, recostado sobre mí, con su corazón latiendo contra el mío y con esa ternura en sus ojos.

—¿Quién eres tú?

—Soy lo peor que te podría pasar en la vida. Pero, aun así..., quieres esto. Porque lo quieres, ¿verdad?

—Lo quiero —afirmo segura.

—Entonces lo tendrás.

Su aliento se entremezcla con el mío, caliente e impaciente. Sus dedos recorren mis muslos como si dibujara su nombre en mi piel. Me arqueo bajo su peso y, por un segundo, me pregunto si esto es odio, deseo o la forma más cruel del amor.

Y entonces me arranca la ropa interior sin siquiera agacharse. Solo tira y siento mis bragas deslizándose hacia los tobillos. Un movimiento seco y cruel que me deja expuesta y vulnerable. Entera para él.

Baja la cabeza mientras me inmoviliza las rodillas. Se apodera de mí con ansias y un gemido se me escapa antes de poder reprimirlo cuando siento su boca hambrienta en mi piel. Cada milímetro de mí reacciona a él como si fuera suyo, como si su lengua conociera cada rincón de mis partes más íntimas, que nadie ha visto ni tocado. Salvo él.

Cuando sus labios se mezclan con la creciente humedad que siento, una corriente me hace vibrar. Me besa, me muerde, me lame y chupa sin compasión. Se mueve con una precisión letal mientras me presiona los muslos con ambas manos, totalmente fuera de sí. Me castiga y me premia al mismo tiempo, y odio el hecho de ceder y desearlo tanto.

Oh, cielos. Me retuerzo, doblegada por las nuevas sensaciones que él me provoca. Por una reacción natural, como cuando uno se siente acorralado. Y, sí, quiero gritar y empujarlo. Pero también quiero que no se detenga nunca.

—Por Dios... —digo intentando agarrarme a algo.

Me aferro a los bordes del escritorio, completamente embriagada por su ágil boca, que me devora con ansias. Mis piernas dobladas quedan sujetas en el aire, presas de sus manos y de la necesidad. Me está llevando al límite.

—Joder... —murmuro buscando su cabello con los dedos.

Él no responde. Solo sigue, disfrutando del festín, como si le fuera la vida en ello. Su lengua traza círculos que me hacen perder la cabeza y mi cuerpo entero arde. Me arqueo cuando su lengua me golpea con furia una y otra vez y me tienta con sus dedos. Y, cuando estoy a punto de estallar, se detiene.

—No... —le suplico con las mejillas encendidas—. No pares.

Él se alza y me observa desde arriba. Tiene los labios mojados y los ojos le brillan con perversión. El pecho le está subiendo y bajando con fuerza.

—¿Acaso crees que podría parar ahora? —pregunta irónico—. No, cariño. No sabes lo que has desatado.

Ya no hay rastro de piedad en su voz.

Asiento, sin poder decir nada. Porque sí. Lo quiero. Lo necesito. A pesar de todo. A pesar de que su corazón no me pertenezca.

Entonces se desabrocha el cinturón del pantalón de traje. Luego baja la cremallera y libera su tensa erección. Me estremezco al notar su miembro enorme; confieso que jamás me habría imaginado que escondería semejante monstruo en ese pantalón. Empiezo a sentir miedo.

—¿Me dolerá?

No me responde de inmediato, tan solo me consiente, preparándome para recibirlo. Con la otra mano tira de mis caderas hacia él. Todo esto, sin apartarme la vista, como si quisiera ver mi reacción. Como si quisiera disfrutar mi último momento de inocencia.

—Quieres que me detenga, ¿eh? Dilo antes de que sea demasiado tarde. Dilo, Anastasia.

Respiro hondo y niego despacio.

—No quiero que te detengas.

Su mirada se endurece.

—Bien.

Y, de una sola embestida..., me lo da todo.

Me desplomo sobre el escritorio con un quejido ahogado cuando siento mis músculos expandirse a su paso. Su invasión despiadada hace que el dolor me sacuda las entrañas. Me atrapa la cintura y me empuja más contra él, desgarrándome por dentro completamente. Cierro los ojos cuando el aire abandona mis pulmones. Él, en cambio, se queda quieto dentro de mí, jadeando con los dientes apretados.

Me toma de la nuca y acerca su cara a la mía, convirtiéndome en una muñeca de trapo en sus manos.

—Mírame. —Sus labios están apretados y su mirada es diabólica —. Quiero que siempre recuerdes que fui yo... —retrocede lentamente— el primero en estar dentro de ti. Te acordarás de que fui yo quien te hizo mujer, Anastasia.

Pero no puede contenerse más. Me embiste con rudeza. Sus caderas chocan contra mí ferozmente. Una, dos, tres veces. Lento al principio, pero después, cada vez más rápido. Sin freno. Sin espacio para la dulzura.

Gruño, con el corazón a punto de salírseme del pecho, ante esta nueva sensación que me abruma. Apenas siento mis músculos, pero algo está naciendo en mi vientre. Es como un placer desconcertante, mezclado con dolor. Algo crudo. Brutal. Perverso. Placentero. Muy placentero.

No entiendo si es normal que se sienta así.

Él me levanta las caderas y arremete más profundamente, con una fuerza que casi me arranca lágrimas. Lo hace como si necesitara arrancarse de dentro lo que siente. Entonces, mis uñas se clavan en sus hombros y mi cuerpo se rinde. El dolor se funde con algo oscuro; algo que nunca había sentido.

Me arqueo cuando un temblor salvaje me sacude los muslos, la espalda y el vientre tras empujar más. Oh, Dios. Sus jadeos en mi oído me electrizan e intensifican mis sentidos. ¿Qué es esto? Me apoyo con ambas manos hacia atrás cuando casi me desplomo otra vez sobre el escritorio, pero él me sujeta por la espalda antes de que toque la madera.

—Eres mía, Anastasia. *Moya...*[1] —susurra mientras se inclina hacia delante y besa mis senos—. Lo fuiste desde que te vi en ese maldito mercado.

Gimo, perdida entre sus brazos. Él me lleva de vuelta contra su pecho, como si intuyera que me desplomaré de un momento a otro.

—¡Oh, joder! No tienes idea de lo mucho que he soñado con esto... —Su aliento azota mi piel—. De lo loco que me vuelves. De lo que sería capaz de hacer por ti.

Me empotra contra la mesa una y otra vez, jadeando mi nombre entre dientes, hasta que su respiración se corta y el placer lo sacude entero. Sus labios asedian mi cuello y sus gemidos guturales quedan ahogados en mi cabello. Se vacía dentro de mí con un gruñido seco y su frente presiona mi sien, pegando su mejilla contra la mía, con fuerza, pero a la vez con dulzura.

Temblamos. Los dos. Porque sabemos lo que estamos haciendo. Porque no hay vuelta atrás. Y, justo cuando quiero soltar otro quejido, su boca se mueve lentamente, dejando un rastro de fuego por mi piel. Pero cuando sus ojos se encuentran con los míos, se detiene. Y palidece.

—¿Por qué nunca me besas? —digo en voz baja, con el pecho encogido.

Cielo santo, es lo que más deseo. A pesar del dolor que siento en el vientre, es lo único que necesito ahora mismo. Un beso suyo. Uno solo, aunque sea mentira. Aunque sea para hacerme creer que, por un instante, me pertenece.

—No puedo. —Suspira.

Me acaricia la espalda con una ternura extraña cuando su boca queda a la altura de la mía.

—¡¿Por qué?!

—Ella sigue en mis labios, y tú... —habla entrecortadamente— tú no te mereces ese castigo.

Silencio.

En un instante se aparta de mí, con ojos vidriosos, como si tocarme le ensuciara la piel. Me agarro al filo de la mesa cuando me tambaleo y mis piernas ceden tras soltarme. Aprieto los dedos con fuerza al borde del escritorio y veo cómo él se sube la cremallera y se ajusta el cinturón.

Unas gotas de color granate empapan unos folios blancos que hay en la mesa. No, no son unos folios cualesquiera, se trata de nuestro contrato nupcial. Las múltiples gotas empañan el documento, y sé que eso no es la prueba de mi virginidad, al menos creo que se ve más abundante de lo que debería. Milena me lo ha explicado cientos de veces.

—¿Esto es todo?

Las rodillas me tiemblan.

—Esto... —su voz gélida me hiere— nunca debería haber pasado.

—Pero ha pasado.

Máximo da un paso hacia la puerta. Otro más, y de pronto ruge con una furia animal que estremece las paredes antes de lanzar una

patada brutal a la silla de su escritorio, que queda volcada bajo el golpe.

Intento no llorar cuando se aleja, huyendo de mí, de sí mismo, de todo. Simplemente se va, dejándome aquí sola, llena de él y vacía de todo lo demás. Salvo de una cosa: de eso que me sacude el pecho y que ya no puedo negar.

Me deslizo lentamente en la silla con un sollozo, apretando entre mis muslos la tela del vestido, que frena el líquido espeso que gotea de mí. Me quedo temblando, con las lágrimas empañándome la vista y el corazón roto.

«Estúpida. Ilusa. Enamorada de un hombre que no siente lo mismo», susurra mi conciencia.

Lloro contra el respaldo de la silla. Lloro desesperada. Lloro como una loca. Como si llevara años sin hacerlo.

Dios santo. Lo amo. Amo a Máximo, a pesar de todo. Lo amo con todo mi ser. Porque hay amores que no se eligen, simplemente estallan en tu interior como un incendio, sin saber cuándo o cómo. Hay amores que no entienden de razones ni de orgullo. Que no respetan cicatrices ni tiempos. Amores que hieren.

Y a él... a él lo amo como se ama a una tormenta: sabiendo que puede destruirme, pero incapaz de buscar refugio.

25

De príncipes y villanos

Máximo



> Solía verte como un villano, pero no eres mi villano. Eres el villano de tu propia historia.
>
> L. J. SHEN

Camino por el pasillo como un fantasma. No siento los pies ni las manos, solamente oigo sus palabras: «No te guardo rencor, ¿vale? Pero también confío en que serás lo suficientemente valiente para acabar con esto de una vez por todas. Para ser honesto conmigo... y contigo mismo».

Me detengo al llegar al final del corredor y apoyo la frente contra la pared fría de piedra. Lo he hecho, aunque quería evitarlo, y lo peor de todo es que me ha encantado. No. Me ha fascinado. Ha sido... desquiciante. Pero hay otra parte de mí que siente culpa. Mucha culpa.

—¿Qué has hecho, Máximo? —me recrimino.

Ella confiaba en mí. Ella creía que debajo del monstruo había algo más; algo rescatable y quizá algo humano. Pero yo solo le he demostrado lo que soy: un animal. Una fiera sin alma ni conciencia.

¿Y se atreve a preguntarme por qué no la beso? ¿Cómo podría cuando me siento sucio y maligno? ¿Cómo tocar sus labios y prometerle algo de lo que no estoy seguro? ¿Cómo, cuando le estoy mintiendo en su jodida cara, mirándola a los ojos?

Empujo la puerta del baño que hay al final del pasillo. Clavo mis ojos en el espejo. Mi pelo está revuelto y aún llevo la camisa desabrochada. Inhalo el aire con fuerza cuando siento mi piel manchada con su olor. Joder, necesito aire. Mucho aire.

Oigo la lluvia golpeando los ventanales del castillo como un ejército. Me dirijo hacia la salida buscando cualquier excusa para no enfrentarme a eso que acaba de pasar en el despacho. Solo necesito desaparecer, así que salgo disparado por la puerta principal, pese a que odie la lluvia. Pero cuando llego fuera, me encuentro con Katia. Está apoyada contra el respaldo de una silla de madera que hay en el pórtico. Desvío la vista y miro la fuente que hay justo delante. Ya está anocheciendo, pero las múltiples farolas del patio definen con claridad el movimiento del agua con cada gota que cae y la remueve.

Y aquí estamos, a un metro de distancia, como dos extraños: yo con la mirada fija en la fuente y ella ahí de pie, con una taza en una mano. Noto su cabello deshecho y sus mejillas enrojecidas. Y solo espero que no sea por el alcohol.

—Mamá decía que la lluvia limpia los pecados —habla con voz serena—. Quizá por eso no te gusta. Porque ni toda la lluvia del universo podría limpiar los tuyos, Máximo.

Cierro los ojos e intento controlar el aire pesado que me aplasta los pulmones, justo lo opuesto a lo que quería. Porque mi mente está en mi despacho. En Anastasia. En lo que acabo de hacer.

—No estoy de humor.

—Nunca lo estás —replica con una media sonrisa que no le alcanza a los ojos—. Pero no me importa, sabes que seguiré hablando igual.

—Lo sé.

—Sigues enfadado conmigo, pero, si te sirve de algo, no tenía idea de Barone. Fue Igor.

Vuelvo a inhalar el aire. Se refiere a la maravillosa escapada a Montecarlo. Como si eso fuese lo que más me preocupara ahora mismo.

—Ajam —balbuceo.

—Reconozco que ha sido una insensatez, y es por eso por lo que te pido perdón.

—Vale.

—Y si te preocupa que ella se pueda fijar en otro, tranquilo. Debes estar ciego para no ver cómo te mira. Anastasia te ama.

Me quedo atónito. Lo que menos quiero oír es que ella pueda sentir algo real por mí, más allá de esa atracción física y ese deseo incontrolable que compartimos.

—Imaginaciones tuyas.

—Si tú lo dices... Por cierto, ahora mismo pareces un fantasma y llevas la manga llena de sangre, ¿eso también me lo estoy imaginando?

Me giro sutilmente y miro en dirección al pasillo que da al despacho. Sigo preocupado por ella. Incluso estoy a un paso de darme la vuelta, porque no me apetece estar aquí y oír cómo mi hermana mete el dedo en la llaga.

Demonios, ni siquiera la he visto salir.

Me froto las manos con los nervios a flor de piel mientras me apoyo contra el marco de la puerta. Katia deja la taza vacía en el alféizar de piedra y camina despacio hacia mí.

—¿Puedo verlo?

—No es nada.

—Para ti, incluso un ataque terrorista no sería nada. —Me coge la mano sin esperar permiso y me arrastra de vuelta al interior—. Eres igual que papá, aunque te joda que te lo diga.

En el recibidor, me empuja hacia una de las butacas de terciopelo gris. Me dejo llevar y me siento con un bufido. Apoyo los codos en las rodillas y me froto las manos.

—No creas que esto hará que te perdone.

—Ni yo a ti —dice con una mueca antipática.

—Tengo cosas que hacer.

—*Tenías* —subraya—. Te recuerdo que, a pesar de todo, sigues siendo mi hermano.

No digo nada mientras ella dobla una esquina, seguramente para ir a coger el botiquín. Sus palabras me calientan por dentro, derritiendo el frío que siento desde que he abandonado el despacho dejando a Anastasia sola.

Sola.

Me pongo de pie bruscamente y doy unos pasos alejándome, pero mi hermana regresa con el botiquín de mamá. El mismo que guardamos en la alacena alta y que pensaba que ella había olvidado.

—¿Adónde vas? Siéntate.

Vuelvo a sentarme sin ganas, aún con la vista clavada en el pasillo. Katia se arrodilla frente a mí y me doy cuenta de que se parece cada vez más a mamá, incluso en la forma de hablar.

—No me mires así —murmura limpiando con delicadeza la herida —. Lo hago porque mamá estaría furiosa si dejara que eso se te infectara.

—Mamá estaría furiosa por muchas cosas —respondo con una sonrisa rota.

La frase queda flotando, pero Katia no presiona. Yo bajo la cabeza porque, verdaderamente, no sé qué decir. Y paso de discutir con ella. Hoy no tengo fuerzas.

—¿Te acuerdas? —me pregunta ausente mientras abre el frasco de alcohol—. Cuando tenías diez años, te caíste de la bici por ir demasiado rápido en la cuesta del jardín. Te abriste la rodilla y lloraste como un condenado.

—Mentira. —Suspiro con la mirada perdida—. No lloré por eso.

No lloré. Pero sé que esta noche lloraré. Ya lo estoy haciendo.

—Claro que sí. Te tapabas la cara con el jersey, pero se te oía desde la cocina.

Recuerdo ese episodio con un sabor agridulce. La nostalgia es un cuchillo envenenado, aunque en realidad es el impulso de volver junto a ella para saber si está bien lo que me envenena. Pero ¿qué podría decirle? ¿Cómo podría reparar el daño que le he hecho?

—¿De verdad no te acuerdas? —insiste mi hermana.

—Me acuerdo de que tú me curaste —añado, intentando distraerme—. Dijiste que querías ser médico, como mamá.

Katia asiente, concentrada en limpiar la herida. Pongo una mueca cuando el desinfectante me provoca punzadas.

—Pero ya no quiero —afirma—. Soy una alcohólica en rehabilitación y no tengo buen pulso. En vez de en un hospital, acabaría entre rejas.

Miro sus manos temblorosas y respiro hondo.

—Yo sí quiero. Quiero que estudies Medicina.

—¿Cómo? —Alza la mirada.

—Quiero que te matricules —digo seguro de mí mismo—. Este mismo año. Y no solo tú, Anastasia también.

Sus manos se detienen en el aire.

—¿Qué...? —exclama con una sonrisa ancha.

—Le gustaría estudiar Literatura y debería empezar en septiembre. —Trago saliva—. Solo que no habla francés, y creo que inglés tampoco...

—¿Crees?

Miro a mi hermana con vergüenza. Aturdido y dolido. Katia tiene razón: apenas sé nada de ella, y lo poco que conozco no es por mí, por haber mostrado interés, sino por su espontaneidad. Mi esposa te lo cuenta todo sobre su vida sin necesidad de preguntarle.

—No podría dar clases en una universidad normal, estoy pensando en la Internacional.

—¿Es en serio? —Mi hermana me mira desde arriba, con una gasa en una mano y el bote de alcohol en la otra.

No le respondo, solo asiento, aún con la mirada perdida. ¿Y si ella se ha desmayado y es por eso por lo que no ha salido aún? Sería imposible no haberla visto pasar.

El silencio que sigue es incómodo, y Katia está tanteando cuánto de lo que ha oído es real.

—Estás enamorado —sentencia.

Le aparto la mirada.

¿Enamorado?

Bobadas. Ya me lo arrebataron todo una vez. Esta vez no les daré el gusto de amar y así no podrán usar nada en mi contra.

—¿Por qué lo dices?

—Porque jamás te han sudado tanto las manos hablando de una mujer. Ni siquiera cuando hablabas de Beatrice.

Me tenso cuando el aire se vuelve demasiado pesado en mis pulmones. Me incorporo, pero Katia me detiene con una mano en el pecho.

—¡Eh, no he terminado!

—Ya estoy bien —digo nervioso, poniéndome en pie—. Y ahora... ve al despacho. Anastasia está ahí. Quiero que te asegures de que está bien.

Miro el suelo, sin poder tolerar más esta angustia que me hierve en la sangre.

—¿Por qué?

—Katia... —le ruego con la mirada—. Solo ve.

—¿Qué le has hecho? —Parpadea confusa.

Silencio.

No puedo soltarle a mi hermana que me la acabo de follar como si fuese un puto animal. Como si ese acto pudiera destruir mis recuerdos. Como si el hecho de haberle arrebatado lo único que la mantenía intacta me produjera placer, pensando en que le he pagado a la vida con la misma moneda. Y que, en el fondo, me ha gustado tanto que quiero volver a tenerla.

—¡Oh! —Su gemido de dolor me estremece—. Máximo...

Aprieto los labios en cólera cuando el asco que destila su mirada me traspasa. Le doy la espalda bruscamente y me voy, sin dejar espacio para más preguntas con respuestas que duelen. Solamente oigo sus pasos detrás y la veo de refilón corriendo en dirección a mi despacho.

Ni sé cuándo llego a mi habitación, porque todo a mi alrededor se mueve. Y ojalá me diera un infarto ahora mismo, que es lo que el médico siempre me recuerda. Me importaría una mierda si eso pasara, de hecho, sería lo mejor para todos, principalmente para la mujer que se ha adueñado de mi cabeza.

Cierro de un portazo, con un nudo horrendo en la garganta, y lo primero que hago es mirar el cuadro de Beatrice. Pero justo al lado veo el papel pintado en la pared y la puerta camuflada entre mi habitación y la de Anastasia entreabierta.

Con razón ha conseguido salir.

Respiro, caminando hacia la pintura, porque no puedo centrarme en otra cosa, salvo en ese cuadro que siempre me espera. Inmóvil. Silencioso. Inquisitivo.

—Maldita sea... —digo devastado, mientras lo toco—. Esto se me ha ido de las manos. Tú nunca deberías haber pagado por los errores de otros, Beatrice. Ni tú, ni... ella —le digo como si pudiera oírme. Pero no puede.

Yo, en cambio, sí lo oigo todo en mi cabeza, como un eco infinito.

«—No te atrevas a...

»—¿Atreverme a qué? —me preguntó—. ¿A decir que Beatrice está muerta y tú no sabes qué hacer con lo que sientes por mí?».

Tiene razón. Tengo que asumir que Beatrice está muerta.

—¡Muerta, joderrrrrrrrrrrr! —rujo con todas mis fuerzas.

Aprieto su cuadro entre las manos y lo lanzo con una fuerza que me desgarra por dentro. El marco choca contra el suelo y se hace astillas. El retrato cae boca abajo, y siento que algo se rompe también en mí. Pero no lo recojo. No, no puedo tocarlo. Ya he traicionado su memoria y ahora no puedo ensuciar también su imagen con mis manos. Es suficiente que dos mujeres sufran por mi culpa. Una en el pasado y otra en el presente. Y si cuento a Katia, tres.

Demonios. ¿Qué voy a hacer?

Camino hasta la chimenea y cojo la fusta. La sostengo entre los dedos como si fuera un ancla de salvación. Eso que te hace sentir mejor, como cuando te fumas un cigarrillo o te tomas una copa para

poder seguir con la mísera vida que llevas. Entonces, me arrodillo junto al tocadiscos y me quito la camisa empapada de sudor a la velocidad de la luz. Respiro hondo y solo lo hago.

Lo necesito.

¡Zas!

El primer golpe es tan fuerte que me corta la espalda. Mis cicatrices arden al entrar en contacto con el cuero. Aprieto los dientes. Otro golpe. Más profundo aún y más salvaje. Siento algunas gotas calientes correr por la espalda. Me arde el cuerpo, pero no tanto como el alma. Me dejo caer al suelo respirando con dificultad, apoyado con los codos sobre la mesa. Cierro los ojos deseando huir de una realidad tan desgarradora como la mía, pero entonces...

—Máximo...

Levanto la cabeza, jadeando, y mis ojos tardan un segundo en enfocarla. Pero ahí está, de pie, en el umbral de la puerta que separa nuestras habitaciones. Esa puerta que ella ha traspasado, en todos los sentidos.

Anastasia



Aunque podría girar sobre mis talones y fingir que no he visto nada, algo en mí me empuja a cruzar el umbral. Quizá sea la rabia, o quizá

la curiosidad que siento al darme cuenta de que el retrato de Beatrice yace en el suelo.

Máximo tiene el torso desnudo y lleno de marcas rojas. Siento angustia al comprender que esa especie de látigo no era un simple adorno, sino que lo usa. Por Dios. Lo usa de verdad, para castigarse a sí mismo.

—Máximo...

Doy un paso. El crujido de la madera lo hace girarse. El purgatorio se queda pequeño ante esta escena tétrica.

—Tú... —Se pone de pie velozmente; no quiere que yo lo vea así. Pero lo he visto.

—¿Qué haces?

—Nada —responde seco, y se lleva una mano a la frente—. ¿Cómo estás?

—Bien —le respondo con un hilo de voz.

Mis pies no se mueven y el silencio se adueña de la habitación. Es como si midiéramos las palabras.

—Anastasia..., ¿qué haces aquí? —pregunta con un susurro—. ¿Vienes a recordarme lo cruel que he sido? ¿A asegurarte de que me arrepiento? ¿A... juzgarme?

Baja la mirada, suelta el látigo en la mesa y coge deprisa la camisa para cubrirse.

—No —niego con voz serena—. No hace falta juzgarte, ya lo estás haciendo tú.

—Necesito estar solo.

Una corriente me atraviesa la espina dorsal cuando vuelvo a analizar su torso marcado. Y, por más que intente comprender su actitud, no puedo.

—Pensaba que esas cicatrices fueron hechas por espadas, pero parece que no tuviste suficiente.

«Quizá sea una especie de sádico encubierto», pienso.

No me responde, solo coloca ambas manos en las caderas. Sus músculos parecen de acero y su cabello está revuelto. El tatuaje del águila es como una sombra siniestra en medio de su pecho.

—Yo... —Mira la alfombra—. No tengo fuerzas para leer entre líneas.

—¿Por qué lo haces?

—Porque debo hacerlo.

Su mandíbula está apretada, pero no retrocedo. Parece que disfruta maltratándose, pero no lo aceptaré. Igual que no aceptaré la actitud salvaje que acaba de tener conmigo en el despacho, por más que yo haya deseado que algo más pasara entre nosotros.

—¿Es también por eso por lo que has roto su cuadro?

Escruto con los ojos la pintura destrozada e intento discernir sus facciones, pero no veo nada. Solo siento que me sostiene la mirada. Desnudo y herido.

—Sería un hipócrita tenerla aquí, conmigo, después de traicionarla.

Trago saliva tras su confesión. Definitivamente, está loco. No puede hablar de un cuadro como si se tratase de una persona de carne y hueso.

—No quiero vivir así —digo decepcionada, avanzando un paso más hacia él—. No puedo seguir viviendo con esta horrible sensación de que nunca seré suficiente. No compitiendo con ella, Máximo.

—Beatrice es parte del pasado.

Lo veo tambalearse y su pecho sube y baja con esfuerzo.

—No, no lo es. Así que ahora me ducharé, me acostaré y... —mi voz tiembla, al igual que mi alma— mañana me llevarás al aeropuerto. Sin dramas ni rencores, solo haciendo lo correcto.

La frase lo desarma, pero no más que a mí. No ahora, cuando me he dado cuenta de que siento eso que jamás pensé que sentiría por él. No ahora que sé que lo amo, y eso implica que no podré seguir viviendo bajo el mismo techo que él. Aunque me duela tener que abandonarlo.

—¿Y si no puedo?

—Entonces me demostrarás una vez más que eres un monstruo. Que eres esa bestia de la que me hablabas... —le respondo con el alma en pena, haciendo lo imposible por mirarlo.

—Anastasia...

Agranda los ojos como si mis palabras lo cogieran por sorpresa, pero cuando quiere hablar, elijo darle la espalda e irme antes de que sea demasiado tarde.

Oh, Dios. Ayúdame.

Reprimo las lágrimas. No puedo seguir aquí, delante de él, aplastada por las ganas de gritarle cuánto lo odio y cuánto lo amo. Como una maldita imbécil. De saltar a sus brazos y decirle que no es el único herido en toda esta historia; aunque no hayan masacrado a mi familia y no haya sufrido tanto como él. Quiero decirle que ojalá todo se solucione y que lo amo con toda mi alma. Sin embargo, no me veo con las fuerzas suficientes para seguir luchando contra un muro, golpeándome una y otra vez sin derrumbar ni un centímetro. No soy capaz de seguir luchando por un amor no compartido.

«Mi corazón ya no existe. Lo enterré con otra mujer», dijo.

Entro al baño sin encender la luz. No la necesito. Ya me sé de memoria cada grieta del mármol, cada curva de la grifería dorada. Arrastro mi cuerpo hasta la ducha, como si cada centímetro doliera. Y duele. Me arde la entrepierna, me duele la espalda y me palpita el pecho, que aún guarda las huellas rosadas de sus dientes y su

lengua. Incluso parece que aún noto la calidez de su saliva en mi piel.

Mientras le doy a la ducha, pienso que lo peor de todo no es eso. Lo peor es que todavía llevo su olor en la piel. Huele a él. Y, en el fondo —en el fondo más oscuro y enfermo de mí—, no quiero desprenderme de él.

Me despojo del vestido con un movimiento automático y lo dejo caer al suelo. El sujetador lo arranco. La ropa interior es solo un jirón que arrastro con los dedos. El agua corre por mi cuerpo, diluyendo los sutiles restos de sangre y la huella que él ha dejado en mi interior. Apoyo la frente contra los azulejos y cierro los ojos. Me duele más el alma que el cuerpo. Me duele la contradicción de haberlo deseado, de haberle suplicado que no parara y que, aun así, me sienta decepcionada. Porque no ha sido lo que esperaba de *mi primera vez*.

Pero de pronto siento algo. Es un suave escalofrío, y no por el agua, sino por unos dedos que me apartan el cabello. Cuando me giro bruscamente, tropiezo con su torso desnudo. Levanto la vista despacio hacia su rostro, sin dar crédito a que Máximo me haya seguido hasta el baño y que ahora mismo esté desnudo aquí, a mi lado, en mi ducha.

Me mira fijamente. Serio. Mojado, con el cabello cayéndole sobre la frente y el agua resbalando por sus músculos tensos. Su torso es una sinfonía de pecados: una escultura digna de un dios griego en pleno apogeo. Pero no dejaré que eso me impresione.

Me cubro con los brazos, no porque sienta vergüenza, sino porque me siento expuesta. Emocionalmente desnuda.

—¿Qué quieres? —Mi voz es suave pero afilada.

—Que me perdones.

—No puedo perdonarte. Y no deberías haber venido.

—No podía quedarme allí... —Habla con voz rasgada al darse cuenta de que he retrocedido, queriendo alejarme.

—Es raro. No sueles entrar en mi habitación. Salvo cuando no te veo, claro —suelto, frunciendo los labios.

Se queda detrás de mí, a centímetros, pero no se atreve a tocarme.

—Porque tenías razón. Soy un cobarde.

Su confesión me desarma, pero no me ablanda. Me quedo inmóvil, observándolo, mientras el agua sigue cayendo entre nosotros como una cortina líquida, una frontera que ninguno se atreve a cruzar. Hasta que lo hago yo, en silencio. Tiendo la mano hacia el jabón, depositado en una cesta a un lado.

—¿Puedo...? —pregunta, pero no termina la frase. No hace falta. Extiende el brazo, adelantándose. Sus dedos rozan los míos cuando coge el pequeño bote de gel de ducha. Es un roce leve, pero es suficiente para hacerme estremecer.

Me toca los hombros para enjabonarme, pero es como si su tacto me quemara, entonces me aparto y cierro el grifo deprisa. Quiero que se vaya, joder. No lo quiero aquí conmigo.

—Vete.

—No puedo. —Siento su brazo enroscado en mi cintura y su piel mojada cuando me pega a su torso—. Oh, Dios. No sé cómo mirarte sin querer besarte. Sin desearte, Anastasia —confiesa contra mi cuello.

Me acaricia el vientre con suavidad y me besa el hombro con cuidado, como si quisiera recompensarme por el salvajismo que me ha mostrado esta noche. Cierro los ojos cuando sus labios tocan mi nuca con sensualidad. No como un beso, sino como una súplica cargada de culpa y de necesidad. Un segundo. Dos. Pero reúno

todas mis fuerzas y me mantengo de piedra, movida por el deseo de proteger mi corazón.

—No sé cómo mirarte sin querer tenerte —sigue, muy a mi pesar —. Es por esto por lo que me he mantenido alejado de ti todo este tiempo, ¿comprendes?

—Es por Beatrice —le respondo y me tenso, queriendo irme—. Le hiciste un juramento.

Pero Máximo vuelve a detenerme y nos quedamos en silencio por un instante. Tan solo percibo nuestros alientos acelerados y su brazo reteniéndome contra él.

—Así es. Y créeme, no ha sido nada fácil cumplirlo contigo a mi lado —habla con esa voz ronca tan suya que me eriza la piel—. Quizá no haya sido consciente de lo mucho que podría molestarte todo y...

—¿Molestarme? —susurro—. Saber que el hombre con el que te acabas de casar piensa en otra mujer no es solo molestia, es...

—Dolor —remata.

Gimo cuando su palma me encuentra. Sus dedos se abren paso entre mis muslos mientras sigue abrazándome por la espalda. Me acaricia suavemente, empapándome de jabón, con una dulzura y una dedicación de las que jamás pensé que sería capaz.

—No hagas esto... —digo frenándole la muñeca.

—Déjame recompensarte, por favor... —suplica—. Déjame hacerte olvidar, aunque sea por un momento.

Le aparto la mano y me pongo de cara a él, furiosa.

—¡No se trata de olvidar, joder! —Aprieto el puño—. Se trata del motivo por el que lo has hecho. No ha sido solo por deseo, sino por odio, Máximo. Por desesperación. Por... —reprimo las lágrimas— ¡por castigo!

La garganta se me cierra y me detengo en seco. Él nota mi aturdimiento.

—Lo siento si te he hecho daño. —Baja las manos—. No he podido controlarme y...

—Es esto lo que debe preocuparte —digo mientras le toco el pecho, en el lado del corazón—. Y tú lo sabes mejor que nadie.

—Te he herido.

—Mucho —suelto con la voz quebrada—. No solo esta noche.

—Lo sé.

—No son estas cicatrices las que duelen, sino las que escondemos aquí, bajo la piel —prosigo, sin poder callar eso que necesitaba soltar hace tiempo. Vuelvo a golpearlo en el pecho, señalándole las cicatrices.

Pero su primera reacción es detenerme, como siempre hace. Ancla su mano en mi muñeca y me frena, incapaz de soportar mi tacto.

—¿Lo ves? —sonrío amargamente—. No se trata de mí, eres tú el que alza un muro entre nosotros. Es por eso por lo que ya me he rendido.

—¡Pero yo no! —dice tomándome por los brazos—. Te pido tiempo, Anastasia.

Me fulmina con esos ojos tan suyos. Tan fríos y cálidos a la vez.

—No eres el único que necesita tiempo. —Lo miro empapada, herida, encendida pero firme.

Retrocedo un paso, deshaciéndome de sus manos. El dolor y la furia que siento hacen que no soporte su tacto.

—Quiero mostrarte que estoy luchando por controlarme.

—No te lo has ganado.

Silencio.

Me obligo a separarme de él completamente mientras sus ojos destilan miedo. Lo noto, o al menos quiero pensar eso, a juzgar por

su actitud. Siente miedo de haberlo arruinado todo y de no poder recuperarme.

—Tienes razón —susurra—. No merezco tocarte.

No es un «lo siento», sin embargo: es un «te necesito». Pero demasiado tarde.

—Solo vete.

Le aparto la vista, aspiro hondo y cojo una toalla para envolverme. Salgo de la ducha con prisas, pero él hace lo mismo, no habla pero me sigue al interior del cuarto. Me seco el cabello con otra toalla, sin dirigirle la palabra, preguntándome por qué no se larga ya de una puñetera vez de mi lado, como los cientos de veces que lo ha hecho.

¿Por qué lo hace? ¿Por qué ahora que soy yo la que lo quiere lejos?

—No me iré, ¿vale? —declara inamovible cuando se encuentra con mi mirada firme, buscando respuestas.

—Entonces me iré yo.

Aprieto los labios, aún con la toalla en la mano, y me dirijo a la puerta. Pero sus manos de acero me frenan.

—No irás a ninguna parte. Ni tú ni yo.

—No dormirás en mi cama, Máximo —digo convencida.

No es mi mente la que lo está echando, es mi alma la que ahora mismo no lo quiere aquí.

—Vale.

Alza ambas manos, vencido, y retrocede. Me quedo perpleja cuando él simplemente se desploma en un sillón que hay al lado de la cama, sin decir ni media palabra más.

—¡Genial! —digo indignada, poniendo los ojos en blanco.

Tiro la toalla en una silla y me acomodo en la cama, dándole la espalda. Estoy exhausta y lo conozco lo suficiente para saber que no

podré largarlo de aquí. Cierro los ojos, intentando domar mis latidos y, durante un segundo, pienso que no podré dormir.

Está cerca de mí, y aunque esté de espaldas a él, siento su mirada en la penumbra.

Pasan cinco minutos. O quizá más. Siento el tambor de mi corazón golpeándome el pecho, y tengo claro que no podré dormir.

—¿Por qué lo haces?

Me giro para mirarlo, pero él no se mueve. Sigue ahí, completamente desnudo, con sus ojos fijos en el techo y sus fuertes brazos bajo su cabeza. Sentado como en una silla.

—Me cansé de vigilarte como un psicópata —dice calmado—. Estoy intentando ser valiente. Una mierda de aprendiz..., pero lo intento.

Me muerdo el labio.

—No necesitas jugar a hacerte el valiente conmigo —murmuro—. Ya sé quién eres.

—No, no lo sabes —dice bajito—. Si lo supieras, habrías salido corriendo hace semanas. O me habrías matado, créeme.

—Todavía estoy a tiempo.

Nos encontramos lejos, pero a la vez tan cerca. Una barrera invisible que me hace temblar, pero a la vez me enorgullece. Porque es una barrera impuesta por mí esta vez.

Me tumbo boca arriba, con los labios contraídos por el nerviosismo y la mirada clavada en el techo. No lo miro, pero sí hablo, necesito elucidar el puzle de mi vida. Ese puzle que ya está tomando forma y que seré la única en armar. Porque nadie nunca más tomará decisiones por mí.

—¿A qué hora me llevarás al aeropuerto?

—A ninguna.

—¿Qué harás? —Suelto una risita sarcástica—. ¿Me volverás a encerrar?

—No volveré a encerrarte —dice con firmeza—. Pero tampoco permitiré que te vayas.

—No puedes obligarme a quedarme.

—No. Pero puedo darte razones para que no quieras irte.

Giro la cabeza en su dirección. Mi aliento se detiene por un instante, profundamente conmovida por su respuesta.

—¿Y crees que funcionará?

—Sí.

—¿Por qué?

Inhala el aire profundamente y después me mira. No distingo sus ojos al completo, pero me los imagino.

—Porque eres más yo que yo mismo, Anastasia. Aunque no tengamos la misma sangre, tú y yo tenemos muchas cosas en común.

Lo escucho boquiabierta, con el corazón encogido. No puedo reaccionar de otra forma, esas palabras me recuerdan a *Cumbres borrascosas*. La novela que he leído al menos diez veces y la que nunca me canso de leer.

—¿Por qué nunca me has dicho que habías leído ese libro? —murmuro sintiendo la boca peor que la suela de un zapato.

—Quizá porque me gustaba hacerte creer que no sabía quién era Heathcliff. El hombre sin apellido —murmura tras un breve silencio —. El demonio.

Me muerdo los labios, porque no puedo creerlo. Incluso en lo más profundo de mí me emociono. Sé que es una tontería, sin embargo, no puedo evitarlo.

—Tú... siempre lo has sabido.

—Sí —respira hondo—. Aunque te sorprenda.

—Hay otras cosas que me sorprenden más —añado con ironía—. Jamás pensé que la vida de una persona podría ser algo tan frágil hasta que llegué aquí.

—A mi castillo encantado.

—Maldito —matizo—. Tu castillo maldito.

—Así es —responde con la misma voz amarga que la mía—. La princesa atrapada en un castillo maldito.

—Esa es la parte que más odio de los cuentos.

—No dudo de que, si esto fuera un cuento, ya te habrías librado del villano —dice con voz quebrada.

—O me habría enamorado de él como una idiota —digo de vuelta, apretando la sábana contra mi cuerpo—. Pero esto no es un cuento, Máximo.

No sonríe del todo, pero se le marca una arruga en la mejilla. Una que nunca había visto. Una que podría ser peligrosa si me acostumbrara a ella.

—Podría serlo —dice con una profundidad especial en su voz.

Sus palabras parecen terciopelo, y es por eso por lo que lo odio. No debería hacerme sentir así, como si el hielo que me cubre se derritiera lentamente.

—No es nuestro caso —digo tensa, con las lágrimas a punto de salir—. Esto no es un cuento con final feliz.

Intento mantenerme firme, aunque mi alma se esté rompiendo por dentro.

—¿Crees en los finales felices?

Me observa atentamente, como si le importara demasiado lo que voy a decir a continuación.

—Creo en los finales felices, pero no en los de los cuentos —replico dolida—. Creo en aquel donde dos personas luchan por lo

que quieren. Por eso que no se regala, sino que se construye día a día. Con amor, dedicación y confianza.

—Todos en algún momento hemos soñado con los cuentos de hadas.

—No. —Inhalo el aire sin apartarle la mirada—. Yo no quiero un cuento de hadas. Quiero algo real.

Silencio, por un instante.

—¿Es esto lo suficientemente real? —pregunta con un susurro.

Esto.

Él aquí, en mi cuarto. Demostrándome que no quiere que me vaya. Diciéndome sin palabras que le importo y que aún hay esperanza. Y joder si no me gustaría creerlo. Me gustaría creer que en este momento estamos construyendo algo invencible. Algo poderoso y completamente nuestro. Sin pasado ni odio por medio.

—¿Y tú crees en los finales felices? —digo con un hilo de voz.

Me cuesta hasta respirar. No quiero romper esa conexión emocional que fluye entre nosotros en este momento, pero tampoco puedo darle una respuesta clara.

—Creo en los finales justos. Donde cada decisión se paga —responde demasiado pensativo—. Como ves, no todos nacimos para vivir felices y comer perdices como ocurre en los cuentos.

—Ya sé que no eres un príncipe —continúo con una garra apretándome el pecho, como si tuviese ganas de llorar.

—Ni tú una princesa —me responde.

Lo dice con tanta naturalidad, con esa voz suya baja, rota, que casi suena a cumplido.

—¿Y qué soy? —le pregunto.

—Una tormenta.

—Eso suena peor.

—No, si eres la única tormenta por la que me dejaría arrastrar.

Sonrío en la penumbra y me culpo por ello. Mucho. No quiero que él atraviese mi armadura. No puedo olvidarme de que minutos antes me ha dicho que nunca tendré su maldito corazón y no ha tenido cuidado conmigo, sabiendo que era mi primera vez.

La tormenta descarga su ira contra las ventanas, como si el cielo supiera exactamente qué siento y quisiera escribir mi desgracia en cada gota. La lluvia golpea el cristal con fuerza, igual que los sentimientos encontrados que nacen en mi interior.

—Mi madre siempre me decía que los arcoíris salen cuando alguien en el cielo llora de felicidad —digo con nostalgia, intentando huir de mis pensamientos destructivos—. Sé que lo hacía para animarme en días como estos.

—¿Y lo conseguía?

—Sí —asiento respirando hondo—. Antes odiaba la lluvia, porque no podía salir a pasear con Raskol, pero aprendí a amarla. Sin ella, no hay arcoíris.

—Yo la sigo odiando.

—¿La lluvia?

—Odio todo en mí —dice rápido.

Lo dice de una manera tan profunda que me conmueve.

—El odio no trae nada bueno. Y ojalá algún día te perdones a ti mismo y... —sigo en voz baja.

—Ojalá seas tú quien me perdone, Anastasia.

Cierro los ojos, sintiendo mis pulmones atascados, con sus palabras aún retumbando en mis oídos. Por Dios. ¿Podré perdonarlo? Las dudas me corroen, pero me niego a seguir pensando. No estando tan enfadada y dolida.

—Buenas noches —susurro.

—Buenas noches, pequeña.

Pequeña. Es su manera de llamarme, pero nunca me lo había dicho en español, solo en ruso.

Respiro profundamente.

Máximo no está en la cama, a mi lado, pero me siento como si sus palabras me acariciaran el alma. Eso, inesperadamente, me da paz. Mucha paz. Y, aunque el castillo esté maldito, él sea el villano del cuento y mi corazón esté lleno de cicatrices, me quedo dormida enseguida. Porque, por primera vez desde que he llegado, no siento el frío. Él está aquí, en mi cuarto, y esto puede significar muchas cosas.

Pero luego está la otra parte: esas palabras dañinas que me ha dirigido y su maldita actitud. Esa sombra que veo en su mirada cada vez que hago preguntas. Ese silencio que me inquieta y me hace dudar de qué es verdad y qué es mentira.

El presentimiento de que, aunque sueñe con arcoíris, la vida me mandará tormenta.

26

Después de la tormenta

Anastasia



> No existe futuro sin pasado. Olvidar no es superarlo. Olvidar es de cobardes.
>
> ALICE KELLEN

—¿Puedo pasar? —dice una voz al otro lado de la puerta acompañada de un golpecito suave.

Me incorporo de golpe, aún bajo la sábana de un color granate, que hace juego con el papel pintado del cuarto. Me encojo un poco, intentando ver algo en la habitación. Y también adivinar qué hora es. No sé si es por la mañana ni cuándo se ha ido, pero la cuestión es que Máximo ya no está en mi cuarto.

—Sí, Cordelia. Entra.

Suspiro y dejo caer la cabeza sobre la almohada, que curiosamente huele a él. ¿Puede ser que se haya tumbado a mi lado en algún momento de la noche y no me haya dado cuenta?

Reconocería ese olor entre miles. Entonces, recorro la almohada con los dedos y aspiro su aroma profundamente, lo que me provoca un cosquilleo en el estómago.

—Oh, señora, no sabe el susto que me he llevado esta mañana —empieza resoplando—. ¡Me lo he encontrado en la cocina!

La mujer entra cargando la bandeja con el desayuno, con cara de haber visto un fantasma. Tan pronto me ve desnuda, envuelta en la sábana, desvía la mirada. Me cubro hasta el cuello y me apoyo en un codo.

—¿A quién?

—Al señor. Y sin camisa.

—¿Máximo? —pregunto con unos ojos como platos—. ¿En la cocina?

—Como lo oye. Casi me da un parraque. Creía que me iba a despedir por haber roto la taza cuando se me ha derramado el café encima. Pero no, tan solo se ha acercado y me ha preguntado... —hace una pausa dramática—: «Cordelia, ¿qué es lo que más le gusta desayunar?»...

—¿Cómo?

—¡Espere! —Agita las manos frenética—. Yo me he quedado loca, y le he preguntado: «¿A quién, señor, a mí?». Y él me ha respondido con esa voz rasposa, de tabaco, que usted sabe: «No, a mi esposa».

—¿Y tú qué le has dicho?

—Pues lo primero que me ha venido a la cabeza. Huevos con jamón. Es eso lo que más le gusta, ¿verdad?

Cordelia se abanica con una mano y se limpia el sudor de la frente. Ella acalorada y yo, aturdida.

—Supongo que... sí.

—Menos mal. —Suspira—. Parecía preocupado. Perdón que diga esto, pero también un tanto atontado. Y entonces he pensado:

«Este hombre es tan responsable que no puede ni dormir por la noche pensando en el desayuno de su mujer».

Bajo la mirada cuando siento que algo se afloja en mi pecho.

Joder.

Máximo en la cocina. Preguntando por mi desayuno. Inimaginable. Porque sé que está haciendo todo lo posible para que no me vaya. En realidad, no sé si es una táctica o si es puro remordimiento, pero eso no deja indiferente a mi corazón idiota.

Cordelia alza una ceja mientras deposita la bandeja sobre la mesa.

—¿Todo bien, señora? —pregunta—. Y yo que pensaba que solo don Máximo estaba raro esta mañana.

—Estoy bien, no te preocupes —respondo encogiéndome de hombros.

—Espero que bien y con hambre. Porque llevo toda la mañana preparándole un arsenal de platos. No tarde, se enfriarán.

Cordelia sale balbuceando algo más y me deja a solas. Me quedo unos segundos en la cama, pero la curiosidad me puede. Siempre me puede. Me levanto descalza, con la sábana envolviéndome, y camino despacio no hacia la mesita donde ha dejado el desayuno, sino hacia la puerta lateral que conecta con su habitación. De paso, me inclino y cojo su pantalón de una silla. Seguramente lo dejó ahí anoche, cuando decidió invadir mi ducha. Algo que, días atrás, me habría parecido imposible.

Suelto un quejido cuando un suave escozor en mi zona íntima hace que me detenga. Miro alrededor. Todo está impecable, como si ya hubiesen hecho la limpieza esta mañana. No sé si ha sido la limpieza, pero el cuadro de Beatrice ya no está. Puede ser que él lo haya cogido para reparar el marco; dudo que lo tirara, tratándose de una persona tan importante en su vida. Tampoco quiero que lo tire, sería injusto de mi parte desear eso.

Me acerco primero a la mesa redonda, pero está perfectamente ordenada. Ni rastro del cenicero, arma, tocadiscos, y tampoco está la caja de madera con el cuaderno. Recorro los muebles con la mirada, buscando cualquier resto de la escena de anoche. Nada. Todo ha desaparecido.

Camino hacia un armario empotrado enorme y lo abro con mucha curiosidad. Veo camisas perfectamente planchadas, trajes oscuros, corbatas negras y también cinco pares de guantes de cuero. Todos oscuros y alineados en orden militar. Hipnóticamente, toco sus chaquetas. Más que tocar, las acaricio, como si en este momento de mi vida me encontrara en una encrucijada: ¿qué hacer?

¿Qué narices debería hacer?

En realidad, no sé qué demonio me está poseyendo, pero cojo una de sus camisas blancas. Dejo caer la sábana al suelo y me la coloco. Me arremango hasta los codos y me cierro los botones. Y, entonces, hundo la nariz en el cuello de la camisa y aspiro con fuerza. Quizá lo haga en el gran intento de guardar su aroma en mi memoria para siempre. Menuda contradicción. Quería desafiarlo y hacer que él perdiera el control, pero el destino se ha vuelto en mi contra, y soy yo la que no puede pensar con lucidez.

Estoy por salir de la habitación cuando la puerta se abre de golpe. Entra Ecaterina, con su coleta perfecta, los labios pintados en un tono más rojo todavía y el gesto falso de sorprenderse al verme buscando en el armario de Máximo.

—Vaya —dice con una sonrisa venenosa—. ¿Interrumpo algo?

—Si hubieras llamado a la puerta, lo sabrías —le respondo sin moverme un milímetro.

Me recorre con la mirada, de arriba abajo, deteniéndose en mis pies desnudos.

—Ah, solo venía a dejar el traje para la fiesta —añade cuando se da cuenta de que espero que me diga qué leches hace en la habitación de mi esposo—. A Máximo le gusta que me encargue de su ropa.

—Pensaba que eras su amiga, no su criada.

—Señora... —dice con una sonrisa falsa—, las criadas no toman copas de vino con él a solas y tampoco organizan fiestas importantes como la de mañana.

—Te paga un sueldo. —Le sonrío para fastidiarla.

No le daré el placer de verme afectada.

—Sí, pero confieso que hay cosas por las que no me paga, como por ejemplo decorar su nuevo dormitorio.

¿Su nuevo... dormitorio? No sé de qué está hablando, y se me ha olvidado hasta respirar. Miro rápidamente el hueco de la pared, preguntándome si él se ha llevado la pintura de Beatrice a ese sitio. Lejos de mí.

—¿No se ha enterado? —pregunta satisfecha—. Acaba de mandar trasladar todas sus cosas al ala este.

Cierro la puerta del armario con un golpe brusco y me la quedo mirando, sin disimular la ironía. Sé que no puedo dejarme doblegar delante de ella. No puedo y no debo.

—No sé a qué estás jugando, Ecaterina —hablo tranquila y segura de mí misma—. Créeme, Máximo no mueve un dedo sin mí. Y si estás hablando de *nuestro* nuevo cuarto, te informo de que ya me encargo yo.

Miento.

—Pero él...

—Quizá él no se ha explicado o tú has oído mal —remato, manteniéndome seria.

Sus labios se tensan por un instante, y disfruto con ese gesto sin importancia.

—Lo dudo. Nadie en esta casa conoce sus gustos mejor que yo. No pretendo molestarla —continúa con voz punzante—, pero en unas pocas semanas, sería imposible que lo conociera para saber qué quiere. Por más que sea su esposa. Pero comprendo que sienta celos, yo también los sentiría. Al fin y al cabo, he sido la única que lo ha acompañado en todo este tiempo. De verdad... —dice amable, dejando su traje sobre la cama con demasiado cuidado—, comprendo que no me quiera cerca de él.

Es una gilipollas. Sigue llevando esa máscara de cortesía, pensando que puede engañarme.

—Si tu actitud fuera otra, no me importaría que estuvieses cerca —le respondo sonriente—. Y, con respecto a los celos, jamás estaría celosa de una amiga, porque eso es lo único que ve en ti.

Ella sonríe también, con la misma mirada incisiva, la cual no oculta en absoluto.

—Ya veo. Cree que está por encima, pero torres más altas han caído... —escupe sin pudor—. Tiempo al tiempo. Disfrute de esta casa mientras pueda. Que tenga buen día, *señora*.

Abro la boca para decirle algo, pero no me da tiempo, porque desaparece por la puerta al instante.

Me quedo unos momentos en silencio mientras me recoloco la camisa. Respiro hondo. No dejaré que me saquen de quicio tan fácilmente, joder. Y menos cuando estoy tan decidida a volver a España, a cualquier precio. Aunque me muera en vida estando lejos de él, pero tampoco podría seguir aquí, entre estos muros.

Me llevo las manos al cabello nerviosa, con el corazón latiéndome cada vez más fuerte.

Dios mío. ¿Qué me está pasando? ¿Por qué ya no soy capaz de pensar con claridad, como antes? Debería estar centrada en mi sueño de estudiar en la universidad. Y no, las réplicas de esta chica no deberían dolerme tanto, pero no puedo borrarme de la cabeza el hecho de que él ha mandado preparar una nueva habitación. Y eso, claramente, echa más leña al fuego y hace que más ganas tenga de largarme de este sitio.

Vuelvo a mi cuarto, y sé que debo distraerme con algo si no quiero volverme loca antes de poder hablar con él y preguntarle por el vuelo. Y nada mejor que con un desayuno copioso, por supuesto. Últimamente, el ansia de leer se ha convertido en ansia de comer. Y sí, siento una tremenda curiosidad por saber qué me ha traído Corde. Miro la taza de café, los huevos humeantes y cinco platos más, uno de ellos con una magdalena enorme de chocolate.

Abro las ventanas, intentando borrar de mi cabeza los comentarios de Ecaterina. La brisa fresca de la mañana me despeina al instante, y el cielo está cargado de nubes, pero hay luz. El tipo de luz que solo aparece después de una tormenta. Cojo la taza de café y, cuando miro por la ventana, veo algo. No el mar a lo lejos, aunque también. De hecho, me encanta contemplarlo todas las mañanas al despertar.

Miro al cielo embobada. Es un arcoíris. Un arcoíris enorme y perfecto.

Dejo la taza en la mesa con un golpe seco y me siento ridícula por emocionarme tanto. Pero justo entonces...

—¿Qué es... eso? —digo en voz alta.

Oigo un relincho y algo marrón cruza el jardín como un rayo. Un animal. No. Un caballo. Mi caballo. Oh, definitivamente no puede ser él, pero sí, es él. Es mi caballo, lo reconocería entre miles de

caballos, y eso es porque su manera de galopar y mover la crin es inconfundible.

—¡Raskooooooooooool! —grito enloquecida.

¿Es esto posible? Cielos. ¿Lo es?

Salgo corriendo como una lunática escapando de un manicomio, vestida solamente con la camisa de Máximo. Bajo por la escalera, tropiezo con el mayordomo, al que casi tumbo, y resbalo en el último escalón. Disimulo y maldigo unas tres veces en mi carrera hacia el jardín, pero no me detengo. El corazón se me sale por la boca.

—¡Raskol! —le grito—. ¡Estás aquí! Pero ¿cómo...? ¿Cuándo?

Llego casi sin aliento al sitio donde me espera mi caballo. Me llevo una mano a la boca y lo miro como si estuviera viendo un alienígena. Máximo ha mantenido su promesa. Ha hecho que Raskol viajara en avión —o en barco, me da igual— y lo ha traído hasta aquí. Hasta mí.

Increíble.

Mi grandullón da vueltas en círculos por el jardín, feliz, y, al llamarlo, gira la cabeza y relincha. Me reconoce enseguida, y en un instante viene trotando como si nunca nos hubiéramos separado. Me río con fuerza cuando me huele y me empuja con el hocico. Por Dios. Siento punzadas en los ojos mientras me abrazo a él, emocionadísima.

—¡¿Quién es mi chico?! —Lo beso en la crin y me sorprendo de lo bien que huele—. ¿Y Lidia? ¿Dónde está Lidia? ¡¿Y mamá?! —digo impaciente—. ¿Y los abuelos? Oh, Raskol, dime que está todo bien.

Me quedo ahí, acariciándole el lomo, hablando con él como si me fuera a responder. Relincha de nuevo mientras me da un pequeño empujón y me hace tambalear. Me río, limpiándome la cara con la manga de la camisa.

—¿Quién te ha traído, eh? ¿Ha sido él? ¿Ha sido mi cojo favorito?

Levanto la vista y, durante un segundo, espero verlo observándome desde alguna ventana del castillo. Pero Máximo no está. Ese hombre tiene la maldita costumbre de hacer cosas buenas y luego desaparecer como si no quisiera el mérito. Como si temiera que, si se quedara, lo querría más. Y lo peor es que tiene razón. Lo quiero cada día más... y más. Aunque al mismo tiempo lo odie. Maldita sea, lo odio tanto. Entonces recuerdo las palabras de Katia: «Odio a mi hermano un poco todos los días. Y a veces lo quiero, porque me salvó de cosas peores».

Miro al cielo intentando serenarme. El arcoíris sigue ahí, brillante como una señal escrita solo para mí.

—¿Sabes, Raskol?, no conozco a nadie ahí arriba, pero quien sea que me haya mandado este arcoíris... Gracias —murmuro en voz baja conteniendo las lágrimas.

Él resopla y mueve el hocico en mi mejilla, como si me estuviera besando.

—Y gracias a ti también, salvaje. Espero que no hayas dado mucha guerra en el avión.

Me sale una carcajada con tan solo imaginármelo en un avión, dando tumbos de un lado al otro. Pobrecito, debe de haberse asustado mucho.

—Ya veo que también te han duchado.

Doy un paso violento atrás cuando mi chico travieso se desploma en el suelo, justo en un charco enorme. El agua llena de barro salpica la camisa blanca.

—¡Ahora no! —grito desquiciada y feliz, sabiendo que eso es una invitación a darme un paseo.

Pero no puedo. He salido corriendo y no llevo nada debajo. Solamente vuelvo a abrazarlo y a acariciar su crin, disfrutando de su

olor y del barro que me cubre las mejillas. Echaba mucho de menos el tacto y el olor del barro.

Sonrío, sin poder creérmelo. No sé si este es un final feliz, digno de un cuento de hadas, solo sé que este momento lo es. Y a veces, un solo momento basta.

Máximo



Observo desde la cámara 15, con el iPad en una mano. Jardín este. Anastasia está descalza y corre hacia el caballo sonriente y feliz, como si fuese una niña pequeña que corre a los brazos de su madre. En este caso, Raskol, ese famoso caballo que tenía muchas ganas de conocer.

Sigo observando todo lo que ocurre en la pantalla. El caballo relincha al verla, trota hasta ella con torpeza, y Anastasia lo abraza como si acabara de regresar de la muerte. Supongo que, en parte, es así. Mis hombres han tenido suerte de encontrarlo. Corría desorientado en la colina que hay detrás de la humilde casa donde vivían los Angelov.

El apellido me produce escalofríos.

Todos están muertos. Todos. Y ella no sabe nada todavía.

Maldición.

Anastasia no sabe que Serra Rosa ya no existe. Ni que, por esa misma razón, los gitanos nos han seguido hasta Montecarlo. No, Anastasia no imagina que la familia gitana murió por mi culpa. Ella tan solo está ahí, sonriendo con los ojos brillantes, aún creyendo en la bondad de las personas.

—¿Estás viendo eso? —pregunta Igor sin apartar la vista de la tableta—. Ten claro que ama más a ese caballo que a ti, tío.

No respondo, solo sonrío disimuladamente. Idiota de mí.

Hago *zoom* en la imagen de la cámara. Sus cabellos cobrizos revolotean al viento mientras acaricia el hocico del animal con una dulzura que me resulta familiar. A pesar de que siempre intenta guardar una defensa y mostrarme que es una mujer, disfruto cuando se permite ser una niña. Como ahora. Raskol relincha, se levanta ligeramente sobre sus patas traseras, juguetón, y ella ríe.

Esa risa. Esa maldita risa que me revienta el pecho.

Deslizo el pulgar por la pantalla. Cámara 16. Un ángulo lateral. Veo que lleva una camisa blanca que parece de hombre. De hecho, podría ser perfectamente una de mis camisas, y no me sorprendería. Anoche leyó mi diario. Me detengo en su rostro y observo cómo ella frunce los labios y le susurra a Raskol cosas que no capto por el audio. ¿Qué le estará contando?

—¿Te he dicho ya que esto es una mala idea? —pregunta Igor con su tono habitual de sarcasmo.

—¿Has terminado ya de psicoanalizarme?

Guardo la tableta y me alejo del salón, pero no antes de admirar el arcoíris que tiñe el cielo de punta a punta a través del ventanal. Desde aquí no veo el jardín trasero, pero sé que hoy los astros se han alineado para que ellos tengan el encuentro perfecto. Y también para que ella no quiera seguir con esa idea estúpida de volver a España.

Accedo al ala restringida del castillo a través de un panel biométrico oculto tras un espejo rectangular de grandes dimensiones y marco dorado. Aprieto una aguja casi invisible con el índice y toco una pantalla. El escáner digital reconoce mi ADN en dos segundos. El de la retina tarda tres.

Bienvenido, Imperator.

Las puertas se abren con un siseo neumático, a la vez que una voz robótica me da la bienvenida.

Aquí no hay tapices ni lujo antiguo, solo acero negro, cristal blindado y pantallas de interfaz que reaccionan al movimiento. Un servidor cuántico en el subsuelo del castillo alimenta este monstruo: soy dueño de un sistema de encriptación distribuida que almacena perfiles, registros de voz, ADN y patrones faciales. Nadie entra ni sale del mundo sin que yo lo sepa. Sí, aquí es donde he matado a muchos hombres. No con sangre, sino con algoritmos, aunque confieso que la sangre es mi preferida.

—¿Qué hay? —digo al entrar en la sala de operaciones.

Igor camina junto a mí y se dirige a la consola de acceso. Lo miro, esperando que no me dé una mala noticia. Ni él ni ninguno de los diez operadores que hay en la sala.

—El sistema detectó un intento de acceso anoche —informa Ecaterina, que se aparta unas gafas de los ojos y se levanta—. Suplantación parcial y código genético intervenido.

—¿Nivel de seguridad? —le pregunto.

—Dos.

—Caso crítico —murmuro.

Vladím aparece a mi derecha cuando una puerta metálica se desliza a un lado.

—Movimiento en Italia —anuncia lanzando una carpeta sobre la mesa—. Un mensaje en clave.

—¿Qué tipo de mensaje?

Igor y yo nos volvemos en dirección a la puerta y lo miramos expectantes.

—Lo decodificamos hace una hora: «Las sombras nacen bajo la luna».

Se hace el silencio. Solo el zumbido de los servidores acompaña esas palabras. Y, por supuesto, la mirada de todos sobre mí.

—Es el código militar antiguo —afirmo, apretando el puño hasta que me crujen los nudillos—. Ese hijo de puta sigue evitando la encriptación digital, pero no hay duda. Ha sido él. Y ya veo que sigue en su línea.

Maldita sea. Romanov sigue comunicándose con sus perros a través de mensajes ocultos, sin hacer uso de los medios digitales.

—¿Alguna interpretación? —insisto.

Igor y yo intercambiamos miradas.

—Podría ser cualquier cosa, pero seguramente tenga que ver con un aviso sobre su próximo movimiento —señala Ecaterina.

«Las sombras nacen bajo la luna»..., repito en mi mente.

—La luna tiene que ver con la noche —clamo convencido.

—¿Crees que se ha enterado de lo que estamos planeando? —pregunta Igor con tono grave.

—Me importa una mierda lo que sepa —contesto mirando al suelo —. No pondrá un pie en Mónaco.

«No permitiré que se acerque a ella. Lo quiero muerto, pero fuera de aquí», pienso.

—Es una rata escurridiza, se ha librado de los radares todo este tiempo. ¿Qué te hace pensar que no lo seguirá haciendo?

—Porque nos vamos a adelantar —respondo firme, mirando a Vlad y después a Igor—. Lo vamos a dejar con las manos vacías. Quiero a

Zorro esta misma noche. Sensei, ten el armamento preparado para la emboscada.

—Entendido —contesta Igor, y se da la vuelta deprisa para salir de la central e ir a preparar a los hombres.

El silencio se instala por un momento y el zumbido de los servidores vuelve a ser lo único que acompaña mi respiración tensa.

—Señor, esto es urgente.

Vladím retoma el informe.

—¿Qué es? —Lo miro con el pulso en aumento.

—Lo que ha llegado esta mañana desde París.

Pulsa la imagen de un expediente. El rostro congelado de mi socio aparece en pantalla. Barone lleva un sombrero negro y tiene la misma mirada de superioridad que tanto lo caracteriza.

—No me digas que... —murmuro, atento al plasma.

—El italiano no se reunió con Romanov como sospechábamos.

—Es imposible —digo con un hilo de voz, sin dar crédito—. Tenemos pruebas claras de su maldita alianza, Vlad. Sabes tan bien como yo que lo sospechamos desde el primer maldito momento en que Barone me propuso ser su socio —añado colérico—. Sabemos que ese bastardo no tuvo suficiente con los espías, sino que también nos mandó a un puto capo italiano.

—Mejor mire la pantalla. —El rostro de Vladím parece un folio en blanco.

Intento controlar mis nervios, aunque por dentro me sienta ahogado. Me inclino hacia delante cuando Vlad cambia el enfoque y muestra la figura de alguien; alguien que va completamente vestido de negro, de espaldas. Su atuendo me indica que es alguien importante, ya que varias condecoraciones descansan en uno de sus hombros.

—¿Él? —pregunto en voz baja mientras el frío se me clava en la nuca.

—Barone se reunió con el general.

—¿Me estás diciendo que Barone se reunió con... mi tío? —pregunto sin apartar la mirada de la imagen.

—Confirmado —afirma Vladím, ampliando la foto congelada—. La insignia en el hombro es inconfundible. El águila con la corona. El emblema personal de los Kovalenko.

Por un segundo, todo se derrumba a mi alrededor. Todo se oscurece y se me congela la sangre. Una traición por parte de mi tío era lo que menos me esperaba, aunque llevemos sin hablarnos ni más ni menos que ocho años. Ocho malditos años.

Aprieto la mandíbula, con la mirada perdida en ese rostro que me recuerda tanto a mi padre. En esos ojos azules que Katia heredó de ellos. En el momento en que esa mirada fría se posó sobre mí como el hielo mientras me negaba la ayuda. Una ayuda que necesitaba desesperadamente. Me dejó solo en el peor momento de mi vida, cuando no tenía a nadie. Completamente solo. Desamparado. Destrozado.

Y ahora entiendo por qué.

Dios, ayúdame.

—Señor... —Vlad me mira, pensando lo mismo que yo—, ¿cree que están preparando un ataque?

Mi respiración es cada vez más lenta y pesada.

—Esto no es un ataque, Vladím... —respondo, sintiendo punzadas en los ojos—. Esto ya es una guerra.

Me aparto de la pantalla girando hacia la sala. Los servidores siguen zumbando, lo que provoca un eco molesto. O será que hasta mi propia respiración me jode en estos momentos porque siento como si el infierno hubiera abierto sus puertas.

—Europa y Asia arderán —musito—. Mi tío ya eligió en qué bando está. Y, sin duda, en el mío no.

—Solo esperamos la orden —dice Vladím.

Intento recuperar el control de mi expresión.

—Quiero datos primero —sentencio con voz firme.

Vladím asiente sin levantar la vista mientras los demás operadores me miran. Me acerco a la mesa de control y apoyo las manos en el cristal helado. Las pantallas me muestran lo que necesito: Madrid. Montecarlo. Moscú. Las tres rutas principales. Mis dominios.

Hago girar el bastón lentamente. La cabeza de águila gira conmigo, brillando bajo la luz de los monitores.

—Quiero que cada proveedor de Barone muera. Quiero que sus armas no salgan del puerto. Quiero que sus billetes falsificados se pudran en contenedores. Quiero a sus corredores de divisas atrapados como ratas. Y sus transportes... —hago una pausa breve — paralizados.

—El flujo financiero se está colapsando ya —añade Ecaterina, revisando las líneas en la pantalla—. Venderán propiedades de emergencia porque se quedarán sin liquidez.

—Perfecto —asiento con una sonrisa helada—. Así es como se caza un animal: asfixiándolo en silencio antes de atacarlo.

Mis ojos recorren los gráficos de movimiento satelital en tiempo real. Los vehículos en Montecarlo. Las cámaras termográficas en los puertos de Tánger, Palermo y Niza. Las transferencias cruzadas de criptomonedas en Suiza.

—En cuanto al general... —continúo—. Quiero su red entera intervenida. Teléfonos, reuniones, incluso las putas cámaras de seguridad de sus mansiones. Quiero escuchar cada conversación. Si mi tío ha pactado con ellos, lo sabremos antes de que Barone levante la copa de brindis mañana, en la fiesta.

Vladím respira pesadamente detrás de mí. Su tono es más tenso.

—¿Y si el general ya ha infiltrado a gente aquí?

Levanto la mirada. Esa pregunta es más peligrosa que todas las demás.

—Si lo ha hecho —mi voz baja—, se están moviendo sobre terreno minado. Como bien sabes, este castillo es un búnker, Vlad.

Presiono el código y tres nuevas zonas del castillo se iluminan en rojo sobre el mapa central.

—A partir de esta noche, toda persona que cruce las alas restringidas quedará registrada dos veces. Si alguien mueve un dedo fuera del protocolo, sonará aquí antes de que termine de respirar. Activa el estado de aislamiento.

Me giro hacia Ecaterina. El golpe seco del bastón contra el suelo retumba en la sala de control.

—Entiendo que la fiesta servirá de anzuelo —responde ella.

Y así es. No solo voy a aniquilar a Barone, sino que lo voy a atrapar aquí, como la rata presuntuosa y traicionera que es. Y el puto italiano me llevará a Romanov.

«Touché», pienso.

Sonrío maquiavélicamente y ejecuto un movimiento seco con la mano para que abran las puertas, pero un destello intermitente en la esquina de la pantalla me hace girar.

—Detén las puertas —ordeno.

Vladím frena el mecanismo y yo camino de vuelta a los monitores. Una de las cámaras interiores se ha activado: mi despacho. Y ella. Anastasia está sentada frente a mi escritorio, iluminada por la luz tenue de mi portátil personal. Su cabello cayendo como un velo de cobre, los labios entreabiertos, la mirada fija en la pantalla, como si supiera lo que busca. No parece que sea casual, y tampoco que esté

curioseando. Es algo premeditado, ya que se mueve en la silla agitada y mira en dirección a la puerta varias veces.

—¿Qué demonios hace...? —susurra Ecaterina, levantándose de su silla.

El sistema comienza a desplegar la información automáticamente y se oye la voz robótica.

Acceso biométrico no autorizado en el área roja. Protocolo de defensa interna activo.

—Tranquila... —digo en voz baja mientras mis ojos no se apartan de la imagen de mi esposa buscando algo en mi ordenador.

El silencio pesa.

—Si me permite —Vladím me habla al oído para que nadie pueda oírlo—. Puede que Romanov ya haya contactado con ella. Quizá haya sido abordada sin que lo sepamos y ahora esté buscando una vía de escape.

Mis ojos continúan clavados en el monitor, pero la frase perfora y hace que una parte de mí quiera descartar la idea de inmediato. Otra parte... me hace dudar. Joder. ¿Y si Vlad tiene razón?

—No —murmuro cabizbajo—. No tiene sentido.

Siento mi corazón galopar en el pecho con demasiada fuerza.

—¿Va todo bien? —pregunta Ecaterina desde la otra punta.

No le respondo, solo le hago un gesto sutil con la cabeza, para que vuelva al trabajo.

—Si Romanov ha usado a los Valkov —insiste Vladím con la voz contenida—, es posible que haya extendido sus tentáculos hasta aquí.

—La hemos tenido vigilada —replico en un susurro—. Además, ella... no me traicionaría.

Pero las palabras dejan un rastro amargo. La imagen de la pantalla sigue mostrando a Anastasia frente al portátil, navegando

entre carpetas bloqueadas, haciendo intentos de acceso. Fracasa una vez. Lo vuelve a intentar. Una segunda. Una tercera.

Pero no se detiene. No sabe que aquí todas las pantallas están en rojo, alertándonos de su insensatez.

—Desactiva la cámara del despacho provisionalmente. Y cierra todas las puertas —ordeno en voz baja—. Nadie entra. Nadie sale. Y que nadie toque a mi esposa.

—Sí, señor.

Los monitores se apagan, pero la visión de ella sigue dentro de mi cabeza. Temo que todos sospechen que Anastasia tenga algo que ver con esto, ya que los únicos que lo saben son Vlad e Igor.

Mientras avanzo hacia el despacho, el peso de la traición late al ritmo de mis propios pasos. La duda comienza a corroerme bajo la piel. Verdaderamente odio que esté desconfiando de ella después de todo lo que ha ocurrido entre nosotros, pero la confianza es un lujo que un hombre como yo no puede permitirse. No ahora.

¿Es posible que ella ya haya recibido información del exterior? ¿Y si fue ayer, en el club, o en ese restaurante donde comieron? ¿Y si alguien de mi entorno la ha avisado?

Joder.

Giro en una esquina, tras pasar la cocina, y empujo la puerta del despacho en silencio, listo para enfrentarla y preguntarle qué demonios está buscando en mi portátil. Pero lo que encuentro no es precisamente eso. Anastasia está de pie, inclinada sobre mi escritorio con el ceño fruncido, como si estuviera concentrada. No está tocando el portátil, pero la tapa está levantada, aunque la pantalla esté oscura. En cambio, tiene la mano en el bolígrafo que me regaló y está escribiendo algo en un pósit.

—Anastasia...

Cuando me ve, pega un respingo y alza la mirada sorprendida.

—¿Qué haces aquí? —pregunto cerrando la puerta despacio.

Mis ojos vuelven al portátil y a eso que estaba apuntando en un papel antes de que yo entrara.

—Eh..., nada —dice rápido, escondiendo el papel tras su espalda como una niña pillada robando chucherías.

Me acerco despacio, ladeando la cabeza.

—¿Nada?

—Bueno..., algo. —Se muerde el labio inferior—. No sabía dónde estabas y quería dejarte una nota.

—¿Una nota?

Asiente con las mejillas enrojecidas.

—Anastasia —mi tono baja una octava—. Dame la nota.

—No es importante. —Sonríe—. Solo era una tontería.

Extiendo la mano impaciente. Tenso los párpados, rezando en mi interior por que no sea algo que la comprometa y haga dudar de ella. Aunque... ¡demonios! Le estoy mintiendo, tiene derecho a intentar averiguar la verdad.

—La nota.

Finalmente, resopla rendida y me la entrega con un leve gruñido. La despliego. En el centro de la hoja, dibujado a mano con tinta negra, hay un corazón imperfecto, y debajo: «Gracias».

Respiro aliviado, aunque sé que me está engañando. Sé que, en realidad, sigue enfadada, solo intenta no hacerme sospechar de que minutos atrás estaba buscando en mi ordenador.

—Los corazones no pegan con alguien como Heathcliff —repito, dejando que la ironía asome en mi voz—. Pregúntale a Catherine.

El silencio se instala entre nosotros cuando doblo la nota lentamente y la guardo en el bolsillo interior de mi chaqueta. Justo en el lado del corazón.

—Bueno, a diferencia de Catherine, yo no pienso morirme para complicártelo todo, Máximo. Aunque tenga que aguantar tu mal humor. —Arquea la boca, aunque no sonríe del todo—. Y te lo perdono solo porque tienes buen gusto en camisas.

Bajo la mirada y confirmo que lleva puesta una de mis camisas. Hay unas pocas manchas de algo que parece barro, e incluso identifico una huella sutil de suciedad en su mejilla. También lleva motas de fango en sus pies descalzos. Contra todo pronóstico, hace que me relaje. Al menos por ahora.

—Eso está por ver —le digo mientras avanzo un paso más hacia ella, aún con la mirada fija en el barro de su moflete.

—¿Lo de la camisa o lo de morirme? —bromea enroscándose un mechón en el dedo, señal de que está nerviosa. Y sé por qué lo está, casi la pillo.

—Ambas —susurro.

Ella sonríe con picardía cuando nota mi expresión.

—Vale, lo admito. No soy muy buena con las notas románticas —dice nerviosa, jugueteando con ese mechón—. Pero te he traído algo.

—¿Algo?

—Zumo de naranja recién exprimido —dice con un aire teatral, cogiendo un vaso alargado y tendiéndomelo.

—¿Lo has hecho tú?

—Sí.

—¿Y las cocineras?

—A ver... —Suspira contrariada—. Soy autosuficiente. Solo es un zumo, no hables como si te hubiese asado un cordero.

—¿Has puesto los ojos en blanco?

La observo en silencio preguntándome qué estaba buscando en ese maldito ordenador mientras cojo el vaso y me obligo a beber un

sorbo. Tengo alergia a los cítricos y sé que, de un momento a otro, notaré pinchazos en la garganta, y probablemente me falte el aire durante unos minutos, pero me lo tomo. Solo por ella. Haría lo que hiciese falta por esta preciosa mujer, y ese pensamiento me encoge el estómago.

Frunzo el ceño en cuanto noto el sabor.

—Espero que te guste, es bueno para tu salud.

No puedo evitar sonreír. Dios, es imposible no adorarla en estos momentos en los que parece que me está educando como a un niño. Cuando no se está defendiendo de mí, Anastasia tiene esa dulzura peligrosa que me atrapa. Esa inocencia que hace que la rabia que siento se esfume por arte de magia.

—Entonces, ¿intentas mantenerme saludable?

—Claro. Así podré torturarte durante muchos años más.

—Entonces, ¿eso significa que ya no estás enfadada conmigo?

—No se trata de estar o no enfadada. Se trata de que aprendas algo de esto, Máximo. —Se muerde el labio y su sonrisa desaparece.

Noto que mira el escritorio sutilmente, y sospecho que es porque está recordando el momento en que le quité la virginidad. Ese momento en el que sé que no fui nada suave y del cual me avergüenzo terriblemente.

—¿Te sigue doliendo?

Me acerco un paso más, pero me detengo; temo que me rechace. Se aguanta la respiración al notar mi presencia.

—No tanto como ayer —responde, evitándome la mirada.

Meto las manos en los bolsillos y carraspeo. Freno el impulso de abrazarla.

—Te resfriarás como sigas así. Estás descalza —señalo.

—Soy más fuerte de lo que piensas.

—No lo dudo —digo—. Quizá me enseñes a mí también a serlo, y lo cierto es que... —Suspiro hondo—. No puedo evitar pensar que, si llevas mi camisa y estás aquí, hay esperanza.

—No lo pienses —susurra, consciente del fuego que alimenta—. Mi ropa se está... lavando. No tenía nada que ponerme.

Miente descaradamente.

—¿Y el zumo?

Alzo una ceja, intentando controlarme.

—Un simple gesto de agradecimiento por haber traído a mi caballo.

—¿Sabes que eres la única persona a la que temo? —gruño, embriagado por todos los recuerdos que me llegan a la mente. Por ese instante en que la hice mía.

—Se nota. —Sonríe con acidez—. Tanto que sales corriendo de mi cuarto por la mañana.

Ella tira nerviosa del cuello de su camisa. *Mi* camisa. Siento su aliento acariciándome el mentón mientras lo hace. El aire vibra a nuestro alrededor y mi pulso se vuelve salvaje al quedar tan cerca de ella.

—En realidad, tenía mucho trabajo. —Cojo sus manos y no la suelto, aunque quiera retirarlas—. Pero, si te parece, mañana podríamos desayunar juntos. Hay unas vistas impresionantes desde el ático y...

—¿Y si no hay un mañana?

Me la quedo mirando fijamente como si me hubiese atravesado con una daga.

—No en nuestro cuento —susurro con el corazón en un puño—. En el nuestro, siempre habrá un mañana.

Demonios. ¿Por qué esto es tan difícil?

Su aliento veloz me golpea la boca, como si estuviera a punto de besarme. O yo a ella. Maldición. Ya ni sé cómo manejar esta situación y he sido sincero al decirle que la temo. Mucho. Temo no poder controlarme y volver a hacerle daño. Pero entonces, llega la puñalada.

—Máximo... —Suspira—. ¿Dónde está Lidia?

Su voz tiembla al pronunciarlo. Lo dice como si supiera que su hermana simplemente... ya no está.

—¿Lidia?

—Raskol está aquí, pero ella no.

—No fue posible traerla, tus padres no... —inhalo aire— le dieron permiso.

—¿Cómo? —suelta con una mirada opaca, retirando sus manos de golpe—. Mis padres jamás se negarían, saben lo mucho que Lidia me echa de menos. Y yo a ella.

Le doy la espalda. Joder. Debo ordenar mis pensamientos.

—¿Y cómo están ellos? ¿Están bien, preguntaron por mí? ¡Dime algo, por favor!

Siento la presión de sus dedos tirando de mi codo.

—Lo están. —Me obligo a sonreír.

—Necesito llamarlos.

—Ahora no —suelto con la mandíbula apretada—. Estoy ocupado con la fiesta de mañana; además, dentro de poco viajaré, tengo una reunión de urgencia y probablemente esta noche duerma fuera. Pero mañana lo solucionamos, te lo prometo.

—¿Crees que podré esperar hasta mañana?

—Te lo pido. Por favor...

Extiendo la mano, pero aparta el hombro.

—No. Mañana ya no tendrá sentido y, a decir verdad, ya me he acostumbrado a tu forma de... —su voz es cortante, pero el temblor

en sus manos la delata— evitarme.

De repente, me da la espalda y abre la puerta con un gesto brusco. Me quedo inmóvil, observándola, pero no soy capaz de añadir nada más, tan solo verla salir. Desaparece por el pasillo con la cabeza erguida y los hombros tensos mientras el sonido de un portazo invade el despacho.

Jesús. ¿Cómo saldré de esta mierda en la que estoy metido hasta el cuello?

Camino despacio hasta el escritorio, con el veneno de su mirada quemándome por dentro. El portátil sigue encendido. Presiono una tecla, con el pulso en aumento y, cuando la pantalla se ilumina, reviso el historial de búsqueda. El informe de actividad parpadea en la pantalla. Me obligo a leer los nombres: «Serra Rosa»; «Valkov»; «Máximo Kovalenko»; «Mikhail Romanov».

¿Romanov?

Me desplomo en la silla llevándome las manos a la cabeza. Quizá Vladím tenga razón y ella ya esté empezando a atar cabos.

Maldita sea.

27

Detén la música
Anastasia



> Pertenecemos juntos, nuestros corazones son como imanes, siempre aferrados, difíciles de separar.
>
> SHANORA WILLIAMS

Pruebo la puerta del despacho. Cerrada. Inspiro y espiro varias veces y pego el oído a la madera deseando saber si Máximo está dentro. Pero dudo que esté, y la puerta parece cerrada con llave.

¿Y si se ha enterado ya de que busqué en su ordenador?

Desde ayer no sé nada de él, salvo que tuvo que salir de urgencia. Y si no fuese por una nota que he encontrado en la mesa de mi cuarto esta mañana, pensaría que también ha pasado la noche fuera. La nota decía:

> Nos vemos esta tarde. Te tengo una sorpresa.
>
> M.

—Una nota... —bufo, echándole un último vistazo a la puerta.

Me ha escrito una nota, a pesar de tener ya un teléfono móvil. No lo entiendo, joder. Es como si les hubiese cogido cariño a esos pósits.

El pasillo está lleno de movimiento: personal entrando y saliendo de las habitaciones, cargando cajas, flores, copas. Todos nerviosos y con prisas, y sé que es por la fiesta de esta tarde, en honor al socio italiano de Máximo. De reojo veo a Ecaterina cruzar el corredor; da órdenes mientras va y viene con un grupo de empleadas detrás. No tengo ganas de verla. Me giro, dispuesta a volver sobre mis pasos, cuando Cordelia aparece al final del pasillo. Camina despacio, con un ramo de rosas en las manos. La detengo alzando apenas la voz.

—¿Máximo aún no ha vuelto?

Ella niega suavemente con una sonrisa amable en los labios.

—Todavía no —responde—. ¿Ha almorzado ya para mandar a Cécile a retirar la bandeja?

—No tengo mucha hambre —asiento ausente—. ¿Katia está en su cuarto?

—No, parece que ha salido. Se la veía muy feliz, y ha dicho algo sobre la universidad.

Entreabro los labios gratamente sorprendida. Por fin una buena noticia, y me alegro mucho de que mi cuñada finalmente haya tomado la decisión. Pero vuelvo a pensar en mi problema.

—¿Me podrías dar la llave del despacho? —murmuro intentando sonar convincente—. Ayer se me olvidó un documento dentro y...

—Lo siento, señora Anastasia —responde deprisa—. No la tengo, el señor es el único que tiene acceso.

Asiento suavemente y bajo la mirada a las flores que Corde sujeta en los brazos. Recuerdo que al lado de la nota que él me ha dejado esta mañana había otro ramo de rosas frescas.

—Las rosas blancas de mi cuarto..., ¿fuiste tú quien las cambió?

—Por supuesto, órdenes del señor —clama con una risita ahogada —. Quiere que no falten en su habitación, y también ha mandado colocarlas en el salón, en la biblioteca, ¡y hasta en la cocina!

El señor. Claro. ¿Quién, si no?

—Gracias —susurro mientras me froto las manos, aún nerviosa por lo ocurrido ayer.

Le doy la espalda y subo la escalera cuando mi mente me traiciona. Ahí es cuando el recuerdo irrumpe sin permiso, y vuelvo a preguntarme si él verdaderamente sabe lo que hacía en su despacho. Y si lo sabe, ¿por qué no me preguntó? Recuerdo que después de salir pitando de allí, corrí a mi cuarto, muy nerviosa, ya que apenas logré mantener la compostura delante de él. Máximo estuvo a punto de descubrirme. La pantalla del portátil estaba apagada, pero el ordenador seguía encendido cuando él entró.

Estaba agradecida por Raskol, por supuesto, pero estaba harta de esperar respuestas. Harta de sonreír y de fingir que no pasaba nada. Estaba tan desesperada que empecé a buscar por mi cuenta. Primero sobre Serra Rosa..., nada. Como si las palabras que Luca mencionó nunca hubieran existido. También quise encontrar algo sobre Angelo, ese nombre que me atormenta desde la boda; la única persona en la que supuestamente puedo confiar. Pero, sin apellido, habría sido en vano. Normal. Hay decenas de hombres con ese nombre en Montecarlo.

Busqué sobre él —Máximo Kovalenko— y encontré justo lo que sospechaba: de cara al mundo, guarda la fachada perfecta. Es el sobrino de un general ruso cuyo nombre no recuerdo ahora, y lo describen como un empresario brillante, dueño de una tecnológica puntera en inteligencia artificial para ciberseguridad. La tapadera idónea para esa mafia de identidades que sé que maneja.

No llegué a leer nada sobre Romanov porque oí pasos cerca del despacho y tuve que cerrarlo todo a la carrera.

Joder.

Estoy de vuelta en mi habitación, igual de nerviosa que ayer. Sigo dándole vueltas mientras me meto en la ducha para intentar calmarme, pero el agua caliente apenas consigue relajarme. Pienso. ¿Qué más puedo hacer? Intenté acceder a su sistema desde el portátil, pero al no tener ninguna contraseña, no funcionó. Probé fechas, nombres, incluso combinaciones absurdas. Nada. Y eso hace que me sienta estúpida. Muy estúpida.

Salgo del baño, pensando en qué hacer, y mi mirada se detiene sobre la bandeja del almuerzo, que supongo que estará ya frío. Hoy me he despertado tarde y el pequeño reloj anclado en la pared me indica que son casi las dos del mediodía. No tengo hambre, y sé que no seré capaz de probar bocado hasta que oiga la voz de alguien de mi familia al otro lado del teléfono.

Cada vez que intento enfadarme, recordarlo todo, pensar fríamente, algo dentro de mí lo justifica. Me digo que es complicado. Me digo que es su forma de protegerme, que lo hace por nosotros, por seguridad. Tiene muchos enemigos. Me digo que debe de sentir algo por mí si pudo quedarse toda la noche durmiendo en ese sillón. Me digo que, si me ha asegurado que mis padres están bien, debe de ser así. Que debo creerlo.

Me digo tantas jodidas cosas.

Pero la verdad es que no puedo irme. No ahora. No puedo abandonar esto porque, por enfermo que sea, lo que siento por él me tiene amarrada. Me aferro a cada pequeño gesto suyo como una idiota. A las caricias, a las sonrisas furtivas, a su forma de mirarme cuando cree que no me doy cuenta. Y cuando me toca, todo lo demás deja de importar.

A veces la peor cárcel no tiene barrotes, sino un hombre que sabe cómo mantenerte atada.

Me siento en el borde de la cama y cierro los ojos, deseando ser más fuerte. Quisiera ser como esas mujeres que lo dejan todo y salen por la puerta. Pero no puedo porque lo amo. Y eso me convierte en mi peor enemiga.

Dios, qué patético suena cuando lo pienso en voz alta en mi cabeza.



Tres horas después, el vestido que compramos en la tienda hace días aún cuelga del perchero, negro e intacto. Llevo puesto un camisón fino de satén gris perla que apenas me cubre hasta la mitad de los muslos. Encima, una bata ligera, también gris, que me he atado a la cintura. Estoy descalza, como siempre. Supongo que en este lugar es la única forma de sentir que todavía sigo viva.

Resoplo. Me han avisado de que la fiesta en honor al nuevo socio de Máximo comenzará sobre las cinco y media de la tarde, pero no pienso moverme. No pienso ponerme ese vestido, ni maquillarme o peinarme. No quiero fingir que todo está bien y seguir actuando como la esposa ejemplar de un hombre que me oculta cosas. Uno que juega a protegerme mientras me mantiene alejada de las personas que quiero.

—¿Por qué no estás vestida? —Su voz me atraviesa desde la puerta.

Me giro despacio. No ha llamado, por supuesto. Nunca lo hace.

Máximo viste un traje oscuro y una camisa del mismo tono, con dos botones desabrochados. Ni corbata ni pajarita, solo ese detalle leve que lo hace parecer más humano y menos perfecto. Su cabello está peinado hacia atrás, pero se ve un tanto revuelto. Parece alguien distinto, pero no lo suficiente como para hacerme cambiar de opinión.

—No pienso bajar —le digo, mirándolo directamente.

Mi voz suena firme, lo sé. Me ha quitado tanto que ya no puede arrebatarme el poco control que me queda. Y, aunque haya decidido seguir aquí unos días más, eso no significa que cederé.

—No es una opción —responde—. Eres mi esposa y la anfitriona esta noche. Y esta casa también es tuya.

—Solo cuando te conviene —disparo.

Entonces, él baja apenas la mirada hacia mi camisón y después vuelve a clavar sus ojos en los míos. Suspira y, contra todo pronóstico, baja el tono.

—¿Cómo está Raskol?

La pregunta me descoloca. Parpadeo.

—Bien. Disfrutando del jardín.

Sus facciones se relajan apenas, como si mis palabras le aflojasen un nudo.

—Sé que has estado buscando información en mi ordenador, Anastasia. Ayer no te dije nada, pero revisé el historial de búsqueda —continúa mientras yo trago saliva.

Me ha pillado, y sé que no puedo fingir. Tampoco quiero.

—No sé por qué te sorprende —admito—. Debería sorprenderte que no intentara huir de aquí.

—Lo intentaste.

—No lo suficiente.

—No quieres hacerlo.

—No es que no quiera, es que no puedo.

—¿Por qué?

Menuda pregunta tonta.

—¿Crees que no me he dado cuenta de qué es en realidad este sitio? —suelto mordaz, intentando que no se dé cuenta de mis sentimientos—. ¿Crees que no he visto las decenas de hombres en las puertas, sus armas, las jodidas cámaras a cada paso? Y no me sorprendería que incluso tuvieras una aquí, en mi habitación.

Me escucha sin interrumpirme y sin enfadarse. Lo veo luchar internamente y, aunque hoy me parezca terriblemente guapo, no dejo que me impresione.

—La tienes, ¿verdad? —pregunto con una risita cínica.

—Pensaba que no podías irte por otra razón. Porque...

—¿Por qué?

—Quizá porque... —avanza en mi dirección y me mira fijamente— sabes que todo lo que hago es por tu bien.

—Por Dios... —bufo queriendo alejarme de él, pero sus manos acaban en mis brazos.

—¡Escúchame! —sisea—. Hay partes de mi mundo para las que no me siento preparado que conozcas, y necesito que lo comprendas.

Miro sus manos en mis brazos, y eso hace que afloje su agarre.

—No puedes protegerme de algo que ya está afectándome —respondo con voz temblorosa, pero logro sostenerle la mirada—. Estoy dentro ya, Máximo..., te guste o no.

—Te pedí tiempo —dice finalmente—. Y tú a mí.

—El tiempo me da igual cuando se trata de ellos —subrayo—. No te pido nada, tan solo que me dejes hablar con ellos.

Él no responde, únicamente clava su mirada en el suelo y saca un sobre del bolsillo interior de su chaqueta. Lo deja sobre la cómoda sin decir nada más. Mis labios tiemblan. Algo dentro de mí se

derrumba en silencio cuando él se gira tenso y camina hacia la puerta. Simplemente se va, y yo me quedo allí, en medio de la habitación, con sus pasos y su bastón retumbando en mis oídos.

Miro el sobre durante unos segundos, dudando si tocarlo siquiera. Pero mis piernas se mueven solas. Lo cojo, lo abro y leo. Para mi sorpresa, se trata de un permiso de vuelo para el jet, con origen en Montecarlo y destino a... Barcelona. Mañana. Con mi nombre y el suyo como pasajeros.

Me cubro la boca con una mano tragándome un sollozo.

¿Qué?

Dios.

Salgo corriendo detrás de él.

—¡Máximo! —grito con la voz rota al localizarlo al final del pasillo.

Él se detiene y se gira. Entreabre los labios como si no esperara que corriera detrás de él. Y ahí estoy yo, lanzándome a sus brazos como una idiota enamorada que está cegada por estas mariposas que me invaden y que no puedo controlar con él a mi lado. Lo abrazo con fuerza. Fuerte de verdad. Como si el mundo se estuviera cayendo a pedazos y él fuera la única columna firme a la que puedo sujetarme.

—Gracias —susurro contra su cuello, apretando los párpados para contener las lágrimas—. Gracias, gracias... —Una lágrima rueda en mi mejilla—. ¡Gracias!

Tarda un momento en procesar que estoy pegada a él, pero al segundo me envuelve y me aprieta más contra sí. Sus fuertes brazos me rodean como si no pudiera creer que estoy agarrada a él como un mono. Pero ahí está. Cálido. Real. Máximo. Oh, joder. Mi Máximo.

—No me des las gracias... —Suspira contra mi cabello y le falta poco para aplastarme contra su pecho.

Sus grandes manos me aprietan más contra él y sus labios acaban en mi coronilla.

—No cuando no soy digno de ello, joder —murmura besándome la cabeza con fuerza—. No antes de que...

—Eres el único digno de mí. Jamás ha habido otro hombre en mi vida y jamás lo habrá, Máximo. Nunca.

—Por favor... —me suplica con los labios tensos, tomando mi rostro entre sus manos—. Solo aceptaré tus palabras cuando me las merezca de verdad. No antes.

—¿Podríamos echar a los invitados y quedarnos aquí? —le pregunto con un puchero al notar sus ojos, que muestran un brillo especial. Está igual de emocionado que yo.

A continuación, me levanta sobre sus caderas.

—Estás de broma, ¿cierto?

—No. —Me agarro a sus hombros y le rodeo la cintura con las piernas, sin yo misma ser consciente de cuándo me ha levantado del suelo—. Piénsalo, tiene sentido. Tenemos que hacer las maletas, comprar más regalos. Milena me matará como no le lleve nada, a ella le gusta mucho el maquillaje.

—Chisss, compraremos todos los regalos que quieras.

—¿De verdad? —Mis ojos se llenan de lágrimas por la emoción que siento.

—Te lo prometo.

Le acaricio la mejilla completamente embaucada por su rostro tan perfecto. Dios santo..., es el hombre más guapo que he visto jamás. Siento que me dará un vuelco el corazón por lo nerviosa que estoy.

—Quizá Katia pueda regalarme algunos de los pintalabios que ella no usa y... —hablo atropelladamente— y...

Estornudo de la nada.

—Vas a resfriarte de verdad, *malyshka* —murmura con una risita tierna—. Eso te pasa por dormir con el culo al aire.

—¡Ni hablar, *malyshko*! Yo nunca me resfrío.

—*¿Malyshko?*

Suelta una carcajada que jamás he visto en él.

—Pequeño... —sonrío feliz—. ¿O no es así en ruso?

—*Malysh* —me corrige.

—Lo mismo es.

—¿Te parece que tengo algo pequeño?

—No lo sé, déjame pensar —yo también me río, pero sé que no tiene nada pequeño. Todo en él es grande, pero su corazón es lo más grande que he conocido jamás.

Máximo me carga sobre sus caderas de vuelta a la habitación, con una mano en mi espalda, y me deja justo en la puerta.

—Bueno, princesa, voy a ser un caballero esta vez y..., hum, te voy a dejar aquí. Más que nada porque, si vuelvo a entrar, te aseguro que no bajamos a la fiesta ninguno de los dos —dice medio en broma, medio en serio.

Le sonrío, débil pero completa. Aún no sé qué somos. Si esposos, amigos o amantes, pero sé que no puedo alejarme de él.

—Pensaba que tenías claro que no soy una princesa, al igual que tú no eres un caballero —le susurro al oído.

Me suelta contra el marco de la puerta abierta de mi habitación con un movimiento lento, deslizando sus manos en mi cintura. Cierro los ojos por un instante y respiro hondo al sentir sus yemas quemándome como llamas.

—Entonces te espero abajo, guerrera —añade depositando un beso húmedo en mi mejilla.

—Eso me gusta más —le respondo feliz.

Nos abrazamos con tanta fuerza que sé que será difícil despegarnos el uno del otro. Pero lo hacemos, por la fiesta. Él carraspea y se acomoda la chaqueta, mirándome con esa ternura que me hace temblar.

—Abajo nos vemos. —Le guiño un ojo, demasiado nerviosa.

—Ajá —ronronea seductor—. Me parece que debemos hablar seriamente tú y yo. No sé si de ese ojo o de cómo te muerdes el labio.

—¿Hablar?

—No tardes —dice caminando lentamente hacia atrás, como los cangrejos—. Mi socio debe de haber llegado, y no podemos hacerlo esperar.

Es como si le costara la misma vida alejarse de mí.

—Así es, y más después de que el señor Barone nos ayudara ayer —le sonrío—. Se lo debemos.

—No le debo nada a Angelo Barone. Y tú menos, Anastasia.

—¿Angelo?

Necesito unos segundos para procesarlo. ¿Cómo es posible?

Abro la boca aturdida mientras me apoyo contra la pared, porque siento que me caeré de un momento a otro al suelo. Mi estómago se encoge.

—¿Es así como se llama tu socio? —pregunto desconcertada.

—Sí. —Se ríe suavemente—. Ya sé que no encaja con él. Más que ángel, ese cabrón es un demonio, créeme.

Me obligo a sonreír, pero finjo. Con poco que abra la boca, él lo descubrirá.

—Abajo nos vemos. —Me guiña un ojo y desaparece en una esquina.

Y ahí se detiene el mundo. Máximo me acaba de decir que ese italiano, dueño del club y nuestro invitado especial se llama Angelo

Barone.

Angelo.

Me llevo una mano al pecho. ¿Será que es él el hombre al que estoy buscando?

El hombre cuyo nombre no tenía rostro... hasta ahora.

Máximo



Giro en la esquina del pasillo con paso firme, pero la respiración se me descompone en mitad del pecho. Me detengo, apoyo una mano en la pared y respiro. Simplemente respiro. El corazón me late como si estuviera saliendo de una pelea, no de un abrazo. Ella me ha abrazado y estaba feliz. Muy feliz. La mandíbula me tiembla, aunque no dejo que se note.

«No ahora», me repito.

Respiro hondo, me ajusto los guantes y vuelvo a erguirme. La opulencia se despliega frente a mí al bajar la escalera que da al salón principal. El mármol bajo mis pies refleja las luces de las arañas de cristal que cuelgan del techo con elegancia. Músicos tocando instrumentos en vivo y camareros uniformados con bandejas de plata que surcan el ambiente, caminando entre la gente. Todo tal y como se lo indiqué a Ecaterina.

Mientras bajo la escalera, observo complacido que mis invitados ya han llegado. Senadores, príncipes árabes, diplomáticos, empresarios. Cada apretón de manos es un contrato y cada sonrisa, una estrategia porque mi mundo es así y me obligué a ser parte de él.

—Máximo —me saluda Jean Lefèvre, el alcalde de Montecarlo, acercándose con dos escoltas—. Como siempre, impecable.

Asiento levemente, ofreciéndole la mano.

—Gracias por venir, Jean.

—Tu tío estaría orgulloso de lo que ha construido aquí —dice con tono solemne—. Los Kovalenko siempre han sido hombres de palabra. Militares inquebrantables.

Una mueca casi imperceptible me tensa el rostro. No hay orgullo en mi sangre, solo cicatrices. Y el puto alcalde está fingiendo, al igual que lo estamos haciendo todos.

—Me limitaré a no responderte —digo con una media sonrisa.

Antes de que pueda continuar, Vlad se acerca desde el fondo del salón. Viste de traje oscuro, elegante, pero su mirada es vigilante, e incluso diría que está preocupado. Lo conozco, así que me aparto deprisa para hablar en privado.

—Barone aún no ha llegado.

—No, pero no se preocupe, está de camino. Lo tenemos todo controlado.

—Eso espero.

—Aun así, tenemos un problema.

Esa palabra me produce escalofríos, entonces lo miro fijamente, en busca de respuestas.

—¿Cuál?

—La emboscada no ha funcionado. Y eso significa que...

—No tenemos a Zorro.

Me apresuro a coger una copa de champán de una bandeja y me la llevo a la boca antes de poder continuar.

—Es imposible que ese bastardo haya abandonado Mónaco, así que vuelve a explicármelo. Quiero saber todos los malditos detalles, Vlad. —Tiro del cuello de mi chaqueta, irritado—. Imágenes y coordenadas. Todo.

—Teníamos su ubicación, pero cuando llegó el equipo..., nada. Como si se hubiera esfumado.

—¿Esfumado? —gruño inclinándome sobre él.

—Ni rastro de movimiento. Cero actividad, ni un maldito dron pudo captarlo.

Frunzo el ceño y aprieto los puños. Hay cosas que ni la mejor seguridad puede prever.

—Una jodida filtración —murmuro sintiendo una corriente eléctrica que me parte la cabeza en dos.

Silencio por un instante.

—Encuentra esa maldita grieta —le ordeno—. Y ciérrala.

—Sí, señor.

Antes de que Vlad pueda alejarse, noto una presencia familiar.

—Lo siento, el sujeto no estaba en las coordenadas —me dice Igor al oído.

—Lo sé, ya hablaremos de Zorro, pero no ahora. Tengo otras cosas en que pensar.

—¿Viajarás a España con tu esposa para comer paella y nadar en el Mediterráneo con los tiburones? —me pregunta, sin perder ese tono burlón al que me tiene acostumbrado.

—No lo digas como si fuéramos de luna de miel —le respondo seco.

—Ah, vale. Además, en España no hay tiburones, cierto.

—Sí que los hay.

—Aún sigo sin comprender por qué quieres llevarla al sitio donde sabes que sufrirá. ¿Es para hacerle más daño, es eso? —Sonríe, el cabrón.

Pero justo entonces, justo antes de soltarle el motivo por el cual he tomado esa decisión, se hace el silencio en mi mente. Todos los pensamientos se apagan cuando Anastasia aparece en lo alto de la escalera. El vestido negro se ciñe a su figura como si hubiese sido diseñado solo para ella. Las joyas verdes brillan en su cuello y sus orejas proporcionándole más luz. Y, por supuesto, cada paso suyo es una maldita amenaza a mi autocontrol.

Me quedo helado. Fascinado. Pero también jodidamente perdido, y eso es porque sé que con cada paso que ella da y con cada segundo que pasa está más cerca de la verdad.

—Esa mujer no es de este mundo —susurra Igor, sin saber que lo ha dicho en voz alta.

—No, de este mundo no —respondo—. Pero del mío, sí.

«Porque es mía», añado por dentro.

Giro la cabeza sutilmente y miro a Igor con desdén, como si los ojos de mi amigo sobre ella me cortaran como cuchillos. Los celos me vencen y siento la necesidad de acercarme a recibirla, para que todos comprendan que probablemente pierdan alguna parte del cuerpo como se atrevan a más. No sé por qué siento que mi amigo le tiene una admiración excesiva. Apenas han intercambiado dos palabras. O al menos eso creo, a no ser que esa escapada a Montecarlo hiciera que ellos intimasen.

—Hola, *malysh* —saluda mi mujer sonriente.

—Aprendes rápido —respondo con una risita extraña que no puedo contener. Y cuando le ofrezco mi brazo, ella lo acepta con esa elegancia innata que siempre me ha abrumado.

—Ojalá aprendiera también a andar con tacones —comenta, concentrada en donde pisa.

—Por cierto... —me inclino galán—, ¿te he dicho que estás muy guapa?

—No soy yo, es el vestido. Hace magia —susurra con una sonrisa simpática, mirándose. Yo también la miro, aunque mis ojos vuelven una y otra vez a su escote y al colgante con la esmeralda falsa que lleva en el cuello.

—No lo creo. Seguro que, si me lo pusiera yo, no me vería igual.

—Tú estás mejor desnudo —dice traviesa—. Hum, perdón.

—Nada. —Le aprieto la mano y hago un esfuerzo sobrenatural para no lanzarme a su boca en este momento—. Me gusta que seas tan... sincera.

—A mí no tanto. Además... —Su mirada busca algo, y es como si hubiese desconectado de nuestra conversación por un momento—. ¿Dónde está tu socio? Me gustaría saludarlo.

—Cuando llegue.

La acompaño hasta el sitio donde está el alcalde.

—Jean, te presento a mi esposa.

El alcalde de Montecarlo, íntimo amigo y socio mío, sonríe y le estrecha la mano.

—Un placer, *madame* Kovalenko. Es usted... espléndida. Aunque no sé cómo puede aguantar a su marido. Debe de dar miedo vivir aquí, rodeada de tantas espadas.

Ella se ríe y aprieta su mano en mi brazo, un apretón que me provoca escalofríos.

—Mi mujer sabe más de guerra de lo que imaginas —digo convencido y, en cierto modo, orgulloso.

Seguimos avanzando entre el gentío mientras todos la miran. Ella les devuelve la sonrisa, pero sé que preferiría estar en cualquier otro

sitio en vez de aquí. Yo también querría estar en otro lado, a decir verdad. Necesito a los ricos, pero no me gusta su compañía.

—Máximo —interrumpe una voz dulce, y siento una mano en mi espalda—. Por fin te encuentro.

Ecaterina está delante de nosotros, enfundada en un vestido dorado, demasiado brillante. El escote es profundo, el peinado perfecto, y sus labios rojos dejan claro que hoy no está aquí para ser discreta. Jamás lo ha sido, en realidad, y su belleza siempre deslumbra.

—Señora... —dice dedicándole una sonrisa a Anastasia—. Se ve muy elegante.

Ella no responde, pero el arco de su ceja izquierda sube dos milímetros. Mi esposa es un libro abierto, sin duda, y eso hace que reprima la sonrisa. Porque sé que le ha cogido manía y no piensa disimularlo.

—¿Te está gustando la fiesta? —continúa Ecaterina, girándose hacia mí como si Anastasia no estuviera—. Me he encargado de cada detalle personalmente. De hecho... —se inclina, apretándome el codo—, el embajador de Qatar ha dicho que nunca había estado en una fiesta tan cuidada. Imagínate.

—No lo dudo —responde Anastasia.

Puedo sentir su incomodidad vibrar bajo mi brazo. Se está conteniendo. La conozco y sé que es como una copa fina a punto de quebrarse por la presión. Y eso me enciende tanto como me preocupa.

—Bueno, voy a saludar a Katia —murmura, y da un paso para alejarse, pero se detiene a medio camino.

Se gira apenas y habla con voz calmada.

—Ah, y si ves al embajador otra vez, dile que la fiesta es preciosa, aunque yo todavía no he probado ni un canapé. Bueno, no te

preocupes, me comeré una servilleta. Las blancas tienen buena pinta, ¿no?

Y se va.

Así, tal cual. Sin levantar la voz y sin sonrisas falsas, dejando a Ecaterina con la boca entreabierta y a mí con la risa apretada en la garganta.

—¿Ha dicho... servilleta?

—Es su forma de decir que nadie le ha ofrecido comida. —Me aclaro la voz, aunque por dentro me estoy riendo como un imbécil enganchado a sus huesos.

Porque sí. Porque ella prefiere comer a posar, y porque está rodeada de aristócratas y solo quiere un maldito canapé. Y esa es una de las tantas cosas que me encantan de ella.

—Oh, no quería incomodarla —dice Ecaterina, muy poco arrepentida.

No contesto. No quiero darle el placer de saber que me ha irritado su comentario; además, no tengo la cabeza para esto ahora mismo, y solamente sigo a mi gitana con la mirada.

—Por cierto —dice de pronto, bajando la voz y acercándose más —, los pintores terminarán el nuevo dormitorio antes del sábado.

—Muy bien.

—Quería preguntarte también si quieres que escoja los muebles ya o...

—No es necesario.

Cojo una copa y miro a Anastasia fijamente cuando la veo inmersa en una conversación con mi hermana, que parece salida de una pasarela. Katia siempre ha sido muy extravagante y los sombreros son una de sus debilidades, así es que tan solo percibo sus labios desde aquí, ya que un pomposo sombrero azul le oculta la mirada.

—Pero...

Ecaterina quiere decir algo, pero la interrumpo cuando veo a una joven que pasa con una bandeja por al lado. La detengo con una mano.

—Karina, pásate por ahí. —Señalo en dirección a ellas—. La señora tiene hambre, selecciona los mejores platos, ¿vale?

La chica joven asiente levemente y se va.

—Ya veo que... estáis bien —interrumpe Ecaterina—. Pero, si te soy sincera, no sé qué coño estás haciendo, Máximo.

Sus labios están apretados y la mirada de enfado que me dirige me hace sospechar que...

—No me mires así —murmura—. Sé quién es esa mujer.

Me arreglo la chaqueta con una mano y, sin decir más, le hago un leve gesto con la cabeza.

—Acompáñame.

—¿Ahora? —pregunta molesta.

—Ahora.

Cruza los brazos, pero me sigue mientras la guío fuera del salón, saliendo por una de las puertas laterales que dan a la terraza norte. Agradezco el silencio, lejos de los invitados que están pendientes de mí y de Anastasia, la novedad de la alta sociedad de Mónaco.

Apoyo las manos sobre la barandilla de piedra tallada y miro hacia el jardín. Ecaterina se queda de pie a unos pasos detrás de mí, esperando. Pero no puedo evitarlo: el silencio dura más de lo que debería.

—¿Te lo ha contado tu padre? —pregunto sin girarme.

—¿Contarme el qué? —responde ella en tono neutro. Pero la conozco, y sabe exactamente de qué hablo.

Finalmente me giro y la fulmino con la mirada.

—No juegues conmigo.

—No juego. —Se acerca—. No fue mi intención, lo descubrí por casualidad.

Yo también me acerco, amenazante, en cambio ella me mantiene esa mirada firme. Siempre ha tenido complejo de superioridad, y es algo que no toleraré después de haberle dado cobijo y haberla tratado como a una más en mi familia. Quizá Anastasia tenga razón y deba alejarla de mí. Y más ahora que lo sabe todo.

—Escúchame bien —digo amenazador—. Ni Anastasia ni mi hermana pueden saberlo, así que espero que sigas siendo digna de mi confianza como lo has sido hasta ahora.

—Siempre has tenido mi confianza. —Me aprieta el brazo—. Siempre, ¿es que no lo ves? Pero yo no. Y no te lo negaré, me duele que no me lo hayas contado. Comprendo que no quieras que Katia lo sepa, está loca y...

—Cuida tus palabras. —Le atrapo el codo, acercándola más a mí —. Recuerda que estás hablando de mi hermana, ¡maldita sea!

—Yo... me siento decepcionada —escupe—. Y más después de lo que ocurrió entre nosotros.

—Jamás ocurrió nada entre nosotros —corrijo y aprieto su brazo, mirándola con el aliento cortado.

—¡Nos besamos!

¿Qué diablos está diciendo?

—Ecaterina... —me tenso al instante—, tú me besaste, que es diferente.

—Yo... —Noto sus ojos vidriosos—. Yo jamás perdí la esperanza. Siempre creí que algún día tú serías capaz de ver algo más en mí y que...

—¡Demonios! —rujo en su cara, con los labios contraídos—. Eres como una hermana para mí, eres la hija de Vladím y nos criamos juntos. Y si alguna vez vuelves a insinuar que tú y yo podríamos

tener algo, te invitaré a que hagas las maletas y salgas por esa maldita puerta.

Muevo la mano en dirección a la entrada.

No la dejo que me responda, prefiero largarme de una puta vez de aquí, así que camino toscamente hacia la entrada, apretando el bastón tanto que siento que lo romperé. Joder, si no lo romperé.

Regreso al salón con el pecho ardiendo. Cada paso que doy retumba en mi espalda, como si mis pies pesaran más de lo habitual.

«Nos besamos», ha dicho. El recuerdo me invade, y siento que ella se haya hecho ilusiones. Lo recuerdo todo como si fuese ayer. La rabia. La duda. El dolor. Los azotes que me di esa noche pensando en que había traicionado la memoria de Beatrice, aunque de manera involuntaria.

Paso junto a dos camareros y un senador italiano, amigo de Jean, pero solamente le dedico una sonrisa amable, sin ganas de detenerme a hablar. Porque mis ojos buscan otra cosa. A ella. Y, curiosamente, no tardo en encontrarla, porque Anastasia está en el centro de la pista, moviéndose con fluidez. El vestido negro ondea con cada giro y ese colgante brilla en su cuello. Y sus dedos... sus malditos dedos descansan sobre el hombro de ni más ni menos que Angelo Barone.

Me detengo con los ojos fijos en la pista de baile. Inspiro. El pecho se me levanta una vez, como si tuviera que contener un disparo interno.

—Maravilloso —digo entre dientes.

Si el italiano está bailando con Anastasia es porque alguien quiere provocarme. Y si alguien quiere provocarme, debería rezar para que no tenga éxito. Porque cuando yo decido mover ficha, no se rompe solo el silencio, sino la maldita paz.

—Vladím.

Mi hombre aparece a mi derecha en segundos. Nunca falla.

—¿Señor?

—¿Has activado el protocolo de aislamiento?

—Sí. Puertas laterales cerradas. Exteriores controlados. Nuestros hombres en puntos estratégicos. Nadie entra y nadie sale sin nuestra señal.

—Bien. —Aprieto la mano en el águila del bastón, recordando quién soy—. Y dime... ¿qué sabes de los impulsos de tu hija?

—No mucho —responde sin inmutarse—. Pero tampoco soy estúpido, señor. Sé que mi hija siente cosas que no debería, pero le aseguro que no es mala chica y...

—Entonces sabrás que, si no puede controlarse, tendrá que irse de mi casa. Estoy casado. Y esto... —hago un gesto hacia el centro de la pista— esto no es negociable.

Vladím asiente sin decir nada, pero vigila la pista, igual que yo. Observa, al igual que yo, cómo Anastasia ríe y se ruboriza de repente. Cómo el puto italiano sonríe y su mano baja un centímetro más de su cintura. Maldición.

—¿Y bien? —pregunta Vladím.

Me arde el pecho y mis dedos se cierran en torno al bastón.

—Detén la música.

—¿Perdón?

Me inclino ligeramente hacia su oído.

—Detén. La. Jodida. Música.

Vladím cumple mis órdenes enseguida. Lo veo moverse entre los invitados, sutil como una serpiente. Y yo solo espero, pues la canción está a punto de acabarse.

Mientras tanto, analizo a ese bastardo que cree que no estoy enterado de que está aliado con Romanov. Y, como si eso fuera poco, Barone se está citando a escondidas con mi tío. No me

sorprendería que también fuese un puto enviado de Dimitri Kovalenko, al que he mantenido alejado de mí todo este tiempo. Porque, mientras él representa el espíritu militar y la moralidad, yo represento la traición al sistema, igual que mi padre. Soy el heredero que nunca supe que era. El que conoce los secretos sucios de la familia y aprendió a usarlos como moneda de cambio.

Veo que mi tío juega al ajedrez con peones ajenos. Cree que puede vigilarme desde lejos, mandar emisarios, fingir preocupación mientras está conspirando a mis espaldas e infiltrando títeres. Pero se equivoca, y ha llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa. Ya no soy el niño que enviaba fuera de las cenas para quedarse a hablar a solas con mi padre. Ahora soy el hombre que entra por la puerta principal.

Soy el puto emperador.

28

Bailando con el enemigo

Anastasia



> Mi mayor esperanza es estar en un amor que consuma por completo. Mi mayor miedo es estar en ese mismo amor que consume.
>
> KATE STEWART

—Señora...

Su voz y su acento italiano me traen de vuelta a la realidad. Mi garganta se cierra un instante y mi estómago se revuelve. El tipo mira mientras esboza esa sonrisa maligna de mafioso disfrazado de hombre de negocios. Su porte es elegante y su traje encaja con sus ojos oscuros como pozos sin fondo. Y, aunque lo vi días atrás, hoy lo miro con otros ojos.

Angelo. Angelo Barone.

Su nombre ya fluye en mi mente como una droga. Este es el hombre, o debería serlo. Él representa el último cabo que aún

necesito unir, pero, aun así, no soy capaz de asimilar que él no me conoce. Ni un gesto extraño o una mirada contenida.

¿Y si es otro Angelo? ¿Y si ese hombre que me susurró al oído su nombre solo intentaba desestabilizarme? Tal vez debería olvidarme de ello y seguir confiando en mi marido, avanzando con mi matrimonio. O tal vez me esté volviendo loca. O desesperada. O ambas cosas.

Miro de reojo la cristalera del amplio salón del castillo, pero ya no veo a Máximo y a la rubia. Sin embargo, he visto suficiente cuando me he asomado por la ventana: ellos dos charlando fuera, muy cerca, como si hablaran de algo importante que, sin duda, no querían que yo ni nadie oyese. Me he dado cuenta de cuando él le ha hecho una señal hacia la terraza, prueba clara de que quería que la bruja lo siguiese. No sé ni cómo he sido capaz de acabar de saludar a la lista interminable de invitados que Katia me ha presentado: un juez francés, una modelo rusa y un alto cargo de la policía de Mónaco que lleva más medallas en la solapa que peces hay en el mar. Los nervios de saber qué estaba pasando me invadían.

Respiro hondo, preocupada por lo que pueda ocurrir fuera.

Barro de nuevo la sala con la mirada, pensando en que él tenía razón. Pensaba que era una broma cuando me decía que lo controlaba todo, pero no. Máximo domina medio mundo desde una fortaleza perdida entre los bosques de un país europeo. ¿Cómo se me ocurrió siquiera que podía escapar de aquí? ¿Cómo se me ocurrió que podía largarme cuando todos están de su lado?

La fiesta se desarrolla con elegancia, y me parece más bien un guion invisible que todos parecen conocer. Yo solo sonrío cuando me miran y asiento con la cabeza, pero estoy deseando irme. Mi alma no tolera más enfrentamientos con él, y después de que se largara

con ella a la terraza y estuvieran casi abrazados, tengo claro que no me ama. Para él, soy solo una mujer rebelde que lo desafía y a la cual intenta controlar, y eso me rompe por la mitad.

—¿Puedo llamarte Anastasia? —La voz de Barone y su mano en mi cintura, guiándome por la pista de baile, me sacan de esos horribles pensamientos.

Respiro hondo mientras aprieto los dedos en su hombro e intento no pisarlo. Y, sí, reconozco que estoy bailando con él por rabia y celos. Y porque necesito saber si tiene algo que ver con ese nombre que ha estado rondando en mi cabeza semanas.

—Por supuesto —respondo con mi mejor sonrisa diplomática.

—Bonito nombre.

—El tuyo también —señalo—. ¿Quién lo eligió?

Nuestros ojos se cruzan por un segundo más de lo socialmente aceptable. Pero sonrío. Sonrío como si no pasara nada.

—Mi madre —me responde, a la vez que me da una vuelta lenta y me aparta sutilmente para no chocar con otra pareja—. Por cierto, ¿estás segura de que tu marido no se enfadará por haberme invitado a bailar?

—No —niego con calma—. Además, no está aquí, así que tampoco tiene mucho que opinar. Confía en mí y yo en él.

—Yo no lo haría, no con una mujer tan guapa como tú a mi lado —sigue en el mismo tono galán—. Jamás te dejaría sola.

Pero él sí, lo ha hecho. Prefiere estar hablando con la jodida rubia.

—¿Te he dicho que tu vestido es una ofensa? —prosigue, haciéndome girar suavemente.

—¿Una ofensa?

—Sí. Una ofensa a la moral de los presentes, porque sinceramente, creo que nadie recuerda qué demonios estábamos celebrando.

—Yo creo que sí —le digo con una risita—. Pues la anfitriona está bailando con el invitado de honor.

Él también ríe. Barone seguramente forme parte de esos hombres que disfrutan cuando una mujer no se amilana. Y justo es eso lo que necesito, estar cerca de él y hacerle creer que soy parte de ese juego.

—Te confieso algo —dice inclinándose hacia mí—. No pensé que Kovalenko tuviera tan buen gusto. Aunque debo decir que vi a su difunta esposa en fotos y debería habérmelo imaginado.

Mis pasos vacilan medio segundo, pero no dejo de bailar. No ahora. No frente a tanta gente.

—¿Siempre eres así con las mujeres casadas?

—No, *bella* —niega con ese acento italiano que encandila—. Soy así con todas las mujeres. Como te dije, soy un gran fan del género femenino.

—¿Es ese el nuevo término que se usa para los mujeriegos?

—Muy franca. Y eso me gusta —dice mirando de vez en cuando a nuestro alrededor, al tiempo que mueve los dedos en mi cintura—. Por curiosidad, ¿dónde os conocisteis?

—España.

—No me sorprende. Bonito país y bonitas mujeres.

Un escalofrío me recorre la espalda. No por lo que ha dicho, sino por cómo lo ha dicho. Entonces, justo cuando estoy a punto de responder, sucede algo. La música se interrumpe abruptamente, como si una mano invisible hubiera arrancado los instrumentos del sitio. Un silencio seco se impone y los invitados se giran, sorprendidos e incómodos.

Yo doy un paso hacia atrás, soltándome de Barone, y alzo los ojos instintivamente. Entonces, lo veo. Máximo está de pie, a unos metros, al lado de Vlad, con esa mirada imperturbable, cambiando la

vista de mí a Barone y viceversa. Y no, no es una mirada normal; es una mirada suspicaz, la misma que nos lanzó en el Eclipse.

La música se reanuda como si nunca hubiese desaparecido, pero yo sé que no ha sido un corte. No, conociéndolo a él. Máximo camina hacia nosotros tenso, erguido, con ese porte de hombre que domina y que no necesita levantar la voz para mandar. Extiende la mano hacia mí con gesto educado, pero sus ojos ya me hablan en un idioma que ambos conocemos.

La gente observa con disimulo, fingiendo no mirar, aunque todos lo hacen. Me despido de Barone con una sonrisa que no me sale del todo, y Máximo me coge de la mano como si me reclamara.

—Kovalenko...

—*Buona sera*[1] —le responde él.

¿Ahora habla también italiano?

—Pensaba que me darías la bienvenida tú mismo, pero no te preocupes, tu esposa es una anfitriona excelente.

—Ya veo, tanto que te ha invitado a bailar —dice él—. Gracias, cariño. Has hecho lo correcto.

Me guiña un ojo. ¡¿Cómo, joder?! ¿Cómo es posible que sepa que he sido yo la que ha invitado a Barone a bailar y no al revés? Aparte de políglota, también es clarividente.

—Perdón por la música, problemas técnicos. —Se encoge de hombros con descaro.

—No importa. Ahora discúlpame. —Barone responde una llamada de teléfono, lo que hace que se aleje.

Yo quiero soltar mi mano de la suya, pero Máximo ancla sus dedos a mi cintura.

—¿Bailamos? —Me sonríe, y sé que no es una invitación, porque ni siquiera espera, simplemente me inmoviliza junto a él.

—No sabía que bailaras. —Miro su pie disimuladamente—. Cada día me sorprendes más.

—No más que tú, no lo dudes.

Su mano aprieta la mía y me inclina hacia atrás con suavidad, con los ojos clavados en los míos. Está enfadado.

—¿Se ha ido la luz? —pregunto con ironía mientras empezamos a girar al ritmo lento de la melodía de un chelo.

—Técnicamente, no —responde él—. Solo un breve... incidente.

—¿Cómo lo has sabido?

—¿El qué?

—Que lo he invitado yo.

—Porque nadie que me conoce llegaría a mi casa y lo primero que haría sería invitar a mi esposa a bailar. —Sus palabras son un roce contra mi piel. Y me odio por estremecerme así ante él.

Máximo se mueve como un dios griego en traje. Su cuerpo encaja con el mío con una precisión que me da rabia. Y placer. Y rabia. Y rabia otra vez. Sabe exactamente cómo guiar, cómo presionar con los dedos, cómo deslizar la palma por mi espalda como si estuviera marcando territorio. Y lo peor es que lo consigue. Me tiene aquí, entre su pecho y su mirada, girando como si fuésemos los únicos vivos en este salón. Como si nada importara a nuestro alrededor.

—Aún me pregunto por qué lo has hecho, Anastasia.

—Yo también me pregunto muchas cosas, ¿sabes? —le suelto mordaz—. Como, por ejemplo, por qué te has ido con otra mujer a los cinco minutos de empezar la fiesta.

—Ah, es eso... —Suspira—. Pues no es lo que parece, ¿vale?

—¿Y qué es, entonces?

Alzo el mentón, enfrentándolo con la mirada. No puede hacerme esto. No después de lo feliz que me ha hecho con la sorpresa del viaje, y no después de todo lo que hemos vivido estos días.

—Ha sido una simple conversación —responde alzando una ceja—. Estaba regañándola por errores de logística de la fiesta.

—Claro. Y la logística era tan grave que necesitaba que le tocaras el hombro y le hablaras al oído.

Frunzo las cejas y me muerdo la lengua al segundo siguiente. No debería haberle dicho eso, porque claramente le estoy demostrando que estoy malditamente celosa. Y, en efecto, el desastre está servido, pues sus labios se arquean y parece reprimir una sonrisa. Aun así, tiene ese maldito deje de arrogancia que me enciende. En el peor sentido, por supuesto.

—¿Estás celosa?

—Te juro que, si dices una estupidez más, te piso.

—Si me pisas, que al menos sea en el otro pie.

—¿Qué te pasa hoy?

—Tú —responde, mirándome con esa intensidad tan suya mientras me inclina sensualmente hacia atrás—. Me pasa que estás preciosa, celosa y tan sumamente irresistible que no sé si seguir bailando o secuestrarte ahora mismo.

—No me hagas perder la paciencia —respondo entre dientes, clavándole las uñas en los hombros—. Porque si hay algo que no estoy dispuesta a hacer ahora mismo es aguantar tus burlas.

—No me estoy burlando, solo te estoy preguntando algo.

—Ya que estamos, yo también quiero preguntarte algo. —Lo miro fijamente cuando me endereza—. ¿Mandaste a Ecaterina a prepararte otra habitación?

Siento los latidos veloces en mi pecho, y solo espero que él no siga con esa jodida actitud que me cuesta tanto entender de «ni como ni dejo comer».

Pero no hay manera. Sigue bailando, tan normal.

—¿Estás evitando mi pregunta? —insisto separándome de él.

—Y si lo hiciera..., ¿qué?

—Entonces sería una idiota por pensar que lo que pasó entre nosotros significa algo para ti —le respondo, con las lágrimas cálidas invadiéndome.

Él gira el rostro y me observa como si acabara de retarlo a un duelo. Me hiere. Porque estoy cansada. Porque me conoce y sabe que le he abierto un pedazo de mí que nunca nadie ha tocado. Y se lo está tomando como un juego.

—¿Tienes idea de lo guapa que estás cuando te cabreas así? —dice con la misma voz profunda pero burlona.

—Eres un imbécil.

—Lo soy. —Me toma por la cintura bruscamente y me atrae de vuelta entre sus brazos—. Y tú, cielo, una niña pequeña que no tolera una broma.

Me sacudo por eso que provoca en mí.

—Quiero irme —balbuceo, clavando mi mirada en el suelo.

Estoy aguantando las lágrimas, joder. No sé por qué me duele todo tanto. No es como si hubiesen follado en la terraza, solo estaban hablando, pero la rabia que siento lo magnifica todo. Entonces, intento soltarme, pero me coge de la mano con firmeza. No me hace daño, pero me detiene y me atrapa contra su pecho, como si intentara tranquilizarme.

—La habitación no es *mía*. Es *nuestra* —dice con un hilo de voz—. No quiero que sigas durmiendo en un sitio que te recordaría solo lo malo de mí.

Me quedo muda, con el corazón latiéndome desbocado contra su pecho.

—Escúchame —sisea alzándome la barbilla con dos dedos para que lo mire a los ojos—. Cuando te dije que quería empezar de cero,

no te mentí. No puedo dejar que sigas ahí, en el sitio que te recordaría tantas cosas dolorosas de mí. Que fui tu carcelero.

Mi pecho se comprime. Siento que algo se me parte por dentro, porque no esperaba eso. No esperaba esa rendija.

—¿Y quién eres ahora?

—Tu... —susurra con los ojos tan brillantes que me deja sin aliento — esposo. El que quiere dormir en tu cama todas las noches, aunque me hinques las rodillas y los codos cuando duermes.

Las lágrimas me queman en los ojos, pero no caen. No aún. Porque algo dentro de mí también está aprendiendo. A creerlo y a no huir. A quedarme. Y parece que él no durmió en el sillón la otra noche, justo lo que sospechaba.

—No quiero una habitación nueva —le respondo con un nudo en la garganta—. Quiero a un hombre que me respete, Máximo.

Silencio.

—Yo te respeto. Solo confía en mí —suplica—. Por favor.

No dice nada más, tan solo lleva mi cabeza contra su pecho y me abraza. La fuerza con la que me rodea me aplasta.

—Quiero tanto confiar en ti... —Me aprieto más contra él—. Tanto...

Cierro los ojos, aún sin poder creer que haya decidido arreglar un nuevo dormitorio para nosotros. Nuestro. Nuestro propio.

—Puedes elegir los muebles y todo lo que quieras.

Sonrío feliz mientras me aprieto más contra él.

—Me gustaría que fuesen blancos, siempre me han gustado de ese color —digo bajito, con lágrimas en los ojos.

—Me parece bien.

—¿Y podemos pedir una cama pequeña? —continúo—. No quiero una cama grande, mejor una pequeña y así podremos dormir abrazados, ¿no crees?

Noto cómo inhala el aire, igual de emocionado que yo.

—No me importa el tamaño de la cama —añade en un tono grave pero dulce—. Mientras tú estés en ella.

Trago saliva, porque algo dentro de mí se contrae. Aprieto mis manos en su ancha espalda, emocionadísima.

—¿Podemos irnos ya? No me gustan las fiestas. O, al menos, no de este tipo.

No sé si es nerviosismo, al darme cuenta de que esa bruja me ha engañado de nuevo y yo he caído en su trampa. Tampoco sé si es alivio o si simplemente estoy que voy a llorar a moco tendido y no quiero que esta gente pomposa lo note.

Él arquea los labios suavemente mientras mueve sus dedos contra los míos como si tocara las cuerdas de una guitarra. Me derrito lentamente. Tiene la boca más atractiva que he visto en mi vida. Pero no es solo eso. Es su forma de mirarme, con esos ojos profundos que no solo me observan, sino que me desnudan. Es su voz, con ese toque áspero que deja el tabaco y que en mis oídos suena jodidamente masculina, capaz de hacerme estremecer. Es su olor característico, suyo propio, como si el pecado tuviera perfume. Es su cuerpo, duro, letal, atentamente esculpido como una estatua pagana. Y es su alma. Su alma oscura, pero irreversiblemente adictiva.

Es él. Todo en él.

No sé ni cómo ni cuándo, pero me está llevando a su terreno. Y yo me dejo arrastrar. Porque lo prohibido atrae, lo difícil engancha, y no tengo dudas de que, si la tentación tuviera rostro, seguramente sería el suyo.

—Dices que no te gustan las fiestas —comenta con esa voz ronca —. Pues estás deslumbrando a medio continente. ¿O acaso no has visto cómo te está mirando el embajador de Qatar?

—No veo nada —resoplo impaciente—. Solo sé que me duelen mucho los pies. Me gustaría conocer al que inventó los tacones para decirle que ha sido el peor invento en la historia de la mujer. ¿A quién se le ocurrió colocar un palo de tortura bajo el talón y encima decir que eso era sexy?

—Te prometo que, si lo encuentro, lo mato por ti —dice con una risita, acercándose peligrosamente—. O, mejor aún, lo obligo a usarlos.

—Quiero verlo —respondo, medio riéndome, medio a punto de llorar—. Y quiero quitarme los zapatos ya. No puedo más.

—Ah, eso lo solucionamos fácil. Te cojo en brazos.

—Ni se te ocurra —le gruño entre dientes, sabiendo perfectamente que sería capaz.

—Entonces no nos iremos, cielo.

—Me rindo. Llévame como y donde quieras. Pero con cerveza, *cielo*. —Le guiño un ojo—. Ya que me has arruinado la noche citándote con la rubia, necesito que me emborraches al menos.

—¿Y si, en lugar de cerveza, te ofrezco libros?

Lo miro con la boca abierta.

—¿Libros?

—La biblioteca. Tiene muchos libros y un sillón para sentarte —dice alegre y relajado.

—No puedo negar que tu propuesta es irresistible.

—Bien. Entonces te invito a champán. No tenemos cerveza, pero te prometo que mañana nos tomaremos una, en El Prat.

—¿En el aeropuerto de Barcelona? —Lo miro con unos ojos como platos.

—Sí, con tu amigo Antonio —añade cogiendo una botella de champán de un mueble y dos copas alargadas—. Sigue vivo, y quizá deberías darme las gracias.

Me quedo atónita. Pensé que lo mataría por haberme ayudado.

—Ya te dije que... no eres tan peligroso. —Lo miro por encima del hombro.

—¿Estás segura?

Pestañeo boquiabierta, tanto que ni soy consciente de cuándo él me toma de la mano y me guía hacia la biblioteca. Decido no guerrear más, aunque debo reconocer que la guerra con Máximo Kovalenko se ha convertido en mi deporte favorito.

29

El infierno contigo

Máximo



> Pase lo que pase después de esto, solo quiero que sepas que valió la pena. Tú valías la pena. Tú lo valías todo.
>
> SIERRA SIMONE

Me juro que seré prudente. De verdad, me lo juro.

En realidad, me juré tantas cosas, pero aquí estoy, con nuestros dedos enlazados y miles de pensamientos acribillándome, justo como una metralleta que la vida ha decidido disparar contra mí. Ella camina a mi lado por el largo pasillo hacia la biblioteca, con ese vestido de seda negra que se amolda a sus curvas y la hace irresistible. La luz tenue del castillo resbala por su cuello y su espalda desnuda, y cada paso que da es puta adrenalina visual. Tengo los dientes apretados y el pulso haciendo de las suyas.

Pero aguanto.

Cuando empujo la puerta y entramos en la biblioteca, intento fingir calma. Y, para nuestra sorpresa, el interruptor no funciona.

—¿Otro fallo técnico?

—Quizá las bombillas estén fundidas.

Camino hacia el escritorio, abro un cajón y saco dos velas gruesas, preguntándome quién ha tenido este gran descuido. Coloco las velas en un candelabro de hierro y las enciendo con mi mechero. Las llamas reflejan sombras en las paredes, y la biblioteca cobra un tono anaranjado. Ella pasea la mirada por el lugar, y sus ojos se agrandan un poco.

—La biblioteca está limpia —dice sorprendida—. ¿Cuándo...?

Me mira interrogante, y sé que no se lo cree, pero es la verdad.

—Gracias por el entusiasmo —bromeo mientras me quito los guantes lentamente.

Sé que no le gusta que los lleve, y confieso que mi lado imbécil, ese que se derrite por su atención, quiere complacerla.

—No, quiero decir... —habla, atenta a mis movimientos—, ¿dónde están los instrumentos de Beatrice?

Trago saliva. Lo esperaba.

—Lejos de aquí —digo apoyado con ambas manos sobre el escritorio—. En el mismo lugar donde está su cuadro.

—¿Su cuadro?

—Dudo que se te haya escapado ese detalle.

Alzo la mirada hacia ella, intentando descifrar sus pensamientos.

—La verdad es que no. No te voy a mentir, he ido esta mañana a tu habitación.

—Lo sé. Para robarme una camisa.

Agito la botella de champán sutilmente y la destapo, el tapón golpeando con efusividad el techo.

—Sí. —Se ríe ruborizada y persigue mis manos un tanto nerviosa —. Parece que estás en mi cabeza todo el día. ¿Soy tan evidente o qué?

—Transparente —carraspeo.

—Ojalá yo pudiera estar en tu cabeza igual que estás tú en la mía.

«Ojalá nunca lo estés, Anastasia», pienso, mirando con fijeza el líquido espumoso que resbala en el interior de una de las copas.

—¿Quieres sentarte? —pregunto, deseando con todas mis fuerzas huir de mi mayor enemigo: mi mente.

Ella no dice nada, solamente se agacha, se quita los tacones y los tira a un lado.

—Aquí tienes. —Le tiendo una copa, sin apartarle la vista.

Las llamas del candelabro la alumbran parcialmente y sus ojos tienen un brillo gracioso.

—Quizá pienses que no hay nada que celebrar.

—Yo no he dicho eso —me responde.

—Pero lo piensas —rebato.

—No, todo lo contrario. Pienso que hay muchas cosas que celebrar.

Me da la espalda y camina hasta una estantería, contoneando sus caderas lentamente. Acaricia los lomos de los libros como si fueran algo delicado y preciado. Y sé que lo es, los libros son su vida. Sonríe. Un gesto mínimo, pero tan sincero que me produce cosquillas.

—Podríamos brindar por nuestro matrimonio —le digo, y le tiendo mi copa.

—Yo propongo brindar por... —contesta acariciando su alianza con el pulgar— el presente.

Siento mi alma torturada en mi pecho, y no puedo evitar coger su mano en la mía y besar sus dedos, justo donde guarda la alianza.

—A pesar de todo lo que te hice, jamás te la has quitado. ¿Por qué?

Se moja los labios pensativa.

—Porque necesitaba verla para no olvidarme de lo que hiciste. Salud, querido marido.

—Salud... —susurro dolido—, querida mujer.

Choca su copa con la mía y le correspondo. Ambos sonreímos con la misma conexión agridulce y sumamente extraña que fluye entre nosotros. Nos llevamos la copa a los labios mientras Anastasia vuelve a mirar la estantería con una actitud extraña. Como si no fuese ella.

—Puedes leer lo que quieras, ¿vale? —La sigo, con pasos lentos—. Puedes venir cuando desees, si algún día quieres distraerte y supongo que escapar de todo.

—¿Incluyéndote a ti?

—Especialmente a mí.

Ella vuelve a sonreír y recorre los lomos con los dedos.

Me estoy condenando, lo sé. Y, aun así, no me detengo, doy un paso más. Porque Anastasia es peor que un imán para mis sentidos.

Al notarme tan cerca, gira el rostro despacio, levantando apenas la barbilla, y su mirada se clava en la mía. Esa maldita mirada. Esa maldita boca que me tienta a cada instante. Y entonces, su lengua asoma, mojando sus labios otra vez. Apenas un segundo, sin ser consciente de lo que acaba de hacerme. O quizá sí.

—¿Tienes miedo de quedarte aquí solo conmigo?

—Sería un necio si no lo tuviera. ¿Y tú? —La miro fijamente.

Soy un gilipollas que ha perdido el norte, pero al cual no le importaría quedarse en el sur, siempre y cuando ella siga a mi lado.

—Ya te dije que no te tengo miedo. —Sonríe.

—Me alegra oírlo.

—Me encanta este sitio. Oh, sería mejor echar un vistazo ahí —dice concentrada, y deja su copa en una de mis estanterías—. Creo que acabo de ver algo.

De repente, se sube a una escalerilla de madera que hay a su derecha y estira los dedos.

—Ten cuidado —le digo, y también dejo mi vaso en el mueble.

—Eso se llama sobreprotección. Lo sabes, ¿verdad?

Sonrío, sabiendo que tiene razón. Chasqueo la lengua y no puedo apartar la mirada de su culo cuando sube los al menos cinco escalones y se inclina hacia delante. Tuerce la cabeza, concentrada en leer el lomo de un libro.

—¿Debería incluir eso en las cláusulas de nuestro contrato? —pregunto—. ¿No ser sobreprotector?

—¿Qué contrato?

Gira la cabeza bruscamente, mirándome desde arriba, pero en ese momento, no sé por qué razón, se inclina... y cae. Doy un paso veloz hacia delante y la atrapo en el último momento.

—¡Joder! —Se agarra a mí como si estuviera a punto de caerse al vacío.

—Solo a ti se te ocurriría subirte ahí arriba, con todos los libros que hay aquí.

Mi mandíbula cruje, porque ya estoy dudando de si debería haberla traído aquí. No después de lo que pasó en mi despacho. No ahora, viendo cómo me mira.

Pero no me muevo.

—El matrimonio no es fácil... —dice genuinamente, apretando mi nuca.

—No, no lo es —hablo encandilado, y todavía me pregunto cuándo empecé a mirarla con otros ojos.

—Y ya no hay contrato.

—No. Ya no lo hay, *malyshka*.

La dejo en el suelo lentamente mientras la contemplo, igual de emocionado que ella. Mi mujer es guapa. Jodidamente guapa. La tengo apretada contra mi pecho y, por un segundo, solo uno, me permito cerrar los ojos y recordar la primera vez que la sujeté así. Recuerdo cuando la cogí en mis brazos, en mi despacho. Cuando la senté encima de ese escritorio. Su mirada de deseo, pero también de miedo. Ella sangrando mientras me miraba decepcionada. Ese momento en que la tuve por primera vez y le hice daño. No quise, pero sucedió, y ahora el miedo vuelve a mí.

—Si alguien me hubiese dicho hace unos días que querría quedarme aquí, contigo, me habría tachado de loca.

—Lo estás... —digo bajito, con un nudo en el pecho—. Muy loca.

—¿Y tú?

Sus ojos se clavan en los míos, desafiantes, curiosos y jodidamente hipnóticos. Y cuando bajan a mis labios, siento esa asfixia que me ahoga cuando su aliento me golpea. ¡Diablos! Sé que estoy a punto de hacer algo de lo que me arrepentiré. Esa mirada me tienta. Me provoca. Me incendia. Y entonces, exploto.

—Ser cuerdo no es lo mío, y... ¡maldita sea! —exclamo, presionándola contra la estantería que queda justo detrás de su espalda.

Su respiración se agita cuando ejerzo más presión contra su cuerpo.

—Me cuesta la misma vida pedir permiso, ¿vale? No estoy acostumbrado —sigo—. No puedo dejar que me mires así sin querer besarte. Sin necesitar estar dentro de ti. A cada minuto... No. A cada puto segundo que respiras el mismo aire que yo, te deseo. Y créeme, no te deseo con suavidad, así que te diré algo: si me sigues mirando así, te follaré. Y si lo hago ahora mismo tal y como lo

deseo, te dolerá. Mucho, Anastasia. Y si te duele, sabré que la he vuelto a cagar y... me golpearé. Sí, me flagelaré hasta sentir la sangre. Y quizá... —contengo la respiración, con las lágrimas a punto de salir— también rompa todo lo que encuentre. No, quizá no. Lo romperé todo.

Nos miramos en silencio.

Y, de repente, sus labios se arquean y... se ríe.

—¿Han cambiado las reglas del castillo y no me he enterado?

¿Qué? ¿Acaso piensa que estoy bromeando?

Hago el imposible intento de separarme de ella y aprieto el puño. Lo aprieto con tanta fuerza que siento mis propias uñas cortándome la carne.

—Estoy hablando en serio —suelto a un maldito segundo de besarla. De hundirme en ella. De hacerla mía.

Siento punzadas en los ojos y mis latidos a punto de estallar. Una batalla se libra entre mis impulsos y mi mente, así que decido hacer lo más coherente ahora mismo. Huir. Largarme. Darme tiempo. Dárselo a ella. Dejar que nuestras cicatrices sanen. Simplemente hacer lo correcto.

—Creo que... —alzo mi vista nublada— debería volver a la fiesta. Los invitados están solos.

Le doy la espalda con el alma abrasada, fingiendo que la fiesta es lo más importante ahora mismo. Golpeo el marco de la puerta con el bastón por la rabia que siento e incluso cierro la puerta detrás de mí, para que así no se me ocurra volver. Camino por el puto pasillo como una tormenta, deseando olvidarme y llegar al salón. Pero al instante me detengo en seco.

Joder.

¿Qué estoy haciendo?

—A la mierda la fiesta... —susurro con el aliento cortado.

Me giro con miles de sentimientos atravesándome y la mente en jaque mate, como si hubiese perdido la cordura. Vuelvo a la biblioteca como un rayo, caminando poseído, y le doy una patada brutal a la puerta, sin saber por qué. Anastasia sigue al lado de la estantería, con los labios entreabiertos, parpadeando sucesivamente, sin entender nada.

—¿Qué...? —pregunta al ver que camino en su dirección como un maldito animal desatado.

Me detengo frente a ella.

—Yo... —Suspiro, con el corazón a punto de explotar—. Es muy sencillo. Si no te beso ahora mismo, me moriré.

La agarro por la nuca, sin añadir nada más. Y la beso. No, no es un beso. La devoro. Nuestros labios chocan con fuerza y con hambre. Con esa hambre que he ido acumulando durante semanas. Me ahogo en su sabor lentamente mientras nuestros alientos veloces se entremezclan, igual que nuestras bocas.

—Entonces prefieres los azotes —susurra con una sonrisa preciosa.

Yo también sonrío, y juego con su nariz, disfrutando de su aliento cálido acariciándome el rostro.

—Te prefiero a ti.

—Y yo a ti... —murmura mientras nuestros labios se seducen, se muerden y se desafían.

—No sabes las putas ganas que tenía de besarte —confieso disfrutando de su sabor—. No tienes ni... idea, Anastasia.

—Bésame entonces.

No espero que me lo repita. Mi lengua la invade con pasión, y ella gime contra mi pecho, arqueándose contra mí por puro instinto. Nos volvemos a fundir con desesperación, y empotro su cabeza sin querer contra los libros de la estantería.

—Perdón... —susurro.

—Tú en estado puro —se ríe.

Mis manos bajan a sus caderas, sintiendo cómo su respiración se entrecorta y cómo me pongo duro cuando mi pelvis choca contra su vientre. Sus dedos se aferran a mis hombros y le levanto el vestido con brusquedad, dejando su piel expuesta en mis manos.

—Házmelo ya, Máximo.

Ella suelta un gemido, y eso me descompone. Sus manos se mueven ágiles en los botones de mi camisa. Sus dedos corren enloquecidos por mi torso, deshaciéndose de mi camisa, y la dejo. Aunque apriete los dientes, su mirada de adoración y sus caricias me estremecen y me dan fuerzas para aguantarlo y no apartarla. Todo lo contrario. Tiro la camisa al suelo deprisa y me bajo la cremallera, casi sin mirar. El control ha dejado de existir, y solo somos ella, yo y esta explosión de sentimientos que nos derrite como el fuego al hierro.

—No sabes cuánto lo deseo —digo, las palabras saliéndome del alma.

—Yo también.

Cuelo la mano en su ropa interior y su humedad me enloquece.

—¿Cuánto? —murmuro dándole besos toscos pero cortos, a la vez que muevo dos dedos entre sus piernas.

—Mucho. Muchísimo —susurra—. Jamás pensé que, después de lo que pasó, tendría ganas de sentirte de nuevo. Es adictivo y...

—Tú eres adictiva.

La levanto en un abrir y cerrar de ojos. La agarro por debajo de los muslos y la subo sobre mis caderas, apartándole las bragas. Siento que me volveré loco como no esté dentro de ella ya. Al instante, me entierro en su interior con cuidado, notando cómo sus

músculos se estiran lentamente a mi paso, embriagándome con su calor.

Entonces, un gemido desgarrador se le escapa, y eso abrasa mis sentidos.

Aprieta mi nuca.

—¿Estás bien? —le pregunto preocupado.

—Mejor que nunca.

La penetro con más fuerza, sin poder controlarme. No soy capaz de parar, y espero profundamente no volver a hacerle daño.

—Me encantas. —Suspiro—. Y me encanta lo mojada que estás, cielo.

—Porque te deseo.

—Mírame —le ordeno con voz rota—. Quiero que me mires a los ojos mientras te hago mía. Quiero borrarte esos malos recuerdos, *malyshka*.

Lo hace, y entonces me pierdo en sus ojos. Juro por Dios que me pierdo. Comienzo a embestirla con un ritmo duro, profundo. Las estanterías tiemblan tras ella, y sus uñas me arañan la espalda.

—Te deseo como a nadie en este mundo, Anastasia. Como a nadie, ¿me oyes? —digo extasiado—. Aun así, quiero que me detengas si te estoy haciendo daño.

Ella enrosca tenaz las piernas en mi cintura y ondea las caderas, siguiéndome el ritmo. Y, aunque lo haga de manera torpe al principio, con miedo a caerse, pronto nuestros cuerpos encajan a la perfección. Nos movemos sin compás, como si estuviésemos bailando dentro de un incendio.

—Me detendrás, ¿verdad?

El miedo me hace temblar.

—Sí. —Suspira—. Pero no ahora.

Sonrío y cierro los ojos, lamiéndole el cuello como un vampiro disfrutando de su víctima. Sus manos en mi torso me producen escalofríos, y solo sé que es ella lo que deseo para el resto de mi vida. Perderme en ella, darle placer de mil maneras y oír mi nombre de su boca.

Aprieto las manos en sus nalgas y la llevo hasta el sofá que hay al lado. La dejo caer de espaldas mientras me deshago del pantalón deprisa. La vuelvo a besar, totalmente cegado por esta pasión que ella me provoca y que no sé cómo controlar.

—Pensaba que podía mantenerte alejada de mí. Protegerte... —murmuro cerrando los ojos, sintiéndola a ella y la melodía suave y romántica que se oye proveniente del salón—. Pero juro que eres peor que una droga.

Empujo sus rodillas hacia mi pecho para enterrarme más profundo. Gime. Gime como si se le fuera el alma.

—Así, siénteme. —Embisto.

—Oh, Dios.

—Soy yo quien te folla, no Dios —suelto ahogado en la lujuria mientras le bajo los tirantes del vestido sobre los hombros—. Di mi nombre, nena. Dilo...

—Máximo.

—¡Oooh! —suelto un quejido—. Llevo imaginándote así desde la noche que te vi bailar esa canción.

—¿Qué canción?

—La que usaste para sacarme de quicio. Para seducirme. ¿Piensas que no me di cuenta?

—La de Rosalía. —Se ríe entre gemidos.

—Sí.

—¿Y funcionó? —murmura arañándome la espalda con sensualidad.

—Anastasia... —susurro disfrutando de sus pechos moviéndose con cada estocada—. ¿Que si funcionó? Me volviste loco. Tanto, que me he pasado día y noche más duro que una jodida piedra. Pensando en ti...

Suelta una risita, abriendo más los ojos. Me inclino sobre ella, y sus pezones contra mi piel me provocan un fuerte escalofrío.

—No sabes lo que me haces cuando me miras así —ronroneo, apretando su cuello con una mano—. No sabes lo que sería capaz de hacer para que bailases esa canción solo para mí.

—Te la bailaré. A ti, solo a ti.

Le acaricio el mentón, completamente embriagado.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, mi amor.

Mi amor.

El vello se me eriza en todo el cuerpo y el miedo vuelve a instalarse en mi pecho.

—Siempre serás mi gitana —me sale un quejido que no controlo —. Quiero que lo recuerdes pase lo que pase, Anastasia.

—¿Para siempre?

—Sí. —Le acaricio los labios con el pulgar—. Para toda la eternidad. Tú y yo...

La levanto por la cintura y la beso con profundidad, mientras noto sus dedos enlazados en mi cabello. Me muevo con ritmo, disfrutando de su humedad y su calor. Ella suelta un gemido gutural cuando me agacho y deslizo mis labios hasta sus pechos. Está disfrutando, y yo me pierdo más. Lamo sus pezones enloquecido mientras presiono su nuca.

Cambio de posición después de otro beso prolongado. La giro, mordiéndole el cuello, y la coloco a cuatro patas sobre el sofá. Atraigo sus caderas hacia mí y me hundo otra vez. Las líneas de sus

nalgas y el sonido de su cuerpo recibiéndome me vuelven más animal. Gruño con cada embestida. Por su parte, ella arquea su espalda, empotrando más su culo contra mí y, cuando me mira por encima del hombro, sus ojos son puro fuego.

—Te gusta, ¿eh?

—Sí...

Su espalda contra mi torso quema al alzarla y abrazarla desde atrás. La muevo hacia un lado sutilmente y ella se aferra al respaldo del sofá para no caerse. Le aparto el cabello y le beso la oreja sensualmente.

—Y ahora quiero que me muestres lo que te enseñé —le susurro al oído.

—¿Qué?

—Tócate.

Cojo su muñeca y la guío hacia su entrepierna. Presiono sus dedos contra su periné y siento la creciente humedad en mi piel.

—Enséñame lo que has aprendido.

Aprieto su mano mojada mientras agilizo los golpes de cadera. Disfruto de ello y me da morbo sentir sus movimientos dándose placer mientras la penetro ferozmente desde atrás.

—Así hasta correrte. Quiero oírte.

—Oh... —gime profundamente.

—Esto es solo el principio, nena. Mírame. —Aprieto su pecho con una mano y la pego más mientras devoro su oreja y su cuello—. Eres mía, Anastasia.

Devoro sus labios cuando tuerce la cabeza y nuestras bocas se encuentran. El clímax la arrastra primero a ella, lo noto en el temblor que sacude su vientre, conmigo dentro. Lo noto por sus gemidos graves y su mano, que presiona el respaldo del sofá. Por su aliento acelerado y el grito que ahoga en mis labios.

Le beso la mejilla y me aferro a su cintura, a su cabello, a su alma. La follo como un demente mientras le susurro su nombre al oído con los dientes apretados. La sigo un segundo después, empujándola contra el respaldo del sofá hasta perder la cabeza. La última embestida me deja vacío, muerto, vivo... Joder. Todo al mismo tiempo.

Caemos juntos y agotados, resbalando por el sofá.

No hay palabras. Solo nuestros jadeos, piel mojada y latidos desbocados. La abrazo sin pensar en nada más, solo en ella. Y por un segundo, por un maldito segundo, siento que estoy aprendiendo a dejar el pasado atrás. A vivir y a creer que la vida me está dando otra oportunidad para estar feliz.

Sus pechos siguen subiendo y bajando bajo mi torso mientras intento normalizar la respiración. Los jadeos aún golpean el silencio de la biblioteca. Todavía la tengo atrapada entre mis brazos, empapados los dos en sudor. Sus cabellos revueltos están pegados a su cuello, y juro que no quiero moverme. No ahora.

—¿Estás bien?

—Tanto que... —dice ahogada— estoy por cambiar el chocolate por el sexo.

Sonrío complacido. Su respiración es desordenada, al igual que su vestido, que está subido hasta la cintura y su escote bajado hasta las costillas. Siento su corazón veloz contra mi brazo.

—Escúchame bien: no puedo parar cuando estoy contigo —susurro—. Jamás pensé que esto me ocurriría. Desear tanto a otra mujer.

Ella gira ligeramente el rostro hacia mí, lo justo para que sus ojos me alcancen. Sus ojos, esos malditos ojos que me desarman más que cualquier arma.

—Pues acostúmbrate —dice con ese brillo juguetón que amo en ella—. Porque no pienso irme a ninguna parte. Pero también quiero que me prometas que no volverás a usar esa palabra.

—¿Qué palabra?

—*Mía* —dice con firmeza—. No soy tuya, Máximo. Soy mía. Aun así... —coloca mi mano en su pecho—, mi corazón te pertenece.

Me quedo quieto un segundo, como si esas palabras se clavaran en un sitio donde no debería entrar nadie. Como si el hecho de que ella me amase fuese como una aguja que cose mi alma, pero a la vez un cuchillo que se me clava muy adentro. Porque no me merezco su amor.

—Yo...

Me bloqueo cuando noto su mirada llena de esperanza.

—Ojalá pudiera darte algo más —admito en voz baja, acariciándole el cuello con dos dedos—. Algo más sano. Sin peligro, sin... sangre. Enamorarte de mí significa enamorarte del infierno. Y tú te mereces lo mejor del mundo, Anastasia. El paraíso.

Ella niega con la cabeza, deslizando sus dedos por mi mandíbula. Mirándome con amor. Joder. Amor. Eso que me aterra cada vez que lo pienso.

—No quiero algo más, Máximo. No me prometas un paraíso sin ti, ¿vale? —dice tan convencida que me da miedo—. Dame el infierno a tu lado y lo llamaré... hogar.

Apenas respiro.

No puedo. No sabe lo que está diciendo. No sabe lo mucho que me duelen sus palabras, pese a que debería ser lo contrario. Tomo aire con fuerza mientras la cubro con mi cuerpo un poco más, como si con eso pudiera protegerla de lo que viene, de lo que todavía no le he contado, por falta de fuerzas.

—¿Aun cuando tienes mil motivos para odiarme? —le pregunto en voz baja, y simplemente no puedo hablar—. ¿Aun cuando soy el maldito villano de este cuento?

Sonrío amargamente mientras dos lágrimas ruedan por mi rostro.

—Esto no es un cuento, ¿recuerdas? —Sus ojos también se llenan de lágrimas—. Y tú no eres un villano, aunque insistas.

—Me estás poniendo muy difícil despegarme de ti esta noche...

Le doy otro beso tosco, apartando mi mirada de la suya. Ahogo mis lágrimas en su cabello. Dios. Llevaba tanto tanto tiempo sin llorar de felicidad, pero al mismo tiempo de tristeza...

—Lo que es difícil es levantarse ahora mismo sin que me tiemblen las piernas.

No puedo evitar reír por lo bajo. Maldición. ¿Cómo es posible que ella se me haya metido así en la sangre?

—No debes hacerlo —le digo.

Mi chica preciosa sonríe contra mi pecho, dibujando círculos perezosos en mi piel.

—Pero están todos ahí fuera, y debemos...

—Quedémonos —suplico—. Solo un rato más.

Entonces, la beso como si me fuera la vida en ello. Aprieto mis labios contra los suyos como si no tuviera otra oportunidad y el deseo que se ha acumulado en mí ahora se rompiera en pedazos. Y aquí estoy, con el alma hecha un nudo, incapaz de decirle nada más. Sin poder decirle que...

—¿Máximo? —Oímos una voz familiar.

El hechizo se rompe cuando la puerta se abre con un movimiento tosco. Nos congelamos. Y cuando Katia asoma la cabeza, tan solo me da tiempo a tirar de su falda hacia abajo, para cubrirla. Agradezco que esté tumbado detrás de ella y mi hermana no me vea como Dios me trajo al mundo.

—¡Genial! —gruñe esta, y abre los brazos enfadada—. Estáis aquí follando y ese idiota italiano preguntándome por vosotros. Habrá que joderse. Bueno... —añade—. Seguid, anda. Ya veré cómo me las arreglo con él. Solo espero que me deis un sobrino pronto y que valga la pena aguantar a ese payaso.

—Katia... —digo, pero mi hermana cierra la puerta tan deprisa como la ha abierto.

Anastasia se ríe. Pero yo no.

¿Un sobrino?



30

Veinte segundos
Anastasia



> El amor nunca muere de muerte natural. Muere de ceguera, errores y traiciones.
>
> ANAÏS NIN

Salimos de la biblioteca y caminamos en dirección al salón. Su mano sigue en mi cintura, firme y cálida, recordándome que no puedo escapar. Katia está en el vestíbulo cerca de la terraza, inclinada hacia Barone con la misma seguridad con la que veo que afronta la vida últimamente. Ríe algo más agudo de lo habitual y él la mira con esa media sonrisa burlona; no tengo claro si discuten o flirtean. Cuando me ve, me guiña un ojo y levanta un refresco, dándome a entender que no bebe alcohol. Me mira con esa complicidad suya, y me arranca una sonrisa.

Me arden las mejillas recordando que nos acaba de pillar, pero no me importa. No ahora. Estoy demasiado ocupada guardando para mí

el recuerdo del sabor de Máximo y su cuerpo sobre el mío. Todavía me siento dentro de esa burbuja llena de amor y felicidad, donde nada más importa.

Me inclino hacia el oído de mi marido con una sonrisa diplomática.

—Necesito cambiarme los zapatos. ¿Me cubres con los invitados?

Su mirada se clava en la mía y su voz me llega tan baja que casi la siento más que la oigo. Parece que he metido los dedos en el enchufe.

—No tardes. O voy a tener que subir.

—¿Por qué ibas a subir? —Le hago ojitos.

—¿Acaso crees que he terminado contigo, señora?

Me muero. Y resucito. Y así, continuamente.

Antes de soltarme, me aprieta el trasero y me da una palmada suave que me hace morderme el labio para no reír en voz alta. Me escapo escaleras arriba con la sensación clara de que sus ojos me siguen todo el camino. Y eso me encanta. Me encanta flirtear con él. Me encanta mirarlo. Me encanta besarlo.

—Me ha besado... —susurro para mí mientras me toco los labios.

Camino por el pasillo largo con una sonrisa todavía adherida al rostro. Me siento ligera, tan liviana como una pluma en plena caída. Tengo calor en las mejillas, los labios hinchados y el vestido hecho un desastre, pero me da igual. Acabo de ver a Máximo sonreír. Sonreír de verdad, con los ojos.

La música suena amortiguada cuando cierro la puerta del dormitorio. Me descalzo, dejo que la ducha caliente me cubra y me arrastre lo que queda de tensión. Al salir, envuelta solo en una toalla, mis ojos tropiezan con un detalle en el tocador. Una liga blanca. La misma de mi vestido de novia, y la cual no usé en mi boda. Sonrío sola, como una tonta. ¿Y si...?

Me la pongo despacio, ajustándola al muslo mientras un escalofrío me recorre la piel. Me miro en el espejo: la toalla ceñida al cuerpo, el cabello húmedo cayendo desordenado y la liga, brillante y descarada. Recuerdo todo lo que él me ha provocado minutos atrás. Cómo el orgasmo me ha atravesado con tanta fuerza que he visto las estrellas, literalmente. Siento mi centro convulsionar al recordar la sensación de tenerlo dentro de mí.

Vale.

¿Es normal tener ganas de él otra vez?

Vale, joder. Sí, tengo muchas ganas, pero debo distraerme. Cierro los ojos y me permito imaginar por un momento el viaje de mañana. Serra Rosa y mi familia. Llegar allí con la cabeza alta, convertida en algo más que esa niña rebelde. Con él de la mano, llevándoles un montón de regalos y convenciendo a papá de que Lidia se venga conmigo. También tengo ganas de ayudarlos. Sé que debo hacer hasta lo imposible, ninguna gitana Valkov se merece pasar por lo que yo he pasado. Porque las mujeres somos poderosas y nos merecemos que se nos valore y que nos den nuestro lugar. Este sentimiento me enfurece, pero afortunadamente sé que tengo a Máximo de mi lado y eso me reconforta.

Me miro en el espejo mientras me retoco el maquillaje. Labios, mejillas, un poco de sombra. Sin poder evitarlo, me acaricio el cuello, justo donde todavía noto el ardor suave de su boca. Sí. Lo ha hecho. Me ha besado como un salvaje. Y, maldita sea, me ha encantado.

Me pongo un vestido oscuro parecido al que llevaba, pero menos elegante. Intento alisar una horrorosa arruga mientras pienso que ojalá la fiesta termine pronto. Salgo de mi habitación deprisa, queriendo estar a su lado, pero al doblar la esquina choco con alguien. Angelo Barone está delante de mí, en la planta de arriba.

—Anastasia —dice con esa sonrisa peligrosa—. Qué coincidencia.

Me recoloco el escote con disimulo sin saber qué decir y solamente miro en dirección a la escalera.

—Disculpa, estaba buscando el servicio.

—Está en la planta de abajo. ¿Te llevo? —le pregunto.

—No es necesario, gracias —responde, y barre con la vista las paredes y el techo, como si estuviera buscando algo. Alza una ceja, antes de quitarse la chaqueta y colocarla sobre mis hombros con elegancia—. Hace frío, podrías resfriarte.

Siento de pronto algo extraño recorrerme cuando esta me acaricia los brazos.

—¿Eso significa que estoy en deuda contigo? —respondo, pero no me la quito. Hace frío de verdad.

—Todo lo contrario. —Se inclina ligeramente hablándome con voz seria—. Bolsillo derecho. Es urgente.

Levanto la vista perpleja. Él ya se ha retirado dos pasos, sonriendo hacia el techo.

¿Qué estará mirando?

Entonces aprieto el cuello de su chaqueta de traje con una mano y me quedo atónita en medio del pasillo. ¿Ha dicho bolsillo derecho?

Oigo ruido a unos metros y decido regresar a mi habitación. Vuelvo sobre mis pasos con el corazón desbocado, sintiendo que algo extraño está pasando. Cierro la puerta del cuarto temblando. Paso los dedos por la solapa cuando un aroma masculino intenso despierta mi olfato. Sin duda, el perfume encaja con Barone. Un hombre que tiene el porte de un príncipe, pero la mirada de un depredador. Alguien demasiado parecido a Máximo.

Me quito la chaqueta y busco el bolsillo. Pero entonces, mis dedos tropiezan con algo. Un papel acartonado, doblado por la mitad, y también una pistola.

¿Una pistola?

La suelto en la cama como si me quemara y me centro en la nota, con el aliento desbocado. Parece una imagen, pero mis ojos se topan primero con el reverso blanco, que, curiosamente, lleva mi nombre:

Anastasia

El corazón me late con fuerza y me congelo en medio del cuarto mientras leo:

Estás en peligro. Tu esposo no es quien dice ser, y te compró en el mercado para llegar a mí. Mató a la familia gitana que te crio. A todos. Y a ti también te matará. A las 21.00 horas en punto, busca la escalera junto a la cocina. Baja al sótano y llega como sea a la última puerta. La volaré. Tendrás veinte segundos antes de que salte la alarma. Solo veinte segundos, Anastasia.
Tu padre,

Mikhail Romanov

Me llevo una mano a la boca y mis dedos tiemblan mientras vuelvo a leer las últimas palabras: «Tu padre, Mikhail Romanov».

No respiro. No parpadeo. No entiendo. ¿Mi padre? Imposible. Aspar Angelov es mi padre.

Le doy la vuelta al papel pensando en ese hombre, enemigo declarado de Máximo. Noto que hay una fotografía detrás. Es una imagen un tanto quebrada por el tiempo que muestra a un hombre joven, de ojos marrones, cabello rojizo, el color muy parecido al mío, piel clara y arrugas finas en las comisuras. Al lado hay una mujer de pelo castaño y ojos verdes que sostiene a un bebé en brazos, envuelto en una mantita rosa. Probablemente sea una niña.

Mi garganta se cierra cuando noto algo perturbador, demasiado irreal para ser verdad: la mujer lleva en el cuello un colgante que reconozco al instante. Es el amuleto del corazón verde que mamá

me entregó antes de irme, el día del mercado. El día que Máximo me compró.

El suelo se desmorona una vez más y vuelvo a leer la nota, incapaz de asimilarlo.

¿Qué es esto, joder?

«Mató a la familia gitana que te crio. A todos. Y a ti también te matará».

—Mamá... —susurro con un hilo de voz.

La habitación gira, borrosa, mientras mis dedos se aferran al amuleto de mi cuello como si pudiera salvarme del derrumbe. Me desplomo al borde del colchón, tratando de llenar mis pulmones, pero el aire se niega a entrar. Resbalo al suelo, inútil, con las piernas convertidas en mantequilla. La alfombra araña mis rodillas, pero no la siento. Gateo, rota, hacia la bolsa bajo la cama, la que guarda el regalo de Lidia. El cochecito de juguete.

Me tiemblan las manos, el alma, todo. Entonces entiendo por qué Luca dijo esas palabras sobre Serra Rosa y también por qué Máximo nunca ha traído a Lidia aquí. Por eso me evita como si yo fuera la peste cuando hago preguntas.

—¡Oh, Lidia...! —sollozo con los ojos cegados de lágrimas.

¿Muertos?

Aplasto el cochecito contra mi pecho, como si pudiera devolverlos a la vida con mi abrazo.

No. No puede ser verdad. No mi pequeña. No Milena. No...

El dolor de la muerte no es que se los lleve, es que se queda aquí, clavado en ti, hiriéndote por dentro cada vez que respiras.

—¡Jodeeeeeeeeeeeer! —El grito me sale áspero, desesperado, mientras estrello el puño contra el suelo—. ¡Joder, joder, joder!

Beso el cochecito entre lágrimas, devastada, sintiendo que algo en mí se quiebra para siempre. El bebé de Lidia. Su regalo. Ese regalo

que ya nunca podré entregarle.

—¿Por qué? —susurro al vacío—. No, por favor... —Y grito—: ¡Aaaaaaaaaaah!

Grito hasta quedarme sin voz. Me retuerzo, estrangulada por la impotencia y con la cabeza a punto de estallar. Me abrazo las piernas hecha un ovillo, apretando el juguete contra mi pecho, mientras el corazón se me parte en mil pedazos.

Lidia está muerta. Todos. Por su culpa. Por su maldita culpa.

No sé cuánto tiempo llevo así. Quizá dos minutos. Quizá veinte.

Quiero creer en Máximo. Después de lo que hemos vivido, después de sus palabras, de cómo me ha besado y me ha hecho el amor. De verdad que quiero creerlo, pero él no me ha dado explicaciones. Maldita sea. Las palabras de la carta me persiguen y me hacen dudar. No sé qué es verdad, qué es trampa, qué es delirio.

Me sujeto apoyando una mano mientras todo se mueve a mi alrededor. Entonces, miro deprisa el reloj anclado a la pared. Marca casi las ocho y cincuenta minutos.

Diez minutos.

Diez minutos para decidir si quiero seguir siendo la sombra de un desconocido o la arquitecta de mi propio destino. Diez minutos para romper cadenas o encadenarme para siempre.

Diez... malditos... minutos.

Respiro hondo. Me tambaleo mientras me seco las lágrimas y cojo la pistola con dedos temblorosos. La guardo en la liga, bajo el vestido. Me acerco a la puerta y escucho el silencio del pasillo. Nada. Todo sigue normal. ¿Normal? ¿En un castillo lleno de cámaras y asesinos? Me río por lo bajo, como una demente. Porque ahora mismo lo estoy, y lo estaré hasta descubrir la verdad.

Abro la puerta, sabiendo en mi interior que podría ir a buscarlo. Podría enfrentar a Máximo y exigirle respuestas. Pero si todo eso es

cierto..., ¿me dejará salir viva? ¿Atrapará a Romanov, que está fuera, esperándome? ¿A ese hombre que se hace llamar *padre*?

Aprieto los dientes, con el vello de punta. ¿Y si no es verdad y me está engañando?

«No seas idiota, Anastasia».

El colgante que llevo al cuello salía en esa foto. La mujer de esa maldita foto tiene el mismo color de ojos que yo. Ese hombre tiene el cabello rojizo como yo. Mis padres —o los que yo creía— son ambos morenos y sus ojos son oscuros. Y sí, es justo por eso por lo que siempre me he sentido diferente.

Dios mío, ¿qué está pasando aquí?

¿Fui adoptada?

Pero estos no son los únicos pensamientos que dan vueltas en mi cabeza. Son las palabras, que pesan más que todo. Sus palabras.

«—La sangre se paga con sangre y el dolor se paga con dolor. ¿Y qué crees? Alguien debe pagar.

»—Yo no te debo nada, Máximo —le decía.

»—Me debes mucho, cielo. Mucho. Me perteneces. Tu vida, tu cuerpo... Todo está en mis manos. Por supuesto que te protegeré. Nadie podrá ponerte un dedo encima. ¿Y sabes por qué? Porque solo yo tengo derecho a herirte. Yo y nadie más que yo».

Jamás pensé que un hombre me comprara por venganza en el mercado de novias. Que él fuese capaz de sacrificar a una persona inocente con tal de seguir alimentando ese odio que tiene hacia Romanov.

«Veinte segundos», decía la carta.

Inspiro. Espiro.

Decido no confiar en nadie, ni siquiera en ese hombre que dice ser mi padre. No. Tan solo quiero salir de este puto sitio, así que me obligo a bajar la escalera. Me obligo a sonreír y a controlar mi pulso,

como si no tuviera el corazón destrozado. Como si no estuviera enamorada de mi verdugo. Como si hace unos putos minutos no me hubiese entregado a él.

Una lágrima rueda en mi mejilla, pero me la seco deprisa antes de bajar la escalera.

La música sigue sonando, la fiesta bulle a mi alrededor y las risas se mezclan con los murmullos de los invitados. Las lámparas de cristal lanzan destellos dorados por el gran salón. Montecarlo entero parece reunido aquí esta noche. La noche en la que yo me estoy hundiendo como un barco a la deriva.

Y entonces lo veo.

Máximo está apoyado en la baranda de la escalera, conversando con alguien importante, seguramente. Tan elegante y jodidamente guapo como siempre. El traje negro, su bastón, y todos los botones de la camisa abrochados. Esos mismos botones que minutos atrás yo le abrochaba mientras intentaba hacer frente a sus besos.

Cuando me ve acercarme, su rostro se ilumina. Una pequeña arruga aparece en su mejilla derecha. Esa maldita arruga que solo le veo cuando está feliz. Me esfuerzo por no llorar. Porque sé que alguien como él no deja espacio para el amor o la felicidad. Él no podría estar feliz, solo finge muy bien.

—Cielo, ven —dice en voz baja cuando me acerco.

Su tono es tan cálido que me destruye y su mano en mi cintura me provoca angustias.

—¿Estás bien? —pregunta suspicaz.

Me muerdo el labio para que no me tiemble la boca. No puedo mirarlo mucho rato, porque me derrumbaría.

—Muy bien.

Él inclina la cabeza, acariciándome la espalda, mientras yo toco disimuladamente la pistola pegada a mi muslo. Cierro los ojos

porque sus dedos me queman. Su tacto me ahoga y, aun así, me falta el aire por otro motivo. Quiero creerlo. Pero esa foto me pesa en el alma y en la conciencia.

En ese instante, Barone aparece detrás, lanzando una mirada fugaz a un reloj anclado en la pared. Sé que es un aviso, y sus ojos desesperados así me lo indican. Quedan solo siete minutos.

—¿Te importa? —me pregunta—. Necesito robar al anfitrión un par de minutos.

Máximo resopla girándose hacia el italiano, que, sin dejar de sonreír, señala el gran reloj de péndulo situado al fondo del salón.

—Preciosa pieza, ¿eh? Finales del siglo XIX. Lo he visto antes y no he podido evitar venir a admirarlo. Mi abuelo tenía uno similar —señala, sabiendo perfectamente que su comentario tiene una intención que solo nosotros dos entendemos. Su mirada se cruza fugazmente con la mía. Es apenas un gesto, pero un gesto que me transmite un mensaje claro: *es ahora*.

Máximo asiente, siguiéndolo hacia el reloj, y soltándome así la cintura.

Aprovecho para girar discretamente y avanzar por el lateral del salón con el corazón a punto de estallar. Mi piel arde de la tensión y ni sé por dónde piso, porque, de repente, golpeo el hombro de Katia.

—Anastasia...

La miro con los ojos nublados de lágrimas. Sufro pensando que ella también debe de saberlo. Todos lo sabían, salvo yo.

—¿Adónde vas?

—A la cocina a... pedirme un café.

—¿Quieres que te acompañe?

—¡No! —exclamo temblorosa, pero intento controlarme—. Solo... cuida de él.

—¿De quién?

Giro la cabeza y miro a Máximo. Mi Máximo.

Cielos. No podré hacerlo. No podré abandonarlo. Lo amo.

Pero entonces, mi propia cabeza se activa luchando contra esto que siento. Recuerdo sus palabras. Esas horribles palabras que le dijo a Vlad en ruso, el mismo día que me compró: «Asegúrate de que el trabajo esté hecho. Ya la tenemos». Y es ahora que lo entiendo. Igual que entiendo muchas otras cosas.

—Cariño —habla sonriente—. Créeme, no me necesita a mí, tú ya lo estás cuidando genial.

—Katia, solo hazlo.

Me giro, antes de estallar en lágrimas. Antes de derrumbarme y decirle que me siento decepcionada. Que, si ella sabía de toda esta mierda, y me lo ha ocultado, me ha herido muchísimo. Que la quiero como a una hermana y que espero que cumpla sus sueños. Y que... ha sido un placer conocerla. A pesar de todo.

Corro deprisa hacia la cocina, pero en vez de eso, continúo hacia el estrecho pasillo, el sitio donde debe de quedar el sótano. Miro detrás de mí, intentando que nadie se dé cuenta de mi presencia. Pero, justo en el momento en el que quiero bajar la escalera, oigo una voz detrás:

—Ya lo sabes.

Me congelo, con el peso de esa voz y del tiempo, que juega en mi contra. Me doy la vuelta lentamente, sabiendo que fracasaré.

—Ecaterina.

—El sótano es una buena vía de escape, cierto. Tardarían más si entraran a buscarte, eso si pudieran, por supuesto. Porque Máximo no lo permitiría.

—No sé de qué hablas.

Aprieto los labios y la miro fijamente. Jamás me he sentido tan confusa y nerviosa.

—No tiene sentido que me lo ocultes —dice con una sonrisa maligna—. Te he visto por las cámaras hablando con Barone. En tu habitación, leyendo su mensaje. He hecho *zoom*, claro. Y, bueno, el misterio ha acabado. Ya sabes que eres la hija de Mikhail Romanov.

—¿Qué?

¿Esta maldita zorra tiene acceso a las cámaras? ¿Me ha visto derrumbada, en mi jodido cuarto?

—Te lo dije —continúa—. Te dije que te largarías pronto de aquí.

—Tú... —Alzo la mano—. ¿También lo sabías?

—¿Saber qué? —sigue con esa sonrisa agria, tan típica en ella—. ¿Que Máximo te usara para atrapar al hombre que mató a la mujer que ama? Claro que lo sabía. Me lo cuenta todo, Anastasia. Te lo dije, pero no quisiste creerme.

—¿Qué quieres, joder? —Aprieto los dientes, sin saber si seré capaz de continuar con esta charla. Siento mi pecho oprimido, como si fuese atravesado por miles de espadas.

—Tienes dos opciones: una, que te vengas conmigo y le cuente que estabas intentando escapar. Ya sabes que, en ese caso, me lo agradecerá y a ti, probablemente, te matará, que es lo que pensaba hacer una vez atrapara a tu padre, el cual intuyo que está rondando el castillo. O dos... —me mira con determinación—, que te ayude a escapar. Hay cuatro guardias ahí abajo, y ten claro que no te dejarán pasar. No con el protocolo de aislamiento activado.

¿Protocolo de aislamiento?

—¿Y por qué crees que te harían caso a ti y no a mí, que soy su esposa?

Sus labios se arquean y se acaricia la coleta, muy relajada.

—Porque, aparte de su *criada*, como bien me llamaste, también soy la jefa de seguridad. Claro, ese detalle no lo sabías... ¿Y bien, qué eliges?

La miro con los tobillos hechos un flan. No me puedo retrasar mucho más y solo necesito librarme de esos guardias para llegar al sótano. Aunque duela, sé que ella es mi única esperanza en estos momentos, y tiene mucho sentido todo lo que me está contando. Ecaterina quiere librarse de mí por todos los medios, incluso traicionándolo. Pero ¿ya qué más da?

Maldita sea.

Soy incapaz de responderle, y la garganta se me ha cerrado intentando decidir qué narices hacer. Ella pasa por al lado y baja la escalera.

—Lo mismo pensaba —añade.

La sigo de cerca, sin atreverme a abrir la boca. Ni siquiera a respirar demasiado fuerte. El sonido de mis sandalias en la piedra se mezcla con el retumbar sordo de mi corazón en los oídos. Ecaterina desciende la escalera delante de mí, con paso decidido, con esa maldita coleta agitándose de un lado a otro, la cual me encantaría agarrar y dar rienda suelta a la rabia que siento.

—No hables —me dice por lo bajo cuando llegamos a un pasillo estrecho, helado, iluminado por una bombilla tenue—. Yo me encargo.

Cuatro hombres vestidos de negro y armados nos bloquean el camino. La tensión sube al instante, pero ella sonríe, mirándome triunfante.

—Está todo bien —les dice—. Está conmigo. Arriba se necesitan refuerzos. Revisad la planta baja.

—Pero...

—*Éto prikáz imperátora.*[1]

Ellos dudan cuando ella les dice algo en ruso. Uno abre la boca, pero Ecaterina alza una ceja y lo fulmina con la mirada. El guardia retrocede un paso y asiente. Ni siquiera me miran cuando pasamos junto a ellos. Entonces, esa víbora da media vuelta y solo me guiña un ojo, siguiendo a los guardias.

Hipócrita. No, no lo hace para ayudarme, lo hace porque no tiene claro que Máximo me mataría, sin embargo, sabe que, si consiguiera huir de aquí, desaparecería de su vida y ella tendría vía libre. Le diría mil cosas, pero sé que no hay tiempo, tan solo puedo fijar con la vista la puerta metálica que imagino que da hacia fuera, hacia algún sitio del bosque, porque está inclinada hacia el techo, con unos pequeños escalones en la base.

—¡Anastasia!

De la nada, oigo una voz que me suena demasiado. Entonces, me giro hacia la celda que hay a la izquierda del pasillo y veo a Luca entre los barrotes. O lo que queda de él. El rostro del hermano de Elsa es una máscara de golpes, tiene el rostro hinchado y los moratones lo tienen completamente desfigurado.

—Anastasia... —repite, con la voz rota.

—¡Luca! —grito corriendo hacia él.

—No te hagas la víctima —dice apretando las rejas de su celda—. No hagas como si te diéramos pena.

Su mirada está llena de odio.

—Luca... —insisto con los ojos sobre esa puerta que sé que estallará de un momento a otro—. Por favor, escúchame —susurro—. Necesito saber la verdad. ¿Están todos muertos?

—No me jodas, Ana. ¡Estás fingiendo!

—¡No! —grito desconsolada, agarrada a los barrotes—. No sé nada. ¿Fue él? ¿Fue... Máximo?

Sonríe con los ojos brillosos.

—Ese hijo de puta mandó matar a todos en Serra Rosa, ¡maldita sea! —grita tirando de los grilletes como si quisiera traspasar los hierros y llegar a mí.

—No... —Me llevo ambas manos a la boca, retrocediendo un paso.

Estoy horrorizada. No puede ser. Una cosa es que te envíen una nota que no sabes si creer o no, y otra es que te lo confirmen.

—¡A todos! —grita—. ¡Y tú... no tienes ni puta idea de con quién te casaste!

Me quedo quieta frente a la celda, mirándolo a través de las rejas. Mi pecho sube y baja y los ojos me arden. Quiero gritar. Quiero llorar. Quiero... Pero no lo hago. Deslizo mi mano hasta el muslo, al borde del liguero, y saco la pistola.

Los ojos de Luca se abren como platos. Él y el otro hombre, encogido en el rincón de la celda, se miran, esperando su final. Apunto primero a él, luego al otro. El pulso me falla, porque jamás he sujetado una maldita arma ni sé cómo funciona, tan solo me dejo guiar por mis instintos. Rozo el dedo en el gatillo, sintiendo náuseas. Y entonces respiro hondo y aprieto.

El estampido resuena en las paredes del sótano, y la cerradura estalla en pedazos y cae al suelo con un tintineo metálico.

—Muévete —le ordeno con voz fría, decidida a terminar ya con esta pesadilla.

Tanto él como el otro chico me miran como si no comprendieran nada, pero me siguen. Caminamos juntos hacia la última puerta. La carta decía que la volarían y que tenía veinte segundos antes de que saltara la alarma. Solo espero que valga la pena todo esto y que lo hagan.

Mi corazón es una olla a presión y miro con miedo la escalera que da a la planta baja del castillo. Temo que lleguen los guardias, pero, por suerte, no debo esperar mucho. Un estruendo hace temblar los

cimientos. Nos cubrimos detrás de unas columnas de piedra mientras esperamos que las llamas desaparezcan. Un segundo de silencio total.

—¡Vamos! —les grito.

Estoy cegada por el polvo y el humo y toso poderosamente, pero consigo identificar la silueta de unos hombres fuera. Oigo voces que hablan en ruso. Subo los escalones deprisa, guiada por las voces, y la carrera me sabe a libertad y a miedo al mismo tiempo. Hasta que oigo el gorgoteo de un cuerpo atravesado por algo. Me detengo en seco y me giro, justo saliendo por la puerta destrozada, que da al bosque. Detrás de mí, Luca cae de rodillas con la boca abierta y los ojos desencajados. Una espada sale de su pecho.

Me quedo helada, porque la mano que la empuña es suya. Máximo.

La alarma se dispara y su silueta emerge entre el humo y las luces rojas. Unas balas que llegan no sé de qué sitio golpean el suelo y los rusos que me estaban esperando caen de momento, heridos. Me pregunto si Romanov es uno de ellos.

Me quedo paralizada, apretando la pistola en una mano mientras Máximo me mira, con el rostro desencajado, seguido de su tropa, que reconozco al instante. Sergei, Klaus y cinco más. Mi cabeza está a punto de estallar, y lo único que me queda es... huir.

Sí, joder, huir.

Me quito los zapatos con rapidez y salgo disparada entre los árboles. La luna ilumina apenas el camino, me guía lo justo para no caer. Paso un puente de madera que cruje bajo mis pies y miro hacia todos los lados. Quiero llegar a la carretera. Volver a España. A Serra Rosa. Comprobar con mis propios ojos si es verdad lo que dicen.

Los gritos y las balas detrás de mí se vuelven un murmullo distante, y el olor a sangre y cenizas me invade las fosas nasales.

Siento arcadas, pero no me detengo. Simplemente corro, mientras rezo por salir viva de esta maldita pesadilla. Corro hacia ningún sitio. Corro como si las raíces del bosque fueran a atraparme en cualquier momento, con tal de no pensar que mi perseguidor es él. El mismo al que he tenido entre mis brazos poco antes.

Dios mío. Él, el hombre al que amo.

Pero entonces oigo su voz. Esa voz que tantas veces me ha hecho sentir a salvo, pero que ahora me rompe en pedazos.

—¡Anastasiaaaaaaaaaaaaa!

Me llevo ambas manos a los oídos, con las lágrimas nublándome la vista. No quiero oír su grito desgarrador, porque sé que no es solo mi nombre el que grita. Es una súplica, pero para mí es peor que un disparo en mitad del pecho.

«No te detengas, maldita sea», me ordeno mentalmente.

Y no, no me detengo.

Cielos, no puedo detenerme y simplemente... perdonarlo.

31

Volveré por ti
Máximo



> Ellos crearon al monstruo y luego se preguntaron por qué muerdo.
>
> AMO JONES

Cuando mi catana atraviesa el torso de otro de esos malditos rusos, el acero chirría contra hueso y su grito se apaga al caer a mis pies. La hoja está manchada de sangre, mi camisa rasgada y mi pierna izquierda late dolorosamente con cada movimiento brusco. La oscuridad del bosque está rota por disparos aislados, luces rojas de alarma y el humo espeso que todavía sale del sótano. Mis hombres se están encargando de lo que queda de esos putos perros, pero yo apenas oigo sus voces.

Porque ella no está.

Porque cuando Katia se ha acercado a mí minutos antes en el salón y me ha dicho que Anastasia le había hecho prometerle que cuidaría de mí, me ha sonado a despedida. Algo no encajaba. Y maldita sea si no tenía razón. ¿Qué hace ella aquí fuera? ¿Por qué? ¿Por qué está huyendo de mí?

—¡Cerrad la salida norte! —ladro a uno de mis hombres mientras otra ráfaga de balas silba cerca de mi oreja y las ramas a mi espalda revientan en astillas—. ¡Asegurad la zona oeste y vigilad el perímetro! ¡Que Barone no escape, joder!

No espero más. Me lanzo por el sendero estrecho que se abre entre los árboles, cojeando, pero el dolor es lo de menos ahora. Cada paso es un puñal, pero sigo. Y entonces oigo sus pasos y veo su silueta, a unos metros. Oigo su llanto, y eso me mata.

—¡Anastasiaaaaaaaaaaaaa! —rujo como un animal, en medio del bosque.

La luna apenas ilumina su silueta delante de mí. Las ramas bajas me rasgan la camisa y me arañan cuando me arrancan jirones de tela. La sangre en mis nudillos ya se mezcla con la tierra del camino.

—¡Detente! —grito otra vez, pero sé que no me escucha. Que no quiere escucharme.

Mi corazón golpea como un martillo cuando por fin la alcanzo. Tiro la catana al suelo y la cojo por los hombros, con fuerza, sin darle opción a escapar esta vez. La obligo a girarse y, cuando nuestras miradas se encuentran, me destroza el corazón. Sus ojos están anegados en lágrimas, su maquillaje está corrido y sus labios apretados, como si estuviera furiosa.

Y juro por Dios que nunca me ha dolido tanto mirarla.

—Yo... —digo apretando sus mejillas entre mis manos—, sea lo que sea por lo que estás huyendo, solo quiero que me mires a los

ojos y me veas. A mí, a tu marido. ¡Al hombre que ya no puede vivir sin ti!

Las lágrimas me empañan la vista y las siento calientes en mis pómulos. Sé que mi pecho estallará en cualquier momento si no logro convencerla. Me moriré si no soy capaz de conseguir su perdón.

—No me toques... —susurra con miedo.

Sus ojos no son los mismos. No son míos. No destilan amor, y menos confianza.

—¡Mírame! —le grito desesperado—. Mira al idiota que se arrepiente de no haberte besado antes. Al cabrón que te ha hecho daño... —mis labios se acercan a los suyos velozmente mientras cierro los ojos y golpeo mi frente contra la suya—, pero también el que no concibe la vida sin ti. Porque yo ya no sé vivir sin ti, Anastasia.

Entonces la beso y la aprieto contra mi pecho. Oh, joder. La beso con suavidad pero con locura al mismo tiempo, porque sé que es lo único que necesito. Necesito soltar esto que me quema el pecho. Soltar el ancla que sé que necesito para salvarme a mí..., a ella. A nosotros.

Pero no me cree. Maldita sea, no me cree.

Se me corta la respiración cuando aprieta los labios, rechazando mi beso. De repente, noto algo frío en mi sien. Abro los ojos bruscamente, dándome cuenta de que me está apuntando con una pistola.

—Me mentiste —dice con un hilo de voz—. ¿Cómo pudiste, Máximo?

Sus palabras se me clavan en el pecho como una bala.

«Me mentiste».

Lo sabe. No sé cómo o cuándo, pero se ha enterado, y ver sus ojos llenos de odio hace que algo en mí se incendie.

—Por favor... —suelto un quejido.

—Aléjate. —Las lágrimas fluyen en su rostro—. Solo hazlo.

—No lo haré. Alejarme de ti sería apretar yo mismo el gatillo. No puedo porque eres mi mujer. Mi... —gimo destrozado, estrujando sus mejillas con adoración— gitana.

Pero ella mueve la cabeza deshaciéndose de mis manos y empuja más el cañón contra mi sien.

—Demasiado tarde. —Le tiembla la barbilla—. Oh, joder...

Me quedo quieto, dejándole claro que no pienso oponerme. Me duele en el alma que me mire así, como si le diera asco. Como si fuese la persona que más odia en este mundo.

—Hazlo. —Alzo el brazo lentamente, sin apartarle la mirada, y mis dedos se cierran sobre su mano. Aprieto yo mismo el arma contra mi sien—. Mátame si eso te hace sentir mejor. Si eso te devuelve la paz que te quité..., adelante. Dispara.

Sus dedos tiemblan en el gatillo y su cuerpo se sacude de rabia. Llora. Rompe a llorar con la pistola todavía apuntándome. Entonces me agarro a un hilo de esperanza y a lo único que me queda: la verdad. Saco del bolsillo de mi pantalón un pequeño frasco de pastillas y lo alzo entre nosotros.

—¿Ves esto? —digo con voz quebrada—. Antes no me importaba vivir, solo sobrevivía. Por puro orgullo, por venganza. Pero después... —sollozo— quise vivir. Solo por ti. No he fallado ni una sola pastilla desde el día que me pediste que me las tomara. ¡Ni una puta pastilla!

—¿Piensas que me darás pena? —Su voz es fría y cruel.

—No quiero tu pena.

—¿Cuándo pensabas contármelo? —La pregunta me corta como un cuchillo—. Lo sé todo. ¡Todo, maldita sea!

Niego con la cabeza, luchando con el mismo aire.

—Todo es mentira.

—¿Es mentira que me compraste en el mercado para vengarte de ese hombre? —gruñe desamparada—. ¿Es mentira que enviaras a tus malditos gorilas a matar a mi gente después de conseguir lo que querías?

Me quedo inmóvil, reducido a polvo. Y ella sigue.

—¡¿Cuándo pensabas decírmelo, eh?! —me grita furiosa, apretando más el arma contra mi cabeza—. ¿Mañana? ¿En ese viaje hipócrita a Serra Rosa?

Trago saliva y me tiemblan las manos cuando las llevo a su rostro, pero ella sacude la cabeza, como si no soportara que la tocase. Aprieto los puños y suspiro. Porque me duele su rechazo. Me duele mucho.

—Sí, mañana. Planeaba decírtelo en el mismo sitio donde empezó todo. Quería que supieras que lo que empezó siendo una venganza terminó siendo... —me detengo, respirando hondo— real.

Pero ella no me cree. Maldita sea, no me cree.

—¡Mentira! —chilla empujándome con fuerza y bajando el arma—. ¡Una puta mentira tras otra! Oh, Dios...

Tira la pistola al suelo y se mira la mano como si no pudiera creer qué ha estado a punto de hacer. La ira hierve en mí y reprimo mis ganas de cargarla sobre mi hombro y llevármela de vuelta a nuestro hogar. Porque es nuestro, y ni ella ni nadie podrá negármelo.

—¿Cómo es mirar a los ojos a la hija de tu enemigo, eh?

Se me encara con una mirada diabólica. Me agarra la camisa por el cuello y me acerca más a ella.

—¡Mírame, Máximo! Mírame porque quiero que me recuerdes así. Decepcionada. Rota. Hundida.

Y lo haría. Dios, lo haría. Porque es la única herida que quiero llevar el resto de mi vida. Para recordarme, cada maldito día, que hay heridas que no se cierran, pero por las que merece la pena seguir luchando.

Sin embargo, no tengo tiempo de decírselo.

El crujido de ramas detrás de mí me alerta apenas un segundo antes de que algo duro y contundente impacte en la base de mi cráneo. Un fogonazo blanco me revienta las sienes y caigo de rodillas sobre la tierra húmeda con un gruñido. El zumbido en mis oídos apenas me deja oír nada mientras trato de incorporarme a ciegas, pero unas manos brutales me inmovilizan por los hombros. Un puñetazo en la mandíbula me abre el labio. Y otro. Y otro más.

—¡No lo toques! —grita ella desquiciada, y tira del cuello de uno. Pero alguien la aparta y la reduce.

El sabor metálico de la sangre se mezcla con el barro cuando me obligan a girar sobre las rodillas, sujetándome la cabeza como a un animal. Y entonces lo veo.

Ese demonio.

Mikhail Romanov.

El hijo de puta por el que me he desangrado en silencio durante ocho malditos años está aquí, en Mónaco. En mi casa.

Su cabello es cobrizo, salpicado de abundantes canas, y su mandíbula marcada. Su piel blanca, surcada por arrugas que no le quitan arrogancia, al contrario. Camina despacio entre las sombras, con ese aire suyo de zar caído que todavía cree tener corona. Su abrigo negro ondea y, en la mano derecha, su catana brilla a la luz de la luna, recordándome por qué yo aprendí a empuñar la mía.

Unos veinte hombres flanquean el puente de piedra como estatuas de carne y hueso, cerrando cualquier escapatoria, y no puedo evitar echar un vistazo más allá: las llamas rugen devorando una vez más todo eso que construí. El ala oeste es ya un infierno rojo y naranja, y las manos de uno de sus hombres me obligan a mirar las llamas.

—¿Lo ves, Kovalenko? —masculla en español, con una sonrisa que da arcadas—. Tu imperio reducido a cenizas. Igual que tus mentiras.

Pero yo no dejo de mirarla a ella. Anastasia está temblando entre los brazos de uno de sus hombres, con la mirada fija en él. Romanov la observa, y por un instante sus ojos se humedecen. Una jodida ternura falsa que usa como arma.

—Hija —murmura, y esa palabra me revienta el pecho por dentro.

Ella no dice nada, pero a él no le importa, ha conseguido su objetivo y ahora sonríe como un verdugo con la soga en las manos.

—Tan guapa como tu madre... —dice, y luego su odiosa mirada se clava en mí—. Y tan ingenua, hija mía. ¿Creíste que este bastardo se había casado contigo por guapa? No has sido más que un peón en su juego de venganza.

Sonríe con el rostro desfigurado, como si le doliera.

—Ese desgraciado no consiguió atraerme a Montecarlo en vuestra boda, así que planeaba sacarte del país y emboscarnos a los dos.

—¡Es una maldita mentira! —rujo desatado, intentando deshacerme del cabrón que me retiene en el suelo. Le golpeo el estómago con el codo, pero un rotundo puñetazo en la cabeza hace que se me nuble la vista y vuelva a desplomarme a sus pies.

—¿No te lo dijo? —dice Romanov, girándose con una sonrisa cruel —. Mañana. Iba a matarte mañana, hija. Porque es igual que la escoria de su padre.

—¿De qué hablas? —susurra ella, paralizada.

—Está en su sangre —añade él despacio, casi disfrutando de cada palabra—. Viktor Kovalenko me dejó en coma por muchos años y asesinó a mi esposa. A tu verdadera madre, Anastasia. Tú tuviste suerte.

—¡No lo creas! ¡Te está mintiendo, quiere volverte en mi contra! —le grito mientras escupo la sangre que siento en el paladar.

Anastasia retrocede un paso, y mi garganta se cierra al verla temblar, cambiando su mirada de él a mí, sin saber a quién creer.

—Por supuesto. Piensas que todos son como tú.

Me lanza una mirada podrida que me retuerce las tripas. Entonces, abro la boca para añadir algo, pero alguien camina en la penumbra. Alguien que conozco. Maldita sea. Igor. Sensei camina despacio hasta colocarse al lado de Romanov.

—*Lis*[1] —lo llama.

Y a mí me cuesta un segundo reaccionar.

—Zorro... —digo atónito, mirándolo fijamente—. Siempre fuiste tú.

Romanov le da una palmada en el hombro, con ese aire burlón.

—Bien, Kovalenko. Aunque, para ser tan listo como dicen, no te diste cuenta.

El dolor de la traición me corroe por dentro. Me falta el aire y la mandíbula me tiembla. Igor. Mi amigo y confidente, y el único que pensé que se quedaría hasta el final. El que me lo enseñó todo.

—Tú... —mascullo con la voz ronca—. Tú eras como mi maldito hermano.

Pero Igor solo me mira sin parpadear, sin el más mínimo atisbo de remordimiento. Y eso duele, joder. Duele más que todas las heridas del mundo.

—Bravo —añade Romanov con veneno—. Aunque con tener a mi hija es suficiente, verte así, de rodillas, es un espectáculo que no tiene precio.

Ese diablo inclina la cabeza, se regodea unos segundos y luego, como si estuviera arrojando una limosna, coge una catana que uno de sus perros le entrega y la hace girar en su mano antes de lanzarla al suelo, frente a mí. El acero vibra sobre las tablas del puente.

—Vamos, levántate. Enséñame lo que aprendiste, Imperator. Para eso te mandé a Igor. Para enseñarte a usarla y tenerte controlado. Y ahora quiero ver cuán buen alumno resultaste ser.

Lo miro con los ojos inyectados en sangre y ya no siento la mandíbula. Está loco. Es un maldito psicópata.

—Por eso nunca pude localizar a este cabrón, ¿cierto? —Miro a Igor decepcionado—. Por eso no atrapasteis a Zorro, ¿verdad? El Zorro eras tú.

Pero el hijo de la grandísima puta no dice nada, y eso me destroza. Tan solo se mantiene inmune al lado de Romanov, con una mirada gélida, como el hombre de lucha que es.

—Y apuesto a que el general ha tirado de los hilos para que puedas entrar en Mónaco sin que yo me entere.

—Todo el mundo tiene un precio, Kovalenko. Parece que no lo entiendes.

Romanov suelta una carcajada seca, con toda la suficiencia de un maldito jefe que ya tiene el contrato firmado y tu empresa en ruinas.

—Eres tú el que no lo entiende —susurro—. Barone ya no es tu socio. Barone es mi prisionero. Y su negocio... —le sostengo la mirada—, su negocio y el tuyo... anulados. No tenéis nada. Nada.

Él me clava la mirada, sin bajar la guardia.

—¿Crees que me importa cualquier otra cosa salvo recuperar a mi hija? Aunque ver tu cara ahora mismo no tiene precio.

No lo pienso más. Cojo la empuñadura con las manos ensangrentadas, tambaleándome, y mis ojos buscan los suyos, los

de Anastasia.

—Mírala. Mira a tu hija... —le escupo, incorporándome poco a poco—. Porque será lo último que veas.

Romanov ladea la cabeza satisfecho y me invita con un gesto altivo.

—Demuéstralo.

Sus hombres forman un círculo perfecto cerrando el paso. Y yo, con cada músculo al borde de romperse, avanzo. Sin embargo, él ataca primero. Su hoja silba en el aire y choca contra la mía. Un estrépito metálico retumba en el puente y entonces retrocedo un paso. Otra estocada, otra parada. Giro sobre mí mismo y mi catana corta el aire, rozando su abrigo. Él sonríe. Me golpea con la empuñadura en la costilla y pierdo oxígeno, pero no cedo. Contraataco con un tajo bajo y él salta hacia atrás, ágil como un lince.

—¡Vamos! —me grita con esa locura en los ojos—. ¡Muéstrame quién eres, porque por ahora no tienes las agallas del cabrón de tu padre!

Las espadas chocan una y otra vez en un baile letal. Sus hombres rugen alrededor cada vez que uno de los dos roza la carne del otro. Un corte en mi antebrazo y otro en su muslo. Me proporciona una estocada directa que desvío en el último segundo, pero la punta me roza en el cuello.

—¡Aaaaaaaaah! —rujo cuando siento la quemazón de las heridas.

El puente tiembla bajo nuestros pies mientras la lucha se hace más brutal. Me arroja contra la barandilla, pero lo empujo con un rugido salvaje y le lanzo una patada al pecho. Retrocede, jadeando.

—¡Parad ya, por favor! —oigo la voz de Anastasia, que se está revolviendo entre los brazos de uno de ellos.

Pero ella sabe tan bien como nosotros que no nos detendremos. No antes de que uno caiga, y por mis malditos muertos que no seré yo. Sujeto la catana en guardia, avanzando. Y entonces, algo cambia. El círculo se rompe con un estruendo cuando mis hombres irrumpen en el puente como una tormenta, atravesando el cordón de *yakuza* con una ferocidad que me llena los pulmones de adrenalina. Oigo los disparos, los gritos, el chocar de aceros. Veo a Sergei derribar a uno de los suyos de un disparo a la cabeza y a Klaus atravesar a otro con una espada.

El puente entero se convierte en un campo de batalla. El círculo de hombres de Romanov se dispersa en un caos y, por primera vez, el muy cabrón vacila. Sus ojos se abren con una chispa de miedo cuando me aproximo. Por fin lo tengo.

Lo acorralo hasta la barandilla, con la hoja reluciente a milímetros de su garganta, y su aliento me golpea la cara. Romanov se queda quieto, midiendo la situación. Podría matarlo ahora, porque lo tengo en mis manos. El filo presiona su piel y un hilo de sangre le recorre el cuello.

—Me has servido tu muerte en bandeja, hijo de puta.

Pero justo entonces, una voz me atraviesa el oído como un trueno.

—¡Nooo! —Anastasia tira de mi espalda—. ¡No lo hagas!

No sé cuándo ha llegado cerca, pero la empujo con un brazo, con todos los músculos tensos.

—¡Atrás! —le grito.

No, nadie me detendrá ya, ni siquiera ella. El odio me devora como las llamas que están consumiendo mi hogar. Mis hombres mantienen a raya a los suyos, y por fin lo tengo donde siempre he querido.

—¡¿Ahora qué?! —le grito a Romanov con rabia.

Sus labios se curvan apenas, intentando mantener la arrogancia, pero su mirada me dice que sabe que este es su final. Presiono la catana contra su cuello y mi brazo tiembla. No de miedo, sino de pura adrenalina.

—¡Para ya, joder!

Mi respiración se corta cuando giro apenas la cabeza y la veo. Anastasia. Está de pie en mitad del puente, con la pistola en alto, las manos temblorosas y el rostro empapado de lágrimas.

—Por Dios... —suelta un quejido—, es la única familia que me queda, Máximo. ¡No puedes quitármelo todo!

Esa frase. Esa jodida frase.

Me tiembla la mano y mis rodillas flaquean. La mirada desafiante de Romanov se transforma en una sonrisa malvada mientras mis dedos vacilan. Mi mente se parte en dos. Una mitad me grita que lo mate ahora mismo, que acabe con esta mierda de una vez. La otra... la otra está pensando en ella. En sus palabras desesperadas.

Pero maldita sea si puedo parar. Después de esperar este momento durante tanto tiempo, la furia me ciega, eliminando cualquier rastro de perdón de mi alma. Lo empujo más contra la barandilla, decidido.

—Púdrete en el infierno, cabrón. Y, de paso, saluda a mi padre.

Sonrío con malicia, pero de repente oigo el estruendo poderoso de un arma.

Un disparo.

Una bala me atraviesa el hombro izquierdo como un dardo, arrancándome un rugido de dolor. Me tambaleo hacia un lado y me agarro a la barandilla de madera del puente, aún conmocionado. La catana resbala de mis dedos, chocando contra el suelo con un sonido metálico que me sabe a derrota. Romanov da un paso veloz y se hace con ella aprovechando la distracción.

Miro hacia atrás, sin poder procesar esto que está pasando. Anastasia baja lentamente la pistola, pero sus ojos siguen clavados en los míos, rotos de dolor. El mismo que siento yo al darme cuenta de que ella me acaba de disparar.

Entreabro los labios atónito. Imposible. Ella no lo ha podido hacer. Es mi alma la que se niega a aceptarlo.

Me fallan las piernas y la tela de mi camisa se pega a la herida, empapada en sangre. Apenas puedo sujetarme cuando siento el calor del fuego detrás, después de una violenta explosión. No veo nada a mi alrededor, solo humo, y tengo un fuerte pitido en los oídos. De la nada, una mano brutal se clava en mi espalda. Un empujón seco y rápido me lanza al vacío dejando atrás el puente cubierto de llamas.

No llego a ver quién es. Solo noto el empujón y caigo al río que hay debajo. El frío me corta la respiración al chocar contra la superficie del agua. La corriente me arrastra hacia las profundidades mientras mis pulmones arden y la oscuridad lo devora todo. Apenas puedo mover los brazos, y la sangre caliente de la herida en mi hombro se mezcla con el agua helada.

Y, mientras la corriente me arrastra hacia el fondo, siento cómo despierta el monstruo dentro de mí. El que no tendrá piedad. El que convertirá cada herida, cada mentira, cada traición... en sangre.

«No saben lo que han desatado», pienso.

Mi mente, caótica, teje mil pensamientos uno tras otro, como un rezo febril, y entre todos ellos solo una imagen se impone: ella, mi esposa.

«Juro que volveré por ti, aunque tenga que levantarme desde la tumba —susurro por dentro—. Aunque tenga que quemar el mundo entero para encontrarte, Anastasia».

Con el último hilo de conciencia, me imagino a mí mismo escribiendo una nota, solo para ella. Para mi gitana de ojos esmeralda.

Te amo.

M.



Epílogo

Anastasia



PALERMO, ITALIA, SEMANAS DESPUÉS

Cuando abro los ojos, lo primero que veo es un techo alto, moldeado en pan de oro. Pienso en si esto es un sueño y sigo viva, o quizá esté muerta. Pero el dolor que siento en todo el cuerpo me avisa de que debo de estar viva.

Unas cortinas que parecen azules cuelgan pesadas, amortiguando la luz del sol. Parpadeo aturdida intentando incorporarme, pero mi cuerpo parece de hormigón. La sábana cruje al moverme apenas unos centímetros. Siento unos golpes sucesivos en mi cabeza, como si la tensión fuese aumentando conforme despierto. El primer olor que siento es dulce, y lo comprendo al localizar un ramo de flores en una mesa. Pero no son rosas blancas.

Noto un pinchazo en el dorso de la mano y eso hace que mire hacia abajo; un suero transparente baja lento hasta mi vena. El

goteo es calmado e irritante. Una voz femenina, cálida, con acento marcado, me saca del trance.

—*Signora, si calmi. Sta bene.*[1]

La enfoco por fin. Se trata de una mujer joven, de cabello oscuro recogido en una trenza y vestida con un uniforme blanco de enfermera, la cual me sonríe mientras ajusta la vía intravenosa. Me habla en italiano con frases suaves que apenas comprendo a medias. Creo que me dice que estoy bien y que es mejor que no me levante porque me podría caer.

Pero nada de lo que dice importa, porque en mi mente solo hay un recuerdo: Máximo.

Su imagen borrosa, que se vuelve cada vez más nítida. Su rostro desencajado mirándome mientras se tambaleaba. Después, las llamas y el ruido escalofriante de una explosión. Sus ojos llenos de incertidumbre fijos sobre esa maldita pistola en mi mano. Mi grito ahogado, y un golpe punzante en la parte posterior de mi cabeza tras caerme al suelo por la onda expansiva. Nada más.

—¿Dónde estoy? —pregunto, sin fuerzas.

—En Italia, *signora*.

—¿Y él? —susurro mirándola fijamente.

—*Il signore* ha salido un momento, pero no tardará.

Me tiemblan las manos sobre la sábana y las lágrimas se me escapan sin permiso, pero respiro aliviada, pensando que todo ha salido mejor de lo que pensaba. No sé ni cómo se salvó de esa bala ni cómo me salvé yo de la explosión o por qué me encuentro aquí, pero él está vivo. Oh, Dios. Vivo. Eso es lo único que importa ahora.

—Necesito verlo —musito impaciente.

Respiro hondo e intento sentarme, pero la enfermera me frena agarrándome de un hombro.

—No puede levantarse. No todavía, está débil.

Entonces, una puerta que hay a la derecha se abre antes de que pueda replicar.

—¡Máx...!

La voz se me congela en la garganta y examino atentamente al hombre que acaba de entrar.

¿Angelo?

Por un momento no lo reconozco: no lleva ese traje perfectamente planchado. Tiene el cabello aún húmedo y viste un chándal gris oscuro, como si acabara de salir del gimnasio. Pero esa sonrisa afilada sigue intacta.

Camina directo hacia mí y sus ojos se iluminan al verme.

—Anastasia...

Se inclina sobre la cama y su voz es casi tierna cuando me roza la frente con el dorso de la mano.

—*Cazzo!*[2] —maldice con un apretón de labios—. Aún tienes fiebre.

Lo miro con las manos crispadas sobre la sábana.

—¿Tú?

No sé cómo reaccionar.

—¿Cómo estás?

La enfermera interviene, muy profesional.

—Señor, ella no puede levantarse todavía. Está muy débil.

—Gracias, yo me encargo. —Barone ni siquiera la mira.

Ella se retira sin más, cerrando la puerta tras de sí. Entonces, nos quedamos solos. Yo, con los labios secos y mareada, sin saber qué decir, y él analizándome con una mirada que destila preocupación. Demasiada preocupación.

No conozco de nada a este hombre, sin embargo, aquí está, asomado sobre mí, observando mis gestos. Me aparto instintivamente cuando se sienta en la silla junto a la cama, apoyando los codos en las rodillas. Me examina durante largos

segundos con una expresión extraña, como si estuviera midiendo qué decir a continuación.

—¿Dónde estoy?

—En mi casa y... —explica—. Llevas semanas inconsciente. Joder. Hemos estado a punto de perderte.

Mi aliento se corta por un instante. ¿Semanas?

—Te golpeaste la cabeza contra una roca y tu cuerpo estaba al límite. Cuando te trajimos, pensábamos que no lo contarías, Anastasia.

Él se lleva ambas manos bajo la barbilla, en modo rezo, y los músculos que esconden sus grandes brazos quedan a la vista, fuera de la camiseta de deporte que lleva. Los tatuajes asoman en sus antebrazos y sus nudillos y su rostro es tenso. Y enseguida me doy cuenta de lo que eso significa.

—¿Qué hago aquí?

Barone guarda silencio. Su mirada baja un instante y, cuando vuelve a alzarla, hay una sombra en ella.

—Tranquila, no soy tu enemigo. Lo fui del canalla que te compró, pero nunca tuyo.

—¿Por qué lo odias tanto? —pregunto en un susurro.

Sé que Angelo es el aliado de Romanov y me hizo llegar esa nota, pero todavía no entiendo por qué tanto interés en ayudarme. Si es por negocios y alianzas o por algo más profundo.

—*Cara mia...*[3] —dice, aún con las manos enlazadas bajo el mentón—. Nadie podría comprenderme mejor que tú. Cuando alguien te arrebata a tus seres queridos, a alguien de tu sangre, ya no es odio. Es veneno. Un veneno que te obliga a devolvérselo todo, pero multiplicado por diez.

—¿Alguien de tu sangre?

Asiente con una chispa en la mirada. Una chispa de dolor.

—Pero no debes preocuparte ya, recibió lo que se merece —continúa—. Porque Dios existe.

Las palabras me rasgan por dentro y tardo en asimilar lo que en realidad quiere decir. Le hago un gesto débil con la mano, implorando..., rogando la única pregunta que importa:

—Máximo está... ¿muerto?

Un hilo de esperanza inútil nace en mi interior mientras clavo la mirada en Angelo. Él no responde al principio, solo me observa en silencio, con esa expresión impenetrable suya. Luego baja la vista y suspira.

—Sí.

El mundo se detiene. Literalmente.

Una presión se me forma en el pecho y se abre camino hasta el estómago. Se me revuelve como si quisiera expulsar todo lo que hay dentro. Me duele el alma, más que el cuerpo, y siento que esa palabra —«sí»— es una jodida mentira.

El silencio es insoportable. Trago saliva, o lo intento, pero la boca me sabe a óxido. No me quedan lágrimas, solo este vacío corrosivo que me deja sin fuerzas.

—Déjame sola.

—Pero...

—Por favor.

—Vale. Yo... lo siento.

Fijo los ojos en el suelo mientras el pecho se me encoge hasta doler. La habitación gira ligeramente y me sostengo en el borde de la cama, con las manos temblando. No miro cuando Angelo sale ni cuando la puerta se cierra. Solo aprieto los ojos y me permito hundirme en el abismo que él acaba de abrir con esas dos malditas letras.

«¿Muerto?», pienso horrorizada.

Máximo ha muerto por mi culpa. Por mi maldita culpa.

Oh, Dios.

Mis piernas se mueven por sí solas, y la voluntad me ha abandonado. Me arranco la vía con un tirón seco mientras recuerdo ese sueño extraño que tuve días atrás. La aguja cae sobre la baldosa al incorporarme tambaleando. La sábana resbala de mis piernas y queda atrás, arrugada en el suelo. Me caigo, pero me levanto con una fuerza ciclópea. Solo sé que necesito respirar. Camino lentamente hacia las puertas dobles de un balcón y apenas siento las piernas.

—Yo lo maté... —digo mirándome las manos con horror—. Fui yo...

El aire salado me golpea el rostro como una bofetada, y miro al mar cuando anclo las manos en la barandilla. Todo es agua. Giro la cabeza y tardo unos minutos en procesar que lo que estoy viendo en realidad es una fortaleza erguida sobre el mar. Parece una isla pequeña, rodeada de olas hasta donde alcanza la vista. Un sitio donde nadie pueda llegar.

Pienso. Ese sueño, joder. Ese sueño fue una premonición. Lo recuerdo con nitidez: él diciéndome que el dolor se paga con dolor y la sangre con sangre mientras me disparaba y yo caía en ese horrible pozo. Pero pasó justo al revés. Fui yo quien...

—Oh, Máximo... —Aprieto los dientes, con las lágrimas brotando de mis ojos.

No hay engaño más cruel que el que se disfraza de amor. Lo odio por engañarme. Lo odio por todo. Por mentirme, por jugar conmigo, por matar a mi familia. Lo odio con todas mis fuerzas. Pero también lo amo.

—¡Maldita sea!

Subo a la barandilla, cegada por el dolor y la furia, y me aferro al mármol helado. Recuerdo su sonrisa, sus ojos, sus besos, su aroma,

su cuerpo sobre el mío. Recuerdo que él me prometió esa habitación donde yo podía elegir los muebles. Nuestra. Solo nuestra. Me rompo en pedazos, con la lluvia de lágrimas calentándome el rostro.

«—No me hagas esto —decía.

»—¿Hacerte qué?

»—Mirarme así...

»—¿Así cómo? —le pregunté.

»—Como si vieras el paraíso en mí, cuando lo único que te estoy ofreciendo es... el infierno».

Sonrío desquiciada al darme cuenta de que lo único que deseo en estos malditos instantes es seguirlo, aunque sea al infierno. Porque no importa cuánto intente convencerme, cuánto finja que puedo ser fuerte. Sé que no podré vivir sin él.

Miro fijamente las olas golpeando el acantilado con furia; la misma que yo siento.

«—¿Y si no hay un mañana? —dije.

»—No en nuestro cuento, Anastasia —me respondió con esa sonrisa encantadora, tan suya—. En el nuestro, siempre habrá un mañana».

Maldita sea. Él me dijo que nuestra historia duraría para siempre. Él y yo.

—¡Me mentiste! —lloro, gritándole furiosa a nada ni a nadie. Solo miro el cielo—. Siempre me mentiste.

El viento gélido me azota la piel, me despeina el cabello y entumece mis pies. Cierro los ojos porque sé que, con un solo paso, todo acabará. Todo. Ya no me importa nada, y solamente quiero que el dolor y la culpa desaparezcan. Entonces, dejo que la última palabra que pronuncie en mi interior sea su nombre.

—Máxim...

—¡No! —Un grito me hace abrir los ojos—. ¡No lo hagas!

No sé cuándo, ese hombre que dice ser mi padre me envuelve entre sus brazos con fuerza, apartándome del borde. Su agarre no es suave, es violento y desesperado; sus dedos me marcan la piel y estamos a punto de caer, pero él se endereza deprisa y me mantiene de pie.

—Oh, hija...

Nuestras miradas se cruzan por un instante y sus ojos vidriosos me impresionan.

—Anastasia... —Me sujeta contra su pecho, ya que no paro de temblar—. No se te ocurra. No puedes quitarme lo único que me queda en esta vida. Tú y... mi nieto.

No soy capaz de hablar, solamente lo miro. Debe de ser una broma. Una broma pésima, o quizá no lo haya oído bien.

—Estás embarazada.

Me congelo, abandonada en sus brazos. Ese hombre desconocido tiembla igual que yo, y sujetarme es lo único que lo mantiene vivo. Vuelve a abrazarme, emocionado, y yo ya no soy capaz de apartarme de él. Estoy demasiado débil.

Todo da vueltas cuando las palabras se repiten en mi mente como un eco.

¿Embarazada?

No. No puede ser.

De pronto, unos pasos detrás de nosotros me obligan a alzar mi mirada. En la penumbra de la estancia, una chica de cabello oscuro nos mira, con las manos ocultando su boca.

—¿Nina? —murmuro incrédula.

Mi hermana, o al menos la que creía que era mi hermana, está delante de mí. Aquí, en este sitio. Viva.

Oh, Dios.

Enmudezco mientras los miro a los dos, sin poder creérmelo. Romanov me aprieta más contra él mientras me mira con firmeza.

—Eres la heredera de los Dragones Blancos, Anastasia —declara —. Es tu destino.

Siento como si mi alma hubiese dejado este mundo y estuviera en otra dimensión, inmersa en el abismo. Un abismo entre la mujer que era y la que ahora tengo que ser. Una mujer de acero.

Por primera vez, entiendo que la vida nunca sigue las reglas, que los sentimientos no piden permiso y que la muerte no siempre llega cuando uno la espera. Y también entiendo que el amor no solo te hace frágil. Te rompe y te funde, como el fuego al metal en la fragua. Porque, cuando te arrancan el corazón, las heridas te reducen a nada. Ya no queda nada dentro de ti, solo una hoja afilada esperando a que tengas el valor de usarla.

Y yo juro que estoy dispuesta a usarla.

Por mí y por él.

Por mi... hijo.

Nota de la autora

Si has llegado hasta aquí, gracias. Gracias por no soltar este libro, aunque doliera, y por contener la respiración conmigo hasta la última página.

¿Última página?

No te engañes. La historia de Imperator y su Imperatritsa (más cariñosamente, su *gitana*) aún no ha terminado.

¿Y sabes por qué?

Porque el amor que nace del odio no muere fácilmente.

Porque las deudas de sangre no se olvidan.

Y porque las promesas escritas en acero siempre se cumplen.

En el tomo II —y último—, *Votos de acero*, descubrirás que en esta guerra no hay inocentes ni vencedores, que el amor y el odio a veces hablan el mismo idioma, y que el deseo puede ser tan letal como el filo de una catana.

Y sí, te lo confirmo.

La vida aún tiene cuentas pendientes con ellos y el infierno..., una puerta abierta.

Nos vemos al otro lado.

(Pero no antes de que leas el avance).

Avance

El mercado de novias, 2. Votos de acero

Carta escrita diez años antes
Montecarlo, Mónaco

Hijo:

Si esta carta ha llegado a tus manos es porque ya no estoy. Y si no me he muerto de viejo, o por alguna enfermedad, entonces Mikhail Romanov finalmente se ha cobrado su deuda conmigo.

Quisiera poder mirarte a los ojos para explicártelo todo, Máximo, pero no tengo el valor. Nunca lo tuve contigo ni con Katia. Y si aún me queda una pizca de dignidad, te dejo esta carta que le confiaré a mi buen amigo Vladím para entregártela, porque merecéis saber la verdad.

Nuestra sangre no es corriente. Los Kovalenko somos de sangre noble, parte de la vieja estirpe rusa. Alguna vez tuvimos ejércitos y respeto, hasta que llegaron las banderas rojas. Mientras tu tío, Dimitri, siguió la senda recta del ejército soviético para lavar nuestro apellido, yo caí en la miseria. Esa fue mi elección y mi condena.

Cuando estalló la guerra soviética en Afganistán, en la década de los ochenta, deserté del frente. Acabé en Yokohama como un exiliado sin patria y allí conocí a otro huérfano de la guerra, Mikhail Romanov. Éramos muy jóvenes, perros callejeros

hambrientos de algo que nos devolviera la dignidad. Aprendimos observando a los clanes japoneses lo que era el poder, el miedo y el honor. Y juramos levantar algo así para los nuestros: una hermandad rusa en tierra extranjera. Así nacieron los Dragones Blancos, nuestro clan, creado a imagen y semejanza de la yakuza*, con su disciplina férrea, sus códigos y sus espadas. A mí me llamaban el Emperador; a él, el Zar. Y juntos construimos un reino clandestino, pero el amor lo dinamitó todo.*

Fue por ella: Anna. La mujer de ojos verdes que me embrujó, heredera de una familia en decadencia. Nosotros los necesitábamos por las influencias que aún tenían en Europa del Este y ellos a nosotros, por el acceso a Rusia. Un favor a cambio de otro. Y así fue. Anna se convirtió en la esposa de Mikhail.

Y sé que te dolerá leer esto, hijo, pero me enamoré de Anna perdidamente. La amé mucho, más que a tu madre. Y ella me amaba a mí. Aun así, tuvo una hija con Mikhail, una hija a la cual prometí cuidar y criar como mía cuando, tras la muerte de tu madre, Anna decidió escapar conmigo por el gran amor que nos teníamos. Nos refugiamos en España, pero Romanov nunca perdonó tal humillación. Juró que nos lo haría pagar y así fue. Se las llevó a las dos y casi acabé bajo tierra. Quizá lo recuerdes. Tenías cerca de doce años y te dije que había tenido un accidente de coche. Te mentí. Estuve en el hospital meses.

Jamás volví a saber nada ni de Anna ni de esa niña, y quizá te preguntes si las busqué. Lo hice. Removí cielo, mar y tierra, pero fue en vano.

Ahora todo parece tranquilo, pero sé que él jamás descansará hasta verme muerto, al igual que yo a él. Es por eso por lo que he decidido escribirte esta carta. Por precaución. Mientras yo esté vivo, os protegeré, pero si no lo estoy, debéis saberlo.

Hijo mío..., mi último deseo es que tú y Katia viváis lejos de mi mundo. Tú eres mi orgullo y ella, mi alegría, no lo dudes. Siempre he querido lo mejor para vosotros, y solo puedo suplicarte: no sigas mi camino, Máximo. No heredes mi odio. No cojas el camino de la delincuencia. No juegues con la muerte. Aléjate de mi pasado y de mis errores y, lo más importante: aléjate de los Dragones Blancos. Cuida de tu hermana, porque ten claro que él no se detendrá hasta ver correr la sangre del último Kovalenko.

Vive, hijo. Solo vive y sé feliz. No te conviertas en el monstruo en el que yo me convertí.

Y, si puedes, perdóname.

Con toda mi culpa y todo mi amor,

tu padre,

Viktor Kovalenko

Agradecimientos

Decir *gracias* nunca es suficiente cuando se trata de las personas que han sido faro, ancla y gasolina en un proyecto tan personal, tan intenso y tan emocionante como este.

A mi familia, en primer lugar, porque todo lo que soy se lo debo a ellos. Gracias por apoyarme y creer en mí incluso cuando yo no lo hacía, y por recordarme siempre quién soy, de dónde vengo y hasta dónde puedo llegar. Mamá, papá, Manuel, Ana y Maribel: os quiero.

A mis compañeras y amigas: Laura, María, Rocío, María H., Encarni, Caro y Alba. Por estar siempre ahí, por las risas en los días difíciles y por escuchar cada divague creativo sin cuestionar demasiado mi cordura (o al menos disimulándolo muy bien). A Encarni y Rocío, en especial, porque conocéis cada línea de esta novela y compartirla con vosotras y escuchar vuestros consejos ha sido un verdadero privilegio. Este libro también es vuestro.

A mis *lectoras-diosas*, que no son pocas. A las que me acompañan desde el principio y a las que se suman cada día, regalándome su tiempo, su cariño y su sinceridad. Y miles de gracias a todas las que habéis hecho de lectoras beta y me habéis ayudado a mejorar:

@rebeca_fernandez_escritora
@may_jones_mj
@lauradelas
@jenifer_carrillo16
@lucero_859
@itssangelaa_

@astillacheicon
@laurelleeyescribe
@natalie_sore_escritora
@vivirsinleernoesvivir
@xeniaina39
@ale_graphic5 (por la maravillosa cubierta y los detalles del interior)
@_supernova.art_
(por las tres ilustraciones preciosas incluidas aquí)
@zarah_shades
@rubina_cabral
@reb_liz_123
@anaana.caro.li.na
@amii40_
@veritovillares
@antoniaavilasuarez
@vero_arya
@mibelchi
@conchi_dfdf
@genuca15
@sarafernndez_89
@lo_li859
@todoporlalectura
@libroselena
@darkredmafia
@rociveca
@florespz_lin
@valiente.maria_isabel
@leticisti
@anayazti29
@vickymarrerof
@cinthya.mendezzz
@writer_lynpz
@roberta_.monticelli
@gema_fh99
@yepesgualda

@malenaeh
@ikarilauri
@lidiaarmariojimenez
@noee_albatros
@azulceleste744
@wioland_0101
@marihoyoslopez
@jessy.cd2023
@palomirodgon
@maria_dolores86
@eli_car_bar
@bowsinakoopa
@lunam_76
@elisabethhhserrano19
@marinacruz1997
@aneroline
@rosamariaperez.garcia
@maryfer5571
@maddy_madalina19
@ainhoa_mc_85
@lamalamunoz80
@jennygs1592
@garazipt
@melanimenacho
@lauramarsev
@inmaizanhugo4
@monica_fan.page
@rakelcq_36
@yoliespinosagom
@hildacarolinalachica
@pily_r17
@caarmen.07
@eva_margi
@mony_1369
@susana_rosgilproc
@anamariaboboi

@calderoninma
@escamillamartinezrosamaria
@lombaropaula
@nairobiscardozo
@luciagildiez18
@soniacalvillochacon
@angelicadeniciahernandez
@mh_amzm
@hildisk2
@lauperaf
@garciadanamacias
@mares_57
@_ariilopez_
@m_angelesf13
@monica.arribas
@silviatramo
@fany.2322
@mandy_lunag
@merritima
@valiente.maria_isabel
@tania05795
@silvicolina
@js_f12daviniadiaz96
@vaclepri_79
@gemita_guapi
@veronicaleiroruiz
@polentharis
@andrea_civeram
@vanesacvg
@sapong_book
@meilii190213
@mercedescremades
@monisofirodriguez79
@lidyadm79
@isamolo1
@inma1526

@mariajom85
@duranmarinpatricia
@meri_txell_s
@miri_am83
@beasmassana
@virivireando
@lady_arenas.
@gema_lectora
@nerea_y_los_libros
@book_criss
@dinaranjo85
@mavi_bookslover
@bego70l
@roxxyxd
@taniasnchzg
@_anaiis94_
@loredanahelga
@luz.lara31
@mariayvicentefly
@sonia.22.13....

No puedo nombraros a todas en estas páginas, pero sabéis quiénes sois: gracias, de corazón.

Y, por último —pero no por ello menos importante—, a mis editoras, Esther Escoriza y Valentina, y a todo el equipo de Planeta, especialmente a Esencia y MatchStories. Por aquel 7 de febrero de 2025, una fecha que quedará grabada para siempre en mi memoria, cuando Esther me abrió las puertas de esta casa y me dio la oportunidad de publicar una novela con vosotros. Gracias por vuestra profesionalidad, por caminar a mi lado y por creer en mí. Espero estar a la altura.

Gracias a todos por ser parte de esta historia.

Banda sonora

«Di mi nombre», ℗ 2018 Columbia Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Rosalía.

Notas

1. Destino en venta

1. La cita se atribuye a Alejandro Dumas hijo.
2. «Tonto» en caló.
3. Término en caló que significa literalmente «grande» o «mayor». Se usa para designar al hombre de más experiencia y autoridad moral dentro del clan.
4. Moneda búlgara.

2. La temporada ha comenzado

1. Serie de novelas inglesa de Julia Quinn sobre debutantes londinenses y las intrigas amorosas de la temporada social.
2. Dulce tradicional de la gastronomía rusa. Se trata de un tipo de pastel o bollito relleno de requesón, aunque también se puede encontrar en otras variantes con frutas o crema de leche.
3. Frase en ruso, transliterada al alfabeto latino, que significa: «Asegúrate de que el trabajo esté hecho. Ya la tenemos».

4. No tener filtros es peligroso

1. Personaje de la novela *Cumbres borrascosas*, de Emily Brontë, que tendrá relevancia en esta historia.

5. El carcelero fantasma

1. En francés, idioma oficial del Principado de Mónaco: «Por favor... ¡Ya te he dicho todo lo que sabía!».

2. En ruso, «emperador».

6. Di mi nombre

1. En francés, «Buenas noches, señora».
2. Palabra en ruso, transliterada al alfabeto latino, que significa «pequeña» o «nena».

7. Alianzas de sangre

1. Aunque en Rusia los apellidos varían cuando se trata del género femenino, los que terminan en *-ich* y *-ko* son idénticos en masculino y femenino.
2. «Hijo de puta», en ruso.
3. En ruso, «emperatriz».

12. Moy Imperator

1. En ruso, «mi emperador».

16. Tan cerca y tan lejos

1. «Dios mío», en francés.

18. Incógnita

1. En italiano, «por favor».

22. El anfitrión que ama a las mujeres

1. En italiano, «Eres preciosa, aun cuando sangras».
2. En italiano, «señoritas».

23. Ella es Anastasia Kovalenko

1. En italiano, «chicos».
2. En italiano, «Gracias, guapo».
3. «Mi emperatriz», en ruso.

24. No prendas un fuego que no podrás controlar

1. En ruso, «mía».

28. Bailando con el enemigo

1. «Buenas noches», en italiano.

30. Veinte segundos

1. En ruso, «Es la orden del emperador».

31. Volveré por ti

1. «Zorro», en ruso.

Epílogo

1. En italiano, «Señora, cálmese, está bien».
2. En italiano, «mierda» o «joder».
3. En italiano, «querida mía».

El mercado de novias
Miss Red

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen
son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos
o lugares es pura coincidencia.
El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus
contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: © Ale Graphic

© Ilustraciones del interior: Ale Graphic (@ale_graphic5), y de las páginas 130, 486 y 517:
Silvia Matamoro Parra (@_supernova.art_)

© Miss Red, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2026

ISBN: 978-84-08-31562-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



Antes de que te eche de menos

Casado, Noe

9788408293477

344

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Qué estarías dispuesta a hacer por conquistar al amor de tu vida?

Desde que cumplí doce años, **mi vida ha sido el sueño de muchas niñas**: salir de un barrio obrero y lograr la fama, con una cara bonita como único patrimonio.

En mi caso, fui tan ingenua que no quise ver el lado negativo. Solo tenía **un objetivo en mente: convertirme en una modelo de fama mundial**.

Mi rutina se resumía en posar para sesiones interminables, desfilar y, pese al cansancio, acudir a fiestas en las que permitía que desconocidos me halagasen. Y yo, **creyéndome la reina, no daba importancia a ciertos comportamientos**: si me tocaban más de la cuenta o me invitaban a cenas privadas, no veía el peligro.

He disfrutado sin pensar en nada más que en el momento.

Pero nada es gratis.

He aprendido la lección demasiado tarde.

Y de todos los errores que he cometido, por inconsciente e ingenua, del que más me arrepiento es de haber hecho daño a la única persona que se fijó en mí sin importarle mi fama, mi dinero o mi melena rubia.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Un amor (des)acorde

M. Alcaine, S.
9788408312420
432

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un sueño roto. Una canción robada. Un plan de venganza.

Aria Simmons soñaba con unir sus dos pasiones: **la ciencia y la música.** Pero todo se derrumba cuando **una traición** convierte ese

sueño en una pesadilla. **Owen Cox,** vocalista de los exitosos **Trailer Trash,** le roba su canción… y muere antes de poder rendir cuentas.

Maverick Sutton, también cantante de los Trailer Trash y mejor amigo de Owen, **no quiere tenerla cerca.** Pero, cuando la discográfica exige un **nuevo *hit*** para la próxima **gira,** no le queda otra que colaborar con la brillante compositora.

Obligados a convivir **durante seis meses de tour,** lo que empieza como una guerra sin tregua se transforma en algo mucho más complejo: **un viaje compartido entre heridas, verdades ocultas y melodías que vuelven a latir.**

¿Será posible crear la canción perfecta con instrumentos tan desacordes?

- Rivals to Lovers
- Él se enamora primero
- Proximidad forzosa
- Ambientación musical
- Romance de trabajo

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Amor fuera de serie

Pascual, Nerea

9788408317111

416

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Da igual lo que tú quieras cuando el destino ya ha decidido por ti.

Olivia siempre pensó que **Nueva York sería el escenario de todos sus sueños**…, pero la realidad ha sido mucho menos glamurosa: **gastos imposibles**, **trabajos mal pagados** y la sensación constante de **nadar a contracorriente**. Tras varios años lejos de casa, **quizá ha llegado el momento de volver**.

Antes de marcharse, sin embargo, queda **una última boda**… y **un último giro inesperado**: **Enzo Verona**, **un capullo encantador**, se cruza en su camino y **desbarata todos sus planes**.

Lo que parecía **una comedia romántica más** se convierte en **un viaje de redescubrimiento**, **amistad**, **familia elegida** y **amores que llegan justo cuando más los necesitamos**, aunque no se parezcan a lo que imaginábamos.

- Romcom ambientada en Nueva York
- Strangers to Lovers
- Slow burn romance
- Polos opuestos
- Él se enamora primero

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Nuestro largo adiós

Maxwell, Megan

9788408305842

488

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Recuerda que la vida es un bonito regalo que no se debe desperdiciar. Porque cada segundo sin ser feliz, es un segundo perdido.

Briseida (Bris) y Álvaro se conocieron de niños, y junto con Peny, la hermana de Bris, y Andrea, el hermano de Álvaro, compartieron las mejores vacaciones de verano. Ibiza fue testigo de sus travesuras y del amor, tan mágico como inevitable, que nació entre los dos.

Sin embargo, muy pronto, demasiado, el destino enseñó sus malas cartas y a Bris le enseñó que debía centrarse en el presente. Su positividad y sus ganas de vivir le hicieron convertirse en una mujer fuerte, pero la maldad de la madre y abuela de Álvaro le rompió el corazón. Sin embargo, **cuando el amor es verdadero, tiene la costumbre de buscar la manera de sobrevivir incluso en las circunstancias más desafortunadas**.

Lee la nueva novela de **Megan Maxwell**, enamórate del amor y descubre que siempre hay que vivir el presente, pues el futuro está aún por llegar.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Malas indecisiones

Casado, Noe

9788408316305

408

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

A veces perderlo todo es la única forma de encontrarse.

Imaginad que cada familia hiciera un sorteo para repartir los papeles: **el espabilado, el gafe, el vividor, la oveja**

negra… Pues a mí me ha tocado ser **la pariente pobre.** Sí, esa misma, la de los **apellidos rimbombantes** —me llamo **Lucrecia Estefanía Peralta de la Merced**—, pero estoy sin un euro en el banco.

Por si os lo preguntáis, pertenezco a **la rama inútil del linaje,** esa que lleva generaciones tomando **malas decisiones** y superándose en el desastre.

Menos mal que, en cuestiones de amor, heredamos el gen que **nos mantiene lejos del romanticismo.** Si el estado civil aún figurara en el DNI, en el mío pondría: «El cupido de esta chica se droga».

Y aquí estoy, intentando recomponer mi vida: **con un novio abogado al que solo aguanto por ahorro legal, metida en líos judiciales** y, atención, **trabajando por primera vez en algo decente…,** en una clínica veterinaria.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)